

BESTSELLER INTERNACIONAL

LA
GARDENIA
BLANCA DE
SHANGHÁI

*Belinda
Alexandra*

Lectulandia

En la pequeña ciudad china de Harbin, Anya Kozlova, una niña de trece años, vive rodeada del amor de sus padres, unos inmigrantes rusos que huyeron de su país tras la revolución bolchevique. Sin embargo, pocos meses antes del final de la segunda guerra mundial, su padre fallece en un trágico accidente y su madre, Alina, es deportada por las autoridades chinas a un campo de trabajo en Siberia.

Sola, desesperada y sin ningún otro familiar al que recurrir, Anya se verá obligada a emigrar primero a Shanghái una glamurosa ciudad en la que trabajará en la sala de fiestas más famosa del momento para luego marcharse a la isla filipina de Tubabao, donde se encontrará con otros refugiados rusos, y, desde allí, preparar su posterior partida a la Australia de los años cincuenta, un país aún virgen y salvaje donde, tras muchos esfuerzos, logrará el éxito y reconocimiento personal.

Testigo de una época dura, apasionante y decisiva en Europa y en el mundo, recorreremos con Anya continentes, países, paisajes y culturas, la veremos enamorarse, casarse y perderlo todo y asistiremos, también, a su lucha por responder a la única pregunta que da sentido a su vida, ¿qué le ocurrió a su madre?

Lectulandia

Belinda Alexandra

La gardenia blanca de Shanghái

ePub r1.0
x3l3n1o 11.11.14

Título original: *White gardenia*
Belinda Alexandra, 2002
Traducción: Julia C. Gómez Sáez

Editor digital: x3l3n1o
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi familia

PRIMERA PARTE



1

HARBIN, CHINA

Nosotros, los rusos, creemos que si un cuchillo se cae de la mesa, se aproxima la llegada de un visitante varón, y que un ave que entra volando en una habitación es la señal de la muerte inminente de alguien cercano. Sin embargo, ningún presagio de cuchillos tirados al suelo o de aves extraviadas me previno cuando ambos acontecimientos tuvieron lugar en 1945, cerca de mi decimotercer cumpleaños.

El general apareció el décimo día tras la muerte de mi padre. Mi madre y yo nos manteníamos ocupadas retirando las cortinas de seda negra que habían adornado los espejos y los cuadros durante los nueve días de luto. El recuerdo de mi madre aquel día nunca se me borrará de la memoria. Su piel marfil bordeada por mechones de cabello oscuro, los pendientes de perla en los lóbulos de las orejas y sus ardientes ojos color ámbar forman una nítida fotografía ante mí: mi madre, una viuda de treinta y tres años.

Recuerdo sus delgados dedos doblando la tela negra con una languidez que no era habitual en ella. Pero entonces, ambas estábamos profundamente conmovidas por nuestra pérdida. Cuando mi padre se fue la mañana de su muerte, le brillaban los ojos mientras sus labios acariciaban mis mejillas con besos de despedida. No podía imaginarme que, la siguiente vez que lo viera, estaría dentro de un pesado ataúd de roble, con los ojos cerrados y el rostro encerado y distante a causa de la muerte. La parte inferior del ataúd permanecía cerrada para ocultar sus piernas, mutiladas en el mortal accidente de coche.

La noche en la que se instaló el cuerpo de mi padre en el recibidor, con cirios blancos a ambos lados del ataúd, mi madre cerró con llave las puertas del garaje y les colocó una cadena con un candado. La observé desde la ventana de mi cuarto mientras caminaba arriba y abajo frente a la puerta del garaje y movía los labios como si estuviera conjurando un silencioso encantamiento. De vez en cuando, se detenía y se colocaba el pelo por detrás de las orejas, como si estuviera escuchando algo, pero después sacudía la cabeza y continuaba paseándose. A la mañana siguiente, salí sigilosamente para mirar la cadena y el candado. Comprendí lo que había hecho:

cerrar con la misma firmeza las puertas del garaje con la que nosotras tendríamos que habernos asido a mi padre, de haber sabido que permitirle conducir bajo la copiosa lluvia significaría dejarle marchar para siempre.

En los días posteriores al accidente, nuestro dolor se difuminó a causa del flujo constante de visitas de nuestros amigos rusos y chinos. Llegaban y se iban cada hora, andando o en rickshaws^[1], dejaban sus granjas vecinas o casas de la ciudad para llenar nuestro hogar con el aroma del pollo asado y el murmullo de las condolencias. Los que venían del campo acudían cargados de regalos, como pan y bollos, o flores silvestres que habían sobrevivido a las heladas tempranas de Harbin, mientras que los que venían de la ciudad traían marfil y seda; una manera educada de darnos dinero, ya que, sin mi padre, mi madre y yo nos enfrentaríamos a tiempos difíciles.

Luego celebramos el entierro. El sacerdote, de facciones surcadas y nudosas como un viejo árbol, trazó el signo de la cruz en el aire glacial antes de que clavarán la tapa del ataúd. Los rusos de anchas espaldas hundieron sus palas en el suelo y arrojaron paladas de tierra congelada dentro de la tumba. Trabajaron duro con las mandíbulas apretadas y los ojos bajos, con el sudor resbalándoles por el rostro, ya fuera para mostrar respeto por mi padre o para ganarse la admiración de la joven viuda. Mientras tanto, nuestros vecinos chinos se mantenían a respetuosa distancia en el exterior de las puertas del cementerio, comprensivos, pero recelosos de la costumbre que teníamos de enterrar a nuestros seres queridos abandonándoles así a la merced de los elementos.

Más tarde, los asistentes al funeral volvieron a reunirse en nuestro hogar, una casa de madera que mi padre había construido con sus propias manos después de huir de Rusia y de la Revolución. En el velatorio, nos sentamos a tomar pasteles de sémola y té servido con un samovar. Originalmente, la casa era un chalé de tejado inclinado con las chimeneas sobresaliendo de los aleros, pero, después de casarse con mi madre, mi padre construyó seis habitaciones más y una segunda altura, que llenó de armarios lacados, sillas antiguas y tapices. Talló marcos ornamentales en las ventanas, levantó una gruesa chimenea y pintó las paredes de amarillo botón de oro, como el palacio de verano del zar. Los hombres como mi padre hacían de Harbin lo que era: una ciudad china llena de nobleza rusa expatriada. Gente que trataba de recrear el mundo que había perdido mediante esculturas de hielo y bailes de invierno.

Después de que nuestros invitados dijeran todo lo que se podía decir, seguí a mi madre hasta la puerta para verles marcharse. Mientras se ponían los abrigo y sombreros, me percaté de que mis patines de hielo estaban colgados en un perchero de la entrada principal. La cuchilla izquierda estaba suelta y me acordé de que mi padre había tratado de fijarla antes del invierno. La parálisis de los últimos días dio paso a un dolor tan agudo que me dañaba las costillas y me revolvía el estómago. Cerré los ojos con fuerza para luchar contra aquel dolor. Observé el cielo azul que se

precipitaba sobre mí y un débil sol de invierno que relucía en el hielo. El recuerdo del año anterior volvió a mi mente. El río Songhua solidificado; el griterío alegre de los niños esforzándose por mantenerse de pie sobre sus patines; los jóvenes amantes deslizándose por parejas y los ancianos arrastrando los pies por el centro del río para buscar peces en las zonas donde la capa de hielo era más delgada.

Mi padre me subió a sus hombros; las cuchillas de sus patines arañaban la superficie por el peso añadido. El cielo se convirtió en un borrón aguamarina y blanco. La cabeza me daba vueltas de la risa.

—Bájame, papá —dije, sonriendo abiertamente a sus ojos azules—. Quiero mostrarte algo.

Me bajó, pero no me soltó hasta haberse asegurado de que yo era capaz de mantener el equilibrio. Busqué una zona despejada y patiné hasta ella, levantando una pierna del hielo y girando como una marioneta.

—¡*Harashó, harshó!* —exclamó mi padre aplaudiendo. Se restregó la mano enguantada por el rostro y me dedicó una sonrisa tan amplia que las líneas de expresión de su rostro parecieron cobrar vida. Mi padre era mucho mayor que mi madre, acabó sus estudios universitarios el año en que ella nació. Fue el más joven de los coroneles del Ejército Blanco y, de alguna manera, muchos años después, sus gestos seguían teniendo una mezcla de entusiasmo juvenil y de precisión militar.

Estiró los brazos y los abrió hacia mí para que patinara hasta donde él estaba, pero yo quería volver a exhibirme. Me impulsé aún más fuerte y comencé a girar, pero mi cuchilla tropezó contra un bache y el pie se me dobló. Mi cadera chocó contra el hielo y expulsé todo el aire que tenía en los pulmones.

Mi padre estaba junto a mí en un instante. Me cogió y patinó hacia la orilla del río conmigo en brazos. Me sentó en el tronco de un árbol caído y me pasó las manos sobre los hombros y las costillas antes de quitarme la bota rota.

—No hay fracturas —dijo, moviendo el pie entre las manos.

El aire era glacial y mi padre me frotó la piel para calentarla. Miré fijamente los mechones de pelo blanco que se mezclaban con su cabello color jengibre en la coronilla, y me mordí los labios. Las lágrimas de mis ojos no se debían al dolor, sino a la humillación de haberme puesto en ridículo. Mi padre apretó el dedo pulgar contra la zona hinchada del tobillo y yo me estremecí. Ya se estaba empezando a formar un moratón debido al golpe.

—Anya, eres como una gardenia blanca —me dijo sonriendo—. Bella y pura. Pero tenemos que tratarte con cuidado, porque te magullas con facilidad.

Apoyé la cabeza en su hombro, a punto de reír, pero llorando al mismo tiempo.

Una lágrima me salpicó la muñeca y resbaló hasta las baldosas de la entrada. Me sequé rápidamente la cara antes de que mi madre se diera la vuelta. Los invitados estaban saliendo, les saludamos con la mano una vez más y les dijimos «*Da svidaniya*» antes de apagar las luces. Mi madre cogió uno de los cirios funerarios del recibidor y nos dirigimos a la planta de arriba, guiadas por el suave resplandor. La

llama tembló y noté la rapidez de la respiración de mi madre en la piel. Pero temía mirarla y contemplar su sufrimiento. Se me hacía tan duro soportar su dolor como el mío propio. Le di un beso de buenas noches en la puerta de su cuarto y me apresuré escaleras arriba hacia mi habitación, que estaba en el desván, para dejarme caer inmediatamente después en la cama y cubrirme la cabeza con la almohada, para que no me oyera sollozar. El hombre que había dicho que yo era una gardenia blanca, que me había llevado en sus hombros y me había hecho girar hasta que la cabeza me había dado vueltas de la risa, no volvería nunca más.

Una vez que la época de luto oficial hubo terminado, todo el mundo pareció dispersarse de nuevo en sus respectivas vidas cotidianas. Mi madre y yo nos quedamos desamparadas, dejadas a nuestra suerte para aprender a vivir de nuevo.

Tras doblar las telas y amontonarlas en el armario ropero, mi madre decidió que debíamos llevar flores al cerezo favorito de mi padre. Mientras me ayudaba con los cordones de las botas, escuchamos como ladraban nuestros perros *Sasha* y *Gogle*. Me apresuré a acercarme a la ventana, suponiendo que sería otro grupo de personas que venían a darnos el pésame, pero distinguí a dos soldados japoneses que esperaban junto a la verja. Uno era de mediana edad, y llevaba un sable colgado del cinturón y grandes botas de general. Su cara cuadrangular de expresión solemne estaba marcada por profundas arrugas, pero hizo ademán de sonreír con las comisuras de la boca cuando se fijó en los huskies que correteaban junto a la verja.

Desde una rendija en la puerta principal entreví como mi madre hablaba con los hombres: primero trató de hacerlo despacio en ruso y luego en chino. El soldado más joven parecía entender el chino con facilidad, mientras que el general dirigía la mirada hacia el patio y la casa, y solamente prestaba atención cuando su ayudante le traducía las respuestas de mi madre. Le estaban pidiendo algo y hacían reverencias al final de cada frase. Esta muestra de cortesía, que normalmente no se empleaba con los extranjeros que residían en China, parecía poner a mi madre aún más incómoda. Asentía con la cabeza, pero su miedo se delataba en que se le sonrojaba la piel alrededor del cuello, y le temblaban los dedos mientras retorció y tiraba de los puños de sus mangas.

En los últimos meses, muchos rusos habían recibido visitas similares. El alto mando japonés y sus asistentes se habían ido trasladando a los hogares de la gente, en lugar de vivir en el cuartel del ejército. En parte, lo hacían para protegerles de los ataques aéreos de los aliados, pero también para sofocar cualquier movimiento de resistencia local de los rusos blancos convertidos a soviéticos, o bien, de los simpatizantes de los chinos. La única persona que conocíamos que los había rechazado era un amigo de mi padre, el profesor Akimov, que poseía un apartamento en Modogow. Desapareció una noche y nunca volvimos a oír de él. Sin embargo, ésta era la primera vez que se habían alejado tanto del centro de la ciudad.

El general murmuró algo a su ayudante, y cuando vi que mi madre tranquilizaba a los perros y abría la verja, me escabullí hacia el interior de la casa y me escondí bajo un sillón, presionando mi rostro contra las frías baldosas del recibidor. Primero entró mi madre y sostuvo la puerta para dejar paso al general. Él se limpió las botas antes de pasar al interior y colocó el sombrero en la mesa que estaba junto a mí. Escuché como mi madre lo conducía hacia el salón. Murmullaba frases en japonés como muestra de su aprobación y, aunque ella seguía intentando trabar una conversación elemental en ruso y chino, él no parecía entenderla. Me preguntaba por qué habría dejado a su ayudante junto a la verja. Mi madre y el general se dirigieron a la planta de arriba, y pude oír el crujido del suelo en la habitación desocupada y el sonido de los armarios abriéndose y cerrándose. Cuando regresaron, el general parecía complacido, pero la ansiedad de mi madre se había desplazado hasta sus pies: trasladaba el peso de uno a otro y golpeaba el suelo con el zapato. El general hizo una reverencia y murmuró «*Doomo arigatoo gozaimashita*». Gracias. Cuando recogió el sombrero, notó mi presencia. Sus ojos no eran como los del resto de los soldados japoneses que yo había visto hasta entonces. Eran grandes y saltones, y cuando los abrió mucho y me sonrió, las arrugas de su frente se comprimieron hacia el nacimiento del pelo, confiriéndole el aspecto de un enorme y simpático sapo.

Todos los domingos, mi madre, mi padre y yo nos reuníamos en casa de nuestros vecinos, Boris y Olga Pomerantsev, para comer *borscht* y pan de centeno. Eran una pareja de ancianos que se había dedicado toda la vida a vender los productos agrícolas que producía, pero los dos eran muy sociables y mostraban interés por mejorar sus conocimientos, por lo que a menudo invitaban a sus conocidos chinos a que se sumaran a nuestras reuniones. Hasta la invasión japonesa, dichas reuniones solían ser muy animadas, con música y lecturas de Pushkin, Tolstói y poetas chinos; sin embargo, a medida que la ocupación se volvió más represiva, la animación de estos encuentros fue atenuándose. Todos los ciudadanos chinos estaban bajo continua vigilancia, y cualquiera que abandonara la ciudad debía mostrar su documentación y bajarse de su automóvil o rickshaw para postrarse ante los guardias japoneses si quería seguir su camino. El señor y la señora Liu eran los únicos chinos que estaban dispuestos a hacerlo por un acontecimiento social diferente de un funeral o una boda.

En otra época, los Liu habían poseído una próspera industria, pero los japoneses ocuparon su fábrica de algodón, por lo que sobrevivían sólo gracias a que habían sido lo suficientemente prudentes como para no gastar todo lo que habían ganado.

El domingo siguiente a que terminara el luto por mi padre, mi madre esperó hasta después de la comida para hablarles a nuestros amigos sobre el general. Susurraba con voz entrecortada, mientras pasaba las manos por encima del mantel de encaje que Olga utilizaba para las ocasiones especiales y miraba de soslayo a la hermana del señor Liu, Ying-ying. La joven dormitaba en un sillón cerca de la puerta de la cocina,

mientras respiraba pesadamente y un hilo de saliva le colgaba de la barbilla. Era poco común que el señor Liu trajera a su hermana en esas ocasiones, prefería dejarla al cuidado de sus hijas mayores siempre que él y su mujer salían de casa. No obstante, parecía que la depresión de Ying-ying se estaba agravando: pasaba de estar indiferente durante días a sufrir repentinos arrebatos de llanto y a arañarse la piel de los brazos hasta sangrar. El señor Liu la había sedado con hierbas chinas y la había traído con él, porque no confiaba en que sus hijos pudieran hacer frente a la situación.

Mi madre nos habló escogiendo las palabras con cuidado, pero su ensayada tranquilidad no hizo más que empeorar la sensación de desazón de mi estómago. Nos explicó que el general iba a alquilar la habitación desocupada de nuestra casa. Subrayó la importancia de que su cuartel general estuviera en otro pueblo a cierta distancia, y de que pasaría la mayor parte del tiempo en él, de manera que no nos impondría su presencia constantemente. Nos explicó que habían acordado que ningún soldado o agregado militar podría visitar la casa.

—¡Lina! ¡No! —exclamó Olga—. ¡Precisamente esa gente!

El rostro de mi madre palideció.

—¿Cómo puedo rechazarle? Si lo hago, perderé la casa. Lo perderé todo. Tengo que pensar en Anya.

—Mejor no tener casa a vivir con esos monstruos —replicó Olga—. Anya y tú podéis venir a vivir aquí.

Boris apretó el hombro de mi madre con su mano de labrador, rosácea y callosa:

—Olga, Lina perderá mucho más que la casa si se niega.

Mi madre levantó la cabeza hacia los Liu, disculpándose con la mirada, y dijo:

—Mis amigos chinos no lo verán con buenos ojos.

La señora Liu bajó la vista, pero su marido dirigió la atención hacia su hermana, que se removía y farfullaba una serie de nombres mientras dormitaba. Eran siempre los mismos nombres, independientemente de que Ying-ying los gritara mientras la señora Liu y sus hijas la sujetaban en la consulta del médico, o los exclamara entre sollozos antes de caer en uno de sus trances comatosos. Había llegado de Nanking con el resto de los refugiados heridos y arruinados que habían huido de la ciudad tras la invasión japonesa. Los nombres que pronunciaba eran los de sus tres niñas, a las que los soldados japoneses habían abierto en canal con sus espadas. Cuando los soldados amontonaron los cuerpos de las niñas junto con los cadáveres de los otros pequeños del mismo edificio, uno de esos hombres sujetó firmemente la cabeza de Ying-ying entre sus manos forzándola a mirar cómo los minúsculos intestinos de sus hijas se derramaban por el suelo y los perros de los guardias acababan peleándose por ellos. Arrastraron a su marido y al resto de los hombres a la calle, los marcaron y los ataron a unos postes; entonces, los generales japoneses ordenaron a los soldados que se entrenaran traspasándoles con sus bayonetas.

Me levanté de la mesa sin que se dieran cuenta y corrí afuera para jugar con el gato que vivía en el jardín de los Pomerantsev. Era un gato callejero con las orejas

desgarradas y un ojo ciego, pero estaba poniéndose gordo y satisfecho gracias a las atenciones de Olga. Presioné mi rostro contra su pelaje almizcle y lloré. Historias como la de Ying-ying se rumoreaban por todo Harbin, e incluso yo misma había sido testigo de suficientes muestras de crueldad por parte de los japoneses como para odiarlos.

Los japoneses se anexionaron Manchuria en 1937, aunque, en realidad, la habían invadido seis años antes. A medida que la guerra se fue recrudeciendo, los japoneses publicaron un edicto para que todo el arroz se destinara a su ejército. Los chinos se vieron forzados a alimentarse básicamente de bellotas, que los más jóvenes y los enfermos no podían digerir. Un día, volvía corriendo de la escuela por el serpenteante y frondoso sendero que flanqueaba el río al lado de nuestra casa. El nuevo director japonés nos había dejado salir temprano, y nos había ordenado que volviéramos a casa y les contáramos a nuestros padres las últimas victorias japonesas en Mancharía. Llevaba puesto mi nuevo uniforme blanco, y me entretenía observando los motivos que la luz del sol dibujaba sobre mí al filtrarse entre los árboles bajo los que correteaba. Me crucé con el doctor Chou, el médico del pueblo. El doctor Chou conocía tanto la medicina occidental como la tradicional, y en ese momento llevaba una caja de frascos bajo el brazo. Era conocido por su elegancia en el vestir, y aquel día iba engalanado con un traje entallado y una gabardina al estilo occidental, y con un sombrero panamá. El tiempo suave parecía complacerle a él también, y nos sonreímos mutuamente.

Después de cruzarme con el médico, llegué al recodo del río. Allí el bosque era más oscuro y las plantas trepadoras envolvían los árboles. Me sorprendí al oír un chillido penetrante, y me paré en seco cuando un agricultor chino con el rostro magullado y herido pasó tambaleándose junto a mí. Un grupo de soldados japoneses saltó de entre la vegetación tras él y nos rodeó a ambos, agitando las bayonetas. El jefe sacó su espada y la presionó bajo la barbilla del hombre, dejando una marca en la piel de su cuello. Le obligó a que le mirara directamente a los ojos, pero yo pude percibir en la turbiedad de aquellos ojos y en la flacidez de su boca que la luz se había extinguido en su ser. La chaqueta del agricultor estaba chorreando, y uno de los soldados sacó un cuchillo y rasgó la parte izquierda. Montones de arroz húmedo cayeron al suelo.

Los soldados obligaron al hombre a arrodillarse, riéndose de él y aullando como lobos. El jefe de la cuadrilla hundió la espada en la otra parte de la chaqueta del hombre y el arroz brotó mezclado con sangre. Un hilo de vómito surgió de los labios del hombre. Escuché un ruido de cristales rotos y me volví para ver de dónde procedía. El doctor Chou estaba detrás de mí, con sus frascos rotos cuyo contenido se derramaba por el sendero pedregoso. El horror quedó grabado en los surcos de su rostro. Di un paso atrás, sin que los soldados se dieran cuenta, hacia sus brazos extendidos.

Los soldados gruñían, excitados por el olor a sangre y miedo. El jefe tiró de la

camisa del prisionero, dejando al descubierto su cuello. De un solo mandoble, cortó la cabeza del hombre a la altura de los hombros. La masa de carne sanguinolenta rodó hacia el río, coloreando sus aguas como el vino de *sorghum*. El cadáver se mantenía erguido, como si estuviera rezando, y de él manaba la sangre a borbotones. Los soldados seguían observándolo tranquilamente, sin un ápice de culpabilidad o de repugnancia. Los charcos de sangre y fluidos se mezclaban a nuestros pies, tiñéndonos los zapatos, y los soldados se echaron a reír. El asesino levantó la espada para observarla a contraluz, y frunció el ceño al ver la sangre mugrienta goteando. Miró a su alrededor buscando algo con lo que limpiarla hasta que posó la mirada en mi vestido. Me agarró, pero el doctor, enfurecido, me empujó bajo su abrigo mientras murmuraba maldiciones contra los soldados. El jefe sonrió, confundiendo las maldiciones del doctor por protestas, y limpió la espada reluciente en el hombro del médico. Esto debió de repugnar al doctor Chou, que acababa de presenciar el asesinato de un compatriota chino, pero él permaneció en silencio para protegerme.

En aquel entonces, mi padre todavía estaba vivo y, esa misma noche, después de acostarme y escuchar mi historia conteniendo la rabia, oí como le decía a mi madre en el rellano:

—Sus propios líderes les tratan de un modo tan cruel que han perdido cualquier parecido con los seres humanos. La culpa es de sus generales.

Al principio, el general no significó un cambio esencial para nuestras vidas y se mantuvo apartado de nosotras. Apareció con un futón, un hornillo de gas y un gran baúl. Sólo nos percatábamos de su existencia cada mañana, justo después del amanecer, cuando el coche negro se acercaba a la verja y las gallinas del patio revoloteaban al pasar el general entre ellas. Y después, por las noches, cuando volvía tarde con el cansancio en los ojos, y dirigía un saludo con la cabeza a mi madre y a mí me sonreía antes de retirarse a su habitación.

El general demostraba unos modales sorprendentemente buenos para ser un miembro del ejército de ocupación. Pagaba el alquiler y todo lo que utilizaba y, al poco tiempo, comenzó a traer a casa objetos que estaban racionados o prohibidos, como por ejemplo, arroz y pastelillos de soja. Colocaba estos manjares envueltos en un paño sobre la mesa del comedor o la encimera de la cocina antes de irse a su cuarto. Mi madre observaba estos paquetes con recelo y nunca los tocaba, pero no impedía que yo aceptara los regalos. El general acabó por entender que la buena voluntad de mi madre no podía comprarse con objetos que se les habían confiscado a los chinos, por lo que pronto comenzó a complementar los regalos con pequeñas reparaciones anónimas. Un buen día, nos encontrábamos con que una ventana que antes estaba atascada había sido reparada; otro día, una puerta que chirriaba había sido engrasada, o una esquina por la que entraba el aire había sido sellada.

Sin embargo, la presencia del general no tardó en hacerse más invasiva, como la de una planta enredadera que se abre camino para acabar conquistando todo el jardín.

El decimocuarto día tras la muerte de mi padre, hicimos una visita a los

Pomerantsev. La comida resultó más alegre de lo habitual, aunque sólo estuviéramos los cuatro, ya que los Liu ya no aparecían cuando se les invitaba.

Boris logró comprar vodka, e incluso me dejaron beber un poco para «calentarme». Boris nos entretenía quitándose repentinamente el sombrero y mostrándonos su cortísimo pelo. Mi madre le dio unas afectuosas palmaditas en la cabeza y bromeó:

—Boris, ¿quién te ha podido hacer algo tan cruel? Pareces un gato siamés.

Olga, que nos estaba sirviendo un poco más de vodka mientras se mofaba de mí, disimulando olvidarse de mi vaso varias veces, frunció el ceño y replicó:

—¡Le pagó a alguien para que le hicieran eso! Un extravagante barbero chino del casco antiguo.

Su marido sonrió mostrando una dentadura amarilla y feliz, y explicó alegremente:

—Está disgustada porque estoy mejor que cuando me lo corta ella.

—Cuando te vi con esa pinta de idiota, por poco le dio algo a mi viejo y débil corazón —replicó su mujer.

Boris cogió la botella de vodka y sirvió otra ronda a todo el mundo menos a su mujer. Cuando ella le miró contrariada, él arqueó las cejas y dijo:

—Cuida ahora un poco de tu viejo y débil corazón, Olga.

Mi madre y yo volvimos a casa a pie, cogidas de la mano y dándoles patadas a los cúmulos de nieve recién caída. Ella me cantó una canción sobre la recogida de champiñones. Siempre que se reía, de la boca le salían flotando pequeñas bocanadas de vapor. Estaba preciosa, a pesar de la pena que se reflejaba en su mirada. Me hubiera gustado parecerme a ella, pero yo había heredado el pelo rubio rojizo, los ojos azules y las pecas de mi padre.

Cuando llegamos a nuestra casa, la mirada de mi madre se endureció al ver un farolillo japonés colgado en la verja. Me introdujo en casa apresuradamente, despojándose de su propio abrigo y botas antes de ayudarme con los míos. Saltó hasta alcanzar la puerta del salón, apremiándome para que me diera prisa y no cogiera un resfriado por pisar descalza las baldosas del suelo de la entrada. Cuando se volvió hacia la habitación, se erizó como un gato asustado. Entré detrás de ella. Amontonados en una esquina estaban nuestros muebles bajo un paño rojo. Junto a ellos, la ventana de la habitación se había convertido en un santuario completo con un pergamino japonés y un arreglo floral de ikebana. Las alfombras habían desaparecido y habían sido sustituidas por alfombrillas de tatami.

Mi madre recorrió furiosa la casa en busca del general, pero no estaba en su habitación ni en el patio. Esperamos hasta el anochecer junto a la estufa de carbón, mientras mi madre ensayaba airadas palabras para dedicárselas al general. Sin embargo, aquella noche, no volvió a casa y mi madre fue cayendo en un estado de silencioso abatimiento. Nos quedamos dormidas, acurrucadas las dos junto a los rescoldos del fuego.

El general no volvió a casa hasta dos días después y, para entonces, el agotamiento prolongado había extenuado la belicosidad de mi madre. Cuando apareció por la puerta, cargado con puñados de té, tela para vestidos e hilo, parecía esperar que nos mostráramos agradecidas. Fue como si en sus ojos satisfechos y traviosos estuviera viendo a mi padre, cuando se deleitaba en ofrecerles tesoros a sus seres queridos.

El general se cambió, se puso un kimono de seda gris y comenzó a cocinar verduras y tofu para todos. Las elegantes sillas antiguas de mi madre estaban guardadas, así que no tuvo más remedio que sentarse con las piernas cruzadas sobre un cojín con la mirada fija en el infinito, los labios fruncidos e indignada, mientras la casa absorbía el aroma del aceite de sésamo y de la salsa de soja. Yo miraba boquiabierta los platos lacados que el general había dispuesto sobre la mesa baja y no podía hablar, pero me sentía agradecida por la pequeña amabilidad que demostraba cocinando para nosotras. Hubiera detestado presenciar la escena si, en su lugar, le hubiera ordenado a mi madre que cocinara para él. Obviamente, no era como los hombres japoneses que había visto en nuestro pueblo, cuyas mujeres tenían que servirles en cuerpo y alma, caminar varios pasos por detrás de ellos y cargar con el peso de cualquier objeto adquirido en el mercado. Mientras, los hombres se pavoneaban más adelante, con las manos vacías y las cabezas bien altas. Una vez, Olga comentó que los japoneses no tenían mujeres, sino burros de carga.

El general colocó los fideos frente a nosotras y, con nada más que un gruñido de *Itadakimasu*, empezó a comer. Aparentemente, no notó que mi madre no tocaba el plato o que yo estaba allí sentada, mirando fijamente los jugosos fideos, que me hacían la boca agua. Me sentía dividida entre las punzadas de hambre y la lealtad para con mi madre. Tan pronto como el general acabó de comer, me apresuré a lavar los platos para que no notara que no nos habíamos comido sus viandas. Era lo mejor que podía hacer, porque no quería que el enojo de mi madre pudiera afectarla o causarle ningún daño.

Cuando volví de la cocina, el general estaba alisando un rollo de pergamino japonés. No era blanco y brillante como el papel occidental, ni tampoco era del todo mate. Era luminoso. El general estaba a cuatro patas, mientras mi madre lo observaba con una expresión exasperada en el rostro. La escena me recordó a una fábula que me había leído mi padre sobre la primera recepción de Marco Polo ante Kublai Khan, el soberano de China. Con la intención de demostrar la superioridad europea, los ayudantes de Marco Polo desenrollaron un rollo de seda frente al emperador y a sus cortesanos. El tejido se desplegó en una cascada brillante, que comenzaba desde el punto en que se encontraba Marco Polo y terminaba a los pies del soberano. Después de un breve silencio, él y su corte estallaron en una carcajada. Marco Polo pronto descubrió que era difícil impresionar a quienes habían estado produciendo fina seda durante siglos, incluso antes de que los europeos dejaran de vestirse con pieles de animales.

El general me indicó por señas que me sentara junto a él y sacó un bote de tinta y un pincel de caligrafía. Mojó el pincel y lo aplicó al papel, produciendo femeninas espirales de *hiragana* japonés. Reconocí las letras de las lecciones que habíamos recibido cuando los japoneses ocuparon la escuela en un primer momento, antes de que decidieran que era mejor no educarnos en absoluto y la cerraron.

—Anya-chan —dijo el general en su torpe ruso—, te enseño símbolos japoneses. Importante que tú aprendas.

Le observé mientras daba hábilmente forma a las sílabas. *Ta, chi, tsu, te, to*. Sus dedos se movían como si estuviera pintando en lugar de escribiendo, y sus manos me tenían hipnotizada. Su piel era suave y lampiña, y las uñas, tan limpias como pequeños guijarros blanquecinos.

—¡Debería avergonzarse de usted y de su gente! —gritó mi madre, arrebatándole el papel al general.

Trató de rasgarlo, pero era resistente y flexible. Por eso, lo arrugó hasta hacerlo una bola y lo lanzó a la esquina opuesta de la habitación. El papel cayó al suelo en silencio.

Aguanté la respiración. Ella me miró y se contuvo de añadir nada más. Temblaba por la ira, pero también por el temor de lo que nos costaría aquel arrebato.

El general permanecía sentado con las manos en las rodillas, sin moverse ni lo más mínimo. La expresión de su rostro era neutra. Era imposible saber si estaba enfadado o, simplemente, pensativo. La punta del pincel goteaba tinta en la alfombrilla del tatami, donde se extendía formando una mancha oscura, como una herida. Después de un momento, el general rebuscó en la manga de su kimono, sacó una fotografía y me la dio. Era el retrato de una mujer con un kimono negro y una niña pequeña. La niña llevaba el pelo recogido en un moño alto, y sus ojos eran tan bonitos como los de un ciervo. Parecía tener aproximadamente la misma edad que yo. La mujer miraba ligeramente fuera del encuadre. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, para que no le cayera sobre el rostro. Tenía los labios empolvados de blanco y perfilados para formar un arco estrecho, que no podía ocultar el grosor de su boca. La expresión de su bello rostro era formal, pero algo en la ligera inclinación de su cabeza sugería que estaba sonriéndole a una persona que quedaba fuera del objetivo de la cámara.

—Tengo una niñita en mi hogar, en Nagasaki, que tiene madre, pero no padre —dijo el general—. Y tú eres una niñita sin padre. Tengo que cuidarte.

Tras decir esto, se levantó, hizo una reverencia y abandonó la habitación, dejándonos a mi madre y a mí allí de pie, boquiabiertas y sin palabras.

Cada segundo martes del mes, el afilador pasaba por nuestra calle. Era un viejo ruso de rostro arrugado y ojos afligidos. No llevaba sombrero, por lo que se enrollaba la cabeza en trapos para mantenerla caliente. La rueda de afilar estaba unida por correas

a un trineo tirado por dos pastores alemanes, y yo jugaba con los perros mientras mi madre y los vecinos se reunían a su alrededor para afilar cuchillos hachas. Uno de esos martes, Boris se acercó a mi madre y le susurró que uno de nuestros vecinos, Nikolái Botkin, había desaparecido. El semblante de mi madre se congeló por un instante antes de que le susurrara:

—¿Los japoneses o los comunistas?

Boris se encogió de hombros.

—Precisamente, me lo encontré anteayer en la barbería del casco antiguo. Hablaba demasiado. Se jactaba de cómo los japoneses están perdiendo la guerra y simplemente nos lo están ocultando. Al día siguiente —explicó Boris, apretando el puño y abriéndolo bruscamente en el aire—, había desaparecido. Sin dejar rastro. Ese hombre tenía la boca demasiado grande como para serle útil. Nunca se sabe de qué lado están el resto de los clientes. Algunos rusos desean que los japoneses ganen.

En ese momento, se oyó un grito agudo, «*Kazaaa!*», las puertas de nuestro garaje se abrieron de par en par y a través de ellas salió corriendo un hombre. Estaba desnudo, excepto por un pañuelo anudado en la parte baja de la frente. No me percaté de que era el general hasta que le vi lanzándose a la nieve y brincando de alegría. Boris trató de taparme los ojos, pero entre los huecos de sus dedos, me sorprendí al ver su arrugado apéndice colgándole entre las piernas.

Olga se golpeó las rodillas y profirió una serie de agudas carcajadas, mientras que los demás vecinos contemplaban la escena asombrados, con la boca abierta. Pero mi madre vio la piscina de agua caliente construida en su sagrado garaje y gritó. Este último insulto era demasiado para que pudiera soportarlo. Boris dejó caer las manos y me volví para ver a mi madre, tal y como era antes de la muerte de mi padre: con las mejillas ardientes y los ojos encendidos. Corrió por el patio, agarrando una pala mientras pasaba al lado de la verja del jardín. La mirada del general iba de la piscina a mi madre, como si esperara que ella fuera a maravillarse de su ingenio.

—¿Cómo se atreve? —le gritó.

La sonrisa murió en el rostro del hombre. Comprendí que no podía entender la reacción de ella.

—¿Cómo se atreve? —le chilló de nuevo, golpeándole en la mejilla con el mango de la pala.

Olga ahogó un aullido sofocado, pero el general no parecía preocupado porque los vecinos estuvieran presenciando la insurrección de mi madre. No apartaba los ojos de su cara.

—Ésta es una de las pocas cosas que me quedan para recordarle —le dijo mi madre, sin aliento.

El rostro del general se enrojeció, mientras él se incorporaba y se retiraba hacia el interior de la casa sin una sola palabra.

Al día siguiente, el general desmanteló la piscina y nos ofreció la madera para hacer fuego. Retiró las alfombrillas de tatami y colocó nuevamente las alfombras

turcas y las esteras de piel de carnero por las que mi padre había cambiado su reloj de oro.

Aquella tarde, me preguntó si podía tomar prestada mi bicicleta. Mi madre y yo observamos a través de las cortinas al general dirigirse lentamente hacia la carretera. Mi bicicleta no era lo bastante grande para él. Los pedales le quedaban pequeños, de modo que a cada rotación de las piernas, sus rodillas se elevaban por encima de las caderas. Pero montaba en bicicleta con habilidad y, a los pocos minutos, desapareció entre los árboles.

Para cuando el general regresó, mi madre y yo ya habíamos colocado los muebles y las alfombras prácticamente en el mismo lugar en el que estaban antes.

El general miró con atención a su alrededor. Una sombra pasó por su rostro.

—Deseaba embellecerla para ustedes, pero no lo he conseguido —dijo mientras examinaba con el pie la alfombra magenta que ocupaba el lugar en el que había estado su tatami—. Quizás somos demasiado diferentes.

Mi madre estuvo a punto de sonreír, pero se contuvo. Pensé que el general iba a marcharse, pero se volvió una vez más para mirarla, no como un digno militar, sino más bien como un niño tímido al que su madre acababa de regañar.

—Puede que haya encontrado algo sobre cuya belleza podamos ponernos de acuerdo —dijo, mientras se rebuscaba en el bolsillo y sacaba de él una caja de cristal.

Mi madre vaciló antes de cogérsela de las manos, pero, al final, no pudo resistirse a su propia curiosidad. Me incliné hacia delante, obligándome a ver lo que el general había traído. Mi madre abrió la tapa, y un delicado aroma fluyó por el aire. Supe lo que era instantáneamente, aunque no lo había experimentado nunca antes. El perfume se intensificó, flotando por toda la habitación y envolviéndonos en su encanto. Era una mezcla de magia y romance, de exotismo oriental y decadencia occidental. Me provocó un dolor en el corazón y hormigueo en la piel.

Mi madre me miraba fijamente. Sus ojos brillaban a causa de las lágrimas. Me tendió la caja y pude contemplar en su interior la flor de un blanco cremoso. La imagen de aquella flor perfecta envuelta en un follaje de satinadas hojas verdes evocó en mí la imagen de un lugar envuelto en luz moteada, donde las aves cantaban día y noche. Deseaba llorar al ver tanta belleza, porque supe en seguida el nombre de la flor, aunque hasta entonces no la había visto más que en mi imaginación. La planta era originaria de China, pero era tropical, por lo que no crecía en Harbin, ya que las heladas allí eran brutales.

La de la gardenia blanca era una leyenda que mi padre nos había contado a mi madre y a mí infinidad de veces. La primera vez que había visto la flor había sido cuando acompañó a su familia al baile de estío del zar en el Gran Palacio. Nos describía a las mujeres con vestidos largos y joyas que chispeaban adornando sus cabellos; a los lacayos y los carruajes; y la cena, servida en mesas de cristal redondas, y compuesta por caviar fresco, ganso ahumado y sopa de *sterlet*. Más tarde, hubo una exhibición de fuegos artificiales coreografiada por la música de *La bella durmiente*,

de Tchaikovsky. Tras presentarse ante el zar y su familia, mi padre entró en una habitación cuyas puertas de cristal se abrían de par en par al jardín. Aquella fue la primera vez que las vio. Los tastos de porcelana con gardenias habían sido importados de China especialmente para la ocasión. En el aire veraniego, su delicado aroma resultaba embriagador. Daba la sensación de que las flores asentían y recibían a mi padre con elegancia, como la zarina y sus hijas acababan de hacer momentos antes. A partir de aquel instante, mi padre había quedado prendado del recuerdo de las noches blancas septentrionales y de una seductora flor cuyo perfume evocaba un paraíso.

Más de una vez, mi padre había tratado de comprar un frasco del perfume para que mi madre y yo también pudiéramos revivir aquella remembranza; pero nadie en Harbin había oído hablar de aquella fascinante flor, y todos sus esfuerzos fueron siempre en vano.

—¿Dónde la ha conseguido? —le preguntó mi madre al general, mientras rozaba con la punta de los dedos los pétalos cubiertos de rocío.

—De un chino llamado Huang —contestó—. Tiene un invernadero en las afueras de la ciudad.

Sin embargo, mi madre apenas escuchó la respuesta, porque su mente estaba a un millón de kilómetros en una noche de San Petersburgo. El general se dio media vuelta para marcharse. Le seguí hasta el pie de las escaleras.

—Perdone, señor —le susurré—. ¿Cómo lo sabía?

Arqueó las cejas y me miró fijamente. El cardenal de su mejilla había adquirido un tono de color ciruela.

—¿Cómo sabía lo de la flor? —insistí.

Pero el general simplemente suspiró, me tocó el hombro y dijo:

—Buenas noches.

Para cuando empezó la primavera y la nieve comenzó a derretirse, abundaba el rumor por todas partes de que los japoneses iban a perder la guerra. Por la noche, podía oír los aviones y los tiroteos, que, según nos explicó Boris, pertenecían a los soviéticos en lucha contra los japoneses a lo largo de la frontera. «Que Dios nos ayude —decía— si los soviéticos llegan aquí antes que los estadounidenses».

Decidí descubrir si era verdad que los japoneses estaban perdiendo la guerra, y tramé un plan para seguir a nuestro inquilino hasta su cuartel general. Mis dos primeros intentos de levantarme antes que él fueron infructuosos, porque me dormí incluso hasta más tarde de mi hora habitual de despertarme; pero el tercer día, amanecí soñando con mi padre. Estaba de pie ante mí, sonriendo, y me decía: «No te preocupes. Te dará la impresión de que estás sola, pero no será así. Enviaré a alguien». Su imagen se desvaneció, y yo parpadeé a causa de la luz del alba que se filtraba entre las cortinas. Salté de la cama y noté el aire frío, pero sólo tuve que

ponerme el abrigo y el sombrero, ya que me había preparado bien y había dormido totalmente vestida, con las botas puestas. Me deslicé afuera por la puerta de la cocina y por el lateral del garaje, donde tenía escondida la bicicleta. Me puse en cuclillas sobre la nieve fangosa y esperé. Unos minutos más tarde, el coche negro se acercó a la verja. La puerta principal se abrió y salió el general. Cuando el coche se marchó, salté sobre la bicicleta y pedaleé furiosamente para lograr mantener una discreta distancia. El cielo estaba encapotado y el camino, oscuro y embarrado. Cuando llegé al cruce de caminos, el coche se paró, y yo me escondí detrás de un árbol. El conductor retrocedió unos metros y cambió de dirección, apartándose del camino que conducía al pueblo más cercano, donde el general nos había dicho que iba cada día, para tomar la carretera principal rumbo a la ciudad. Me monté en la bicicleta de nuevo, pero cuando llegué al cruce, tropecé contra una piedra y me caí, golpeándome el hombro contra el suelo. Me estremecí por el dolor, y miré hacia donde había caído la bicicleta. Mi bota había doblado los radios de la rueda delantera. Las lágrimas se me escaparon de los ojos mientras cojeaba colina arriba, llevando junto a mí la chirriante bicicleta.

Justo antes de llegar a casa, distinguí a un hombre chino asomándose furtivamente de entre la arboleda junto al camino. Parecía que me estaba esperando, así que crucé al otro lado y comencé a correr con mi desbaratada bicicleta. Pero pronto me alcanzó, saludándome en perfecto ruso. Había algo en sus ojos vidriosos que me daba miedo, y mi respuesta fue el silencio.

—¿Por qué —preguntó, suspirando como si estuviera hablándole a una hermana traviesa— dejáis que los japoneses se queden con vosotros?

—Nosotras no pudimos hacer nada —le contesté, todavía sin mirarle—. Sencillamente, él vino y no pudimos negarnos.

El chino cogió el manillar de la bicicleta, aparentando que me ayudaba a empujarla, y fue entonces cuando advertí sus guantes. Eran abultados y, por la forma que tenían, parecían contener manzanas en lugar de manos.

—Los japoneses son muy malos —continuó—. Han hecho cosas terribles. El pueblo chino no olvidará quiénes le ayudaron y quiénes ayudaron a los japoneses.

Su tono era amable y amistoso, pero aquellas palabras me produjeron un escalofrío, y me olvidé del dolor en el hombro. El hombre dejó de empujar la bicicleta y la apartó a un lado. Yo quería correr, pero el miedo me paralizaba. Lenta y deliberadamente elevó un guante a la altura de mis ojos y lo retiró con la elegancia de un mago. Sostenía frente a mí un amasijo destrozado de carne mal cicatrizada, retorcida en un muñón sin dedos. Grité de horror al verlo, pero sabía que no estaba enseñándomelo sólo para impresionarme, sino también a modo de advertencia. Dejé la bicicleta y corrí hacia la verja de mi casa.

—¡Mi nombre es Tang! —gritó el hombre a mis espaldas—. ¡Recuérdalo!

Me volví cuando alcancé la puerta, pero él ya se había ido. Volé escaleras arriba en dirección al dormitorio de mi madre, con el corazón atronándome en el pecho.

Advertí que aún estaba dormida, con su cabello negro extendido por la almohada. Me quité el abrigo, levanté cuidadosamente las mantas y me acosté a su lado. Suspiró y me acarició antes de volver a sumirse en un sueño tan profundo como la muerte.

Agosto era el mes de mi decimotercer cumpleaños y, a pesar de la guerra y de la muerte de mi padre, mi madre estaba decidida a mantener la tradición familiar de ir al casco antiguo a celebrarlo. Boris y Olga nos llevaron a la ciudad ese día; Olga quería comprar especias y Boris iba a cortarse el pelo de nuevo. Harbin era mi ciudad natal y, aunque muchos chinos sostenían que nosotros, los rusos, nunca pertenecemos o tuvimos derecho sobre ella, yo sentía que, de algún modo, formaba parte de mí. Cuando entramos en la ciudad, contemplamos toda una serie de detalles que me eran familiares y que me hacían sentir en casa, como las iglesias con sus cúpulas en forma de cebolla, los edificios de color pastel y los elaborados peristilos. Igual que yo, mi madre también había nacido en Harbin. Era hija de un ingeniero que había perdido su trabajo en el ferrocarril después de la Revolución. De algún modo, era mi padre el que nos había conectado con Rusia y había hecho que nos identificáramos con la arquitectura de los zares.

Boris y Olga nos dejaron en el casco antiguo. Aquel día, hacía un tiempo extrañamente caluroso y húmedo, así que mi madre sugirió que nos tomáramos el dulce típico de la ciudad: el helado de semillas de vainilla. Nuestra cafetería favorita estaba muy concurrida y mucho más animada de lo que la habíamos visto en años. Todo el mundo hablaba sobre el rumor de que los japoneses estaban a punto de rendirse. Mi madre y yo nos sentamos en una mesa cerca de la ventana. Una mujer en la mesa de al lado le comentaba a su acompañante, mayor que ella, que había oído el bombardeo de los estadounidenses la noche anterior y que un oficial japonés había sido asesinado en su barrio. Su acompañante asintió con solemnidad, mesándose la barba grisácea, y declaró:

—Los chinos no se atreverían a hacer algo así si no tuvieran la sensación de estar ganando.

Tras acabarnos el helado, mi madre y yo dimos un paseo por el barrio, fijándonos en las tiendas nuevas y acordándonos de las que habían desaparecido. Un buhonero que vendía muñecas de porcelana trató de atraerme con su mercancía, pero mi madre me sonrió y me dijo:

—No te preocupes, tengo algo para ti en casa.

El poste rojo y blanco de la barbería, con su cartel en chino y ruso, atrajo mi atención.

—¡Mira, mamá! —exclamé—. ¡Ésa debe de ser la barbería de Boris!

Corrí hasta el escaparate para mirar el interior. Boris estaba sentado en la silla, con su cara cubierta de espuma de afeitarse. Unos pocos clientes más esperaban, fumando y riéndose como hombres que no tenían mucho que hacer. Boris me vio

reflejada en el espejo, se volvió y me saludó. El barbero, que llevaba una bata bordada, también levantó su cabeza afeitada. Lucía un bigote como el de Confucio y una barba de chivo, y llevaba unas gafas de gruesa montura, que eran muy comunes entre los hombres chinos. Pero cuando vio mi rostro pegado al escaparate, se dio rápidamente la vuelta.

—Vamos, Anya —exclamó entre risas mi madre, tirándome del brazo—. A Boris le van a cortar mal el pelo si sigues distrayendo al barbero. Podría cortarle la oreja, y entonces Olga se enfadaría contigo.

Seguí a mi madre obedientemente, pero antes de doblar la esquina, me volví una vez más hacia la barbería. No podía ver al barbero a causa del reflejo del escaparate, pero me di cuenta de que conocía aquellos ojos: eran redondos, saltones y me resultaban muy familiares.

Cuando regresamos a casa, mi madre me sentó delante de su tocador y me deshizo con reverencia las trenzas infantiles, para cepillarme el cabello y hacerme un elegante moño como el suyo, con la raya a un lado y el pelo recogido en la base de la nuca. Me aplicó un toque de perfume detrás de las orejas y después me mostró una caja aterciopelada que reposaba sobre el tocador. La abrió y pude ver en su interior un collar de oro y jade que mi padre le había obsequiado como regalo de bodas. Lo cogió y lo besó antes de ponérmelo sobre la garganta y abrochar el cierre.

—¡Mamá! —protesté, ya que sabía cuánto significaba para ella aquel collar.

Ella frunció los labios.

—Ahora quiero dártelo a ti, Anya, porque te estás convirtiendo en una joven muy hermosa. A tu padre le habría gustado verte llevándolo en las ocasiones especiales.

Toqué el collar con dedos temblorosos. Aunque echaba de menos estar con mi padre y hablar con él, sentí que nunca se había alejado de mí. El jade parecía cálido contra mi piel, nada frío.

—Él está con nosotros, mamá —le dije—. Estoy segura.

Ella asintió y contuvo una lágrima.

—Tengo algo más para ti, Anya —me dijo mientras abría uno de los cajones cerca de mi rodilla y sacaba un paquete envuelto en un paño—. Algo que te haga recordar que siempre serás mi niña pequeña.

Le cogí el paquete de las manos y desaté el nudo, emocionada por ver qué había dentro. Era una muñeca matrioska con el rostro sonriente de mi difunta abuela. Me volví para mirar a mi madre, entendiendo que lo había pintado ella. Sonrió y me instó a que la abriera, para ver la siguiente muñeca. Desenrosqué la cintura de la muñeca y descubrí que la segunda muñeca tenía cabello oscuro y ojos color ámbar. Sonreí por la broma de mi madre y supe que la siguiente muñeca tendría cabello rubio rojizo y ojos azules, pero cuando advertí que también tenía un sinnúmero de pecas por todo su divertido rostro, me entró la risa. Abrí esa muñeca para encontrar una más pequeña y volví a mirar a mi madre. «Tu hija, que será mi nieta —me dijo—, y su bebé dentro de ella».

Volví a cerrar todas las muñecas y las alineé sobre el tocador, contemplando nuestro viaje matriarcal y deseando que mi madre y yo pudiéramos permanecer exactamente donde estábamos en aquel momento.

Después, en la cocina, mi madre colocó un *pirog* de manzana ante mí. Estaba a punto de cortar el pastelillo cuando oímos cómo se abría la puerta principal. Miré el reloj y supe que era el general. Tardó mucho tiempo en pasar de la entrada al interior de la casa. Cuando finalmente apareció en la cocina, tropezó; su rostro era de un color enfermizo. Mi madre le preguntó si se encontraba mal, pero él no contestó y se desplomó sobre una silla, apoyando la cabeza entre los brazos doblados. Mi madre se puso en pie, horrorizada, y me pidió que fuera a buscar un poco de té caliente y pan. Cuando se los ofrecí al general, levantó la cabeza para mirarme con ojos enrojecidos.

Observó mi pastel de cumpleaños y se me acercó para acariciarme la cabeza torpemente. Podía oler el alcohol en su aliento cuando me dijo:

—Tú eres mi hija.

Se giró hacia mi madre y, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, le dijo:

—Y tú eres mi esposa.

Se volvió a sentar en la silla, y se recompuso limpiándose la cara con el dorso de la mano. Mi madre le ofreció el té, y él bebió un sorbo y comió una rebanada de pan. Su rostro se desfiguró por el dolor, pero, tras un momento, se relajó y suspiró como si hubiera tomado una decisión. Se levantó de la mesa y, volviéndose hacia *mi* madre, escenificó el momento en el que ella le había golpeado con el mango de la pala cuando descubrió su piscina secreta. Entonces se rió, y mi madre le miró atónita durante un instante antes de reírse a su vez.

Le preguntó lentamente en ruso a qué se dedicaba antes de la guerra, si siempre había sido general. Él pareció confundido durante un momento, y después se señaló la nariz con un dedo y preguntó:

—¿Yo?

Mi madre asintió y repitió la pregunta. Él negó con la cabeza mientras cerraba la puerta a sus espaldas, y murmuró en un ruso tan bien pronunciado que podría haber sido cualquiera de nosotros:

—¿Antes de esta locura? Yo era actor. Actor de teatro.

A la mañana siguiente, el general se había marchado. En la puerta de la cocina, había prendida una nota escrita en perfecto ruso. Primero la leyó mi madre, estudiando las palabras con ojos asustados varias veces antes de entregármela. El general nos ordenaba que quemáramos todo lo que había dejado en el garaje y que destruyéramos la nota después de haberla leído. Decía que había puesto nuestras vidas en un gran peligro, cuando su único deseo había sido protegernos. Nos indicaba que debíamos desunir cualquier rastro suyo por nuestro propio bien.

Mi madre y yo corrimos a casa de los Pomerantsev. Boris estaba cortando leña, pero se detuvo cuando nos vio, se secó el sudor de su rubicundo rostro y nos condujo al interior de la casa.

Olga estaba junto al horno, retorciendo su labor entre las manos. Saltó de la silla en cuanto nos vio.

—¿Os habéis enterado? —preguntó, lívida y temblorosa—. Los soviéticos están en camino. Los japoneses se han rendido.

Fue como si aquellas palabras destrozaran a mi madre.

—¿Los soviéticos o los estadounidenses? —preguntó, con una agitación creciente en su voz.

En mi fuero interno, podía sentir el deseo de que fueran los estadounidenses los que vinieran a liberarnos con sus amplias sonrisas y sus coloridas banderas. Pero Olga negó con la cabeza.

—Los soviéticos —aclaró—. Vienen a ayudar a los comunistas.

Mi madre le entregó la nota del general.

—¡Dios mío! —exclamó Olga tras leerla. Se desplomó en la silla y le pasó la nota a su marido.

—¿Hablabas ruso así de bien? —inquirió Boris—. ¿Y no lo sabíais?

Boris comenzó a hablarnos sobre un viejo amigo de Shanghái, una persona que podría ayudarnos. Según nos explicó, los estadounidenses estaban de camino, y mi madre y yo debíamos partir hacia allí inmediatamente. Mi madre preguntó si Boris y Olga vendrían también, pero Boris negó con la cabeza y bromeó:

—Lina, ¿qué van a hacerles a un par de viejos renos como nosotros? La hija de un coronel del Ejército Blanco es un premio mucho más jugoso. Tienes que sacar a Anya de aquí inmediatamente.

Con la madera que Boris cortó para nosotras, hicimos una hoguera y quemamos la carta junto con la ropa de cama del general y sus utensilios de cocina. Observé el semblante de mi madre mientras las llamas se avivaban y sentí la misma soledad que vi reflejada en su rostro. Estábamos incinerando a un compañero, a una persona a la que no habíamos llegado a conocer ni a comprender, pero que considerábamos un compañero, al fin y al cabo. Mi madre estaba cerrando de nuevo las puertas del garaje cuando se percató de la existencia del baúl. Estaba encajado en una esquina y camuflado bajo unos sacos vacíos. Lo arrastramos fuera de su escondite. Era un baúl antiguo y estaba bellamente tallado con la imagen de un anciano de largos bigotes que sostenía un abanico y contemplaba un estanque. Mi madre rompió el candado con un hacha, y levantamos la tapa entre las dos. En su interior, estaba doblado el uniforme del general. Mi madre lo cogió y entonces descubrí la bata bordada en el fondo del baúl. Bajo la bata, encontramos un bigote y una barba falsos, algo de maquillaje, unas gafas de gruesa montura y una copia del *Nuevo atlas de bolsillo de China* doblado dentro de una antigua hoja de periódico. Confiaba en que si yo era la única que conocía el secreto del general, estaríamos a salvo.

Una vez que hubimos quemado todo, removimos el suelo y aplastamos el hollín con el reverso de nuestras palas.

Mi madre y yo acudimos a la delegación oficial del distrito para conseguir un permiso para viajar a Dairen, donde esperábamos poder embarcarnos rumbo a Shanghái. Había docenas de otros rusos esperando en los pasillos y en los rellanos, algunos extranjeros de otras nacionalidades y también chinos. Todos ellos conversaban sobre los soviéticos y sobre cómo algunos de ellos ya habían llegado a Harbin, acorralando a los integrantes de la Rusia blanca. Una anciana que estaba junto a nosotras le contó a mi madre que los miembros de la familia japonesa que vivían en la casa al lado de la suya se habían suicidado, aterrorizados por la venganza de los chinos. Mi madre le preguntó por qué se habían rendido los japoneses, y la mujer se encogió de hombros; pero un joven contestó que había oído rumores sobre que se había lanzado una nueva bomba sobre algunas ciudades japonesas. Salió el ayudante del oficial y nos comunicó que no se emitiría ningún permiso hasta que todos los que lo solicitaban hubieran sido entrevistados por un miembro del partido comunista.

Cuando volvimos a casa, no se veía a nuestros perros por ninguna parte y la puerta estaba entreabierta. Mi madre se detuvo antes de empujarla para abrirla y, del mismo modo que el recuerdo de su rostro el día después del entierro de mi padre permanece en mi memoria, también quedó grabado en mi mente ese momento, como una escena de película repetida una y otra vez: la mano de mi madre en la puerta, la puerta que giraba sobre sus goznes lentamente hasta abrirse, la oscuridad y el silencio del interior y la sensación increíble de saber que alguien estaba allí dentro, esperándonos.

Mi madre dejó caer la mano hacia un lado y buscó la mía. No temblaba tanto como por la muerte de mi padre, sino que se mantenía cálida, firme y decidida. Entramos juntas, sin quitarnos los zapatos en la entrada, como siempre hacíamos, sino que seguimos hasta el salón. Cuando lo distinguí junto a la mesa, con sus manos mutiladas descansando frente a él, no me sorprendí. Fue como si lo hubiera estado esperando todo el tiempo. Mi madre no dijo nada. Su mirada marcada por una expresión vacía se cruzó con la de aquellos ojos vidriosos. Esbozó una amarga sonrisa y, con un gesto, nos invitó a que nos sentáramos con él a la mesa. Fue entonces cuando me percaté de la presencia del otro hombre, que estaba de pie junto a la ventana. Era alto, con brillantes ojos azules y un bigote que cubría sus labios como una estola de visión.

Aunque era verano, aquella noche cayó la oscuridad rápidamente. Recuerdo la sensación de la mano de mi madre apretando la mía firmemente, con la luz atenuada de la tarde retrocediendo por el suelo y el silbido de la tormenta golpeando las ventanas sin postigos. Tang nos entrevistó primero, y su tensa sonrisa aparecía siempre que mi madre contestaba a sus preguntas. Nos dijo que el general no era en absoluto un general, sino un espía que también se disfrazaba de barbero. Hablaba correctamente chino y ruso, y era un maestro del disfraz que utilizaba sus habilidades para reunir información de la resistencia. Debido a que los rusos pensaban que era

chino, se sentían bastante cómodos reuniéndose en su barbería, hablando frente a él de sus planes y revelando los de sus homólogos chinos. Me alegré de no haberle contado a mi madre que había comprendido quién era el general tan pronto como descubrí el disfraz en el baúl. Tang tenía la mirada clavada en el rostro de mi madre, y ella parecía estar tan sorprendida que me convencí de que el chino pensaría que no estaba al tanto de las actividades del general.

Pero, aunque era obvio que mi madre no sabía quién era el general, que no habíamos recibido a ningún visitante mientras él había permanecido con nosotras y que no sabíamos que hablaba otros idiomas aparte del japonés, todo ello no podría borrar el odio que Tang sentía por nosotras. Todo su ser parecía enfervorizado por ese odio. Tanta malicia ardía solamente en pos de un objetivo: la venganza.

—Señora Kozlova, ¿ha oído hablar de la Unidad 731? —preguntó, mientras la ira contenida desfiguraba su rostro. Parecía satisfecho cuando mi madre no le dio respuesta—. No, por supuesto que no. Ni tampoco su general Mizutani. Su culto y bien hablado general Mizutani que se bañaba una vez al día y que nunca en su vida ha matado a un hombre con sus propias manos. Sin embargo, parecía bastante satisfecho de mandar a morir a gente allí, así como lo parecía usted de alojar a un hombre cuyos compatriotas han estado masacrándonos. Usted y el general han derramado tanta sangre como cualquier ejército.

Tang levantó un muñón y agitó la infectada masa frente al rostro de mi madre.

—Ustedes los rusos, protegidos por su piel clara y sus modales occidentales, no saben nada de los experimentos con personas que se realizaban en el barrio de al lado. Yo soy el único superviviente. Una de las muchas personas que ellos ataron a un poste en la nieve, de modo que sus amables y limpios médicos pudieran observar los efectos de la congelación y la gangrena y así evitarlas en sus propios soldados. Pero tal vez nosotros fuéramos los más afortunados. Siempre tuvieron la intención de fusilarnos al final. No como a los otros, a los que infectaron con peste para luego abrirles las tripas sin anestesia y observar los efectos. Me pregunto si usted imagina la sensación de que le sierren la cabeza estando todavía viva. O de que un médico la viole y la deje embarazada para poder cortarla por la mitad y estudiar el feto.

El horror atenazó el semblante de mi madre, pero en ningún momento retiró la mirada de la de Tang. Al ver que no había quebrantado su ánimo, esbozó de nuevo su sonrisa cruel y sacó una fotografía de una carpeta que estaba sobre la mesa, ayudándose con el muñón y el codo. Aparentemente, era de alguien atado a una mesa y rodeado de médicos, pero la luz del techo se reflejaba en mitad de la imagen y yo no podía verla con claridad. Le dijo a mi madre que la cogiera; ella la miró y la apartó en seguida.

—¿Quizás debería mostrársela a su hija? —le dijo—. Son aproximadamente de la misma edad.

Los ojos de mi madre refulgieron y su ira encontró el odio de los de Tang.

—Mi hija es sólo una niña. Ódieme si lo desea, pero ¿qué tiene que ver ella con

todo esto?

Volvió a dirigir la mirada hacia la fotografía y las lágrimas aparecieron en sus ojos, pero las contuvo. Tang sonrió, triunfante. Estaba a punto de añadir algo, cuando el otro hombre carraspeó. Casi me había olvidado del ruso, porque se había sentado tranquilamente, mirando por la ventana, y puede que ni siquiera estuviera escuchando la conversación.

Cuando el oficial soviético interrogó a mi madre, fue como si hubieran cambiado el guión y de repente se estuviera representando otro drama. Se mostraba indiferente hacia la sed de venganza de Tang o los detalles sobre el general. Actuaba como si los japoneses no hubieran estado nunca en China. En realidad, había venido a por la cabeza de mi padre y, ya que él no estaba allí, la había tomado con nosotros. Las preguntas que le hizo a mi madre eran todas sobre su entorno familiar y sobre mi padre. Preguntó por el valor de nuestra casa y las pertenencias de mi madre, acompañando cada respuesta con un pequeño resoplido, como si estuviera rellenando un formulario.

—Muy bien —comentó, evaluándome con sus ojos moteados por manchas amarillentas—, no tendrá todas esas cosas en la Unión Soviética.

Mi madre le preguntó a qué se refería, y él le contestó con repugnancia:

—Ella es la hija de un coronel del ejército imperial ruso. Un simpatizante de los zares que amenazó a punta de pistola a su propia gente. Ella lleva su sangre. Y usted —sonrió despectivamente a mi madre— no es de ningún interés para nosotros, pero tiene un gran valor para los chinos. Necesitan ejemplos de lo que se les hace a los traidores. La Unión Soviética solamente pretende llevar a casa a sus trabajadores. Sus trabajadores más jóvenes y capaces.

El semblante de mi madre no cambió de expresión, pero me apretó la mano más aún, cortándome la circulación y magullándome los huesos. Pero no demostré el dolor que sentía, ni lloré. Deseaba que me mantuviera agarrada así para siempre, que no me dejara marchar.

La habitación me daba vueltas, y estuve a punto de desmayarme del dolor por la presión de la mano de mi madre, mientras Tang y el oficial soviético sellaban su pacto con el diablo: nos intercambiarían. El ruso consiguió a su trabajador capaz, y el chino, su venganza.

Me mantuve de puntillas para alcanzar las yemas de los dedos que mi madre extendía a través de la ventanilla del tren. Se había pegado a ella para poder estar cerca de mí. Por el rabillo del ojo veía a Tang junto al oficial soviético al lado del coche. Se paseaba de arriba abajo como un tigre hambriento a la espera de hacerse con su presa. Había mucho revuelo en la estación. Una pareja mayor abrazaba a su hijo. Un soldado soviético los separó, obligando al joven a meterse en el vagón y empujándole como si fuera un saco de patatas y no una persona. Ya en el atestado vagón, el chico

trató de volverse para mirar a su madre por última vez, pero estaban empujando a otros hombres detrás de él y perdió su oportunidad.

Mi madre se agarró a los barrotes de la ventana y se incorporó un poco más para que pudiera ver mejor su cara. Estaba demacrada y ojerosa, pero, aun así, seguía estando preciosa. Me relató mis cuentos favoritos y me cantó la canción sobre champiñones una y otra vez para calmar mis lágrimas. Otras personas también sacaban los brazos de las ventanillas para despedirse de sus familias y vecinos, pero los soldados les golpeaban para que retrocedieran. El guardia más próximo era joven, casi un niño, con la piel de porcelana y los ojos cristalinos. Debimos de darle lástima, porque volvió la espalda y ocultó nuestro último momento juntas a la vista de los otros.

El tren emprendió la marcha. Mantuve cogidos los dedos de mi madre todo el tiempo que pude, sorteando a la gente y los obstáculos del andén. Traté de seguir agarrada a ella, pero el tren comenzó a ganar velocidad y tuve que desistir. Estaban alejando a mi madre de mí. Ella se volvió, cubriéndose la boca con el puño porque ya no podía contener su propio dolor. Las lágrimas me escocían en los ojos, pero no podía parpadear. Observé el tren hasta que desapareció de la vista. Me dejé caer contra una farola, debilitada por el vacío que se estaba abriendo en mi interior. Pero una mano invisible me mantuvo erguida. Escuché a mi padre diciéndome: «Te dará la impresión de que estás sola, pero no será así. Enviaré a alguien».

2

EL PARÍS DEL ESTE

Una vez que el tren desapareció, hubo una pausa, como el interludio entre el destello del relámpago y el estruendo del trueno. Temía darme la vuelta y mirar a Tang. Me imaginé que estaría acercándose sigilosamente hacia mí, reptando como una araña que se aproxima a la polilla caída en sus redes. No había necesidad de precipitarse, su víctima estaba atrapada. Podía demorarse y deleitarse en su astucia antes de devorarme. Seguramente, el oficial soviético ya se habría marchado y habría olvidado a mi madre, concentrándose en otros asuntos. Yo era la hija de un coronel del Ejército Blanco, pero mi madre sería un peón de obra mucho más útil. La ideología era simplemente una consigna para él. El pragmatismo era más importante. Pero Tang no era así. Anhelaba que se hiciera su retorcida justicia y llevaría el asunto hasta sus últimas consecuencias. No sabía qué era lo que tenía planeado para mí, pero estaba segura de que sería algo lento y atroz. No se limitaría a dispararme ni a arrojarme desde un tejado. Había sentenciado: «Quiero que vivas diariamente con las consecuencias de lo que tú y tu madre habéis hecho». Quizás mi destino era el de las chicas japonesas de mi barrio, las que no habían podido escapar. Los comunistas les rapaban la cabeza y las vendían a los burdeles chinos que ofrecían sus servicios a lo más bajo de la sociedad: leprosos sin nariz y hombres con terribles enfermedades venéreas que tenían la mitad del cuerpo podrido.

Tragué saliva. Otro tren estaba entrando por el andén contrario. «Sería tan sencillo... mucho más sencillo...», pensé, mientras observaba las voluminosas ruedas y las vías de metal. Me temblaron las piernas, avancé unos centímetros, pero el rostro de mi padre se proyectó ante mí y no pude moverme más. Avisté a Tang por el rabillo del ojo. Efectivamente, se deslizaba hacia mí, tomándose su tiempo. Su rostro brillaba de avidez y no de alivio, ahora que mi madre ya no estaba. Venía a por más. «Se acabó —me dije para mis adentros—, todo se ha terminado».

Un cohete explotó en el cielo y pegué un brinco, sobresaltándome por la explosión. Una multitud de hombres vestidos con el uniforme comunista inundó la estación. Les contemplé, incapaz de asimilar su repentina presencia. Gritaban:

«*Oora!, Oora!*», hacían ondear sus brillantes banderas y batían tambores y timbales. Habían acudido a dar la bienvenida a más comunistas rusos. Y pasaron precisamente entre Tang y yo. Vi como el chino trataba de abrirse camino entre ellos, pero se quedó atrapado en el desfile. La multitud le rodeaba. Él les estaba gritando algo, pero ellos no podían oírle debido a los vítores y la música.

—¡Vete!

Levanté la mirada. Era el joven soldado soviético de los ojos claros como el cristal.

—¡Corre! ¡Vete! —exclamó, empujándome con la culata de su rifle. Una mano agarró la mía y me introdujo entre la multitud. No pude ver quién tiraba de mí. Me arrastraron a través de la caótica avalancha de gente. Todo era sudor humano y olor a pólvora y a cohetes. Miré atrás y vi que Tang estaba avanzando entre la muchedumbre. Ganaba terreno, pero los muñones de sus manos le dificultaban el paso. Le era imposible agarrar a la gente para quitársela de en medio. Le gritó unas órdenes al joven soldado soviético, que simuló que emprendía una persecución, pero se enredó intencionadamente en el gentío. Iba chocando y dándome golpes contra esos cuerpos, lastimándome y amaratándome los brazos. Un poco más allá, entre el mar de piernas, se abrió la puerta de un automóvil y me empujaron con fuerza hacia él. Entonces reconocí la mano. Noté los callos y palpé su tamaño. Era la mano de Boris.

Salté al interior del automóvil y Boris ocupó el asiento del conductor. Olga estaba en el asiento del copiloto.

—Oh, querida Anya, ¡mi pequeña Anya! —exclamó. Dejamos atrás la carretera. Miré a través de la ventanilla trasera. La multitud en la estación aumentaba a medida que los soldados soviéticos bajaban del tren. No pude ver a Tang.

—Anya, métete bajo esa manta —me indicó Boris. Hice lo que me dijo y noté como Olga apilaba varias cosas sobre mí.

—¿Esperabas que estuviera allí esa gente? —le preguntó a su marido.

—No, pretendía llevarme a Anya costara lo que costara —explicó él—. Pero parece que incluso el entusiasmo demente por los comunistas puede llegar a ser útil en ciertas ocasiones.

Poco después, el automóvil se detuvo y escuché unas voces. La puerta se abrió y se cerró de golpe. Oí como Boris hablaba fuera en voz baja. Olga seguía en el asiento delantero, jadeando silenciosamente. Me compadecí de ella y de su viejo y débil corazón. Mi propio corazón latía desbocadamente, y me cerré firmemente la boca con la mano, como si, con ello, fuera a evitar que alguien pudiera oírlo.

Boris recuperó de un salto su posición en el asiento del conductor y continuamos.

—Un control de carretera. Les dije que teníamos cosas que preparar para la llegada de los rusos y que teníamos prisa —explicó.

Pasaron dos o tres horas antes de que Boris me indicara que podía salir de debajo de la manta. Olga me apartó las bolsas de encima, que resultaron ser sacos de grano y

verduras. Recorriamos una carretera rodeada de cadenas montañosas. No había nadie a la vista. Los campos estaban desiertos. Un poco más adelante, pude divisar una granja calcinada. Boris condujo hasta el interior del cobertizo. Todo el lugar olía a heno y a humo, y me pregunté quién habría vivido allí. Por la forma de las verjas, parecidas a las de un santuario, sabía que habían sido japoneses.

—Esperaremos hasta que anochezca antes de dirigimos hacia Dairen —aclaró Boris.

Salimos del coche, Boris extendió una manta en el suelo y me indicó que me sentara. Su mujer abrió una cestita y sacó platos y tazas. Me sirvió un poco de *kasha* en un plato, pero me encontraba tan mal que casi no pude comer.

—Come un poco, cariño —me instó Olga—. Vas a necesitar todas tus fuerzas para el viaje.

Observé detenidamente a Boris, que apartó la mirada.

—¡Pero si vamos a seguir juntos! —exclamé, notando como el miedo me obstruía la garganta. Sabía que pretendían enviarme a Shanghái—. ¡Tenéis que venir conmigo!

Olga se mordió los labios y se secó los ojos con la manga.

—No, Anya. Nosotros debemos quedarnos o, si no, conduciremos a Tang directamente hacia ti. Es una criatura vil que todavía no ha saciado su sed de venganza.

Boris me rodeó los hombros con el brazo. Hundí la cara en su pecho. Sabía que echaría de menos su fragancia, mezcla de olor a avena y a madera.

—Mi amigo Serguéi Nikoláievich es un buen hombre. Cuidará de ti —dijo, mientras me acariciaba el pelo—. Shanghái será mucho más segura para ti.

—Y además, ¡Shanghái es una ciudad tan elegante! —prosiguió Olga, tratando de hacerme sonreír—. Serguéi Nikoláievich es rico: te llevará al teatro y a cenar. Será mucho más divertido que quedarse aquí, con nosotros.

Al anoecer, por carreteras secundarias y atravesando granjas, los Pomerantsev me llevaron al puerto de Dairen, desde el que un barco partía hacia Shanghái al amanecer.

Cuando llegamos al muelle, Olga me limpió la cara con la manga de su vestido e introdujo la muñeca matrioska y el collar de jade de mi madre en el bolsillo de mi abrigo. Me preguntaba cómo los habría rescatado o por qué habría entendido su importancia, pero no tuve tiempo de preguntárselo antes de que la sirena del barco resonara, llamando a los pasajeros a bordo.

—Ya hemos enviado un mensaje a Serguéi Nikoláievich para que vaya a recogerte —me explicó Olga.

Boris me ayudó a atravesar la pasarela y me entregó una pequeña bolsa de viaje con un vestido, una manta y algo de comida.

—Ábrete camino en este mundo, pequeña —me susurró, mientras las lágrimas le surcaban el rostro—. Haz que tu madre se sienta orgullosa. Ahora, todas nuestras

esperanzas están puestas en ti.

Más tarde, mientras navegábamos por el río Huangpu en dirección a Shanghái, recordé sus palabras y me pregunté si lograría estar a la altura de las circunstancias.

No recuerdo cuánto tiempo pasó antes de que divisáramos la impresionante silueta de Shanghái aproximándose en la distancia. Quizás fueron dos o más días. No era consciente de nada, excepto de un vacío oscuro que parecía haberse abierto en mi corazón y del hedor del humo de opio que asfixiaba el aire noche y día. El barco estaba repleto de gente que huía del norte, y muchos de los pasajeros se habían tendido en sus esterillas como cadáveres consumidos, apretando entre sus dedos llenos de suciedad los cigarrillos enrollados, con sus bocas como cavernas en mitad del rostro. Antes de la guerra, los extranjeros trataron de moderar el daño que habían causado al imponer el opio en China, pero los invasores japoneses aprovecharon esa adicción para dominar a la población. Obligaron a los campesinos de Manchuria a cultivar amapolas y construyeron fábricas en Harbin y Dairen para procesarlas. Los más pobres se lo inyectaban, mientras que los ricos lo fumaban en pipa y los demás, como si fuera tabaco. Tras ocho años de ocupación, parecía que todos los hombres chinos del barco eran adictos al opio.

La tarde en la que nos aproximamos a Shanghái, el barco hendió las enlodadas aguas del río, haciendo que las botellas y los niños rodaran por la cubierta. Me agarré con fuerza a la barandilla y observé con atención las viviendas provisionales que bordeaban las dos orillas del río. Eran chabolas sin ventanas, apoyadas unas sobre otras como castillos de naipes. Junto a ellas, se abarrotaban hileras de fábricas, cuyas gigantescas chimeneas exhalaban nubes de humo. El humo flotaba por las callejuelas atestadas de basura y convertía el aire en una viciada mezcla de residuos humanos y sulfuro.

El resto de los pasajeros demostraban muy poco interés por la metrópolis a la que nos aproximábamos. Permanecían acurrucados en pequeños grupos, fumando o jugando a las cartas. Un hombre ruso que se sentaba junto a mí estaba dormido bajo una manta, con una botella de vodka volcada a su lado y un reguero de vómito cayéndole por el pecho. Una mujer china estaba en cuclillas junto a él, cascando nueces con los dientes y alimentando a sus dos niños con ellas. Me intrigaba cómo podían estar tan impasibles, cuando yo me sentía como si nos estuvieran arrastrando irremediabilmente al mundo de los condenados.

Me di cuenta de que se me estaban pelando los nudillos por la brisa y metí las manos en los bolsillos. Rocé con la punta de los dedos la muñeca matrioska y me eché a llorar.

Más adelante, las barriadas dieron paso a una extensión ocupada por muelles y aldeas. Los hombres y las mujeres se levantaban los sombreros de paja y apartaban la atención de sus cestas de pesca y sus sacos de arroz para mirarnos. Docenas de

sampanes dirigían sus proas hacia nuestro barco, como carpas abalanzándose hacia un mendrugo de pan. Los ocupantes nos ofrecían palillos, incienso, terrones de carbón y uno de ellos incluso nos ofreció a su hija. La pequeña miró atrás aterrorizada, pero no se resistió a su padre. Al presenciar aquella escena, noté una punzada en la magulladura de mi mano, la que mi madre había apretado durante nuestra última noche en Harbin. Todavía la tenía hinchada y amoratada. El dolor me recordó la fuerza con la que mi madre me la había aferrado, y que esa fuerza me había convencido de que nunca nos separaríamos, de que ella nunca me dejaría marchar.

Tan sólo cuando nos aproximamos a la zona del Bund, pude comprender por qué la opulencia y la belleza de Shanghái eran tan legendarias. El aire era más fresco, el puerto estaba repleto de cruceros y un transatlántico blanco expulsaba vapor por la chimenea, indicando que iba a emprender su viaje. Junto a él, había un patrullero japonés con un enorme agujero en el casco y la proa semihundida, escorada contra el muelle. Desde la cubierta superior del barco, divisé el hotel de cinco estrellas que había hecho famoso al Bund: el Hotel Cathay, con sus ventanas en arco, sus *suites* abuhardilladas y la línea de rickshaws que describía una curva alrededor del edificio, como una larga cuerda.

Desembarcamos en un área de espera al nivel de la calle y de nuevo nos asedió otra oleada de vendedores ambulantes. Sin embargo, las mercancías de estos buhoneros eran mucho más exóticas que las de la gente de las barcas: amuletos dorados, figuritas de marfil, huevos de pato. Un anciano sacó un minúsculo caballo de cristal de una bolsita aterciopelada y lo colocó en la palma de mi mano. Había sido tallado por corte de diamante y sus hendiduras brillaban con la luz del sol. Me recordó a las esculturas de hielo que los rusos tallaban en Harbin, pero no tenía dinero y tuve que devolverle la figurilla.

La mayoría de los pasajeros se reunió con sus parientes o se fue en taxis o rickshaws. Yo permanecí de pie, sola, en mitad del murmullo que fue atenuándose lentamente, sintiendo náuseas por el pánico que corría por mis venas y buscando con la mirada a cualquier hombre con aspecto occidental, con la esperanza de que fuera el amigo de Boris. Los estadounidenses habían improvisado pantallas al aire libre para proyectar noticias internacionales sobre el final de la guerra. Contemplé imágenes de gente alegre bailando por las calles, sonrientes soldados que volvían a casa con sus bonitas y rollizas esposas, discursos de engréidos presidentes y primeros ministros, todo ello subtulado con caracteres chinos. Era como si Estados Unidos estuviera tratando de convencernos de que todo volvería a la normalidad. La proyección terminó con un rótulo homenajeando a todos aquellos países, organizaciones y personas que habían ayudado a liberar China de los japoneses. Entre ellos se registraba una ausencia notable: los comunistas.

Un hombre chino vestido impecablemente se presentó frente a mí. Me entregó una tarjeta con reborde dorado que tenía mi nombre escrito en una letra comprimida y

apresurada. Asentí y cogió mi bolsa, haciéndome señas para que le siguiera. Cuando vio que yo vacilaba, me dijo:

—Todo va bien. El señor Serguéi me ha enviado. Se encontrará con él en su casa.

En la calle, lejos de la brisa del río, el calor semitropical del sol resultaba sofocante. Cientos de chinos acucillados en las cunetas cocinaban caldos especiados o despleaban mantas repletas de baratijas. Entre ellos, los vendedores ambulantes empujaban carretillas de arroz y leña. El sirviente me ayudó a montarme en un rickshaw y poco después nos deslizamos por una calle llena de bicicletas, tranvías traqueteantes y relucientes automóviles estadounidenses, como Buicks y Packards. Giré la cabeza para admirar los grandiosos edificios coloniales, nunca antes había visto una ciudad como Shanghái.

Al salir del Bund, nos encontramos en un laberinto de estrechas callejuelas desde cuyas ventanas las prendas tendidas colgaban como banderas. Niños de cabeza rapada y ojos llorosos se asomaban con curiosidad desde oscuros umbrales. En cada esquina parecía haber un vendedor de comida friendo alguna pitanza con olor a goma, y me sentí aliviada cuando el rancio ambiente dio paso al aroma del pan recién horneado. El cochecito pasó bajo un arco y salió a un oasis de calles adoquinadas, farolas *art déco* y tiendas que exhibían toda clase de pasteles y antigüedades en sus escaparates. Entramos en una calle bordeada por hileras de arcos, y nos paramos junto a un alto muro de hormigón. El muro estaba encalado de un elegante color azul, pero yo me fijé en los fragmentos de cristal roto que sobresalían de la parte superior y en el alambre de púas que envolvía las ramas de los árboles que sobrepasaban el muro.

El sirviente me ayudó a bajar del rickshaw y tocó una campana junto a la verja. Unos segundos más tarde, ésta se abrió de par en par y una anciana doncella china nos recibió. Su rostro pálido como el de un cadáver contrastaba con su *cheongsam* negro. No me contestó cuando me presenté en mandarín. Bajó la mirada y me condujo al interior del recinto.

El patio delantero estaba dominado por una casa de tres plantas con puertas azules y postigos de celosía. Una segunda construcción de una planta estaba conectada a la casa principal por un pasillo cubierto, y la ropa de cama colgada de los alféizares me hizo suponer que se trataba del alojamiento de servicio. El sirviente entregó mi bolsa a la doncella y desapareció en el interior del edificio pequeño. Seguí a la mujer por el cuidado sendero, más allá de los parterres rebosantes de rosas del color de la sangre.

El recibidor principal era espacioso, con paredes color verde mar y baldosas crema. Mis pasos resonaron en la estancia, mientras que los de la doncella no hicieron ningún ruido. El silencio de la casa despertó en mí una extraña sensación de fugacidad, como si hubiera dejado atrás el mundo de los vivos para entrar en algo que no era vida, pero tampoco muerte. Al final del recibidor, pude ver otra habitación decorada con cortinas rojas y alfombras persas. Varios cuadros franceses y chinos colgaban de sus claras paredes. La doncella me iba a conducir al interior de esa habitación cuando me percaté de la presencia de una mujer apoyada en la escalera. Su

níveo rostro estaba enmarcado por una melena negra azulada, peinada con una elegante ondulación. Se rozó con los dedos el cuello de plumas de avestruz de su vestido y me contempló durante un momento con ojos oscuros e impenetrables.

—Una niña muy guapa, efectivamente —le comentó a la doncella en inglés—. Pero parece tan seria... ¿Qué demonios voy a hacer yo con esa cara larga rondando por aquí todo el día?

Serguéi Nikoláievich Kirilov no tenía nada que ver con su esposa estadounidense. Cuando Amelia Kirilova me condujo al estudio de su marido, él se puso en pie inmediatamente frente a su atestado escritorio y vino a abrazarme y a besarme en ambas mejillas. Sus andares eran macizos, como los de un oso, y era aproximadamente veinte años mayor que su esposa, que parecía de la edad de mi madre. Su mirada lo observaba todo fijamente y, además de su tamaño, el único rasgo físico que daba miedo en él eran las espesas cejas, que le conferían una expresión enfadada incluso cuando sonreía.

Había otro hombre sentado junto al escritorio.

—Le presento a Anya Kozlova —dijo Serguéi Nikoláievich—. La vecina de mi amigo de Harbin. Los soviéticos han deportado a su madre, y nosotros nos haremos cargo de ella. A cambio, ella nos enseñará los buenos modales de los antiguos aristócratas.

El otro hombre sonrió y se levantó para estrecharme la mano. Su aliento olía a tabaco rancio y su rostro estaba teñido de un tono enfermizo.

—Me llamo Alexéi Igorevich Mijailov —me aclaró—, y sabe Dios lo que nosotros, los habitantes de Shanghái, podríamos hacer con un poco de buenos modales.

—Me da igual lo que te enseñe, siempre que hable inglés —declaró Amelia mientras cogía un cigarrillo de una caja que estaba sobre la mesa y lo encendía.

—Sí, señora, lo hablo —contesté.

Me lanzó una mirada no precisamente amigable y tiró de un cordón con borla, que se encontraba junto a la puerta.

—Muy bien —me dijo—, tendrás oportunidades de sobra de exhibir tu inglés durante la cena de esta noche. Serguéi ha invitado a una persona que, según él, se entretendrá mucho con una bella joven que habla ruso e inglés y que puede enseñarle buenos modales.

Una niña entró arrastrando los pies en la habitación con la cabeza inclinada. No podía tener más de seis años, su piel tenía un tono caramelo y su cabello estaba recogido en un moño alto.

—Ésta es Mei Lin —explicó Amelia—. Cuando logra abrir la boca, sólo habla chino. Pero seguramente tú también lo hablas, así que es toda tuya.

La niña observaba, como hipnotizada, un punto fijo en el suelo. Serguéi

Nicoláievich le dio un suave empujoncito. Miró con ojos asustados y muy abiertos al gigante ruso, luego a su esbelta esposa y, finalmente, a mí.

—Descansa un poco y baja cuando estés preparada —me dijo Serguéi Nicoláievich, apretándome el brazo afectuosamente, mientras me conducía hacia la puerta—. Lo siento por ti y confío en que la cena de esta noche te anime un poco. Boris me ayudó cuando lo perdí todo durante la Revolución, y pretendo devolverle su amabilidad ayudándote a ti.

Dejé que Mei Lin me llevara hasta mi habitación, aunque hubiera preferido que me dejaran sola. Me temblaban las piernas por la fatiga y la cabeza me latía. Cada escalón era una agonía, pero los ojos de Mei Lin estaban fijos en mí con tal devoción inocente que no pude dejar de sonreír le. Me correspondió con una amplia sonrisa, mostrando todos sus dientes de leche.

Mi habitación se encontraba en la segunda planta, con vistas al jardín. El suelo era de madera de pino oscuro y las paredes estaban cubiertas por papel dorado. Había una antigua bola del mundo junto al ventanal y una cama con dosel en el centro de la habitación. Me aproximé a la cama y toqué el edredón de cachemira que la cubría. Tan pronto como mis dedos rozaron el tejido, sentí una gran desazón. Aquélla era una habitación de mujer. En el momento en el que se llevaron a mi madre, dejé de ser una niña. Me cubrí el rostro con las manos y añoré mi buhardilla en Harbin. Si hacía memoria, podía recordar cada una de las muñecas sonrientes colgadas del techo y cada uno de los crujidos de la tarima.

Volví la espalda a la cama y corrí hacia el ventanal, haciendo girar la bola del mundo hasta que localicé China. Tracé una línea imaginaria entre Harbin y Moscú. «Que Dios te bendiga, mamá», susurré, aunque, en realidad, no tenía ni la menor idea de adónde la llevaban.

Saqué la matrioska del bolsillo y coloqué en fila a las cuatro muñecas hijas en el tocador. Se las llamaba muñecas nido, porque representaban a una madre, un lugar en el que los niños podían encontrar refugio. Mientras Mei Lin me preparaba un baño, deslicé el collar de jade en el primer cajón.

En el interior del armario había un vestido nuevo. Mei Lin se puso de puntillas para poder descolgarlo. Colocó el vestido de terciopelo azul sobre la cama con la seriedad de la dependienta de una tienda de alta costura y me dejó a solas para que me bañara. Un rato después, volvió con un juego de cepillos y me peinó el cabello con movimientos infantiles y torpes que me arañaban el cuello y las orejas. Pero lo soporté pacientemente. Todo esto era tan nuevo para mí como para ella.

El salón comedor lucía la misma tonalidad verde mar que las paredes del recibidor, pero era aún más elegante. Las cornisas y los paneles estaban pintados de dorado y embellecidos con un estampado de hojas de arce. Este motivo se repetía en los bordes de las sillas de terciopelo rojo y en las patas del aparador. Me bastó con contemplar la

mesa del comedor en madera de teca y la lámpara de araña para saber que Serguéi Nikoláievich bromeaba cuando había sugerido que yo le enseñara las costumbres de los antiguos aristócratas. Escuché a Serguéi Nikoláievich y a Amelia conversar con sus invitados en el salón contiguo, pero vacilé antes de llamar a la puerta. Estaba agotada, rendida por los acontecimientos de la última semana, y aun así me sentía obligada a componer un semblante educado y a aceptar cualquier gesto de hospitalidad que tuvieran hacia mí. No sabía nada de Serguéi Nikoláievich, excepto que él y Boris eran amigos y que era el dueño de un club nocturno. Pero antes de llamar, la puerta se abrió y Serguéi Nikoláievich apareció ante mí, sonriendo.

—Aquí está —exclamó, cogiéndome del brazo y conduciéndome al interior de la estancia—. Es una jovencita preciosa, ¿verdad?

Amelia estaba allí, ataviada con un vestido de noche rojo que le dejaba un hombro al descubierto. Alexéi Igorevich se aproximó y me presentó a su regordeta esposa, Lubov Vladimirovna Mijailova. Ésta se echó a mis brazos.

—Llámame Luba y, por todos los santos, a mi marido llámalo Alexéi. Aquí no utilizamos formalismos —me dijo, mientras me besaba con sus labios pintados.

Detrás de ella esperaba un joven de no más de diecisiete años, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Cuando Luba se hizo a un lado, se presentó como Dimitri Yurievich Lubenski.

—Pero a mí también, llámame simplemente Dimitri —me dijo, besándome la mano.

Su nombre y su acento eran rusos, pero era distinto de todos los hombres rusos que yo había conocido hasta entonces. Su traje de corte perfecto brillaba a la luz de la lámpara, y llevaba el pelo peinado hacia atrás, dejando a la vista un rostro escultural, en lugar de peinado hacia delante, como era la moda entre la mayoría de los hombres rusos. La sangre me ruborizó la superficie de la piel y bajé la mirada.

Cuando nos sentamos, la anciana doncella china nos sirvió sopa de aleta de tiburón de una gran sopera. Había oído hablar de aquel famoso plato, pero no lo había probado nunca antes. Removí la fibrosa sopa en el plato y tomé la primera jugosa cucharada. Levanté la mirada y me percaté de que Dimitri me estaba observando mientras apoyaba ligeramente la barbilla sobre los dedos. No hubiera podido decidir si su rostro reflejaba regocijo o desaprobación. Pero entonces, sonrió bondadosamente y exclamó:

—Me alegra ver que le estamos presentando los manjares de esta ciudad a nuestra princesa del norte.

Luba le preguntó si le emocionaba que Serguéi fuera a nombrarle encargado del club y Dimitri se volvió para contestarle. Pero yo continué estudiándolo. Aparte de mí, era la persona más joven de la mesa y, aun así, parecía mayor para su edad. En Harbin, el hermano de una compañera del colegio que tenía diecisiete años, todavía jugaba con nosotras. Sin embargo, no podía imaginar a Dimitri montando en bicicleta o corriendo calle abajo, jugando escandalosamente al «Tú la llevas».

Serguéi Nikoláievich me lanzó una mirada por encima del borde de su copa de champán y guiñó un ojo. Acto seguido, levantó la copa para hacer un brindis.

—Por la encantadora Anna Victorovna Kozlova —declaró, utilizando mi nombre patronímico completo—. Porque progrese igual que Dimitri bajo mi protección.

—Claro que lo hará —replicó Luba—. Todo el mundo progresa gracias a tu generosidad.

Luba iba a añadir algo más cuando Amelia la interrumpió golpeando una cuchara contra la copa de vino. Su vestido hacía que sus ojos parecieran más profundos y oscuros y, de no ser por la bizquera etílica que le desfiguraba el rostro, se la podría haber considerado bella.

—Si no paráis de hablar ruso ahora mismo —amenazó con los labios fruncidos—, voy a tener que prohibir estas reuniones. Hablad en inglés, como os he pedido.

Serguéi Nikoláievich soltó una carcajada estruendosa y trató de apoyar la mano sobre el puño de su esposa. Ella lo apartó bruscamente y volvió su mirada glacial hacia mí.

—Por eso estás aquí —me espetó—. Eres mi pequeña espía. Cuando hablan en ruso, no puedo fiarme de ninguno de ellos.

Tiró la cuchara, que rebotó y cayó estrepitosamente al suelo.

El rostro de Serguéi Nikoláievich empalideció. Alexéi miró torpemente a su esposa, mientras Dimitri bajaba la mirada. La anciana doncella gateó para recuperar la cuchara y se retiró a la cocina como si, al llevarse la cuchara, pudiera llevarse también el motivo de enfado de Amelia.

Luba fue la única que tuvo el valor suficiente como para salvar la situación.

—Sólo estábamos diciendo que Shanghái es una ciudad llena de posibilidades —aclaró—, cosa que tú siempre has dicho.

Los ojos de Amelia se estrecharon y retrocedió la cabeza como una serpiente antes de atacar. Lentamente, apareció una sonrisa en su rostro. Relajó los hombros y los apoyó en la silla, levantando la mano temblorosa.

—Sí —exclamó—, de hecho, en esta habitación nos hemos reunido un grupo de supervivientes. El Moscú-Shanghái sobrevivió a la guerra y en un par de meses estará de nuevo en la brecha.

Todos los presentes levantaron sus copas, para hacer un brindis. La doncella volvió con el segundo plato y, repentinamente, la atención de todo el mundo se centró en el pato pequinés, mientras la emoción de sus voces borraba la tensión del momento anterior. Sólo yo parecía tener la incómoda sensación de haber presenciado una escena siniestra.

Después de la cena, acompañamos a Serguéi Nikoláievich y a Amelia a través del salón de baile pequeño hasta la biblioteca. Procuré no mirar boquiabierta como una turista provinciana los elegantes tapices y pergaminos que se alineaban en las paredes.

—Esta casa es exquisita —le confesé a Luba—. La esposa de Serguéi

Nicoláievich tiene muy buen gusto.

La mujer hizo una mueca de diversión.

—Querida —me susurró—, su primera esposa era la que tenía un gusto excelente. La casa se construyó en la época en la que Serguéi era comerciante de té.

El modo en el que recalcó «primera esposa» me produjo un escalofrío. Me hizo sentir curiosidad y, al mismo tiempo, temor.

Me preguntaba qué le habría pasado a la mujer que había creado toda aquella belleza y refinamiento que tenía ante mí. ¿Qué habría ocurrido para que Amelia hubiera terminado sustituyéndola? Pero me dio vergüenza preguntar, y Luba parecía más interesada en hablar de otras cosas.

—¿Sabías que Serguéi era el más famoso de los exportadores de té que proveía a los rusos? Bueno, la Revolución y la guerra han cambiado todas esas cosas. Y aun así, no puede decirse que él no haya luchado. El Moscú-Shanghái es el club nocturno más famoso de la ciudad.

La biblioteca era una acogedora estancia en la parte posterior de la casa. Volúmenes de Gógol, Pushkin y Tolstói encuadernados en piel desbordaban las estanterías que recorrían las paredes, libros que jamás habría imaginado entre las manos de Serguéi Nikoláievich o Amelia. Acaricié con la punta de los dedos los lomos, intentando imaginarme a la primera esposa de Serguéi Nikoláievich. Su misteriosa presencia parecía evidente en todos los colores y texturas que me rodeaban.

Nos sentamos en mullidos sofás de cuero mientras Serguéi Nikoláievich sacaba vasos y una botella de oporto. Dimitri me entregó un vaso y se sentó a mi lado.

—Dime, ¿qué te parece esta alocada y maravillosa ciudad? —me preguntó—, ¿es el París del Este?

—Aún no la he visto demasiado. Apenas he llegado hoy —le contesté.

—Es cierto, perdona... Se me había olvidado —me dijo, y luego sonrió—. Quizás más adelante, cuando te hayas instalado, podré llevarte al jardín de Yuyuan.

Me cambié de asiento, consciente de que estaba tan cerca de mí que nuestras caras casi se tocaban. Sus ojos eran atractivos, profundos y misteriosos, como la espesura de un bosque. Era joven, pero irradiaba desenvoltura. A pesar de sus ropas elegantes y su piel lustrosa, su actitud era una mezcla de fanfarronería y cautela. Era como si no estuviera cómodo en aquel entorno.

Algo cayó entre nosotros y Dimitri lo recogió. Un zapato negro de tacón de aguja. Levantamos la mirada para ver a Amelia apoyada contra una estantería, con un pie desnudo que hacía juego con su hombro descubierto.

—¿Qué estáis susurrando vosotros dos? —siseó—. ¡Sinvergüenzas! Sólo oigo ruso o susurritos cuando me junto con vosotros.

Su marido y sus acompañantes no prestaron atención a este nuevo arrebato. Serguéi Nikoláievich, Alexéi y Luba estaban reunidos junto a la ventana abierta, absortos en una discusión sobre carreras de caballos. Sólo Dimitri se levantó riendo y

le devolvió el zapato. Ella ladeó la cabeza y le miró con ojos de alimaña.

—Simplemente le estaba preguntando a Anya por los comunistas —le aclaró—. Ya sabes, son la razón de que ella esté aquí.

—Ya no tiene nada que temer de los comunistas —intercedió Serguéi Nikoláievich, dando la espalda a sus acompañantes—. Los europeos han convertido Shanghái en una enorme máquina de hacer dinero para China. No van a destruirla por un capricho ideológico. Sobrevivimos a la guerra y sobreviviremos a esto.

Más tarde, esa noche, cuando los invitados ya se habían ido y Amelia se había desmayado en el sofá, le pregunté a Serguéi Nikoláievich si había enviado una nota a Boris y Olga Pomerantsev, para decirles que yo había llegado sin incidentes.

—Pues claro, mi dulce niña —me contestó mientras tapaba a su esposa con una manta y apagaba las luces de la biblioteca—. Boris y Olga te adoran.

La doncella estaba esperándonos al pie de las escaleras y comenzó a apagar las luces cuando nosotros alcanzamos el primer rellano.

—¿Hay noticias de mi madre? —le pregunté con esperanza—. ¿Les preguntaste si saben algo?

Su mirada se dulcificó por la compasión. —Esperemos lo mejor, Anya— me contestó—, pero sería prudente por tu parte que nos consideraras tu familia a partir de ahora.

Me levanté tarde a la mañana siguiente, acurrucada entre las elegantes sábanas de mi cama. Podía oír las voces de los sirvientes en el jardín, el estrépito de la vajilla chocando en el fregadero y el chirrido de una silla arrastrada por el suelo de la planta baja. La luz moteada del sol que se filtraba a través de las cortinas era bonita, pero no logró levantarme el ánimo. Cada nuevo amanecer me alejaba de mi madre. Y el mero hecho de pensar en que pasaría un día más en compañía de Amelia me deprimía.

—Bueno, parece que has dormido bien —me saludó la estadounidense cuando bajé.

Llevaba un vestido blanco de cintura ceñida. Excepto por una ligera hinchazón bajo los ojos, no mostraba ningún signo de fatiga por la noche anterior.

—No hagas de la tardanza un hábito, Anya —declaró—. No me gusta que me tengan esperando, y además, voy a llevarte de tiendas únicamente para complacer a Serguéi.

Me entregó un monedero lleno de billetes de cien dólares.

—¿Puedes encargarte del dinero, Anya? ¿Eres buena haciendo cálculos?

Su voz era estridente y hablaba apresuradamente, como si fuera a sufrir un ataque.

—Sí, señora —le contesté—. Soy de confianza para llevar dinero.

Dejó escapar una risa aguda.

—Bueno, ahora lo veremos.

Amelia abrió la puerta principal y emprendió el camino a través del jardín. Corrí

tras ella. El sirviente estaba reparando una bisagra de la puerta del jardín, y la sorpresa se reflejó en su mirada cuando nos vio aproximándonos.

—¡Llama a un rickshaw! ¡Rápido! —le gritó Amelia.

El sirviente observó a Amelia y luego a mí, como evaluando la emergencia de la situación. Amelia lo agarró por el hombro y lo empujó al exterior.

—Ya sabes que debes tener uno preparado para mí. Hoy no es ninguna excepción. Ya llego tarde.

Una vez estuvimos en el rickshaw, Amelia se calmó. Llegó casi a bromear sobre su propia impaciencia.

—Ya sabes —me comentó, mientras se ajustaba el lazo que le sujetaba el sombrero a la cabeza—, lo único de lo que hablaba mi marido esta mañana era sobre ti y lo hermosa que eres. Una verdadera belleza rusa —me puso la mano en la rodilla. Estaba fría, sin pulso, como si perteneciera a un muerto—. Bueno, ¿qué te parece, Anya? ¡Sólo llevas un día en Shanghái y ya has causado sensación en un hombre que no se deja impresionar por nada!

Amelia me asustaba. En ella había algo viperino y oscuro, que era más evidente cuando estábamos solas que en presencia de Serguéi Nikoláievich. Sus ojos sombríos, pequeños y brillantes, y su piel sin vida advertían del veneno que se escondía tras sus melosas palabras. Los ojos me escocían por las lágrimas. Echaba de menos la fortaleza cálida de mi madre, el valor y la seguridad que siempre sentía cuando estaba con ella.

Amelia quitó la mano de mi rodilla y bufó:

—¡Oh! ¡No seas tan seria, niña! ¡Si te vas a poner tan odiosa, tendré que decírselo a Serguéi!

La atmósfera era festiva en las calles de la Concesión Francesa. El sol estaba cubierto y las mujeres de coloridos atuendos, sandalias y parasoles paseaban por las anchas aceras. Los buhoneros pregonaban sus mercancías desde tenderetes en los que se apilaban telas bordadas, seda y encaje. Los artistas callejeros atraían a la gente para que se gastara unas cuantas monedas sueltas mientras disfrutaba de sus espectáculos. Amelia le pidió al porteador del rickshaw que se detuviera para que pudiéramos contemplar la actuación de un músico y su mono. La criatura, ataviada con un chaleco y un sombrero rojos, bailaba al son del acordeón del hombre. Hacía piruetas y brincaba más como un experimentado artista circense que como un animal salvaje y, en un breve instante, logró atraer a una numerosa multitud. Cuando la música se detuvo, el mono hizo una reverencia, encandilando al público. Los asistentes aplaudían con entusiasmo mientras la criatura corría entre sus piernas, pasando el sombrero para que le echaran dinero. Casi todo el mundo le dio algo. Repentinamente, el animal se encaramó al rickshaw, sorprendiendo a Amelia y haciéndome gritar. Se sentó entre las dos y observó a mi acompañante con devoción. El público embelesado contemplaba la escena. Amelia aleteó las pestañas, sabiendo que todo el mundo la estaba mirando. Profirió una carcajada y levantó la mano hacia

la garganta con un gesto de modestia que yo reconocí como falso. Después, se presionó los lóbulos de las orejas con los dedos, quitándose los pendientes de perla y lanzándolos al interior del sombrero del mono. El público chilló y silbó ante la manifestación de opulento abandono de Amelia. El mono brincó hacia su amo, pero Amelia ya le había arrebatado a su público. Algunos hombres trataron de llamarle la atención para que les dijera su nombre. Pero, como una verdadera actriz, Amelia sabía dejar a su público con ganas de más.

—Venga —exclamó, golpeando suavemente al porteador entre sus huesudos hombros con la punta del pie—, vámonos.

Dejamos atrás el camino del pozo de la risa para adentrarnos en un estrecho pasaje llamado «de los mil camisones». Estaba repleto de sastrerías que exhibían sus prendas en maniqués expuestos en el exterior o, como pasaba en uno de los comercios, con modelos de carne y hueso que desfilaban en el escaparate. Seguí a Amelia hasta una esquina, y entramos en una pequeña tienda con unas escaleras tan estrechas que para subirlas tuve que ponerme de lado. El interior estaba abarrotado de blusas y vestidos que colgaban de cuerdas extendidas de un lado a otro de la estancia, donde se respiraba un aroma a tela y a bambú tan penetrante que me hizo estornudar. Una mujer china surgió de detrás de una hilera de prendas y nos saludó:

—¡Hola! ¡Hola! ¿Han venido a probarse algo?

Sin embargo, cuando reconoció a Amelia, la sonrisa desapareció de su rostro.

—Buenos días —nos dijo, escrutándonos con ojos recelosos.

Amelia señaló una blusa y me dijo:

—Puedes elegir el diseño que quieres que te copien, y ellos lo confeccionan para ti en tan sólo un día.

Junto a la única ventana de la tienda, habían instalado un pequeño diván y una mesa, sobre la que se amontonaba un sinfín de catálogos. Amelia se aproximó, cogió uno y lo hojeó lentamente. Encendió un cigarrillo y dejó caer la ceniza en el suelo.

—¿Qué tal éste? —inquirió, levantando la fotografía de un *cheongsam* verde esmeralda con un corte en la falda que dejaba el muslo al descubierto.

—Ella, sólo una niña. Demasiado joven para vestido —protestó la mujer china.

Amelia se rió entre dientes.

—No se preocupe, señora Woo, Shanghái pronto la hará mayor. No olvide que yo misma sólo tengo veintitrés años.

Se rió de su propia broma y la señora Woo me empujó con sus duros nudillos hacia el banco que se encontraba al fondo del almacén. Se sacó la cinta métrica del cuello y me la puso alrededor de la cintura. Me mantuve erguida y muy quieta para ella, como me había enseñado mi madre.

—¿Por qué tú relacionarte con esa mujer? —me susurró la señora Woo—. Ella, no buena. Su marido, no tan malo. Pero estúpido. Su esposa morir de tifus, y él dejar entrar a esa mujer en casa porque sentirse solo. Ningún estadounidense quererla...

Paró de hablar cuando Amelia apareció con un manojito de fotografías que había

arrancado del catálogo.

—Éstos, señora Woo —ordenó, arrojándole las hojas a la costurera—. Regentamos un club nocturno, ya sabe —añadió, con una maliciosa sonrisa en el rostro—. Y usted no es ninguna Elsa Schiaparelli como para decirnos lo que debemos o no debemos llevar.

Dejamos la tienda de la señora Woo con un pedido de tres vestidos de noche y cuatro vestidos de día, por lo que supuse que ésa era la única razón por la cual la señora Woo soportaba los malos modales de Amelia. En unos grandes almacenes, compramos ropa interior, calzado y guantes. Fuera, en la acera, un niño mendigo estaba garabateando la historia de sus desventuras con un trozo de tiza. Llevaba un taparrabos de un tejido áspero, y la piel de sus hombros y de su espalda estaba dolorosamente quemada por el sol.

—¿Qué dice? —preguntó Amelia.

Observé la fina caligrafía. No dominaba el chino, pero podía asegurar que las palabras estaban escritas por alguien culto y con educación. La historia del chico decía que había presenciado cómo los japoneses que invadieron Manchuria mataban a su madre y a sus tres hermanas. Una de sus hermanas había sido torturada. Encontró su cuerpo en una cuneta. Los soldados le habían cortado la nariz, los pechos y las manos. Sólo su padre y él sobrevivieron y huyeron a Shanghái. Compraron un rickshaw con todo el dinero que les había quedado. Pero un día, al padre del chico lo atropelló un conductor extranjero borracho que conducía demasiado rápido. Su padre aún estaba vivo después del accidente, pero tenía ambas piernas fracturadas y una profunda herida que le dejaba al descubierto el cráneo a la altura de la frente. Sangraba profusamente, pero el extranjero rehusó llevarle en su coche a un hospital. Otro porteador de rickshaw le ayudó a llevar a su padre al médico, pero era demasiado tarde. El hombre había muerto. Leí las últimas palabras en alto: «Les ruego, hermanos y hermanas, que escuchen mi historia y me ayuden. Que los dioses del cielo les bendigan con grandes riquezas por ello». El niño mendigo levantó la mirada, sorprendido de ver a una chica occidental que leía chino. Deslicé unas monedas en su mano.

—¿Así es como gastarás tu dinero? —exclamó Amelia, entrelazando su frío brazo con el mío—. ¿Ayudando a gente que se sienta en las aceras sin hacer nada por salir adelante? Hubiera preferido dárselo al mono. Por lo menos, él se esforzaba por divertirme.

Almorzamos sopa de *won-ton* en una cafetería atestada de extranjeros y chinos ricos. Jamás había visto a aquel tipo de gente, ni siquiera en Harbin antes de la peor parte de la guerra. Las mujeres llevaban vestidos de seda color violeta, zafiro o rojo, tenían las uñas pintadas y el pelo elegantemente peinado. Los hombres eran igual de distinguidos, con trajes de doble pechera y bigotillos tan finos como trazos de lápiz. Después de comer, Amelia cogió mi monedero para pagar la cuenta y en el mostrador compró un paquete de cigarrillos para ella y algo de chocolate para mí. Paseamos por

la calle, mirando los escaparates de las tiendas que vendían juegos de *mah-jong*, muebles de mimbre y filtros amorosos. Me paré para mirar las jaulas de bambú que colgaban del exterior de una tienda, repletas con docenas de canarios. Todos los pájaros gorjeaban al mismo tiempo, y yo me quedé hipnotizada por sus hermosos trinos. De pronto, escuché un grito y me volví para ver como dos niños pequeños me observaban. Sus rostros eran diminutos y arrugados, y su mirada de lo más amenazante.

No parecían humanos y levantaban las manos como si de garras se tratara. De repente noté un hedor acre y me di cuenta de que tenían los dedos manchados cubiertos de excrementos. «Tú dar dinero o nosotros manchar vestido», dijo uno de ellos. Al principio, me costó creer que aquello estuviera ocurriendo, pero los chicos se aproximaban reptando, y me metí la mano en el bolsillo en busca de mi monedero. Luego me acordé de que se lo había dado a Amelia. Miré a mi alrededor, pero no la vi por ninguna parte. «No tengo dinero», les dije, suplicante. Me respondieron riéndose y maldiciéndome en chino. Fue entonces cuando localicé a Amelia en la puerta de una sombrerería al otro lado de la calle. Mi monedero estaba en sus manos.

—¡Ayúdame, por favor! ¡Quieren dinero! —le grité. Cogió un sombrero y lo miró detenidamente. Al principio, pensé que no me había oído, pero entonces, levantó la mirada y su boca se curvó en una sonrisa cruel. Se encogió de hombros y me di cuenta de que había presenciado toda la escena. Me quedé mirando fijamente su rostro insensible y sus ojos negros, pero eso sólo provocó que se desternillara aún más. Uno de los chicos trató de agarrarme la falda, pero antes de que lo lograra, el dueño de los pájaros surgió de su tienda y lo espantó con una escoba. Él se zafó y corrió junto a su compañero entre las filas de puestos callejeros y los transeúntes, hasta desaparecer por completo.

—Shangháí siempre es así —farfulló el comerciante, sacudiendo la cabeza—. Y ahora se está poniendo peor. Sólo hay ladrones y mendigos. Te cortan los dedos para conseguir tus anillos.

Volví a mirar la puerta junto a la que había estado Amelia hasta hacía unos minutos. Pero estaba desierta.

Más tarde, la encontré en una farmacia calle abajo. Estaba comprando un perfume de Dior y un estuche de maquillaje compacto.

—¿Por qué no me ayudaste? —le grité, mientras unas cálidas lágrimas me recorrían las mejillas hasta acabar goteándome por la barbilla—. ¿Por qué me tratas así?

Amelia me dedicó una mirada indignada. Recogió su paquete y me empujó a la calle. Ya en la acera, me clavó la mirada. Sus ojos furiosos estaban inyectados en sangre.

—Eres una niña tonta —me gritó—, que confía en la amabilidad de los otros. Nada es gratis en esta ciudad. ¿Lo entiendes? ¡Nada! ¡Cualquier gesto atento tiene un precio! ¡Si piensas que la gente va a ayudarte por nada, acabarás tirada en la acera,

como el niño mendigo!

Amelia me clavó los dedos en el brazo y me arrastró hasta el bordillo. Llamó a un rickshaw.

—Ahora me voy al club de apuestas para estar con adultos —me dijo—. Vete a casa y busca a Serguéi. Siempre está en casa durante la tarde. Ve y dile lo mala que soy. Ve y laméntate ante él por lo mal que te trato.

El viaje en rickshaw de vuelta a casa fue muy agitado. Las calles y la gente se fundían en una imagen borrosa a través de mis lágrimas. Me llevé un pañuelo a la boca, aterrorizada por las náuseas que sentía. Quería volver a casa y decirle a Serguéi Nikoláievich que no me importaba Tang, que quería volver para quedarme con los Pomerantsev en Harbin.

Cuando alcanzamos la puerta de la verja, llamé a la campana hasta que la anciana doncella la abrió. A pesar de mi evidente angustia, me recibió con el mismo semblante inexpresivo del día anterior. Entré corriendo, pasando a su lado, hasta el interior de la casa. El recibidor estaba oscuro y silencioso, las ventanas y las cortinas estaban cerradas para evitar que entrara el calor sofocante de la tarde. Me paré en el salón durante un momento, sin saber qué hacer. Recorrí el comedor y allí encontré a Mei Lin, dormida: sus minúsculos pies sobresalían por debajo de la mesa, y tenía el dedo gordo de una mano metido en la boca mientras con la otra agarraba un paño de limpieza.

Corrí a través de recibidores y pasillos, con el terror reptándome por las venas. Subí a toda prisa las escaleras hasta el tercer piso y miré en todas las habitaciones hasta que llegué a la última, la estancia al final del pasillo. La puerta estaba entornada y llamé suavemente, pero no recibí respuesta alguna. En el interior, al igual que en el resto de la casa, las cortinas estaban corridas y la habitación estaba sumida en la oscuridad. El aire era espeso por el hedor a sudor humano. Y a causa de otro olor más, dulzón y empalagoso. Cuando los ojos se me acostumbraron a la oscuridad, percibí a Serguéi Nikoláievich desplomado en un sillón, con la cabeza caída sobre el pecho. Detrás de él, la figura misteriosa del sirviente, que mantenía una macabra guardia.

—¡Serguéi Nikoláievich! —exclamé, con voz quejumbrosa. Me aterrorizaba la idea de que pudiera estar muerto. Sin embargo, tras un instante, Serguéi Nikoláievich levantó la mirada. Una neblina azulada se levantó a su alrededor como un halo y, con ella, un olor pestilente a aire pútrido. Me asustó su semblante, deteriorado y gris, con los ojos tan hundidos que parecían las cavidades de su cráneo. Me alejé lentamente; no estaba preparada para aquella nueva pesadilla.

—Lo siento mucho, Anya —resolló—. Lo siento mucho, muchísimo. Pero estoy perdido, pequeña mía. Estoy perdido.

Se desplomó en el asiento, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta, boqueando, tratando de conseguir aire, como un moribundo. El opio de la pipa gorgoteó y se enfrió convirtiéndose en ceniza oscura.

Huí de la habitación, mientras el sudor me goteaba por la cara y el cuello. Llegué a mi cuarto de baño justo a tiempo de vomitar la sopa que había comido en el almuerzo con Amelia. Cuando terminé, me limpié la boca con una toalla y me apoyé sobre las frías baldosas, tratando de recuperar la respiración. Las palabras de Amelia resonaron en mi cabeza: «Eres una niña tonta que confía en la amabilidad de los otros. Nada es gratis en esta ciudad. ¿Lo entiendes? ¡Nada!».

En el espejo pude ver reflejada la colección de muñecas matrioskas alineadas sobre el tocador. Cerré los ojos e imaginé una línea dorada entre Shanghái y Moscú. «Mamá, mamá —dije para mis adentros—, cuídate. Si tú sobrevives, yo sobreviviré, hasta que podamos reunirnos de nuevo».

3

EL TANGO

Unos días después, llegaron los paquetes de la señora Woo mientras Serguéi Nikoláievich, Amelia y yo estábamos tomando el desayuno en el patio. Yo bebía té a la manera rusa: solo, salvo por una cucharada de mermelada de grosella negra como acompañamiento para endulzarlo. Únicamente tomaba un té de desayuno, aunque cada mañana, la mesa rebosaba de tortitas con mantequilla y miel, plátanos, mandarinas, peras, cuencos con fresas y uvas, huevos revueltos con queso fundido, salchichas y tostadas triangulares. Me sentía demasiado nerviosa como para tener apetito. Me temblaban las piernas bajo el tablero de cristal de la mesa. Sólo hablaba cuando se dirigían a mí, y no pronunciaba ni una sola palabra más de lo estrictamente necesario. Me aterrorizaba la idea de hacer algo que pudiera provocar el mal humor de Amelia. Sin embargo, ni Serguéi Nikoláievich —que me había dado permiso para llamarle por su primer nombre, Serguéi— ni Amelia parecían percatarse de mi tímido comportamiento. Serguéi me señalaba alegremente los gorriones que visitaban el jardín, y Amelia me ignoraba durante la mayor parte del tiempo.

La campana de la verja repiqueteó, y la doncella trajo dos paquetes envueltos en papel de estraza y atados con cordel, con nuestra dirección garabateada en los laterales en inglés y en chino. «Ábrelos», ordenó Amelia, tensando sus dedos en forma de garras mientras sonreía. Delante de su marido, aparentaba tener una gran complicidad conmigo, pero eso no me engañaba. Me giré hacia Serguéi y le mostré una por una las prendas. Todos los vestidos de día recibieron asentimientos y exclamaciones de aprobación.

—¡Oh, sí! ¡Ése es el más bonito! —prorrumpió, señalando un vestido de algodón con un cuello de pajarita y una cenefa de girasoles bordada en el escote y el cinturón—. Deberías ponértelo mañana, para nuestro paseo por el parque.

Pero cuando abrí el paquete de los vestidos de noche y le mostré el *cheongsam* verde, Serguéi arqueó las cejas y sus ojos se oscurecieron. Le lanzó una mirada enfurecida a Amelia y me dijo: «Por favor, Anya, retírate a tu habitación».

El tono con el que Serguéi se dirigió a mí no era de enfado, pero que me enviara a

mi habitación me hizo sentir rechazada. Caminé arrastrando los pies por el recibidor y las escaleras, preguntándome cuál sería la razón de su disgusto y qué le iba a decir a Amelia. Esperaba que, fuera lo que fuese, no aumentara el desprecio que aquella mujer sentía por mí.

—Ya te dije que Anya no va a venir con nosotros al club hasta que sea mayor —oí que le decía a su esposa—. Tiene que ir al colegio.

Me detuve en el rellano, tratando de escuchar lo que decían. Amelia replicó con voz burlona:

—Oh, sí, vamos a ocultarle lo que somos en realidad, ¿no es así? Vas a obligarla a pasar el tiempo entre monjas antes de introducirla en el mundo real. Me imagino que ya te ha sorprendido mientras te entregabas a tu hábito favorito. Lo sé por las miradas compasivas que te dedica.

—Ella no es como las chicas de Shanghái, ella es...

No pude oír el resto de la frase de Serguéi, porque el sonido se ahogó por el repiqueteo de los zuecos de Mei Lin subiendo las escaleras con una pila de sábanas limpias entre sus brazos. Me puse el dedo en los labios y le chisté: «¡Shhhh!». Su cara de pajarillo me miró por encima de las sábanas. Cuando se dio cuenta de que estaba escuchando a hurtadillas, repitió el mismo gesto con su propio dedo y le entró la risa tonta. Serguéi se levantó y cerró la puerta principal, así que nunca llegué a escuchar el resto de la conversación de aquella mañana.

Más tarde, Serguéi vino a verme a mi cuarto.

—La próxima vez, le diré a Luba que te lleve de compras —me reconfortó, besándome la coronilla—. No te desilusiones, Anya. Ya habrá tiempo suficiente para que seas la reina del baile.

Mi primer mes en Shanghái transcurrió despacio y sin noticias de mi madre. Escribí dos cartas a los Pomerantsev, describiéndoles Shanghái y a mi guardián favorablemente, para que no se preocuparan. Firmaba como Anya Kirilova, por si los comunistas leían las cartas.

Serguéi me envió a la Escuela de Santa Sofía para niñas en la Concesión Francesa. La escuela estaba dirigida por una congregación de monjas irlandesas, y las estudiantes eran una mezcla de católicas, rusas ortodoxas y algunas niñas chinas e indias de familias acaudaladas. Las monjas eran mujeres bondadosas que sonreían mucho y se enfadaban poco. Creían fervientemente en la educación física y jugaban al béisbol con las niñas mayores todos los viernes por la tarde, mientras las niñas más pequeñas observaban. La primera vez que vi a la profesora de geografía, la hermana Mary, haciendo una carrera entre bases con el hábito arremangado hasta las rodillas, mientras la perseguía la profesora de historia, la hermana Catherine, tuve que contenerme con todas mis fuerzas para no reírme. Aquellas mujeres eran como grullas gigantes tratando de alzar el vuelo. Pero no me reí. De hecho, nadie lo hizo.

Porque, si bien las hermanas solían ser amables, también podían ser duras imponiendo castigos. Cuando Luba me llevó a matricularme a la escuela, observamos a la madre superiora paseándose frente a filas de niñas puestas de cara a la pared. Les estaba olfateando el cuello y el cabello. Después de cada inhalación, movía con nerviosismo la nariz y elevaba los ojos al cielo, como si estuviera catando una muestra de buen vino. Más tarde, me enteré de que estaba inspeccionando a las niñas para ver si se habían puesto talco perfumado, tónicos aromáticos en el cabello u otros productos cosméticos para llamar la atención. La madre superiora consideraba que existía una conexión directa entre la vanidad y la corrupción moral. La única culpable a la que había sorprendido aquella mañana había tenido que fregar los baños durante una semana entera.

La hermana Bernardette enseñaba matemáticas. Era una mujer regordeta cuya barbilla formaba una línea recta con su cuello. Su acento del norte era espeso como la mantequilla, y tardé dos días en entender que cierta palabra que repetía todo el tiempo no era otra cosa que «paréntesis».

—¿Por qué frunce usted el ceño, señorita Anya? —me preguntó—. ¿Hay algún problema con los *parrénteciz*?

Negué con la cabeza y me percaté de dos niñas que me estaban sonriendo desde el otro lado del pasillo. Después de la clase, se acercaron a mi sitio y se presentaron como Kira y Regina. Regina era una niña muy bajita de cabello oscuro y ojos violáceos. Kira era rubia como el sol.

—Eres de Harbin, ¿verdad? —preguntó Kira.

—Sí.

—Ya lo sabíamos. Nosotras también somos de Harbin, pero vinimos con nuestras familias a Shanghái después de la guerra.

—¿Por qué sabíais que yo también soy de Harbin? —inquirí.

Se rieron. Kira me guiñó un ojo y me susurró al oído:

—Porque no necesitas clases de escritura cirílica.

El padre de Kira era médico, y el de Regina, cirujano. Descubrimos que habíamos elegido prácticamente las mismas asignaturas durante aquel trimestre: francés, gramática inglesa, historia, matemáticas y geografía. Sin embargo, para las actividades extraescolares, yo me dirigía al gimnasio para la clase de arte, mientras ellas corrían a sus casas en el extremo lujoso de la avenida Joffre para recibir clases particulares de piano y violín.

Aunque nos sentábamos juntas en casi todas las clases, noté sin necesidad de preguntarlo que los padres de Regina y de Kira no aprobarían que sus hijas vinieran a visitarme a casa de Serguéi, ni tampoco se sentirían cómodos con mi presencia en sus propios hogares. Por eso, nunca invité a las chicas, y ellas nunca me invitaron a mí. De algún modo, me sentía aliviada, porque íntimamente temía que, si las invitaba a venir a casa, Amelia podría tener otro de sus arrebatos alcoholizados, y yo me avergonzaría de que unas niñas tan bien educadas pudieran presenciar su

comportamiento. Así que, aunque echaba de menos su compañía, Regina, Kira y yo teníamos que conformarnos con mantener una amistad que comenzaba con las oraciones por la mañana y terminaba cuando sonaba el timbre de la escuela por la tarde.

Cuando no estaba en la escuela, entraba de puntillas en la biblioteca de Serguéi y me deslizaba sigilosamente al jardín con montañas de libros y mi cuaderno de dibujo. Dos días después de mi llegada, descubrí un árbol de gardenias en una zona cubierta del jardín. Se convirtió en mi santuario, y pasaba casi todas las tardes allí, buceando en las obras de Proust y Gorky o dibujando las flores y plantas que me rodeaban. Hacía cualquier cosa con tal de no cruzarme en el camino de Amelia.

A veces, cuando Serguéi volvía pronto a casa por las tardes, se unía a mí en el jardín y charlábamos durante un rato. Pronto descubrí que era más culto de lo que yo había supuesto en un principio, y una vez me trajo las obras de un poeta ruso, Nikolái Gumilev. Me leyó un poema sobre una jirafa en África que el poeta había escrito para animar a su esposa cuando estaba deprimida. La resonante voz de Serguéi hacía que las palabras fluyeran de un modo tan elocuente que podía imaginar al orgulloso animal recorriendo la planicie africana. Aquella imagen me transportó tan lejos de mi tristeza que deseé que el poema no terminara nunca. Pero siempre, después de alrededor de una hora de charla, los dedos de Serguéi comenzaban a temblar y su cuerpo se agitaba compulsivamente, y yo sabía que perdería su agradable compañía a causa de su hábito. Entonces, podía ver cuánto desánimo albergaban sus ojos, y comprendía que, a su manera, él también evitaba a Amelia.

Una tarde, cuando volvía a casa de la escuela, me sorprendí al escuchar voces en el jardín. Eché un vistazo a través de los árboles y divisé a Dimitri y a Amelia sentados en sendas sillas de mimbre junto a la fuente con cabeza de león. Dos mujeres les acompañaban. Vislumbré sus brillantes vestidos y sombreros a través de los helechos. El tintineo de las tazas de té y el sonido de las risas femeninas resonaban por el jardín como un murmullo de fantasmas. Y, por alguna razón, la voz de Dimitri, más alta y profunda que las otras, hizo que el corazón me latiera con fuerza dentro del pecho. Se había ofrecido a llevarme al jardín de Yuyuan y estaba tan aburrida y tan sola que pensé que si me veía, quizás recordaría su promesa.

—¡Hola! —saludé, irrumpiendo en la pequeña reunión.

Amelia arqueó las cejas y me contempló con desprecio. Pero deseaba tanto ver a Dimitri que no me importaba si ella me regañaba por entrometerme.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —contestó Dimitri, levantándose para traer otra silla para mí.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi —le dije.

Dimitri no me contestó. Se volvió a sentar en su propia silla y encendió un cigarrillo, mientras canturreaba una canción para sí mismo. Me sentí avergonzada. Ésa no era la entusiasta bienvenida que yo me había imaginado.

Las otras dos mujeres tenían aproximadamente la edad de Dimitri y lucían

vestidos de color mango y rosa, con volantes fruncidos en las mangas y en el escote. La silueta de sus enaguas de seda se vislumbraba a través del fino tejido de sus vestidos. La chica que se sentaba más cerca de mí sonrió con unos labios pintados de un color tan oscuro como el de las uvas. La intensa línea de kohl que perfilaba sus ojos azules me hizo pensar en una diosa egipcia.

—Me llamo Marie —se presentó, extendiéndome una pálida mano, cuyas uñas eran largas y puntiagudas. Señaló con la cabeza a la bella joven de cabello dorado que estaba junto a ella—. Y ésta es mi hermana, Francine.

—*Enchanté* —dijo Francine, apartándose los rizos de la cara e inclinándose hacia mí—. *Comment-allez vous?* He oído que estudia usted francés en la escuela.

—*Si vous parlez lentement je peux vous comprendre* —le contesté, preguntándome quién habría estado hablándole de mí. A Amelia le daba igual que yo estudiara francés o suahili.

—*Vous parlez français très bien* —exclamó Francine. Llevaba un pequeño diamante en la mano izquierda. Un anillo de compromiso.

—*Merci beaucoup. J'ai plaisir à l'étudier.*

Francine se volvió a Dimitri y le susurró:

—Es encantadora. Quiero adoptarla. Creo que a Philippe no le importará.

Dimitri me estaba observando. Su mirada me hizo sentirme tan tímida que casi derramé el té que Francine me había servido.

—No puedo creer que seas la misma chica que conocí hace unos meses —comentó—. Tienes un aspecto tan diferente con el uniforme de la escuela...

Noté un rubor caliente desde el cuello hasta la raíz del pelo. Amelia dejó escapar una risita y le susurró algo a Marie. Me hundí en la silla, casi incapaz de respirar. Recordé cómo Dimitri se había sentado junto a mí durante mi primera noche en Shanghái, con su cara rozando la mía, como si nos estuviéramos contando confidencias. Como si fuéramos iguales. Quizás, debido al vestido de terciopelo azul, no había notado que yo tenía trece años. El contraste debía de ser muy grande con respecto a mi apariencia de aquella tarde: una niña vestida con una blusa amplia y un pichi, y con dos trenzas rígidas que sobresalían por debajo de un sombrero de paja. No precisamente alguien a quien quisiera llevar al jardín de Yuyuan. No, cuando podía llevar a Marie y a Francine. Escondí los pies bajo la silla, avergonzándome de repente de mis zapatos de colegiala y de mis calcetines hasta las rodillas.

—Eres muy mona —dijo Francine—. Me gustaría hacerte una fotografía mientras te comes un helado. Y he oído que, además, eres toda una artista.

—Sí, copia los modelos de mis revistas de moda —aclaró entre risitas Amelia.

Me encogí por la vergüenza, me sentía demasiado humillada como para mirar a Dimitri.

—Lo que odio de las colegialas —comentó Amelia, tamborileando las uñas contra su taza de té y tomándose su tiempo antes de apuñalarme definitivamente— es que, independientemente de lo limpias y ordenaditas que uno las envíe a la escuela

por la mañana, siempre se las arreglan para volver apestando a sudor y a naranjas.

Marie comenzó a reírse a carcajadas, mostrando dos filas de diente-cillos afilados, al igual que una piraña.

—¡Qué vulgar! —añadió—. Me imagino que es porque se pasan el día corriendo y trepando.

—Y por la fruta aplastada que se esconden en las mochilas —añadió Amelia.

—Anya no huele a eso —contestó Dimitri—. Simplemente, me ha sorprendido lo joven que es.

—No es tan joven, Dimitri —replicó Amelia—. Sencillamente, es que está poco desarrollada. Cuando yo tenía su edad, ya me habían crecido los pechos.

—¡Qué malos son! —comentó Francine, apartándose las trenzas de los hombros—. Su elegancia no tiene que ver con la edad. *Je l'aime bien. Anya, quelle est la date aujourd'hui?*

Sin embargo, ya no tenía más ganas de practicar francés. Amelia había conseguido lo que quería y me había humillado. Me hurgué en el bolsillo en busca de un pañuelo e hice como que estornudaba. No quería empeorar mi humillación dejando que vieran la desdicha reflejada en mis ojos. Era como si me hubieran puesto un espejo delante, y me hubiera visto como nunca antes. Una colegiala desaliñada con cardenales en las rodillas.

—Vamos, vamos —exclamó Amelia, levantándose—. Si no sabes aguantar una broma y vas a ponerte de morros, prefiero que vengas dentro conmigo. Deja que Dimitri disfrute del jardín con sus acompañantes.

Esperé que Dimitri protestara e insistiera en que me quedara, pero no lo hizo, y supe que había dejado de estimarme y que ya no estaba interesado en mí. Seguí con desgana a Amelia como un perro faldero. Ojalá no hubiera oído su varonil voz en el jardín aquel día y hubiera entrado directamente en casa y en la biblioteca sin decirle una palabra a nadie. Cuando los demás ya no podían oírnos, Amelia se volvió con destellos de placer en los ojos, regodeándose en mi desgracia.

—Bueno, ya te has puesto en ridículo, ¿verdad? Pensaba que te habían enseñado suficientes buenos modales como para no meterte donde no te llaman.

No le contesté. Dejé caer la cabeza y me preparé para la reprimenda. Amelia se paseó por la habitación y miró disimuladamente a través de las cortinas.

—Mi amiga Marie es una joven tan atractiva... —suspiró—. De hecho, espero que ella y Dimitri se lleven bien. Él está en la edad en la que los hombres buscan pareja.

Me pasé el resto de la tarde en mi habitación, sintiéndome miserable. Arrojé los libros de francés bajo la cama y traté de concentrarme en un tomo sobre la historia de la Antigua Roma. Desde el jardín, me llegaba el sonido de las risas y la música. Nunca antes había oído una música parecida: carnal, embaucadora, introduciéndose subrepticamente por mi ventana como el delicioso aroma de una azucena exótica. Me tapé los oídos y traté de concentrarme en el libro, pero después de un rato, la

tentación por ver qué estaba ocurriendo fue demasiado fuerte. Me acerqué sigilosamente a la ventana y me asomé al exterior. Dimitri bailaba con Marie en el patio. Francine se inclinaba sobre el tocadiscos y recolocaba la aguja cada vez que cesaba la música. Dimitri apoyaba una de sus manos entre los omóplatos de Marie y con la otra mano entrelazaba los dedos con los de ella. Mantenían las mejillas juntas y desfilaban por todo el patio siguiendo un ritmo cadencioso. El rostro de Marie estaba sonrojado, y se reía tontamente a cada paso. La expresión de Dimitri era seria, a la vez que burlona. «Lento, lento, lento, rápido, rápido, lento», canturreaba Francine, marcándoles el ritmo con palmadas. Marie estaba rígida, se movía torpemente y se pisó el borde de su propio vestido cuando Dimitri la sujetó entre sus brazos.

—Estoy cansada —se quejó—. Esto es muy complicado. Prefiero bailar el foxtrot.

Francine se cambió de lugar con su hermana. Deseaba cerrar los ojos, porque me estaba muriendo de envidia. Francine era, con diferencia, la más agraciada de las dos hermanas, y en brazos de Dimitri aportó elegancia al baile. Francine era como una bailarina de ballet, capaz de transmitirlo todo a través de sus ojos, desde la pasión hasta la ira y el amor. Dimitri paró de hacer muecas. Se irguió y pareció aún más distinguido. Juntos eran como dos gatos siameses envueltos en un ritual de apareamiento. Me asomé un poco más por la ventana, contagiada por el ritmo ensoñador del tango. Cerré los ojos y me imaginé allí abajo, en el patio, bailando con Dimitri.

Me cayó una gota de agua en la nariz. Abrí los ojos y comprobé que el cielo se había puesto negro y que estaba cayendo una lluvia tardía. Los bailarines reunieron rápidamente sus cosas y se apresuraron a entrar en la casa. Yo cerré la ventana y mientras lo hacía, me vi reflejada en el espejo del tocador.

«No es joven, sencillamente, está poco desarrollada», había dicho Amelia.

Contemplé mi reflejo con aversión. Era demasiado menuda para mi edad, pues sólo había crecido unos centímetros desde que cumplí once años. Unos meses antes de venir a Shanghái, había observado los primeros brotes de vello de color miel entre las piernas y en las axilas. Pero seguía estando dolorosamente flaca, con el pecho y las nalgas totalmente planos. Nunca me había importado hasta aquella tarde, siempre había sentido indiferencia por mi crecimiento físico. Pero me había quedado impresionada: me había dado cuenta de que Dimitri era un hombre y yo quería ser una mujer.

Hacia el final del verano, la ligera tregua entre el ejército nacionalista y el ejército comunista desembocó en una guerra civil. El correo no salía ni entraba en Manchuria, por lo que no recibí respuesta a las cartas que les había escrito a los Pomerantsev. Me poseyó una necesidad desesperada de mantener algún tipo de conexión con mi madre, y comencé a devorar cualquier detalle sobre Rusia que pudiera encontrar. Estudiaba detenidamente los libros de la biblioteca de Serguéi, buscando cuentos sobre barcos

de vapor que zarparan desde Astracán, historias sobre la tundra y la taiga, los montes Urales o las montañas del Cáucaso, el Ártico o el mar Negro. Molestaba a los amigos de Serguéi para que me contaran sus recuerdos sobre dachas estivales, grandes ciudades doradas, estatuas magnificentes que se erguían hacia el cielo azul y desfiles militares. Trataba de componer una imagen de Rusia tal y como mi madre la estaría viendo, pero en su lugar, me perdí en una extensión de terreno demasiado grande de imaginar.

Un día, Amelia me envió a que recogiera las servilletas con el monograma del club. Aunque yo misma las había llevado a la sastrería para que las bordaran apenas una semana antes, mi mente estaba tan ocupada con las noticias de que los soviéticos habían tomado Berlín que caminé distraída por las avenidas de la Concesión sin prestar atención a dónde me dirigía. El grito de un hombre me sacó bruscamente de mis pensamientos. Dos personas discutían delante de una valla. Hablaban chino tan rápido que me era imposible entenderles, pero cuando observé a mi alrededor, me di cuenta de que me había perdido. Estaba en una calle que daba a la parte trasera de una fila de casas abandonadas al estilo europeo. Las contraventanas apenas se sujetaban de sus bisagras y las desconchadas paredes de estuco estaban teñidas por oxidadas manchas de humedad. Un alambre de púas se extendía sobre las vallas y los alféizares de las ventanas como si fuera hiedra, y en los patios abundaban los charcos estancados, aunque no había llovido desde hacía semanas. Traté de volver sobre mis pasos, pero lo único que conseguí fue adentrarme aún más en el laberinto de callejuelas que giraban a la derecha y a la izquierda sin seguir ningún tipo de lógica. El hedor a orina era espeso en el aire ardiente, y mi camino se vio interrumpido por pollos y ocas esqueléticos. Apreté los puños por el pánico.

Doblé una esquina en la que había una pila de armazones de cama oxidados y un frigorífico viejo, y tropecé frente a un café ruso. Las sucias ventanas estaban cubiertas de cortinas de encaje blanco. El Café Moskva estaba embutido entre una verdulería, cuyas zanahorias y hojas de espinacas se marchitaban lentamente en sus cubos, y una pastelería donde las porciones de té helado estaban cubiertas por una capa de polvo. Me alivió encontrar algo ruso y entré en el café con la intención de preguntar cómo volver a casa. Cuando empujé la puerta abatible, sonó una campanilla. Percibí el olor a salchichas especiadas y a vodka tan pronto como accedí al lóbrego interior. Atronaba una música china proveniente de una radio, que se mantenía en equilibrio precario sobre la barra, pero no lograba ahogar el sonido de las moscas revoloteando en el techo metálico. Una anciana, tan arrugada que parecía a punto de descomponerse, me observó con ojos entornados por encima de su mugriento menú. Llevaba un arrugado vestido de terciopelo con encaje alrededor del cuello y las muñecas, su pelo era grisáceo y lucía una tiara a la que le faltaban varias cuentas. Movía los labios, y la expresión de sus ojos era sombría y preocupada.

—*Dusha-dushi. Dusha-dushi* (Sincérate desde el alma. Sincérate desde el alma)
—me susurró.

En la mesa contigua, un anciano con una boina estudiaba el menú, pasando frenéticamente las amarillentas páginas como si estuviera leyendo una novela de detectives. Su acompañante lucía unos orgullosos ojos azules y el cabello negro peinado en un apretado moño. Se mordía las uñas mientras garabateaba unas palabras en una servilleta de papel. El propietario se acercó a mí con el menú, con mejillas sonrosadas como la remolacha del *borscht* y una peluda panza asomándose entre los botones de la camisa. Dos mujeres vestidas de negro y ataviadas con chales del mismo color miraron fijamente mis caros zapatos cuando me senté.

—¿Qué desea? —me preguntó el propietario.

—Quiero que me hable sobre Rusia —le contesté impulsivamente.

Él se restregó su pecosa mano contra las mejillas y la frente y se dejó caer en la silla frente a mí como un condenado a muerte. Fue como si hubiera estado esperando aquel encuentro, aquel día, aquel momento. Tardó un instante en reunir fuerzas antes de describirme los campos en verano rebosantes de botones de oro, abedules, bosques embriagados por la fragancia de las agujas de pino y el musgo aplastado por las pisadas. Le brillaron los ojos cuando se acordó de cómo, de niño, perseguía a las ardillas, a los zorros y a las comadreja, y del sabor de las albóndigas recién hechas de su madre, servidas en las glaciales noches de invierno.

Toda la estancia guardó silencio para prestar atención a sus palabras, y cuando el propietario se cansó, los otros se sumaron para rellenar los huecos de su historia. La anciana aulló como el lobo solitario en el bosque; el hombre de la boina cantó las melodías que las enormes campanas de iglesia entonaban en los días festivos; y el poeta describió a los campesinos y campesinas cosechando los campos llenos a reventar de trigo y cebada. Durante ese tiempo, las mujeres enlutadas seguían plañendo, e interrumpían cada anécdota con la letanía: «Sólo después de muertas volveremos a nuestro hogar».

Las horas volaron como si fueran minutos, y no me di cuenta de que había pasado toda la tarde en el café hasta que el sol se puso, y la luz a través de las cortinas se transformó de amarilla en grisácea. Seguramente, Serguéi estaría preocupado por mi paradero, y Amelia se enojaría cuando le dijera que no había recogido las servilletas. Y aun así, no podía marcharme o interrumpir a aquella peculiar gente. Me quede allí sentada, escuchando hasta que las piernas y la espalda me dolieron por la inmovilidad prolongada, asimilando cualquier risotada alegre o cualquier triste mirada. Me fascinaban las historias de un lugar que se estaba desarrollando ante mí como el relato de un viajero.

A la semana siguiente, tal y como el propietario del café había prometido, me esperaba allí un soldado soviético. El rostro de aquel hombre se había deformado como un jarrón de cerámica en el interior del horno. La nariz y las orejas se le habían descompuesto por efecto de la congelación, y había envuelto los orificios en gasa para evitar el contacto con el polvo. El aire le vibraba en la garganta, y encogí los dedos de los pies para evitar estremecerme por el efluvio a bilis que llegaba a mi

nariz cada vez que hablaba.

—No te asustes por mi aspecto —me dijo—. Mi destino ha sido afortunado en comparación con el de los otros. Yo he logrado llegar a China.

El soldado me contó que los alemanes le habían hecho prisionero. Tras la guerra, en lugar de acogerles de vuelta a casa, Stalin ordenó que todos los antiguos prisioneros de guerra fueran trasladados a campos de trabajo. Los hombres fueron amontonados en trenes y barcos plagados de ratas y piojos que partieron hacia Siberia. Aquélla era su condena porque a Stalin le aterrorizaba que les contasen a los otros lo que habían visto: que incluso cuando Alemania estaba totalmente devastada por la guerra, sus gentes vivían mejor que los rusos. El soldado escapó cuando el barco en el que estaba prisionero había encallado en el hielo.

—Cuando aquello ocurrió —relató—, sentí como el mundo se abría ante mí y huí por el hielo. Podía oler el fuego y escuchar gritos a mis espaldas. Los guardianes comenzaron a disparar. Varios hombres cayeron abatidos a mi alrededor, boqueando y abriendo los ojos de par en par. Esperaba sentir en cualquier momento como una ardiente bala de metal me desgarraba la piel de la espalda a mí también. Pero seguí corriendo hacia aquella blanca extensión de nada. Poco tiempo después, lo único que podía oír era el aullido del viento, y entonces comprendí que mi destino era sobrevivir.

No desprecié al soldado ni interrumpí su relato, cuando, por el precio de un té caliente y de un poco de pan de centeno, me describió las aldeas calcinadas, las hambrunas y los asesinatos, los juicios manipulados y las deportaciones en masa a Siberia, donde la gente fallecía por las rígidas temperaturas. Sus historias me aterrorizaron tanto que me empezó a palpar el corazón y rompí a sudar. Pero continué escuchando, porque sabía que él venía de una Rusia reciente. La Rusia de mi madre.

—Hay dos posibilidades —me dijo, mientras ablandaba el pan mojándolo en el té y agarraba el borde de la mesa con fuerza por el dolor que le causaba al tragar—. En la época en la que tu madre llegó a Rusia, puede que no prestaran atención a que era la viuda de un coronel del Ejército Blanco y, simplemente, la metieran en una fábrica como mano de obra barata, poniéndola como ejemplo de mente reformada. O puede que la enviaran a un gulag, en cuyo caso, a menos que tu madre sea una mujer muy fuerte, ya estará muerta.

Una vez que el soldado hubo comido, se le empezaron a cerrar los ojos y se quedó dormido, acurrucando su magullada cabeza entre los brazos, como un pajarillo muerto. Salí a la luz del mediodía. Aunque todavía era verano, se había levantado un viento penetrante que me rozó la cara y las piernas, y me hizo tiritar. Corrí por las calles, con picor en los ojos y los dientes castañeteándome. Las palabras del soldado me pesaban como cadenas.

Me imaginé a mi madre, demacrada y hambrienta, encarcelada en una celda, o tendida sobre la nieve. Recordé el chirrido de las ruedas del tren y su afligido rostro

mientras la alejaban de mí. No alcanzaba a comprender un destino tan espantoso para la mujer que era parte de mí y, sin embargo, no tenía ningún indicio, ni la menor idea de lo que le había ocurrido. Por lo menos, pude besar las frías mejillas de mi padre y pude despedirme de él. Pero con mi madre no hubo una despedida final, no hubo ninguna conclusión. Sólo me quedaba una nostalgia solitaria para la que no existía ni el más mínimo consuelo.

Deseaba que todo acabara, que los temores que me atenazaban llegaran a su fin, deseaba poder encontrar un poco de descanso. Traté de evocar algún pensamiento positivo, pero sólo podía escuchar las palabras del soldado y ver su rostro embrutecido: «A menos que tu madre sea una mujer muy fuerte, ya estará muerta».

—¡Mamá! —grité en alto, cubriéndome la cara con las manos.

Repentinamente, una anciana que llevaba un pañuelo adornado con abalorios apareció junto a mí. Di un traspiés hacia atrás, sobresaltada.

—¿A quién estás buscando? —me preguntó, agarrándome la manga con sus uñas descascarilladas.

Me alejé lentamente de ella, pero la mujer me siguió, arrastrando los pies y clavándome su oscura mirada. El trazo de lápiz de labios rojo era como una cuchillada chillona sobre su fina boca, y las arrugas de su frente estaban rellenas de maquillaje endurecido.

—Estás buscando a alguien, ¿verdad? —me preguntó, con una voz que me pareció rusa, aunque no podía decirlo con seguridad—. Tráeme algo de ella y te revelaré su paradero.

Me separé de la mujer de un tirón y eché a correr calle abajo. Shanghái estaba plagada de tramposos y estafadores a la caza de la desesperación de los demás. Y, sin embargo, las palabras que gritó a mis espaldas me helaron la respiración:

—¡Si ella ha dejado algo atrás, volverá a buscarte!

Para cuando llegué a casa, me dolían el cuello y los brazos y se me había instalado en los huesos un escalofrío glacial. Zhung-ying, a quien todo el mundo llamaba la anciana doncella, y Mei Lin estaban en la lavandería cerca del alojamiento de los sirvientes. La lavandería era una plataforma elevada de piedra, con un tejado y unas paredes temporales que se retiraban en verano. La anciana doncella escurría unas toallas y Mei-Lin la ayudaba, el agua salpicaba el suelo formando charcos a sus pies, para después resbalar por el único escalón de la plataforma hasta el césped. Mei Lin estaba cantando algo y la anciana doncella, normalmente tan gruñona, se estaba riendo. La amplia sonrisa de la niña se transformó en un gesto de preocupación cuando me acerqué a ella dando traspiés, y me así al tirador de la caldera en busca de apoyo.

—Por favor, dile a Serguéi que no bajaré a cenar esta noche —le pedí—. He cogido un resfriado y me voy a la cama.

Mei Lin asintió, pero la anciana doncella me dirigió una mirada escrutadora.

Me derrumbé en la cama y las paredes doradas del dormitorio me envolvieron

como un escudo. En el exterior, la risa de Mei Lin flotaba a través de la ventana en el aire veraniego. Más allá, en la distancia, podía oír el murmullo del tráfico en la carretera principal. Me cubrí los ojos con el antebrazo, atormentada por la soledad que sentía. No podía hablarle a Serguéi de mi madre. Evitaba el tema, cortaba las conversaciones en seco, acordándose repentinamente de alguna tarea urgente o prestando atención a distracciones que normalmente habría ignorado. El modo en que apartaba la mirada y me daba ligeramente la espalda siempre me desalentaba a hablarle sobre ella. Sabía que era por el dolor que le había provocado la muerte de su primera esposa. Una vez me había llegado a decir que quizás mi añoranza por mi madre pudiera mantenerla viva en mi imaginación, pero que finalmente acabaría volviéndome loca.

Observé las muñecas matrioskas sobre el tocador y pensé en lo que me había dicho la adivina. «Si ella se ha dejado algo atrás, volverá a buscarte». Me bajé de la cama y abrí el cajón del tocador, levantando el estuche de terciopelo que Serguéi me había dado para el collar de jade. No me lo había puesto desde mi decimotercer cumpleaños. Era un objeto sagrado: siempre que me sentía sola, lo ponía en la cama y lloraba sobre él. Las piedras verdes me recordaban cuánto había significado para mi madre el dármele a mí. Cerraba los ojos y trataba de visualizar a mi padre de joven. Me imaginaba lo rápido que le debía de latir el corazón el día que caminaba con el collar escondido en el bolsillo de su chaqueta con la intención de regalárselo a mi madre. Abrí el estuche y cogí el collar. Pareció como si las piedras vibraran, rebosantes de amor. Las muñecas matrioskas eran mías, pero de algún modo, el collar seguía siendo de mi madre, aunque me lo hubiera dado a mí.

Ya había descartado a la adivina por farsante, una charlatana a la que daría una moneda para que pudiera contarme lo que yo quería escuchar. «El régimen ruso terminará, y tu madre volverá a Shanghái a buscarte». O quizás, si era una farsante con imaginación, se inventaría una historia ficticia para consolarme. «Tu madre se casará con un amable cazador, y vivirán felices y comerán perdices en una casa junto a un lago cristalino. Siempre pensará en ti con cariño. Y tú te casarás con un hombre rico y guapo y tendrás muchos hijos».

Envolví el collar en un pañuelo y lo escondí en el bolsillo. Llegué a la conclusión de que no me importaba que fuera una mentirosa. Simplemente, deseaba hablar a alguien sobre mi madre, para escuchar unas palabras que me hicieran dejar de pensar en las terribles historias que el soldado me había contado. Sin embargo, cuando me escabullí por la puerta principal y a través del jardín, supe que en el fondo de mi corazón, anhelaba algo más. Esperaba que la adivina pudiera desvelarme el paradero real de mi madre.

Antes de alcanzar la puerta del jardín, escuché un grito de la anciana doncella. Me giré para encontrármela de pie, detrás de mí, con un semblante pálido y enojado.

—Ésta es la segunda vez que desaparece usted durante toda la tarde. Va a hacer que el señor se preocupe —me espetó, clavándome el dedo índice en el esternón.

Le di la espalda y me apresuré hacia la verja, cerrándola de golpe al salir. Pero me temblaba todo el cuerpo mientras la cerraba. Aquéllas eran las primeras palabras que la anciana doncella me había dedicado desde que llegué a Shanghái.

Fuera, en la calle, la brisa glacial se había disipado, y el tiempo volvía a ser veraniego. El sol ardía en el cielo azul y, del asfalto, emanaba un calor abrasador que me quemaba los pies a través de las suelas de los zapatos. El sudor se me perlaba en la nariz, y el pelo se me pegaba al cuello. Agarré con fuerza el collar dentro del bolsillo. Pesaba mucho, pero me sentí más tranquila al llevarlo encima. Volví sobre mis pasos hacia el Café Moskva, buscando en todos los rostros de las ancianas los ojos de la adivina. Pero fue ella la que me encontró a mí.

—Sabía que volverías —me dijo, bajándose del bordillo frente a una panadería y poniéndose a mi altura—. Te mostraré dónde podemos hablar. Yo te ayudaré.

La adivina entrelazó su brazo con el mío. Su piel marchita era suave y olía a polvos de talco. De repente, no parecía tan extravagante, sino simplemente vieja y cansada de todo. Podría perfectamente haber sido mi abuela.

Me condujo a un bloque de apartamentos a unas manzanas del café, parándose con frecuencia para recobrar el aliento. El llanto de un bebé resonaba en el patio y podía oír a dos mujeres tratando de consolarle. Las paredes de cemento del edificio estaban llenas de grietas, de las que brotaban hierbajos. El agua se filtraba por un oxidado tubo de desagüe, formando charcos de cieno en las escaleras y en la entrada. Un gato atigrado estaba lamiendo el agua de uno de ellos. El esquelético animal nos observó antes de saltar por encima de la valla de madera y desaparecer de la vista.

El vestíbulo del edificio estaba frío, y en el suelo se amontonaba la basura. Cientos de moscas zumbaban sobre los montones de sobras que brotaban de los cubos demasiado llenos. Vislumbré la figura de un hombre al final del vestíbulo, iluminado a contraluz por la débil claridad de una única ventana. Estaba fregando el suelo y me sorprendí al comprobar que, en el edificio, hubiera alguien dedicado a la limpieza. Siguió con la mirada a la anciana cuando pasamos, y me percaté de que en sus brazos tenía unas marcas color carmesí, una de ellas en forma de dragón. Se bajó la manga cuando me vio contemplándola.

Nos detuvimos frente a una puerta de metal con una rejilla en la parte inferior. La anciana sacó una llave que llevaba atada al cuello con un trozo de cuerda. Fue necesario sacudir la puerta varias veces para abrir el pestillo, y, cuando finalmente lo consiguió, la puerta protestó con un chirrido al abrirse. La mujer se apresuró a entrar en aquel apartamento subterráneo, pero yo me quedé en el desgastado umbral, observando el interior. El techo tenía las cañerías al descubierto y el papel de las paredes estaba lleno de manchas. Hojas de periódicos viejos cubrían el suelo. Las sábanas estaban amarillentas y rasgadas, como si allí viviera algún animal, que durmiera, comiera y orinara en el papel del suelo. El olor a polvo y a aire estancado me mareó. Cuando la mujer se dio cuenta de que no la había seguido al interior, se volvió hacia mí y se encogió de hombros.

—Percibo por tu ropa que estás acostumbrada a algo mejor. Sin embargo, esto es lo mejor que puedo ofrecerte.

Me sonrojé y entré en el apartamento, avergonzada de mi propio esnobismo. En mitad de la habitación había un sofá raído, cuyo relleno sobresalía por las costuras. La mujer lo limpió con la mano y echó una manta que exhalaba un olor rancio sobre los cojines.

—Por favor, siéntate —me dijo.

Hacía aún más calor en el apartamento que en la calle. Las ventanas manchadas de barro estaban cerradas, pero podía oír los pasos de los transeúntes y los timbres de las bicicletas que pasaban por la calle. La mujer llenó un hervidor y encendió el hornillo. Éste contribuyó a calentar el ambiente aún más, y, cuando vi que la anciana no miraba, me llevé mi pañuelo a la nariz para tratar de aliviarme con el aroma fresco y perfumado de la tela. Paseé la mirada por el apartamento, preguntándome si tendría un cuarto de baño. Me costaba entender cómo ella podía parecer tan limpia residiendo en un mugriento apartamento como aquél.

—Hay tantas y tantas personas sufriendo —susurró la anciana—. Todo el mundo ha perdido a alguien: padres, maridos, hermanas, hermanos, hijos... Yo trato de ayudar, pero hay demasiados.

El agua rompió a hervir, y la mujer la vertió en una descascarillada tetera, colocándola, junto con dos tazas, en la mesa frente a mí.

—¿Me has traído algo de ella? —inquirió, inclinándose hacia delante y acariciándome la rodilla.

Saqué el pañuelo del bolsillo y lo desdoblé, colocando su contenido en la mesa. La anciana fijó la mirada en el collar. Lo cogió y lo balanceó frente a su cara, cautivada con sólo mirarlo.

—Es jade —declaró.

—Sí. Y oro.

Ahucó la otra mano y dejó caer el collar en ella, sopesándolo en la palma.

—Es precioso —confesó—. Y muy antiguo. No se encuentra joyería como ésta hoy en día.

—Es precioso —asentí, y, de repente, recordé a mi padre diciendo lo mismo. Me vino un recuerdo a la cabeza. Yo tenía tres años y mis padres y yo estábamos celebrando las Navidades con unos de sus amigos de la ciudad. Mi padre nos llamó:

—¡Lina! ¡Anyá! ¡Venid rápido! ¡Mirad qué árbol tan magnífico!

Mi madre y yo entramos corriendo en la habitación y lo encontramos de pie, junto al gigante abeto, cuyas ramas estaban decoradas con manzanas, nueces y caramelos. Mi madre me tomó en brazos. Con mis deditos, pegajosos de pastel de jengibre, jugueteé con el collar, que mi madre lucía en su esbelto cuello.

—Le gusta tu collar, Lina —comentó mi padre—. Te queda estupendamente.

Mi madre, que llevaba un vestido blanco de encaje y muérdago adornándole el cabello, me pasó a los hombros de mi padre para que pudiera tocar la figura de cristal

que representaba a la reina de las nieves situada en lo más alto del árbol.

—Cuando sea lo suficientemente mayor, se lo daré a ella —le contestó mi madre—. Para que pueda acordarse de ti y de mí.

Me volví hacia la anciana.

—¿Dónde está mi madre? —le pregunté.

La mujer presionó el collar dentro del puño. Tardó un rato en contestar.

—A tu madre la alejaron de ti durante la guerra. Pero está a salvo. Sabe cómo sobrevivir.

Un espasmo me atenazó los hombros y los brazos. Me llevé las manos al rostro. De alguna manera, percibí que lo que me había dicho era cierto. Mi madre aún seguía viva.

La mujer se hundió un poco más en el asiento, apretándose el collar contra el pecho. Los globos oculares le giraban bajo los párpados, como si estuviera soñando, y su pecho subía y bajaba.

—Está buscándote en Harbin, pero no te encuentra.

Me enderecé rápidamente.

—¿Harbin?

De repente, las mejillas de la mujer se hundieron, y los ojos se le salieron de las órbitas a causa de un espasmo de tos que hizo vibrar su frágil cuerpo. Se llevó una mano a la boca y pude ver la flema sanguinolenta resbalándole por la muñeca. Rápidamente le serví un poco té y se lo di, pero lo rechazó.

—¡Agua! —jadeó—. ¡Agua!

Corrí hacia el fregadero y abrí el grifo. Una explosión de agua de color pardo me cayó sobre el vestido y por el suelo. Cerré un poco el grifo y dejé correr el agua, mientras vigilaba nerviosamente a la mujer. Estaba en el suelo, apretándose el pecho y resollando.

—¿No debería hervir el agua? —le pregunté mientras le acercaba el vaso a los labios temblorosos. Su rostro estaba ensombrecido por una horrible tonalidad grisácea, pero tras un par de sorbos, se le calmaron las convulsiones y la sangre le volvió a colorear las mejillas.

—Toma un poco de té —me indicó, entre dos tragos—. Lo siento, es el polvo. Mantengo las ventanas cerradas, pero aun así, entra desde la calle.

Aún me temblaban las manos cuando serví el té. Estaba tibio y sabía a hierro, pero me tomé un par de sorbos por educación. Me preguntaba si la mujer tendría tuberculosis, que abundaba en aquella zona de la ciudad. Serguéi se enfurecería si se enteraba de que había estado allí. Me tomé otro sorbo de aquel nauseabundo té y volví a colocar la taza en la mesa.

—Por favor, continúe —le pedí—. Dígame algo más sobre mi madre.

—Ya he tenido suficiente por un día —me contestó—. Estoy enferma.

Pero ya no tenía aspecto de estar enferma. Estaba estudiándome. Esperando.

Me rebusqué en el vestido, saqué los billetes que me había escondido en las

enaguas y los puse sobre la mesa.

—¡Por favor! —supliqué.

Dirigió sus ojos hacia mis manos. Pude notar como los dedos empezaban a temblarme. Sentí los brazos tan pesados que no podía levantarlos.

—Tu madre —continuó la anciana— ha vuelto a Harbin en tu busca. Pero los rusos han huido de allí, y no sabe dónde estás ahora.

Tragué saliva. Sentía la garganta tensa y me costaba respirar. Traté de ponerme en pie, para poder abrir la puerta y poder respirar un poco de aire, pero mis piernas no querían moverse.

—Pero los comunistas... la matarán... —comencé. Las manos me temblaron, se me contrajo la garganta—. ¿Cómo pudo salir de Rusia? Los soviéticos vigilan la frontera.

Las facciones de la mujer se me volvieron borrosas.

—Es imposible —acerté a decir.

—No es imposible —contestó la anciana, poniéndose en pie. Y añadió amenazante—. Tu madre es como tú. Impulsiva y decidida.

Se me revolvió el estómago. Me ardía febrilmente el rostro. Me volví a desplomar en la silla, con el techo dándome vueltas.

—¿Cómo sabes todas esas cosas sobre mi madre? —le pregunté.

La mujer lanzó una carcajada que me estremeció.

—Yo veo, escucho conversaciones, adivino —me contestó—. Además, todas las pelirrojas tienen mucha fuerza de voluntad.

Un pinchazo en el costado me produjo un dolor agudo como una patada. Miré la taza de té y lo entendí todo.

—Mi madre no es pelirroja —fue lo último que llegué a decir.

La mujer sostuvo el collar sobre mi cabeza. No hice ningún intento de cogerlo. Sabía que estaba perdido. Oí como se abría la puerta, y una voz de hombre llamando. Después no vi nada más. Sólo negrura.

Las voces de unos hombres me devolvieron la consciencia. Estaban discutiendo. Sus gritos me hicieron pitar los oídos. La luz me quemó los ojos y noté dolor en el pecho. Tenía algo apoyado sobre el estómago. Traté de fijar la vista y vi que era mi propia mano. La piel del dorso estaba arañada y magullada, y las uñas estaban rotas y llenas de suciedad. Tenía los dedos entumecidos y cuando traté de moverlos, no pude. Algo duro me atenazaba la pierna. Intenté sentarme, pero la cabeza me dio vueltas y tuve que volver a tumbarme.

—No sé quién es —dijo uno de los hombres en un inglés incorrecto—. Entró en mi cafetería sin más. Sé que es de buena familia, porque normalmente va muy bien vestida.

—¿Así que ya la había visto antes? —le preguntó el otro hombre. Tenía un ligero acento indio.

—Ha entrado en mi cafetería dos veces. Nunca dijo cómo se llamaba. Siempre

preguntaba sobre Rusia.

—Es muy bonita. Quizás le parecía atractiva.

—¡No!

Tras otro intento, logré sentarme y balancear los pies hacia el suelo. La sangre se me subió a la cabeza y me entraron náuseas. Cuando se me pasó la ceguera, logré enfocar los barrotes y me di cuenta de que estaba en la celda de una cárcel. La puerta estaba abierta, y yo estaba sentada en un banco fijado a la pared. Había un lavabo y un cubo en una esquina. Las paredes de cemento estaban cubiertas de pintadas en todos los idiomas imaginables. Me miré los pies. Igual que las manos, estaban cubiertos de mugre y llenos de arañazos. Me recorrió un escalofrío y me di cuenta de que sólo llevaba puestas las enaguas. A través de la tela, noté que tampoco llevaba puesta la ropa interior. Recordé al hombre del vestíbulo. Sus ojos ausentes, las cicatrices de sus manos. Debió de ser el cómplice de la anciana. Me eché a llorar, abriendo las rodillas y palpándome entre las piernas en busca de señales de algún daño. Pero no había nada. Entonces me acordé del collar y lloré aún más fuerte.

El policía se apresuró a entrar en la celda. Era joven, con una piel suave y dorada como la miel. Llevaba un complicado uniforme con galones en los hombros y el pelo recogido en un turbante. Se alisó la chaqueta antes de arrodillarse para hablar conmigo.

—¿Tienes a alguien a quien puedas llamar? —me preguntó—. Me temo que te han robado.

Serguéi y Dimitri llegaron a la comisaría poco después. Serguéi estaba tan pálido que podía verle las venas bajo la piel. Dimitri tuvo que sujetarlo por el brazo.

Serguéi me entregó un vestido y un par de zapatos que me había traído de casa.

—Espero que esta ropa esté bien, Anya —me dijo, con su voz tensa por la preocupación—. Fue Mei Lin la que fue a buscarla por mí.

Me aseé en el lavabo con una áspera pastilla de jabón.

—El collar de mi madre... —logré exhalar, mientras se me cerraban las vías respiratorias por la aflicción. Quería morirme. Tirarme al fregadero e irme por el desagüe. Hacerme invisible para siempre.

Eran las dos de la mañana cuando llevé al policía, a Dimitri y a Serguéi de vuelta al decrepito bloque de apartamentos. Parecía aún más siniestro a la luz de la luna, con sus muros agrietados resaltando en el cielo nocturno. En el patio, aguardaban las prostitutas y los traficantes de opio, que desaparecieron como cucarachas en las sombras y las grietas en cuanto vieron aparecer a un policía.

—¡Oh! ¡Dios mío! Perdóname, Anya —exclamó Serguéi, mientras me ponía un brazo sobre los hombros—, por no dejarte hablar sobre tu madre.

Me sentí desorientada en el tenebroso vestíbulo, dudando frente a cada apartamento: no estaba segura de cuál era el correcto. Cerré los ojos y traté de

recordar cómo era el vestíbulo a la luz del atardecer. Me giré hacia una puerta que quedaba detrás de mí, era la única que tenía una rejilla. El policía y Serguéi se miraron.

—¿Es ésta? —preguntó el policía.

Podía oír que alguien se movía en el interior. Miré a Dimitri, pero él apartó la mirada, apretando firmemente las mandíbulas. Unos meses antes, me habría emocionado al volver a verle, pero ahora me preguntaba por qué habría venido.

El policía llamó a la puerta. Los susurros se detuvieron y nadie contestó. Volvió a hacerlo, y luego la aporreó con el puño. No estaba cerrada, así que se abrió, girando sobre sus goznes. La vivienda estaba a oscuras y no se oía ni un ruido. Unos pálidos rayos de luz provenientes de las farolas de la calle se filtraban por las minúsculas ventanas.

—¿Quién anda ahí? —apremió el policía—. ¡Salgan!

Una sombra se deslizó por la habitación. El policía encendió la luz de un chasquido. Todos nos sobresaltamos cuando la vimos. Mostraba un rostro espantado, como el de un animal salvaje. Reconocí sus ojos dementes, y la tiara a la que le faltaban varias cuentas colgándole ladeada de la cabeza. La mujer gritó como si estuviera sufriendo un dolor incontenible y se acurrucó en una esquina, tapándose los oídos con las manos.

—*Dusha-dushi* —susurró—. *Dusha-dushi*.

El policía se le abalanzó encima y la hizo caer al suelo. Luego, se restregó las manos en los pantalones con repugnancia.

—La conozco de la cafetería —dije yo—. Es inofensiva.

—¡Shh! ¡Shh! —chistó la mujer, llevándose los dedos a los labios y gateando hacia mí—. Han estado aquí —dijo—. Han venido de nuevo.

—¿Quién? —le pregunté.

La mujer me sonrió. Tenía los dientes amarillentos y picados.

—Vienen cuando no estoy en casa —respondió—. Vienen y dejan cosas aquí para mí.

Serguéi se adelantó y ayudó a la mujer a sentarse en una silla.

—Señora, por favor, díganos quién ha estado en su apartamento —le preguntó—. Se ha cometido un delito.

—El zar y la zarina —respondió ella, recogiendo una de las tazas de la mesa y enseñándosela—. Mire.

—Me temo que lo más probable es que no encontremos el collar —declaró el policía, abriéndonos las puertas del coche—. Seguramente, esos ladrones lo habrán destrozado y habrán vendido las piedras y la cadena por separado. Te han espiado y también a esa mujer de la cafetería. No volverán a esta parte de la ciudad durante algún tiempo.

Serguéi le metió un fajo de billetes en el bolsillo.

—Inténtelo —le dijo— y habrá una recompensa aún mayor esperándole.

El policía asintió y se acarició el bolsillo.

—Veré lo que puedo hacer.

A la mañana siguiente, abrí los ojos y noté la luz del sol danzando sobre mí a través de las cortinas correderas. Había un cuenco de gardenias en la mesilla de noche. Recordé que yo misma las había puesto allí hacía unos días. Contemplé las flores y experimenté un destello de optimismo: pensé que había estado soñando y que ninguno de los sucesos del día anterior había ocurrido en realidad. Por un momento, creí que si me deslizaba fuera de la cama y abría el primer cajón del tocador, encontraría allí el collar, a salvo en su estuche, donde había estado desde que llegué a Shanghái. Pero entonces, me miré la pierna que asomaba por debajo de las arrugadas sábanas. Unos arañazos morados la cruzaban como grietas en un jarrón de porcelana. Al verlas, la realidad se me echó encima. Me apreté los ojos con los puños, tratando de bloquear las imágenes que surgían en mi cabeza para atormentarme: el soldado soviético, el apartamento en ruinas que apestaba a heces y polvo, el collar colgando de la mano de la gitana momentos antes de que lo perdiera para siempre...

Mei Lin vino a descorrer las cortinas. Le pedí que las dejara como estaban. No me parecía que tuviera sentido levantarme y enfrentarme a la jornada. No podía imaginarme yendo a la escuela, con las monjas mirándome con semblantes inexpresivos y pálidos, preguntando por qué no había asistido a clase el día anterior.

Mei Lin colocó la bandeja de mi desayuno en la mesa auxiliar y levantó la tapa antes de escabullirse como un ladrón. No tenía apetito, solamente un dolor en la boca del estómago. A través de la ventana, el débil sonido del *Un bel di de Madame Butterfly* se mezclaba con un anillo de humo de opio. Darme cuenta de que Serguéi estaba tomando su dosis más temprano de lo normal no contribuyó a subirme la moral. Era por mi culpa. Había venido a buscarme muy tarde ayer. Envuelto en la sombra, con el entrecejo oscuro y una mirada de angustia, parecía un santo atormentado.

—Estás muy caliente —me había dicho, poniéndome la mano en la frente—. Me preocupa que la droga que la vieja te dio se esté convirtiendo en veneno.

Yo le estaba haciendo revivir su pesadilla. Le aterrorizaba la idea de que pudiera morirme inadvertidamente. La primera esposa de Serguéi, Marina, contrajo el tifus durante la epidemia de 1914. Él guardó la cabecera de su cama noche y día durante la peor parte de la enfermedad. Su piel quemaba como el fuego, el pulso le latía erráticamente y sus ojos se nublaban con la sombra de la muerte. Él llamó a los mejores médicos para salvarla con alimentaciones forzadas, baños fríos, infusión de fluidos y medicinas misteriosas. Lograron acabar con la infección principal, pero murió dos semanas más tarde de una hemorragia interna generalizada. Fue durante la sola noche en que Serguéi no estaba junto a ella. Únicamente la había dejado a solas porque los médicos y sus asistentes le habían asegurado que se estaba recuperando, y

le recomendaron que durmiera por una noche en una verdadera cama.

Serguéi quería llamar al médico para que viniese a reconocirme, pero apreté su mano temblorosa y la sostuve contra mi mejilla. Cayó de rodillas y apoyó la barbilla en los codos, en el lateral de la cama. Un hombre enorme, como un oso, arrodillándose como un niño rezando.

Debí de quedarme dormida poco después, porque aquello era lo último que recordaba. Incluso en mi desgracia, sabía que era afortunada de tener a Serguéi a mi lado. Y me aterrorizaba el que yo pudiera también perderle a él, sin previo aviso, tal y como había perdido a mi madre y a mi padre.

Más tarde, cuando Amelia se había marchado a las carreras y Serguéi estaba durmiendo su dosis de opio, Mei Lin me trajo una nota en una bandeja de plata.

«Baja, deseo hablar contigo y no me permiten subir a tu habitación. Dimitri».

Salté de la cama, me alisé el cabello y rápidamente cogí un vestido limpio del armario. Bajé las escaleras de dos en dos y me asomé por la balaustrada cuando llegué al rellano. Dimitri me esperaba en el recibidor, y había apoyado el sombrero y la chaqueta junto a él. Paseaba la mirada por la habitación y tamborileaba con el pie en el suelo. Agarraba algo firmemente en el puño cerrado. Tragué aire y me recompuse, tratando de parecer tan agraciada como Francine, sin nada de mi anterior yo infantil.

Cuando entré en la habitación, se levantó y me sonrió. Tenía ojeras y las mejillas hinchadas, como si hubiera dormido mal.

—Anyá —me dijo, abriendo la mano y entregándome una bolsita de terciopelo—. Esto es lo único que he podido recuperar.

Abrí el cordel de la bolsita y me vacié el contenido en la mano. Tres piedras verdes y parte de la cadena de oro. Toqué con la punta de los dedos los restos del collar de mi madre. Las piedras estaban rayadas. Habían sido arrancadas descuidadamente de la cadena, sin tener en cuenta su valor real. Al ver las joyas, me acordé de la noche que trajeron a casa el cuerpo destrozado de mi padre después del accidente. Nos devolvieron a mi padre, pero ya no era el mismo. Los hombres habían traído sólo lo que quedaba de él.

—Gracias —le dije, tratando de componer una sonrisa valiente.

El policía nos había dicho que iba a ser imposible encontrar el collar. Temía preguntarle a Dimitri cómo había conseguido aquellos restos. Qué métodos había utilizado. Intuía que, al igual que Serguéi, Dimitri se movía a veces en un mundo oscuro y siniestro. Un lugar que nada tenía ver con el joven atractivo y culto que estaba ante mí. Un mundo que nunca se entrometería entre nosotros.

—Ha sido muy amable por tu parte —le dije—. Pero yo he sido una estúpida. Sabía que la anciana me mentiría. Lo que no esperaba era que fuera a robarme.

Dimitri avanzó hasta la ventana y contempló el jardín.

—Supongo que no has recibido una educación adecuada para un lugar como Shanghái. Los rusos con los que tú te has criado eran... refinados. Yo crecí entre

rusos de la peor especie, y sé que esa gente es pura escoria.

Le estudié durante un momento, su erguida espalda y sus anchos hombros. Estaba abrumada por lo atractivo que era, aunque la oscuridad que lo envolvía todavía era un misterio para mí.

—Debes de pensar que soy una niña boba y malcriada —le dije.

Se giró con una mirada sorprendida en los ojos.

—Lo que creo es que eres muy hermosa y muy inteligente. Nunca había conocido a nadie como tú... Eres como el personaje de un libro... Como una princesa.

Deslicé los restos del collar de mi madre de vuelta a la bolsita.

—Eso no era lo que pensaste la tarde que nos encontramos en el jardín. El día que estabas con Marie y Francine —le contesté—. Pensaste que no era más que una estúpida colegiala.

—¡En absoluto! —protestó Dimitri, mirándome sinceramente alarmado—. Pensé que Amelia se estaba comportando de una forma muy grosera... y sentí envidia.

—¿Envidia? ¿De qué?

—Me hubiera encantado ir a un colegio elegante. Haber estudiado francés y arte.

—¡Oh! —exclamé, observándole con asombro. Me había pasado meses pensando que me despreciaba.

Se abrió la puerta del recibidor y Mei Lin apareció en la habitación. Cuando vio a Dimitri, se quedó inmóvil y retrocedió, agarrándose tímidamente al brazo del sofá. La semana anterior, había perdido los dos incisivos y ceceaba cuando hablaba.

—El señor Serguéi pregunta si le gustaría tomar el té ahora —dijo en un ruso muy educado.

Dimitri emitió una carcajada y se golpeó la rodilla.

—Seguro que ha aprendido eso de ti —dijo—. Parece una aristócrata.

—¿Te gustaría quedarte a tomar el té? —le pregunté—. A Serguéi le encantará verte.

—Por desgracia, no puedo —respondió, recogiendo el sombrero y el abrigo—. Estoy haciendo audiciones para encontrar una nueva banda de *jazz* para el club.

—¿Y tú eres el que preferiría estudiar francés y arte?

Dimitri se volvió a reír, y el sonido de su risa me produjo una oleada cálida.

—Un día —me dijo—, Serguéi cederá y te traerá al club.

En el exterior, el aire era fresco y el sol brillaba. Aquella mañana, me había levantado deprimida, pero Dimitri había conseguido animarme. El jardín rebosante de sonidos, olores y colores parecía cobrar vida. Las palomas zureaban y una profusión de ásteres morados crecía en los rebordes del camino. Percibía el olor acre del musgo que moteaba la fuente y las partes de muro que estaban en sombra. Sentí el impulso de entrelazar mi brazo con el de Dimitri y corretear con él hasta la verja, pero me contuve.

Dimitri volvió la mirada hacia la casa.

—¿Te encuentras bien aquí, Anya? —inquirió—. Debes de sentirte sola.

—Ahora ya estoy acostumbrada —le contesté—. Tengo la biblioteca. Y unas cuantas amigas en la escuela.

Se detuvo y le dio una patada a la gravilla del sendero, mientras fruncía el ceño.

—Yo no tengo mucho tiempo a causa del club —me dijo—, pero quizás podría visitarte, si quieres. ¿Qué te parece si viniera un par de horas todos los miércoles por la tarde?

—Sí —le contesté, palmoteando—. Me encantaría.

La anciana doncella nos abrió el pestillo de la verja. Me daba miedo mirarla a los ojos. Me preguntaba si habría oído lo que había ocurrido con el collar y si me despreciaría aún más por ello. Pero presentaba su habitual semblante adusto y silencioso.

—¿Qué haremos entonces el próximo miércoles? —preguntó, mientras silbaba, pidiendo un rickshaw—. ¿Quieres jugar al tenis?

—No, ya hago suficientes cosas de ese estilo en la escuela —respondí. Me imaginaba una de sus manos entre mis omóplatos, la otra entrelazando sus dedos con los míos, mientras nuestras mejillas se mantenían unidas. Me mordí el labio y estudié a Dimitri, en busca de alguna señal que demostrara que él sentía lo mismo. Pero su rostro era como una máscara. Vacilé un momento antes de decirle entusiasmadamente:

—Quiero que me enseñes a bailar aquello que bailabas con Marie y Francine. —Dimitri dio un paso atrás, sorprendido. Noté que me sonrojaba, pero no me iba a echar atrás ahora—. El tango —añadí.

Se echó a reír, echando la cabeza hacia atrás, por lo que pude ver su blanca dentadura.

—Ése es un baile muy atrevido, Anya. Creo que antes debería pedirle permiso a Serguéi.

—He oído que él mismo era un excelente bailarín hace tiempo —contesté, con la voz acartonándoseme por los nervios. A pesar de que Dimitri había dicho que me consideraba hermosa e inteligente, podía comprobar que seguía pensando que yo era una cría—. Quizás podemos pedirle a Serguéi que nos enseñe.

—Quizás —volvió a reírse Dimitri de nuevo—. Aunque está siendo muy correcto contigo. Estoy seguro de que insistirá en enseñarnos el vals vienés.

El porteador de un rickshaw con pantalones cortos y una camisa raída se acercó a la verja. Dimitri le dio la dirección del club. Le contemplé mientras se encaramaba al asiento.

—Anya —me llamó. Miré hacia arriba y vi que estaba inclinado hacia mí. Esperaba que fuera a besarme, por lo que le ofrecí la mejilla. Pero me colocó la mano en el oído y me susurró:

—Anya, quiero que sepas que lo comprendo. Yo también perdí a mi madre cuando tenía tu edad.

El latido de mi corazón resonaba tan fuerte dentro del pecho que apenas logré

oírle.

Le indicó al porteador que iniciara la marcha y el rickshaw se alejó por la calle. Justo antes de que doblara la esquina, Dimitri se volvió y me saludó con la mano.

—¡Hasta el próximo miércoles! —gritó.

Me hormigueaba la piel. Me sentía tan febril que pensé que se me estaban derritiendo los huesos. Miré a mis espaldas y percibí a la anciana doncella observándome, mientras sujetaba con su huesuda mano la verja. Corrí hacia el jardín y al interior de la casa pasando a su lado: una orquesta china resonaba en mi interior al ritmo de mis sentimientos.

4

EL MOSCÚ-SHANGHÁI

El invierno en Shanghái no era tan frío como el de Harbin, pero también era menos hermoso. No había ninguna capa de nieve que recubriera los edificios y las calles, ni estalactitas que adornaran los aleros como si fueran de cristal, ni un refugio silencioso del mundanal ruido. En su lugar, el cielo se teñía de un perenne color gris; una procesión interminable de seres desaliñados con cara de necesidad recorría las sucias calles, y el aire estaba tan húmedo y cargado de aguanieve que una sola inhalación me producía escalofríos y melancolía.

El jardín en invierno tenía un aspecto espantoso. Los parterres se convertían en enlodadas parcelas baldías en las que apenas lograban asomar las hierbas más resistentes. Rodeé el árbol de gardenias con una malla y le coloqué una cubierta. El resto de los árboles, corroídos por la escarcha, exhibían su desnudez sin hojas ni nieve, y proyectaban amenazadoras sombras sobre mis ventanas por la noche, como esqueletos levantándose de sus tumbas. El viento aullaba entre sus ramas, hacía temblar los cristales y crujir las vigas del techo. Muchas noches, me quedaba tumbada y despierta durante horas, llorando por mi madre e imaginándome que ella estaría a la intemperie, en algún lugar bajo la tempestad, hambrienta y temblando.

No obstante, mientras las flores y las plantas todavía hibernaban, mi cuerpo crecía rápidamente. En primer lugar, las piernas se me alargaron, prácticamente alcanzando el extremo final de la cama, por lo que supe que iba a ser alta, como mis padres. La cintura se me afinó, mientras que las caderas se me ensancharon y mis infantiles pecas se atenuaron bajo una piel de color marfil. Después, para mi regocijo, comenzaron a crecerme unos tímidos senos. Observaba con interés cómo se expandían, presionando contra mi jersey como brotes primaverales. Mi cabello mantuvo su color rubio rojizo, pero las pestañas y las cejas se me oscurecieron y mi voz se volvió más adulta. Parecía que lo único que permanecía igual, aparte de mi pelo, eran mis ojos azules. Los cambios acontecieron tan rápidamente que no pude evitar pensar que mi crecimiento había estado conteniéndose, como un río bloqueado por un tronco, y que algo había ocurrido en Shanghái que había retirado el obstáculo,

desencadenando una riada de sorprendentes novedades.

Me pasaba horas posando desde el borde de la bañera, contemplando en el espejo a la extraña en la que me estaba convirtiendo. Los cambios en mi ser me alborozaban y deprimían a partes iguales. Cada progreso hacia la madurez era un paso que me acercaba a Dimitri y otro que me alejaba de la niña que había sido para mi madre. Ya no era la hija pequeña a la que había cantado canciones sobre champiñones, o a quien le había producido un moratón en la manita al apretársela con fuerza; por no querer separarse de ella. Me preguntaba si mi madre lograría reconocerme.

Dimitri fue fiel a su promesa y me visitaba cada miércoles. Corrimos los sofás y las sillas a los extremos del salón de baile y le rogamos a Serguéi que nos enseñara a bailar. Tal y como Dimitri había predicho, Serguéi insistió en enseñarnos el vals vienés. Bajo la severa mirada de los retratos que colgaban en las paredes, Dimitri y yo girábamos y nos deslizábamos, perfeccionando nuestros movimientos. Serguéi era un profesor exigente y nos detenía con frecuencia para corregir nuestro juego de pies o la posición de los brazos y las cabezas. Pero yo me sentía feliz por encima de mis propias expectativas. ¿Qué importaba el estilo de baile o el tipo de música, mientras pudiera bailar con Dimitri? Cuando estaba con él, aquellas pocas horas a la semana, lograba olvidar la tristeza. Al principio, me preocupaba que Dimitri únicamente me visitara porque sintiera lástima por mí, o porque Serguéi le hubiera instado en secreto a hacerlo. Sin embargo, le observaba como un gato a un ratón, en busca de la más mínima señal de interés: finalmente acabé por encontrar varias. Nunca llegaba tarde a nuestras clases y parecía decepcionado cuando se terminaban, demorándose en el vestíbulo más tiempo del necesario para recoger el abrigo y el paraguas. A menudo, cuando creía que yo no le miraba, le sorprendía observándome. Yo me giraba rápidamente y él apartaba la mirada, simulando que se interesaba por otra cosa.

Para la época en la que rebrotaban los primeros narcisos y los pájaros volvían al jardín, tuve mi primera menstruación. Le rogué a Luba que le pidiera a Serguéi que me dejara ir al Moscú-Shanghái. Ya era una mujer. La respuesta me llegó en una tarjeta plateada, que llevaba pegada una ramita de jazmín:

Aguarda a tu decimoquinto cumpleaños. Necesitas más experiencia como mujer.

No obstante, Serguéi le dijo a Dimitri que nos enseñaría a bailar boleros. Yo anhelaba bailar el tango y, como nunca había oído hablar del bolero, me sentí decepcionada.

—No, este baile es mucho más simbólico —me aseguró Dimitri—. Serguéi y Marina bailaron un bolero el día que se casaron. No nos lo enseñaría si pensara que no nos lo tomamos en serio.

La semana siguiente, Serguéi atenuó las luces del salón de baile. Colocó la aguja del tocadiscos y nos situó a Dimitri y a mí de modo que estuviéramos el uno frente al otro; yo me puse ligeramente hacia la derecha y tan cerca de él que notaba los

botones de su camisa apretados contra mi pecho. Podía sentir el pulso de Dimitri y el latido de su corazón contra mis costillas. La luz ambarina le daba un aspecto demoníaco al rostro de Serguéi, y nuestras sombras se deformaban en siluetas grotescas moviéndose por las paredes. La música fluía con un implacable ritmo de marcha, marcado por la percusión de los tambores. Después, la flauta, hipnótica como la de un encantador de serpientes, comenzaba una melodía. Las audaces trompetas y las apasionadas trompas se unían al frenesí. Serguéi comenzó a bailar, enseñándonos los pasos sin pronunciar ninguna palabra. Dimitri y yo le seguíamos, manteniendo el ritmo del sonido metálico de los platillos, bajando y subiendo, dando un paso al frente y después meciéndonos lentamente hacia atrás, balanceando nuestras caderas en la dirección opuesta a la de los pies. La música me embargó y me arrastró como un remolino hacia un misterioso mundo subterráneo. Por un momento, me imaginé que Dimitri y yo éramos el rey y la reina de España presidiendo nuestra corte; al momento siguiente montábamos a caballo por las extensas planicies castellanas en compañía de Don Quijote; sin embargo, inmediatamente después, pasábamos a ser un emperador romano y su emperatriz, desfilando en una cuadriga ante nuestros súbditos. Aquel baile era una fantasía, la experiencia más erótica de mi vida. Serguéi se movía dando zancadas a nuestro alrededor, con los brazos flotando sobre su cabeza, pero con un movimiento de pies claramente varonil. Dimitri y yo casi nos tocábamos, deteniéndonos imperceptiblemente y al momento siguiente, nos separábamos. La melodía de la música se repetía una y otra vez, abocándonos a los brazos del otro para después separarnos, impulsándonos hacia delante, seduciéndonos, atrayéndonos hacia el clímax.

Cuando Serguéi indicó una pausa, a Dimitri y a mí nos faltaba la respiración. Nos aferramos el uno al otro, temblando. Serguéi era un mago que nos había transportado de ida y vuelta a los infiernos. Yo estaba ardiendo por la fiebre, pero no podía hacer que mis piernas se movieran al otro lado de la habitación para sentarme.

La aguja chasqueó en el tocadiscos y Serguéi encendió las luces. Me sobresalté al ver a Amelia, con un cigarrillo colgando de la punta de los dedos y su elegante cabello negro, como una estola de visón, resaltándole el rostro. Al verla, me estremecí. Hizo un anillo de humo, contemplándome como si fuera un general del ejército calibrando el tamaño y la naturaleza del enemigo. Deseé que dejara de mirarme. Estaba arruinando el entusiasmo que había sentido al acabar el bolero. Debí de leerme el pensamiento, porque dejó escapar una risita, se dio media vuelta y se marchó.

Apenas había creído la promesa de que Serguéi me llevaría al Moscú-Shanghái tras mi decimoquinto cumpleaños, pero un día en agosto del año siguiente, emergió de su estudio y anunció que, por fin, podría ir al club aquella noche. Amelia sacó el vestido color verde esmeralda que la señora Woo me había confeccionado, pero casi no podía

metérmelo por la cabeza, de lo mucho que había crecido. Serguéi llamó a una costurera para que hiciera un reajuste de urgencia. Cuando se fue, Mei Lin vino a peinarme. Amelia entró detrás de ella, balanceando un hermoso estuche entre sus manos. Me coloreó de maquillaje las mejillas y los labios, y me aplicó perfume de almizcle en las muñecas y detrás de las orejas. Cuando acabó, se inclinó hacia atrás y sonrió, satisfecha por el resultado.

—Ya no me molestas tanto, ahora que eres adulta —me dijo—. Es a los niños llorones a quienes no soporto.

Sabía que estaba mintiendo. Todavía no podía soportarme.

Me senté entre ella y Serguéi en el coche. Pasamos por el camino del pozo de la risa como en una película muda. Había mujeres jóvenes de todas las nacionalidades junto a las puertas de los clubes nocturnos, brillando con vestidos de lentejuelas y boas de plumas. Saludaban a los transeúntes, atrayendo a los clientes con sus sonrisas. Grupos de juerguistas avanzaban dando tumbos por las concurridas aceras, chocándose en sus ebrios tambaleos con otros peatones y vendedores ambulantes, mientras que los tahúres se apiñaban en las esquinas, como insectos alrededor de las luces de neón.

—¡Ya hemos llegado! —anunció Serguéi. La puerta se abrió y un hombre vestido de cosaco me ayudó a salir del coche. Su gorro era de piel de oso y no pude resistirme a tocarlo, al tiempo que miraba boquiabierto la magnificencia que se desplegaba ante mí. Una alfombra roja recorría la amplia escalinata de piedra, bordeada a ambos lados por una cuerda trenzada de color dorado. Una cola de hombres y mujeres esperaba para entrar en el club, ostentando vestidos de noche, pieles, rasos y joyas que brillaban a la luz de las farolas de color sepia, a la vez que el aire se electrificaba con la algarabía de sus conversaciones. Al final de las escaleras, se elevaba un pórtico con gigantescas columnas neoclásicas y dos leones de mármol que guardaban la entrada. Dimitri esperaba allí. Nos sonreímos mutuamente, y él se apresuró a bajar la escalinata para recibirnos.

—Anya —me dijo, aproximando su cabeza a la mía—. A partir de ahora, siempre serás mi pareja de baile.

Dimitri inspiraba respeto, como encargado del club. Mientras nos conducía a lo largo de la alfombra roja, los clientes se apartaban por deferencia y los cosacos se inclinaban a nuestro paso. En el interior, el vestíbulo era impresionante. Las blancas paredes de mármol artificial y los espejos dorados reflejaban la luz de una enorme lámpara de araña que colgaba del techo bizantino. Los huecos de las ventanas postizas habían sido pintados con un cielo azul de nubes blancas, que simulaba un crepúsculo permanente. El vestíbulo me recordó a una fotografía que mi padre me había enseñado del palacio del zar, y entonces me acordé de que él me había hablado de pájaros enjaulados que cantaban cada vez que alguien entraba. Sin embargo, no había pájaros enjaulados en el Moscú-Shanghái, sino un grupo de mujeres jóvenes engalanadas con vestidos rusos festoneados, que se encargaban de colocar en el

guardarropa los abrigos y estolas de los clientes.

En el interior del club, el ambiente era completamente distinto. Las paredes estaban forradas de paneles de madera, y las alfombras turcas rojas rodeaban la pista de baile, que rebosaba de bailarines dando vueltas al son de la música interpretada por la banda. Entre las distinguidas parejas, los oficiales estadounidenses, británicos y franceses bailaban vales con las atractivas bailarinas del local. Otros clientes observaban desde las sillas de caoba y los sofás de terciopelo, mientras bebían sorbos de champán o *whisky* y les hacían gestos a los camareros para que les trajeran pan y caviar.

Respiré el aire lleno de humo. Exactamente igual que la tarde en la que Serguéi nos enseñó a bailar el bolero, me estaba zambullendo en un nuevo mundo. Excepto porque el Moscú-Shanghái era real.

Dimitri nos condujo escaleras arriba hacia el restaurante en la planta superior, con vistas a la pista de baile. Docenas de lámparas de gas decoraban las mesas, que estaban todas ocupadas. Un camarero cruzó apresuradamente ante nosotros con una brocheta flameante de *shashlik* ensartada en una espada, que impregnó el aire del aroma de la tierna carne de cordero, las cebollas y el coñac. Independientemente de dónde dirigiera la vista, abundaban los diamantes y las pieles, las lujosas lanas y las sedas. Banqueros y directores de hoteles discutían de negocios con gánsteres y empresarios extranjeros, mientras actores y actrices les lanzaban miradas insinuantes a diplomáticos y a oficiales de la marina.

Alexéi y Luba ya estaban sentados en el otro extremo del restaurante, con una garrafa semivacía de vino que reposaba junto al codo de Alexéi. Conversaban con dos capitanes de la marina británica y sus esposas. Los hombres se levantaron cuando llegamos, mientras sus esposas, con un rictus adusto, nos observaron a Amelia y a mí sin apenas disimular su repugnancia. Una de las mujeres contempló tan fijamente los pliegues de mi vestido que sentí un escalofrío de vergüenza.

Los camareros vestidos de esmoquin nos trajeron la comida en bandejas de plata, disponiendo un banquete de ostras, *piroshki* rellenos de calabaza dulce, *blini* con caviar, sopa de crema de espárragos y pan de centeno. Jamás podríamos terminarnos tal cantidad de comida, pero siguieron trayendo platos: pescado en salsa de vodka, pollo a la Kiev, compotas y, de postre, una tarta de chocolate y cerezas.

Uno de los capitanes, Wilson, me preguntó si me gustaba Shanghái. En realidad, no había visto demasiado, excepto la casa de Serguéi, la escuela, las tiendas de las pocas calles por las que me permitían pasear a solas, y un parque de la Concesión Francesa. Sin embargo, le dije que me encantaba. Asintió, mostrando su aprobación, y se inclinó hacia mí para susurrarme:

—La mayoría de los rusos en esta ciudad no viven como usted, señorita. Mire a esas pobres chicas ahí abajo. Probablemente, son las hijas de príncipes y nobles. Y ahora tienen que bailar y entretener a borrachos para ganarse la vida.

El otro capitán, que se llamaba Bingham, comentó que había oído que a mi madre

la habían llevado a un campo de trabajo.

—Ese loco de Stalin no estará ahí para siempre —declaró, llenándome el plato de verdura y volcando el pimentero mientras me servía—. Ya verás como habrá otra revolución antes de que se acabe el año.

—¿Quiénes son estos idiotas? —le preguntó en un murmullo Serguéi a Dimitri.

—Inversores —le contestó Dimitri—. Así que sigue sonriendo.

—No —replicó Serguéi—, tendrás que entrenar a Anya para que lo haga ella, ahora que es lo suficientemente mayor. Ella es mucho más encantadora que cualquiera de nosotros.

Cuando se sirvió el oporto después de la cena, me escabullí al tocador y reconocí las voces de las mujeres de los capitanes, que estaban hablando a través de las paredes de los cubículos del baño. Una de las mujeres le estaba diciendo a la otra:

—Esa mujer estadounidense debería avergonzarse de sí misma, en lugar de pasearse por ahí como la reina de Saba. Ha arruinado la felicidad de un buen hombre y ahora la ha tomado con ese ruso.

—Ya lo sé —contestó la otra mujer—. ¿Y quién es la chica que viene con ella?

—Ni idea —le dijo la primera—, pero me apuesto lo que quieras a que, dentro de poco, a ella también le jugará una mala pasada.

Me apoyé contra el lavabo, muerta de ganas por escuchar algo más, con la esperanza de que mis tacones no hicieran ruido contra las baldosas del suelo. ¿Quién podía ser el buen hombre al que Amelia había arruinado la vida?

—Bill puede gastarse el dinero como le plazca —comentó la primera mujer—, pero ¿qué beneficio puede sacar de asociarse con esta gentuza? Ya sabes cómo son estos rusos.

Dejé escapar una risita y ambas mujeres se callaron. Las cadenas de sus retretes sonaron al unísono, y yo me apresuré hacia la puerta.

A medianoche, la orquesta se detuvo, y una banda cubana subió al escenario. Al principio, el ritmo de los instrumentos de cuerda era suave, pero tan pronto como se les unieron los de viento y la percusión, el compás de la música cambió, y pude sentir la oleada de agitación que recorrió a los asistentes. Las parejas corrieron a la pista para bailar mambos y rumbas, mientras que los que no tenían pareja formaron una línea y comenzaron a bailar la conga. Yo estaba emocionada por la música, tan salvaje y, sin embargo, tan sofisticada. Me sorprendí a mí misma tamborileando inconscientemente el suelo con el pie y en la mesa con los dedos siguiendo el ritmo.

Luba dejó escapar una carcajada gutural. Le dio un codazo a Dimitri y me señaló.

—¡Vamos, Dimitri! Saca a Anya a bailar y muéstranos lo que Serguéi os ha estado enseñando.

Dimitri me sonrió y me tendió la mano. Le seguí hasta la pista de baile, aunque estaba aterrorizada. Bailar en el salón de baile de la casa de Serguéi era una cosa y hacerlo en la pista del Moscú-Shanghái, otra muy diferente. La desenfundada confusión de gente moviendo las caderas y balanceando las piernas era como un

frenesí salvaje. Bailaban como si el corazón se les fuera a parar si se detenían. Pero Dimitri me puso una mano en la cadera y sostuvo mis dedos entre los suyos, y entonces, me sentí segura. Juntos, nos movimos dando pasos cortos y sincopados, girando las caderas y moviendo los hombros. Al principio, nos pusimos juguetones, golpeando las rodillas y los pies contra otros bailarines, riéndonos cada vez que nos chocábamos. No obstante, un momento después, comenzamos a movernos con gracia y descubrí que me había olvidado de mi timidez.

—¿Qué tipo de música es ésta? —le pregunté a Dimitri.

—La llaman mambo y merengue. ¿Te gusta?

—Sí, me gusta mucho —le confesé—. Por favor, no dejes que paren.

Dimitri echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—¡Les diré que la toquen para ti todas las noches, Anya! Y mañana voy a llevarte a Yuyuan.

Dimitri y yo bailamos todos los bailes, el sudor nos empapaba la ropa y mi pelo se me había soltado sobre los hombros. Solamente volvimos a la mesa cuando hubo acabado el último baile. Los capitanes y sus esposas ya se habían marchado, pero Serguéi y los Mijailov se levantaron para aplaudirnos.

—¡Bravo, bravo! —gritó Serguéi.

Amelia forzó una débil sonrisa y nos lanzó unas servilletas para que nos secáramos la transpiración de la frente y el cuello.

—Ya está bien de que te pongas en ridículo, Anya.

Ignoré su desagradable comentario.

—¿Por qué no bailas tú con Serguéi? —le pregunté—. Es muy buen bailarín.

Mi pregunta era inocente, inspirada por el buen humor que me había proporcionado el baile con Dimitri. Pero Amelia se erizó como un gato. Los ojos le brillaron, pero no dijo nada. La atmósfera entre nosotras, que siempre había sido forzada, se tensó aún más. Era consciente de que acababa de cometer algún terrible error, pero no me iba a disculpar por un desaire imaginario. Nos sentamos rígidas en el coche durante todo el camino a casa, como enemigos obstinadamente enfrascados en una batalla. Serguéi hizo algunos comentarios puntuales sobre el tráfico, yo hablé solamente ruso a propósito y Amelia mantuvo la mirada fija en un punto frente a ella. No obstante, sabía que si en algún momento se desencadenara un enfrentamiento entre nosotras, yo no podría vencerla.

Al día siguiente, le dije a Serguéi que Dimitri me había pedido que saliera con él.

—Me alegra que vosotros dos os llevéis tan bien —me confesó, inclinándose hacia mí—. Es lo mejor que puedo desear. Dimitri es como un hijo para mí y tú eres como una hija.

Serguéi tenía una cita de negocios, así que se puso a buscar inmediatamente una carabina que nos acompañara en su lugar. Amelia se negó en rotundo, protestando

que no tenía la menor intención de pasar el día en compañía de dos «adolescentes que se miraban empalagosamente». Luba comentó que le hubiera encantado venir, pero que la esperaban para un almuerzo formal para damas, y Alexéi había enfermado de gripe. Así que, finalmente, me enviaron con la anciana doncella en un rickshaw. Ella se acomodó en el asiento remilgadamente, con una actitud gélida, y no contestó a mis preguntas ni me miró en ninguna de las ocasiones en las que traté de entablar conversación.

Me encontré con Dimitri en el jardín de Yuyuan, en el casco viejo de la ciudad, en una casa de té tradicional con vistas a un lago y a las montañas. Me esperaba a la sombra de un sauce y llevaba un traje de lino color crema que resaltaba el verde de sus ojos. Las paredes ocres del interior y el tejado respingón me recordaron a un cofre para el té que teníamos en nuestra casa de Harbin. Hacía un día cálido, y Dimitri sugirió que nos sentáramos en la planta superior para que nos diera un poco la brisa. Invitó a la doncella a que se sentara con nosotros, pero ella prefirió la mesa al lado de la nuestra, desde donde se quedó observando estoicamente la hermosa vista de las serpenteantes pasarelas y pabellones, aunque sospeché que estaba escuchando con muchísimo interés todo lo que decíamos.

Una camarera nos trajo té de jazmín en tazas de cerámica.

—Éste es el jardín más antiguo de la ciudad —me contó Dimitri—. Es mucho más bonito que los que hay en la Concesión Francesa. ¿Sabes que solían tener carteles que rezaban: «Prohibida la entrada a perros y chinos»?

—Es terrible ser pobre —comenté—. Pensé que había visto bastante miseria cuando los japoneses invadieron Harbin. Pero nunca conocí nada parecido a la pobreza en Shanghái.

—Aquí hay muchos rusos incluso más pobres que los chinos —respondió Dimitri, sacando del bolsillo una cajetilla de metal y extrayendo de ella un cigarrillo—. Mi padre tuvo que trabajar de chófer para una familia china acaudalada cuando llegó a Shanghái. Creo que les complacía ver a un hombre blanco en unas circunstancias tan desesperadas.

Una brisa perezosa sopló por encima de la mesa, haciendo volar las servilletas y enfriando el té. La anciana doncella se había dormido, había cerrado los ojos y apoyaba la cabeza en el cristal de la ventana. Dimitri y yo nos sonreímos abiertamente.

—Ayer por la noche —le confié—, vi a aquellas chicas rusas, a las que pagáis para que bailen con los clientes.

Dimitri me estudió durante un momento, con un semblante serio y entornando los ojos.

—¿Hablas en serio, Anya? Esas chicas ganan un buen dinero, y no se les exige que se comprometan a nada. Puede que prometan algo, coqueteen un poco, enseñen sus gracias e inciten a los clientes a que beban y gasten más de lo normal. Pero, desde luego, hay mujeres que se encuentran en circunstancias mucho peores.

Entonces se apartó de mí, y se hizo un silencio incómodo entre nosotros. Me pellizqué el brazo, sintiéndome estúpida y condescendiente cuando lo único que quería era que Dimitri me admirara.

—¿Piensas mucho en tu madre? —me preguntó.

—Continuamente —le respondí—. La tengo en la cabeza todo el tiempo.

—Lo sé —contestó, haciéndole señales a la camarera para que nos trajera más té.

—¿Crees que es cierto que vaya a haber otra revolución? —le pregunté.

—Yo no contaría con ello, Anya.

El tono frívolo de Dimitri me traspasó como una puñalada, y me estremecí. Cuando vio mi reacción, su rostro se suavizó. Miró a sus espaldas para comprobar si la doncella continuaba dormida, antes de cogerme los dedos entre sus cálidas manos.

—Mi padre y sus amigos esperaron cada día durante años a que la aristocracia se restaurara en Rusia, desperdiciando sus vidas en pos de algo que nunca ocurrió —explicó—. Rezo con toda mi alma para que liberen a tu madre, Anya. Lo único que estoy diciendo es que no debes perder el tiempo. Ahora te tienes que ocupar de ti misma.

—Amelia diría algo por el estilo —le respondí.

Soltó una carcajada.

—¿De verdad? Bueno, lo entiendo. De alguna manera, somos parecidos. Ambos hemos tenido que abrirnos camino en el mundo desde lo más bajo. Al menos, ella sabe lo que quiere y cómo conseguirlo.

—Me asusta.

Dimitri ladeó la cabeza, sorprendido.

—¿De verdad? Pues no deberías dejar que lo hiciera. Es perro ladrador, poco mordedor. Es una envidiosa, y las personas resentidas siempre son inseguras.

Dimitri nos acompañó de vuelta a casa, donde las criadas estaban encerando los muebles y limpiando las alfombras. No se veía a Amelia por ninguna parte. Serguéi acababa de llegar a casa y nos aguardaba junto a la puerta de entrada.

—Espero que hayáis pasado juntos un rato agradable en Yuyuan —nos dijo.

—Ha sido maravilloso —respondí, adelantándome para darle un beso. Tenía el rostro húmedo y la mirada vidriosa, lo cual indicaba que pronto se iría a tomar su dosis.

—Quédate con nosotros un rato —le rogó Dimitri.

—No, tengo cosas que hacer —le contestó Serguéi. Retrocedió, alejándose de nosotros, hasta alcanzar el tirador de la puerta, pero le temblaban tanto los dedos que no pudo asirlo.

—Yo te ayudo... —le dijo Dimitri, inclinándose hacia él. Serguéi le dirigió una mirada atormentada, pero tan pronto como la puerta estuvo abierta, se apresuró a entrar, prácticamente tropezando con una doncella en su huida. Miré a Dimitri a los ojos y descubrí angustia en ellos.

—Ya lo sabes, ¿no es así? —inquirí.

Dimitri se cubrió el rostro con la mano.

—Vamos a perderle, Anya, igual que cuando yo perdí a mi padre.

Mi segunda noche en el Moscú-Shanghái fue decepcionante, y mi emoción desapareció tan pronto como entré en el club. En lugar de la elegante clientela de la noche anterior, el local estaba lleno de marines y marineros afeitados a navaja. En el escenario, una banda de *swing* formada por hombres blancos tocaba a todo volumen los números de baile, y los vestidos de nailon de las chicas rusas convertían la pista de baile en un carnaval barato. Había demasiados hombres y pocas mujeres. Los que se habían quedado sin pareja de baile esperaban en corrillos junto al bar o en el restaurante, que se había convertido en una zona más donde tomar copas. Las voces de los sobreexcitados hombres eran escandalosas y estridentes. Cuando se reían o les gritaban sus pedidos a los agobiados bármanes, a menudo sus chillidos se escuchaban por encima de la música.

—Normalmente, no nos gusta verles por el club —me confió Serguéi—, y nuestros precios suelen desanimarles. Pero, después de la guerra, no está bien visto discriminarlos. Por eso, los jueves por la noche ponemos las bebidas y las entradas a mitad de precio.

El maître del restaurante nos acompañó al otro extremo de la estancia. Amelia se disculpó y se dirigió al tocador, y yo miré a mi alrededor en busca de Dimitri, preguntándome por qué no se habría reunido con nosotros. Lo localicé en el borde de la pista de baile, cerca de la escalinata que conducía al bar. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y balanceaba nerviosamente los hombros de atrás hacia delante.

—Pobre muchacho —me dijo Serguéi—. Protegería este lugar con su vida. Yo le tengo cariño al Moscú-Shanghái, pero si las llamas lo devoraran, tampoco me importaría tanto.

—Dimitri está preocupado por ti —le dije.

Serguéi hizo una mueca de dolor y cogió una servilleta, llevándosela a los labios y a la barbilla.

—Perdió a su padre cuando sólo era un muchacho. Su madre tuvo que prostituirse para ganarse el pan.

—¡Oh! —exclamé, recordando la reacción de Dimitri ante mi ignorancia sobre las bailarinas rusas. Me sonrojé, avergonzada—. ¿Cuándo ocurrió?

—Al principio de la guerra. Dimitri está acostumbrado a sobrevivir por su cuenta.

—Me contó que había perdido a su madre cuando era joven. Pero nunca le pregunté cómo había muerto, y él no me lo ha explicado en ningún momento.

Serguéi me observó, como si estuviera sopesando cuánto podía decirme.

—Un día se fue con el hombre equivocado. Un marinero —me contó, bajando la voz—. Él la mató.

—¡Oh! —exclamé, clavándole los dedos a Serguéi en el brazo—. ¡Pobre Dimitri!

Serguéi se encogió de hombros.

—Él encontró el cuerpo, Anya. Imagínate lo que eso supuso para el pobre muchacho. La marina juzgó a aquel monstruo y lo colgaron. ¿Pero de qué puede servirle eso a un chico que ha perdido a su madre?

Observé a los bailarines dando vueltas, me sentía demasiado triste para llorar y demasiado abrumada para pensar en una respuesta.

Serguéi me dio un codazo.

—Ve a decirle a Dimitri que no se preocupe —me dijo—. Otros clubes han tenido problemas, pero nunca el nuestro. Es el favorito de sus oficiales. No se atreverían a montar jaleo.

Me sentí agradecida de que Serguéi me diera una excusa para acercarme a Dimitri. La pista de baile era una orgía de miembros ardientes y retorcidos. Apenas podía abrirme paso entre los frenéticos brazos y los ruborizados rostros. Los bailarines se movían desenfrenadamente al ritmo de la música, a medida que la percusión alcanzaba el clímax. Una chica rusa bailaba con tanto vigor que uno de sus voluminosos pechos comenzó a sobresalirle por encima del pronunciado escote del vestido. Al principio, solamente el pezón carmesí se deslizó por encima del tejido, pero cuanto más frenéticamente bailaba, más cantidad de pecho se veía expuesta. Tras un enérgico salto, todo el seno rebotó por completo fuera del vestido. Ella no hizo ningún intento de cubrirse y nadie pareció darle importancia.

Alguien me dio un golpecito en la espalda.

—¡Eh, muñeca! Aquí tienes mi entrada. —Sentí la sombra de un hombre a mi espalda y el hedor a alcohol transpirando por su piel. La lujuria se destilaba de su insultante voz—. ¡Tú, encanto! Te estoy hablando a ti.

De alguna parte entre la multitud, una voz femenina gritó:

—Déjala en paz. Es la hija del jefe.

Cuando me vio dirigiéndome hacia él, Dimitri abrió los ojos de par en par. Se abalanzó hacia la multitud y me sacó a un lateral de la pista de baile.

—Les dije que no te trajeran esta noche —protestó, alzándome hasta el escalón detrás de él—. A veces me pregunto si a alguno de los dos le queda un poco de sentido común.

—Serguéi me envía para decirte que no cree que vaya a haber problemas —le dije.

—Es una noche complicada. Va a correr el alcohol. Prefiero no arriesgarme.

Dimitri le hizo un gesto a uno de los camareros y, cuando se acercó, le susurró algo al oído. Éste se marchó rápidamente y volvió unos instantes más tarde con una copa de champán.

—Toma —apremió Dimitri—. Bebe un poco de champán y luego haré que te acompañen a casa.

Le cogí la copa de la mano y tomé un sorbo.

—Mmmm, buen champán —bromeé—. Es francés, ¿verdad?

Sonrió abiertamente.

—Anyá, quiero que trabajes aquí conmigo. Pero no durante estas noches. Eres demasiado buena para esta gentuza.

Un marine chocó contra mí, casi tirándome por las escaleras. Se enderezó y me agarró con un torpe movimiento por la cintura. Sus brazos eran un enredo de tatuajes mal dibujados. Me resistí, asustada por la agresividad de sus ojos inyectados en sangre. Su mano me atrapó como un lazo, aferrándome de la muñeca. Tiró de mí hacia la pista de baile. El hombro me dio un chasquido y tiré la copa de champán, que se quebró contra el suelo quedando aplastada bajo los pies de algún cliente.

—Estás un poco flaca —comentó el marine, agarrándose a mis caderas—. Pero me gustan las mujeres delgadas.

Dimitri se colocó entre nosotros en un segundo.

—Perdone, señor —le dijo—, pero usted se confunde. Ella no es una bailarina.

—Si tiene dos piernas y una raja, sí que lo es —le contestó el marine, sonriendo y limpiándose la saliva de los labios con la punta de los dedos.

No me di cuenta de cómo Dimitri golpeó al marine, de lo rápido que sucedió. Lo único que pude ver fue al hombre cayendo de espaldas, la sangre chorreándole por la boca y la sorpresa brillando en sus ojos. Se golpeó la cabeza contra el suelo y permaneció allí tendido durante un momento, antes de conseguir incorporarse. Dimitri le puso una rodilla en el cuello y comenzó a darle puñetazos en la cara. Todo comenzó a moverse a cámara lenta. Los bailarines formaron un círculo alrededor de Dimitri y el hombre. La banda dejó de tocar, las manos de Dimitri estaban cubiertas de sangre y saliva. El rostro del marine se estaba convirtiendo en una masa informe de carne ante mis ojos.

Serguéi se abrió paso entre la multitud y trató de apartar a Dimitri.

—¿Te has vuelto loco? —le gritó.

Pero sus palabras se perdieron en la confusión reinante. Dimitri le estaba pegando al marine en las costillas. Los huesos crujieron por la fuerza de los golpes. El hombre se giró por el dolor, y Dimitri le pisoteó la ingle.

Tres marines con cuellos de toro y puños cuadrados acudieron a rescatar a su compañero. Uno de ellos levantó al hombre ensangrentado por las mangas de la camisa y le arrastró por el suelo para sacarlo de allí. Los otros dos agarraron a Dimitri y le derribaron. En ese momento, el pánico se extendió entre la muchedumbre. Todo el mundo estaba convencido de que iban a presenciar un asesinato. Los marineros británicos, franceses e italianos comenzaron a gritarles insultos a los marines. Por su parte, los marines les contestaron. Algunos de ellos trataron de calmar a sus compañeros, pidiéndoles que no deshonraran a su país, mientras que otros jaleaban a los violentos. Comenzaron a propinarse puñetazos por doquier, y las peleas se expandieron como el fuego por todo el local. Los clientes habituales se apresuraron a recoger sus pertenencias y a correr hacia las salidas, tratando de abrirse camino entre la turba enloquecida que deseaba salir. Las bailarinas rusas huyeron a guarecerse en

el tocador, mientras que los chefs y los camareros corrían de un lado para otro protegiendo los valiosos jarrones y estatuas. Debió de correrse la voz en la calle de lo que ocurría en el interior, porque, al mismo tiempo que muchos clientes huían, la estancia se estaba llenando de refuerzos. Los soldados estadounidenses peleaban contra los marines, los marines golpeaban a los marineros franceses y éstos luchaban contra los marineros británicos.

Los tres marines sujetaban firmemente la cabeza de Dimitri. La boca se le distorsionó en una mueca de agonía. Un marinero italiano y otro marine acudieron en su ayuda, pero no estaban a la altura de los fornidos marines que estaban atacando a Dimitri. Serguéi cogió una silla y la hizo pedazos contra la espalda de uno de los tres marines, dejándolo inconsciente. Animado por la ventaja, el italiano noqueó a otro, que cayó al suelo. Pero el último, el más corpulento de los tres, seguía sujetando a Dimitri, presionándole la cabeza contra el suelo y tratando de romperle el cuello. Grité y miré a mi alrededor en busca de ayuda. Localicé a Amelia en el restaurante. Tenía un cuchillo en la mano y trataba de abrirse paso por las escaleras, entre la multitud. Dimitri se estaba ahogando, de su boca se resbalaba un hilo de saliva. Serguéi golpeó al marine con sus puños de oso, sin surtir el menor efecto. La mano de Dimitri se retorció por debajo del marine, me agarró el zapato y me apretó los dedos del pie. No pude soportarlo más: me lancé contra el marine y le mordí la oreja con todas mis fuerzas. Noté un sabor a sangre y a sal recorriéndome la boca. El marine aulló y soltó a Dimitri. Me apartó de un golpe y yo escupí un trozo de carne rosácea ensangrentada. La cara del marine empalideció cuando vio la mitad de su oreja en mi regazo. Se llevó la mano a la cabeza y huyó.

—*Benissimo!* —me felicitó el marinero italiano—. Ahora vaya a lavarse la boca.

Cuando volví del baño, pude oír las sirenas y los silbatos de la policía militar en el exterior. Sus efectivos tomaron al asalto el edificio, repartiendo golpes a diestro y siniestro y aumentando el número de víctimas. Corrí al exterior para ver las ambulancias llevándose a los heridos. Parecía como si estuviéramos otra vez en tiempos de guerra.

Busqué entre el tumulto a Dimitri y a Serguéi y les encontré en la escalinata con Amelia, despidiendo a los heridos como si estuvieran saludando a los clientes en una noche normal. Dimitri tenía un ojo morado y los labios tan hinchados que casi no parecía humano. Aun así, logró esbozar una sonrisa infantil cuando me vio.

—Éste es nuestro fin —gemí—. Ahora nos cerrarán el local, ¿no es así?

Dimitri arqueó las cejas por la sorpresa. Serguéi soltó una carcajada.

—Dimitri —le dijo—, creo que definitivamente, después de sólo dos noches, a Anya le importa nuestro negocio.

Incluso Amelia, que tenía la manga del vestido desgarrada y el pelo revuelto, me sonrió.

—Es cierto, ¿verdad, Anya? —me dijo Dimitri—. Es como la música. Este lugar se te mete en las venas. Ahora ya eres una de nosotros. Una verdadera habitante de

Shanghái.

La limusina se acercó, y Amelia se subió a ella, haciéndome un gesto para que la siguiera.

—Los chicos han montado este lío y serán los chicos los que recojan —sentenció.

Todavía tenía la sangre pegajosa del marine en la parte delantera del vestido, rozándole la piel. La miré y comencé a sollozar.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Amelia, cogiéndome del brazo y arrastrándome hasta el interior del coche—. Esto es Shanghái, no Harbin. Mañana el negocio abrirá sus puertas como de costumbre, y todo el mundo habrá olvidado esta noche. Seguiremos siendo el club nocturno más concurrido de la ciudad.

5

ROSAS

A la mañana siguiente, mientras me estaba recogiendo el pelo para ir a la escuela, Mei Lin llamó a la puerta y me comunicó que Serguéi estaba al teléfono. Bajé las escaleras de dos en dos, ahogando un bostezo. En mi pelo, aún se podía oler el hedor a humo de tabaco. No tenía precisamente ganas de asistir a la aburrida clase de geografía de la hermana Mary antes de comer. Imaginé que me quedaría dormida en algún lugar entre las islas Canarias y Grecia, y que me obligarían a escribir cien veces en la pizarra la razón por la que estaba tan cansada. Me figuré la sorpresa reflejada en el rostro de la hermana Mary cuando cogiera el trozo de tiza y comenzara a escribir en la pizarra: «Ayer por la noche, estuve en el Moscú-Shanghái y por eso no he podido dormir lo suficiente».

Me gustaban las clases de francés y arte, pero después de haber bailado boleros y de haber visto el Moscú-Shanghái, era demasiado mayor para ir a la escuela. Mi santuario de libros de texto y dibujos no casaba con la emoción y el atractivo del mundo que se abría ante mí.

Apoyé el cepillo del pelo en el aparador del vestíbulo y cogí el auricular del teléfono.

—¡Anyá! —La voz de Serguéi resonó al otro lado de la línea—. ¡Ahora ya eres empleada del club y te necesito aquí a las once en punto!

—¿Y qué pasa con la escuela?

—¿No crees que ya has tenido suficiente escuela? ¿O todavía quieres seguir yendo?

Me tapé la boca con la mano. Asesté una palmada al aparador, el cepillo salió volando por los aires e hizo un ruido estrepitoso al chocarse contra el suelo.

—¡No! ¡Ya he tenido suficiente! —exclamé—. ¡Estaba pensando en eso ahora mismo! Siempre puedo seguir leyendo y estudiando por mi cuenta.

Serguéi soltó una carcajada y le susurró algo a una persona que estaba a su lado.

—Muy bien, prepárate y ven al club —me dijo—. Y ponte el vestido más bonito que tengas. A partir de ahora, siempre debes ir elegante.

Colgué de un golpe el auricular y corrí escaleras arriba, despojándome del uniforme de la escuela mientras subía. El cansancio que sentía hacía unos breves momentos se había desvanecido.

—¡Mei Lin! ¡Mei Lin! —grité—. ¡Ayúdame a vestirme!

La niña se asomó al descansillo, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—¡Vamos! —La agarré por el brazo y la arrastré hasta mi habitación—. ¡A partir de ahora, eres la doncella de una empleada del Moscú-Shanghái!

El Moscú-Shanghái bullía de actividad. Un grupo de trabajadores chinos limpiaban las escaleras con fregonas y cubos de agua jabonosa. Una de las ventanas se había roto durante las peleas de la noche anterior y el encargado de mantenimiento estaba reparando el cristal. En la sala de baile, las doncellas barrían el suelo y limpiaban las mesas. Los ayudantes del chef salían y entraban a toda prisa a través de las puertas abatibles de la cocina, recogiendo las cajas de apio, cebolla y remolacha que el hombre del reparto les pasaba a través de la puerta lateral. Me aparté el pelo de la cara y me alisé el vestido. El conjunto que llevaba lo había elegido con Luba un día que fuimos de compras después de la escuela. Lo vimos en un catálogo de Amelia. Era un vestido suelto de color rosa con una capa de tul en la parte superior. Tenía escarapelas bordadas en el dobladillo y alrededor del pronunciado escote, pero también mucha tela en la zona del pecho, así que no parecía demasiado atrevido. Deseaba que Serguéi lo aprobara y no me avergonzara mandándome a casa a cambiarme. Le pregunté a uno de los pinches de cocina dónde podía encontrar a Serguéi, y éste me señaló un pasillo y una puerta en la que ponía «Oficina».

No obstante, fue la voz de Dimitri la que respondió a mi llamada.

—¡Pase! —exclamó.

Estaba de pie, cerca de la chimenea de piedra, fumando un cigarrillo. Tenía la cara magullada e hinchada y el brazo en cabestrillo. Pero por lo menos, aquella mañana pude reconocerle y, a pesar de las heridas, me pareció tan apuesto como siempre. Contempló mi vestido y, por su sonrisa, me di cuenta de que también a él le complacía lo que estaba viendo.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —me preguntó.

Presionó los postigos de mallorquina para abrirlos y dejar entrar más luz en la habitación. En el alféizar de la ventana descansaba una reproducción de la Venus de Milo. Junto a ella, el único objeto decorativo de la oficina era una vasija de porcelana azul y blanca, que adornaba la repisa de la chimenea. Todo lo demás tenía un aspecto sobriamente moderno. Una mesa de teca y unas sillas de cuero rojo dominaban la habitación, que estaba impecable: no había ni un solo papel o libro a la vista.

La ventana daba a una calle limpia, a diferencia de la mayoría de los callejones traseros de Shanghái. En ella, había un salón de belleza, un café y una confitería. Los

toldos verdes de las tiendas estaban extendidos y bajo las ventanas, esquejes de geranios rojos crecían en las jardineras.

—Serguéi me ha pedido que viniera —le dije.

Dimitri apagó el cigarrillo en la chimenea.

—Se ha ido con Alexéi. Hoy no van a volver.

—No lo entiendo. Serguéi me dijo que...

—Anya, soy yo el que quería hablar contigo.

No estaba segura de si debía sentir alegría o temor. Me senté en una silla junto a la ventana. Dimitri se acomodó frente a mí. La expresión de su semblante era tan seria que me preocupó que algo grave hubiera ocurrido, que hubiera algún problema con el club debido a lo sucedido la noche anterior.

Señaló hacia la ventana.

—Si miras hacia el oeste, verás las azoteas de unos edificios destartalados. Allí fue donde perdiste el collar de tu madre.

Aquel comentario me desconcertó. ¿Por qué me estaba recordando aquel infeliz incidente? ¿Tal vez hubiera encontrado el resto del collar?

—Allí es de donde vengo —me confesó—. Allí es donde nací.

Me sorprendió percibir que le temblaban las manos. Sacó torpemente un cigarrillo, que se le cayó en el regazo. Sentí el impulso de cogerle las manos temblorosas y besárselas, para consolarlo. Pero no sabía qué le ocurría. Recogí el cigarrillo de su regazo y le sostuve el mechero para que lo encendiera. Una expresión extraña le veló la mirada, como si algo doloroso le hubiera venido a la mente. No podía soportar verle sufrir. Noté una punzada, como si me estuvieran clavando un cuchillo en mi propio corazón.

—Dimitri, no tienes por qué contarme esto —le dije—. Sabes que no me importa de dónde vengas.

—Anya, hay algo importante que tengo que decirte. Necesitas saberlo para que puedas tomar una decisión.

El tono de sus palabras era siniestro. Tragué saliva. Comencé a notar el latido de una vena en mi cuello.

—Mis padres provenían de San Petersburgo. Cuando dejaron su hogar, era noche cerrada. No pudieron llevarse nada porque no tuvieron tiempo. El té de mi padre permaneció humeante sobre la mesa, la labor de mi madre se quedó sobre su butaca junto al hogar. Se habían enterado demasiado tarde de la revuelta y escaparon de Rusia con el tiempo justo de salvar solamente sus vidas. Cuando llegaron a Shanghái, mi padre encontró trabajo como peón y, más tarde, cuando yo nací, como chófer. Pero nunca se recuperó de la pérdida de la vida que había llevado en Rusia. Sufría de los nervios por culpa de la guerra. Derrochaba en alcohol y tabaco todo el poco dinero que ganaba. Fue mi madre quien se tragó su orgullo y se puso a fregar suelos de ricas mujeres chinas para poder mantener un techo sobre nuestras cabezas. Entonces, un día, él se murió por sobredosis de opio y le dejó deudas que su trabajo como asistenta

no podía pagar. Mi madre se vio obligada a... aceptar otros trabajos para ganar dinero y poder poner comida en nuestra mesa.

—Serguéi me habló de tu madre —le dije, desesperada por ahorrarle el sufrimiento de contármelo—. Mi madre también tuvo que tomar una decisión que parecía moralmente reprobable para protegerme. Una madre haría cualquier cosa por salvar a su hijo.

—Anya, sé que Serguéi te habló de mi madre. Y sé que tienes un corazón tan bondadoso que puedes entenderlo. Pero escúchame, por favor. Porque éstas son las fuerzas que dieron forma a mi carácter.

Me eché hacia atrás en la silla, mirándole asombrada.

—Prometo no interrumpirte más a partir de ahora.

Dimitri asintió.

—Desde que tuve uso de razón, deseé ser rico. No quería vivir en una miserable y cavernosa choza que apestara a cañerías y que fuera tan húmeda que el frío se me metiera en los huesos, incluso en verano. Los chicos de mi entorno se dedicaban todos ellos a mendigar, a robar o a trabajar en fábricas que les mantendrían pobres de por vida. Pero yo juré que nunca me convertiría en un cobarde como mi padre. No me daría por vencido, independientemente de lo que tuviera que sacrificar. Encontraría algún modo de hacer dinero y conseguiría una vida mejor para mí y para mi madre.

»Al principio, traté de encontrar trabajos honrados. Aunque nunca fui al colegio, era inteligente y mi madre me enseñó a leer. Pero lo único que conseguía era el dinero suficiente para un poco más de comida, y yo no me conformaba con eso. Es fácil ser exigente con lo que uno hace cuando se es rico. Pero ¿y las ratas callejeras?, ¿y la gentuza como yo? Nosotros tenemos que ser más astutos. Así que ¿sabes lo que hice? Empecé a merodear el exterior de los bares y clubes frecuentados por gente rica para pedirles trabajo. No me refiero a gente rica como Serguéi o Alexéi... Me refiero a los señores del opio. No les importa quién seas, de dónde vengas o qué edad tengas. De hecho, cuanto menos sospechoso seas, mejor.

Se detuvo, escrutando mi rostro en busca del efecto que sus palabras me estaban produciendo. No me gustaba lo que estaba escuchando, pero estaba decidida a mantenerme en silencio hasta que hubiera terminado.

—A los señores del opio les divertía que un niño tan pequeño supiera quiénes eran y quisiera trabajar para ellos —continuó, poniéndose en pie y presionando el respaldo de la silla con su mano sana—. Solía hacer de mensajero para ellos desde un extremo de la ciudad hasta el otro. Una vez, entregué una mano amputada. Era una advertencia. Nunca me gasté ni un solo céntimo de lo que ganaba en mí mismo. Lo escondía dentro de mi colchón. Lo estaba ahorrando para comprar una vivienda mejor y cosas bonitas para mi madre. Pero antes de que pudiera gastarlo en eso, ella fue asesinada...

Soltó la silla y se movió hacia la chimenea, apretando los puños. Se recompuso, y retomó la historia:

—Tras la muerte de mi madre, me sentía aún más decidido a enriquecerme. Si hubiéramos sido ricos, mi madre no habría sido asesinada. Al menos, eso era lo que pensaba entonces. Y todavía lo pienso. Preferiría estar muerto a ser pobre de nuevo, porque si fuera pobre, sería como si estuviera muerto de todos modos.

»No estoy orgulloso de lo que he hecho. Pero tampoco me arrepiento de nada. Soy feliz por estar vivo. Para cuando cumplí quince años, ya lucía una espalda robusta y un pecho musculoso. Y también era bien parecido. Los señores del opio bromeaban y decían que yo era su guapo guardaespaldas. Les daba prestigio tener un ruso blanco en su entorno. Me compraban trajes de seda y me llevaban con ellos a los mejores clubes de la ciudad.

»Entonces, una noche, tuve que llevar un paquete a la Concesión Francesa. Cuando llevabas algo directamente de parte de alguno de los señores, podías estar seguro de que te dirigías a un garito con clase. No los antros atendidos por intermediarios: lóbregos, hediondos y atestados de clientes desesperados como mi padre. Ni tampoco como las casuchas adonde iban los porteadores de rickshaws para que les inyectaran una dosis en el brazo a través de un agujero en la pared. El lugar al que me dirigí aquella noche resultó ser el mejor de la Concesión. En realidad, parecía más un hotel de cinco estrellas que un burdel: mobiliario lacado en negro, biombos de seda, porcelana francesa y china, una fuente italiana en el recibidor. Estaba repleto de chicas euroasiáticas y blancas.

»Le di el recado a la *madame* de la casa, que se echó a reír al leer la nota del señor, y me recompensó con un beso en la mejilla y un par de gemelos por las molestias. A la salida, pasé junto a la puerta de una habitación cuya puerta estaba entreabierta.

Podía escuchar susurros de voces femeninas en el interior. Por pura curiosidad, atisé a través de la rendija de la puerta y vi a un hombre tumbado en una cama. Dos chicas estaban registrándole los bolsillos, lo cual es una práctica normal, incluso en los prostíbulos elegantes, siempre que alguien se desmaya. Registraron sus ropas y encontraron algo alrededor del cuello. Me pareció que era un anillo colgado de una cadena. Trataron de abrir el cierre, pero no podían alcanzar la parte trasera de su grueso cuello con sus delgadas manos. Una de ellas comenzó a morder la cadena, como si intentara romperla con sus propios dientes. Podría haber cerrado la puerta y haberme ido. Pero el hombre parecía vulnerable. Quizás me recordó a mi padre. Sin pensarlo realmente, entré por sorpresa y les dije a las chicas que sería mejor que dejaran en paz al hombre, porque era un buen amigo del Dragón Rojo. Se detuvieron, asustadas. Pensé que todo aquello era gracioso y les grité que llamaran a los porteros para que me ayudaran a llevar al hombre hasta un rickshaw. Necesitamos cuatro personas para moverle. «Al Moscú-Shanghái —me susurró uno de los porteros cuando estuvimos listos para marcharnos—. Este hombre es el propietario del Moscú-Shanghái».

Me sonrojé. No deseaba que Dimitri continuara con la historia. Aquél no era el

Serguéi que yo conocía.

Dimitri me observó y se echó a reír.

—Imagino que no tengo que decirte quién era aquel hombre, Anya. Estaba sorprendido. El Moscú-Shanghái era el club nocturno más importante de la ciudad. Incluso alguien como el Dragón Rojo no hubiera sido lo suficientemente bueno para entrar en él. En cualquier caso, en el rickshaw, Serguéi comenzó a despertarse. La primera cosa que hizo fue palparse el cuello en busca de la cadena. «Está a salvo —le dije—, pero le han vaciado los bolsillos».

»Para cuando llegamos al club, estaba cerrado. Unos cuantos camareros estaban fumando en la parte trasera, y les llamé para que me ayudaran a llevar a Serguéi al interior. Lo transportamos hasta el sofá de la oficina. Su aspecto era bastante lamentable. “¿Cuántos años tienes, hijo?”, me preguntó. Cuando se lo dije, se echó a reír. “Había oído hablar de ti”, comentó.

»Al día siguiente, me encontré a Serguéi esperándome en la puerta de mi casa. Estaba totalmente fuera de lugar en aquel barrio bajo, con su elegante abrigo y su reloj de oro en la muñeca. Tuvo suerte de que le dejaran en paz. Creo que lo que le protegió fue su tamaño y la expresión feroz de su rostro. Cualquier otro hombre habría sido presa fácil. “Esos señores para los que trabajas lo único que hacen es burlarse de ti —me confesó—. Eres una diversión para ellos y te desecharán como a una prostituta vieja en cuanto se les pase la novedad. Quiero que vengas a trabajar conmigo. Te formaré para que puedas dirigir mi club”.

»Así que Serguéi sobornó a los señores y me llevó a su casa, la casa en la que tú estás viviendo ahora. ¡Dios mío! ¿Puedes creer que yo nunca había visto un lugar así en toda mi vida? Cuando entré en el vestíbulo, pensé que los ojos me iban a arder por la belleza de aquel lugar. Tú no te sentiste así la primera vez que lo viste, ¿verdad que no, Anya? Eso es porque tú estás acostumbrada a las cosas lujosas. Pero yo era como un aventurero en un territorio extranjero. Serguéi pensó que aquello era divertido, verme boquiabierto ante los cuadros, señalando todos los jarrones, mirando todas las fuentes de la mesa, como si nunca antes hubiera comido en un plato. Nunca había visto nada tan elegante. Los señores del opio poseían mansiones, pero estaban plagadas de estatuas chillonas, paredes rojas y gongs. Símbolos de poder. No de riqueza. La casa de Serguéi tenía algo más. Una esencia indefinible. Entonces supe que si algún día llegaba a tener una casa como aquella, sería porque habría alcanzado la verdadera riqueza. No el tipo de riqueza que alguien te puede arrebatarse. No el tipo de riqueza que te hace sentir bajo amenaza constante. Una casa como aquella me transformaría, y pasaría de ser escoria a ser un caballero. En ese momento, deseé ser más que rico. Quería tener también lo que Serguéi poseía.

»Él me presentó a Amelia. Pero me bastó hablar con ella durante un minuto para saber que no era la responsable del aspecto de la casa. Ella era como yo, ajena al lujo. Además, también era una persona astuta. Incluso sin haber nacido rodeada de opulencia, podía seguir su rastro olfateándolo, como una comadreja. Sin embargo, lo

único que sabía hacer era desplegar sus atractivos para conseguir algo lujoso. No era capaz de crearlo por sí misma.

Entonces Dimitri se rió entre dientes. Y fue la primera vez en que comprendí que sentía afecto por Amelia. La manera tan informal que tenía de hablar de ella hizo que me diera cuenta. Sentí un pinchazo que me recorrió la columna vertebral. Pero también supe que debía aceptarlo. Se conocían desde hacía mucho antes de que yo llegara. Y Dimitri ya me había comentado que estaban hechos de la misma pasta.

—Pero es demasiado nerviosa —comentó, girándose para mirarme—. ¿Te has dado cuenta de eso, Anya? Es un ser inquieto. Cuando has luchado por conseguir tus objetivos, tienes que protegerlos. Nunca puedes bajar la guardia. La gente que ha nacido entre riquezas no lo sabe. Incluso cuando lo han perdido todo, siguen comportándose como si el dinero no valiera nada.

»Más tarde, descubrí la historia de Marina. Ella era la que había decorado la casa. Serguéi simplemente le dio todo el dinero que ella le pidió. La mayoría de las veces, él no sabía lo que ella compraba. La amaba tanto que le dio todo lo que tenía. Hasta que, un buen día, abrió los ojos, y se encontró a sí mismo viviendo en un palacio. Me contó que fue porque él era tan sólo un comerciante acaudalado, mientras que Marina era una verdadera aristócrata, y los aristócratas tenían buen gusto. Le pregunté qué significaba “aristócrata” y me contestó: “Un aristócrata es alguien de buena cuna y con buena educación”.

Dimitri hizo una pausa durante un instante, apoyando la cabeza en la repisa de la chimenea. Yo, por mi parte, recordé a mi padre. Llenó nuestra casa de bellos objetos únicos, aunque había perdido su fortuna cuando abandonó Rusia. Quizás era cierto lo que Dimitri decía. Mi padre no habría sabido ser pobre, aunque lo hubiera intentado. Me acordé de que siempre decía que era mejor no tener nada a conformarse con tener algo de calidad ordinaria.

—En cualquier caso —prosiguió Dimitri—, Serguéi me contrató para ayudarlo con el club y me recompensaba generosamente por mis esfuerzos. Me confesó que yo era como un hijo para él y que, ya que no tenía hijos propios, Amelia y yo podríamos heredar el club cuando él muriera. El día que entré en el club y los clientes me saludaron como si fuera uno de ellos, supe que había alcanzado mi objetivo. Era rico. Ahora resido en un elegante apartamento en Lafayette. Todos mis trajes han sido confeccionados a mano en Inglaterra. Tengo una doncella y un mayordomo. No me falta de nada. Excepto algo esencial. He tratado de emular lo que contemplé en casa de Serguéi y no puedo hacerlo. Mi sofá otomano, mis sillas de caoba y mis alfombras turcas no casan entre sí con la elegancia casual que se aprecia en la biblioteca de Serguéi. Independientemente de como disponga mis pertenencias, mi apartamento parece sacado de unos estridentes grandes almacenes. Amelia trató de ayudarme. «Todos los hombres son torpes para eso», me espetó. Pero ella sólo es buena con materiales nuevos y ostentosos. Pero eso no era lo que yo quería. Cuando traté de explicárselo, me miró fijamente y me soltó: «¿Y para qué demonios quieres que tus

muebles parezcan viejos?».

»Entonces, un buen día, apareciste tú, Anya. Te observé mientras tomabas tu primer sorbo de sopa de aleta de tiburón, degustándolo lentamente. En un instante, supe que tú tenías esa esencia indefinible... ese elemento... que nos falta a todos nosotros, incluso a Serguéi. Por supuesto, tú no puedes verlo, para ti es tan natural como respirar. Cuando te sientas a comer, comes con tranquilidad. No como si fueras un animal esperando que le echen la comida. ¿Alguna vez te habías dado cuenta de eso, Anya? ¿Lo delicada que es tu manera de comer? Y el resto de nosotros, siempre engullendo la comida como si se fuera a acabar a causa de una guerra. “Ésta es la chica que me va a sacar del fango definitivamente —me dije para mis adentros—. Ésta es la chica que puede hacer que yo deje de ser escoria para convertirme en un rey”.

»El día que llegaste por primera vez a Shanghái, justo después de perder a tu madre, me hablaste de un cuadro en la biblioteca de Serguéi. ¿Lo recuerdas? Era una pintura de un impresionista francés y me comentaste que el marco era lo que hacía especial al cuadro. No me di cuenta hasta que no formaste un cuadrado con las manos y me hiciste mirar a través de ellas. Más tarde, el día que perdiste el collar de tu madre, mientras me acompañabas hasta la verja, me señalaste que las ásteres estaban empezando a florecer en el jardín. Anya, incluso cuando te sientes desdichada, hablas de los pequeños detalles como si fueran lo más significativo del mundo. De cosas grandes como el dinero no sueles hablar casi nunca. Y cuando lo haces, hablas de ello como si no tuviera importancia en absoluto.

Dimitri comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación, mientras se le sonrojaban las mejillas al pensar en todos los momentos en los que lo había impresionado. Todavía no tenía ni la menor idea de cuál sería la conclusión de su historia. ¿Quería que le ayudara a decorar su casa? Se lo pregunté y se dio una palmada, echándose a reír, hasta que las lágrimas le cayeron por el rostro. Se frotó los ojos, se tranquilizó y me dijo:

—Un día, te perdiste en el mundo de escoria del que yo provengo y cuando Serguéi acudió medio loco para decírmelo, yo también enloquecí. Entonces te encontramos. Esos mierdas te habían desgarrado la ropa y te habían arañado la piel con sus sucias zarpas. Pero ni siquiera así lograron rebajarte a su nivel. Incluso cuando estabas allí, sentada en la celda de la cárcel, vestida con harapos, conseguías parecer majestuosa.

»Aquella noche, Serguéi vino a verme, llorando tan violentamente que pensé que te habías muerto. Te quiere. ¿Lo sabías, Anya? Has logrado abrir una parte de su corazón que ha estado cerrada durante mucho tiempo. Si te hubiera tenido antes, nunca se habría abandonado al opio. Pero ya es demasiado tarde. Ya sabe que no va a vivir eternamente. ¿Y quién cuidará de ti entonces?

»Yo deseaba que me pidiera que fuera yo el que te cuidara. Pero es tan protector contigo que temí que pensara que no soy lo suficientemente bueno para ti. Que

independientemente de lo rico que yo sea, de lo mucho que dijera que me quería como a un hijo, no me dejaría tenerte. Que no importaba lo que me pusiera, lo que comiera o con quién me relacionara, siempre seguiría siendo escoria.

»Busqué en los callejones traseros de la Concesión en busca de las piezas del collar de tu madre. Estaba tratando de ser digno de ti. Pero al día siguiente, como por arte de magia, dijiste que querías recibir clases de baile conmigo. ¡Conmigo! Dios mío, ¡me pillaste desprevenido con aquella petición! Y entonces fue cuando percibí algo que no había notado hasta entonces. Allí mismo, en tus claros ojos azules. ¡¡Estabas enamorada de mí!!

»El propio Serguéi se dio cuenta cuando nos vio bailando. Se reconoció a sí mismo bailando con Marina, hace treinta años. Lo comprendí cuando nos enseñó a bailar el bolero, te estaba entregando a mí. Incluso él mismo no podía detener lo que estaba ocurriendo de forma natural. La historia se repetía.

Dimitri vaciló en ese momento, porque yo me había levantado y estaba inclinada contra la ventana.

—Anyá, por favor, no llores —me rogó, acudiendo rápidamente a mi lado—. No era mi intención entristecerte.

Traté de hablar, pero no pude. Lo único que podía emitir eran balbuceos inconexos, como un bebé. La cabeza me daba vueltas. Me había levantado aquella mañana ante un día normal de escuela y, repentinamente, Dimitri me estaba confesando todas aquellas cosas que yo no era capaz de asimilar.

—¿No es eso lo que quieres tú también? —me preguntó, tocándome el hombro y girándome hacia él—. Serguéi ha dicho que podemos casarnos tan pronto como cumplas dieciséis años.

La habitación se convirtió en una nebulosa. Estaba enamorada de Dimitri, pero su repentina propuesta de matrimonio y el modo en que lo había planteado me desconcertaban y me hacían vacilar. Él se había preparado para ello, pero yo no, y ahora sus palabras me sacudían como una explosión. El sonido del reloj de la repisa de la chimenea marcando las doce me sobresaltó. De repente, tomé conciencia de otros sonidos: las doncellas barriendo en los pasillos, el cocinero afilando su cuchillo, alguien que cantaba *La vie en rose*. Contemplé a Dimitri. Me sonrió con sus labios amoratados, y mi confusión pasó a convertirse en una oleada de amor. ¿Podía ser verdad que Dimitri y yo íbamos a casarnos? Él debió de percibir un cambio en mi semblante, porque se arrodilló ante mí.

—Anna Victorovna Kozlova, ¿quieres casarte conmigo? —me preguntó mientras me besaba las manos.

—Sí —le respondí, sonriendo mientras lloraba—. Sí, Dimitri Yurievich Lubenski, me casaré contigo.

Por la tarde, Dimitri anunció nuestro compromiso, y Serguéi vino a verme a mi lugar

favorito cerca del árbol de gardenias. Me cogió las manos entre las suyas, con las lágrimas a punto de brotarle de los ojos.

—¿Qué vamos a hacer para celebrar la boda? —me preguntó—. Si mi querida Marina estuviera aquí... y tu madre... ¡qué bien nos lo pasaríamos!

Serguéi se sentó a mi lado, y juntos contemplamos la luz del sol que brillaba a través de las hojas de los árboles. Sacó una hoja de papel arrugado del bolsillo y se la alisó en la rodilla.

—Llevo siempre encima este poema de Anna Ajmátova, porque me emocionó cuando lo leí —me contó—. Y ahora quiero leértelo a ti.

Al amanecer te llevaron, y yo fui detrás,
como una viuda tras el cortejo fúnebre.
Junto a los iconos se consumía una vela;
en el dormitorio, los niños se deshacían en lágrimas.
Tus labios, fríos del beso al icono,
cómo olvidar el sudor frío de tu frente...
Igual que las esposas de los *strelzi*, acudo ahora
a lamentarme bajo las descarnadas torres del Kremlin.

Cuando Serguéi me leyó aquellas palabras, sentí una presión en el pecho y estallé en sollozos, una explosión de lágrimas que había estado conteniendo durante años, que me hizo llorar de manera tan profunda y sentida que pensé que me estallarían el corazón y las costillas. Serguéi también lloró: su pecho de oso subía y bajaba, agitado por su dolor secreto. Me rodeó con los brazos y presionó su húmeda mejilla contra la mía. Cuando remitieron nuestros sollozos, nos echamos a reír.

—Te voy a organizar la boda más bonita del mundo —me prometió, mientras se secaba la boca enrojecida con el dorso de la mano.

—Siento a mi madre en mi interior —le confesé—. Y sé que algún día volveremos a encontrarnos.

Aquella noche, Amelia, Luba y yo nos engalanamos con largos vestidos de noche de satén, y los hombres se enfundaron en sus mejores esmóquines.

Nos apiñamos en la limusina y nos dirigimos al Moscú-Shanghái. A causa de la pelea de la noche anterior, habíamos cerrado el club. Ya se había reparado todo, pero cerrar una noche nos daba buena publicidad. Era la única noche en la que el club estaba abierto sólo para nosotros. Serguéi encendió un interruptor y una cascada de luz cayó sobre la pista de baile. Dimitri desapareció en la oficina y volvió unos segundos después con una radio. Juntos bailamos por toda la pista al son de *J'ai deux amours*, balanceando las copas de champán en la mano y tratando de cantar como Josephine Baker. «París... París», canturreaba Serguéi, con su rostro apretado contra la mejilla de Amelia. La luz que se proyectaba por encima de sus fornidos hombros le rodeaba la cabeza y le daba un aire angelical.

Hacia medianoche, se me empezaron a cerrar los párpados. Me desplomé sobre Dimitri.

—Te llevaré a casa —me susurró—. Creo que estás rendida por tantas emociones.

En el rellano, Dimitri me atrajo hacia él y me besó. La voluptuosidad de sus labios me sorprendió. La calidez que transmitían me produjo un hormigueo a lo largo de toda la espalda. Separó los labios, excitado, y recorrió los míos con la lengua. Bebí de su sabor, tomando sus besos a sorbos como si fueran champán. La puerta se abrió a nuestras espaldas y la anciana doncella profirió un alarido. Dimitri se separó de mí y se echó a reír.

—Nos vamos a casar, ya sabe —le dijo a la doncella. Pero ella lo fulminó con la mirada y señaló hacia la verja con su puntiaguda barbilla.

Una vez que Dimitri se hubo marchado, la anciana doncella cerró el candado de la puerta, y yo me dirigí escaleras arriba, sintiendo aún la humedad que el beso de Dimitri había dejado en mis labios.

El aire de mi habitación era opresivo. Las ventanas estaban abiertas, pero las doncellas habían corrido las cortinas cuando vinieron a hacer la cama para evitar que entraran los mosquitos. El calor atrapado en el interior me recordó a un invernadero. Denso y húmedo. Una gota de sudor me resbaló por la garganta. Apagué la luz y abrí las cortinas. Dimitri estaba allí, de pie, en mitad del jardín, mirándome. Sonreí, y él me saludó con la mano.

—Buenas noches —me dijo, se volvió hacia el camino y desapareció de mi vista, yéndose a hurtadillas, como un ladrón. La felicidad burbujeó en mi interior. El beso que habíamos compartido era como un presagio de buena suerte que sellaba nuestra unión. Me quité el vestido y lo arrojé sobre una silla, mientras disfrutaba del alivio de sentir el aire sobre la piel. Me tiré sobre la cama, hundiéndome en ella.

El aire de la noche permaneció pegajoso e inmóvil. En lugar de quitarme las sábanas de encima, logré enfundarme en ellas como en un capullo. Me desperté a primera hora de la mañana, acalorada e irritada. Amelia y Serguéi estaban peleándose abajo, y sus palabras resonaban claramente, como dos copas de cristal tintineando, por la quietud del aire.

—¿Qué estás haciendo, viejo loco? —le espetó Amelia, con su voz distorsionada por el alcohol—. ¿Por qué te preocupas tanto por ellos? ¡Mira todas estas cosas! ¿Dónde has estado guardándolas durante todo este tiempo?

Escuché el sonido de las tazas chocando contra los platos, y de la cubertería resonando contra la mesa. Serguéi contestó:

—Ellos son como nuestros... como mis hijos. Éste será el momento más feliz en años.

Amelia dejó escapar una serie de agudas risotadas.

—¡¡Sabes que la única razón de que se casen es que no pueden esperar para follarse!! ¡Si verdaderamente se amaran, esperarían hasta que ella tuviera dieciocho años!

—Vete a la cama. Me avergüenzo de ti —le respondió Serguéi, levantando la voz sin alterarse—. Marina y yo teníamos la misma edad que Dimitri y Anya cuando nos casamos.

—¡Oh, claro! Marina —exclamó Amelia.

La casa se sumió en el silencio. Unos minutos después, escuché pasos en la entrada y la puerta de mi cuarto se abrió. Apareció Amelia, de la que percibí una imagen borrosa de su cabello negro y un vestido de noche blanco. Se quedó allí parada, mirándome, ignorante de que yo estaba despierta. Su mirada me produjo un escalofrío, como si una larga uña afilada me estuviera recorriendo la columna vertebral.

—¿Cuándo vais a dejar de vivir todos vosotros en el pasado? —exclamó en voz baja.

Traté de no moverme mientras me miraba. Fingí un suspiro soñoliento y ella se retiró, dejando la puerta abierta tras ella.

Esperé hasta que escuché el sonido del pestillo de la puerta del dormitorio de Amelia antes de deslizarme fuera de la cama y bajar al primer piso. Sentí el frescor de las baldosas contra mis ardientes pies, y los húmedos dedos de mis manos se pegaban a la balaustrada. El aire polvoriento olía a perfume de limón. El primer piso estaba oscuro y vacío. Me preguntaba si Serguéi se habría ido también a la cama, hasta que percibí la delgada línea de luz que provenía de la puerta del comedor. Avancé de puntillas por el vestíbulo y apoyé la oreja contra la madera tallada. Escuché una melodía arrulladora, tan intensa y fascinante que fue como si me entrara en la sangre y me hiriera la piel desde dentro. Vacilé un instante antes de girar el pomo de la puerta.

Las ventanas estaban totalmente abiertas y había un gramófono sobre el aparador. Gracias a la tenue luz de la mañana pude ver que la mesa estaba totalmente cubierta de cajas. Algunas estaban abiertas, y de ellas sobresalía un papel de envolver tan amarillento y agrietado que se arrugó cuando lo toqué. Contenían montañas de platos y fuentes, apiladas en orden según su estampado. Cogí uno. Tenía el borde dorado y llevaba el sello de un blasón familiar. Escuché un gemido. Levanté la mirada para ver la silueta de Serguéi hundida en una silla junto a la chimenea. Hice una mueca, esperando ver la maloliente llama azul elevándose desde donde se encontraba. Pero Serguéi no estaba fumando opio y, a partir de aquella noche, no volvería a hacerlo. Una de sus manos colgaba sin fuerzas a un lado y pensé que estaría dormido. Uno de sus pies reposaba junto al lateral de una maleta abierta, de la cual brotaba algo que parecía una voluminosa nube blanca.

—El *Réquiem* de Dvorak —comentó, girándose para mirarme. Su rostro se mantenía en sombra, pero pude percibir lo demacrado que estaba alrededor de los ojos y el color azul moteado de sus labios—. A ella le encantaba esta parte. Escucha.

Me acerqué a él y me senté en el brazo de la silla, acunando su cabeza entre mis brazos. La música nos envolvió. Los violines y los tambores crecieron como una

tormenta, hasta el punto de que anhelé que la melodía llegara a su fin. Serguéi me apretó la mano con la suya. Yo presioné sus dedos contra mis labios.

—No dejamos de añorarlas, ¿verdad que no, Anya? —me preguntó—. La vida no prosigue tal y como te dicen. Se detiene. Sólo los días siguen pasando.

Me incliné y pasé la mano por encima del objeto níveo dentro de la maleta. Era sedoso al tacto. Serguéi tiró del cable de la lámpara y, con más luz, comprobé que estaba tocando capas de tejido.

—Cógelo —me ordenó.

Levanté la tela y advertí que era un traje de novia. La seda era antigua, pero estaba bien conservada.

Entre Serguéi y yo sacamos el pesado vestido y lo extendimos sobre la mesa. Admiré el brocado, y el motivo del corpiño bordado me recordó a los soles en espiral de Van Gogh. Estaba segura de que podía oler la fragancia de violetas que desprendía la tela. Serguéi abrió otra maleta y extrajo un objeto envuelto en papel transparente. Colocó la corona dorada y el velo en la parte superior del vestido, mientras yo alisaba la falda. La cola estaba ribeteada por cintas de satén azules, rojas y doradas. Los colores de la nobleza rusa.

Serguéi contempló el vestido, con el recuerdo de su feliz pasado brillándole en los ojos. Sabía lo que me iba a pedir antes de que lo dijera.

Dimitri y yo nos casamos poco después de mi decimosexto cumpleaños, entre la fragancia embriagadora de miles de flores. Serguéi se había pasado todo el día anterior buscando a los mejores floristas y recorriendo los jardines privados más elegantes de toda la ciudad. Él y su criado volvieron en un coche atestado de arreglos florales, con las manos llenas de cortes. Transformaron el vestíbulo de entrada del Moscú-Shanghái en un jardín aromático. Rosas duquesa de Bravante con sus capullos de copa doble perfumaban el aire con un dulce aroma a frambuesa. Ramos de rosas *Perle des Jardins* de color amarillo canario, cuya fragancia era parecida a la del té recién hecho, brotaban de entre el follaje color verde oscuro brillante. Entre estas voluptuosas flores, Serguéi dispuso ramitos de lirios calla y orquídeas sandalia de Venus. A esta mezcla embriagadora le sumó cuencos de peltre llenos de cerezas, manzanas especiadas y uvas, de modo que el efecto final provocaba un total abandono de los sentidos.

Serguéi me llevó al vestíbulo y Dimitri se volvió para mirarme. Cuando me vio con el vestido de novia de Marina, con un ramo de violetas en la mano, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se acercó apresuradamente a mí y presionó su rostro recién afeitado contra mi mejilla.

—Anya, al fin estás aquí —me dijo—. Eres una princesa y me has convertido en un príncipe.

Éramos apátridas. Nuestro matrimonio no significaba apenas nada para la Iglesia

oficial o para el gobierno, tanto el chino como los extranjeros. Pero gracias a sus contactos, Serguéi había conseguido encontrar a un militar francés que deseaba officiar la ceremonia. Desgraciadamente, la fiebre del heno que el pobre hombre sufría le obligaba a pararse cada pocas frases para sonarse la inflamada nariz. Más tarde, Luba me dijo que el oficial había llegado pronto y que, cuando vio las bellas rosas, se había precipitado sobre ellas, para inhalar su perfume como un hombre sediento bebiendo agua, aunque sabía que las flores le harían enfermar.

—Ése es el poder de la belleza —me dijo, mientras me alisaba el velo—. Úsalo mientras puedas.

Mientras Dimitri y yo intercambiábamos nuestros votos, Serguéi se mantuvo de pie junto a mí, con Alexéi y Luba un paso atrás. Amelia se sentó, distante, junto a una de las falsas ventanas, con aspecto de clavel entre las rosas, por el rojo vestido de volantes y el sombrero que llevaba. Bebía sorbos de champán de una copa en forma de flauta, con el rostro dirigido hacia el cielo pintado de azul, como si todos estuviéramos en un *picnic* y ella estuviera contemplando la vista. Pero me sentía tan feliz aquel día que incluso su malhumorada grosería me divertía. Amelia no podía soportar no ser el centro de atención. Pero nadie se lo reprochó ni hizo ningún comentario. Después de todo, se había arreglado y había venido. Y para el poco afecto que podíamos esperar de Amelia, aquello parecía suficiente.

Después de haber intercambiado los votos, Dimitri y yo nos besamos. Luba marchó alrededor de nosotros tres veces mientras sostenía un icono de san Pedro, al tiempo que su marido y Serguéi restallaban unos látigos y gritaban para alejar a los espíritus malignos. El oficial concluyó la ceremonia con un estornudo tan fuerte que una de las vasijas se cayó y se estrelló contra el suelo, esparciendo una riada de pétalos que flotaron hacia nuestros pies.

—Lo siento muchísimo —se disculpó.

—¡No lo haga! —le contestamos todos alegremente—. ¡Da buena suerte! ¡Ha espantado usted al diablo!

Serguéi preparó el banquete de boda con sus propias manos. Llegó a la cocina del club a las cinco de la mañana, cargado de carnes y verduras frescas del mercado. El pelo y los dedos se le habían quedado impregnados de los aromas de las hierbas exóticas que había utilizado para confeccionar un banquete de puré de berenjena, *solyanka*, salmón ahumado y *dvienna sterlet* en salsa de champán.

—¡Dios mío! —exclamó el oficial, comiéndose con los ojos la comida—. ¡Siempre me he sentido agradecido de ser francés y ahora descubro que me gustaría haber sido ruso!

—En Rusia, las madres siempre alimentan a los novios en la boda, como a dos pajarillos —explicó Serguéi, mientras trinchaba rodajas de carne y las colocaba delante de Dimitri y de mí—. Ahora yo soy la madre de ambos.

Los ojos de Serguéi brillaban de felicidad, pero tenía un aspecto cansado. Estaba pálido y tenía los labios agrietados.

—Has trabajado demasiado duro —le dije—. Por favor, descansa. Deja que Dimitri se ocupe de ti.

Pero Serguéi sacudió la cabeza. Había visto aquel gesto muchas veces durante los meses anteriores a la boda. Serguéi había abandonado sus tardes perdidas por el opio tan fácilmente como si hubiera abandonado un entretenimiento y, en su lugar, había consagrado todo su tiempo a preparar el gran día. Trabajaba desde las primeras horas de la mañana, siempre organizando planes mejores y más magníficos que los que había ideado el día anterior. Nos compró a Dimitri y a mí un apartamento que no quedaba lejos de casa y no nos había dejado verlo a ninguno de los dos. «No hasta que no esté terminado. No hasta vuestra noche de bodas», nos dijo. Afirmó que había contratado carpinteros, pero yo sospechaba, por la manera en la que volvía cada día oliendo a resina y a serrín, que lo estaba decorando él mismo. A pesar de que yo le instaba a descansar, él nunca me hacía caso.

—No te preocupes por mí —me dijo, acariciándome la mejilla con sus manos llenas de ampollas—. No puedes imaginarte lo feliz que soy. Siento que la vida corre por mis venas y me silba en los oídos. Es como si ella estuviera junto a mí de nuevo.

Comimos y bebimos hasta que llegó la mañana siguiente, cantando canciones tradicionales rusas y haciendo pedazos nuestras copas en el suelo para mostrar resistencia ante cualquier cosa que pudiera tratar de dañar nuestro nuevo matrimonio. Cuando Dimitri y yo estábamos listos para irnos, Luba me trajo un enorme ramo de rosas.

—Báñate en ellas —me dijo—, luego, dale de beber del agua y él te amará para siempre.

Después, Serguéi nos acompañó a Dimitri y a mí hasta la puerta de nuestro nuevo edificio y dejó caer las llaves en la mano de Dimitri. Nos besó y me dijo:

—Os he querido a ambos como si fuerais hijos míos.

Una vez que el automóvil de Serguéi desapareció al final de la calle, Dimitri abrió la cerradura de las congeladas puertas de cristal y corrimos por el vestíbulo y escaleras arriba hasta el segundo piso. El edificio tenía dos plantas y nuestro apartamento era uno de los tres del piso superior. Junto a la puerta, lucía una placa dorada con el nombre «Lubenski». Recorrí con la punta de los dedos las letras cursivas. Aquél ya era mi nombre. Lubenskaia. Me sentí emocionada, al mismo tiempo que triste.

Dimitri me mostró la llave. Tenía un diseño precioso. Hierro forjado con un arco parisino.

—Para toda la eternidad —dijo él. Entrelazamos los dedos y giramos la llave entre los dos.

El recibidor del apartamento era grande, con techos altos y grandes ventanales que daban a la calle. Las ventanas estaban desnudas, pero ya se habían colocado las goteras talladas para las cortinas. Al otro lado del cristal, pude ver las jardineras llenas a rebosar de violetas que colgaban de cada alféizar. Sonreí, complacida de que

Serguéi hubiera plantado las flores favoritas de Marina. Había una chimenea y frente a ella, un sofá francés con aspecto cómodo. Todo olía a encerado y a tela nueva. Posé la mirada sobre el aparador en una esquina de la habitación y crucé la alfombra Savonierre para ver lo que había en él. Miré a través del cristal y contemplé a mis muñecas matrioskas devolviéndome la sonrisa. Me llevé la mano a la boca para contener las lágrimas. Ya había llorado muchas veces durante los días anteriores a la boda, sabiendo que mi madre no estaría conmigo en el día más importante de mi vida. «Ha pensado en todo —musité—, todo lo que hay aquí se ha hecho con amor».

Levanté la mirada, apretando todavía el ramo de rosas contra el pecho. Dimitri estaba de pie, bajo la entrada en forma de arco. Tras él, pude ver el pasillo que conducía al cuarto de baño. El techo era bajo, como de casa de muñecas, y tanto éste como las paredes estaban cubiertos por papel estampado con flores. Me recordó al jardín que Serguéi había creado para nuestra boda. Me aproximé a Dimitri y juntos nos dirigimos al baño. Me cogió las rosas de las manos y las dejó en el lavabo. Durante largo rato, ninguno de los dos dijo nada. Estábamos allí, de pie, mirándonos a los ojos, escuchando el ritmo de la respiración del otro. Entonces, Dimitri me cogió por los hombros y comenzó lentamente a abrir los cierres de mi vestido. Su piel me cosquilleó cuando me rozó. Aunque llevábamos prometidos un año, nunca nos habíamos encontrado en una situación tan íntima. Serguéi no lo habría permitido. Dimitri tiró del vestido a la altura de los hombros y lo dejó resbalar hasta el suelo por mis piernas.

Llené la bañera mientras Dimitri se quitaba la camisa y los pantalones. Me fascinaba la belleza de su piel, su pecho musculoso sobre el que un leve vello oscuro se extendía desde el esternón. Se colocó detrás de mí para levantarme las enaguas por encima de la cintura y, después, sobre los pechos y la cabeza. Noté su pene presionándome el muslo. Recogió las flores del lavabo, y juntos esparcimos los pétalos sobre la superficie del agua. Noté el frescor del líquido sobre la piel cuando me introduje en el baño, pero eso no disminuyó mi deseo. Dimitri se introdujo en la bañera junto a mí, tomó el agua con ambas manos y la bebió.

En el dormitorio había dos ventanales que daban a un patio interior. Igual que las ventanas del recibidor, tenían goteras, pero no cortinas. Una espesura de helechos plantados en macetas a lo largo de la cornisa nos proporcionaba privacidad. Dimitri y yo nos abrazamos. Un charco de agua se formó en el suelo, a nuestros pies. Al presionar mi piel contra la suya, ardiente, pensé en dos velas fundiéndose en una sola.

—¿Tú crees que éste es el tipo de cama en el que la nobleza pasaba las noches de boda? —me preguntó, deslizando las manos entre las mías.

Se le formaban pequeñas arrugas en el rabillo de los ojos cuando sonreía. Me arrastró hasta la cama de bronce y me introdujo bajo la colcha carmesí.

—Hueles a flores —le dije, besando una gota que caía de una de sus cejas.

Dimitri me colocó un brazo alrededor de los hombros y deslizó sus yemas por mis pechos. Una oleada de placer me recorrió desde el cuello hasta los dedos de los pies.

Noté la lengua de Dimitri rozándome rápidamente la piel. Apreté las manos contra sus hombros y traté de retorcerme, pero me rodeó aún más firmemente entre sus brazos. Pensé en mi madre y yo tumbadas en el prado un día de verano, en el perfume de la hierba en nuestra ropa y en nuestro pelo. A ella le gustaba quitarme los zapatos y hacerme cosquillas en los pies. Yo me reía y me revolví, porque su roce me provocaba placer e incomodidad al mismo tiempo. Así fue como me sentí cuando Dimitri me tocó.

Las manos de Dimitri se movieron hacia mis caderas. Sus cabellos me provocaron un agradable hormigueo mientras iba bajando la cabeza, deslizándose entre mis piernas. Me abrió las rodillas, y noté como me ruborizaba. Me sentí tímida y traté de cerrarlas, pero me las abrió aún más y besó la piel entre mis muslos. El aroma de las rosas flotó a nuestro alrededor y me abrí a él como una flor.

Un sonido nos sobresaltó. El teléfono estaba sonando. Nos sentamos. Dimitri miró a sus espaldas con ojos pensativos.

—Se habrán equivocado —me dijo—. A nadie se le ocurriría llamarnos ahora.

Escuchamos hasta que el teléfono dejó de sonar. Como no se volvió a oír, Dimitri se incorporó y presionó su rostro contra mi cuello. Le acaricié el pelo. Olía a vainilla.

—No pienses en ello —me dijo, atrayéndome así más arriba en la cama—. Seguro que se habrán equivocado.

Se me colocó encima con los ojos entreabiertos, y yo me abracé a su cuerpo. Nuestros labios se encontraron. Noté cómo entraba dentro de mí. Me aferré a la piel de su espalda. Algo en mi estómago revoloteó, como si tuviera un pajarillo encerrado en él. Sentí su calor arder en mi interior, y las luces de la habitación comenzaron a darme vueltas. Le rodeé con las piernas y le mordí el hombro.

Sin embargo, mucho después de que Dimitri y yo nos desplomáramos sobre las arrugadas sábanas, y él se quedara dormido sobre mi pecho, el timbre del teléfono resonó en mi mente. Y me entró un pánico incontenible.

6

RÉQUIEM

El sonido de un aleteo me despertó a la mañana siguiente. A través de mis soñolientos ojos, alcancé a ver una paloma posada en el alféizar de la ventana. Dimitri debió de abrirla durante la noche, porque el pájaro estaba en la cornisa interior, sacándome de mis sueños con su rítmico arrullo. Aparté la colcha a un lado y me deslicé en el gélido aire mañanero. Dimitri parpadeó, y su mano se posó sobre mi cadera. «Rosas...», murmuró. Volvió a sumirse en un sueño profundo, y yo le coloqué la mano de nuevo bajo las sábanas.

«¡Uuuhhhh!», le chisté a la paloma, para espantarla, pero me rozó los dedos con las alas y se posó en el tocador. Era de color de la flor de la magnolia y parecía mansa. Alargué el brazo e hice ruidos con los labios, tratando de atraerla para que volara hasta mí. Pero revoloteó a través de la puerta del vestidor y hacia el pasillo. Cogí mi bata del gancho de la puerta y me fui tras ella.

Iluminados por la luz grisácea, los muebles, que la noche anterior parecían tan acogedores, repentinamente mostraban un aspecto austero y formal. Estudié las paredes de ladrillo visto, el mobiliario, la madera reluciente y me pregunté qué habría cambiado. La paloma se posó en la pantalla de la lámpara y casi perdió el equilibrio cuando ésta se balanceó. Cerré la puerta del pasillo y abrí una de las ventanas. En el exterior, la calle estaba adoquinada y era muy pintoresca. Entre dos casitas de piedra, había una panadería. Había una bicicleta apoyada contra la puerta corredera de cristal, y la luz brillaba en el interior. Tras unos minutos, un chico salió por la puerta, con los brazos cargados de bolsas de pan. Las echó en una cesta atada al manillar de la bicicleta y se alejó pedaleando. Una mujer que llevaba un vestido de flores y una chaqueta de punto se asomó a la puerta cuando el chico se marchó, formando anillos de vaho con su respiración a causa del aire glacial. La paloma me rozó el hombro y salió volando por la ventana por decisión propia. Contemplé cómo planeaba y se lanzaba en picado por el aire, volando cada vez más alto por encima de los tejados hasta que desapareció en el cielo nublado.

El teléfono sonó y me sobresalté. Cogí el auricular. Era Amelia.

—¡Ve a buscar a Dimitri!

Era una de sus órdenes. Pero en lugar de sentirme molesta por su intromisión, me extrañé. Su voz era aún más aguda de lo habitual y estaba sin aliento.

Dimitri ya se estaba acercando a grandes zancadas por la alfombra, mientras se ponía la camisa del pijama. Su rostro se contraía en un gesto soñoliento.

Le pasé el auricular.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz ronca.

El sordo parloteo de Amelia a través del auricular era incesante. Me imaginé que habría organizado un almuerzo en el Hotel Cathay o alguna otra interrupción, cualquier cosa para evitar que Dimitri y yo disfrutáramos de nuestra primera mañana como recién casados nosotros solos. Miré a mi alrededor en busca de cerillas para encender el fuego y encontré una caja en un estante. Estaba a punto de encender una cuando miré a Dimitri de reojo. Su piel había adquirido un tono ceniciento.

—Cálmate —estaba diciendo—. Quédate allí por si acaso él llama.

Dimitri colgó el auricular y me miró fijamente.

—Serguéi salió a conducir ayer por la noche y no ha vuelto a casa.

Fue como si miles de agujas y alfileres se me clavaran en las palmas de las manos y en las plantas de los pies. En cualquier otra situación, no me habría sentido tan preocupada. Habría supuesto que Serguéi se habría quedado a dormir la borrachera en el club por la fiesta del día anterior. Pero las cosas habían cambiado. Shanghái estaba más peligrosa que nunca. La guerra civil era la causa de que hubiera espías comunistas por doquier, y, sólo en la última semana, habían sido asesinados ocho hombres de negocios chinos y extranjeros. El mero pensamiento de Serguéi en manos de los comunistas era demasiado horrible como para poder soportarlo.

Dimitri y yo rebuscamos en los baúles que las doncellas habían empaquetado para nosotros. Lo único que pudimos encontrar fue la ropa de verano y las chaquetas ligeras. Nos las pusimos, pero tan pronto como estuvimos en la calle, un viento endemoniado nos produjo escozor en las manos, en los rostros desnudos y en mis descubiertas piernas. Tirité por el frío, así que Dimitri me rodeó entre sus brazos.

—A Serguéi nunca le ha gustado conducir —comentó Dimitri—. No entiendo por qué no levantó al sirviente para que lo llevara a donde quería ir. Si fue lo bastante estúpido como para conducir fuera de la Concesión Francesa...

Apreté a Dimitri por la cintura, sin querer imaginar que a Serguéi hubiera podido ocurrirle algo malo.

—¿Quién llamó ayer por la noche? —le pregunté—. ¿Fue Amelia?

Dimitri hizo un gesto de dolor.

—No, no fue ella.

Podía notar el temblor bajo su piel. El temor cayó sobre nosotros como una nube negra y seguimos andando taciturnos. Las lágrimas me escocían en los ojos. Se suponía que el primer día de mi matrimonio tendría que haber sido el más feliz. En cambio, había comenzado de la manera más triste.

—Vamos, Anya —me animó Dimitri, acelerando el paso—. Probablemente esté dormido en el club, y todo este drama acabe en nada.

Las puertas del vestíbulo de entrada estaban cerradas, pero tratamos de entrar por una lateral. Comprobamos que estaba abierta. Dimitri recorrió la jamba con la palma de la mano en busca de alguna señal de allanamiento, pero no había ninguna. Nos sonreímos.

—Sabía que estaría aquí —comentó Dimitri. Amelia le dijo que había estado llamando al club desde muy temprano, pero si Serguéi estaba durmiendo por el exceso de alcohol o de opio, podía ser que no hubiera oído el teléfono.

El aroma de las rosas en el vestíbulo era abrumador. Presioné el rostro contra los pétalos cubiertos de rocío, absorbiendo su perfume. Me traían a la mente un recuerdo agradable.

—¡Serguéi! —llamó Dimitri. No hubo respuesta. Corrí hacia el interior del salón, y cruzamos juntos la pista de baile. Mis pasos retumbaron en el espacio vacío y me invadió una súbita tristeza. La oficina estaba desierta. No había nada fuera de lugar, excepto el teléfono, que estaba tirado en el suelo. La base estaba rajada y el cable, enrollado a la pata de una silla.

Buscamos por el restaurante, mirando debajo de las mesas y detrás del mostrador de recepción. Corrimos por la cocina y los baños, e incluso subimos la estrecha escalera que conducía a la azotea, pero no había ni rastro de Serguéi por ninguna parte del club.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunté a Dimitri—. Al menos, ya sabemos que fue Serguéi el que nos telefoneó anoche.

Dimitri se restregó la mano contra la mandíbula.

—Quiero que te vayas a casa y me esperes allí —me contestó.

Observé a Dimitri mientras bajaba pesadamente las escaleras de piedra del club y llamaba a un rickshaw. Sabía adónde iría. Se dirigía a los barrios bajos y a los callejones traseros de la Concesión, donde me habían robado el collar de mi madre. Y si no podía encontrar allí a Serguéi, se dirigiría hacia la zona oeste de la calle Chessboard donde, con toda probabilidad, el hedor a opio todavía flotaría en los estrechos callejones. Las fachadas de las tiendas que servían de tapadera se estarían abriendo, y los traficantes estarían guardando sus bártulos hasta la noche siguiente.

En el camino de vuelta al apartamento, pasé delante de salones de té, comercios de incienso y carnicerías que estaban abriendo sus puertas. Cuando llegué a la calle adoquinada situada en la parte trasera del edificio, la encontré desierta. No había ni rastro del niño de la bicicleta o de su madre. Rebusqué en mi bolso la llave de la puerta, pero un aroma dulzón me produjo picor en la nariz e hizo que me diera media vuelta. El aroma de violetas. Levanté la mirada hacia las jardineras de nuestras ventanas, pero sabía que aquel olor no podía provenir de tan arriba.

Localicé la rejilla y el capó de la limusina de Serguéi. Sobresalía de una callejuela entre la panadería y una casa. Me pregunté cómo era posible que Dimitri y yo la

hubiéramos pasado por alto antes. Corrí por la calle hacia el automóvil y divisé a Serguéi sentado en el asiento delantero, observándome. Estaba sonriendo, con una mano apoyada en el volante. Proferí un grito de alivio.

—¡Hemos estado muy preocupados por ti! —le dije, lanzándome sobre el brillante capó—. ¿Has estado aquí toda la noche?

Desde aquel ángulo del capó, el parabrisas reflejaba el brillo del cielo y me impedía ver el rostro de Serguéi. Le observé preguntándome por qué no me contestaba.

—¡Llevo toda la mañana pensando en comunistas y en asesinatos, y resulta que estás aquí! —le dije.

No salía ni un solo ruido del automóvil. Me deslicé por el capó y logré meterme entre la pared y el asiento del copiloto. Abrí de un tirón la puerta. Un hedor pútrido me impactó. Se me heló la sangre en las venas. El regazo de Serguéi estaba manchado de vómito. Estaba sentado en una postura rígida e innatural.

Le toqué el rostro, pero estaba frío y estirado como el cuero. Se le había enroscado el labio superior hacia arriba, dejando a la vista los dientes. No estaba sonriendo en absoluto.

—¡No! —grité—. ¡No!

Le agarré los brazos, incapaz de comprender la escena que tenía ante mí. Lo sacudí. Como no respondió, lo agarré aún más fuerte. Fue como si no pudiera creer que lo que estaba viendo era real y como si, agitando el cadáver el tiempo suficiente, pudiera devolverle la vida a Serguéi. Una de sus manos se aferraba a la rodilla, y algo brillaba en su puño. Traté de abrirle los dedos para recuperar el objeto. Era una alianza de boda. Me sequé las lágrimas de los ojos, tratando de ver el diseño que estaba grabado en ella. Un círculo de palomas volando en una tira de oro blanco. Ignoré el hedor, apoyé la cabeza en el hombro de Serguéi y sollocé. Cuando lo hice, estoy segura de que le escuché hablándome: «Entiérrame con él puesto —dijo—, quiero irme con ella».

Dos días después, nos reunimos en el recibidor del club para celebrar el funeral. Los tallos de las rosas de la boda se estaban resecando, igual que las hojas exteriores. Las flores se marchitaron como si estuvieran de luto. Los lirios se secaron y se arrugaron como doncellas ajándose y convirtiéndose en ancianas antes de tiempo. Los sirvientes añadieron clavo y canela a los arreglos florales, por lo que el aire se volvió picante y sombrío, recordándonos que estaban por venir aciagos meses. También quemaron granos de vainilla, tratando de que el aroma arcilloso cubriera el efluvio que se filtraba del tallado ataúd de roble.

Después de haber descubierto a Serguéi, llamé al criado para que me ayudara a llevarlo a casa. Dimitri se reunió con nosotros allí. Amelia llamó a un médico. Él examinó el cuerpo y declaró que la muerte había sido provocada por un ataque al

corazón. Dimitri y yo lavamos el cadáver con el mismo cariño de unos padres bañando a su recién nacido, y lo tendimos en una mesa en el recibidor principal, con la intención de llamar a la funeraria al día siguiente. Sin embargo, por la tarde, Amelia nos llamó para pedirnos que volviéramos.

—Toda la casa huele a él. Es imposible escapar.

Cuando llegamos, la casa había sido engullida por un fétido hedor. Examinamos el cuerpo y descubrimos ronchas rojizas en el rostro y el cuello, y que las manos estaban cubiertas de manchas purpúreas. Serguéi estaba pudriéndose ante nosotros, descomponiéndose mucho más rápido de lo normal. Era como si su cuerpo estuviera perseverando en disolverse de este mundo lo más deprisa posible, para volver al polvo sin demora.

El otoño cayó como una guillotina el día del funeral, alejándonos de golpe del último de los cielos azules y tiñéndolo de una tonalidad gris plomizo que nos cubrió por completo. Una llovizna pertinaz nos humedecía los rostros y un viento que cogía fuerza en el norte y llegaba al sur soplando ráfagas glaciales se nos metía en los huesos. Enterramos a Serguéi en el cementerio ruso, a la sombra de cruces ortodoxas y entre el olor de las hojas descompuestas y la tierra húmeda. Me tambaleé al borde de la tumba, contemplando el ataúd que mecía a Serguéi como en un útero materno. Si Amelia sentía aversión por mí antes de la muerte de Serguéi, después de ella, me odiaba ferozmente. Se apretó contra mi costado y me golpeó con el hombro como si esperara que yo también me fuera a caer en la tumba.

—Tú lo has matado, tú, niña egoísta —me susurró, con una voz rasposa—. Trabajó por ti hasta la extenuación. Estaba fuerte como un buey antes de tu boda.

Más tarde, en el velatorio, Dimitri y yo nos atiborramos a galletas de jengibre, anhelando catar de nuevo la dulzura en nuestras bocas entumecidas. Amelia había logrado distraerse durante los preparativos del funeral con excursiones a las carreras y expediciones de compras, mientras que Dimitri y yo deambulábamos por el apartamento como fantasmas, desprovistos del sentido del gusto y del olfato. Todos los días descubríamos en una estantería o en un armario algún nuevo objeto, una fotografía en un marco, una baratija, un adorno, que Serguéi había elegido cariñosamente para nosotros. Su intención había sido que nos proporcionaran alegría cada vez que los encontráramos, pero la sombra de su muerte hacía que aquellos objetos nos hirieran como flechas. En la cama, nos aferrábamos mutuamente, no como recién casados, sino como quien está a punto de ahogarse, observando el rostro ceniciento del otro en busca de respuestas.

—No os sintáis culpables —nos dijo Luba, tratando de consolarnos—. No creo que temiera molestaros en vuestra noche de bodas. Lo que creo es que supo que iba a morir y quería estar cerca de vosotros. Le recordabais tanto a él mismo y a Marina...

Nunca le dijimos a Amelia que habíamos enterrado a Serguéi con su anillo de bodas puesto, ni que la tumba junto a la suya, con una inscripción en ruso y dos palomas grabadas, una viva y otra muerta, era la de Marina.

El día siguiente al funeral, Alexéi nos reunió en su oficina para la lectura del testamento. Tendría que haber sido un asunto sencillo. A Dimitri le pertenecería el apartamento, Amelia se quedaría con la casa, y el Moscú-Shanghái se dividiría entre los dos.

Pero el modo en el que Luba merodeaba nerviosamente, retorciendo el nudo de su bufanda y temblando mientras servía el té, me hizo pensar que algo malo iba a ocurrir. Dimitri y yo nos acurrucamos juntos en el sofá, mientras Amelia se dejó caer en el sillón de piel junto a la ventana, con sus angulosas facciones bañadas por la luz matutina. Sus ojos se entrecerraron y me recordó de nuevo a una serpiente enroscada a punto de atacar. Comprendí la ferocidad de su odio hacia mí. Provenía de su sentido de supervivencia. Serguéi se había sentido mucho más cercano a mí que a ninguna otra persona durante el último año.

Alexéi mantuvo el suspense, revolviendo los papeles de su mesa y tomándose su tiempo para encenderse una pipa. Sus movimientos eran torpes y lentos, abrumados por el dolor que sentía por la muerte del hombre que había sido su amigo durante más de treinta años.

—No voy a demorarme más —declaró, finalmente—. El último testamento de Serguéi, que revoca a todos los testamentos anteriores, elaborado el día vigésimo primero de agosto de 1947, es muy simple y claro.

Se frotó los ojos y se puso las gafas antes de dirigirse a Dimitri y Amelia.

—Aunque os quería a todos de igual manera y con igual cariño, y quizás os produzca perplejidad por su elección, sus deseos son claros y exactos: «Yo, Serguéi Nikoláievich Kirilov, lego todas mis posesiones terrenales, incluyendo mi casa y todo lo que la misma contiene y mi negocio, el Moscú-Shanghái, a Anna Victorovna Kozlova».

Las palabras de Alexéi recibieron como respuesta un silencio atónito. Nadie se movió. Creo que estaban esperando a que Alexéi añadiera algo más, que incluyera algún tipo de condición. En su lugar, se quitó las gafas y dijo: «Eso es todo». Se me secó tanto la boca que no podía cerrarla. Dimitri se levantó y caminó hacia la ventana. Amelia se hundió en el sillón. Lo que acababa de ocurrir me parecía totalmente irreal. ¿Cómo podía Serguéi, alguien a quien quería y en quien confiaba, hacerme algo así? Había traicionado a Dimitri tras todos sus años de lealtad y me había hecho su cómplice. Mi mente se aceleró tratando de pensar en una razón, pero aquello carecía de sentido.

—¿Hizo este testamento cuando Anya y yo nos comprometimos? —preguntó Dimitri.

—La fecha indica que así es —respondió Alexéi.

—«La fecha indica que así es» —repitió Amelia, con un gesto cargado de desdén—. ¿Es que no eres su abogado? ¿No le aconsejaste sobre su testamento?

—Como ya sabes, Amelia, Serguéi no ha estado bien durante algún tiempo. Fui

testigo de su testamento, pero no le aconsejé sobre el contenido del mismo —replicó Alexéi.

—¿Acaso los abogados aceptan los testamentos de personas de las que sospechan que no están sanos de cuerpo y mente? ¡Yo creo que no! —espetó Amelia, inclinándose sobre el escritorio. Había sacado sus colmillos y estaba dispuesta a atacar.

Alexéi se encogió de hombros. Me dio la impresión de que estaba disfrutando al ver a Amelia tan desconcertada.

—Creo que Anya es una joven de carácter impecable —declaró—. Como esposa, compartirá todas sus posesiones con Dimitri y, ya que tú has sido tan caritativa con ella, estoy seguro de que mostrará el mismo tipo de amabilidad contigo.

Amelia se levantó de un salto.

—Llegó aquí como una mendiga —dijo, sin mirarme—. Nunca ha tenido la intención de quedarse. Le ofrecimos nuestra caridad. ¿Comprendes? Caridad. ¡Y él nos vuelve la espalda a Dimitri y a mí y le deja todo a ella!

Dimitri cruzó la habitación y se detuvo frente a mí. Me cogió la barbilla entre las manos y me miró a los ojos.

—¿Sabías algo sobre esto? —me preguntó.

Empalidecí ante su pregunta.

—¡No! —exclamé.

Me agarró la mano para ayudarme a levantarme del sofá. Era el gesto de un marido atento, pero, tan pronto como le rocé la piel, noté que su sangre se había congelado.

No se me escapó el odio de la mirada de Amelia mientras nos veía marchar. Su expresión se me clavaba como un cuchillo en la espalda.

Dimitri no pronunció ni una sola palabra durante la vuelta a casa. Tampoco dijo nada cuando ya nos encontrábamos en la privacidad de nuestro apartamento. Se pasó la tarde entera encorvado contra el alféizar de la ventana, fumando y mirando a la calle. El peso de la conversación recayó en mí, y me sentía demasiado hastiada como para encargarme de hablar. Lloré, y mis lágrimas gotearon en la sopa de zanahoria que preparé para la cena. Me corté mientras partía el pan y dejé que la sangre tiñera la hogaza. Pensé que si Dimitri ingería mi dolor, creería en mi inocencia.

Por la noche, Dimitri se mantuvo rígido en su asiento, contemplando el fuego. Apartaba la mirada de mí, mientras que yo lo observaba con insistencia, sintiéndome vulnerable y deseando que me perdonara por una culpa que no había cometido.

Finalmente, al levantarse para irse a la cama, me dirigió la palabra:

—Parece que, al final, no se fiaba de mí, ¿eh? —dijo—. Después de repetirme tantas veces que yo era como un hijo, seguía viéndome como la escoria de los bajos fondos. No lo bastante bueno como para confiar en mí.

Los músculos de mi espalda se tensaron. Mi mente se movió en dos direcciones al mismo tiempo. Me sentía aliviada y aterrorizada al ver que Dimitri me volvía a

hablar.

—No pienses eso —le contesté—. Serguéi te adoraba. Es lo que dice Alexéi: no estaba en su sano juicio.

Dimitri se frotó el demacrado rostro con las manos. Me dolía ver la amargura en su mirada. Anhelaba abrazarle, volver a hacer el amor con él. Hubiera dado cualquier cosa por ver deseo en lugar de sufrimiento en su rostro. Solamente habíamos disfrutado de una noche de verdadero amor y felicidad. Desde entonces, todo había ido decayendo; deteriorándose y pudriéndose. La amargura hacía que nuestro hogar apestara, del mismo modo que el cadáver en descomposición de Serguéi había impregnado la casa con su hedor.

—Y, en todo caso, todo lo que es mío es tuyo —continué—. No has perdido el club.

—Y entonces, ¿por qué no ha tenido la decencia de colocar al marido en primer lugar?

Volvimos a caer de nuevo en un silencio hostil, Dimitri se movió otra vez hacia la ventana, y yo me retiré hacia la puerta de la cocina. Deseaba gritar por la injusticia de mi situación. Serguéi había preparado con cariño el apartamento para nosotros, y después, con un solo cambio de su testamento, lo había convertido en un campo de batalla.

—Nunca he entendido su relación con Amelia —comenté—. A veces, parecía que se odiaban. ¿Quizás Serguéi temiera la influencia que ella pudiera ejercer sobre ti?

Dimitri se volvió con tal rencor en la mirada que un temblor me recorrió la espalda. Cerró las manos, apretando los puños.

—Lo peor no es lo que me ha hecho a mí, sino lo que le ha hecho a Amelia —respondió—. Ella trabajó por el club mientras él estaba ocupado, remojándose el cerebro en opio, perdido en las ilusiones de su glorioso pasado. Sin ella, él hubiera sido otro de esos corrompidos rusos tirados en la cuneta. Es fácil criticarla porque nació en la calle, porque no tiene elegantes modales aristocráticos. Pero ¿qué significan realmente esos modales? Dime, ¿quién es más honrado?

—Dimitri —exclamé—, ¿qué dices?, ¿de quién estás hablando?

Dimitri se levantó del alféizar y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. Le seguí. Había cogido su abrigo del armario y se lo estaba poniendo.

—Dimitri, ¡no te vayas! —le supliqué, aunque me percaté de que, en realidad, lo que quería decirle era: «No te vayas con ella».

Se abrochó los botones del abrigo y se cerró el cinturón, ignorándome.

—Lo hecho, hecho está —le dije—, pero podemos dividir el Moscú-Shanghái entre vosotros dos. Te lo cederé legalmente a ti para que puedas decidir lo que quieres darle a Amelia. Y entonces, vosotros dos podréis gestionarlo como siempre habéis hecho, independientemente de mí.

Dimitri paró de abrocharse el abrigo y me observó detenidamente. El gesto burlón de su rostro se suavizó y el corazón me dio un brinco de esperanza.

—Ése sería un buen gesto —respondió—. Y también dejarla quedarse en la casa, aunque ahora sea tuya.

—Por supuesto, no tengo intención de hacer ninguna otra cosa.

Dimitri extendió los brazos. Corrí hacia él, hundiendo mi cara en la solapa de su abrigo. Noté como presionaba los labios contra mi cabello e inhalé su olor, que me resultaba tan familiar. «Todo se arreglará entre nosotros —me dije para mis adentros—, esto pasará y él volverá a amarme».

La semana siguiente, me fui de compras a la calle Nanking. El tiempo había mejorado tras el frío glacial de la semana anterior, y la calle estaba atestada de gente que trataba de disfrutar de los frágiles rayos del sol de mediodía. Riadas de hombres de negocios brotaban de los edificios de oficinas y bancos, por ser la hora del almuerzo; mujeres que arrastraban carritos de la compra se saludaban en las esquinas y, en todos los lugares a los que dirigía mi vista, había puestos de vendedores callejeros. El olor de las carnes especiadas y de las castañas asadas de los vendedores me abrió el apetito. Estaba leyendo el menú del escaparate de un restaurante italiano y tratando de decidirme entre *zuppa di cozze* o *spaghetti alla marinara*, cuando repentinamente alguien profirió un grito tan estridente y atroz que se me paró el corazón. La gente se echó a correr en todas direcciones con el terror reflejado en sus rostros. Recibí empujones por todas partes. Sin embargo, la muchedumbre se vio constreñida por dos camiones militares que aparecieron en cada extremo de la manzana y, de repente, me encontré aprisionada entre un escaparate y un hombre corpulento, que se aplastó tanto contra mí que pensé que se me romperían las costillas. Me zafé del hombre para introducirme en la multitud enloquecida. Todo el mundo luchaba con el resto, tratando de apartarse de lo que estaba ocurriendo en la calle, fuera lo que fuese.

Me empujaron hasta la primera fila de la multitud y me encontré cara a cara con un grupo de soldados del ejército nacionalista. Los soldados apuntaban con sus rifles a una línea de jóvenes chinos, hombres y mujeres, que estaban arrodillados en el suelo, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Los estudiantes no parecían asustados, solamente desorientados. Una de las chicas miraba con ojos entrecerrados a la multitud, y me percaté de que sus gafas se le habían quedado enganchadas en el cuello de la chaqueta. Estaban rotas, como si la hubieran golpeado y se le hubieran caído de la cara. Dos capitanes estaban de pie junto a ella, discutiendo en voz baja. De repente, uno se separó bruscamente del otro. Avanzó dando grandes zancadas hasta colocarse detrás del primer muchacho de la fila, sacó una pistola del cinturón y le disparó al chico a la cabeza. El rostro del muchacho se desfiguró por el impacto de la bala. Un chorro de sangre brotó como una fuente de la herida. Se derrumbó en la acera, mientras la sangre formaba un charco a su alrededor. Enmudecí por el horror, pero hubo otras personas entre la multitud que chillaron y gritaron en señal de

protesta.

El capitán se movió rápidamente a lo largo de la línea, ejecutando a cada uno de los estudiantes con total indiferencia, como un jardinero que recogiera flores muertas. Fueron cayendo uno a uno, con sus rostros retorciéndose y tensándose al morir. Cuando el capitán llegó a la altura de la chica miope, corrí hacia delante sin pensarlo, como para protegerla. El militar me fulminó con una mirada feroz, pero una mujer inglesa me agarró del brazo y me volvió a introducir entre el gentío. Apretó mi cabeza contra su hombro.

—¡No mires! —me dijo. Escuché el disparo de la pistola y me solté de la mujer. La chica no murió instantáneamente, como los otros. El disparo no había sido limpio. La mitad de su cabeza había quedado destrozada. Un colgajo de piel pendía sobre su oreja. Se cayó hacia delante y se arrastró por la acera. Los soldados la siguieron, dándole puntapiés y golpes con las culatas de sus fusiles. Gimió: «¡Mamá!, ¡mamá!», antes de quedarse totalmente quieta. Contemplé su silueta inerte y la enorme herida de su cabeza, y me imaginé a una madre en algún lugar, esperando a una hija que nunca volvería a casa.

Un policía sij se abrió camino entre la muchedumbre. Les gritó a los soldados y señaló los cuerpos esparcidos en la acera.

—¡No tienen ustedes derecho a estar aquí! —les gritó—. ¡Éste no es su territorio!

Los soldados le ignoraron y se volvieron a montar en los camiones. El capitán que había llevado a cabo la matanza se volvió hacia el gentío y dijo: «Todos aquellos que sientan simpatía por los comunistas morirán con los comunistas. Mi advertencia es la siguiente: lo que les he hecho a ellos será exactamente lo mismo que les harán a ustedes si les permiten entrar en Shanghái».

Me apresuré por la calle Nanking, apenas consciente de adónde me dirigía. Mi mente era un revoltijo de imágenes y sonidos.

Me chocaba con la gente y con los carritos de la compra, magullándome los brazos y las caderas sin casi notarlos. Principalmente, pensaba en Tang. Aquella sonrisa retorcida, las manos destrozadas, su necesidad de venganza. No había percibido aquel odio en los ojos de esos jóvenes estudiantes.

Me encontré frente al Moscú-Shanghái y me apresuré a entrar. Dimitri y Amelia estaban en la oficina, examinando los libros de cuentas con su nuevo abogado, un estadounidense llamado Bridges. El ambiente estaba cargado por el humo de sus respectivos cigarrillos, y todos fruncían el ceño con gesto concentrado. Aunque la tensión entre Dimitri y yo se había desvanecido, e incluso Amelia se había comportado muy educadamente tras comprender que no iba a desalojarla de la casa, sólo me atreví a interrumpirles con aquel descaro por la desesperación que sentía.

—¿Qué sucede? —me preguntó Dimitri levantándose de su asiento.

Su mirada estaba cargada de preocupación, y me pregunté cuál sería mi aspecto en aquel momento.

Me ayudó a sentarme y me apartó el pelo de la cara. Me conmovió su ternura y

farfullé todo lo que había presenciado, deteniéndome con frecuencia para tragar las lágrimas que me ahogaban. Escucharon mi relato atentamente y cuando terminé, permanecieron en silencio durante largo rato. Amelia tamborileó con sus largas uñas rojas sobre el escritorio, y Dimitri se paseó hacia la ventana, abriéndola para que entrara el aire.

—Estos no son buenos tiempos —comentó Bridges, frotándose las patillas.

—Yo creo en lo que Serguéi decía —contestó Dimitri—: Sobrevivimos a la guerra y sobreviviremos a esto.

—Las únicas palabras sabias que tuvo a bien ofrecernos —se burló Amelia, sacando un nuevo cigarrillo y encendiéndolo.

—¿Y qué pasa con los rumores? —inquirió Bridges—. Cada vez se oyen con más frecuencia. Y un buen día ya no hay pan, y al siguiente no hay arroz...

—¿Qué rumores? —pregunté.

Bridges me observó con atención mientras presionaba uno de sus peludos puños contra su otra mano.

—Dicen que el ejército comunista se ha reagrupado y que está aproximándose al Yangtsé. Que por todo el país los generales nacionalistas están desertando y uniéndose a las tropas de los comunistas. Que planean atacar Shanghái.

Contuve la respiración. Empecé a temblar desde las piernas hasta los brazos. Pensé que iba a vomitar.

—¿Para qué asustas a Anya? —le preguntó Dimitri—. ¿Te parece un buen momento para decirle estas cosas? ¿Después de todo lo que acaba de presenciar?

—Tonterías —espetó Amelia—. El club va mejor que nunca. Está lleno de británicos, franceses e italianos. Los únicos que se están poniendo nerviosos son los cobardicas de los estadounidenses. ¿Y qué, si vienen los comunistas? Quieren a los chinos, no a nosotros.

—¿Y qué pasa con el toque de queda? —dijo Bridges.

—¿Qué toque de queda? —inquirí.

Dimitri miró con enfado a Bridges.

—Será sólo durante el invierno. Para ahorrar combustible y otras existencias. Nada por lo que haya que preocuparse.

—¿Qué toque de queda? —volví a preguntar, mirando primero a Bridges y luego a Dimitri.

—Solamente podemos abrir cuatro noches a la semana. Y sólo hasta las once y media —dijo Bridges.

—Es una mera precaución para el racionamiento —comentó Dimitri—. Durante la guerra, era más grave.

—Otro acto cobardica de los estadounidenses —añadió Amelia.

—Sólo será durante el invierno —sentenció Dimitri—. Nada de lo que tengamos que preocuparnos en absoluto.

Al día siguiente, Luba vino a verme. Llevaba puesto un traje de color azul cobalto

con un ramillete de flores cosido a la solapa. Al principio, me sentí incómoda, porque Dimitri y Amelia habían despedido a su marido como abogado del club, pero Luba no cambió su actitud hacia mí.

—Anya, ¡mira qué pálida y delgada te has quedado! —comentó—. Te voy a llevar a comer bien de verdad. A mi club.

La invité a entrar y me rozó al pasar, mirando por todo el apartamento como si estuviera buscando a alguien. Se acercó rápidamente al aparador y examinó las muñecas; después cogió un buda de jade de la estantería, lo estudió y pasó las manos por las paredes de ladrillo visto. Entonces comprendí lo que buscaba en las cosas que estaba tocando.

—Lo echo de menos como a mi propio padre —le confesé.

Su rostro se contrajo.

—Yo también lo echo de menos.

Nuestras miradas se cruzaron, y Luba se volvió para admirar un cuadro que representaba los jardines chinos. El sol de media mañana brillaba a través de las ventanas sin cortinas, y relucía por encima de los ondulados cabellos de Luba, formando una especie de aureola. Me recordó a la manera en la que las luces del Moscú-Shanghái se proyectaron por encima de los hombros de Serguéi cuando bailamos la noche de la celebración de mi compromiso con Dimitri. Aunque Luba era parte de nuestro círculo, nunca había llegado a conocerla realmente bien. Era una de esas mujeres que se adaptaban tan bien al papel de ser la esposa de alguien que era imposible pensar en ella como algo más que una extensión de su marido. Siempre me había parecido una muñeca robusta y carnosa, que iba del brazo de su marido mostrando una reluciente sonrisa, pero sin revelar nunca sus pensamientos. De pronto, en un instante, nos habíamos convertido en aliadas, por habernos atrevido a recordar a Serguéi con cariño.

—Me voy a vestir —le dije. Después, como por un impulso, le pregunté—. ¿Estabas enamorada de él?

Se echó a reír.

—No, pero sí que le quería —me contestó—. Era primo mío.

El club de Luba estaba en el camino del pozo de la risa. Era un lugar con estilo, pero también algo deslustrado. Las cortinas eran elegantes, pero estaban descoloridas y las alfombras orientales eran magníficas, pero raídas. Los grandes ventanales daban a un jardín rocoso con una fuente y magnolios. El club atraía a las esposas acomodadas que no podían entrar en los clubes británicos. Estaba lleno de mujeres alemanas, holandesas y francesas; la mayoría de ellas tenían aproximadamente la edad de Luba. En el salón comedor había mucho bullicio, por el ruido de las conversaciones y el sonido metálico de los platos y los vasos que los camareros chinos llevaban de un lado para otro en carritos de plata.

Luba y yo compartimos una botella de champán y pedimos pollo a la Kiev, escalope y tarta de queso con chocolate blanco de postre. Me sentí como si estuviera

viendo a Luba por primera vez. Al mirarla, era como si estuviera mirando a Serguéi. No me podía creer que no hubiera notado el parecido antes. La misma corpulencia de oso. Las regordetas manos que sostenían el cuchillo y el tenedor tenían manchas que atestiguaban su edad, pero mostraban una cuidadosa manicura; sus hombros eran algo encorvados, pero la barbilla se mantenía erguida. Su piel era elástica y bien cuidada. Abrió un estuche de maquillaje y se empolvó la nariz. Tenía una pequeña mancha de picadura de viruela en la mejilla izquierda, pero llevaba el rostro tan cuidadosamente maquillado que la mancha era prácticamente invisible. Aunque no se parecía nada a mi madre, había algo maternal en Luba que me hizo sentir mucho cariño por ella. O quizás fue porque me recordaba poderosamente a Serguéi.

—¿Cómo es que ninguno de los dos me ha mencionado nunca que erais primos?
—le pregunté mientras nos retiraban los primeros platos de la mesa.

Luba sacudió la cabeza.

—Por causa de Amelia. Serguéi no quiso escucharnos cuando le dijimos que no se casara con ella. Él se sentía solo y ella buscaba una manera fácil de entrar en el mundo del lujo. Como ya sabes, las leyes en Shanghái son complicadas en lo que respecta a los rusos. Todo el resto de los extranjeros debe someterse a las leyes de sus respectivos países, pero nosotros debemos acatar las leyes chinas en la mayoría de los casos. Teníamos que dar todos los pasos necesarios para proteger mis activos.

Luba paseó la mirada por la habitación en busca del camarero, pero él estaba ocupado tomando nota en otras mesas, por lo que cogió ella misma la botella de champán por el cuello y rellenó nuestras copas.

—Anyá, tengo que hacerte una advertencia —me confesó.

—¿Advertirme sobre qué? —le pregunté.

Alisó el mantel con la mano.

—Alexéi fue quien aconsejó a Serguéi para que hiciera el nuevo testamento y dejara fuera a Dimitri.

Me quedé mirándola, boquiabierta.

—¿De modo que Serguéi no estaba enajenado?

—No.

—Eso casi ha provocado que mi matrimonio se fuera a pique —le dije, con un tono de voz más tenso—. ¿Por qué aconsejaría tu marido una cosa así a Serguéi?

Luba dejó caer la copa en la mesa con un golpe, lo que hizo que el champán salpicara la mesa.

—Porque Dimitri nunca escuchó a Serguéi cuando trató de prevenirle sobre Amelia. Cuando se casaron, Serguéi le dio a Amelia joyas y dinero. Pero nunca le prometió el Moscú-Shanghái. El club no era para nadie hasta que apareció Dimitri. Y sin embargo, de algún modo, Amelia consiguió convencer a Dimitri de que ambos iban a compartirlo a la muerte de Serguéi.

Sacudí la cabeza. No estaba preparada para decirle a Luba que ya había cedido el club a favor de Dimitri precisamente con ese fin.

—Aun así, sigo sin entender nada —le contesté.

Luba me estudió durante un momento. Noté que había algo más aparte de lo que me había revelado, pero quería asegurarse de que yo fuera lo suficientemente fuerte para escucharlo antes de continuar. Deseé que pensara que no lo era. No podía soportar oír ni una palabra más.

El camarero llegó con el carrito de los postres y colocó en medio la tarta de queso que habíamos pedido para compartir. Cuando se marchó, Luba cogió el tenedor y lo hundió en el cremoso postre.

—¿Sabes lo que Amelia realmente quiere? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Todos conocemos a Amelia. Siempre lo quiere todo a su manera.

Luba sacudió la cabeza. Inclinandose hacia delante, susurró:

—No todo a su manera. No, realmente. Lo que quiere es el alma de la gente.

Sonaba tan melodramático que casi me eché a reír, pero algo en la mirada de Luba me lo impidió. Podía notarme el pulso en el cuello.

—Los devora, Anya —continuó—. Se adueñó del alma de Serguéi hasta que tú viniste y lo liberaste. Y ahora, también estás alejando a Dimitri de ella. ¿Crees que se va a quedar contenta con eso? Serguéi te ha dado la posibilidad de extirparla de tu vida como si de un cáncer se tratara. Dimitri no es lo suficientemente fuerte para hacerlo él solo. Por eso, Serguéi te dejó el club a ti.

Dejé escapar una risita nerviosa y me tomé un bocado de tarta, tratando de disimular el terror que me estaba empezando a reptar por las venas.

—Luba, de verdad, no puedes creer que ella quiera el alma de Dimitri. Ya sé que es perversa, pero no es el demonio.

Luba dejó caer el tenedor en su plato.

—Anya, ¿sabes qué tipo de mujer es? Quiero decir, ¿lo sabes realmente? Amelia llegó a China en compañía de un traficante de opio. Cuando una banda de la mafia china lo asesinó, comenzó a perseguir a un joven banquero estadounidense cuya mujer y dos hijos todavía estaban en Nueva York. Él trató de alejarla de su vida, así que ella le escribió una carta llena de mentiras a su mujer. La joven esposa llenó la bañera de agua caliente y se cortó las venas.

El ácido dulzor de la tarta se me volvió amargo en la boca. Recordé mi primera noche en el Moscú-Shanghái y lo que había dicho una de las esposas de los capitanes sobre que Amelia había arruinado la vida de un buen hombre.

—Luba, me estás asustando —le dije—. Por favor, dime sobre qué estás tratando de advertirme.

Una sombra pareció pasar por la habitación. Se me puso la espalda rígida. Luba tiritó, como si hubiera sentido también la sombra.

—Es capaz de cualquier cosa. No me creo que Serguéi tuviera un ataque al corazón. Lo que creo es que ella lo envenenó.

Dejé caer la servilleta sobre la mesa y me levanté, mirando en dirección al aseo

de señoras.

—Discúlpame —le dije, luchando contra las manchas negras que me enturbiaban la mirada.

Luba me agarró de la muñeca y me obligó a sentarme de nuevo.

—Anyá, ya no eres una niña. Serguéi ya no está aquí para cuidar de ti, debes afrontar la realidad. Debes deshacerte de esa mujer. Es una víbora al acecho, y está esperando el momento para engulliros de un solo bocado.

7

LA CAÍDA

A finales de noviembre, se demostró que la predicción de Dimitri de que no nos veríamos afectados por la guerra civil era equivocada. Los refugiados provenientes del campo llegaban a cientos a Shanghái: recorrían penosamente arrozales congelados y caminos enlodados, transportando todas las pertenencias que podían llevarse con ellos en rickshaws y carretillas. Por las calles, había demasiados mendigando, que fallecían de hambre ante nuestros ojos, convirtiéndose en bultos ovillados de andrajos. Los barrios bajos se superpoblaron, y todos los edificios vacíos fueron invadidos por ocupantes ilegales. En las calles, merodeaban en torno a débiles fogatas y ahogaban a sus hijos cuando ya no podían soportar verles sufrir más. El hedor a muerte se mezclaba con el aire glacial. La gente andaba por la calle con pañuelos bajo la nariz; los restaurantes y los hoteles rociaban su interior con perfume e instalaban esclusas de aire para evitar que el hedor apestara sus locales. Cada mañana, los camiones de la basura patrullaban por toda la ciudad, recogiendo los cadáveres.

El gobierno nacionalista continuó censurando los periódicos, y lo único que leíamos eran artículos sobre la moda de París y los partidos de críquet en Inglaterra. Aunque la inflación estaba paralizando la economía, en los tranvías y las calles comerciales, todo estaba cubierto de carteles publicitarios de nuevos electrodomésticos. Los magnates comerciales de Shanghái trataban de convencernos de que todo iba bien. Sin embargo, no podían poner fin a los rumores en cafés, teatros, bibliotecas y salones. El ejército comunista había acampado a la orilla del río Yangtsé para estudiarnos. Estaban esperando a que acabara el invierno, reuniendo fuerzas antes de marchar sobre Shanghái.

Una mañana, Dimitri volvió más tarde de lo habitual del club. Yo no le había acompañado porque tenía un fuerte resfriado. Todavía tenía fiebre cuando le abrí la puerta. Su rostro demacrado presentaba una expresión desolada. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué sucede? —le pregunté, ayudándole a quitarse el abrigo.

—No quiero que vengas más al club —me contestó.

Me soné la nariz con un pañuelo. Sentía náuseas, así que me senté en el sofá.

—¿Qué ha pasado?

—Nuestra clientela tiene miedo de salir por la noche. Cada vez es más difícil cubrir los gastos. El cocinero jefe ha huido a Hong Kong y no he tenido más remedio que contratar a uno de los cocineros del Imperial, que es la mitad de bueno que el nuestro, y pagarle el doble para que se quede con nosotros.

Dimitri cogió una botella de *whisky* y un vaso del aparador y se sirvió una copa.

—Voy a tener que bajar los precios para poder atraer a más gente... Sólo hasta que todo pase. —Se volvió hacia mí. Se encorvó, como un hombre al que le acabaran de golpear—. No quiero que lo veas. No quiero que mi esposa reciba a marineros y a capataces de fábricas.

—Pero ¿es tan grave?

Dimitri se desplomó a mi lado. Apoyó la cabeza en mi regazo y cerró los ojos. Le acaricié el pelo. Solamente tenía veinte años, pero las tensiones de los últimos meses se le habían quedado marcadas en la frente en forma de arrugas. Pasé los dedos sobre los frunces de su piel, intentando alisarlos. Me encantaba el tacto de su tez, resistente y aterciopelada como el ante de buena calidad.

Ambos nos quedamos dormidos y, por primera vez en mucho tiempo, soñé con Harbin. Vagaba por la casa cuando escuché una risa familiar. Boris y Olga estaban de pie, junto al fuego, con su gato. Mi padre estaba podando unas rosas para ponerlas en un jarrón, con un cigarrillo colgándole de los labios, mientras cortaba hábilmente con las manos las espinas y los tallos. Me sonrió cuando pasé a su lado. En el exterior, por la ventana, se veían los verdes campos de mi niñez, extendidos ante mí, y percibí a mi madre junto al río. Corrí afuera, con la hierba húmeda rozándome los pies. Me quedé sin aliento y lloré en el momento en el que alcancé a tocar el dobladillo de su vestido. Ella se llevó los dedos a los labios y luego presionó con sus dedos los míos. Su imagen fue atenuándose y yo parpadeé para darme cuenta de que la mañana había llegado.

Dimitri aún estaba dormido junto a mí en el sofá, con su rostro aplastado contra un cojín. Respiraba profunda y pacíficamente. Incluso cuando le besé los párpados, no se movió. Froté mi mejilla contra su hombro y después le rodeé con los brazos, como el superviviente de un naufragio que se aferrase a un madero.

Por la noche, mi resfriado se había convertido en fiebre alta, y tosía con tanta violencia que comencé a escupir sangre. Dimitri llamó a un médico, que llegó justo después de medianoche. El cabello del médico formaba una nube blanca alrededor de su rubicundo rostro, y su nariz parecía un champiñón. Pensé que se asemejaba a un duende de cuento de hadas mientras le observaba calentando el estetoscopio entre sus finas manos y escuchando el silbido dentro de mi pecho.

—Ha sido usted imprudente al no llamarme antes —declaró, metiéndome el termómetro en la boca—. Sufre una infección de pecho y, a no ser que prometa

quedarse en la cama hasta que se recupere por completo, tendré que enviarla al hospital.

El termómetro sabía a mentol. Me recosté hundiéndome en las almohadas, mientras cruzaba los brazos sobre mi dolorida caja torácica. Dimitri se agachó junto a mí, masajeándome el cuello y los hombros para aliviarme el dolor. «Anya, por favor, recupérate», me susurró.

Durante la primera semana de mi enfermedad, Dimitri trató de cuidarme mientras seguía encargándose del club. Pero mi tos interrumpía las pocas horas de sueño que él trataba de acumular durante los mediodías y las tardes. Me alarmó ver los círculos negros que se le formaron bajo los ojos y su pálida complexión. No podíamos permitirnos que él también enfermara. No había contratado a ninguna doncella ni cocinera, por lo que le pedí que fuera a buscar a Mei Lin para que viniera a cuidarme, y le sugerí que tratara de descansar un poco en la casa.

Me pasé postrada en la cama la mayor parte de diciembre. Todas las noches volvía a tener fiebre y pesadillas. Veía como Tang y los comunistas venían a buscarme. El granjero al que los japoneses habían ejecutado ante mis ojos se me aparecía en sueños cada noche, suplicándome con ojos afligidos. Me alargaba una mano y yo la cogía, pero no le latía el pulso, y yo sabía que ya estaba condenado. Una vez, cuando creía estar despierta, vi a una joven china tumbada a mi lado, con las gafas enganchadas en el cuello de la chaqueta y la cabeza destrozada sangrando sobre mis sábanas. «¡Mamá!, ¡mamá!», gemía.

A veces soñaba con Serguéi y me despertaba llorando. Traté de ponerme a mí misma a prueba, para ver si realmente pensaba que Amelia le había envenenado, pero, a pesar de la convicción de Luba, sencillamente no podía creérmelo. En todo caso, desde que Dimitri había hecho socia a Amelia en el club, ella se había mostrado más cordial que nunca conmigo. Y cuando se enteró de que estaba enferma, me había enviado un criado con un precioso ramo de lirios.

Alrededor de mediados de diciembre, Dimitri pasaba la mayor parte del tiempo en el club, tratando de mantenerlo a flote. Había trasladado sus cosas a la casa, porque le resultaba más cómodo quedarse allí. Yo estaba sola y aburrida. Trataba de concentrarme en los libros que Luba me traía, pero la vista se me cansaba en seguida, y, al final, me pasaba las horas mirando al techo, demasiado débil incluso para sentarme en una silla junto a la ventana. Después de tres semanas, aunque la fiebre había remitido y la tos era menos fuerte, todavía no podía ir desde el dormitorio hasta el sofá del salón sin ayuda.

Dimitri vino a verme temprano el día de la Nochebuena occidental. Mei Lin, que estaba mejorando mucho sus habilidades culinarias, preparó pescado frito sazonado y espinacas.

—Me alegra ver que vuelves a comer comida de verdad —comentó Dimitri—.

Estarás mejor antes de que te des cuenta.

—Cuando me encuentre mejor, me voy a poner mi vestido más bonito y deslumbraré a todo el mundo cuando vuelva al club. Voy a ayudarte como debe hacerlo una esposa.

El rostro de Dimitri adquirió una expresión tensa, como si de pronto tuviera los ojos irritados. Le observé y él se apartó.

—Eso estaría bien —dijo.

Al principio, me sorprendí por su reacción. Pero luego recordé que se avergonzaba de la nueva clientela. «Me da igual —pensé—, te amo, Dimitri. Soy tu esposa y deseo estar a tu lado, independientemente de lo que ocurra».

Más tarde, aquella noche, después de que Dimitri se fuera, Alexéi y Luba me trajeron un regalo. Abrí la caja y encontré un chal de cachemira en el interior. Era de un tenue color ciruela, y me lo puse sobre los hombros para enseñarles cómo me quedaba.

—Te sienta muy bien —comentó Alexéi—. El color de tu pelo queda estupendamente con la tonalidad del chal.

Los Mijailov se marcharon, y miré por la ventana mientras andaban calle abajo. Justo antes de doblar la esquina, Alexéi le pasó el brazo a su mujer por la cintura. Era un movimiento muy sencillo y relajado, un toque de afecto confiado que aparece tras años de intimidad compartida. Me preguntaba si Dimitri y yo llegaríamos a ser así algún día, pero aquel pensamiento me deprimió. Sólo llevábamos casados tres meses y ya estábamos pasando las Navidades separados.

Las cosas parecieron mejorar al día siguiente, cuando Dimitri vino a verme. Sonreía de oreja a oreja y me acarició juguetón la cadera.

—¡Tendrías que haberlo visto ayer por la noche! —me dijo—. Fue casi como en los viejos tiempos. Parece que todo el mundo está harto de esta estúpida guerra. Los Thorn, los Roden, los Fairbank, todos estaban allí. La señora Degas apareció allí con su caniche y preguntó por ti. Todo el mundo se lo pasó bien, y dijeron que volverían para Nochevieja.

—Me voy recuperando —le confesé a Dimitri—. Ya he dejado de toser. ¿Cuándo volverás a instalarte en el apartamento?

—Ya veo que estás mejor —me contestó Dimitri, besándome en la mejilla—. Trataré de volver después de Nochevieja. Tengo muchas cosas que hacer hasta entonces.

Dimitri se quitó la ropa y se tomó un baño, ordenándole a Mei Lin que le trajera un *whisky*. Observé mi pálida complexión en el espejo de la entrada. Tenía manchas oscuras bajo los ojos y la piel alrededor de la nariz y de los labios se me había escamado. «Tienes un aspecto terrible —le dije a mi reflejo—, pero, cueste lo que cueste, tú también tienes que ir a esa fiesta».

«Dame un buen campo y te traeré trigo dorado...», escuché como Dimitri entonaba en el baño. Era una antigua canción sobre la cosecha. Sus canturreos me

hicieron sonreír. «Dame una semana más de descanso y un día en el salón de belleza e iré a tu fiesta», pensé. Y entonces se me ocurrió una idea aún mejor: mantendría en secreto mis intenciones hasta el último momento. Aparecería en la fiesta como un regalo tardío de Navidades para él.

La escalinata del Moscú-Shanghái estaba desierta cuando llegué allí el día de Nochevieja. Hacía una noche desapacible, y en la entrada no había alfombra roja ni cuerda trenzada color dorado dispuestas para la elegante muchedumbre. Los dos leones de mármol parecían mirar hacia mí cuando me bajé del taxi y me apeé al principio de los congelados escalones. Un viento húmedo me despeinó. Me irritó la tráquea y comencé a resollar, pero nada iba a impedir que diera mi sorpresa. Me cerré el cuello del abrigo y corrí escaleras arriba.

Me alivió descubrir en el recibidor al gentío, que llenaba de colorido la nívea estancia. Las risas de la gente hacían eco contra la lámpara de araña y los espejos dorados. Me sentí encantada al ver a toda aquella gente. Había imaginado que simplemente encontraría lo que Dimitri me había contado: clientes de segunda categoría, a los que había estado recibiendo para mantener el ritmo del club. Sin embargo, la gente a la que vi quitándose capas de lujosas lanas y sedas y entregándoselas a las chicas del guardarropa era la de siempre. Casi se podían catar sus aromas en el aire: perfumes orientales, pieles, buen tabaco y dinero.

Dejé mi abrigo en el guardarropa y me percaté de que un joven me estaba observando. Estaba inclinado sobre el mostrador, balanceando un vaso de ginebra entre los dedos. Los ojos del hombre se posaron sobre mi vestido y me dedicó una sonrisa que parecía más un guiño. Llevaba puesto el *cheongsam* verde esmeralda, el vestido que llevé la primera noche que visité el club. Me lo había puesto como amuleto de buena suerte, para el Moscú-Shanghái y para mí. Pasé junto a mi admirador y me puse a buscar a Dimitri.

La muchedumbre que se dirigía a la sala de baile casi me aplastó. En el escenario, una banda de negros vestidos con trajes color berenjena tocaba *jazz* con ímpetu. Los músicos estaban muy animados. Sus rectos dientes y sus pieles de ébano relucían bajo los focos. La pista estaba atestada de gente que se agitaba al ritmo de los chirridos de la trompeta y el saxofón. Localicé a Dimitri cerca de la entrada del escenario, hablando con un camarero. Se había cortado el pelo, dejándose al descubierto las orejas y la zona de la frente. Ese peinado le daba un aire más joven. El camarero se marchó, y Dimitri miró en mi dirección, pero no me reconoció hasta que me acerqué. Cuando lo hice, frunció el ceño. Me quedé perpleja por su desagrado manifiesto. Amelia se precipitó hacia él para decirle algo. Pero cuando él no reaccionó, siguió la dirección de su mirada, que apuntaba hacia mí. Un atisbo de recelo pasó por su rostro. ¿Por qué le inspiraba tanta desconfianza?

Dimitri se abrió paso hasta donde yo estaba.

—Anya, deberías estar en casa —me dijo, agarrándome por los hombros, como si yo estuviera a punto de sufrir un colapso.

—No te preocupes —le contesté—. Sólo me quedaré hasta la medianoche. Lo único que quería era venir a darte ánimos.

Aun así, Dimitri no sonrió. Se encogió de hombros y dijo:

—Vamos, entonces. Tomemos una copa en el restaurante.

Le seguí escaleras arriba. El maître del restaurante nos sentó en una mesa que tenía vistas a la pista de baile. Me di cuenta de que Dimitri estaba contemplando mi vestido.

—¿Lo recuerdas? —le pregunté.

—Sí —contestó, con un destello en la mirada. Por un momento, pensé que había lágrimas en sus ojos, pero sólo era la iluminación.

El camarero nos trajo una botella de vino y llenó nuestras copas. Nos comimos dos pequeños *blinis* con caviar y crema agria. Dimitri se inclinó hacia mí y me tocó el pelo.

—Eres una chica muy hermosa —me dijo.

Me recorrió una vibración de placer. Me acerqué a él, con el dolor del anhelo por la felicidad que se nos había escapado de las manos desde que se conoció el contenido del testamento de Serguéi. «Vamos a volver a estar bien —me dije para mis adentros—, todo va a ir mejor a partir de ahora».

Apartó la mirada y se contempló las manos.

—No quiero que haya mentiras entre nosotros, Anya.

—No hay mentiras —le contesté.

—Amelia y yo somos amantes.

La respiración se me paró en mitad de la garganta.

—¿¡Qué!?

—No ha sido intencionado. Yo te amaba cuando me casé contigo —confesó Dimitri.

Me aparté lentamente de él. Se me puso la piel de gallina.

—¿¡Qué!?

Se me retorcieron las entrañas. Mis sentidos comenzaron a abandonarme uno tras otro. La música pareció ralentizarse, todo se me volvió borroso. Agarré mi copa de vino, pero no podía notarla al tacto.

—Ella es toda una mujer —me dijo—. Ahora es precisamente lo que necesito: toda una mujer.

Me levanté de la mesa, golpeando mi copa. El vino tinto salpicó el blanco mantel. Dimitri no se percató. El espacio entre nosotros se distorsionó. En lugar de estar en la misma mesa, parecíamos estar en extremos opuestos de la habitación. Dimitri sonreía. El extraño que en su momento había sido mi marido no me miraba. Estaba a kilómetros de distancia. Un hombre enamorado de otra persona.

—Siempre hubo algo entre nosotros —dijo—, pero hizo falta la muerte de

Serguéi para abrir esa puerta.

El retortijón que sentía en mi interior se convirtió en un dolor abrumador. «Si me marchó, nada de esto se hará realidad», me dije. Le di la espalda a Dimitri y me abrí paso lentamente entre las mesas. La gente levantó la mirada de sus cenas o paró de hablar en mitad de una frase para observarme. Traté de mantener la cabeza alta, de dar la sensación de la perfecta anfitriona, pero las lágrimas se mezclaban con el maquillaje compacto de mi rostro y me recorrían las mejillas.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó un hombre.

—Sí, sí —le contesté, pero se me doblaron las rodillas. Me agarré a un camarero que pasaba con una bandeja de bebidas. Nos caímos juntos y una copa de champán se rompió bajo mi peso.

Poco tiempo después, volví en mí y me encontré de nuevo en el apartamento, mientras Mei Lin me sacaba con pinzas los trozos de cristal del hombro. Me había dormido la zona con hielo, pero todo el hombro se me había hinchado para convertirse en un bulto color ciruela. El *cheongsam* colgaba de una silla junto al armario; el agujero teñido de sangre en la manga parecía producido por un disparo. Dimitri nos observaba desde la chimenea.

—Si ya has acabado de limpiarlo —le ordenó a Mei Lin—, véndalo y llamaremos al médico mañana.

La muchacha lo observó, notando que algo andaba mal. Presionó una bola de gasa algodonosa contra la herida y la fijó con una venda. Cuando terminó, le dedicó a Dimitri una última mirada enfurecida antes de escabullirse de la habitación.

—Se está volviendo muy insolente, esa niña. No deberías malcriarla tanto —comentó, mientras se ponía el abrigo.

Me puse en pie y me tambaleé como si estuviera borracha.

—¡¡Dimitri!! ¡Yo soy tu mujer!

—Ya te he explicado la situación —me dijo—. Tengo que volver al club.

Me incliné sobre la puerta, incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo podía estar haciéndome esto Dimitri? ¿Cómo podía decirme que estaba enamorado de ella? ¿¿De Amelia?? Sentí un pinchazo en la cara y comencé a llorar. Lloraba con demasiada violencia para mis magulladas costillas y tuve que jadear para conseguir respirar.

—¡Basta ya! —exclamó Dimitri, intentando sortearme. Parpadeé para mirarle entre las lágrimas. En su rostro se vislumbraba una dureza que jamás antes había visto. Supe entonces que ni con todas las lágrimas del mundo podría cambiar nada.

Una enfermedad dio paso a otra diferente. A la mañana siguiente, Mei Lin trató de hacerme ingerir el desayuno, pero no podía tragar ni una sola cucharada de huevos revueltos. Tener el corazón roto era mucho peor que una simple fiebre. Notaba en cada parte de mí un dolor incontenible. Apenas podía respirar. Dimitri me había

traicionado y me había dejado sola. No tenía a nadie. No tenía un padre, ni una madre, ni un tutor, ni un marido.

Luba se presentó en la puerta de casa en menos de una hora cuando la llamé. Acostumbraba a llevar el cabello impecablemente arreglado, pero aquella mañana algunos mechones sueltos se le caían por la espalda. Una parte de la solapa del cuello de su vestido se le había quedado por dentro. Experimenté una extraña sensación de alivio cuando vi mi confusión reflejada en su apariencia.

Tras echarme un vistazo, se apresuró a entrar en el baño y regresó al cabo de un momento con una toalla húmeda para lavarme la cara.

—Lo peor de todo esto es que tú trataste de prevenirme —le confesé.

—Cuando hayas descansado y hayas comido algo —me contestó—, verás que las cosas no son tan malas como parecen.

Cerré los ojos y apreté los puños. ¿Cómo podían empeorar más las cosas? ¿No fue Luba la que me dijo que Amelia había provocado el suicidio de una mujer y que causaba algún tipo de influencia maligna sobre el alma de Dimitri?

—Ya sé que no me crees —me dijo Luba—, pero ahora que ha ocurrido, veo que tienes muchas cosas a tu favor. Cosas que no tuve en cuenta anteriormente.

—He hecho precisamente todo aquello de lo que Serguéi intentaba protegerme —declaré, hundiéndome en el sofá—. Les cedí el club.

Luba se sentó a mi lado.

—Lo sé, pero el club es el club y con la guerra quién sabe lo que le sucederá. Lo importante es que la casa todavía es tuya, y todo lo que hay en ella.

—No me importan la casa o el dinero —le dije, golpeándome el pecho dolorido con el puño—. Cuando trataste de prevenirme, pensé que te referías a que Amelia andaba tras mi dinero, no tras mi esposo —cogí aire dolorosamente—. Dimitri ya no me ama. Estoy totalmente sola.

—Oh, creo que Dimitri volverá a recuperar la sensatez —dijo Luba—. No querrá a una inmoral estadounidense como esposa. Es más vanidoso de lo que Serguéi jamás fue. Volverá a recuperar la sensatez más tarde o más temprano. Además, ella es casi diez años más vieja que él.

—¿Y qué conseguiré yo con eso?

—Bueno, no puede casarse con ella, a menos que se divorcie de ti. Y no lo veo haciendo tal cosa. Incluso si tratara de hacerlo, tú podrías resistirte.

—Él la ama —objeté—. Ya no me quiere. Eso fue lo que me dijo.

—¡Anyá! ¿De verdad crees que ella verdaderamente le quiere? Sólo es un muchacho. Está manipulándolo para vengarse de ti. Y él está confundido por el cansancio y la pena.

—Ahora soy yo quien no le quiere. No después de que haya estado con ella.

Luba me rodeó con el brazo.

—Llora, pero no demasiado. Sería difícil estar casada y no comprender la naturaleza de los hombres. De repente, encuentran algo en las mujeres más

inverosímiles con lo que divertirse y, un buen día, todo se acaba y vuelven a tu puerta como si nada hubiera pasado. Alexéi me produjo tantos quebraderos de cabeza cuando éramos jóvenes...

Sentí vergüenza ajena de su pragmatismo indiferente, pero sabía que estaba tratando de consolarme y que era la única aliada que me quedaba.

—Voy a hacer una reserva para nosotras en el club de damas —me dijo, acariciándome la espalda—. La buena comida y bebida harán que te sientas mejor. Todo saldrá bien, Anya, si te comportas con calma.

Salir de casa era la última cosa que me apetecía hacer, pero obedecí a Luba cuando insistió en que me bañara y me vistiera. Sabía lo que estaba tratando de hacer. Si me quedaba en el apartamento, estaría acabada. Todo lo que se quedaba inmóvil en Shanghái estaba condenado. Los mendigos enfermos que se desmayaban en la calle perecían en Shanghái, junto con los bebés abandonados y los portadores de rickshaw agotados. Shanghái era sólo para los fuertes. Y el secreto de la supervivencia era seguir en movimiento.

Después de que mi matrimonio se hubiera esfumado, me las arreglé para encerrarme en mí misma. No me permitía la indulgencia de pensar. Si pensaba en lo que había pasado, me paralizaba. Y tan pronto como me paralizaba, notaba cómo me moría por dentro, exactamente igual que cuando un soldado detiene su avance en mitad de la nieve y empieza a notar la congelación. Traté de creer en lo que Luba me había dicho sobre que la aventura de Dimito y Amelia sería una relación temporal, que no se amaban realmente. Pero esa esperanza se desvaneció el día que los vi juntos.

Estaba en el Bund, buscando un rickshaw que me llevara a casa después del almuerzo con Luba. Sentía la cabeza ligera por el champán que había bebido para olvidar mi soledad. Hacía frío, y yo llevaba mi abrigo largo de pieles con la capucha puesta y una bufanda que me cubría media cara. Casi se me paró el corazón cuando reconocí la familiar limusina acercándose al bordillo a apenas un metro de donde yo estaba. Dimitri se apeó. Estaba tan cerca de mí y no lo sabía. Podría haberle tocado la mejilla con la punta de los dedos si hubiera querido. El sonido del tráfico se atenuó, y me dio la sensación de que él y yo nos quedábamos solos, atrapados en el tiempo. Entonces, se inclinó hacia el interior del automóvil. Me estremecí cuando reconocí los dedos sin guantes, acabados en unas uñas afiladas que agarraban la mano de él. Amelia salió del coche, llevaba una capa roja con un chal de color arena alrededor del cuello. Parecía un bello demonio. Me sentí morir cuando me percaté de la admiración en el rostro de Dimitri. Deslizó su brazo alrededor de la cintura de ella con el mismo toque íntimo que había visto a Alexéi y Luba el día de Navidad. Dimitri y Amelia desaparecieron entre la muchedumbre de la ciudad, y yo lo hice en algún lugar dentro de mí misma. Algo me decía que el Dimitri que yo conocía había muerto, y yo me había convertido en una viuda de dieciséis años.

Adquirí la costumbre de dormir hasta bien entrada la mañana. Alrededor de la una, tomaba un rickshaw para dirigirme al club de Luba, me comía sin prisas el almuerzo y dejaba que la hora de comer se extendiera hasta la hora del té. Por las tardes, había sesiones de *jazz* y de Mozart en el vestíbulo principal, y me dedicaba a escuchar la música hasta que se iba el sol y los camareros comenzaban a preparar las mesas para la cena. Me hubiera quedado también para cenar, de no haberme dado vergüenza. La mujer más joven del club me llevaba cinco años. Incluso tuve que mentir sobre mi edad en el formulario de inscripción, para poder ir al local sin que Luba tuviera que acompañarme.

Un día, me senté en mi mesa habitual, mientras hojeaba el *North China Daily News*. No había ni rastro de noticias sobre el avance de la guerra civil en el periódico, excepto para decir que los nacionalistas y Mao Zedong estaban negociando una tregua. Era improbable que se llegara a un acuerdo entre dos fuerzas tan opuestas. En aquella época, uno nunca podía estar seguro de lo que era verdad y de lo que era propaganda. Levanté la vista del periódico y miré por la ventana, hacia el jardín rocoso, desnudo por el invierno. Vi que alguien me estaba observando a través del reflejo de la ventana. Me volví para ver a una mujer alta que llevaba un vestido de flores y un pañuelo al cuello a juego.

—Me llamo Anouck —me dijo la mujer—. Está usted siempre aquí. ¿Habla inglés?

Su propio inglés estaba marcado por un fuerte acento holandés. Contempló la silla frente a mí.

—Sí, un poco —le contesté, haciéndole un gesto para que se sentara.

En el cabello castaño de Anouck brillaban mechones de pelo dorado, y su piel parecía lucir un bronceado natural. Su boca era la única facción que estropeaba la belleza de su rostro. Cuando sonreía, el labio superior desaparecía, dándole un aspecto serio. La naturaleza era cruel. Creaba belleza para luego estropearla.

—No, lo hace bien —me dijo—. He oído hablar de usted.

Una rusa con un ligero acento estadounidense. Mi marido... era estadounidense.

Capté el «era» de su comentario y la estudié con más detenimiento. No podía tener más de veintitrés años. Como no reaccioné, repitió:

—Mi marido... falleció.

—Lo siento mucho —le contesté—. ¿Fue durante la guerra?

—A veces, creo que sí. ¿Y su marido? —preguntó, señalando mi alianza.

Me sonrojé. Me había visto en el club más a menudo de lo que era decente para una joven mujer casada. Bajé la mirada para ver las entrelazadas tiras doradas que formaban la alianza, y me odié a mí misma por no habérmela quitado. Entonces, percibí la mueca nerviosa de su boca y lo comprendí todo. Ambas sonreíamos, pero era imposible no notar que las dos compartíamos la misma mirada afligida.

—Mi marido... también... falleció —respondí.

—Entiendo —respondió, con una sonrisa.

Anouck demostró ser una animada distracción. Mis visitas al club se hicieron menos frecuentes después de que me presentara a un grupo de otras jóvenes «viudas». Juntas, llenábamos nuestros días yéndonos de compras, y nuestras noches con cenas en el Hotel Palace o en el Hotel Imperial. Las otras mujeres gastaban a puñados el dinero de sus maridos infieles. Anouck lo definía como «el arte femenino de la venganza». El dinero que yo tenía era mío y no sentía deseos de venganza. Pero, al igual que las otras mujeres, deseaba escapar del dolor y la humillación que me había provocado mi esposo.

Anouck me convenció para que me uniera a las «sesiones culturales y lingüísticas» del consulado estadounidense. Una vez a la semana, el cónsul general invitaba a los extranjeros a que se relacionaran con el personal del consulado en un elegante salón de su casa. Durante la primera hora, hablábamos inglés, charlábamos sobre diferentes movimientos artísticos y sobre literatura. Nunca sobre política. Después, nos emparejábamos con cualquier miembro del personal que deseara aprender nuestros respectivos idiomas. Algunos de los participantes se tomaban en serio las clases de idiomas, pero la mayoría de nosotros las considerábamos una excusa para conocer gente y para atiborrarnos de los pasteles de pacana que se servían en cada reunión. El único estadounidense que se apuntó para aprender ruso era un joven alto y desgarrado, llamado Dan Richards. Me agradó desde el primer momento en que le vi. Tenía el cabello color anaranjado, un poco rizado y rapado muy corto. La piel era pecosa y sus ojos claros estaban bordeados por finas arruguitas que se intensificaban cuando sonreían.

—*Dobryy den*, señora Lubenski —me dijo, estrechándome la mano—. *Minya zavut* Daniel.

Su pronunciación era terrible, pero la seriedad con la que hablaba me resultaba tan encantadora que me descubrí sonriendo sinceramente por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—¿Quiere usted convertirse en espía? —bromeé.

Sus ojos brillaron por la sorpresa.

—No, apenas tengo disposición para ello —contestó—. Mi abuelo era diplomático en Moscú antes de la Revolución. Siempre hablaba muy bien de los rusos, y desde entonces he sentido curiosidad por ellos. De modo que cuando Anouck anunció que iba a traer a su encantadora amiga rusa, ¡decidí deshacerme de la vieja gárgola que trataba de enseñarme gramática francesa y tomar lecciones de ruso en su lugar!

A partir de entonces, las sesiones culturales y lingüísticas se convirtieron en mi único aliciente a comienzos de aquella lúgubre y lloviznosa primavera. Dan Richards era divertido y encantador, y lamenté que ambos estuviéramos casados, porque me habría resultado muy fácil enamorarme de él. Sus bromas y su caballeroso comportamiento me ayudaban a olvidar un poco a Dimitri. Hablaba de su esposa encinta con tanto cariño y respeto que me provocaba el deseo de tener alguien en

quien pudiera confiar. Al escucharle, podía creer en la posibilidad de volverme a enamorar de nuevo. Comencé a sentirme como la persona que había sido antes de que se llevaran a mi madre: alguien que creía en la bondad de la gente.

Entonces, una tarde, Dan llegó con retraso a la clase. Contemplé a los otros grupos concentrados en sus respectivas conversaciones y traté de entretenerme memorizando los nombres y las fechas de los presidentes cuyos retratos de rostros severos colgaban de las paredes. Cuando Dan llegó, estaba sin aliento. Llevaba el pelo y las pestañas perlados de lluvia y los zapatos llenos de rozaduras. Se frotaba las manos nerviosamente contra las rodillas y olvidaba las palabras un minuto después de que yo las pronunciara para él.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Es Polly. La acabo de enviar de vuelta a Estados Unidos.

—¿Por qué?

Se humedeció los labios, como si se le hubiera quedado la boca seca.

—La situación política se ha vuelto demasiado incierta —explicó—. Durante la invasión japonesa, enviaron a muchos niños y mujeres estadounidenses a campos de concentración. No quiero correr el riesgo. Si tú fueras mi mujer, también te enviaría lejos de aquí —me dijo.

Me conmovió su preocupación.

—Nosotros, los rusos, no tenemos adónde ir —le confesé—. China es nuestro hogar.

Miró a su alrededor antes de aproximar su rostro al mío.

—Anya —me susurró—, lo que te voy a decir es información confidencial, pero Chiang Kaishek está a punto de abandonar la ciudad. El gobierno estadounidense nos ha dicho que no va a continuar apoyando al gobierno nacionalista. Nuestras armas han ido cayendo en manos de los comunistas cada vez que alguno de los generales nacionalistas ha decidido pasarse al otro bando. Los británicos han dado instrucciones a sus ciudadanos para que continúen con sus negocios. Pero nosotros ya hemos sobrepasado el tiempo en el que debíamos quedarnos en China. Es hora de que nos vayamos.

Más tarde, durante la merienda con pastelillos y bebidas, Dan me deslizó una nota en la mano y me la apretó con la suya.

—Piensa en ello, Anya —me dijo—. Un cosaco llamado Grigori Bologov ha estado negociando con la Organización Internacional de Refugiados (OIR) para sacar a vuestra gente de Shanghái. Pronto zarpará un barco hacia Filipinas. Si te quedas, los comunistas chinos os enviarán a la Unión Soviética. Los integrantes del último grupo de rusos de Shanghái que volvió allí tras la guerra fueron ejecutados por espías.

Corrí a casa bajo la lluvia, apretando la dirección de Bologov en la mano. Me sentía deprimida y asustada. ¿Dejar China? ¿Adónde iba a marcharme? Dejar China supondría abandonar a mi madre. ¿Cómo sabría dónde encontrarme? Pensé en lo afortunada que era la embarazada señora Richards, viajando en total seguridad de

vuelta a Estados Unidos y reuniéndose pronto con su amable y fiel marido que la amaba. Qué cosa tan azarosa era el destino. ¿Por qué el mío había sido encontrar a Dimitri? Me coloqué las manos en mi plano vientre. Ya no tenía marido, pero quizás recuperaría la felicidad con un niño. Imaginé a una niña de pelo oscuro y ojos ambarinos, como los de mi madre.

El apartamento estaba sombrío. Mei Lin no estaba y supuse que habría ido a comprar o se estaría echando una siesta en el cuarto de las doncellas. Cerré la puerta a mis espaldas y comencé a quitarme el abrigo. Una súbita sensación de frío me estremeció el cuello. El picante olor del tabaco me escoció en la nariz. Observé con ojos entornados hasta que la sombra sentada en el sofá tomó forma. Era Dimitri. La brasa rojiza de su cigarrillo brillaba como un carbón incandescente en la oscuridad. Contemplé la débil silueta, tratando de decidir si era real o una mera aparición. Encendí la luz. Me observó sin decir nada, aproximándose y apartándose el cigarrillo de los labios, como si no pudiera respirar sin él. Me dirigí a la cocina y puse el hervidor en el fogón. El vapor siseó por el pitorro y me preparé una taza de té sin ofrecerle nada a él.

—He metido el resto de tus cosas en un baúl en el armario de la entrada —le informé—. Por si acaso te preguntabas por qué no las encontrabas. Cierra con llave cuando te marches.

Entré en el dormitorio, cerrando la puerta a mis espaldas. Estaba demasiado cansada como para hablar y no sentía ningún deseo de que Dimitri volviera a hacerme daño. La habitación estaba fría. Me deslicé bajo la colcha y escuché el sonido de la lluvia. El corazón me latía con fuerza dentro del pecho. Pero no estaba segura de quién era el causante, si Dimitri o Dan. Miré el reloj de la mesilla de noche, la miniatura dorada que los Mijailov nos habían dado como regalo de compromiso. Pasó una hora y supuse que Dimitri se habría marchado. Sin embargo, justo cuando se me empezaban a cerrar los ojos, escuché como se abría la puerta del dormitorio y los pasos de Dimitri en la tarima. Me puse de lado, fingiendo que estaba dormida. Contuve la respiración cuando noté el peso de su cuerpo hundiéndose en el colchón. Su piel parecía congelada. Apoyó la mano en mi cadera y yo me quede inmóvil, como de piedra.

—Lárgate —murmuré.

Me agarró con más fuerza aún.

—No tienes derecho a hacer lo que hiciste y luego volver como si nada.

Dimitri no dijo una palabra. Su respiración sonaba como la de un hombre agotado. Me pellizqué el brazo hasta que la piel me sangró.

—Ya no te amo —le dije.

Recorrió con la mano mi espalda. Su piel ya no era suave como el ante. Se había convertido en papel de lija. Le propiné un manotazo, pero me agarró las mejillas entre sus manos, obligándome a mirarle a la cara. Incluso en la oscuridad, podía percibir lo demacrado que estaba. Ella se lo había llevado entero y lo había dejado

vacío.

—Ya no te amo —le dije.

De repente, unas gotas calientes me humedecieron el rostro. Me quemaron la piel como si fueran azufre.

—Te daré todo lo que me pidas —sollozó.

Le aparté de mí y salí con dificultad de la cama.

—Ya no te quiero —le contesté—. Y ya no podré volver a quererte.

A la mañana siguiente, Dimitri y yo tomamos el desayuno en el Café de Brasil de la avenida Joffre. Se sentó con las piernas estiradas hacia la franja de luz que entraba por la ventana. Tenía los ojos cerrados y su mente parecía estar a kilómetros de distancia. Aparté los champiñones de mi tortilla con el tenedor, dejándolos para el final. «Champiñones en los bosques se esconden como tesoros secretos, esperando a las deseosas manos que los recojan», recordé la canción de mi madre. El café estaba desierto salvo por un camarero bigotudo que rondaba junto al mostrador, haciendo como que lo estaba limpiando. El aire olía a madera, aceite y cebollas. Incluso ahora, siempre que percibo esa combinación de aromas, recuerdo la mañana después de que Dimitri volviera a mi lado.

Deseaba saber si había regresado porque me amaba o porque las cosas se habían estropeado con Amelia. Pero no me atrevía a preguntárselo. Las palabras se me pegaban a la lengua como un sabor desagradable. La incertidumbre se levantaba como una barrera entre nosotros. Hablar de ella significaba evocar su recuerdo, y yo tenía demasiado miedo como para hacerlo.

Después de un rato, Dimitri se incorporó en la silla y estiró los brazos.

—Tienes que volver a mudarte a la casa —comentó.

El mero pensamiento de ver la casa de nuevo me revolvió el estómago. No deseaba vivir en un lugar en el que Dimitri había estado con Amelia. No deseaba percibir la traición en todos y cada uno de los muebles. Me negaba a dormir en mi antigua cama, una vez que había sido profanada.

—No, no quiero —le contesté, apartando mi plato a un lado.

—La casa es más segura. Y a partir de ahora, es eso de lo que tenemos que preocuparnos.

—No quiero ir a la casa. Ni siquiera deseo verla.

Dimitri se frotó el rostro.

—Si los comunistas toman al asalto la ciudad, el primer lugar por el que entrarán en la Concesión será a través de tu calle. El apartamento no tiene protección. Por lo menos, la casa tiene el muro.

Tenía razón, pero aun así, yo no quería ir.

—¿Qué crees que nos harán si vienen? —le pregunté—. ¿Nos enviarán a la Unión Soviética como hicieron con mi madre?

Dimitri se encogió de hombros.

—No. ¿Quién conseguirá dinero para ellos? Tomarán el gobierno y confiscarán los negocios chinos. Lo que en realidad me preocupa son los saqueos y los disturbios.

Dimitri se levantó para marcharse. Cuando comprobó que yo titubeaba, alargó su mano hacia mí.

—Anyá, quiero que estés conmigo —me dijo.

Me dio un vuelco el corazón cuando vi la casa. El jardín estaba enlodado por la lluvia. Nadie se había molestado en podar los rosales. Se habían convertido en amenazantes trepadoras que culebreaban paredes arriba, arañando con sus tentáculos los marcos de las ventanas y dejando manchas marrones en la pintura. El árbol de gardenias había perdido todas sus hojas y no era más que un tallo sobresaliendo del suelo. Incluso la tierra de los parterres parecía solidificada y empobrecida: nadie había plantado bulbos en primavera. Escuché a Mei Lin canturreando en la lavandería y me di cuenta de que Dimitri debía de haberla enviado a la casa el día anterior.

La anciana doncella abrió la puerta y sonrió cuando me vio. La expresión transformó sus hundidos ojos. Por un momento, parecía radiante. Durante todos los años desde que la conocía, no me había sonreído ni una sola vez. Repentinamente, a medida que nos precipitábamos al borde del desastre, había decidido que yo le gustaba. Dimitri me ayudó a introducir mis maletas en la entrada, y me pregunté si el resto de los sirvientes se habría marchado.

Las paredes de la sala estaban vacías, todos los cuadros habían desaparecido. Donde antes había sólo lámparas, ahora había agujeros.

—Lo he guardado todo, para mantenerlo a salvo —dijo Dimitri.

La anciana doncella abrió mis baúles y comenzó a transportar mi ropa escaleras arriba. Esperé hasta que no pudiera escucharme antes de volverme hacia Dimitri y espetarle:

—A mí no me mientas. No vuelvas a mentirme.

Se estremeció como si le hubiera golpeado.

—Lo has vendido todo para mantener el club. No soy estúpida. Ya no soy una cría, a pesar de lo que tú pienses. Soy mayorcita, Dimitri. Mírame. Ya soy mayor.

Dimitri me rozó la boca con la mano y me apretó contra su pecho. Estaba rendido. También había pasado el tiempo para él. Podía sentirlo a través de su piel. Apenas le latía el corazón. Me abrazó con fuerza, presionando su mejilla contra la mía.

—Se las llevó ella cuando se fue.

Sus palabras me golpearon como una bofetada. El corazón me dio un vuelco en el tórax. Pensé que iba a resbalar hasta introducirse por la boca del estómago. De modo que, efectivamente, ella le había dejado. Él no me había preferido a mí respecto a ella en absoluto. Me aparté de Dimitri y me apoyé contra el aparador.

—¿Se ha marchado? —pregunté.

—Sí —contestó, mientras me observaba.

Inspiré profundamente, tambaleándome entre dos mundos. Uno en el que recogía

mis maletas y me volvía al apartamento, y otro en el que me quedaba con Dimitri. Me presioné la frente con las palmas de las manos.

—Entonces, la olvidaremos por completo —le contesté—. Ella ya no pertenece a nuestras vidas.

Dimitri se derrumbó contra mí y lloró sobre mi hombro.

—«Ella», «la desaparecida». Ésos serán los términos que utilizaremos para hablar de Amelia a partir de ahora —sentencié.

Los tanques del ejército nacionalista rugían por toda la ciudad día y noche, y las ejecuciones sumarias de simpatizantes comunistas por las calles se convirtieron en un suceso diario. Una vez, de camino al mercado, me crucé con cuatro cabezas decapitadas clavadas en señales de tráfico y no reparé en ellas hasta que una niña y su madre no gritaron detrás de mí. Durante aquellos días, las calles siempre apestaban a sangre.

El nuevo toque de queda nos obligaba a limitar la apertura del club a tres noches por semana, lo cual era una especie de bendición, porque no teníamos suficiente personal. Todos nuestros chefs más importantes se habían ido a Taiwán o a Hong Kong, y era difícil encontrar músicos que no fueran rusos. Pero, durante las noches en las que sí abríamos, los clientes habituales siempre se presentaban, ataviados con sus mejores galas.

—No voy a dejar que una pandilla de campesinos enfadados me estropee la diversión —me confesó la señora Degas una noche, dando una larga calada a la boquilla de su cigarrillo—. Lo echarían todo al traste si les dejáramos.

Su caniche había sido atropellado por un automóvil, pero ella lo había sustituido estoicamente por un loro llamado *Fi-fi*.

Su opinión se reflejaba en los rostros de los otros clientes habituales que se habían quedado en Shanghái. Hombres de negocios británicos y estadounidenses, comerciantes marítimos holandeses, nerviosos empresarios chinos. Una obsesiva alegría de vivir nos mantenía en movimiento.

A pesar del tumulto en las calles, bebíamos vino barato como si fuera de una cosecha añeja y picábamos taquitos de jamón cocido como antes comíamos caviar. Cuando había apagones, encendíamos velas. Dimitri y yo bailábamos vales en la pista de baile todas las noches, como recién casados. La guerra, la muerte de Serguéi, y Amelia parecían pertenecer a un extraño sueño.

Durante las noches en las que el club estaba cerrado, Dimitri y yo nos quedábamos en casa. Nos turnábamos para leer en voz alta o escuchábamos discos. En mitad de la desintegración de la ciudad, nosotros volvíamos a ser un matrimonio normal. Amelia no era más que un fantasma en la casa. A veces, percibía alguna vaharada de su perfume en un cojín o encontraba algún brillante cabello negro en una escoba o una baldosa. Sin embargo, nunca volví a verla ni supe nada de ella, hasta

una noche, varias semanas después de haber vuelto a la casa, cuando el teléfono sonó y la anciana doncella contestó. A falta de un sirviente, la anciana mujer se había acostumbrado a hablar en inglés y a contestar el teléfono como un mayordomo. Supe quién llamaba por el modo en el que la anciana doncella entró lentamente en la habitación, evitándome con la mirada. Le murmuró algo a Dimitri.

—Dígale que no estoy en casa —le ordenó. La anciana doncella volvió al recibidor y estaba a punto de retransmitir el mensaje cuando Dimitri se dirigió a ella lo suficientemente alto como para que Amelia pudiera oírlo:

—Dígale que no vuelva a llamar.

Al día siguiente, Luba me envió un mensaje urgente para que me reuniera con ella en el club. No nos habíamos visto demasiado durante el último mes, y cuando me la encontré en el recibidor, ataviada con un elegante sombrero y, sin embargo, luciendo un semblante tan demacrado como el de un cadáver, prácticamente dejé escapar un grito por la sorpresa.

—¿Te encuentras bien? —inquirí.

—Vamos a dejar la casa —me contestó—. Nos vamos a Hong Kong esta noche. Hoy es el último día para obtener visados de salida. Anya, tienes que venir con nosotros.

—No puedo —le respondí.

—De lo contrario, te será imposible conseguir un visado de salida. Alexéi tiene un hermano en Hong Kong. Puedes hacerte pasar por hija nuestra.

Nunca antes había visto a Luba tan alterada. Durante toda la crisis de mi matrimonio, siempre había tenido palabras de aliento para mí. No obstante, cuando miré a mi alrededor para observar a las mujeres de la sala, las pocas habituales que aún quedaban, me di cuenta de que todas ellas compartían la misma mirada aterrada.

—Dimitri ha vuelto conmigo —le dije—. Sé que él no dejará el club y yo debo quedarme con mi marido.

Me mordí el labio y me miré las manos. Otra persona que desaparecía de mi vida. Si Luba dejaba Shanghái, probablemente no volveríamos a vernos nunca más.

Abrió su bolso y sacó un pañuelo.

—Ya te dije que volvería contigo —dijo, llevándose el pañuelo a los ojos—. Os ayudaría a salir de aquí a ambos, pero tienes razón sobre Dimitri: nunca dejará el club. Desearía que todavía tuviera amistad con mi marido. Alexéi sería capaz de convencerle.

El maître del restaurante nos avisó de que nuestra mesa habitual estaba lista. Cuando nos hubo instalado, Luba pidió una botella del mejor champán y una tarta de queso para el postre.

Cuando llegó el champán, se bebió la primera copa casi de un trago.

—Te enviaré nuestra dirección en Hong Kong —me dijo—. Si necesitas cualquier tipo de ayuda, avísame. Por supuesto, me sentiría mucho más feliz si supiera que tienes intención de marcharte.

—Todavía acude bastante gente al club —le conté—. Pero los clientes están empezando a marcharse. Te prometo que hablaré con Dimitri sobre la posibilidad de irnos.

Luba asintió con la cabeza.

—Tengo noticias de lo que le ha ocurrido a Amelia —anunció.

Clavé las uñas en el brazo de mi asiento. No estaba segura de si quería enterarme.

—He oído que comenzó a perseguir a un tejano adinerado. Pero ese hombre era más inteligente que sus presas habituales. Consiguió lo que quiso de ella y la dejó. Esta vez se le ha ido la mano.

Le conté lo que había ocurrido la noche anterior, y cómo Dimitri le había dicho a Amelia que no volviera a llamar.

El champán parecía haber ayudado a calmarle los nervios a Luba. La mujer sonrió abiertamente.

—De modo que esa bruja lo volvió a intentar de nuevo —comentó—. No te preocupes, Anya. Ahora ya está fuera de su hechizo. Perdónale y ámale con todo tu corazón.

—Así lo haré —le contesté. Pero deseé que no hubiera hablado sobre Amelia. Era como un virus latente en el organismo que se desencadenaba al mencionarlo.

Luba tomó otro trago de champán.

—Esa mujer está loca —comentó—. Le ha estado contando a todo el mundo que tiene unos parientes ricos en Los Ángeles. Ahora habla de abrir allí su propio club nocturno: el Moscú-L. A. ¡Qué idiotez!

Estaba lloviendo cuando salimos del club. Le di a Luba un beso de despedida y me sentí agradecida por las propiedades anestésicas del champán. La observé mientras se abría paso entre la multitud para coger un rickshaw. Me preguntaba qué nos había pasado a todos nosotros, a los que un día bailamos en la pista del Moscú-Shanghái, tratando de cantar como Josephine Baker.

Durante la noche, lo único que se oía era el ulular de las sirenas y los tiroteos en la distancia. A la mañana siguiente, encontré a Dimitri de pie en el enlodado jardín, con el barro hasta los tobillos.

—Me han cerrado el club —me informó.

Su rostro había empaldecido. En la desesperación de su mirada reconocí al Dimitri joven. Un niño que había perdido a su madre.

—Es sólo hasta que las cosas se resuelvan —le dije—. Yo estoy preparada. Tenemos suficientes provisiones para que nos duren unos cuantos meses.

—¿No has oído las noticias? —me respondió él—. Los comunistas han tomado el mando. Quieren echar a todos los extranjeros. El consulado estadounidense y la OIR están preparando un barco.

—Entonces, salgamos de aquí —le contesté—. Empezaremos de nuevo.

Dimitri cayó de rodillas en el fango.

—¿Has oído lo que acabo de decir, Anya? ¡Seríamos refugiados! No podemos llevarnos nada con nosotros.

—Simplemente, vayámonos de aquí, Dimitri. Somos afortunados de que alguien quiera ayudarnos.

Se llevó las manos empujadas a la cara y se cubrió los ojos.

—Seremos pobres.

Era como si la palabra «pobre» le quebrantara el ánimo, pero me sentí extrañamente aliviada. No íbamos a ser pobres. Íbamos a ser libres. Hasta ese momento me había resistido a abandonar China, porque parecía la única conexión que me quedaba con mi madre. Pero la China que nosotros habíamos conocido ya no existía. Se nos había escapado de las manos en un segundo. Ninguno de nosotros tendría que haber intentado quedársela de todos modos. Incluso mi madre habría entendido la posibilidad que se me brindaba: una oportunidad para Dimitri y para mí de empezar de nuevo.

El semblante de la anciana doncella se ensombreció cuando le dije que ella y Mei Lin tendrían que marcharse, porque no era seguro quedarse en nuestra casa. Atiborré de comida todos los baúles que pude para ellas, y cosí un bolsito lleno de dinero para que la anciana doncella se lo escondiera en el vestido. Mei Lin me abrazó con fuerza. Dimitri tuvo que ayudarme a subirla en el rickshaw.

—Debes marcharte con tu anciana amiga —le dije. Todavía lloraba cuando el rickshaw comenzó a moverse, y, durante un momento, consideré la posibilidad de quedarme con ella. Pero sabía que no la dejarían salir del país.

Dimitri y yo hicimos el amor bajo el estruendo de los bombarderos y el sonido lejano de las explosiones.

—¿Podrás perdonarme, Anya? ¿Podrás perdonarme de verdad? —me preguntó después.

Le contesté que ya le había perdonado.

Por la mañana, caía una lluvia torrencial. Escuché el tiroteo a través del tejado. Me solté del abrazo de Dimitri y me deslicé hasta la ventana. El agua lo arrastraba todo a su paso calle abajo como una gran avalancha. Me volví a mirar la silueta desnuda de Dimitri tumbada en la cama y deseé que la lluvia también pudiera arrastrar consigo el pasado. Dimitri se revolvió y parpadeó, mirándome.

—No importa la lluvia —murmuró—. Iré al consulado a pie. Prepara las maletas. Volveré a buscarte esta noche.

—Todo va a salir bien —le contesté, ayudándole a ponerse la camisa y el abrigo—. No van a matarnos. Sólo nos están pidiendo que nos marchemos.

Me tocó la mejilla.

—¿De verdad piensas que podemos empezar de nuevo?

Recorrimos juntos la casa, sabiendo que al final del día no podríamos volver a reclinarnos en los elegantes sofás ni a contemplar la vista desde los grandes

ventanales. Me preguntaba qué pasaría con ella, qué uso le darían los comunistas. Me sentía agradecida de que Serguéi no tuviera que presenciar la destrucción del amado hogar de Marina. Besé a Dimitri y contemplé cómo corría por el sendero del jardín, encorvado para protegerse de la lluvia. Sentí la necesidad de irme con él, pero había poco tiempo y tenía que prepararlo todo para el viaje que nos esperaba.

Me pasé el día rompiendo mis joyas y cosiendo las piedras y perlas a las puntas de calcetines y medias y en las costuras de nuestra ropa interior. Escondí lo que quedaba del collar de jade de mi madre en la base de mi muñeca matrioska. No tenía prendas prácticas para llevarme, por lo que metí mis vestidos más caros en una maleta con la esperanza de que, al menos, los iba a poder vender. Me sentía aterrorizada y, al mismo tiempo, emocionada. Era imposible estar seguros de que los comunistas nos dejaran salir. No, si eran como Tang. Quizás nos ejecutaran, guiados por su sed de venganza. No obstante, me dediqué a cantar mientras trabajaba. Me sentía feliz y enamorada de nuevo. Cuando cayó la noche, cerré todas las cortinas y cociné a la luz de las velas, utilizando todos los ingredientes que encontré en la cocina para preparar un festín. Extendí el mantel blanco en el suelo y dispuse la cubertería y la vajilla de nuestra boda, puesto que aquélla sería la última vez que podríamos utilizarlas.

Dimitri no regresó por la noche, pero traté de no alarmarme. Imaginé que la lluvia mantendría acorralados a los comunistas como mínimo un día más, y que Dimitri conocía lo suficiente la calle como para no meterse en líos. «Lo peor ya ha pasado — me susurraba a mí misma como un mantra, hecha un ovillo en el suelo—, lo peor ya ha pasado».

Cuando Dimitri no apareció por la mañana, intenté llamar al consulado, pero las líneas estaban desconectadas. Esperé dos horas más, con un sudor nervioso goteándome bajo los brazos y resbalándome por la espalda. La lluvia amainó, por lo que me puse el abrigo y las botas y corrí al consulado. Los vestíbulos y las salas de espera estaban repletos de gente. Me dieron un número y me dijeron que esperara mi turno. Escudriñé entre la multitud desesperadamente en busca de Dimitri.

Localicé a Dan Richards saliendo de su oficina y le llamé. Me reconoció y me hizo un gesto para que me acercara.

—La cosa se ha puesto muy mal, Anya —me dijo, ayudándome a quitarme el abrigo y cerrando la puerta de su oficina a nuestras espaldas—. ¿Te apetece tomar un poco de té?

—Estoy buscando a mi marido —le conté, tratando de sofocar el pánico que me revolvía las entrañas—. Vino aquí ayer para conseguirnos un pasaje en el barco de refugiados, pero aún no ha regresado.

La preocupación tiñó el amable rostro de Dan. Me ayudó a sentarme y me dio unas palmaditas en el brazo.

—Por favor, no te preocupes —me dijo—. Aquí todo ha sido caótico. Averiguaré lo que ha ocurrido.

Desapareció en el vestíbulo. Me senté, paralizada como una roca, mientras contemplaba sus pertenencias, antigüedades chinas y libros, casi todos empaquetados en cajas.

Dan volvió una hora más tarde, con el rostro demacrado. Me levanté de la silla, aterrorizada por la posibilidad de que Dimitri estuviera muerto. Dan llevaba un papel entre las manos y me lo entregó. Vi la fotografía de Dimitri. Aquellos ojos a los que tanto amaba.

—Anya, ¿éste es tu marido? ¿Dimitri Lubenski?

Asentí, con el miedo retumbándome en los oídos.

—¡Dios santo, Anya! —exclamó, desplomándose en su silla y mesándose el despeinado cabello con una mano.

—Dimitri Lubenski desposó a Amelia Millman ayer por la noche, y se han marchado a Estados Unidos esta mañana.

Me detuve frente al Moscú-Shanghái, contemplando sus puertas y ventanas tapiadas. La lluvia se había detenido. Los tiroteos sonaban cercanos. Miré fijamente el pórtico, la escalinata de piedra, los blancos leones que guardaban la entrada. ¿Estaba tratando de olvidarlo todo? Serguéi, Dimitri y yo bailando al son de la banda cubana, la boda, el funeral, los últimos días... Una familia pasó a toda prisa por la calle junto a mí. La madre chistó a sus llorosos hijos como una gallina a sus polluelos. El padre iba inclinado, tirando de un carro lleno de baúles y maletas que, por lo que yo sabía, le confiscarían antes de que llegara al puerto.

Dan me había dado una hora para volver al consulado. Desde allí, me había conseguido un pasaje en un barco de Naciones Unidas que se dirigía a Filipinas. Iba a convertirme en refugiada, pero sería sólo yo. Las perlas y piedras preciosas cosidas a la punta de mis medias me arañaban los pies. Todo el resto de mis joyas sería saqueado cuando las hordas asaltarán la casa. Todo lo demás excepto mi anillo de boda. Levanté la mano y contemplé las tiras que lo formaban a la brillante luz del sol. Subí la escalinata hacia el feroz león de mármol más cercano a la puerta y le coloqué el anillo sobre la lengua. Era mi ofrenda para Mao Zedong.

SEGUNDA PARTE



8

LA ISLA

El barco que nos sacó de Shanghái chirriaba y se escoraba hacia un lado. Surcaba las aguas a toda máquina y expulsaba nubes de vapor por sus chimeneas. Observé como la ciudad se iba alejando, mientras las olas me salpicaban los pies. Los edificios del Bund estaban desprovistos de luces y actividad, como si asistieran afligidos al funeral de algún pariente cercano. Las calles estaban inmóviles, a la espera de lo que ocurriría a continuación. Cuando llegamos a la desembocadura del río, los refugiados a bordo lloraron y rieron. Uno ondeó la bandera real blanca, azul y roja. Estábamos a salvo. A otros barcos de rescate les habían disparado o abordado antes de llegar a ese punto. Los pasajeros saltaban de una barandilla a otra, abrazándose y sintiendo optimismo por el alivio. Sólo yo parecía estar hundiéndome, lastrada por una pérdida que me aprisionaba como un ancla. Era como si me arrastrara hacia el interior del río y las turbias aguas se precipitaran sobre mi cabeza.

La segunda traición de Dimitri me había provocado una añoranza incontenible por mi madre, más fuerte de lo que la había experimentado en todos esos años en los que habíamos estado separadas. Mi recuerdo la evocaba desde el pasado. Veía su rostro reflejado en el cielo nublado y en la blanca estela que se extendía como una sábana entre mi país natal y yo. La imagen de mi madre era la única cosa que me proporcionaba consuelo. Sólo ella podría ayudarme a ponerle nombre a la desgracia que me atormentaba.

Me estaba exiliando, abandonada por el amor por segunda vez.

No identifiqué a ninguna de las personas con las que compartía el barco, aunque algunas de ellas parecían conocerse entre sí. Todos los rusos con los que tenía trato se habían escapado de China por otros medios. Sin embargo, allí había algunas familias adineradas mezcladas con otras de clase media, tenderos, cantantes de ópera, carteristas, poetas y prostitutas. Nosotros, los privilegiados, éramos los más ridículos. La primera noche, aparecimos en el comedor ataviados con pieles y vestidos de noche. Sumergimos las retorcidas cucharas de latón en desconchados cuencos de sopa, ignorando el hecho de que fueran tazas de metal y servilletas deshilachadas lo

que componía nuestra vajilla. Estábamos tan perdidos en la ilusión de lo que habíamos sido en el pasado que, por lo que a nosotros se refería, podríamos estar cenando en el mismísimo Imperial. Tras la comida, nos entregaron la lista de quién se encargaría de la limpieza durante los siguientes veinte días de travesía. La mujer que estaba junto a mí la cogió entre sus manos llenas de anillos de diamantes y después bizqueó, mientras contemplaba el trozo de papel llena de asombro.

—No lo entiendo —comentó, mirando a su alrededor para encontrar al responsable—. Seguro que esto no se refiere a mí, ¿verdad?

Al día siguiente, uno de los ordenanzas del barco me entregó un sencillo vestido azul de una pila de ropa que empujaba de aquí para allá en un carrito. La prenda era demasiado grande para mí y estaba desgastada en la cintura y en las mangas. El forro color crema estaba lleno de manchas y olía a rancio. Me lo puse bajo la luz chillona del cuarto de baño y me contemplé en el espejo.

«¿Era esto lo que tanto temías, Dimitri? ¿Qué tendrías que ponerte la ropa de otros?».

Me agarré al borde del lavabo. La habitación comenzó a darme vueltas. ¿Tanto anhelaba Dimitri un club llamado Moscú-L. A. que había estado dispuesto a sacrificarme? No había percibido la traición en sus ojos la mañana que se marchó al consulado, por lo que no tenía razones para pensar que no volvería a buscarme. Entonces, ¿qué pasó después de aquello?, ¿cómo lo había interceptado Amelia? Cerré los ojos e imaginé sus rojos labios conjurando hechizos persuasivos: «Te será tan fácil empezar de nuevo... El gobierno comunista ha destruido miles de documentos antes de huir. Probablemente, no hay nada formal que demuestre que estás casado. Nada que en Estados Unidos puedan saber, en cualquier caso». Me imaginé a Dimitri diciendo en voz alta «sí, quiero» en su apresurada boda. Me preguntaba si se habría acobardado en el momento en el que me clavó un puñal en el corazón.

Lo que me estaba haciendo enloquecer era el pensamiento de cuánto le había querido yo a él, y de lo poco que me había querido él a mí. El amor de Dimitri era como Shanghái. Sólo había existido en la superficie de las cosas. En el fondo, estaba corrupto y podrido. Su amor no era como el amor de mi madre, aunque ambos habían dejado una huella en mí.

La mayoría de los refugiados del barco se sentían felices. Las mujeres se reunían en las barandillas para hablar y mirar el mar, los hombres cantaban mientras limpiaban las cubiertas, los niños saltaban a la comba y compartían sus juguetes. Pero cada noche, miraban fijamente más allá de sus camarotes por los ventanucos, en busca de la posición de la luna y las estrellas para comprobar la situación del barco. Habían aprendido a no fiarse de nadie. Y sólo entonces podían dormirse, cuando contemplaban los símbolos celestiales y se aseguraban de que todavía estaban de camino hacia Filipinas y de que no les estaban transportando a la Unión Soviética.

Si me hubieran enviado a un campo de trabajo, no me habría importado lo más mínimo. Yo ya estaba muerta.

Por el contrario, ellos se comportaban como si estuvieran agradecidos. Fregaban las cubiertas y pelaban patatas sin apenas quejarse, y hablaban de los países que quizás les aceptarían después de Filipinas: Francia, Australia, Estados Unidos, Argentina, Chile, Paraguay... Salmodiaban el nombre de aquellos lugares como si fueran poesía. Yo no tenía planes, ni ideas de lo que me depararía el futuro. El dolor de mi corazón era tan profundo que pensé que me moriría antes de que llegáramos a puerto. Yo también fregaba las cubiertas junto con los otros refugiados, pero mientras ellos hacían descansos, yo seguía limpiando la maquinaria y las barandillas hasta que me sangraban las manos por los sabañones que me producía la exposición al viento y por las ampollas. Sólo me detenía cuando el supervisor me tocaba en el hombro:

—Anya, tu energía es extraordinaria, pero tienes que comer algo.

Estaba en el purgatorio, tratando de conseguir un billete de salida. Mientras siguiera sintiendo dolor en mi interior, continuaría viva. Mientras hubiera castigo, habría esperanza para la redención.

Tras seis días de viaje, me levanté una mañana con un dolor abrasador en la mejilla izquierda. La piel se me había enrojecido y estaba áspera y llena de duros quistes que parecían picaduras de insecto. El médico del barco la examinó y sacudió la cabeza en señal de desaprobación:

—Es por culpa de la ansiedad. Se te quitará en cuanto te tomes un descanso.

Pero la desfiguración de mi rostro no desapareció. Permaneció en el mismo lugar durante todo el viaje, marcándome como si fuera una leprosa.

Al decimoquinto día, el calor húmedo de los trópicos nos cubrió como una nube. El agua color azul acero se transformó en un océano azul celeste, mientras el aroma de los pinos tropicales perfumaba el ambiente. Pasamos junto a islas con abruptos acantilados y bancos de arena de coral blanco. Cada atardecer se convertía en un deslumbrante arco iris que brillaba en el horizonte. Las aves tropicales revoloteaban por encima de las cubiertas y algunas de ellas eran tan dóciles que nos saltaban sobre las manos y los hombros sin ningún miedo. No obstante, aquella belleza natural hacía que muchos rusos provenientes de Shanghái se sintieran incómodos. Rumores sobre prácticas de vudú y sacrificios humanos recorrieron el barco. Alguien le preguntó al capitán si era cierto que la isla de Tubabao era una colonia de leprosos, pero él nos garantizó que se había fumigado la isla con DDT y que los leprosos se había marchado de allí hacía mucho tiempo.

—No olviden que ustedes vienen en el último barco —nos dijo—. Sus compatriotas ya están allí, preparados para recibirles.

Al vigésimo segundo día, se oyó el grito de un integrante de la tripulación y todos corrimos a las cubiertas para ver por primera vez la isla. Me puse la mano sobre los ojos para protegerme del sol y miré a lo lejos. Tubabao sobresalía del mar; muda, misteriosa y envuelta en una frágil neblina. Dos gigantescas montañas, cubiertas de

jungla, recordaban a las curvas de una mujer tumbada de lado. En el arco entre su estómago y sus muslos, se acurrucaba una ensenada cubierta de arena color alabastro y cocoteros. La única señal de civilización era el malecón que surgía de un extremo de la playa.

Anclamos, y descargaron nuestro equipaje. Después, durante la tarde, nos dividieron en grupos y nos trasladaron por turnos a la playa en una chirriante barcaza que apestaba a aceite y a algas. La barcaza se movía despacio, y el capitán filipino nos señaló la claridad de las aguas que estábamos surcando. Bancos de peces irisados se deslizaban bajo la embarcación, y algo parecido a una raya se elevó desde el fondo arenoso. Yo estaba sentada junto a una mujer de mediana edad que llevaba tacones altos y un sombrero adornado con una flor de seda en el ala. Llevaba las manos cuidadosamente apoyadas en el regazo y se había acomodado en el banco de madera astillada de tal modo que parecía estar haciendo una excursión a un balneario, aun cuando ninguno de nosotros sabía en realidad lo que ocurriría durante la hora siguiente. Me sorprendió lo absurda que se había vuelto nuestra situación. Los que habíamos conocido el ajetreo escandaloso, el ruido y el frenesí de una de las ciudades más cosmopolitas del mundo, estábamos a punto de instalar nuestro hogar en una isla remota del Pacífico.

Cuatro autobuses nos esperaban al final del malecón. Estaban destartados, las ventanillas carecían de cristales y los paneles se habían combado por el óxido. Un oficial de la marina estadounidense con cabellos parecidos a un estropajo de aluminio y la frente quemada por el sol salió de uno de los autobuses y nos indicó que subiéramos. No había suficientes butacas para todos, por lo que la mayoría tuvimos que quedarnos de pie. Un muchacho me ofreció su asiento y me hundí agradecida en él. La tela abrasadora se me pegaba a los muslos y, asegurándome de que nadie me estuviera mirando, me desenrollé las medias hasta los tobillos, me las quité y las guardé en el bolsillo. Me alivió notar el aire recorriéndome las escocidas piernas y los pies.

El autobús traqueteó bamboleándose entre los surcos de un camino de tierra. El ambiente exhalaba el aroma de los plátanos que bordeaban el camino. De vez en cuando, pasábamos junto a alguna cabaña de nipa, y los buhoneros filipinos alzaban piñas o refrescos con gas para que los viéramos. El oficial estadounidense nos gritó por encima del ruido del motor que él era el capitán Richard Connor, uno de los oficiales de la OIR establecidos en la isla.

El propio campamento estaba a muy poca distancia de la playa, pero el hecho de que el camino fuera tan accidentado hacía que el trayecto pareciera mucho más largo. Los autobuses aparcaron junto a un café al aire libre, sin rastro de clientes. La barra estaba construida con hojas de palmera. Las mesas y las sillas plegables estaban semienterradas en el suelo arenoso. Observé el menú escrito en una pizarra: sepia con leche de coco, tortitas de azúcar y limonada. Connor nos acompañó a pie por un camino pavimentado bordeado por filas de tiendas de campaña. Algunas de ellas

tenían las solapas de lona enrolladas para dejar entrar la brisa de la tarde. Los interiores estaban llenos de camas de campaña y cajas volcadas que hacían las veces de mesas y sillas. Muchas tenían solamente una bombilla atada con una correa al poste central y un hornillo portátil cercano a la entrada. En una tienda, las cajas estaban cubiertas por paños a juego, y la mesa estaba puesta con una vajilla hecha de cocos partidos por la mitad. Me maravilló lo que algunas personas habían logrado sacar de China. Vi máquinas de coser, mecedoras e incluso una estatua. Todas aquellas cosas pertenecían a la gente que se había marchado al principio, los que no habían esperado a que los comunistas se plantaran ante sus puertas para evacuar.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó la mujer de la flor en el sombrero al capitán Connor.

Él sonrió.

—Supongo que en la playa. Cuando tengan tiempo libre, es donde, a buen seguro, querrán estar ustedes también.

Pasamos junto a una gran tienda con los laterales abiertos. En el interior, cuatro mujeres se inclinaban sobre una tinaja de agua hirviendo. Se volvieron para mirarnos con sus rostros sudorosos y gritaron: «*Oora!*». Nos sonreían con sinceridad, pero su saludo me llenó de nostalgia. ¿Adónde había ido a parar?

El capitán Connor nos condujo hasta una plaza en mitad de la ciudad de tiendas. Se subió a un escenario de madera, mientras nosotros nos sentamos bajo el sol abrasador para escuchar sus instrucciones. Nos dijo que el campamento estaba dividido en distritos, cada uno de ellos tenía su propio supervisor, una cocina común y un bloque de duchas. Nuestra área daba la espalda a un barranco cubierto de selva, una «ubicación desfavorable en lo relativo a la fauna, la flora y la seguridad». Por consiguiente, nuestra primera tarea sería desbrozar aquella zona. Apenas podía oír al capitán debido al latido que sentí dentro de mi cabeza cuando habló sobre las «serpientes, cuya mordedura causaba la muerte en un minuto» y sobre los piratas, que se aproximaban sigilosamente en mitad de la noche armados con gruesos machetes y que ya habían secuestrado a tres personas.

Normalmente, se colocaba a dos mujeres solas en una tienda, pero a causa de la proximidad de la jungla virgen, se puso a las mujeres de nuestro distrito en tiendas de cuatro o seis. A mí me asignaron una tienda con tres chicas jóvenes de la zona rural de Tsingtao, que habían llegado a la isla anteriormente en el *Cristóbal*. Se llamaban Nina, Galina y Ludmila. No eran como las chicas de Shanghái. Eran robustas, con mejillas sonrosadas y se reían abierta y francamente. Me ayudaron con mi baúl y me mostraron dónde se solicitaba la ropa de cama.

—Eres muy joven para estar aquí sola. ¿Cuántos años tienes? —me preguntó Ludmila.

—Veintiuno —mentí.

Se sorprendieron, pero no sospecharon la verdad. En aquel preciso instante, tomé la decisión de que no volvería jamás a hablar de mi pasado. Era demasiado doloroso.

Podía hablar de mi madre, porque no me avergonzaba de ella. Pero nunca volvería a mencionar a Dimitri. Pensé en cómo había firmado Dan Richards mis papeles para sacarme de Shanghái. Había tachado el «Lubenskaia» y había escrito mi nombre de soltera, «Kozlova».

—Confía en mí —me había dicho—. Llegará un día en el que te alegrarás de que el apellido de ese hombre no te pertenezca.

Ya sentía deseos de librarme de aquel apellido.

—¿A qué te dedicabas en Shanghái? —me preguntó Nina.

Vacilé un instante.

—Era institutriz —respondí—. De los hijos de un diplomático estadounidense.

—Tu ropa es muy bonita para ser de una institutriz —contestó Galina, sentándose con las piernas cruzadas en el suelo de barro cocido mientras yo deshacía mi equipaje. Recorrió con los dedos la punta del *cheongsam* verde que sobresalía de mi baúl. Remetió las sábanas por las esquinas del colchón.

—También me encargaba de ayudar a recibir a los invitados —respondí.

Sin embargo, cuando levanté la mirada, vi que su expresión era inocente. No había segundas intenciones tras su comentario. Y las otras dos chicas parecían más fascinadas que escépticas.

Alcancé la maleta y saqué el vestido. Me estremecí cuando comprobé que Mei Lin había arreglado el hombro.

—Para ti —le dije a Galina—. En cualquier caso, ya soy demasiado alta como para volver a ponérmelo.

Galina pegó un salto mientras presionaba el vestido contra su pecho y se reía. Me sentí avergonzada de las aberturas laterales. Era demasiado atrevido para cualquier institutriz, incluso para las que, en casos excepcionales, se dedicaban a «recibir a los invitados».

—No, yo estoy demasiado gorda —me respondió, devolviéndomelo—. Pero gracias de todos modos por tu amabilidad.

Les tendí el vestido a las otras chicas, pero rompieron a reír.

—Es demasiado extravagante para nosotras —me dijo Nina.

Más tarde, de camino a la tienda comedor, Ludmila me cogió por el brazo.

—No estés tan triste —me dijo—. Al principio, las dificultades te superan, pero, en cuanto veas la playa y a los chicos, olvidarás todos tus problemas.

Su bondad me provocó aún más desprecio por mí misma. Se pensaba que yo era una de ellas. Una chica joven y despreocupada. ¿Cómo podía decirles que yo había perdido mi juventud hacía tiempo, que Shanghái me la había arrebatado?

La tienda comedor del distrito estaba iluminada por bombillas de veinticinco vatios. Bajo la tenue luz, pude distinguir aproximadamente una docena de largas mesas. Nos sirvieron macarrones hervidos y sofrito de carne en platos de latón. La gente de mi barco picoteaba su comida, mientras que los habitantes de Tubabao rebañaban sus platos con miga de pan. Un anciano escupía huesos de ciruela

directamente al suelo arenoso.

Cuando Galina vio que no estaba comiendo nada, me entregó disimuladamente una lata de sardinas, apretándomela contra la mano.

—Añádeselas a los macarrones —me dijo—, para darles un poco de sabor.

Ludmila le dio un codazo a Nina.

—Anya parece aterrorizada.

—Anya —me dijo Nina, agarrándose un mechón de su propio cabello—, pronto te parecerás a nosotras. Morenas y con el pelo encrespado. Pronto serás como una nativa de Tubabao.

A la mañana siguiente, me levanté tarde. El aire de la tienda era cálido y apestaba a lona quemada. Galina, Ludmila y Nina se habían marchado. Las camas desechas aún mostraban la marca de sus cuerpos. Parpadeé mientras contemplaba las arrugadas sábanas militares, preguntándome dónde habrían ido. Pero me alegré de la paz que me rodeaba. No deseaba contestar a más preguntas. Las muchachas eran amables, pero yo estaba a un millón de kilómetros de ellas. Tenían a sus familias en la isla, yo estaba sola. Nina tenía siete hermanos, y yo, ninguno. Ellas eran chicas solteras que anhelaban recibir su primer beso. Yo era una chica de diecisiete años abandonada por su marido.

Un lagarto serpenteó por el interior de la tienda. Estaba provocando a un pájaro que revoloteaba en el exterior. El lagarto parpadeó con sus ojos saltones y se paseó frente al pájaro varias veces. Podía ver la sombra del ave batiendo las alas y picoteando la lona por pura frustración depredadora. Aparté a un lado mi manta y me senté.

Una caja apoyada contra el poste central hacía las veces de tocador común. Entre los abalorios y los cepillos que la cubrían, había un espejo de mano cuya parte posterior estaba adornada por un dragón chino. Lo cogí y examiné mi mejilla. A la luz del sol, el sarpullido tenía un aspecto aún más inflamado. Me contemplé durante un *momento*, tratando de acostumbrarme a mi nuevo rostro. Estaba marcada. Desfigurada. Mis ojos parecían pequeños y crueles.

Abrí mi baúl de un puntapié. El único vestido de verano que había traído era demasiado elegante para la playa. Estaba hecho de seda italiana con un adorno de cuentas de cristal. Tendría que servir.

Las tiendas con las que me crucé de camino a la oficina del supervisor del distrito estaban llenas de gente. Algunos descansaban de la vigilancia nocturna de la noche anterior o dormían la mona del San Miguel, la bebida local. Otros lavaban los platos y limpiaban la vajilla del desayuno. Algunos estaban sentados en tumbonas en el exterior de las tiendas, leyendo o charlando, como si estuvieran de vacaciones. Los jóvenes de rostros morenos y ojos claros me observaban cuando pasaba a su lado. Levanté la barbilla para que se viera bien mi mejilla dañada, como advertencia de que

yo no estaba disponible, con o sin aquella marca.

El supervisor del distrito trabajaba en un cobertizo de metal semicilíndrico con el suelo de cemento y unos retratos descoloridos por el sol del zar y la zarina colocados sobre la entrada. Llamé a la puerta de mosquitera y esperé.

—Pase —dijo una voz desde el interior.

Me adentré lentamente en aquel espacio en sombra. Tuve que entornar la mirada para ajustarla a la oscuridad del interior del cobertizo. Únicamente distinguí una cama de campaña junto a la puerta y una ventana en el otro extremo de la habitación. El aire apestaba a repelente antimosquitos y a lubricante de motor.

—Tenga cuidado —dijo la voz. Parpadeé y me moví en dirección a ella. En el cobertizo hacía calor, pero no tanto como en nuestra tienda. Gradualmente, comencé a distinguir las facciones del supervisor del distrito, que estaba sentado ante su escritorio. Una pequeña lámpara producía un círculo de luz que, sin embargo, no le iluminaba el rostro. Por su silueta, adiviné que era un hombre musculoso de hombros robustos. Se encorvaba sobre algo, concentrándose en ello. Me moví hacia él, sorteando trozos de cable, tornillos, cuerda y un neumático. Tenía un destornillador en la mano y estaba trabajando en un transformador. Llevaba las uñas roídas y sucias, pero su piel era morena y parecía suave.

—Llega tarde, Anna Victorovna —me dijo—. Ya ha comenzado la jornada.

—Lo sé. Lo siento.

—Ya no está usted en Shanghái —replicó, indicándome que me sentara en un taburete frente a él.

—Lo sé.

Traté de vislumbrar su rostro, pero lo único que pude ver fue una fuerte mandíbula y unos labios firmemente cerrados.

Cogió unos papeles de una pila que tenía junto a él.

—Tiene usted amigos en puestos importantes —comentó—. Apenas acaba usted de llegar y ya va a trabajar en la oficina de administración de la OIR. El resto de los pasajeros de su barco tendrán que desbrozar la selva.

—Eso es que tengo suerte.

El supervisor del distrito se frotó las manos y exhaló una carcajada. Se echó hacia atrás en su silla y entrelazó los brazos detrás la cabeza. Relajó los labios. Eran gruesos y sonrientes.

—¿Qué le parece nuestra ciudad de tiendas? ¿Es suficientemente elegante para usted?

No sabía qué contestarle. No había sarcasmo en su tono. No pretendía minusvalorarme, sino que hablaba como si percibiera la ironía de nuestra situación y tratara de darle poca importancia.

Cogió una fotografía de su escritorio y me la entregó. Mostraba a un grupo de hombres posando ante un montón de tiendas de campaña. Estudié sus rostros sin afeitarse. El joven de delante estaba en cuclillas, sosteniendo una estaca. Tenía unos

grandes hombros y una ancha espalda. Reconocí los gruesos labios y la mandíbula. Pero había algo raro en sus ojos. Traté de acercar la fotografía a la luz, pero el supervisor me la cogió de las manos.

—Nosotros fuimos los primeros a los que enviaron a Tubabao —explicó—. Tendría que haberlo visto entonces. La OIR nos dejó aquí sin herramientas. Tuvimos que cavar las letrinas y las zanjas con lo que encontrábamos. Uno de los hombres era ingeniero y recorrió la isla recogiendo trozos de maquinaria que los estadounidenses habían dejado aquí cuando este lugar era una base militar. En una semana, había confeccionado su propio generador eléctrico. Ése es el tipo de espíritu emprendedor que se gana mi respeto.

El supervisor del distrito enmudeció durante un instante. No pude evitar pensar que me estaba estudiando. Sus misteriosos labios se curvaron en una sonrisa traviesa. Era una sonrisa cálida que iluminó el cobertizo como un relámpago. Aquello me hizo sentir simpatía por él, a pesar de sus severos modales. Había algo de oso en aquel hombre. Me recordó inmediatamente a Serguéi.

—Me llamo Iván Mijailovich Najimovski. No obstante, en las presentes circunstancias, llamémonos Anya e Iván —me dijo, tendiéndome la mano—. Espero que mi broma no te haya sentado mal.

—En absoluto —respondí, apretándole la mano—. Estoy segura de que estás acostumbrado a tratar con muchos habitantes de Shanghái que se comportan de forma muy arrogante.

—Sí, pero tú, en realidad, no eres de Shanghái —replicó—. Naciste en Harbin y he oído que has trabajado muy duro en el barco.

Después de haber completado los formularios de registro y empleo, Iván me acompañó a la puerta.

—Si necesitas cualquier cosa —me dijo, estrechándome la mano de nuevo—, por favor, ven a verme.

Salí a la luz del sol, pero él tiró de mi brazo, señalándome la mejilla con su áspero dedo.

—Tienes una lombriz tropical ahí. Ve al hospital inmediatamente. Deberían habértelo tratado en el barco.

Sin embargo, lo que me sorprendió fue ver el rostro de Iván. Era joven, quizás tenía veinticinco o veintiséis años. Sus facciones eran típicamente rusas. Una amplia mandíbula, fuertes pómulos y ojos azules hundidos. Pero desde la frente, pasando por el rabillo del ojo derecho y hasta más abajo de la nariz, lucía una cicatriz que era como una quemadura. Donde la herida cruzaba el ojo, la piel había cicatrizado mal y tenía el párpado parcialmente cerrado.

Percibió mi expresión y volvió a adentrarse en la sombra, alejándose de mí. Sentí haber reaccionado así, porque él me había caído bien.

—¡Vamos! ¡Date prisa! —apremió—. ¡Vete antes de que el médico se vaya a pasar el día a la playa!

El hospital estaba cerca del mercado y de la carretera principal. Era un gran edificio de madera con un tejado con alero y sin cristales en las ventanas. Una joven muchacha filipina me condujo a través de la sala hasta donde estaba el médico. Todas las camas se encontraban vacías salvo por una mujer, que estaba descansando con un minúsculo bebé durmiendo sobre su pecho. El médico era ruso y, según me enteré posteriormente, era voluntario entre los refugiados. Él y el resto del personal médico voluntario habían construido de cero el hospital, solicitando a la OIR y al gobierno filipino medicinas o comprándolas en el mercado negro. Me senté en un banco rústico mientras el médico me examinaba la mejilla, estirándome la piel con los dedos de una mano.

—Has venido a verme justo a tiempo —comentó, lavándose las manos en un cuenco de agua que la muchacha le estaba sujetando—. Parásitos como éstos pueden sobrevivir durante años y destruyen los tejidos.

El médico me puso dos inyecciones, una en la mandíbula y otra, que me produjo mucho escozor, cerca del ojo. La cara me picaba como si me hubieran abofeteado. Me entregó un tubo de crema cuya etiqueta ponía «muestra gratuita». Me levanté del banco y casi me desmayé.

—Siéntate un momento antes de irte —me ordenó el médico.

Hice lo que me dijo, pero tan pronto como salí del hospital, volví a sentir náuseas. Había un patio junto al hospital con palmeras y sillas de lona. Se había montado para los pacientes del ambulatorio. Me tropecé con una de las sillas y me desplomé sobre ella, mientras la sangre me latía en los oídos.

—¿Esa chica está bien? Ve a comprobarlo —escuché que decía la voz de una mujer mayor.

El sol era abrasador, incluso a través de las hojas de los árboles. Podía oír el ruido sordo del océano al fondo. Escuché un crujido de ropa y después, la voz de una mujer.

—¿Quieres un poco de agua? —me preguntó—. Hace mucho calor.

Parpadeé con los ojos húmedos, tratando de enfocar la figura en sombra contra el cielo despejado.

—Estoy bien —le contesté—. Me acaban de poner unas inyecciones y me siento un poco débil.

La mujer se acuclilló a mi lado. Llevaba el rizado cabello castaño recogido en un moño alto con un pañuelo.

—Está bien, abuela —le gritó a la otra mujer.

—Me llamo Irina —me dijo la joven, mostrándome al sonreír una hilera de blancos dientes. Su boca tenía un tamaño desproporcionado respecto al resto de la cara, pero irradiaba luz. Brillaba en sus labios, en sus ojos y a través de su piel aceitunada. Cuando sonreía, ganaba en hermosura.

Me presenté a ella y a su abuela. Estirada en una hamaca bajo un árbol, la anciana casi no alcanzaba el otro extremo de su asiento con los pies. La abuela me dijo que se

llamaba Ruselina Leonidovna Levitskaia.

—Mi abuela no se encuentra muy bien —me contó Irina—. El calor no es lo suyo.

—¿Qué te pasa a ti? —me preguntó Ruselina. Tenía el cabello blanco, pero los mismos ojos castaños que su nieta.

Me aparté el pelo de la cara y les mostré la mejilla.

—Pobrecita mía —comentó Irina—. Yo también tuve algo así en la pierna. Pero ahora ya se me ha quitado.

Se levantó la falda para mostrarme una rodilla con un hoyuelo y sin ninguna marca.

—¿Has visto la playa? —me preguntó Ruselina.

—No, apenas llegué ayer.

Se llevó las manos al rostro.

—Es preciosa. ¿Sabes nadar?

—Sí —le respondí—. Pero sólo he nadado en estanques. Nunca en el océano.

—Entonces, ven —me dijo Irina, tendiéndome la mano—. Y estrénate.

De camino a la playa, paramos en la tienda de Irina y Ruselina. Dos filas de caracolas marcaban el sendero hasta la puerta. En el interior, una sábana carmesí colgaba de una esquina a otra por el techo y teñía todo de un cálido tono rosáceo. Tenían boas de plumas, sombreros y una falda de lentejuelas. Irina me lanzó un traje de baño blanco.

—Es de la abuela —me dijo—. También ella tiene una figura estilizada y delgada como la tuya.

El vestido de verano se me pegaba a la piel sudorosa. Me sentó bien quitármelo. El aire me recorrió el cuerpo y la piel me cosquilleó de alivio. El traje de baño se me ajustaba bien a las caderas, pero me estaba muy apretado en el pecho. Me saqué parte de los pechos hacia arriba, como si el bañador fuera un corsé francés. Al principio, me daba vergüenza, pero luego me encogí de hombros y decidí que no me importaba. No había llevado tan poca ropa desde que era niña. Me hizo sentir libre de nuevo. Irina se puso un bañador de color magenta y verde plateado. Parecía un loro exótico.

—¿Qué hacías en Shanghái? —me preguntó.

Le conté la historia de la institutriz y le pregunté qué hacía ella.

—Era cantante de *cabaret*. Mi abuela tocaba el piano.

Notó mi sorpresa y se sonrojó.

—Nada extravagante —explicó—. No en el Moscú-Shanghái ni nada tan elegante como eso. En locales pequeños. Mi abuela y yo cosíamos vestidos entre actuación y actuación para mantenernos. Confeccionamos todos nuestros trajes.

Irina no se percató de que me estremecí cuando mencionó el Moscú-Shanghái. El recuerdo del club me causaba conmoción. ¿De verdad me había creído que nunca jamás tendría que volver a pensar en él de nuevo? Tenía que haber cientos de personas en la isla que hubieran oído del local. Había sido un icono de Shanghái. Lo

único que esperaba era que ninguno de ellos me reconociera. Serguéi, Dimitri, los Mijailov y yo no habíamos sido los típicos rusos. No del mismo modo que mi padre, mi madre y yo cuando vivíamos en Harbin. Me sentí extraña al estar de nuevo entre mi gente.

El camino a la playa pasaba junto a un barranco escarpado. Había un todoterreno aparcado a un lado del camino, y cuatro policías militares filipinos lo rodeaban, fumando y contándose chistes. Se irguieron cuando nosotras pasamos a su lado.

—Hacen guardia por los piratas —comentó Irina—. Es mejor que tengas cuidado con ellos, especialmente en tu extremo del campamento.

Me enrollé la toalla alrededor de los muslos y utilicé los extremos para cubrirme los pechos. Sin embargo, Irina pasó lentamente junto a los hombres con la toalla sobre los hombros, consciente, pero sin sentir vergüenza, del efecto electrizante que su voluptuoso cuerpo y sus cimbreantes caderas producían en ellos.

La playa era un paisaje de ensueño. La arena era tan blanca como la espuma y, aquí y allá, había cocoteros y millones de conchas minúsculas. Estaba desierta excepto por una pareja de retrievers que dormitaban bajo una palmera. Los perros levantaron la cabeza cuando pasamos. El agua estaba clara y en calma bajo el sol de mediodía. Nunca antes había nadado en el océano, pero corrí hacia el agua sin miedo ni dudas. Se me puso la carne de gallina por el placer al contacto con la superficie. Bancos de peces plateados centellearon al pasar. Eché la cabeza hacia atrás y floté en el espejo de cristal que formaba la piel del océano. Irina buceaba y resurgía, parpadeando para quitarse las gotas de agua de las pestañas. «Estrénate», es lo que me había dicho. Era exactamente como me sentía. Podía sentir cómo la lombriz de mi mejilla se encogía, por el sol y la sal, que actuaban como antiséptico sobre la herida. Me estaba lavando Shanghái de la piel. Estaba disfrutando de la naturaleza, de nuevo como una chica de Harbin.

—¿Conoces aquí a alguien que venga de Harbin? —le pregunté a Irina.

—Sí —respondió—. Mi abuela nació allí. ¿Por qué?

—Quiero encontrar a alguien que conociera a mi madre —le respondí.

Irina y yo nos tumbamos en las toallas bajo una palmera, soñolientas, como los dos perros.

—Mataron a mis padres en el bombardeo de Shanghái, cuando yo tenía ocho años —me contó—. Fue entonces cuando mi abuela vino para cuidar de mí. Es posible que conociera a tu madre en Harbin. Aunque ella vivía en un barrio diferente.

Escuchamos un rugido de motor detrás de nosotras, que perturbó nuestra paz. Pensé que eran los policías filipinos y pegué un salto. Pero era Iván, que nos saludaba desde el asiento del conductor de un todoterreno. Al principio, pensé que el automóvil estaba pintado de camuflaje, pero cuando lo miré más de cerca, vi que eran el musgo y la corrosión los que le daban a la chapa su aspecto moteado.

—¿Queréis ver la cima de la isla? —nos preguntó—. Se supone que no debo llevar a nadie allí. Pero he oído que está embrujada y creo que no me vendría mal llevar a dos vírgenes conmigo para que me protegieran.

—Siempre tienes alguna historia que contar, Iván —exclamó Irina, soltando una carcajada, levantándose y sacudiéndose la arena de las piernas. Se enrolló la toalla alrededor de la cintura y, antes de que yo pudiera decir nada, se montó en el todoterreno—. Vamos, Anya —me animó—. Únete al paseo. Es gratis.

—¿Has ido al médico? —me preguntó Iván cuando me encaramé al todoterreno.

Esta vez, tuve cuidado de no mirarle demasiado fijamente a la cara.

—Sí —contesté—, pero me he quedado sorprendida al enterarme de que era una lombriz tropical. Lo cogí poco después de salir de Shanghái.

—El barco en el que viniste ya ha hecho más de un viaje. Muchos de nosotros padecemos la misma enfermedad. Pero tú eres la primera a la que he visto que le haya pasado en la cara. Ése es el lugar del cuerpo más peligroso en el que puedes tenerla. Está demasiado cerca de los ojos.

El sendero arenoso de la playa se extendía durante aproximadamente un kilómetro y medio y después los cocoteros y las palmeras daban paso a gigantescos árboles que se cernían, como si fueran demonios, sobre nosotros. Sus retorcidos troncos estaban cubiertos de enredaderas y plantas parásitas. Pasamos al lado de una cascada junto a la que había un cartel de madera clavado en la roca: «Cuidado con las serpientes en lugares cercanos al agua».

Unos minutos después de pasar la cascada, Iván detuvo el todoterreno. Un cúmulo de piedras oscuras bloqueaba nuestro camino. Una vez que el motor estuvo apagado, la quietud antinatural me hizo sentir incómoda. No se oía el trino de los pájaros, o el sonido del océano o del viento. Algo me llamó la atención: un par de ojos sobre las piedras. Las estudié con detenimiento y, paulatinamente, logré ver unas imágenes de santos y árboles de papaya grabadas en relieve sobre ellas. Un escalofrío me recorrió la columna. Ya había visto algo parecido en Shanghái, pero esta iglesia española era muy antigua. Tenía unas cuantas tejas rotas esparcidas alrededor de lo que quedaba de la aguja derrumbada, pero el resto del edificio estaba intacto. Minúsculas hojas de helecho habían crecido en cada una de las grietas; me imaginé a los leprosos, que habían estado en la isla antes de que los estadounidenses llegaran, pululando a su alrededor, preguntándose si Dios les habría abandonado del mismo modo que sus propios semejantes humanos les habían traído aquí para dejarles morir.

—Quedaos dentro del todoterreno. No salgáis de él bajo ninguna circunstancia —dijo Iván, mirándome directamente—. Hay serpientes por todas partes... y viejas armas. No pasa nada si yo salgo volando por los aires, pero sería una pena que os ocurriera a dos chicas tan bonitas como vosotras.

Comprendí por qué nos había pedido que viniéramos con él, por qué nos había venido a buscar a la playa. Era un bravucón. Se había percatado de mi reacción al ver su cara y quería demostrarme que no temía que yo la viera. Me alegré de que lo

hubiera hecho. Me produjo admiración, porque yo no era como él. La marca de mi mejilla no era tan fea como la cicatriz de su rostro y, aun así, yo deseaba esconderla para que los demás no la vieran.

Apartó una manta y el cuchillo de cazador que estaba debajo refulgió a la luz del sol. Se lo metió en el cinturón y se echó un rollo de cuerda al hombro. Le observé mientras desaparecía en la jungla.

—Está buscando más materiales. Van a construir una pantalla de cine —me explicó Irina.

—¿Está arriesgando su vida por una pantalla de cine? —le pregunté.

—Esta isla es como el hogar de Iván —respondió Irina—. Una razón para seguir viviendo.

—Entiendo —respondí, y nos sumimos en el silencio.

Esperamos más de una hora, respirando el aire estático y contemplando la jungla en busca de cualquier signo de movimiento. El agua de mar se me había secado en la piel y notaba el sabor salado en los labios.

Irina se volvió hacia mí.

—He oído que era panadero en Tsingtao —me dijo—. Durante la guerra, los japoneses descubrieron que algunos rusos enviaban mensajes de radio a los buques estadounidenses. Se vengaron aleatoriamente contra la población rusa. Ataron a su mujer y sus dos niñas pequeñas en su panadería, y le prendieron fuego. Él se hizo la cicatriz tratando de salvarlas.

Me senté en la parte trasera del todoterreno y apoyé la cabeza en las rodillas.

—Qué horror —contesté.

No se me ocurría nada más profundo que decir. Ninguno de nosotros había escapado a la guerra sin cicatrices. La agonía en la que me levantaba cada mañana era la misma que experimentaba el resto de la gente. El sol de Tubabao me abrasó el cuello. Sólo llevaba allí un día y ya me estaba haciendo efecto. Tenía poderes mágicos. Poderes para sanar y aterrorizar, para volverte loco o aliviarte el dolor. Durante el último mes, había creído que estaba sola. Me sentía feliz por tener ahora a Irina e Iván. Si ellos encontraban razones para seguir viviendo, quizás yo también las encontraría.

Una semana más tarde, estaba en mi puesto de trabajo en la oficina de la OIR, pasando a limpio una carta con una máquina de escribir a la que le faltaba la letra «j». Había aprendido a compensar este defecto de la máquina sustituyendo las palabras con «j» por palabras sin ella. De este modo, «jornada» se convertía en «día», «joven» en «adolescente» y «junto a» pasaba a ser «al lado de». Mi vocabulario de inglés se amplió rápidamente. No obstante, sí tenía un problema con los nombres rusos que incluían una «j». Cuando se daba el caso, marcaba una «i», que luego repasaba laboriosamente con un lápiz para convertirla en «j».

La oficina era un cobertizo de metal semicilíndrico con un lateral abierto, dos escritorios y un armario archivador. Mi silla chirriaba ruidosamente en el suelo de cemento cada vez que me movía, y tuve que clavar una chincheta en la parte superior de mis papeles para que no se volaran por la brisa marina. Trabajaba cinco horas al día y me pagaban un dólar estadounidense y una lata de fruta a la semana. Era una de las pocas personas remuneradas por su trabajo, ya que se esperaba que la mayoría de los refugiados trabajara gratis.

Una tarde, una fastidiosa mosca estaba molestando al capitán Connor. Él trataba de aplastarla, pero el insecto siempre se zafaba en el último momento. Se posó en el informe que yo acababa de mecanografiar, y el capitán Connor, exasperado, la aplastó con el puño para luego dirigirme una mirada culpable.

—¿Debo mecanografiar esa página de nuevo? —le pregunté.

Ese tipo de incidentes eran muy normales en nuestra oficina, pero volver a mecanografiar toda una página perfectamente, cuando yo nunca había utilizado una máquina de escribir antes de llegar a la isla, suponía una laboriosa tarea.

—No, no —contestó el capitán Connor, levantando el papel y dándole un papirotazo a los restos de la mosca—. Ya estás a punto de acabar tu turno, y ese bicho se había posado justo al final de un párrafo. Parece un signo de exclamación.

Encajé la funda de paño sobre las teclas y guardé la máquina en su caja especial. Estaba cogiendo mi bolso para marcharme cuando apareció Irina.

—Anyá, ¡adivina! —exclamó—. Voy a cantar canciones de *cabaret* en el escenario principal este fin de semana. ¿Vendrás a verme?

—¡Por supuesto que iré! —respondí—. ¡Qué emocionante!

—La abuela también está emocionada. No se siente suficientemente bien como para tocar el piano, por lo que me preguntaba si tú podrías llevarla y hacerle compañía.

—Claro que sí —le dije—. Y me pondré mi mejor vestido de noche para la ocasión.

Los ojos de Irina centellearon.

—¡A la abuela también le encanta arreglarse! Lleva toda la semana devanándose los sesos para recordar algo sobre tu madre. Piensa que ha encontrado a alguien en la isla que te puede ayudar.

Tuve que morderme los labios para evitar que temblaran. Habían pasado cuatro años desde que vi por última vez a mi madre. Yo era una niña cuando nos separamos. Después de todo lo que me había ocurrido, su recuerdo parecía haberse convertido en una especie de sueño. Si pudiera hablar con alguien sobre ella, sabía que volvería a ser una realidad.

La noche del concierto de Irina, Ruselina y yo fuimos hasta la plaza principal, abriéndonos camino entre los arbustos de helechos. Nos recogimos el borde de nuestros vestidos con cuidado para que no se engancharan en la densa hierba. Yo lucía un vestido de noche de color rubí y el chal de color ciruela que los Mijailov me

habían regalado por Navidad. Ruselina llevaba sus blancos cabellos recogidos en un moño a la altura de la coronilla. Aquel peinado casaba muy bien con su vestido estilo imperio. Parecía un miembro de la corte del zar. Aunque se sentía frágil y se apoyaba con fuerza en mi brazo, sus mejillas estaban sonrosadas y le brillaban los ojos.

—He estado hablando con gente de Harbin sobre tu madre —me contó—. Una vieja amiga mía, que es de allí, piensa que conocía a una Alina Pavlovna Kozlova. Es muy anciana y la memoria le va y le viene, pero puedo presentártela.

Pasamos por delante de un árbol lleno de murciélagos frugívoros que colgaban de las ramas como si ellos mismos fueran fruta. Los murciélagos se echaron a volar cuando nos oyeron, transformándose en ángeles negros planeando por el cielo color zafiro. Nos detuvimos para contemplar su silencioso vuelo.

Me habían emocionado las noticias de Ruselina. Aunque comprendí que la mujer de Harbin probablemente no podría arrojar más luz sobre el destino de mi madre, encontrar a alguien que la conociera, alguien con quien pudiera hablar de ella, era lo más inmediato que podía hacer para sentirla más cerca de mí.

Iván se encontró con nosotros en el exterior de su cobertizo. Cuando vio nuestro atuendo, se precipitó al interior y volvió con una banqueta en una mano, una caja de madera en la otra y un par de cojines debajo de cada brazo.

—No puedo permitir que mujeres tan elegantes se sienten en el suelo —explicó.

Llegamos a la plaza principal, donde encontramos a los acomodadores acompañando a la gente a las zonas en las que se podían sentar. Parecía como si todo el campamento se hubiera transformado para el concierto. Ruselina, Iván y yo nos sentamos en una zona privilegiada, cerca del escenario. Vi que los médicos y las enfermeras traían a gente en camillas. Pocas semanas antes de que yo llegara a la isla, había habido una epidemia de fiebre de dengue y los voluntarios llevaban a los pacientes desde las tiendas donde estaban pasando su convalecencia hasta una zona especial marcada con un cartel que indicaba «Hospital».

El espectáculo comenzó con una variedad de actuaciones que incluía lecturas de poesía, pequeñas obras satíricas, un miniballet e, incluso, un acróbata. Cuando la luz de la tarde se desvaneció en la oscuridad y se encendieron los focos, apareció Irina en el escenario con un traje de sevillanas rojo. El público se levantó y aplaudió. Una niña con trenzas se encaramó a la banqueta del piano para acompañarla. La pequeña esperó hasta que el público se calmara antes de colocar las manos sobre el teclado. No podía tener más de nueve años, pero sus dedos eran mágicos. Invocó una triste melodía que penetró en la noche. La voz de Irina se fundió con la música. El público estaba hipnotizado. Incluso los niños se portaron bien y se quedaron calladitos. Parecía como si todos estuviéramos conteniendo la respiración, por miedo a no perdernos ni una sola nota. Irina cantaba sobre una mujer que había perdido a su amante en la guerra, pero que, aun así, se sentía feliz cuando lo recordaba. Aquellas palabras me hicieron llorar.

Me dijeron que jamás volverías, pero no les creí.
Un tren tras otro volvía, sin ti y, al final, era yo la que tenía razón.
Siempre que te vea en mi corazón, estarás conmigo.

Recordé a una amiga de mi madre en Harbin que era cantante de ópera, de la que sólo sabía el nombre, Katya. Su voz podía hacerte sentir como si el corazón te fuera a estallar. Ella contaba que era así porque, cuando interpretaba canciones tristes, siempre pensaba en un novio que había perdido en la Revolución. Contemplé a Irina, cantando en el escenario, y su vestido que le brillaba contra la piel dorada. ¿En qué estaría pensando? ¿En una madre y un padre que nunca más la abrazarían? Era huérfana. Igual que yo. De alguna manera, yo también lo era.

Después, Irina cantó canciones de *cabaret* en francés y en ruso, mientras el público marcaba el ritmo dando palmas. Pero la que más me conmovió fue la primera.

—Qué cosa tan maravillosa es —comenté casi para mis adentros— proporcionarle esperanza a otra gente.

—La encontrarás —me dijo Ruselina.

Me volví para mirarla, sin estar segura de a qué se refería con aquellas palabras.

—Encontrarás a tu madre, Anya —me dijo, apretándome el brazo con los dedos—. Ya verás como la encontrarás.

9

EL TIFÓN

Una semana más tarde, Ruselina y yo nos dirigíamos por el camino arenoso hacia la tienda de su amiga en el distrito noveno. Tras el concierto de Irina, la salud de Ruselina se había deteriorado y, por eso, andábamos despacio. Utilizaba mi brazo como apoyo y se ayudaba con un bastón que le había comprado a un vendedor en la playa por un dólar. El esfuerzo excesivo le aceleraba la respiración y la hacía doblarse y resollar. Y aun así, a pesar de su debilidad, aquella tarde sentía que era yo la que me estaba apoyando en ella, y no al revés.

—Cuéntame algo sobre tu amiga —le pedí—. ¿Cómo conoció a mi madre?

Ruselina se detuvo y utilizó el dorso de su manga para secarse el sudor de la frente.

—Se llama Raisa Eduardovna —me contestó—. Tiene noventa y cinco años, residió en Harbin durante la mayor parte de su matrimonio, hasta que su hijo y su nuera la trajeron a Tubabao. Creo que se encontró con tu madre una sola vez, pero aquella ocasión parece haberle causado mucha impresión.

—¿Cuándo se fue de Harbin?

—Después de la guerra. Justo cuando tú te marchaste.

Sentí una punzada de anhelo en el corazón. El silencio impuesto por Serguéi sobre mi madre me había herido, a pesar de que él lo hizo por mi bien. Había leído que algunas tribus africanas se enfrentaban al dolor si una persona dejaba la tribu o fallecía no volviendo a hablar de ella nunca jamás. Amar a alguien significa estar pensando en esa persona continuamente, con independencia de si está contigo. No poder hablar con libertad sobre mi madre en aquel primer período de separación la había convertido en algo mítico y remoto para mí. Como mínimo, unas cuantas veces al día trataba de evocar el tacto de su piel, el timbre de su voz o cuántos centímetros me sacaba la última vez que la vi. Me aterrorizaba la idea de que si olvidaba alguno de aquellos detalles, comenzaría a olvidarla del todo.

Íbamos sorteando los árboles de plátano por un camino que nos conducía hacia una tienda de diez plazas. Cuando llegamos hasta la valla de paja que la rodeaba y

abrimos la puerta, sentí la presencia de mi madre. Fue como si me estuviera atrayendo hacia ella. Quería que yo la recordara.

Ruselina había visitado a su amiga en muchas ocasiones, pero ésta era la primera vez que entraba en la vivienda. La tienda era la «mansión» de la isla de Tubabao. Habían ampliado la ya espaciosa carpa con un toldado de hojas de palmera entretejidas, que hacía las veces de cocina y salón. Un cuidado césped de cola de zorra cubría todo el espacio hasta los bordes del porche, que estaba rodeado por una fila de hibiscos. En la otra esquina del patio, crecía un huerto de verduras con especies tropicales, y, frente a él, cuatro pollos picoteaban un montículo de sobras. Ayudé a Ruselina a entrar en el porche y nos dedicamos una sonrisa mutua al ver la fila de zapatos en él, cuidadosamente ordenados en orden decreciente de tamaño. Los más grandes eran un par de bofas de paseo masculinas y los más pequeños, unos zapatitos de bebé. Alguien estaba dando golpes en el interior de la tienda. Ruselina llamó, y los pollos se sorprendieron, batiendo las alas y armando jaleo. Dos de ellos comenzaron a pelearse, posándose en el techo del toldado. Ya había oído que la variedad de pollos que vendían los filipinos podían volar muy alto. También me habían dicho que los huevos que ponían sabían a pescado.

La solapa de la tienda se levantó y tres niñas salieron desordenadamente. Tenían los cabellos dorados. La más pequeña era un bebé en pañales y apenas acababa de aprender a andar. La mayor tenía aproximadamente cuatro años. Cuando sonreía, los hoyuelos de sus mejillas me recordaban a Cupido. «¡Pelo rosa!», dijo entre risitas, señalándome. Su curiosidad me hizo reír a mí también.

En el interior de la tienda, la nuera de Raisa y su nieta estaban acucilladas sobre unos tablones de madera. Cada una tenía un martillo en la mano y una fila de clavos entre los dientes.

—¡Hola! —saludó Ruselina.

Las mujeres levantaron la mirada, con los rostros colorados por el esfuerzo. Se habían metido las faldas por dentro de la ropa interior, convirtiéndolas en pantalones cortos. La mujer de más edad escupió los clavos y sonrió.

—¡Hola! —contestó, poniéndose de pie para saludarnos—. Tenéis que disculparnos. Estamos construyendo el suelo.

Era regordeta, con una nariz respingona y pelo castaño que le caía en ondas sobre los hombros. Debía de tener unos cincuenta años, pero lucía un rostro tan terso como el de una chica de diecinueve. Le entregué las latas de salmón que Ruselina y yo les habíamos traído de regalo.

—¡Dios mío! —exclamó, cogiéndomelas de las manos—. ¡Cocinaré pastel de salmón y tendréis que volver para coméroslo con nosotros!

La mujer se presentó como Mariya y a su rubia hija, como Natasha.

—Mi marido y mi yerno están pescando para la cena —explicó—. Mi madre está descansando. Se alegrará de veros.

Se oyó una voz que llamaba detrás de una cortina. Mariya descorrió la tela y

vimos a una anciana tumbada en una cama.

—Menos mal que está medio sorda, madre —le dijo Mariya, inclinándose para besar en la cabeza a la mujer—, porque si no, no habría podido dormir la siesta con el alboroto que estábamos armando.

Mariya ayudó a su suegra a incorporarse y después colocó dos sillas para Ruselina y para mí a ambos lados de la cama.

—Vamos —nos apremió—, sentaos. Ahora ya está despierta y lista para charlar.

Tomé asiento junto a Raisa. Era mayor que Ruselina y se le distinguían las venas a través de la piel como gusanos azulados. Se le habían echado a perder las piernas y tenía los dedos de los pies tan doblados por la artritis que casi estaban retorcidos sobre sí mismos. Me incliné para besarle la mejilla y me agarró la mano con una fuerza que contrastaba con su frágil complexión. No sentí lástima por ella del mismo modo que, a veces, la sentía por Ruselina. Raisa estaba enferma y no le quedaba mucho tiempo en este mundo, pero la envidiaba. Una anciana rodeada por su feliz y productiva familia. Tenía muy poco de lo que lamentarse en la vida.

—¿Quién es esta niña tan guapa? —preguntó, volviéndose hacia Mariya mientras todavía me apretaba la mano.

Su nuera se inclinó sobre ella y le habló al oído.

—Es una amiga de Ruselina.

Raisa contempló nuestros rostros, en busca de Ruselina. Reconoció a su amiga y sonrió ampliamente, mostrando unas encías desdentadas.

—Ah, Ruselina. He oído que no te encontrabas muy bien.

—Ahora ya estoy mejor, querida amiga —respondió Ruselina—. Ésta es Anna Victorovna Kozlova.

—¿Kozlova? —Raisa me observó con más detenimiento.

—Sí, la hija de Alina Pavlovna. La mujer a la que crees conocer —le contestó Ruselina.

Raisa enmudeció, distraída por sus propios pensamientos. El ambiente de la tienda era caluroso, incluso a pesar de que Manya hubiese enrollado las solapas de las ventanas traseras y laterales. Me senté en el borde de la silla para que las piernas no se me pegaran a la madera. Una gota de saliva colgaba de la barbilla de Raisa. Natasha se la limpió cuidadosamente con la punta de su delantal. Pensé que la anciana se había quedado dormida cuando, de repente, se sacudió, se puso derecha y me miró fijamente.

—Vi a tu madre sólo una vez —me contó—. La recuerdo bien porque era muy llamativa. Todo el mundo se quedó prendado de ella aquel día. Estaba tan esbelta, con aquellos ojos tan preciosos...

Me fallaron las piernas. Pensé que iba a desvanecerme al escuchar a alguien mencionar el secreto que yo había estado guardando durante tanto tiempo: mi madre. Me agarré al borde de la cama, sin prestar atención a los que me rodeaban. Desaparecieron de mi mente tan pronto como Raisa habló. Solamente podía ver a la

anciana tumbada frente a mí y anhelar cada una de sus balbuceantes palabras.

—Fue hace mucho tiempo —Raisa suspiró—. En una fiesta de verano en la ciudad. Tenía que ser 1929. Acudió con sus padres y llevaba puesto un elegante vestido color lila. Pensé que era una chica muy desenvuelta y me gustó porque se interesaba por todo lo que los otros decían. Era muy buena escuchando.

—Eso fue antes de que se casara con mi padre —le dije—. Ha debido de costarle mucho recordar algo que pasó hace tanto tiempo.

Raisa sonrió.

—Entonces, yo creía que ya estaba vieja. Pero ahora lo estoy mucho más. Lo único que puedo hacer es pensar en mi pasado.

—¿Ésa fue la única vez que la vio?

—Sí. No volví a encontrármela después de aquella fiesta. Éramos bastantes en Harbin, y no todos nos movíamos en los mismos círculos. Pero sí que oí que se había casado con un hombre muy culto, y que vivían en una bonita casa a las afueras de la ciudad.

Raisa dejó caer la barbilla contra el pecho y se hundió un poco más en la cama, tumbándose como un globo desinflado. La rememoración de mi madre parecía haber agotado todas sus fuerzas. Mariya sumergió un vaso en un barreño de agua y lo acercó a los labios de su suegra. Natasha se disculpó y fue a vigilar a las niñas. Escuché los gritos de sus juegos que provenían del patio. También pude oír a los pollos cloqueando cuando Natasha pasó entre ellos. De repente, el rostro de Raisa se desfiguró. El agua le goteó fuera de la boca y le chorreó sobre el pecho como una fuente. Comenzó a llorar.

—Cometimos una estupidez al quedarnos allí durante la guerra —dijo—. Los inteligentes se fueron a Shanghái mucho antes de que llegaran los soviéticos.

Su voz era áspera y se le distorsionaba por el dolor.

Ruselina trató de ayudarla a ponerse cómoda, pero Raisa la apartó de ella.

—He oído que los soviéticos se llevaron a tu madre —me dijo, cubriéndose la frente con su vieja mano llena de manchas—, pero no sé adónde. Quizás fuera lo mejor. Les hicieron cosas terribles a los que se quedaron atrás.

—Descanse un poco, madre —le recomendó Mariya, poniendo de nuevo el vaso de agua en sus labios, pero Raisa le retiró la mano. Estaba tiritando a pesar del calor, y yo le cubrí los hombros con su chal. Tenía los brazos tan delgados que temí que se me quebraran entre las manos.

—Está cansada, Anya —dijo Ruselina—. Quizás pueda contarnos algo más otro día.

Nos levantamos para marcharnos. Sentía que se me desgarraba el corazón por la culpabilidad. No quería hacer sufrir a Raisa, pero tampoco deseaba marcharme hasta que me hubiera contado todo lo que sabía sobre mi madre.

—Lo siento —dijo Mariya—. A veces tiene días más lúcidos que otros. Os contaré si dice algo más.

Recogí el bastón de Ruselina y le estaba ofreciendo mi brazo, cuando Raisa nos llamó. Se esforzó por apoyarse en los codos. Tenía los ojos enrojecidos y una mirada delirante.

—Tu madre tenía unos vecinos, Boris y Olga Pomerantsev, ¿verdad? —preguntó—. Decidieron quedarse en Harbin cuando vinieron los soviéticos.

—Sí —le respondí.

Raisa volvió a hundirse en los cojines y se tapó la cara con las manos. Un gemido grave brotó de su garganta.

—Los soviéticos se llevaron a todos los jóvenes, a los que podían hacer trabajar —dijo, dirigiéndose en parte hacia mí y en parte hacia sí misma—. Oí que se lo habían llevado a él, porque todavía estaba fuerte, incluso siendo un hombre mayor. Pero a su mujer la fusilaron. Padecía del corazón, ¿lo sabías?

No recuerdo el camino de vuelta hacia la tienda de Ruselina. Mariya y Natasha debieron de ayudarnos de algún modo, porque no entiendo cómo Ruselina pudo llevarme ella sola. Me sentía conmocionada y la mente se me había quedado en blanco, excepto por una imagen: Tang. Lo que el destino les había deparado a Boris y Olga llevaba su marca. Recuerdo que me hundí en la cama de Irina y presioné el rostro contra la almohada. Anhelaba dormir, perder el conocimiento, liberarme de aquel dolor agonizante que me atenazaba las entrañas. Pero no podía. Mis hinchados párpados se abrían de par en par cuando trataba de cerrarlos. El corazón me latía como una bomba dentro del pecho.

Ruselina se sentó a mi lado y me acarició la espalda.

—No era lo que yo esperaba —me confesó—. Yo deseaba hacerte feliz.

Levanté la mirada para ver su rostro demacrado. Tenía los ojos hundidos y los labios azulados. Detestaba estar provocándole tanta angustia. Pero cuanto más trataba de calmarme, más fuerte era el dolor que sentía.

—Fui una estúpida al pensar que nada malo les ocurriría —le confesé, recordando los aterrados ojos de Olga y las lágrimas recorriendo las mejillas de su marido—. Sabían que iban a morir por ayudarme.

Ruselina suspiró.

—Anya, tenías trece años. La gente mayor sabe que tiene que tomar decisiones. Si hubierais sido tú o Irina, yo habría hecho exactamente lo mismo.

Apoyé la cabeza en su hombro y me sorprendí de que fuera más firme de lo que yo esperaba. Parecía que mi necesidad le daba fuerzas a Ruselina. Me acarició el pelo y me abrazó como si fuera su propia hija.

—Durante mi vida he perdido a mis padres, a un hermano, a un bebé, a mi hijo y a mi nuera. Una cosa es morir de mayor, otra, muy diferente, es fallecer cuando todavía se es joven. Tus amigos querían que vivieras —me dijo.

La abracé aún con más fuerza. Deseaba decirle a Ruselina que la quería, pero las palabras se me perdieron en algún lugar de la garganta.

—El sacrificio que hicieron fue su regalo para ti —me dijo, besándome la frente

—. Hónrales viviendo con valentía. No podrían pedir más que eso.

—Desearía poder agradecérselo —le confesé.

—Sí, también puedes hacer eso —me dijo Ruselina—. Estaré bien hasta que Irina vuelva. Vete y haz algo para rendir honores a tus amigos.

Me dirigí dando traspiés por el sendero hacia la playa, cegada por las lágrimas. Pero me consolaron el sonido de los grillos y los gorjeos de los pájaros entre los arbustos. En su música, podía oír la alegre voz de Olga. Me estaba diciendo que no me apesadumbrara, que ella ya no sentía dolor y que ya no tenía miedo. El sol implacable del día se había suavizado y, filtrado a través de los árboles, me acariciaba suavemente. Deseaba esconder mi rostro contra el pecho manchado de harina de Olga y decirle cuánto había significado para mí.

Cuando llegué a la playa, el mar tenía una tonalidad gris y sombría. Un grupo de gaviotas que volaban haciendo círculos gritó sobre mi cabeza. El último rayo de sol marcó una línea brillante en el centro del océano, y una bruma se levantó flotando por el aire. Me dejé caer de rodillas en la arena e hice un montículo que me llegaba a la altura del pecho. Cuando terminé, coloqué una guirnalda de conchas en torno a la parte superior. Apretaba los dientes con rabia cada vez que me imaginaba cómo habrían sacado a Olga de su hogar para después fusilarla. ¿Habría gritado? No podía pensar en ella sin pensar también en Boris. Eran como una pareja de cisnes. Unidos de por vida. Seguro que no había aguantado ni un día sin ella. ¿Le obligaron a mirar mientras la mataban? Mis lágrimas dejaron unas marcas en la arena que parecían gotas de lluvia. Construí otro montículo e hice un puente de arena entre ambos. Hice guardia junto al monumento que acababa de construir, escuchando el movimiento y el siseo de las olas, hasta que el sol desapareció en el océano. Cuando se atenuó el espejismo naranja y el cielo comenzó a oscurecerse, dije al viento los nombres de Boris y Olga tres veces, para que supieran que les recordaba.

Encontré a Iván esperándome bajo una farola del camino de vuelta a mi tienda. Llevaba una cesta cubierta con un pañuelo de cuadros. Cuando me acerqué a él, levantó el pañuelo y destapó una ración de *pryaniki* frescos. El aroma a miel y jengibre de los pastelillos se mezcló con el aire marino y la esencia de las hojas de palmera. Una tradición como ésa, típica de un clima más frío, parecía fuera de lugar en la isla. No tenía ni la más remota idea de cómo había conseguido los ingredientes, por no mencionar cómo los había cocinado.

—Mis mejores *pryaniki*, para ti —me dijo, tendiéndome la cesta.

Traté de sonreír, pero no pude.

—Ahora no soy buena compañía, Iván —le respondí.

—Lo sé. Le llevé los *pryaniki* a Ruselina y me contó lo que había sucedido.

Me mordí el labio. Había llorado tanto en la playa que ya no podía pensar en seguir llorando. Y aun así, una lágrima enorme se me resbaló por la cara hasta caerme sobre una muñeca.

—Hay un saliente de roca justo por encima de la laguna —me dijo—. Yo voy allí

cuando estoy triste, porque me hace sentir mejor. Te llevaré.

Dibujé con el pie una línea en la arena. Estaba siendo amable conmigo, y me sentía conmovida por su compasión. Pero no sabía si quería estar acompañada o si prefería quedarme sola.

—Vale, mientras no hablemos —le contesté—. No tengo ganas de hablar.

—Pues no hablaremos —respondió—. Simplemente, nos sentaremos.

Seguí a Iván a lo largo del sendero arenoso hasta una agrupación de rocas. Las estrellas habían salido y su reflejo brillaba formando flores borrosas en el agua. El océano se había vuelto color malva. Nos sentamos en un saliente protegido en sus dos extremos por grandes pedruscos. La superficie de la roca aún estaba cálida por el sol, y me tumbé sobre ella, escuchando las olas arremolinándose y rompiendo en las grietas justo debajo de nosotros. Iván me ofreció la cesta de pastelillos. Cogí uno, aunque no tenía hambre. La dulce masa se desmenuzó en el interior de mi boca y trajo a mi mente recuerdos de las Navidades en Harbin: el calendario de adviento de mi madre sobre la repisa de la chimenea; la frialdad de los cristales contra mi mejilla cuando miraba por la ventana y contemplaba cómo mi padre cortaba leña; y cuando me miraba los pies para ver los copos de nieve en los pliegues de mis botas. No me podía creer que hubiera viajado tan lejos desde el mundo cristalizado de mi niñez.

Cumpliendo su promesa, Iván no intentó hablar. Al principio, me parecía extraño estar sentada junto a alguien al que no conocía demasiado bien sin decir nada. Por lo general, la gente normal se hace preguntas de presentación sencillas para conocerse mejor, pero, a medida que yo pensaba en lo que podría preguntarle a Iván, me di cuenta de que había pocas cosas de las que pudiéramos hablar sin infligirnos más o menos daño. Yo no podía mencionar su panadería, ni él podía referirse a mi vida en Shanghái. Ninguno de los dos podía tratar de averiguar si el otro había estado casado. Incluso un comentario inocente sobre el océano podría convertirse en una salida desafortunada. Galina me había contado que las playas de Tsingtao eran mucho más bonitas que las de Tubabao. Y, sin embargo, ¿cómo podía empezar una conversación sobre Tsingtao con Iván sin recordarle lo que allí había perdido? Respiré el aroma salobre de las olas y presioné las palmas de las manos contra mi barbilla. Para gente como Iván y como yo, que vivíamos las secuelas de nuestras respectivas desgracias, nos resultaba más fácil quedarnos callados que arriesgarnos a violar los frágiles recuerdos del otro.

Me rasqué la mejilla. La lombriz de mi rostro había muerto y me había dejado una mancha alunarada en la piel. Había muy pocos espejos en Tubabao y poco tiempo para la vanidad, pero siempre que atisbaba la marca en el reflejo de una lata o en un cubo de agua, me sorprendía mi apariencia. Ya no era yo. La cicatriz era como la marca de Dimitri, una grieta en un vaso que le recuerda a su dueño, una y otra vez, cómo se le cayó de las manos antes de que pudiera salvarlo. Siempre que la veía, el recuerdo de la traición de Dimitri me aguijoneaba como un latigazo. Trataba de no pensar en él y Amelia en Estados Unidos, en su vida fácil de coches, grandes casas y

agua corriente.

Escudriñé el cielo y encontré la pequeña pero hermosa constelación que Ruselina me había señalado hacía unas noches. Le ofrecí una plegaria en silencio e imaginé que Boris y Olga estaban allí. Después, pensando en ellos, volví a notar las lágrimas escociéndome en los ojos.

Iván estaba sentado con la espalda ovillada, abrazándose las rodillas, perdido en sus propios pensamientos.

—Allí está la Cruz del Sur —comenté—. Los marineros del hemisferio meridional la utilizan para guiarse.

Iván se volvió hacia mí.

—Estás hablando —comentó.

Me sonrojé, aunque no tenía ni idea de por qué debía sentirme avergonzada.

—¿No puedo hablar?

—Sí, pero has dicho que no querías hablar.

—Eso fue hace una hora.

—Yo estaba disfrutando del silencio —contestó—. Creía que te estaba empezando a conocer mejor.

Aunque estábamos a oscuras, tuvo que verme sonreír. Noté que él también lo hacía. Me volví hacia las estrellas. ¿Qué pasaba con aquel curioso hombre que me hacía sentir valiente? Nunca había pensado que podría ser tan cómodo sentarse con alguien durante tanto tiempo sin decir nada. Iván tenía presencia. Estar con él era como tumbarse contra una roca que sabías que nunca iba a ceder. Él también había sufrido mucho, pero su pérdida parecía haberle fortalecido. Por el contrario, yo pensaba que si padecía alguna pérdida más, me volvería loca.

—Sólo estaba bromeando —me dijo, pasándome la cesta con los pastelillos—. ¿Qué querías contarme?

—Oh, no —le contesté—. Tienes razón. Se está bien en silencio y sin moverse.

Enmudecimos de nuevo y resultó tan cómodo como antes. Las olas se calmaron y, una a una, las luces del campamento fueron apagándose. Contemplé a Iván. Estaba reclinado sobre la roca con el rostro vuelto hacia el cielo. Me preguntaba en qué estaría pensando.

Ruselina me había dicho que la mejor manera de honrar a los Pomerantsev era vivir con valentía. Había esperado a mi madre, pero no había vuelto, ni había sabido nada de ella. Pero ya no era una niña dominada por las decisiones de otros. Ya era lo suficientemente mayor como para buscarla por mi cuenta. Y sin embargo, a pesar de lo mucho que la echaba de menos, me aterrorizaba la idea de poder llegar a descubrir que a ella también la habían torturado y ejecutado. Me apreté los ojos cerrados y le pedí un deseo a la Cruz del Sur, rogándoles a Boris y Olga que me ayudaran. Utilizaría toda mi valentía para encontrarla.

—Ya estoy lista para volver —le dije a Iván.

Él asintió y se puso en pie, ofreciéndome la mano para ayudarme a levantarme.

Alcancé sus dedos, y me agarró con tal fuerza que fue como si me hubiera leído la mente y me estuviera apoyando en mi decisión.

—¿Adónde podría acudir para encontrar a alguien en un campo de trabajo soviético? —le pregunté al capitán Connor cuando llegué al trabajo a la oficina de la OIR al día siguiente. Estaba sentado ante su escritorio comiendo un huevo escalfado con beicon. La yema del huevo se extendía por todo el plato, y él remojó una rebanada de pan antes de contestarme.

—Es muy difícil —respondió—. Estamos en un punto muerto con los rusos. Stalin es un maníaco.

Levantó la mirada para contemplarme. Era un hombre con muy buena educación, por lo que no me preguntó nada.

—El mejor consejo que puedo darte —continuó— es que te pongas en contacto con la Cruz Roja en tu país de acogida. Han estado haciendo un trabajo maravilloso ayudando a la gente a rastrear a sus familiares después del Holocausto.

Los países de acogida eran el otro asunto que ocupaba los pensamientos de todo el mundo. Después de Tubabao, ¿adónde iríamos? La OIR y los responsables de la comunidad habían enviado solicitudes a muchos países, rogándoles que nos acogieran, pero no habían recibido respuesta. Tubabao era frondosa y cultivable, y deberíamos haber disfrutado de aquel receso, pero nuestro futuro era incierto. Incluso en una isla tropical, nos acechaba la sombra de la melancolía. Ya se había producido un suicidio y dos intentos. ¿Cuánto tiempo se suponía que debíamos esperar?

Sólo después de que las Naciones Unidas ejercieran su presión, los países comenzaron a responder. El capitán Connor y los otros oficiales se reunieron en la oficina. Colocaron las sillas en círculo, se ajustaron las gafas y encendieron cigarrillos antes de discutir las diferentes opciones. El gobierno de Estados Unidos solamente aceptaría a gente que tuviera algún tipo de apoyo en su país; Australia estaba interesada en gente joven, a condición de que firmaran un contrato de trabajo en cualquier tarea que el gobierno les exigiera durante los dos primeros años de estancia; Francia ofrecía camas de hospital para los ancianos o enfermos, para que pasaran allí sus últimos días o para que se recuperaran hasta estar listos para marcharse a otro lugar; Argentina, Chile y Santo Domingo abrían sus puertas sin restricciones.

Me senté ante la máquina de escribir, observando el folio en blanco, paralizada. No tenía ni la menor idea de adónde iría o de qué pasaría conmigo. No podía imaginarme a mí misma en otro lugar que no fuera China. Me di cuenta de que incluso desde que había llegado a Tubabao, había mantenido el anhelo secreto de que finalmente nos dejarían volver a casa.

Esperé a que los oficiales se marcharan antes de preguntarle al capitán Connor si pensaba que sería posible regresar a China algún día.

Me miró como si le hubiera preguntado si pensaba que sería posible que algún día a todos nos crecieran alas y nos volviéramos pájaros.

—Anya, ya no hay ninguna China para tu gente.

Unos días más tarde, recibí una carta de Dan Richards, apremiándome para que me fuera a Estados Unidos gracias a su aval. «No te vayas a Australia —escribía—, están poniendo a los intelectuales a trabajar en las vías del tren. Sudamérica no es una opción para ti. Y no te puedes fiar de los europeos. No olvides cómo traicionaron a los cosacos de Lienz».

Irina y Ruselina estaban desanimadas. Deseaban ir a Estados Unidos, pero no tenían dinero ni cumplían la exigencia de tener un garante. Me apenaba ver su entusiasmo cada vez que escuchaban a alguien hablar de los animados clubes nocturnos y cabarés neoyorquinos. Le respondí a Dan que aceptaría su oferta y le pregunté si podría hacer algo por mis amigas.

Una noche, Ruselina, Irina y yo estábamos jugando a las damas chinas en su tienda. El cielo había estado encapotado todo el día, y la humedad era tan opresiva que nos vimos obligadas a llamar a una enfermera para que le diera un masaje a Ruselina en los pulmones que la ayudara a respirar. Estábamos en la época seca, que en Tubabao significaba que sólo llovía una vez al día. Temíamos la llegada de la temporada húmeda. Incluso cuando apenas llovía, todo tipo de criaturas de la jungla trataba de guarecerse en nuestras tiendas. En dos ocasiones, una rata había brotado de la maleta de Calina, y nuestra tienda estaba atestada de arañas. Los lagartos transparentes eran conocidos porque ponían sus huevos en la ropa interior y en los zapatos de la gente. Una mujer del distrito segundo se despertó una mañana para descubrir una serpiente enroscada en su regazo. Se había enrollado allí en busca de calor, y la mujer tuvo que mantenerse inmóvil durante horas hasta que la serpiente se marchó, deslizándose por decisión propia.

Todavía no había llegado la época de las tormentas tropicales, pero aquel día había algo amenazante en el cielo. Ruselina, Irina y yo lo contemplamos y divisamos siluetas aciagas formándose en las nubes. Primero, vimos una especie de criatura con forma de trasgo y ojos encendidos, a través de los cuales brillaba el sol; después, percibimos el rostro redondeado de un hombre con una sonrisa maliciosa y las cejas en punta, y, finalmente, una silueta que se movía por el cielo como un dragón. Después, aquella tarde, se levantó un fuerte viento que volcaba los carteles y tiraba abajo las cuerdas de la ropa.

—No me gusta esto —sentenció Ruselina—. Algo malo se aproxima.

Entonces comenzó a llover. Esperamos a que parase, cosa que normalmente ocurría al cabo de media hora aproximadamente, sin embargo, la lluvia no sólo no cesó, sino que se intensificó. Contemplamos cómo desbordaba las zanjias, llevándose calle abajo el barro y todo lo demás que se encontraba en su camino. Cuando

comenzó a inundar la tienda, Irina y yo corrimos al exterior y, con la ayuda de nuestros vecinos, cavamos zanjas más profundas y surcos que se alejaban de las tiendas. La lluvia nos fustigaba la cara como si fuera arena, enrojeciéndonos la piel. Las tiendas que no tenían buenos postes centrales se vinieron abajo a causa del aguacero, y sus ocupantes tuvieron que luchar contra el viento para volver a levantarlas. Al anochecer, se fue la corriente.

—No te vayas a casa —me dijo Irina—. Quédate aquí esta noche.

Acepté su invitación sin dudarle. El camino hacia mi tienda estaba bordeado por cocoteros y, siempre que se levantaba viento, docenas de frutos tan duros como rocas se estrellaban contra el suelo. Tenía miedo de que uno de ellos pudiera caerme encima, por eso siempre recorría la arboleda corriendo y tapándome la cabeza con las manos. Las chicas de mi tienda se reían de mi comportamiento paranoico, hasta que, un día, a Ludmila le cayó un coco en el pie, y tuvieron que escayolárselo durante un mes.

Encendimos una lámpara de gas y continuamos jugando a las damas, pero a las nueve en punto, ni siquiera los juegos aliviaban los pinchazos de hambre de nuestros estómagos.

—Tengo algo —dijo Irina, revolviendo en el interior de una cesta que estaba en la parte superior del armario. Sacó un paquete de galletas y colocó un plato en la mesa. Incluyó el paquete y un grueso lagarto cayó entre las migas, seguido de docenas de serpenteantes bebés lagarto.

—¡Arrrrgh! —gritó Irina, tirando el paquete al suelo. Los lagartos corrieron a refugiarse en todas direcciones y Ruselina se rió tanto que comenzó a jadear.

La sirena del campamento ululó y nos quedamos inmóviles. Volvió a sonar otra vez. Un toque indicaba las doce del mediodía y las seis de la tarde. Dos significaba la llamada de los responsables de distrito para una reunión. La sirena repitió su estridente lamento. Tres era para que todo el mundo se reuniera en la plaza. Nos miramos las unas a las otras. ¡Seguramente no esperarían que nos reuniéramos con un tiempo tan terrible! La sirena volvió a sonar. Cuatro significaba que había un incendio. Irina se arrodilló ante su cama, buscando frenéticamente sus sandalias. Yo cogí una manta de repuesto del armario. Ruselina se sentó estoicamente en una silla, esperándonos. El quinto toque me produjo un escalofrío que me recorrió la espalda. Irina y yo nos volvimos para mirarnos, encontrando en la otra la misma incredulidad. El último toque fue largo y siniestro. La quinta llamada nunca se había utilizado antes. Significaba que se aproximaba un tifón.

Podíamos sentir el pánico aumentar en las tiendas que nos rodeaban. Se oían voces gritando a través de la tormenta. Unos minutos más tarde, el oficial del distrito apareció en nuestra tienda. Sus ropas estaban completamente empapadas y se le pegaban al cuerpo como una segunda piel. Nos contagió el temor que se reflejaba en su rostro. Nos arrojó unos trozos de cuerda.

—¿Qué quiere que hagamos con esto? —le preguntó Irina.

—Os he dado cuatro trozos para atar las cosas de vuestra tienda. Los otros son para que los traigáis a la plaza en cinco minutos. Os vais a tener que atar a los árboles.

—Debe de estar de broma —le respondió Ruselina.

El oficial del distrito tiritó, con los ojos desencajados por el terror.

—No sé cuántos de nosotros vamos a sobrevivir. La base del ejército ha recibido el aviso demasiado tarde. Creen que el mar va a cubrir por completo la isla.

Nos unimos a la multitud de gente que corría frenéticamente a través de la selva hacia la plaza principal. El viento era tan fuerte que teníamos que enterrar los pies en el suelo arenoso para poder avanzar. Una mujer se cayó de rodillas cerca de nosotros, llorando de miedo. Corrí hacia ella, dejando que Irina cuidara de Ruselina.

—Vamos —le dije, tirándole del brazo. El faldón de su abrigo se abrió y vi al bebé que llevaba colgado de un cabestrillo contra el pecho. Era minúsculo, tenía los ojos cerrados y debía de haber nacido hacía unas horas. Me dio un vuelco el corazón al ver lo indefenso que estaba.

—Todo irá bien —le dije a la mujer—. Yo te ayudaré.

No obstante, estaba paralizada por el terror. Se agarró a mí, desestabilizándome y reteniéndome. Nos estábamos ahogando en la furiosa ventisca.

—Coge a mi bebé —me rogó—. Déjame a mí.

«Todo irá bien», le había dicho. Pensé en la cantidad de veces que había pensado que todo iría bien y me odié a mí misma. Había creído que, a estas alturas, ya me habría reunido con mi madre, me había convencido de que mi matrimonio sería feliz, había confiado en Dimitri, había acudido a ver a Raisa esperando escuchar historias maravillosas sobre mi madre. Nunca antes había vivido un tifón. ¿Con qué derecho podía decirle a la gente que todo iba a ir bien?

En la plaza, los voluntarios se habían subido a tocones de árboles y sostenían focos para que nadie se tropezara con las cuerdas y las bolsas de los suministros de emergencia. El capitán Connor estaba sobre una roca gritando instrucciones por un megáfono. Los oficiales de distrito y la policía estaban distribuyendo a la gente en grupos. Se separaba a los niños de sus padres para meterlos en una cámara frigorífica de la cocina principal. Una enfermera polaca estaba a cargo de ellos.

—Por favor, hágase cargo de ellos también —le pedí a la enfermera, llevando a la mujer y a su bebé hasta ella—. Acaba de dar a luz.

—Llévala al hospital —me contestó la enfermera—. Allí es donde se van a resguardar los enfermos y las madres con bebés muy pequeños.

Ruselina cogió al niño de los brazos de la mujer, e Irina y yo la ayudamos a llegar hasta el hospital.

—¿Dónde está el padre? —preguntó Irina.

—Se ha ido —respondió la mujer, con una mirada ausente—. Me dejó por otra mujer hace dos meses.

—¿Y ni siquiera ha vuelto para ayudar a su hijo? —Ruselina sacudió de un lado a

otro la cabeza y me susurró—. Los hombres no son buenos.

Pensé en Dimitri. Quizás era cierto.

El hospital ya estaba atestado cuando llegamos. Los médicos y los enfermeros agrupaban las camas en una esquina haciendo sitio para más camillas. Reconocí a Mariya y a Natasha, ocupadas clavando tablones en las ventanas. Iván estaba arrastrando un armario hacia una puerta. Una enfermera de aspecto abrumado cogió al niño de los brazos de Ruselina y condujo a la mujer a un banco en el que otra joven madre estaba meciendo a su hijo.

—¿Puede quedarse mi abuela también? —le preguntó Irina a la enfermera.

La enfermera se echó las manos a la cabeza y me di cuenta de que estaba a punto de negarse cuando Irina le dedicó una de sus deslumbrantes sonrisas. No llegó a emitir su negativa. Sus labios se curvaron, como si quisiera contener la sonrisa que iba a brotar en su propio rostro. Asintió mientras señalaba unas habitaciones en la parte trasera del hospital.

—No le puedo dar una cama —respondió la enfermera—, pero la instalaré en una silla en una de las consultas.

—¡No me quiero quedar aquí yo sola! —protestó Ruselina cuando la ayudé a sentarse en una silla—. Estoy lo bastante bien como para irme con vosotras.

—¡No sea tonta, abuela! Este edificio es el mejor de la isla —Irina golpeó con los nudillos la pared—. ¡Mire! Está hecho de madera maciza.

—¿Dónde vais a ir vosotras? —preguntó Ruselina. La fragilidad de su voz me dio un pinchazo en el corazón.

—La gente joven tiene que correr hacia la parte superior de la isla —le dijo Irina, tratando de sonar animada—. Así que tendrá que imaginarnos a Anya y a mí haciendo eso.

Ruselina extendió la mano y cogió la de Irina, entrelazándola con la mía.

—No os separéis. Sois lo único que tengo.

Irina y yo besamos a Ruselina y nos apresuramos a internarnos en la lluvia para unirnos a la fila de gente que recogía cuerdas y linternas y emprendía la subida del camino de la montaña. Iván se movió con dificultad entre la multitud para alcanzarnos.

—En realidad, he reservado un lugar especial para vosotras dos —nos dijo. Dejamos las cuerdas, pero conservamos una linterna y le seguimos hacia un pequeño cobertizo de metal semicilíndrico en un claro detrás del hospital.

El cobertizo tenía tres ventanas con rejas, y su interior estaba oscuro. Iván revolvió en su bolsillo y sacó una llave. Me atrajo hacia él y puso la llave en mi mano.

—No, no podemos —le dije—. Éste es un edificio sólido. Deberías reservarlo para los enfermos o los niños.

Iván enarcó las cejas y se echó a reír.

—Oh, así que te crees que os estoy concediendo un privilegio especial, ¿verdad,

Anya? —me dijo—. Estoy seguro de que vosotras dos recibís muchos favores gracias a vuestra belleza, pero ahora os estoy poniendo a trabajar.

Iván me indicó por señas que abriera el cobertizo. Introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta, pero no pude ver nada más que oscuridad en el interior.

—Ya no me quedan más voluntarios para cuidar de ellos —nos dijo—. Todas las enfermeras están ocupadas en otras cosas. Pero no os preocupéis, son inofensivos.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó Irina.

—Ah, querida Irina mía —le contestó Iván—. Tu voz se ha ganado mi corazón. Pero necesitarás ganarte mi respeto también si quieres que te admire de verdad.

Iván se echó a reír otra vez y saltó de nuevo a la lluvia, sorteando las ramas caídas y los escombros con la agilidad de un ciervo. Le contemplé mientras se metía en el bosquecillo y desaparecía de mi vista. Se oyó un crujido en el cielo, y una palmera se estrelló contra el suelo, salpicando nuestros vestidos de barro y casi cayéndonos encima, a falta de treinta centímetros escasos. Irina y yo entramos a gatas en el cobertizo y nos esforzamos por cerrar la puerta a nuestras espaldas.

El aire del interior apestaba a ropa de cama cuarteada por el sol y a desinfectante. Di un paso adelante y choqué contra algo duro. Recorrí el borde con la mano. Era una mesa.

—Creo que es un almacén —dije, mientras me frotaba la magulladura del muslo. Algo se deslizó junto a nosotras. Un pelaje me rozó los pies—. ¡Ratas! —grité.

Irina encendió la linterna y nos encontramos cara a cara con un gatito sorprendido. Era blanco con ojos rosáceos.

—¡Hola, gato! —saludó Irina, poniéndose en cuclillas y alargando la mano. El gatito corrió hacia Irina y restregó la mejilla contra sus rodillas. El pelaje del gato era brillante, no polvoriento, como el de la mayoría de los animales de la isla. Pegué un salto al mismo tiempo que Irina, porque ambas vimos lo mismo: un par de pies humanos iluminados por el círculo de luz de la linterna. Estaban apoyados en una sábana, con los dedos mirando hacia arriba. Mi primer pensamiento fue que estábamos en un depósito de cadáveres, pero me di cuenta de que hacía demasiado calor para eso. Irina rastreó con el haz de la linterna y fue iluminando desde unos pantalones de pijama a rayas hasta el rostro de un joven. Estaba dormido, con los ojos firmemente cerrados y un hilillo de saliva cayéndole por la barbilla. Me acerqué a él y le toqué el hombro. El chico no se movió, pero su piel aún estaba caliente.

Le susurré a Irina:

—Debe de estar sedado, porque si no, no puedo entender cómo ha conseguido seguir durmiendo con toda la conmoción del exterior.

Irina enroscó sus dedos alrededor de mi muñeca, haciéndome crujir los huesos, y movió rápidamente la linterna por todo el resto de la habitación. Había una mesa de madera con un montón de novelas de pasta blanda cuidadosamente apiladas sobre ella y un armario de metal cerca de la puerta. Nos dimos la vuelta y ambas pegamos un salto cuando vimos a una anciana mirándonos con ojos entornados desde la otra

esquina de la habitación. Irina apartó el haz de luz de la linterna de los ojos de la mujer.

—Lo siento —le dijo Irina a la anciana—. No sabíamos que hubiera nadie más aquí.

Sin embargo, en el mismo instante en que el rayo de luz iluminó el rostro de la anciana, la reconocí. Estaba mejor alimentada y más limpia que la última vez que la había visto, pero no había duda. Lo único que le faltaba era su tiara y su semblante preocupado.

—*Dusha-dushi* —dijo la anciana.

De pronto, una voz de hombre surgió desde una de las esquinas en sombra.

—Me llamo Joe —dijo—. Joe, como Poe, como Poe, como Poe, como Poe. Aunque mi madre me llamaba Igor. Es Joe como Poe.

Irina me presionó la muñeca, haciéndome daño.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Pero yo estaba demasiado ocupada tratando de creermelo que Iván nos había hecho como para contestar a su pregunta. Estábamos a cargo de los enfermos mentales.

Para cuando la cabeza de la tormenta sacudió la isla, el cobertizo traqueteaba y se removía como una motocicleta por una carretera llena de baches. Una piedra atravesó una de las ventanas formando una grieta zigzagueante en el cristal. Miré en el armario en busca de cinta adhesiva para sellarla. Logré pegar un poco antes de que la rotura siguiera creciendo y alcanzara el marco. No podíamos oír nada del exterior a causa del aullido del viento. Sólo una vez el joven se despertó, mirándonos con ojos vidriosos.

—¿¿¿Qué es esooooo?? —preguntó.

Pero antes de que pudiéramos responderle, se puso boca abajo y volvió a caer en un profundo aletargamiento. El gatito saltó sobre su cama y, tras una pequeña deliberación sobre el lugar más cómodo en el que aposentarse, se hizo un ovillo en un hueco entre las rodillas del joven.

—¡Deben de estar sordos! —exclamó Irina.

La anciana se deslizó fuera de la cama y dio varias vueltas al cobertizo ejecutando una especie de ballet silencioso. Queríamos ahorrar luz de la linterna, de modo que Irina la apagó, pero tan pronto como lo hizo, la mujer comenzó a sisear como una serpiente y a sacudir el picaporte de la puerta. Irina volvió a encender la linterna y mantuvo el haz enfocado hacia la mujer, que bailaba bajo la luz igual que una muchacha de dieciséis años. «Joe» detuvo su monótona presentación para aplaudir el espectáculo y después anunció que quería ir al baño. Irina miró debajo de las camas en busca de un orinal y cuando encontró uno, se lo entregó. Pero él negó con la cabeza e insistió en que le dejáramos salir. Le hice ponerse de pie en la puerta y

agarré la chaqueta de su pijama mientras orinaba contra la pared exterior del cobertizo. Me aterrorizaba la idea de que fuera a escaparse o a salir volando en medio de la tormenta. Cuando se hubo aliviado, miró al cielo y se resistió a volver a entrar. Irina tuvo que mantener la luz de la linterna sobre la anciana mientras me ayudaba a arrastrar a Joe de vuelta al interior del cobertizo. Su pijama estaba totalmente empapado y no teníamos nada con que cambiarlo. Luchamos con él para quitarle las ropas mojadas y lo envolvimos en una sábana. Pero, una vez que estuvo seco, se quitó la sábana e insistió en quedarse desnudo.

—Me llamo Joe, como Poe, como Poe, como Poe —murmuraba, desfilando arriba y abajo a lo largo del cobertizo con sus huesudas piernas al aire, tan desnudo como cuando vino al mundo.

—Tú y yo nunca seremos buenas enfermeras —sentenció Irina.

—Y encima, están sedados. Eso hace que seamos incluso más negadas —le respondí.

Irina y yo nos echamos a reír. Fue el único momento de alegría que conoceríamos durante toda la noche.

El aullido del exterior pasó a ser un rugido frenético. En una ráfaga, el aire propulsó un árbol arrancado contra el cobertizo. Se clavó en la pared, abollando el metal hacia dentro. Las puertas del armario se abrieron, y las bandejas y las tazas se estrellaron contra el suelo. La anciana dejó de bailar, espantada como un niño al que han sorprendido fuera de la cama después de la hora de acostarse. Se encaramó a su lecho, cubriéndose la cabeza con las mantas.

El viento golpeaba el árbol contra el cobertizo. Surgieron pequeñas fisuras por todas partes, y las hojas comenzaron a asomarse entre los huecos. Irina y yo tiramos los libros que había encima de la mesa, la volcamos sobre un costado y pegamos el tablero a la pared, como refuerzo.

—Esto no me gusta nada —dijo Irina, apagando la linterna—. Estoy oyendo cómo se acercan las olas.

—No, no es posible —le contesté—. Tiene que ser otra cosa.

—No —replicó Irina—. Es el océano. Escucha.

—¡¡¡Es Joe, como Poe, ya lo sabéis!!! —gritó Joe.

—¡Shhhhh! —le reñí.

Joe se sorbió las lágrimas, se metió debajo de su cama y siguió murmurando en voz baja.

Las gotas de lluvia golpeaban los laterales del cobertizo y sonaban como si fueran balas. Los tornillos que mantenían unidas las paredes al suelo de cemento gimieron bajo la presión del viento. Irina me cogió de la mano. Le apreté la suya, recordando lo que Ruselina había dicho sobre que no debíamos separarnos. La anciana se echó a mis brazos y me agarró tan fuerte que me impedía cualquier movimiento. El joven y su gato dormían tranquilamente. Joe se arrinconó aún más en las sombras. No podía oírle.

De repente, la puerta dejó de repiquetear y todo se quedó en silencio. Las paredes se volvieron a colocar en su posición. Las lonas y los árboles dejaron de agitarse. Pensé que me había quedado sorda. Tardé un momento en darme cuenta de que el viento se había calmado en el exterior. Irina levantó la cabeza y encendió la linterna. Joe salió de debajo de la cama. Podía oír voces en las colinas, gemidos y vítores. La gente se estaba llamando mutuamente desde donde estaba en la jungla. Un hombre le gritaba a su esposa:

—¡Valentina! ¡Te quiero! ¡Después de todos estos años, sigo queriéndote!

No obstante, nadie se movió. Incluso aquella calma tenía algo de maligno.

—Voy a ir a ver qué tal está la abuela —dijo Irina.

—¡No salgas! —Había perdido toda la sensibilidad en las piernas. No habría podido ponerme de pie aunque lo hubiera intentado—. Todavía no ha terminado. Es sólo el ojo.

Irina me miró frunciendo el ceño. Apartó la mano bruscamente del picaporte de la puerta, con la boca abierta mostrando una expresión de horror. El mango estaba vibrando. Lo observamos fijamente. En la distancia, el océano emitió un rugido. Se elevó el pánico de las voces en la jungla. El viento se levantó de nuevo, gimiendo a través de los árboles desvencijados. En poco tiempo, cambió y comenzó a chirriar como un demonio, moviéndose en dirección contraria y recogiendo todos los escombros producidos por la cabeza de la tormenta. Unas ramas se estrellaron contra el cobertizo. Irina sacudió al joven dormido para despertarlo y lo arrastró bajo la cama. Colocó firmemente al gato en el hueco del brazo de él. Juntas, pusimos de pie la mesa y empujamos a Joe y a la anciana debajo. Nosotras también nos metimos allí.

—Soy Joe, como Poe. Como Poe. Como Poe —me gimoteó Joe al oído.

Irina y yo presionamos nuestros rostros el uno contra el otro. Nos envolvió una peste fétida. Joe se había hecho de vientre.

Algo se estrelló contra el techo. Trozos de metal cayeron a nuestro alrededor. La lluvia comenzó a entrar en el cobertizo. Al principio sólo eran unas gotas, que luego se convirtieron en una auténtica cascada. El viento producía un ruido sordo contra las paredes. Exhalé un grito cuando vi cómo el lateral del cobertizo se levantaba, manteniéndose unido al resto de la estructura solamente por los tornillos del otro lado. El metal chirrió y el cobertizo se abrió como una caja de zapatos. Miramos boquiabiertas el enfurecido cielo. Los libros revolotearon a nuestro alrededor antes de caer en todas las direcciones. Nos agarramos a las patas de la mesa, pero ésta comenzó a avanzar lentamente por el suelo. Joe se zafó de mi mano y se puso en pie, mirando hacia arriba.

—¡Agáchate! —le gritó Irina.

Pero era demasiado tarde. Una rama arrastrada por el viento le golpeó en la parte posterior de la cabeza. El golpe le hizo caer. El viento lo arrastró por el suelo de cemento como si fuera una hoja. Irina logró cogerle, haciendo un movimiento de cizalla con las piernas, antes de que saliera volando entre las enormes mandíbulas de

metal y el suelo. Si en ese momento la pared volvía a caer, Joe acabaría cortado por la mitad. Pero estaba mojado y se deslizó entre las piernas de Irina. Traté de agarrarle la mano, pero la anciana me retenía y no logré alcanzársela. Lo que sí pude cogerle fue el pelo. Joe comenzó a gritar, porque mis dedos le desgarraban el cuero cabelludo.

—¡Suéltalo! —gritó Irina—. ¡Te arrastrará con él!

Logré deslizarle una mano bajo el brazo y lo aferré por el hombro, pero, en aquella posición, mi cabeza quedaba al descubierto. Las hojas y las ramas se me clavaban en el rostro, hiriéndome la piel como nubes de insectos. Cerré los ojos, preguntándome qué objeto acabaría conmigo. Qué escombros terminaría con mi vida...

—¡Me llamo Joeeeeeee! —gritaba el enfermo. Se desprendió de mí y salió despedido contra el armario. El mueble se vino abajo, pero cayó encima la cama bajo la que se guarecía el joven del gato. El armario se había quedado a apenas unos centímetros de la cabeza de Joe. Él estaba atrapado, pero, mientras la cama no se moviera, estaría a salvo.

—¡No te muevas! —le grité. Mi voz se ahogó en un chirrido ensordecedor. Contemplé como la pared se desprendía definitivamente de sus últimos puntos de unión. Me dio la sensación de que giró durante una eternidad, una siniestra sombra flotando en el cielo. Me preguntaba adónde iría a parar. A quién mataría.

—¡Dios, ayúdanos! —gritó Irina.

Entonces, sin previo aviso, el viento paró. La pared del cobertizo cayó y se ensartó en un árbol cercano, enganchándose entre sus ramas. Aquel árbol había dado su vida por nosotros. Podía oír el océano agitarse y rugir, mientras atraía la tormenta de nuevo a su seno.

Algo cálido me goteó por el brazo. Me lo froté. Era pegajoso. Sangre. Pensé que debía de ser de Irina, porque yo no sentía nada. Encendí la linterna y tanteé con los dedos en busca de su cabeza, pero no encontré ninguna herida. Y aun así, la sangre seguía goteando. Me volví hacia la anciana. Me dio un vuelco el estómago. Se había mordido el labio inferior. Me rompí las enaguas, doblé la tela para formar una bola y la presioné contra su boca, para detener la pérdida de sangre.

Irina se apretó el rostro contra las rodillas, tratando de no llorar. Yo parpadeé para apartarme el agua de los ojos y examiné los daños. Joe estaba tumbado en el suelo como un pez varado en la playa. Tenía rasguños en la frente y en los codos, pero, por lo demás, parecía ileso. El joven estaba despierto, pero inmóvil. Su gato estaba empapado, con el lomo arqueado, siseando en una esquina.

—Me llamo Joe como Poe, como Poe —murmuró Joe.

Durante la siguiente media hora, nadie más pronunció ni una sola palabra.

PAÍSES DE ACOGIDA

La tormenta transformó la isla en un cenagal estancado. Con las primeras luces, emergimos de los escombros y nos reunimos en la plaza. Parecíamos diminutos en medio de los árboles partidos y oscilantes. Las raíces cubiertas de barro sobresalían de hondos y enormes agujeros en la tierra. La gente bajaba tambaleándose por el camino de la montaña, con las ropas rasgadas y húmedas y el pelo endurecido por la arena. Busqué a Iván, conteniendo la respiración hasta que lo vi al final de la comitiva, con rollos de cuerda colgados de los hombros como si fueran serpientes muertas.

El hospital todavía estaba en pie y había una multitud pululando alrededor. Ruselina se había colocado en la entrada y dirigía a la gente hacia diferentes grupos con su bastón. Había cientos de personas, todos despeinados, cojeando o sangrando. Los médicos y las enfermeras, que también tenían un aspecto desaliñado y cansado, administraban lo que podían de los exiguos suministros. Un joven médico sentado en una caja frente a la mujer del *Dusha-dushi* le cosía el labio. El procedimiento tenía que provocarle un dolor insoportable sin una fuerte anestesia, pero la mujer estaba sentada muy quieta, y sus manos temblorosas agarradas a la barbilla eran lo único que delataba la agonía que estaba sufriendo.

Irina y yo abrazamos a Ruselina y corrimos, adelantando a los demás, hacia el campamento. Trozos de tela desgarrada y tiras de lona ondeaban con la brisa de la mañana como las ropas podridas de un esqueleto. Los caminos se habían convertido en barrancos profundos, en cuya superficie se divisaban los restos pulverizados de loza y los jirones de ropa de cama. Muchas de las cosas que los refugiados habían rescatado de China con tanto esfuerzo habían sido devoradas. Todo aquello era demasiado difícil de soportar: montones interminables de sillas y mesas destrozadas, camas patas arriba y juguetes rotos... Una anciana que nos rozó cuando pasamos a su lado llevaba la fotografía de un niño desgarrada y estropeada por el agua.

—Era lo único que me quedaba de él. E incluso esto se ha echado a perder —se lamentó, mientras me miraba. Su boca hundida tembló como si esperara una

respuesta. Pero no se me ocurría qué decirle.

Irina volvió al hospital para ayudar a Ruselina. Yo crucé el campamento hacia el distrito octavo, sorteando las piedras sueltas que vibraban bajo mis pies. Ya no me daban miedo los cocos. De los cocoteros no colgaba ningún fruto y había cáscaras rajadas esparcidas por todo el suelo. En el ambiente, flotaba un olor desagradable. Localicé la fuente del mal olor en el cadáver de un cachorro en medio del camino, cuyo estómago inflamado había sido atravesado por el poste partido de una tienda. Las hormigas y las moscas se estaban dando un festín sobre la herida. Me estremecí cuando imaginé al niño dueño del perrito, que andaría buscándole. Recogí del suelo una tira de corteza de palmera y cavé una tumba poco profunda. Cuando terminé, saqué el poste del vientre del perrito y lo arrastré por las patas hasta el agujero. Vacilé un momento antes de cubrirlo de arena, sin saber si estaba haciendo lo correcto. Pero recordé mi propia niñez y supe que había cosas que un niño jamás debía ver.

La densa jungla que rodeaba el distrito octavo lo había salvado. Las tiendas se habían desplomado y se habían aflojado hacia el suelo, pero no estaban destrozadas sin posibilidad de reparación como las de los distritos tercero y cuarto. Las camas se habían desparramado por la zona, pero muy pocas se habían roto, y en una de las tiendas, aunque la lona había volado hasta los árboles circundantes, el mobiliario había permanecido derecho y ordenado cuidadosamente, como si sus dueños sólo se hubieran ausentado unos minutos.

Me mordí los agrietados labios hasta que sangraron cuando localicé mi baúl. Alguien lo había amarrado a un árbol con hábiles nudos y permanecía intacto. Me sentí muy agradecida con las chicas porque se hubieran tomado la molestia de atarlo durante mi ausencia. El cierre estaba atascado y no podía abrirlo de ninguna de las maneras. Agarré una piedra que me quedaba a mano y, gracias a ella, destrocé el cerrojo. En su interior, los vestidos de noche estaban húmedos y llenos de arena, pero no me importó. Hurgué entre la tela, rezando porque mis manos dieran con lo que estaba buscando. Cuando toqué la madera, grité de alivio y saqué la muñeca matrioska. Estaba ilesa y la besé una y otra vez, como una madre que acabara de encontrar a su hijo perdido.

El mar tenía el color del té con leche. Trozos de vegetación y otros restos se balanceaban sobre las olas. La luz de la mañana que resplandecía en la superficie le daba un aspecto inofensivo, nada que ver con el monstruo enfurecido que había amenazado con engullirnos a todos la noche anterior. En las cercanías, en la pequeña franja de arena que quedaba, un párroco rezaba junto a un grupo de gente una plegaria de agradecimiento. Yo no creía en Dios, pero incliné la cabeza como señal de respeto de todos modos. Teníamos mucho por lo que estar agradecidos. Gracias a algún tipo de milagro, no se había perdido ninguna vida humana. Cerré los ojos y me dejé llevar por una especie de aletargamiento balsámico.

Después, me encontré con el capitán Connor, que estaba de pie frente a la oficina de la OIR. Las paredes metálicas estaban llenas de agujeros y algunos de los armarios archivadores se habían volcado. El capitán le daba un toque surrealista a aquella escena en mitad de la catástrofe, con su uniforme cuidadosamente planchado y el pelo de punta, debajo del cual se veía parte de su cuero cabelludo quemado por el sol. La única señal de la tormenta que se apreciaba en su apariencia eran las salpicaduras de barro en las botas.

Me sonrió como si fuera cualquier otro día, y yo llegara al trabajo a mi hora habitual. Me señaló el grupo de cobertizos de metal semicilíndricos que utilizábamos como almacén. Algunos de ellos estaban en un estado peor que el de nuestra oficina: sus paredes se habían deformado tanto que seguramente no podríamos volver a utilizarlos.

—Si algo bueno sale de este desastre —sentenció—, es que se darán cuenta de que nos tienen que sacar de esta isla más tarde o más temprano.

Para cuando volví al hospital, los soldados filipinos y estadounidenses provenientes de Guam habían llegado para ofrecernos su ayuda. Iván y los otros oficiales estaban descargando bidones de combustible y de agua potable de la parte trasera de un camión militar, mientras que los soldados se atareaban levantando tiendas para los enfermos que no entraban en el hospital. Los voluntarios hervían agua para esterilizar el instrumental médico y las vendas o preparaban comida bajo un toldo improvisado.

El revuelto y empapado césped estaba atestado de gente durmiendo en camillas. Ruselina era uno de ellos. Irina estaba sentada junto a ella, acariciando el pelo blanco de su abuela. La anciana había dicho que se sacrificaría por Irina o por mí y que nosotras éramos lo único que tenía en el mundo. Contemplé a las dos mujeres desde detrás de un árbol, mientras apretaba con fuerza mi muñeca matrioska contra el pecho. Ellas también eran lo único que yo tenía.

Vi a Iván arrastrando un saco de arroz hacia el toldo-cocina. Yo también deseaba ayudar, pero se me había agotado toda la valentía. Iván se irguió, frotándose la espalda, y se percató de mi presencia. Se me acercó lentamente con una sonrisa en los labios y las manos en las caderas. Pero su expresión cambió cuando se fijó en mi semblante.

—No me puedo mover —le dije.

Extendió los brazos hacia mí.

—Está bien, Anya —me dijo, apretándose contra su pecho—. No ha sido tan malo como parecía. Nadie está gravemente herido y las cosas siempre se pueden reparar o sustituir.

Apreté el rostro contra su pecho, escuchando el firme latido de su corazón y dejando que su cálida presencia me envolviera. Durante un momento, me sentí en casa de nuevo. Volvía a ser una niña idolatrada en Harbin. Podía oler el pan recién hecho, escuchar el fuego crepitando en el recibidor y sentir la suavidad de la alfombra

de piel de oso bajo mis pies. Y por primera vez en mucho tiempo, pude oír la voz de mi madre: «Estoy aquí, mi niña, tan cerca de ti que podrías tocarme». El motor de un camión arrancó y se rompió el encanto. Di un paso atrás, separándome de Iván, abriendo la boca para hablar, pero incapaz de emitir ninguna palabra.

Me cogió la mano entre sus ásperos dedos, con mucho cuidado, como temiendo que, si me apretaba demasiado, fuera a rompérmela.

—Vamos, Anya —me dijo—. Busquemos algún sitio en el que puedas descansar.

Las semanas que siguieron a la tormenta estuvieron llenas de esperanza, pero también de congoja. La marina estadounidense con base en Manila llegó con barcos cargados de suministros. Contemplamos a los marineros que desfilaban por la playa, portando sacos sobre sus anchas espaldas, y en cuestión de dos días, reedificaron la ciudad de tiendas. La nueva ciudad era mucho más ordenada que la antigua, que se había construido a toda prisa, sin planificación a largo plazo y con herramientas insuficientes. Las carreteras se reconstruyeron con cunetas más profundas y asfalto, y se desbrozó la jungla alrededor de los bloques de baños y cocinas. Pero aquella construcción tan ordenada nos produjo inquietud en lugar de placer. Había algo incómodamente permanente en la manera en que se había construido el nuevo campamento y, a pesar de las esperanzas del capitán Connor, aún no había noticias de los «países de acogida».

En la Sociedad Rusa de Estados Unidos se enteraron de la catástrofe y nos enviaron un mensaje urgente: «Además de lo que les hace falta para sobrevivir, dígnanos lo que necesitan para ser felices». La sociedad recopiló materiales no sólo de sus miembros, muchos de los cuales se habían hecho ricos en Estados Unidos, sino también de empresas que estaban dispuestas a donar existencias defectuosas. El capitán Connor y yo pasamos las noches trabajando en una lista de deseos que incluía un pequeño regalo para cada persona. Solicitamos discos, raquetas de tenis, barajas de cartas, estuches de lápices y libros para nuestra biblioteca y nuestro servicio de préstamos, pero también jabón perfumado, chocolate, diarios para escribir, cuadernos de dibujo, cepillos del pelo, pañuelos y un pequeño juguete para cada niño menor de doce años. Recibimos su respuesta en quince días: «Hemos conseguido todos los objetos solicitados. También les enviamos biblias, dos guitarras, un violín, trece rollos de tela para vestidos, seis samovares, veinticinco impermeables y cien copias de la obra de Chéjov *El huerto de los cerezos*, a las que les faltan las tapas».

El cargamento tenía que llegar un mes después. El capitán Connor y yo esperamos pacientemente, emocionados como dos niños traviesos. Contemplábamos todos los barcos que pasaban, pero transcurrieron seis semanas y no llegaba nada. El capitán Connor investigó el asunto a través de la oficina de la OIR en Manila. Todos los artículos del cargamento habían sido interceptados por funcionarios corruptos que los habían vendido en el mercado negro.

Iván vino a verme una tarde a la oficina de la OIR. Entorné los ojos para mirar su silueta a contraluz en el marco de la puerta y, al principio, no le reconocí. Llevaba la camisa planchada y el pelo limpio, sin salpicaduras de serrín y hojarasca, como de costumbre. Se había recostado ociosamente contra la jamba de la puerta, pero se tamborileaba con los dedos en la cadera, por lo que supe inmediatamente que estaba tramando algo.

—¡Me has estado espiando! —protesté.

Se encogió de hombros y miró la habitación a su alrededor.

—No, qué va —contestó—. Simplemente, he venido a ver cómo estabas.

—Sí, sí que estabas espiándome —repliqué—. El capitán Connor acaba de irse a hacer un recado. Y entonces has aparecido tú. Debes de haber visto cómo se marchaba.

Los ojos de Iván se dirigieron hacia una desvencijada silla de mimbre que reservábamos para los invitados. Escondió su rostro de mi mirada, pero aun así le vi sonreír.

—Tengo un plan para levantarle la moral a todo el mundo —me dijo—, pero no sé si Connor estará de acuerdo.

Iván arrastró la silla hasta colocarla frente a mi escritorio y después tomó asiento como un gigante sobre un dedal.

—He construido el proyector y la pantalla. Lo único que necesito es una película.

Se llevó la mano al ojo, pero no me gustó su movimiento, parecía como si estuviera tratando de enmascarar la cicatriz. ¿Todavía sentía vergüenza por su desfiguración en mi presencia? No necesitaba sentirla. La cicatriz era muy grande, pero era suficiente tratar con Iván durante un solo día para dejar de notarla. Su personalidad era lo único que se le quedaba a uno en mente. Mi propia mejilla me dio una punzada. No me gustaba notar debilidad o vulnerabilidad en Iván. Él era mi roca. Necesitaba que fuera fuerte.

—Tenemos muchas películas. —Le señalé la caja de cintas de película que el capitán Connor utilizaba como reposapiés—. Hasta ahora no teníamos proyector.

—Venga ya, Anya —dijo Iván, inclinándose hacia delante, apoyando las manos en las rodillas. Se había limpiado las uñas: otro cambio en su aspecto—. Ésas son antiguas. El tipo de películas que les habrían encantado a nuestros padres. Necesitamos una nueva.

Su ojo bueno era claro como el agua, de un color azul oscuro, insondable. Me imaginé que si miraba lo bastante cerca dentro de su ojo podría ver el pasado de Iván grabado en él. Sus hijos fallecidos, su esposa, la panadería aparecerían flotando justo debajo de la superficie. Si me asomaba aún más abajo, quizás podría ver su niñez y podría saber quién era antes de que se le desfigurara el rostro. Su ojo contradecía la juventud de su voz y su vigor juvenil, del mismo modo que su rostro cicatrizado

contradecía la fragilidad de su cuerpo.

—Necesito que lo convenzas —me dijo Iván.

No me hizo falta ningún esfuerzo para persuadir al capitán Connor del valor del plan de Iván. El capitán estaba enojado porque aún permanecíamos en la isla, con la temporada de tifones cada vez más cercana, y estaba decidido a exprimir la conciencia culpable de la OIR. Solicité una película reciente; el capitán Connor exigió una que fuera, como mínimo, un preestreno en Hollywood. Debió de sonar persuasivo. Esta vez no tuvimos que esperar con decepción a un cargamento que nunca llegaría. Nos enviaron la película por avión en quince días, con escolta y junto con un aprovisionamiento de medicinas.

El estreno de *Un día en Nueva York* se anunció en la *Gaceta de Tubabao*, y nadie en la isla habló de otra cosa hasta la noche en que se celebró el acontecimiento. Iván construyó asientos para Ruselina, Irina y para mí con troncos de palmera. Nos sentamos junto al proyector. Iván estaba animadísimo.

—¡Lo hemos conseguido, Anya! —me dijo, señalando a toda la gente—. ¡Mira lo felices que son todos!

Fue como en los viejos tiempos, antes de la tormenta. Las familias colocaron mantas y cojines, y se reunieron ante pequeños festines de latas de atún y pan. Los niños más pequeños se sentaron en las ramas de los árboles con las piernas colgando, las parejas se tumbaron, abrazándose bajo las estrellas, y los más ingeniosos miraban la pantalla embobados desde asientos de cajas contruidos por ellos mismos y cubiertos con toldos hechos de sábanas, por si llovía. Las ranas croaban y los mosquitos nos picaban sin cesar, pero a nadie le importaba. Cuando comenzó la película, todos nos pusimos en pie de un salto para celebrarlo. Irina sacudió hacia atrás su melena y se echó a reír.

—¡Qué graciosa eres! —me dijo—. Sabes que la mayoría de nosotros no entenderemos nada. Está toda en inglés.

Iván levantó la mirada del proyector y se secó la frente. Me sonrió.

—Es una historia de amor. ¿Qué hay que entender?

—Es un musical —dije yo, pellizcándole el brazo a Irina—. Y está ambientado en Nueva York. Así, podrás ver la ciudad por la que has estado suspirando.

—¡Muy bien hecho, Anya! —dijo Ruselina, dándome golpecitos en la espalda—. ¡Muy bien hecho!

Es cierto que cuando el capitán Connor me mostró la lista de posibles películas, había elegido *Un día en Nueva York* pensando en Irina y Ruselina. Pero cuando Gene Kelly, Frank Sinatra y Jules Munshin surgieron de su buque de guerra y comenzaron a bailar y a cantar dirigiéndose a Nueva York, yo fui la que contemplé todo con asombro. Aquella ciudad no se parecía a ningún lugar que hubiera visto antes y era más deslumbrante que Shanghái. Sus monumentos brotaban hacia el cielo como pilares dedicados a los dioses: el Empire State Building, la Estatua de la Libertad, Times Square... Todo el mundo se movía con energía y entusiasmo, el tráfico rugía

emitiendo zumbidos y bocinazos e incluso las oficinistas vestían de alta costura. Absorbí cada escena, cada nota musical, cada color.

Cuando los protagonistas masculinos volvieron al barco y sus guapas novias les dijeron adiós con la mano, de mis ojos brotaban las lágrimas. Durante todo el camino de vuelta a mi tienda, fui cantando los números musicales de la película.

Se hicieron pases del filme durante toda una semana y yo estuve allí todas las noches. El editor de la *Gaceta de Tubabao* me pidió que redactara un artículo sobre la película para el periódico. Escribí con entusiasmo sobre Nueva York y tiré la casa por la ventana incluyendo dibujos de todos los vestidos de las protagonistas.

—Te expresas muy bien —me dijo el editor cuando le di la copia de mi artículo—. Podríamos contratarte para que escribieras una columna sobre moda para el especial.

Ambos no echamos a reír sólo de pensar en escribir sobre moda en Tubabao.

La cabeza me daba vueltas con una sensación que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Un profundo optimismo. De repente, tenía toda clase de esperanzas. Sueños que había perdido durante las penosas tareas de mi vida diaria. Tenía confianza en que recuperaría la belleza, en que me volvería a enamorar de un hombre tan atractivo como Gene Kelly, en que sería capaz de vivir mi vida con energía en un nuevo mundo moderno.

Una semana después, me llegó una carta de Dan Richards en la que anunciaba que podría ayudar a Ruselina e Irina a entrar también en Estados Unidos, y el capitán Connor recibió el aviso de que los funcionarios de inmigración de los países de acogida llegarían al cabo de un mes para procesar nuestros visados y gestionar los métodos de transporte para sacarnos de la isla. De repente, parecía como si los deseos de todo el mundo se estuvieran haciendo realidad.

—Cuando nos vayamos a Estados Unidos —les conté a Ruselina e Irina—, voy a estudiar para llegar a ser antropóloga, como Ann Miller. Y tú, Irina, tendrías que aprender a bailar como Vera-Ellen.

—¿Por qué vas a ponerte a estudiar algo tan aburrido como antropología cuando escribes unos artículos tan buenos? —replicó Irina—. Deberías hacerte periodista.

—¿Y a qué me voy a dedicar yo, mientras vosotras, chicas con carrera, os dedicáis a flirtear con jóvenes apuestos? —preguntó Ruselina, mientras se abanicaba con fingida indignación.

Irina echó los brazos alrededor del cuello de Ruselina.

—Abuela, me imagino que usted tendrá que dedicarse a conducir un taxi, como Betty Garrett.

Ruselina e Irina se echaron a reír hasta que a Ruselina le dio un ataque de tos. Pero yo hablaba en serio.

Con independencia de la vida sofisticada que hubiéramos llevado anteriormente,

todos los hombres, mujeres y niños de la isla esperamos en la playa a que desembarcaran los representantes de nuestros países de acogida del buque de Naciones Unidas. Les contemplamos, boquiabiertos, con la reverencia de quienes habían vivido demasiado tiempo en aislamiento y habían olvidado lo morena que se les había puesto la piel bajo el sol abrasador. Los adustos hombres y mujeres que se apearon de la barcaza llevaban trajes y vestidos immaculados, mientras que nuestra ropa estaba rígida por el salitre. Corría una broma entre los habitantes de la isla: «Si estás en Nueva York o San Francisco y te cruzas con un hombre que lleva un paquete bajo el brazo, no le preguntes: “¿Qué mercancía te ha llegado hoy?”».

Nos reíamos de nosotros mismos, pero en el fondo, creo que todos nos preguntábamos si lograríamos adaptarnos de nuevo a la vida normal.

La primera noche, los oficiales de la OIR regalaron los estómagos de los invitados con cochinito asado. Trajeron a chefs filipinos y se levantó una carpa blanca. Mientras los representantes cenaban en mesas con manteles de lino y copas de cristal, nosotros los observábamos y temblábamos, pues tenían nuestro futuro en sus manos.

Más tarde, me encontré con Iván de camino a mi tienda. Estaba oscuro, pero había luna llena y la silueta de los hombros de Iván se recortaba contra el cielo.

—Me voy a Australia —me dijo—. He estado buscándote para decírtelo.

Apenas sabía nada sobre aquel país, pero me imaginaba que era salvaje e inhóspito. Un país tan joven daría la bienvenida a un hombre tan diligente y trabajador como Iván. Pero también sentí miedo por él. El ser humano ya había dominado gran parte de Estados Unidos. En cambio, se suponía que Australia estaba plagada de criaturas salvajes: peligrosas serpientes y arañas, cocodrilos y tiburones.

—Entiendo —le respondí.

—Me voy a una ciudad llamada Melbourne —me contó—. He oído que puedes amasar una fortuna allí si trabajas duro.

—¿Cuándo te marchas?

Iván no me contestó. Se quedó parado con las manos en los bolsillos. Yo bajé la mirada. Sentí la incomodidad entre nosotros. Decir adiós a los amigos nunca me había resultado fácil.

—Triunfarás en todo lo que te propongas, Iván. Todo el mundo lo dice —le animé.

Asintió. Me pregunté en qué estaría pensando, por qué se estaba comportando de una manera tan rara y por qué no hacía ninguno de sus comentarios ingeniosos. Estaba a punto de inventarme alguna excusa para volver a mi tienda cuando, de repente, me dijo:

—Anya, ¡quiero que vengas conmigo!

—¿¿Cómo?? —exclamé, dando un paso atrás.

—Quiero que seas mi esposa. Quiero trabajar duro para ti y hacerte feliz.

La situación parecía irreal. ¿Iván me estaba proponiendo matrimonio? ¿Cómo había llegado hasta aquel punto nuestra amistad?

—Iván... —balbuceé, pero no tenía ni idea de por dónde empezar o terminar. Él me importaba, pero no le amaba. No era por su cicatriz, sino porque estaba segura de que nunca sentiría nada más que amistad por él. Odiaba a Dimitri, pero aún le amaba —. No puedo, Iván...

Se acercó a mí. Podía sentir el calor de su cuerpo. Yo era alta para ser chica, pero él me sacaba más de treinta centímetros y sus brazos eran el doble de anchos que los míos.

—Anya, ¿quién cuidará de ti después de todo esto? ¿Después de la isla?

—No estoy buscando a alguien que cuide de mí —respondí.

Iván enmudeció durante un instante y entonces dijo:

—Ya sé que tienes miedo. Pero yo nunca te traicionaré. Nunca te abandonaré.

Se me puso la piel de gallina. Había algo más tras sus palabras. ¿Quizás sabía algo sobre Dimitri?

Traté de proteger mi amenazado corazón enfadándome con él.

—No voy a casarme contigo, Iván. Pero si tienes algo más que decir, deberías soltarlo.

Dudó, frotándose la nuca y mirando hacia el cielo.

—Continúa —le insté.

—Tú nunca hablas de ello. Y por eso, te respeto... pero sé lo que te ocurrió con tu marido. El consulado estadounidense tenía que proporcionar alguna razón a la OIR para enviar a una chica de diecisiete años sola a Tubabao.

De repente, comencé a ver borroso. Tenía un nudo en la garganta. Traté de tragar, pero el nudo permaneció allí, ahogándome.

—¿A quién más se lo has contado? —le pregunté. Mi voz tembló. Todavía seguía sonando enfadada, pero no resultaba convincente.

—La gente de Shanghái conoce el Moscú-Shanghái, Anya. Tú aparecías en las páginas de sociedad. Los de las otras ciudades probablemente no sepan nada.

Se aproximó otro paso, pero yo me deslicé un poco más hacia la oscuridad.

—¿Y por qué ninguno de ellos se ha encarado conmigo? —le pregunté—. ¿Por qué no me han tachado de mentirosa?

—Tú no eres una mentirosa, Anya. Simplemente, estabas asustada. Aquellas personas que lo saben te quieren lo suficiente como para no obligarte a hablar sobre cosas que tú preferirías olvidar.

Creí que iba a vomitar. Deseé que Iván no se hubiera declarado. Quería seguir fingiendo que había sido institutriz y así no tendría que volver a pensar en el Moscú-Shanghái jamás. Me hubiera gustado conservar el recuerdo de que Iván era el buen hombre que se había sentado conmigo en el saliente de roca la noche que me enteré del destino de los Pomerantsev. Pero lo que me había dicho era de tal magnitud que no tenía vuelta atrás. En unos instantes, nuestra relación había cambiado para siempre.

—Iván, no voy a casarme contigo —le espeté—. ¡Encuentra a una chica que no

esté casada!

Traté de pasar corriendo a su lado, pero me bloqueó el paso, agarrándome por los hombros y presionándome contra su pecho. Me quedé así durante un momento antes de luchar contra él. Me soltó, dejando caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Corrí a través de la oscuridad hasta mi tienda, buscando a tientas el camino, como un animal asustado. No estaba segura de qué me asustaba más: la propuesta de matrimonio de Iván o la idea de perderle.

Los consulados extranjeros montaron tiendas para facilitar las entrevistas de inmigración y la emisión de visados. Nos repartieron números y esperamos nuestro turno en el exterior, bajo el sol abrasador. A Ruselina, a Irina y a mí sólo nos pidieron que rellenáramos los formularios oficiales y nos hicieron un examen médico. No nos interrogaron sin piedad sobre afiliaciones al partido comunista o historia familiar, como hacían con otros inmigrantes. Cuando me enteré de que muchos solicitantes que deseaban ir a Estados Unidos habían sido rechazados, no pude más que cerrar los ojos y agradecerle nuestra oportunidad en silencio a Dan Richards.

—¡Por fin está sucediendo! —dijo Irina—. No puedo creérmelo.

Agarró los formularios que reposaban frente a ella como si fueran puñados de dinero. Durante las semanas siguientes, se dedicó a practicar sus escalas, mientras yo me sentaba en la playa, contemplando el mar, considerando, para después descartarla, la posibilidad de que Dimitri pudiera tratar de encontrarme. Mi vida en Tubabao estaba tan alejada de la que había tenido en Shanghái que creí haberle olvidado. Pero la propuesta de matrimonio de Iván había sacado a relucir el dolor. Escuchaba el sonido del oleaje y su ritmo lento y me preguntaba si Dimitri y Amelia serían felices juntos. Ésa sería la máxima traición.

Poco tiempo después, llegó el buque de transporte marítimo, el *Capitán Greely*, para llevarse a los últimos inmigrantes que iban a Australia. El resto se había ido antes por otros medios de transporte. Los que iban a Estados Unidos viajaban por mar hasta Manila y desde allí en aviones o barcos de transporte militar hasta Los Angeles, San Francisco o Nueva York. Los que nos quedamos atrás vimos cómo menguaba el tamaño del campamento. Estábamos a finales de octubre y todavía había peligro de tifones, por lo que el capitán Connor trasladó el campamento a la zona resguardada de la isla.

Ruselina no se encontraba bien el día en el que zarpaba el *Capitán Greely* e Irina y yo la llevamos al hospital antes de correr al cobertizo de Iván para ayudarle a hacer las maletas. No les había contado nada a Irina y a Ruselina sobre la propuesta de matrimonio de Iván, con la esperanza de evitar más situaciones embarazosas para ambos. También me avergonzaba haberles mentido sobre la historia de la institutriz en Shanghái, aunque no estaba segura de si sabían la verdad. Desde la noche en la que Iván se declaró, nos habíamos estado evitando, pero aun así, no podía dejar de

despedirme de él.

Le encontramos de pie, fuera del cobertizo, mirándolo como un hombre que tuviera que sacrificar a su caballo favorito. Me dio un vuelco el corazón por él. Había hecho tanto por lo que sentirse orgulloso en aquella isla que marcharse debía de resultarle muy difícil.

—¡Australia será como un Tubabao en grande! —exclamé.

Iván se volvió hacia mí con una expresión desconocida y distante en los ojos. Me estremecí, pero no dejé que me hiriera. Durante toda mi vida, la gente importante había ido y venido, y estaba aprendiendo a no aferrarme a nadie. Me dije para mis adentros que Iván sería una despedida más y que debería ir acostumbrándome a ello.

—No puedo creerme que ya lo hayas empaquetado todo —comentó Irina.

El rostro cariacontecido de Iván dibujó su sonrisa habitual, y él levantó una caja para que la viéramos.

—He empaquetado aquí todo lo que necesito —dijo, con una amplia sonrisa—. Os desafío a que hagáis lo mismo vosotras.

—Siempre encontrarás lo que te haga falta —le dije, recordando sus cacerías en busca de materiales—. No tendrás ningún problema en tu nuevo hogar.

El día estaba soleado, pero un viento picado batía el océano formando sacudidas de espuma blanca. La brisa absorbía el resto de sonidos. En la distancia, únicamente podíamos escuchar los gritos de los marineros intercambiándose instrucciones mientras se preparaban para cargar el barco. Para cuando llegamos al malecón, ya estaba atestado de gente y de equipaje. Todo el mundo estaba animado. Hablaban a gritos y, aunque asentían con entusiasmo a lo que los otros decían, en realidad, nadie estaba escuchando nada. La atención de todo el mundo estaba centrada, de un modo u otro, en el barco que flotaba en mitad del océano, el buque que les llevaría a un nuevo país y a una nueva vida.

—¿Cómo podremos escribirte? —le preguntó Irina a Iván—. Hemos compartido una amistad tan buena que no deberíamos perder el contacto.

—¡Eso es cierto! —dije yo, cogiendo el lápiz que Iván se había colocado detrás de la oreja. Escribí la dirección de Dan Richards en la caja de Iván. Cuando me levanté y le devolví el lápiz, vi lágrimas en los ojos de Iván y me di la vuelta rápidamente.

Me odiaba a mí misma. Iván era un buen hombre y yo le había hecho daño. Deseé que se hubiera enamorado de Irina. Ella tenía un corazón más puro que el mío. Las sombras del pasado no la atormentaban como me ocurría a mí.

Los marineros tardaron más de tres horas en subir a bordo a la gente y sus equipajes. Iván esperó hasta la última barcaza. Cuando se montó en ella, se dio la vuelta para decirnos adiós con la mano. Yo di unos pasos hacia delante, queriendo decir algo, sin saber muy bien el qué. Quizás, si hubiera sido capaz de tragar la pétrea obstrucción que me atenazaba la garganta, podría haberle dicho a Iván que él no tenía la culpa de nada, que yo estaba sufriendo tanto que no era buena para nadie. Como

mínimo, me hubiera gustado agradecerle todo lo que había hecho por mí, ya que no volvería a verle nunca más. Pero lo único que pude hacer fue sonreírle estúpidamente y saludarle yo también con la mano.

—Le echaremos de menos —comentó Irina, pasándome un brazo por la cintura.

—Yo me paso todo el tiempo pensando en Estados Unidos —le dije—. En lo diferentes que serán nuestras vidas. Me da miedo pensar que podríamos llegar a ser increíblemente felices.

Ruselina nos estaba esperando en los escalones de la entrada del hospital.

—¿Qué está haciendo usted aquí fuera? —le preguntó Irina—. Hace demasiado calor. Debería estar dentro.

El rostro de Ruselina presentaba un aspecto espantoso. Tenía manchas oscuras bajo la piel. La expresión de sus ojos nos hizo pararnos en seco. Una enfermera surgió detrás de ella, de entre las sombras de la entrada.

—¿Qué sucede? —preguntó Irina con la voz rota por la agitación.

Ruselina tragó saliva y contestó con tono ronco:

—Han llegado mis radiografías. No lo comprendo. Estaba curada cuando dejamos China.

Me agarré a la barandilla y bajé los ojos hacia la arena. El sol la hacía brillar como si estuviera compuesta por diamantes. Sabía que Ruselina estaba a punto de comunicarnos algo terrible, algo que lo cambiaría todo. Clavé la mirada en el suelo reluciente y me imaginé que se abriría bajo mis pies, tragándose todas mis esperanzas.

Irina miró a su abuela con desazón y luego se dirigió a la enfermera:

—¿Qué está pasando? —preguntó.

La mujer salió bajo la luz del sol, y se le acentuaron las pecas que le cubrían el rostro. Movié los ojos rápidamente de un lado a otro, como un caballo asustado.

—*Teebeeshnik*. TB —dijo—. Muy enferma. Poder morir. Ya no poder ir a Estados Unidos.

Durante dos semanas, Irina y yo estuvimos esperados con preocupación una contestación definitiva del Departamento de Inmigración estadounidense. Aunque el capitán Connor solía ser distante y profesional, me di cuenta de que le habló a Irina con mucha consideración y me sentí agradecida. El problema era que Estados Unidos no aceptaba a gente con tuberculosis y, aunque habían hecho excepciones por motivos humanitarios, no solía ser lo común.

El mensaje llegó temprano una mañana, y el capitán Connor nos pidió que fuéramos a su oficina para comunicarnos su contenido.

—No la llevarán a Estados Unidos —dijo, mordiendo el lápiz que tenía en la mano, una costumbre que él mismo odiaba en los demás—. La trasladaremos a Francia en los próximos días.

Pensé en Ruselina en el hospital, narcotizada por la estreptomicina, y me pregunté si sobreviviría a un viaje tan largo. Me arranqué un padastro y ni siquiera noté que de la herida salía sangre hasta que empezó a gotearme por la mano.

—Me da igual adónde tenga que irme —dijo Irina—, siempre que ella se ponga mejor.

El capitán Connor se encogió de hombros y luego se puso en pie.

—Ése es el problema —respondió, frotándose la frente—. Francia no os acogerá. Solamente aceptan a los enfermos. Anya y tú todavía podéis iros a Estados Unidos, pero no puedo garantizar que acojan a tu abuela, incluso si se recupera.

Le pedí al capitán Connor que le enviara un telegrama a Dan Richards, pero Dan nos dio la misma respuesta.

Durante los días siguientes, acompañé a Irina en el sufrimiento que suponía la terrible elección que debía tomar. La vi retorciéndose el pelo y llorando todas las noches antes de dormir. Paseamos por la isla arriba y abajo durante horas. Incluso la llevé al saliente rocoso de Iván, pero ni siquiera allí pudimos encontrar paz.

—El capitán Connor dijo que Estados Unidos quizás acogería a la abuela si se pone bien. Pero no puede garantizarlo. Por otra parte, el consulado australiano ha aceptado acogerla cuando se encuentre mejor, a condición de que yo trabaje allí durante dos años —repetía Irina.

Nos abrazamos con fuerza. ¿También iba a perder a Irina y a Ruselina?

Una noche, mientras Irina se revolvía y daba vueltas en la cama, me fui a dar un paseo por la playa. No podía soportar el mero pensamiento de separarme de Ruselina e Irina. Si los franceses eran lo bastante humanitarios como para acoger a los enfermos y a los ancianos, no me cabía la menor duda de que Ruselina recibiría los mejores cuidados. Pero no podía evitar pensar que lo que les ocurría a ellas era algo parecido a lo que nos había ocurrido a mi madre y a mí. Irina había perdido a sus padres cuando tenía ocho años, y ahora estaban a punto de separarla de los suyos otra vez. Yo no podía poner remedio al hecho de que Ruselina estuviera enferma, pero quizás pudiera conseguir que se marchara con la conciencia tranquila. Me senté en la cálida arena y contemplé las estrellas. La Cruz del Sur estaba brillando intensamente. Boris y Olga habían dado sus vidas por mí, y Ruselina había dicho que la mejor manera de honrarles era vivir con valentía. Me presioné el rostro con las manos y sentí la aspiración de ser merecedora de su sacrificio. «Madre —susurré, pensando en la deslumbrante Nueva York y en la vida que deseaba construir allí—, madre, espero ser una persona capaz de hacer sacrificios por los demás».

La tarde siguiente, mientras estaba tendiendo la colada, Irina vino a verme. Su rostro había recuperado algo de color y parecía tranquila. Ya había tomado una decisión y yo estaba ansiosa por descubrir qué había decidido. Fruncí los labios y me armé de valor para escucharla.

—Me voy a Australia —me dijo con valentía—. No voy a correr riesgos. Con tal de que cuando la abuela se recupere podamos estar juntas, no me importa lo demás.

Hay cosas más importantes que cantar en elegantes clubes nocturnos y visitar la Estatua de la Libertad.

Asentí y retomé mi tarea de tender la ropa, aunque apenas sentía fuerzas para levantar ni una prenda más.

Irina se sentó en un cubo vuelto del revés y me observó.

—Tienes que contármelo todo sobre Estados Unidos, Anya. Tienes que escribirme y no puedes olvidarte de mí o de la abuela —me dijo, entrelazando los dedos alrededor de su rodilla y balanceando los pies. Estaba tratando de contener las lágrimas, pero una se le escapó y le cayó sobre los labios.

Se me subió la sangre a la cabeza y una bocanada de aire me invadió los pulmones. Me sentí como un nadador cogiendo aliento antes de tirarse desde el trampolín. Fijé con las pinzas una falda en la cuerda y me volví hacia Irina, cogiéndole la mano y apretándosela con la mía. Irina levantó la mirada hacia mí. La lágrima se resbaló desde sus labios hasta mi muñeca. Al principio, tuve dificultades para encontrar las palabras adecuadas y reunir las en una frase.

—Ruselina dijo que somos lo único que tiene.

Irina no apartó la mirada de mi rostro. Abrió la boca para decir algo, pero se detuvo. Me apretó la mano con firmeza.

—Irina, yo... no te voy a olvidar... ni tampoco a Ruselina —le dije—, porque me marcho contigo.

11

AUSTRALIA

Me habían desarraigado dos veces en mi vida, pero nada me había preparado para el impacto que me produjo Australia. Unos días después de que se llevaran a Ruselina a Francia, Irina y yo volamos de Manila a Sídney en un avión militar, tan exhaustas que ninguna de las dos pudo recordar apenas nada del viaje, excepto el calor infernal que hacía cuando hicimos escala en Darwin. Llegamos al aeropuerto de Sídney por la mañana temprano. Un funcionario de inmigración que se llamaba señor Kolros nos recibió y nos acompañó para cruzar la aduana. Había emigrado desde Checoslovaquia un año antes y hablaba ruso e inglés. El señor Kolros contestó educadamente a nuestras preguntas sobre alquileres de viviendas, alimentos y empleo, pero cuando le pregunté si le gustaba Sídney, rechinó los dientes y contestó:

—Sídney está bien. Es a los australianos a lo que a uno le cuesta acostumbrarse.

Irina me cogió del brazo, temblando por la gripe de la que se había contagiado durante el viaje. Nos esforzamos por mantener el paso del señor Kolros, que recorrió a zancadas el área de llegadas como si tuviera algo más importante que hacer a las cuatro y media de la mañana que esperarnos a nosotras. Había un taxi esperándonos fuera, y el funcionario arrojó nuestro equipaje en el maletero y le pagó al taxista el precio de un viaje hasta el muelle, donde nos reuniríamos con un grupo de inmigrantes provenientes de Europa.

El señor Kolros nos ayudó a subirnos en el taxi y nos deseó buena suerte antes de cerrar la puerta. No pude evitar pensar en lo que nos había dicho sobre los australianos.

—Bienvenidas a Sídney, chicas —nos saludó el taxista, inclinándose sobre el asiento delantero y hablando con la boca medio cerrada. Su inglés sonaba extraño, crepitaba como un tronco al fuego—. Voy a llevaros por la ruta turística. No tardaremos mucho tiempo a estas horas de la mañana.

Irina y yo nos asomamos a la ventanilla, con la esperanza de ver algo de nuestra nueva ciudad. Pero Sídney estaba envuelta en la oscuridad. El sol todavía no había salido, y había restricciones eléctricas debido a la escasez de después de la guerra. Lo

único que pudimos ver fueron hileras de casas idénticas con terraza, pegadas unas a otras, y tiendas de ultramarinos con las persianas echadas. En una de las calles, un perro con una mancha negra sobre el ojo golpeaba las patas contra una valla. ¿Callejero o doméstico? Era imposible decirlo a simple vista. Pero parecía mejor alimentado que nosotras.

—Ésta es la ciudad propiamente dicha —nos dijo el taxista cuando entramos en una calle con tiendas a ambos lados. Irina y yo contemplamos los maniqués de los escaparates de los grandes almacenes. Mientras que Shanghái ya bullía de vida a esas horas de la mañana, Sídney estaba silenciosa y vacía. No había barrenderos, policías o prostitutas a la vista. Ni siquiera ningún borracho extraviado tambaleándose de vuelta a casa. El ayuntamiento y su torre del reloj podrían haber sido trasladados directamente desde el París del Segundo Imperio, y la plaza entre el ayuntamiento y la iglesia junto a él creaba una amplitud que no existía en las ciudades chinas. Shanghái no habría sido ella misma sin la congestión y el caos.

El extremo final de la calle estaba bordeado por edificios de estilo clásico y Victoriano y por uno que parecía de inspiración italiana, sobre cuya entrada podían leerse las siglas GPO^[2]. Más adelante, se adivinaba el comienzo del puerto. Estiré el cuello para ver el enorme puente de metal que se prolongaba sobre la oscura masa de agua. Daba la impresión de ser la estructura más alta de toda la ciudad. Los faros delanteros de una docena de automóviles que pasaban sobre él parpadearon, haciéndonos un guiño, como si fueran estrellas.

—¿Éste es el puente del puerto? —le pregunté al conductor.

—Claro que lo es —contestó—. El único e inigualable. Mi padre trabajó de pintor en su construcción.

Pasamos bajo el puente y pronto nos encontramos en una avenida bordeada por naves de almacenes. El taxista se detuvo frente a una señal que indicaba «Muelle dos». A pesar de que el señor Kolros ya le había pagado el trayecto al conductor, pensé que quizás querría una propina. Mientras él sacaba nuestro equipaje del maletero, busqué en mi monedero el único dólar estadounidense que me quedaba. Traté de entregárselo, pero se negó, sacudiendo la cabeza.

—Seguramente, lo necesitaréis más que yo —me dijo.

«Australiano tenía que ser —pensé—, por ahora, todo va bien».

Irina y yo vacilamos ante la barrera automática de la entrada. Un viento frío soplaba desde el agua, trayendo consigo el olor salobre y de alquitrán. La brisa penetró a través de nuestros finos vestidos de algodón. Era noviembre, y habíamos supuesto que en Australia haría calor. El barco de la OIR proveniente de Marsella estaba atracado en el puerto. Cientos de inmigrantes alemanes, checoslovacos, polacos, yugoslavos y húngaros atestaban las pasarelas del barco. La escena me recordó al arca de Noé, por la variedad de acentos y aspectos. Los hombres andaban con dificultad bajo el peso añadido de engorrosos baúles de madera. Las mujeres les seguían, cargadas de bultos con ropa de cama y con pucheros bajo los brazos. Los

niños corrían entre sus piernas, hablándose a gritos en sus idiomas maternos, emocionados por ver el que sería su nuevo país.

Le preguntamos al guardia dónde debíamos esperar, y nos señaló un tren estacionado en el muelle. Irina y yo entramos en uno de los vagones, que estaba totalmente vacío. Recorrimos el pasillo, tapándonos la nariz para no inhalar el hedor a pintura fresca, y nos sentamos en el primer compartimento que encontramos. Los asientos estaban forrados de piel endurecida y el ambiente estaba cargado de polvo.

—Creo que es un tren de mercancías —comentó Irina.

—Sí, creo que tienes razón.

Abrí mi maleta y saqué una de las mantas que había traído de Tubabao y se la envolví a Irina alrededor de los hombros.

A través de la mugre de la ventanilla, contemplamos cómo los cargadores del muelle se afanaban desembarcando la mercancía del barco con la ayuda de una grúa. Las gaviotas volaban en círculos sobre ellos, graznando y chillando. Aquellas aves eran lo único que, de momento, me resultaba familiar de la ciudad.

Los pasajeros del barco tuvieron que revolver entre los montones de equipaje para recuperar sus maletas y baúles. Una niñita con un abrigo rosa y leotardos blancos estaba llorando cerca de la pasarela. Había perdido a sus padres en el caos reinante. Vi que uno de los cargadores se acuclilló para hablar con ella, pero la niña sólo negó, sacudiendo su cabecita llena de rizos y lloró con más fuerza. El cargador miró a su alrededor entre la multitud y después cogió a la pequeña y se la colocó sobre los hombros, paseándola con la esperanza de encontrar a sus padres.

Una vez que recuperaban su equipaje, se les indicaba a los pasajeros que se dirigieran a un edificio con un cartel pintado sobre la puerta que rezaba «Confederación de Australia. Departamento de Inmigración». Entonces, me percaté de lo afortunadas que éramos Irina y yo por haber llegado en avión hasta Australia. Aunque el trayecto entre Manila y Darwin fue duro, nuestro viaje había sido rápido y éramos sólo dos. La gente del barco tenía un aspecto demacrado y enfermo. Más de una hora después, comenzaron a emerger del edificio y se aproximaron al tren.

—¿Van a caber todos? —preguntó Irina.

—Seguramente no —le contesté—. El señor Kolros comentó que haríamos un largo viaje hasta el campamento.

Horrorizadas, vimos como el jefe de estación reunía a los pasajeros como si fueran ganado, y los dirigía hacia las puertas del tren. Codos, brazos y maletas nos taparon la vista a medida que la gente se empujaba para subir. A diferencia de nosotras, los europeos llevaban demasiada ropa para el tiempo que hacía. Parecía que se hubieran puesto dos abrigos y varios vestidos o camisas cada uno, como para ahorrar espacio en la maleta llevando encima todas las prendas que poseían. Un hombre con un traje de raya diplomática apareció en la puerta del compartimento. La piel de su rostro era lisa y tenía un aspecto joven, pero su pelo era de color blanco.

—*Czy jest wolne miejsce?* —preguntó—. *Czy pani rozumie po polsku?*

Yo sabía unas cuantas frases básicas en polaco, que se parece un poco al ruso, pero tuve que adivinar que quería sentarse. Asentí con la cabeza y le indiqué por gestos que entrara. Le seguían una mujer y una anciana con dos bufandas atadas a la cabeza.

—*Przepraszam* —dijo la anciana cuando se sentó a mi lado. Pero yo ya había agotado todo lo que sabía de polaco. Me observó detenidamente. No hablábamos el mismo idioma, pero ambas compartíamos la misma mirada angustiada.

Tres hombres checoslovacos dejaron su equipaje en el pasillo y se quedaron de pie dentro del compartimento. Uno de ellos llevaba en la manga un parche oscuro con forma de estrella. Había oído lo que les había ocurrido a los judíos en Europa, y aquellas historias eran una de las pocas cosas que evitaban que me compadeciera de mi propia situación.

Con tanta gente en el compartimento, el aire pronto se congestionó y, para que se renovara, Irina abrió la ventana, que gimió con un crujido. Las ropas de nuestros compañeros de viaje apestaban a humo de cigarrillo rancio, a sudor y a polvo. Sus rostros estaban demacrados y pálidos, como recuerdo del largo viaje que acababan de realizar. Mi vestido, y también el de Irina, olían a algodón chamuscado, a salitre marino y a combustible de avión. Nuestros cabellos estaban veteados de mechones aclarados por la luz del sol y llevábamos el pelo grasiento. No habíamos podido lavárnoslo durante tres días.

Cuando el último grupo de pasajeros se subió al tren, pudimos volver a mirar por la ventana. La luz de la mañana despuntaba a lo largo del cielo, revelando los detalles de arenisca y granito en los edificios, que antes no habíamos sido capaces de percibir en la oscuridad de la noche. Las construcciones modernas y *art déco* del centro de Sídney no eran tan altas como las de Shanghái, pero el cielo que se expandía sobre ellas era de un color azul prístino. Más allá del casco del barco, el sol emitía rayos dorados que resplandecían sobre el agua, y pude vislumbrar algunas casas de tejado rojo diseminadas por la costa. Me tapé la boca con ambas manos. Aquellos rayos de luz solar eran preciosos. No recordaba haber visto nunca en mi vida nada parecido a aquel puerto. Su color era de la misma tonalidad que los ojos de las sirenas mitológicas.

El jefe de estación ondeó su bandera y tocó el silbato. El tren comenzó la marcha. El olor a carbón era más opresivo que el aire del compartimento, por lo que Irina cerró la ventana. Todos nos agolpamos contra ella para ver la ciudad cuando el tren abandonara el puerto. A través de mi cuadradito, pude ver automóviles de antes de la guerra recorriendo las calles disciplinadamente; no había atascos, fuertes bocinazos o rickshaws, como en Shanghái. El tren pasó por delante de un edificio de apartamentos. Se abrió la puerta del recibidor y salió una mujer que llevaba un vestido blanco, sombrero y guantes. Parecía una modelo en un anuncio de perfume. La imagen de la mujer se fundió con la del puerto en mi mente y, por primera vez, me sentí emocionada por estar en Australia.

Sin embargo, unos minutos más tarde, el tren cruzó por delante de filas de casas de fibrocemento con tejados de latón y jardincillos desarreglados, y la emoción que había sentido se convirtió en desesperación. Esperaba que en Sídney ocurriera lo que en otras ciudades: que sólo los más pobres vivieran junto a las vías del tren. Lo que estábamos viendo a través de la ventanilla nos recordaba que no estábamos en Estados Unidos. Gene Kelly y Frank Sinatra no habrían bailado alegremente en este lugar. Ni siquiera en el centro de la ciudad habíamos visto magníficos pilares dedicados a los dioses. No había ningún Empire State. Ni ninguna Estatua de la Libertad. Ni ningún Times Square. Solamente una calle de edificios elegantes y un puente.

La mujer polaca más joven rebuscó en su bolso y sacó un paquete envuelto en un paño. El aroma a pan y huevos hervidos se mezcló en el aire con el efluvio humano. Nos ofreció a Irina y a mí un poco de sándwich de huevo a cada una. Yo acepté agradecida mi trozo. Tenía hambre porque no había tomado desayuno. Incluso Irina, que no tenía apetito por la gripe, aceptó su pedazo con una sonrisa.

—*Smaczne!* —exclamó Irina—. *Bon appétit.*

—¿Cuántos idiomas hablas? —le pregunté.

—Ninguno, excepto ruso —me contestó, sonriendo—. Pero sé cantar en alemán y en francés.

Volví a mirar por la ventanilla, para comprobar que el paisaje había vuelto a cambiar. Estábamos pasando junto a granjas con lechugas, zanahorias y matas de tomates plantadas en hileras. Los pájaros revoloteaban sobre los campos. Las casas tenían un aspecto tan solitario como las letrinas exteriores de sus patios. Pasamos por estaciones de tren que podrían perfectamente haber estado abandonadas, de no ser por los cuidados setos llenos de rosas y las señales pintadas con esmero.

—Puede que nos encontremos con Iván en el campamento —comentó Irina.

—Melbourne está al sur —le dije—. Muy lejos de aquí.

—Entonces, tenemos que escribirle pronto. Se sorprenderá cuando sepa que nosotras también estamos en Australia.

El comentario de Irina sobre Iván me evocó el infeliz recuerdo de aquellas últimas semanas en Tubabao, y me revolví en mi asiento. Le dije a Irina que escribiría a Iván, pero mi voz no me sonó convincente ni siquiera a mí. Irina me observó con curiosidad durante un instante, pero no añadió nada más. Se arrebujó en la manta y apoyó la cabeza contra el lateral del asiento.

—¿Qué es ese lugar al que nos dirigimos? —preguntó, mientras bostezaba—. Yo quiero quedarme en la ciudad.

Un momento después, se quedó dormida.

Yo me puse a jugar con el cierre de mi bolso. Resultaba extraño que aquel objeto tan elegante me hubiera acompañado durante todo mi viaje desde Shanghái, y que también estuviera viniendo conmigo a un campo de refugiados en algún lugar de la campiña australiana. La primera vez que había utilizado ese bolso de ante había

sido para ir con Luba a tomar el almuerzo en su club de damas. Aquella comida tuvo lugar antes de que Dimitri me fuera infiel y antes de que se me ocurriera pensar que podría llegar a vivir en otro lugar que no fuera China. La piel del bolso se había decolorado a causa del sol de Tubabao y tenía un rasguño a lo largo del lateral. Me toqué la cicatriz de la mejilla con un dedo y me pregunté si aquel bolso y yo no estaríamos compartiendo un destino común. Lo abrí y presioné la muñeca matrioska que se encontraba en su interior. Recordé el día en el que se llevaron a mi madre y me pregunté qué habría visto ella durante su viaje hacia Rusia. ¿Le habría resultado tan extraño el paisaje a ella, como me sucedía a mí con lo que estaba viendo de Australia?

Me mordí el labio y me armé de coraje, recordando mi promesa de ser valiente. Tan pronto como me fuera posible, me pondría en contacto con la Cruz Roja. Traté de tranquilizarme a mí misma sobre el tipo de trabajo que nos asignarían donde íbamos a vivir, puesto que lo único que me importaba era encontrar a mi madre.

Un rato después, el tren comenzó a ascender, abriéndose camino entre la maleza de un bosque de árboles de corteza blanca, tan altos que casi bloqueaban la luz del sol. No eran como ningún otro tipo de árboles que yo hubiera visto antes, fantasmagóricos y elegantes, con hojas anchas que temblaban con la brisa. Más tarde, aprendería sus nombres: eucalipto azul de Sídney, eucalipto mentolado, eucalipto *capitellata*, eucalipto quebradizo, eucalipto *racemosa*... Y sin embargo, aquella mañana, eran otro misterio más para mí.

El tren traqueteó y se detuvo, provocando que los pasajeros y el equipaje volaran por los aires. Levanté la mano justo a tiempo de evitar que le cayera a Irina una caja en la cabeza.

—¡Parada para comer! —gritó el revisor.

La familia polaca me miró, esperando a que yo les tradujera las instrucciones. Por gestos, les hice entender que debíamos bajarnos del tren.

Nos apeamos en una pequeña estación rodeada por hondonadas de eucaliptos y por escarpados acantilados de arenisca. El aire era fresco y cortante como la menta. En el lugar en el que se había excavado la roca para construir la vía habían surgido grietas. El agua se filtraba por las aberturas, y diferentes tipos de musgos, hepáticas y líquenes se aferraban a ellas con verdadera tenacidad. En todas direcciones, una multitud de sonidos vivificaba la atmósfera: el agua goteando entre las rocas, el murmullo de los animales moviéndose sobre la capa de hojas muertas y los pájaros. Nunca antes había escuchado un coro de trinos similar. Eran como campanillas, cancioncillas alegres y chillidos guturales. No obstante, un grito dominaba sobre el resto de sonidos, un silbido crepitante que parecía el ruido de una gota de agua al caer, pero amplificado un millón de veces.

Un grupo de mujeres nos estaban esperando en el andén. Estaban alineadas como

un pequeño ejército detrás de unas mesas montadas sobre caballetes y grandes ollas de sopa. Nos observaban con sus curtidos rostros, evaluándonos.

Me giré para localizar a Irina y me sorprendí al ver que estaba doblada en un extremo del andén, llevándose un pañuelo a la boca. Corrí hacia ella mientras un hilo de vómito surgía de sus labios para caer a la vía del tren.

—Es sólo por la gripe y por el traqueteo del tren; no es nada —me dijo.

—¿Puedes comer algo? —le pasé la mano por la febril frente. No era buen momento para estar enfermo.

—Quizás un poco de sopa.

—Siéntate —le ordené—. Te traeré algo.

Me puse a la cola con el resto, mirando a mis espaldas de vez en cuando para vigilar a Irina. Estaba sentada en el borde del andén, con la manta enrollada sobre la cabeza, que le daba aspecto de mujer oriental. Sentí que alguien me tiraba de la manga y me giré para ver a una mujer con un rostro parecido al de un gnomo y que llevaba en las manos un cuenco de sopa con olor a cebolla.

—¿Está muy enferma? —me preguntó, entregándome el cuenco—. Te lo he traído para que no tengas que esperar la cola.

Igual que la del taxista, la voz de la mujer era seca y crepitante. Aquel timbre de voz me pareció cálido.

—Es por el cambio de clima y por el viaje —le expliqué—. Suponíamos que Australia sería más calurosa.

La mujer se echó a reír y cruzó los brazos delante de su generoso pecho.

—¡Dios mío! El tiempo puede cambiar, querida. Pero sospecho que hará más calor allá donde os dirigís. Es seco como la mojama en el oeste central durante este mes, según he oído.

—Venimos de una isla en la que siempre hace calor —le conté.

—Bueno, ahora estáis en una isla grande —sonrió, balanceándose de atrás hacia delante sobre sus talones—. Aunque no podréis creerlo cuando lleguéis al interior.

El ave que producía aquel ruido parecido a las gotas cayendo volvió a trinar.

—¿Qué es ese sonido? —le pregunté a la mujer.

—Es un pájaro látigo —me aclaró—, y ése es un dueto entre el macho y la hembra. Él silba y ella añade el «chuuui» al final.

La mujer hizo un gesto con la boca, y percibí que mi pregunta la había halagado, porque estaba deseando que yo pensara que Australia era nueva e interesante.

Le di las gracias por la sopa y se la llevé a Irina. Trató de tomar un sorbo, pero sacudió la cabeza.

—Tengo la nariz muy tapada y aun así, puedo oler la grasa. ¿Qué es?

—Creo que es carne de cordero.

Irina empujó el cuenco hacia mí.

—Es mejor que te lo comas tú, si puedes. A mí me sabe a lanolina.

Después de comer, nos indicaron que debíamos subir al tren de nuevo. Les ofrecí

a los checoslovacos mi lugar, por si querían hacer turnos para sentarse, pero ellos se negaron. El que llevaba la descolorida estrella en el abrigo sabía hablar un poco de inglés y me dijo:

—No, tú cuida de tu amiga. Nosotros nos sentaremos sobre nuestras maletas si nos cansamos.

El sol comenzó a ponerse, y entramos en un mundo de granito y praderas. Árboles de corteza blanca se erguían como centinelas fantasmales en campos interminables cercados con estacas y con vallas de alambre de púas. Había rebaños de ovejas diseminados por las colinas. De vez en cuando, oteábamos una granja con el humo saliendo de la chimenea. Todas ellas tenían al lado un depósito de agua de paredes onduladas situado sobre una estructura de madera. La anciana mujer polaca e Irina estaban dormidas, mecidas por el tren, fatigadas por la longitud del viaje. Sin embargo, los demás no podíamos apartar los ojos del extraño mundo en el exterior.

La mujer frente a mí comenzó a llorar y su marido la reprendió. Pero percibí en la mueca de nerviosismo de su boca que él también estaba tratando de contener su propio miedo. Se me revolvió el estómago. Me sentía más tranquila si contemplaba el paisaje, iluminado por los hilos dorados y violáceos que el sol entretejía de un lado al otro del cielo.

Justo antes del crepúsculo, el tren aminoró la velocidad hasta que se detuvo. Irina y la anciana mujer se despertaron y miraron a su alrededor. Se oyeron voces y, después, los sonidos de las puertas abriéndose. Entró una bocanada de aire fresco. Por la ventana, vimos a hombres y mujeres, vestidos con el uniforme marrón del ejército y sombreros de ala ancha, que se apresuraban de un lado para otro. Atisé un convoy de autobuses y un par de camiones aparcados en el terreno color cobre. Los autobuses no eran como los que teníamos en Tubabao. Estaban limpios y eran nuevos. Una ambulancia se acercó por un lado al convoy y esperó con el motor en marcha.

No había estación, por lo que los soldados estaban acercando rampas a las puertas del tren para que la gente pudiera salir. Comenzamos a recoger nuestras cosas, pero cuando la anciana señora miró por la ventana, empezó a gritar.

El hombre y la mujer polacos trataron de calmarla, pero la anciana señora se dejó caer de rodillas y se metió debajo del asiento, jadeando como un animal asustado. Un soldado, un muchacho con el cuello quemado por el sol y pecas en las mejillas, se apresuró a entrar en el compartimento.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

La joven polaca contempló el uniforme y retrocedió hasta una esquina con su madre, a la que rodeó con sus brazos, con un gesto protector. Fue entonces cuando me percaté de que llevaba un número tatuado justo debajo de la manga.

—¿Qué sucede? —preguntó el soldado, mirándonos a los demás. Estaba revolviéndose los bolsillos, en busca de algo, temblando como si fuera él el que estuviera a punto de sufrir un ataque—. ¿Alguien más conoce el idioma de esta gente?

—Son judíos —comentó el checoslovaco que hablaba inglés—. Imagínese lo que deben de estar pensando de todo esto.

El soldado frunció el ceño, sorprendido. Sin embargo, recibir algún tipo de explicación sobre el comportamiento histérico de los polacos, incluso aunque no acabara de entenderlo, pareció tranquilizarle. Se irguió e hinchó el pecho, y comenzó a tomar el control de la situación.

—¿Hablas inglés? —me preguntó.

Asentí y me pidió que Irina y yo nos dirigiéramos las primeras hacia los autobuses, explicándome que, quizás, si las mujeres nos veían yendo voluntariamente, se sentirían más seguras a la hora de seguirnos. Ayudé a Irina a levantarse de su asiento, pero casi se desvaneció y tropezó con una maleta.

—¿Está enferma? —preguntó el soldado. Las venas comenzaban a marcársele en la frente y llevaba la barbilla prácticamente escondida en el cuello, pero aun así, logró sonar compasivo—. Puedes llevarla a la ambulancia. La trasladarán al hospital, si lo necesita.

Por un momento, contemplé la posibilidad de traducirle a Irina lo que había dicho el soldado, pero me eché atrás. Seguramente, estaría mejor en el hospital, pero no se avendría a separarse de mí.

En el exterior del tren, los soldados nos indicaron que lleváramos nuestro equipaje a los camiones y que nos montáramos en los autobuses. Una bandada de loros rosas y grises se había posado en un claro del terreno y daba la sensación de que estaban contemplándonos. Eran aves hermosas y parecían fuera de lugar en aquel entorno. Eran más adecuados para una isla tropical que para las colinas cubiertas de hierba que nos rodeaban. Me volví para mirar la puerta del tren y ver qué ocurría con la familia polaca. El soldado y los checoslovacos estaban ayudando a las mujeres a descender la rampa. El hombre polaco les seguía llevando las maletas. La mujer joven parecía más tranquila e incluso me sonrió, pero los ojos de la anciana miraban de aquí a allá, como los de una trastornada, y casi caminaba doblada por la mitad, por el miedo que sentía. Apreté los puños, clavándome las uñas en la piel y tratando de contener las lágrimas. ¿Qué esperanza tenía aquella mujer? La situación ya era bastante dura para Irina y para mí. Me miré las sandalias. Tenía los dedos de los pies cubiertos de polvo.

Ya era de noche cuando el convoy de autobuses se detuvo fuera de una barricada. El guardia del campamento salió de su garita y levantó la barrera para que pudiéramos entrar. Nuestro autobús avanzó bruscamente, seguido de los otros, hacia el interior del campamento. Presioné el rostro contra el cristal de la ventanilla y observé la bandera australiana ondeando en un mástil en el centro del camino. Desde aquel punto central divergían una serie de filas de barracones militares, la mayoría de los cuales eran de madera, pero algunos también estaban contruidos con planchas de chapa ondulada.

El terreno entre los barracones era de tierra endurecida con algunos parches de hierba y raíces que sobresalían de las grietas. Los conejos correteaban por el campamento con tanta libertad como las gallinas en un corral.

El conductor nos ordenó que nos apeáramos y nos dirigiéramos al edificio del comedor, que se encontraba justo enfrente. Irina y yo seguimos a los otros hacia aquella construcción, que parecía el pequeño hangar de un aeropuerto, pero con ventanas. En el interior, encontramos filas de mesas cubiertas con papel de estraza y llenas de sándwiches, bizcochos y tazas de té y café. La agitación de las voces de los pasajeros resonó contra las desguarnecidas paredes, mientras las bombillas desnudas que colgaban del techo iluminaban sus fatigados semblantes, tiñéndolos de un matiz aún más enfermizo. Irina se desplomó en una de las sillas y apoyó la cara en las manos. Un hombre con el pelo negro y lanoso se fijó en ella al pasar. Llevaba un archivador en la mano y lucía una insignia en su abrigo.

—Cruz Roja. En la cima de la colina —señaló, tocándole el hombro—. Acude allí, o todos enfermaremos.

Me emocioné al escuchar que había una oficina de la Cruz Roja en el campamento y me deslicé sobre el asiento junto al de Irina. Le traduje lo que el hombre había dicho, sólo que a ella se lo dije más educadamente.

—Iremos mañana —dijo ella, apretándome la mano—. No me siento con fuerzas esta noche.

El hombre del archivador se subió a un podio y anunció en un inglés con fuerte acento que en breve nos dividirían en grupos y nos asignarían un alojamiento. Los hombres y las mujeres dormirían separados. Los niños se quedarían con sus padres, dependiendo de la edad y el sexo. Las noticias se tradujeron rápidamente por toda la sala y muchas voces se elevaron en señal de protesta.

—¡No pueden separarnos! —se quejó un hombre, poniéndose en pie. Señaló a una mujer y dos niños pequeños que estaban con él—. Ésta es mi familia. Hemos estado separados durante toda la guerra.

Le expliqué a Irina lo que estaba ocurriendo.

—¿Cómo pueden hacer esto? —exclamó, hablando mientras se tapaba todavía la cara con las manos—. La gente necesita a sus familias en momentos así.

Una lágrima le resbaló por el rostro y cayó sobre el papel de estraza. La rodeé con un brazo y apoyé la cabeza sobre su hombro. Yo era su familia y ella la mía. Nuestros papeles se habían invertido. Irina era la mayor de las dos y solía demostrar una disposición más optimista que la mía, por lo que era ella la que acostumbraba a darme ánimos. Pero Ruselina estaba lejos y enferma, e Irina acababa de llegar a un país nuevo, cuyos habitantes hablaban un idioma que ella no entendía. Para colmo, no se encontraba bien. Me di cuenta de que era yo la que tenía que ser fuerte, y la idea me aterrorizaba. Me estaba esforzando todo lo que podía para animarme a mí misma. ¿Cómo iba a ser capaz de dar ánimos también a Irina?

La supervisora de nuestro bloque era una mujer húngara llamada Aimka Berczi.

No tenía unas facciones demasiado distintivas, pero sus manos eran delicadas. Nos entregó tarjetas en las que estaban impresos nuestros nombres, países de nacimiento, buques de llegada y números de habitación. Nos ordenó que nos dirigiéramos a nuestros barracones y durmiéramos un poco. Nos dijo que el director del campamento, el coronel Brighton, se presentaría a la mañana siguiente.

Me lloraban los ojos por el cansancio e Irina apenas podía ponerse en pie, pero tan pronto como abrí la puerta de nuestra choza de madera, deseé haberla convencido de ir al hospital. La primera cosa que vi fue una bombilla desnuda colgando del techo y un insecto revoloteando a su alrededor. Había veinte camastros apiñados unos junto a otros sobre el suelo de madera. La colada pendía entre sillas plegables y maletas, y el aire era húmedo, frío y rancio. La mayoría de las camas ya estaban ocupadas por mujeres que dormían, por lo que Irina y yo nos dirigimos a dos aún vacías en un extremo de la habitación. Una de las mujeres, una anciana con horquillas en el pelo, levantó la mirada cuando pasamos al lado de su lecho. Se incorporó sobre un codo y susurró:

—*Sind Sie Deutsche?*

Negué con la cabeza porque no la entendía.

—No, no sois alemanas —se contestó a sí misma en inglés—. Sois rusas. Lo sé por vuestros pómulos.

La mujer tenía surcos como cicatrices alrededor de la boca. Probablemente, sólo tenía sesenta años, pero aquellas líneas le daban el aspecto de una mujer de ochenta.

—Sí, somos rusas —le dije.

Pareció decepcionada, pero sonrió de todas maneras.

—Decidme cuando estéis listas y apagaré la luz.

—Yo me llamo Anya Kozlova y mi amiga es Irina Levitskaia —le dije. Ayudé a Irina a meterse en uno de los desvencijados camastros y coloqué las maletas a los pies de nuestras camas, donde vi que todo el mundo había colocado las suyas—. Somos rusas nacidas en China.

La mujer se relajó un poco.

—Encantada de conoceros —dijo—. Mi nombre es Elsa Lehmann. Y mañana os enteraréis de que todo el mundo en esta habitación me odia.

—¿Por qué? —pregunté.

La mujer sacudió la cabeza.

—Porque son polacas y húngaras, y yo soy alemana.

No sabía cómo continuar la conversación después de lo que acababa de decir, por lo que me concentré en hacer nuestras camas. Nos habían dado cuatro mantas militares y una almohada a cada una. La brisa del exterior era fresca, pero no había ni la más mínima circulación de aire en la cabaña, por lo que resultaba difícil respirar. Irina preguntó qué había dicho la mujer, así que le expliqué la situación de Elsa.

—¿Está sola? —preguntó Irina.

Le traduje la pregunta a Elsa, que contestó:

—Vine con mi marido, que es médico, y el único de mis hijos que sobrevivió a la guerra. Les han enviado a Queensland a cortar cañas.

—Lo siento —le dije.

Me preguntaba qué pretendía el gobierno australiano cuando animaba a familias de todo el mundo a venir a su tierra y luego, una vez aquí, separaba a sus miembros.

Ayudé a Irina a taparse con las sábanas y una manta, y después arreglé las mías. Me daba vergüenza el hedor maloliente que despedían nuestros pies y nuestra ropa interior cuando nos pusimos el camisón, pero Elsa ya se había quedado dormida. Rodeé su cama de puntillas para apretar el interruptor y apagar la luz.

—Supongo que mañana descubriremos si les gustan los rusos o si los odian —comentó Irina, cerrando los ojos y dejándose llevar por el sueño.

Me metí en la cama y me cubrí con las sábanas. Hacía demasiado calor para las mantas. Estaba boca arriba y me puse de lado, para después volver a ponerme boca arriba otra vez, agotada pero incapaz de dormir. Abrí los ojos y miré al techo, escuchando la respiración de Irina. Si los australianos podían separar a Elsa de su marido y su hijo, ¿no sería mucho más probable que nos separaran a nosotras también? Y si podían enviar a un médico a cortar cañas, ¿qué tipo de trabajo nos darían a nosotras? Me estrujé la cabeza con las palmas de las manos y deseché aquellos pensamientos. En su lugar, me centré en la idea de encontrar a mi madre. Fuera lo que fuese lo que nos deparara el futuro, yo debía ser fuerte.

Se oyó un ruido sordo proveniente del tejado y después el correteo de un animal sobre la chapa. Entre la pared y el techo había un hueco de unos cuantos centímetros cubierto por alambrada de gallinero. Estaba segura de que aquella alambrada no evitaría que entrara lo que estaba en el tejado, y me agarré a los bordes de la cama, esperando oír más ruidos. La cama de Irina crujió.

—Irina, ¿estás despierta? —susurré.

Sin embargo, Irina sólo suspiró y se dio media vuelta. No se oyeron más ruidos sordos, ni más garras arañando el techo. Me tapé con la sábana hasta el cuello y traté de ver el mundo exterior a través del hueco en la pared, pero sólo pude distinguir las siluetas de las colinas en la distancia y unas cuantas estrellas. Finalmente, el agotamiento venció al miedo y me quedé dormida.

Los destellos de la luz de la mañana se introdujeron en la choza a través de la pintura desconchada de las tablas del suelo. Un gallo cantó al nuevo día con un estridente cacareo. Desde algún lugar cercano, un caballo relinchó, mientras las ovejas balaban. Me froté los ojos y me incorporé. Irina tenía los suyos firmemente cerrados, como si se estuviera resistiendo ante la idea de levantarse. Todas las demás también estaban profundamente dormidas, y el aire de la cabaña olía a rancio y era muy caluroso. Había un hueco entre dos placas de la pared junto a mi cama y pude ver la luz dorada refulgiendo sobre los tejados de latón y las vallas. Un camión estaba aparcado en el exterior, con un perro ovejero cubierto de polvo tumbado debajo. El animal levantó las orejas cuando se dio cuenta de que le estaba espiando. Meneó el

rabo y aulló. Me tumbé rápidamente, porque no quería que sus ladridos despertaran a las demás.

A medida que la intensidad de la luz aumentaba, las otras mujeres comenzaron a revolverse, luchando contra sus sábanas como orugas emergiendo de sus capullos. Le deseé buenos días a Elsa, pero apartó la mirada, recogió un albornoz y una toalla y se escabulló por la puerta. Las otras mujeres, que parecían tener entre veinte y treinta años, me miraron parpadeando, preguntándose cuándo habríamos aparecido Irina y yo. Saludé y traté de presentarme. Algunas de ellas me sonrieron, y una chica, que no hablaba inglés tan bien como yo, comentó que era incómodo que no tuviéramos un idioma común en el que pudiéramos hablar todas.

Irina se incorporó de su almohada y se peinó el cabello con los dedos. Tenía legañas en los ojos y sus labios parecían muy secos.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—No demasiado bien —contestó, tragando saliva—. Me quedaré en la cama.

—Te traeré algo de comida. Tienes que alimentarte.

Irina negó con la cabeza.

—Sólo agua, por favor. No me traigas más de esa sopa.

—¿Y qué te parece si te traigo solomillo a la *stroganoff* con vodka?

Irina sonrió y volvió a tumbarse, tapándose los ojos con el brazo.

—Vete y descubre Australia, Anya Kozlova —me dijo—. Y cuéntamelo todo cuando vuelvas.

Yo no tenía ni una bata ni un albornoz. Ni siquiera una toalla. Pero ya no podía soportar más el olor rancio de mi pelo y mi piel. Cogí la sábana con el aspecto más limpio de las que nos habían dado y una pastilla de jabón que había traído de Tubabao. Se las mostré a la chica que hablaba inglés, con la esperanza de que entendiera lo que quería. Me señaló un mapa en la parte interior de la puerta. El bloque para las abluciones estaba marcado con una X roja. Le di las gracias y cogí el último vestido limpio que me quedaba en la maleta antes de salir al sol.

Los barracones de nuestra área eran casi idénticos. Aquí y allá, la gente se había tomado la molestia de colocar cortinas o de crear jardineras con piedras, pero no se traslucía por ninguna parte el orgullo y la solidaridad de los que disfrutábamos en Tubabao. Sin embargo, allí éramos todos rusos. Sólo llevaba un día en Australia y ya había sido testigo de tensiones raciales. Me preguntaba por qué no organizaban a los inmigrantes y refugiados por grupos nacionales, habría sido más fácil para nosotros la comunicación y para ellos la administración, pero entonces, recordé la frase que habían utilizado en nuestras tarjetas de identidad, «nuevos australianos», y entonces me acordé de que ellos querían que nos integráramos. Pensé en el término «nueva australiana» y decidí que me gustaba. Deseaba empezar de nuevo.

Mi buen humor me abandonó cuando entré en el bloque de aseos. Hubiera metido el pie en la suciedad que se había salido de un retrete desbordado, si antes no me hubiera advertido el hedor. Me apreté la sábana contra la nariz y miré alrededor de la

cabaña, horrorizada. Los cubículos no tenían puertas, simplemente había tazas de váter de altura muy baja, anegadas y con moscardones zumbando alrededor. Los asientos estaban cubiertos de excrementos, y había montones de papel sucio sobre el suelo húmedo. En el barracón del comedor había dos inodoros con cadena, pero no eran suficientes para todo el campamento.

—¿Se piensan que somos animales? —grité, apresurándome a salir.

Nunca había visto unas condiciones de vida tan asquerosas para gente blanca, ni siquiera en Shanghái. Después de ver Sídney, pensé que Australia iba a ser un país más avanzado. ¿Acaso sabrían los organizadores del campamento algo sobre enfermedades? Habíamos comido en la base militar de Darwin, y empecé a dudar sobre si Irina tendría algo peor que una simple gripe, quizás hepatitis, o incluso cólera.

Escuché voces desde el bloque de duchas y eché un vistazo al interior. Estaba limpio, pero los cubículos no eran más que láminas de latón con agujeros. Dos mujeres se estaban duchando con sus hijos. Estaba tan disgustada que me olvidé de la intimidad y me despojé del camisón, me metí bajo el patético chorro de la alcachofa de ducha y lloré.

Durante el desayuno, mis temores fueron acrecentándose. Nos sirvieron salchichas, jamón y huevos. Algunas personas encontraron gusanos en su carne y una mujer tuvo que salir a vomitar. No me comí la carne, sólo me bebí el té de sabor ácido mezclado con tres cucharadas de azúcar y un trozo de pan. Un grupo de polacos cerca de mí se quejó sobre el pan. Le dijeron que era demasiado correoso a uno de los empleados australianos de la cocina. Él se encogió de hombros y replicó que así era como llegaba. El pan chino que yo comía en Harbin estaba hecho al vapor, por lo que era mucho más pastoso y, por eso, yo estaba acostumbrada. Me preocupaba más la limpieza de la cocina, y si los cocineros sabrían algo sobre higiene. Mi cabello me caía en mechones lacios sobre las orejas, y mi piel olía como la fibra de la sábana. No podía creerme lo bajo que había caído. Un año antes, era una recién casada con un elegante apartamento, la esposa del encargado del club nocturno más famoso de Shanghái. Ahora era una refugiada. Fue entonces cuando sentí la degradación de un modo mucho más acuciante que en Tubabao.

Irina estaba dormida cuando volví de la ducha, y me sentí aliviada de no tener que dar la cara hasta que tuviera la oportunidad de serenarme. Me había prometido a mí misma que no me quejaría delante de ella sobre Australia. Se culparía de que yo hubiera venido con ella, a pesar de que había sido elección mía. Pensé en Dimitri en Estados Unidos y me recorrió un escalofrío por la espalda. No obstante, para mi sorpresa, no me centré demasiado tiempo en él antes de que mis pensamientos saltaran a Iván. ¿Qué haría él en esta situación?

Un hombre vestido de uniforme militar entró en el comedor y se abrió camino entre las mesas en dirección al podio. Se subió a él y esperó a que la muchedumbre se callara, mientras sostenía un montón de láminas de cartulina a un lado, y entonces

carraspeó, tapándose la boca con el puño. Sólo cuando consiguió atraer la atención de todo el mundo en la estancia, comenzó a hablar.

—Buenos días, señores y señoras. Bienvenidos a Australia —sentenció—. Mi nombre es coronel Brighton. Soy el director del campamento. —Dejó las láminas de cartulina sobre el podio y cogió la primera, levantándola para que todo el mundo pudiera verla. Tenía su nombre escrito con grandes letras, trazadas con tanto esmero que parecían de imprenta—. Espero que los que hablen inglés les traduzcan a sus amigos lo que tengo que decirles —continuó—. Por desgracia, esta mañana mis intérpretes están ocupados. —Nos sonrió por debajo de su oscuro bigote. El uniforme le estaba demasiado justo y le hacía parecer un chiquillo al que le habían metido en la cama ajustándole mucho las sábanas.

Hasta que el coronel se dirigió a nosotros, mi llegada a Australia había sido un tanto onírica. Pero cuando empezó a hablar sobre nuestros contratos de trabajo con el Servicio de Contratación de la Confederación y sobre cómo debíamos estar dispuestos a hacer de todo, incluso actividades que consideráramos por debajo de nuestras capacidades, para pagar los pasajes que nos habían llevado a Australia, la magnitud de lo que Irina y yo habíamos hecho se me vino encima. Miré a mi alrededor el mar de ansiosos rostros y me pregunté si aquellas palabras eran peores para los que no entendían inglés, o si, en cambio, el hecho de no entender les estaba permitiendo retrasar el impacto de la cruda realidad unos pocos minutos más.

Me clavé los dedos en las palmas de las manos y traté de seguir la charla del coronel sobre la moneda australiana, el sistema político estatal y federal y su relación con la monarquía británica. Para cada nuevo asunto, levantaba otra cartulina para ilustrar las cuestiones principales, y terminó la presentación diciendo:

—Por último, les ruego a todos ustedes, tanto a jóvenes como a mayores, que traten de aprender todo el inglés que puedan mientras estén aquí. Su éxito en Australia dependerá de ello.

No se escuchaba ni un solo ruido en la habitación cuando el coronel Brighton acabó de hablar, pero él nos sonrió abiertamente como si fuera Papá Noel.

—Oh, por cierto, hay alguien a quien necesito ver —comentó, consultando su cuaderno—. ¿Anyá Kozlova puede dar un paso adelante?

Me asusté de oír mi nombre. ¿Por qué me escogían a mí de entre trescientos recién llegados? Me abrí camino entre las mesas hasta el coronel, mientras me colocaba el pelo detrás de las orejas y me preguntaba si le habría sucedido algo a Irina. Una multitud de gente se había reunido alrededor del coronel para hacerle preguntas.

—Pero no queremos vivir en el campo. Queremos quedarnos en la ciudad —insistía un hombre con un parche en el ojo.

«No —me dije para mis adentros—, Irina está a salvo». Me preguntaba si quizás Iván habría oído que estábamos en Australia y estaba tratando de ponerse en contacto con nosotras. Pero también deseché esa idea. El barco de Iván llegaba a Sídney, pero

nos contó que pretendía irse directamente a Melbourne en tren. Tenía suficientes recursos como para no residir en un campo de trabajo.

—Ah, ¿así que tú eres Anya? —me dijo el coronel, cuando me vio esperando—. Por favor, acompáñame.

El coronel Brighton desfiló a paso rápido hacia el área administrativa, y casi tuve que correr para no quedarme atrasada. Pasamos por delante de más filas de barracones, cocinas y lavanderías y de una oficina de correos, por lo que comencé a apreciar el tamaño real del campamento. El coronel me dijo que el lugar pertenecía al ejército, y que muchos antiguos barracones militares se estaban reconvirtiendo en alojamientos para inmigrantes por todo el país. Aunque estaba intrigada por saber por qué quería verme, su pequeña charla me garantizó que no se trataba de nada demasiado grave.

—Así que eres rusa, ¿de dónde vienes?

—Nací en Harbin, en China. Nunca he estado en Rusia. Pero pasé mucho tiempo en Shanghái.

Se colocó mejor las señales de cartulina bajo el brazo y frunció el ceño ante una ventana rota en una de las cabañas.

—Informe a la oficina de mantenimiento —le ordenó a un hombre que estaba sentado en los escalones de entrada, antes de volverse de nuevo hacia mí—. Mi esposa es inglesa. Rose ha leído muchos libros sobre Rusia. Bueno, lee mucho en general. Entonces, ¿dónde naciste? ¿En Moscú?

No me tomé a mal la falta de atención del coronel. Era más bajo que yo, con ojos hundidos y unas pronunciadas entradas. Las líneas de su frente y la base de su nariz hacían que su rostro tuviera una expresión cómica, aunque su postura erguida y su manera de hablar fueran serias. Había algo agradable en él, y era eficiente sin llegar a ser frío. El coronel había mencionado que en el campamento había más de tres mil personas. ¿Cómo podría recordarnos a todos?

La oficina del coronel Brighton era una cabaña de madera no demasiado lejos del edificio que albergaba la sala de cine. Empujó la puerta y me hizo pasar. Una mujer pelirroja con gafas de concha levantó la mirada de su escritorio, con los dedos apoyados en la máquina de escribir.

—Ésta es mi secretaria, Dorothy —me explicó el coronel.

La mujer se alisó los pliegues de su vestido de flores e hizo una mueca que terminó en una sonrisa.

—Encantada de conocerla —le dije—. Me llamo Anya Kozlova.

Dorothy me estudió antes de decidirse a fijar su mirada en mi pelo revuelto. Me sonrojé y aparté la vista. Detrás de ella, había dos escritorios desocupados, y otro desde el que nos sonrió un hombre calvo con una camisa beis y una corbata.

—Y él es el funcionario de asistencia social —aclaró el coronel, señalando al hombre—. Ernie Howard.

—Encantado de conocerla —exclamó Ernie, levantándose de su asiento y

estrechándome la mano.

—Anya viene de Rusia. Llegó ayer por la noche —les explicó el coronel.

—¿Rusia? Más bien será China —puntualizó Ernie, soltándome la mano—. Aquí tenemos a un par de personas de Tubabao.

El coronel Brighton no prestó atención a la corrección. Hojeó algunas carpetas del escritorio de Ernie, cogió una y me indicó una puerta en el extremo de la habitación.

—Pasa por aquí, Anya —me dijo.

Seguí al coronel hasta su oficina. El sol entraba intensamente a través de las ventanas, y el ambiente de la habitación era caluroso. El coronel abrió los postigos y puso en marcha el ventilador. Me senté en una silla frente a su escritorio y descubrí que no sólo estaba frente al coronel Brighton, sino también ante el largo y avinagrado rostro del rey de Inglaterra, cuyo retrato colgaba de la pared detrás del coronel. La oficina del militar estaba ordenada, con los archivos y los libros colocados cuidadosamente a lo largo de las paredes y un mapa enmarcado de Australia en la esquina opuesta. Sin embargo, su escritorio era un caos. Estaba atestado de carpetas y parecía estar a punto de derrumbarse. El coronel colocó la que traía encima de las demás y la abrió.

—Anya, tengo una carta del capitán Connor de la OIR que dice que has trabajado para él. Que hablas inglés muy bien, lo cual es obvio, y que sabes escribir a máquina.

—Sí —le contesté.

El coronel Brighton suspiró y se reclinó en su butaca. Me estudió durante mucho tiempo. Me revolví en mi asiento, deseando que dijera algo. Finalmente, lo hizo.

—¿Podré convencerte de que trabajes para mí durante un mes o dos? —preguntó—. Hasta que me manden más personal de Sídney. Estamos bastante liados. Este campamento no es en absoluto lo que debería ser. Y van a llegar otras mil personas de aquí a quince días.

La confesión del capitán sobre que las condiciones del campamento no eran aceptables fue un alivio. Yo pensaba que esperaban que viviéramos en aquellas lamentables condiciones.

—Necesito alguien que me ayude a mí, a Dorothy y a Ernie.

Necesitamos solucionar urgentemente la cuestión de la limpieza del campamento, y por eso quiero que te encargues de archivar documentos y otras tareas generales. Puedo pagarte algo más que la asignación normal y le entregaré al funcionario de trabajo una recomendación especial sobre ti cuando acabes.

La oferta del coronel me cogió por sorpresa. No sabía qué esperarme de él, pero, por supuesto, no que me ofreciera un empleo el primer día de mi estancia en el campamento. Sólo me quedaba un dólar estadounidense de Tubabao y no iba a poder vender las joyas que había traído de Shanghái hasta que llegara a Sídney. Un poco de dinero extra era exactamente lo que necesitaba.

La honradez del coronel me inspiró la confianza suficiente como para decirle que pensaba que los aseos y la comida representaban graves problemas, y que corríamos

el riesgo de sufrir una epidemia.

Asintió.

—Hasta vuestra llegada ayer, nos estábamos arreglando más o menos. Esta mañana he solicitado que la empresa Sanipan venga tres veces al día y, ahora mismo, Dorothy está reuniendo nuevos grupos para las cocinas. No hay tiempo que perder. Tan pronto como localizamos un problema, hago lo posible por arreglarlo. La única dificultad está en que se me plantean demasiados problemas como para poder abordarlos rápidamente.

Señaló la pila de carpetas de su escritorio.

Me preguntaba si debía aceptar el trabajo e irme, ya que el coronel tenía mucho que hacer, pero parecía disfrutar hablando conmigo, de modo que le pregunté por qué el gobierno australiano estaba admitiendo a tanta gente en el país si no podía proporcionar lugares adecuados para alojarles.

Los ojos del coronel Brighton se iluminaron, y me percaté de que había estado esperando que yo le hiciera aquella pregunta.

Se acercó lentamente hasta el mapa y cogió el puntero. Tuve que morderme los labios para no echarme a reír.

—El gobierno se ha decidido por una política de poblar o perecer —explicó, señalando la costa australiana con el puntero—. Los japoneses casi nos invadieron porque éramos demasiado pocos para proteger nuestras costas. El gobierno está trayendo a miles de personas al país para reedificar la nación. Pero, hasta que no reconstruyamos nuestra economía, nadie va a tener un lugar digno en el que vivir.

Se paseó hasta la ventana y se apoyó en el marco. Si hubiera sido cualquier otra persona, la manera en la que estaba allí de pie, con los pies separados y la barbilla levantada en el aire, me hubiera parecido demasiado melodramática, pero encajaba tanto con su carácter que se me quitaron las ganas de reír y me encontré escuchándole atentamente.

—Lo único que puedo decir a modo de disculpa es que hay muchos nativos australianos que están viviendo en cajas de cartón.

El coronel regresó a su escritorio; todo su rostro se había enrojecido por la emoción y extendió las manos sobre las carpetas que tenía delante.

—Tú, yo, todos los que estamos aquí, formamos parte de un enorme experimento social —explicó—. Vamos a convertirnos en una nueva nación y, o nos hundiremos, o saldremos a flote. Me gustaría hacer todo lo posible por vernos salir a flote. Estoy seguro de que a ti también te gustaría.

Las palabras del coronel Brighton eran como una droga: podía sentir la sangre corriéndome por las venas y tuve que hacer el propósito de mantenerme tranquila o, de otro modo, me habría dejado llevar por lo que me estaba diciendo. Aquel hombre hacía que la vida en un campamento lúgubre y deprimente sonara casi emocionante. Puede que no fuera muy bueno escuchando, pero estaba claro que era un hombre apasionado y entusiasta. Estaba segura de que quería trabajar con él, aunque sólo

fuera por la diversión que me proporcionaría verle a diario.

—¿Cuándo desea que empiece? —le pregunté.

Se apresuró a acercarse a mí y me estrechó la mano.

—Esta tarde —respondió, echándoles una mirada a las carpetas de su escritorio—. Inmediatamente después del almuerzo.

FLORES SILVESTRES

Después de mi reunión con el coronel Brighton, corrí de vuelta a la cabaña con una jarra de agua y un vaso de la cocina. Me sorprendí al encontrar a Irina sentada en la cama, hablando con Aimka Berczi.

—Aquí está tu amiga —dijo Aimka, levantándose para saludarme. Llevaba un vestido verde botella y sostenía una naranja entre sus elegantes manos. Supuse que la había traído para Irina. Ni el tono oscuro de su vestido, ni el color brillante de la naranja lograban dotar de vida su rostro. A la luz del día, su piel parecía tan sobrenatural como la noche anterior.

—Qué bien —exclamó Irina con voz ronca—, me estoy muriendo de sed.

Sostuve en equilibrio la jarra sobre la caja vuelta del revés junto a su cama y le serví un vaso de agua. Le puse la mano en la frente. La fiebre había desaparecido, pero todavía estaba pálida.

—¿Qué tal te encuentras?

—Ayer pensé que me moría. Ahora simplemente me encuentro mal.

—Supuse que Irina seguiría enferma esta mañana —comentó Aimka—, así que le traje los formularios de trabajo y de registro para la clase de inglés.

—Las preguntas están todas en inglés —protestó Irina, tomando un sorbo de agua y haciendo una mueca después. Se me ocurrió que, quizás, el té de esa mañana sabía tan mal por el agua.

—No importa, una vez que termines el curso de inglés, podrás rellenarlas —le dije.

Nos echamos a reír las tres, y la alegría trajo un poco de color a las mejillas de Aimka.

—Aimka habla seis idiomas con fluidez —me contó Irina—. Ahora está aprendiendo serbio por su cuenta.

—Dios mío —exclamé—, ¡qué talento tienes para los idiomas!

Aimka se llevó una de sus bonitas manos a la garganta y bajó la mirada.

—Vengo de una familia de diplomáticos —explicó—, y aquí hay muchos

yugoslavos con los que practicar.

—Me imagino que tendrás que ser una buena diplomática para ser supervisora de bloque —le dije—. ¿Sabes lo que pasa con Elsa?

Aimka dejó caer las manos sobre el regazo. Me resultaba difícil apartar la mirada de ellas, eran como dos lirios en contraste con el color verde de su vestido.

—Parece que tengamos todas las tensiones de Europa en este campamento —replicó—. La gente discute sobre los pueblos fronterizos tan ferozmente como lo harían si siguieran viviendo en ellos.

—¿Crees que hay algo que podamos hacer por Elsa? —preguntó Irina.

Aimka negó con la cabeza.

—Siempre he tenido problemas con ella —respondió—. Elsa nunca está contenta, independientemente del alojamiento que le asigne, y nunca hace esfuerzos por ser amable con las demás. En otra cabaña tengo a una chica alemana y a otra judía que no hacen más que ayudarse mutuamente. Pero ellas son jóvenes. Elsa es mayor y se aferra a sus costumbres.

—Hay un proverbio ruso que dice que mientras haya buena comida, no habrá discusiones —le conté—. Si los campesinos hubieran estado bien alimentados, no habría habido revolución. Quizás la gente no estaría tan tensa si la comida fuera mejor. Eso que tomamos de desayuno esta mañana apenas era comestible.

—Sí, me llegan quejas interminables sobre la comida —replicó Aimka—. Parece que a los australianos les gusta cocer demasiado la verdura. Y, por supuesto, ponen demasiado cordero. Pero durante el asedio de Budapest, tuve que hervir mis propios zapatos para comérmelos, así que no creo que aquí haya mucho por lo que quejarse.

Me sonrojé. Tendría que haber sabido que no era adecuado mostrarme tan frívola.

—¿Qué has estado haciendo toda la mañana, Anya? —me preguntó Irina, rescatándome de la incómoda situación.

Le hablé sobre mi trabajo con el coronel Brighton y sobre su pasión por la idea de «poblar o perecer».

Irina puso los ojos en blanco, y Aimka se echó a reír.

—Sí, es todo un personaje el coronel Brighton —comentó Aimka—. A veces me parece que está bastante loco, pero tiene buen corazón. Haces bien en trabajar para él. Voy a ver si consigo un trabajo para Irina en la guardería; cualquier cosa para que no tenga que tratar con el estúpido del funcionario de trabajo.

—Trató de darle a Aimka un trabajo de sirvienta —me explicó Irina.

—¿De verdad?

Aimka se frotó las manos.

—Le dije que hablaba seis idiomas y me contestó que era una habilidad inútil en Australia, excepto por el inglés. Añadió que aquí no había trabajo para intérpretes, y que yo era demasiado mayor como para conseguir un trabajo de otro tipo.

—Eso es una estupidez —exclamé—. Mira a toda la gente de este campamento. Y el coronel Brighton me comentó esta mañana que hay más campamentos como éste

por toda Australia.

Aimka resopló.

—Ése es el problema. Por supuesto, son «nuevos australianos». Les gustaría que todos fuéramos británicos. Fui a ver al coronel Brighton y le dije que hablaba seis idiomas. Casi saltó de su asiento para besarme. Me puso a trabajar inmediatamente como profesora de inglés y como supervisora de bloque. Ahora, cada vez que le veo, me dice: «Aimka, necesito a veinte más como tú». Así que, a pesar de todos sus defectos, merece mi total admiración.

Irina se estremeció y tosió. Sacó un pañuelo de debajo de su almohada y se sonó la nariz.

—Perdón —nos dijo—. Creo que esto significa que me estoy recuperando.

—Haríamos bien en ir a la tienda de la Cruz Roja —señalé.

Irina negó con la cabeza.

—Lo único que quiero es dormir. Pero tú deberías ir y preguntarles por tu madre.

Aimka me contempló con curiosidad, y le conté brevemente la historia de mi madre.

—La Cruz Roja no podrá ayudarte, Anya —me dijo—. Solamente son una unidad médica. Necesitas ver a alguien de la central en Sídney.

—¡Oh! —exclamé, decepcionada.

Aimka le dio unas palmaditas en la pierna a Irina y colocó la naranja sobre la caja, junto a la jarra.

—Creo que tengo que irme —comentó.

Cuando Aimka se marchó, Irina se volvió hacia mí y me susurró.

—Era concertista de piano en Budapest. A sus padres los fusilaron los nazis por ayudar a unos judíos a esconderse.

—Dios mío —comenté—, en este pequeño lugar, hay tres mil historias trágicas.

Cuando Irina se volvió a quedar dormida, recogí nuestra ropa y corrí a la lavandería, que estaba formada por cuatro tinajas de cemento y una caldera. Froté los vestidos y las blusas con mi última pastilla de jabón. Después de tenderlos para que se secaran, me dirigí a la oficina de suministros, donde el encargado, un hombre polaco, no apartó la mirada de mi cuello y mis pechos.

—Lo único que puedo ofrecerte es calzado, abrigos y sombreros que antes pertenecían al ejército, si es que quieres alguna de esas cosas.

Me señaló a una pareja de ancianos que estaban probándose unas extrañas botas. Las piernas del anciano temblaban, y se apoyó sobre el hombro de su mujer para no caerse. Al verles, se me partió el corazón. Pensé que los ancianos tendrían que estar disfrutando de los frutos de la labor de su vida, no empezando de nuevo.

—¿No hay jabón? —pregunté—. ¿Ni toallas?

El encargado del establecimiento se encogió de hombros.

—Esto no es el Ritz de París.

Me mordí los labios. Así que el champú y el jabón perfumado tendrían que esperar hasta el día de paga. Por lo menos, nuestra ropa estaba limpia. Quizás Aimka podría prestarnos algo, y luego se lo devolveríamos.

Un altavoz enganchado en la pared de la cabaña de suministros anunció el almuerzo, primero en inglés y luego en alemán. Vi que la anciana se estremecía cuando escuchó: «*Achtung!*».

—¿Por qué anuncian las cosas en alemán? —le pregunté al encargado del establecimiento.

—¡Qué delicadeza!, ¿verdad? —comentó, sonriendo por la comisura de la boca—. Se piensan que, gracias a los nazis, todos entendemos las órdenes en alemán.

Fui arrastrando los pies hasta el edificio del comedor, temiéndome que hubiera otra comida repugnante. La mayoría de la gente ya estaba sentada cuando llegué, pero la atmósfera de la estancia se había transformado desde la mañana. Los comensales estaban sonrientes. Habían quitado el papel de estraza y todas las mesas estaban decoradas con jarrones llenos de flores azules. Un hombre pasó a mi lado con un cuenco de sopa y un trozo de pan negro. Fuera lo que fuese lo que había dentro del cuenco, desprendía un aroma apetitoso y familiar. Observé la sopa de color carmesí y pensé que estaba soñando. Era *borscht*. Recogí un cuenco de una pila en una mesa y esperé la cola frente a la ventanilla del mostrador. Casi salté de alegría cuando me encontré cara a cara con Mariya y Natasha de Tubabao.

—¡Ah! —gritamos las tres a la vez.

—Ven —me dijo Natasha, abriendo la puerta de la barra—. Casi todo el mundo ha comido ya. Hazlo con nosotros en la cocina.

La seguí a la estancia trasera, que no sólo olía a remolacha y a col, sino también a lejía y a bicarbonato sódico. Dos hombres se afanaban fregando las paredes, y Natasha me los presentó: uno era su padre, Lev, y el otro su marido, Piotr. Mariya me llenó el cuenco hasta el borde con *borscht* recién hecho, mientras Natasha me buscó una silla y llenó tazas de té para todos.

—¿Cómo está Raisa? —les pregunté.

—No lo lleva mal —contestó Lev—. Nos preocupaba que no pudiera hacer el viaje, pero es más resistente de lo que pensábamos. Está en una cabaña con Natasha y los niños y parece feliz allí.

Les conté lo que había ocurrido con Ruselina y sacudieron la cabeza comprensivamente.

—Dale recuerdos de nuestra parte a Irina —dijo Mariya.

En un estante junto a mí, había un montón de las flores azules que había visto antes. Señalé los pétalos tubulares y los elegantes tallos.

—¿Qué son? —le pregunté a Natasha—. Son preciosas.

—No estoy segura —me contestó, secándose las manos en el delantal—. Creo que son australianas. Las encontramos en un pequeño sendero más allá de la zona de

tiendas. Son bonitas, ¿verdad?

—Me gustan los árboles de aquí —les conté—. Son misteriosos, como si estuvieran guardando secretos en el interior de sus troncos.

—Entonces, te gustará ese paseo —respondió Lev. Dejó a un lado el cepillo de fregar, se sentó en la mesa y comenzó a dibujarme un mapa en un trozo de papel de estraza—. El sendero es muy fácil de encontrar. No te perderás.

Me comí una cucharada de *borscht*. Después de lo que había estado ingiriendo durante los últimos días, me supo a maná.

—Es delicioso —les dije.

Mariya señaló con la barbilla en dirección al comedor.

—Estoy segura de que recibiremos muchas quejas por la comida rusa. Pero es mejor que lo que estaba sirviendo el cocinero australiano. Es una comida buena y alimenticia, ideal para trabajar.

Algunas personas se asomaron a la ventana y enseñaron sus platos, para que les sirvieran por segunda vez. Lev y yo intercambiamos una sonrisa. Observé como Natasha y Mariya les servían. Cuando vi su tienda familiar en Tubabao, por alguna razón, pensé que debían de ser ricos. Pero ahora me daba cuenta de que no había nada en aquella tienda que no lo hubieran creado ellos mismos de los materiales que tenían a mano. Si hubieran tenido ahorros, no se habrían visto obligados a quedarse en un campo de inmigrantes. Me percaté de que, sencillamente, eran diligentes y muy trabajadores, y estaban decididos a aprovechar lo que la vida les ofreciera. Contemplé como Mariya señalaba y hacía gestos a los comensales, tratando de comunicarse con ellos. Sentí verdadera admiración por aquella familia.

Volví a la oficina del coronel Brighton justo antes de las dos en punto. Me sorprendí al escuchar voces que discutían, y dudé antes de empujar la puerta para entrar. Dorothy estaba en su sitio y sonrió cuando pasé, pero su expresión cambió por completo cuando me reconoció. Me sentía desconcertada al pensar en qué podría haber hecho yo para inspirarle tanta antipatía en tan poco tiempo.

El coronel y Ernie estaban de pie junto a la puerta del despacho del militar. Había una mujer con ellos, con guantes y sombrero en la mano. Debía de tener cincuenta y tantos años, lucía un bonito rostro y ojos alegres. El grupo se giró para mirarme cuando les saludé.

—¡Ah, aquí estás, Anya! —exclamó el coronel—. Justo a tiempo. Tenemos unos baños que son una amenaza para la salud, comida que se está pudriendo por el calor y gente que no sabe ninguno de los idiomas en los que hemos estado tratando de comunicarnos con ellos. Y a pesar de todo, mi esposa ha decidido que lo que necesitamos con mayor urgencia es un comité de plantación de árboles.

La mujer, que supuse que era su esposa, puso los ojos en blanco.

—La gente echa un vistazo a este campamento y se deprime, Robot. Las plantas, los árboles y las flores acabarán con la desnudez de este lugar y harán que las personas se sientan mejor. Deberíamos tratar de darle al campamento un toque

hogareño. Eso es lo que les ha faltado a muchos durante años. Anya podrá decírtelo.

Asintió con la cabeza mirando hacia mí. Noté que estaba a punto de usarme para inclinar la discusión a su favor y me cuidé de no hablar demasiado pronto.

—Éste no es un hogar —dijo el coronel—. Es un centro de acogida. Al ejército no le importaba su aspecto.

—¡Pero eso es porque, si hubiera sido bonito, nunca habrían ido a luchar a la guerra!

Rose se cruzó de brazos, balanceando el sombrero en la mano. Era bajita y femenina, pero tenía unos brazos musculosos. Yo pensé que tenía su parte de razón y me pregunté qué le contestaría el coronel.

—No estoy diciendo que tu idea sea mala, Rose. Lo único que digo es que primero tenemos que conseguir alimentar a esa gente y hacerles hablar algo de inglés. Tenemos cientos de médicos, abogados y arquitectos que deberán aprender habilidades manuales si quieren sobrevivir junto con sus familias en este país. Los puestos de trabajo de profesiones liberales serán para los inmigrantes británicos, independientemente de que estén mejor cualificados.

Rose hizo un gesto desdenoso ante los argumentos de su marido y sacó un cuaderno de su bolso. Lo abrió y comenzó a leer de una lista.

—Mira —espetó—, esto es lo que las mujeres holandesas sugirieron que podíamos plantar: tulipanes, narcisos, claveles, etcétera.

El coronel Brighton miró a Ernie, levantando las manos por la exasperación.

Rose alzó la vista del cuaderno para mirarles.

—Muy bien, si no os gustan las flores, otras personas han sugerido que plantemos cedros y pinos para que den sombra.

—Dios santo, Rose —exclamó Ernie—. Tendremos que esperar veinte años para que crezcan esos árboles.

—Yo creo que los árboles australianos son preciosos. ¿No crecerán más rápidamente en su propio clima? —pregunté.

Todos se giraron hacia mí. Dorothy dejó de escribir a máquina y miró por encima una carta, simulando que la estaba revisando.

—Por lo visto, hay un sendero en el bosque cerca de aquí —continuó—. Quizás podríamos encontrar algunos esquejes para plantarlos en el campamento.

El coronel Brighton me estaba observando fijamente y pensé que me había ganado un enemigo en él por ponerme de parte de su esposa. Sin embargo, de repente, en su rostro se dibujó una sonrisa y dio una enérgica palmada.

—¿No te dije que había encontrado a una chica inteligente? ¡Es una idea brillante, Anya!

Ernie tosió, tapándose la boca con el puño.

—Coronel, si no le importa que se lo diga... Creo que fuimos Dorothy y yo los que encontramos el expediente de Anya.

Dorothy arrojó la carta a un lado y continuó escribiendo a máquina. Pensé que

seguramente se había arrepentido de haber encontrado mi expediente.

Rose me pasó el brazo por la cintura.

—Robert piensa que es una idea brillante porque le ahorrará dinero —explicó—. Pero yo creo que es una buena idea porque las rosas y los claveles le recordarán a la gente a Europa, mientras que las plantas autóctonas les ayudarán a acordarse de que ahora tienen un nuevo hogar.

—Y atraerán a más aves y otras especies autóctonas al campamento —añadió Ernie—. Y, con un poco de suerte, a menos conejos.

Recordé los animales que había oído en el tejado de la cabaña la noche anterior e hice una mueca.

—¿Qué sucede? —preguntó Ernie.

Les hablé sobre los arañazos y les pregunté si era por eso por lo que los huecos entre las paredes y los techos estaban cubiertos de alambrada de gallinero.

—Zarigüeyas —indicó Rose.

—¡Oh! —exclamó Ernie, bajando la voz y mirando a su alrededor—. Son muy peligrosas. Pequeñas criaturas sanguinarias. Ya hemos perdido a tres chicas rusas.

Dorothy soltó una risita.

—Oh, cállate de una vez —espetó Rose, apretándome la cintura con más fuerza—. Las zarigüeyas no son más que pequeñas criaturas peludas de colas velludas y ojos grandes a las que no les gusta nada más que asaltar las cocinas y robar fruta.

—Bueno, vale, vosotros ganáis —concedió el coronel, echándonos fuera de su despacho—. Te prestaré a Anya para que te ayude con tu comité de plantación de árboles. Ahora, marchaos todos. Tengo trabajo serio que hacer.

Hizo un mohín antes de dar un portazo. Rose me guiñó un ojo.

Irina estuvo enferma durante el resto de la semana, pero el lunes siguiente, cuando se encontró mejor, nos pusimos en marcha en nuestra misión de encontrar esquejes y semillas por el sendero cerca del campamento. Rose me prestó una guía de campo de flores silvestres australianas, y aunque me resultaba difícil seguir el libro, me lo llevé de todos modos. Irina estaba de buen humor porque había empezado a trabajar en la guardería y le gustaba, pero también porque había recibido un telegrama diciendo que Ruselina había llegado sin incidentes a Francia y que, a pesar del duro viaje, ya estaba dando muestras de recuperación.

«Llegada bien. Me encuentro mejor. Pruebas buenas. Franceses encantadores», decía el telegrama. Ruselina había aprendido inglés y francés en el colegio, según me dijo Irina, pero aquellas palabras serían las primeras que su nieta aprendería a decir en inglés. Llevaba el telegrama consigo a todas partes y leía el mensaje una y otra vez.

El sendero comenzaba pasada la zona de tiendas y serpenteaba en dirección al valle. Me emocioné al ver los eucaliptos tan de cerca e inspirar su aroma dulzón.

Gracias al libro de Rose, me enteré de que muchas flores silvestres australianas florecían durante todo el año, pero me costó un rato localizarlas entre la maleza. Comencé a recoger rosas y camelias, pero al cabo de un rato, empecé a ver que algunas de las plantas más resistentes tenían frutos con forma de rodillos o flores con tallos retorcidos que parecían adornos *art déco*. Entonces, encontré lirios de delicados pétalos y campanillas de todos los colores imaginables. Cuando les dije a algunos de los otros inmigrantes que iba a plantar flores autóctonas en el campamento, arrugaron la nariz. «¿Cómo? ¿Esas horribles cosas marchitas? Eso no son flores», me dijeron. Sin embargo, cuanto más nos internábamos Irina y yo en el sendero, más cuenta me daba de que estaban equivocados. Algunas de las plantas tenían hojas plumosas, bayas y frutos en el mismo tallo, mientras que otras tenían un aspecto tan grácil como algas flotando en el océano. Me acordé de lo que un artista moderno dijo una vez sobre su arte: «Hay que entrenar la vista para ver las cosas de un modo novedoso. Para ver la belleza de lo nuevo». Ese artista era Picasso.

Me volví para ver lo que estaba haciendo Irina y me la encontré de puntillas detrás de mí, golpeando con un palo la hojarasca.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Espantar a las serpientes —contestó—. Me dijeron en el campamento que las serpientes australianas son mortíferas. Y también rápidas. Por lo que parece, te persiguen.

Pensé en la broma que me había gastado Ernie sobre las zarigüeyas y me sentí tentada de decirle a Irina que había oído que algunas serpientes también podían volar. Pero me abstuve. Era demasiado pronto para que yo también adoptara el sentido del humor australiano.

—Deberías hablarme en inglés —me dijo Irina—. Debo aprenderlo rápidamente para que podamos irnos a Sídney lo antes posible.

—Está bien —le respondí en inglés—. ¿Qué tal estás? Encantada de conocerte. Me llamo Anya Kozlova.

—Yo también estoy encantada de conocerte —dijo Irina—. Yo soy Irina Levitskaia. Casi tengo veintiún años. Soy rusa. Me gusta cantar y los niños.

—Muy bien —le dije, volviendo al ruso—. No está nada mal para una sola clase. ¿Qué tal han ido hoy las cosas en la guardería?

—Me encantó —respondió—. Los niños son muy monos. Aunque algunos tienen unas caritas muy tristes. Quiero tener una docena cuando me case.

Localicé algunas de las flores de las que había visto en el comedor y me acuclillé para desenterrarlas con la pala.

—¿Una docena? —le pregunté—. Eso es tomarse muy en serio lo de «poblar o perecer».

Irina se echó a reír mientras me sostenía el saco para que echara dentro la planta.

—Sólo si puedo. Mi madre no pudo tener más hijos después de mí, y la abuela dio a luz a un niño que no llegó a nacer con vida antes de tener a mi padre.

—Debió de ponerse muy contenta cuando él nació —comenté.

—Sí —dijo Irina, sacudiendo la planta para colocarla al fondo del saco—. Y se puso mucho más triste cuando, con treinta y siete años, lo mataron los japoneses.

Miré a mi alrededor en busca de otras plantas. Pensé en Mariya y Natasha, y cómo de equivocada había estado al suponer que fueran ricas. Quizás también me equivocaba al suponer que eran dichosas. ¿Dónde estaban los hermanos o los tíos de Natasha? No era común que los rusos fueran hijos únicos. Seguramente, también habían perdido a sus seres queridos en las revoluciones y las guerras. Parecía que nadie podía escapar del dolor y la tragedia.

Señalé hacia una pequeña parcela de terreno que tenía violetas púrpuras y blancas. Serían una buena cubierta vegetal para el terreno. Irina me siguió y comencé a desenterrar las plantas con la pala. Me dio pena llevármelas de su hogar, pero les susurré que las cuidaríamos bien y que íbamos a utilizarlas para ayudar a la gente a que fuera más feliz.

—Por cierto, Anya, nunca te he preguntado cómo llegaste a hablar tan bien inglés. ¿Fue mientras trabajabas de institutriz? —me preguntó Irina.

Levanté la mirada hacia ella. Sus ojos me miraban muy abiertos e interesados, esperando una respuesta. Entonces supe que Iván nunca les había contado la verdad sobre mí.

Volví a cavar, demasiado avergonzada como para mirarla a la cara.

—A mi padre le gustaba leer libros en inglés y me enseñó. Pero su enfoque era como si el inglés fuera un idioma más exótico que práctico, como si fuera hindi o algo así. En la escuela teníamos clases, así que aprendí a hablarlo. Pero cuando realmente empecé a dominarlo fue en Shanghái, porque tenía que utilizarlo casi todos los días —le eché una mirada a Irina antes de continuar—. Pero no como institutriz. Eso era mentira.

El rostro de Irina se distorsionó en una mueca de sorpresa. Se puso en cuclillas a mi lado y me miró directamente a los ojos.

—Entonces, ¿cuál es la verdad?

Inspiré profundamente y de repente me encontré contándole toda la historia de Serguéi, Amelia, Dimitri y el Moscú-Shanghái. Cuanto más hablaba, más se abrían los ojos de Irina, pero su mirada no me juzgaba. Me sentí culpable por no haber sido sincera, pero también me di cuenta de que me aliviaba estar contándole finalmente la verdad. Incluso le hablé sobre la propuesta de matrimonio de Iván.

Cuando terminé, Irina miró hacia el bosque.

—Dios bendito —dijo, después de un momento—. Me has sorprendido. No sé qué decir. —Se levantó, se sacudió la tierra de las manos y me besó la coronilla—. Pero estoy contenta de que me hayas hablado sobre tu pasado. Puedo entender por qué no querías comentarlo. No me conocías. Pero, a partir de ahora, tienes que contármelo todo, porque somos como hermanas.

Pegué un salto y la rodeé entre mis brazos.

—Eres mi hermana —le dije.

Algo se movió bruscamente entre la maleza, y ambas nos apartamos de un salto. Sin embargo, era solamente un lagarto tratando de aprovechar los últimos rayos de sol de la tarde.

—¡Dios mío! —dijo Irina, echándose a reír—. ¿Cómo lograré sobrevivir en este país?

Irina y yo nos paramos en seco cuando llegamos a nuestra cabaña y escuchamos gritos en varios idiomas que provenían del interior. Abrimos la puerta y vimos a Aimka de pie entre Elsa y una chica húngara con el pelo negro y corto.

—¿Qué sucede? —preguntó Irina.

Aimka frunció los labios.

—Dice que Elsa le ha robado su collar.

La chica húngara, que tenía una constitución muy masculina, hizo un gesto amenazante sacudiendo el puño en alto y gritándole a Elsa. La anciana, lejos de parecer asustada como yo esperaba, echó la cabeza hacia atrás con un gesto arrogante.

Aimka se volvió hacia nosotras.

—Romola dice que Elsa siempre estaba mirándola cada vez que se quitaba el collar y lo ponía en el bolsillo de su maleta. Les digo una y otra vez que no dejen objetos preciosos en las cabañas.

Eché una mirada hacia mi muñeca matrioska, que estaba colocada en un estante que yo misma había fabricado con un trozo de madera encontrado en un montón de basura, y pensé en las joyas escondidas en los dobladillos de mis vestidos dentro de mi maleta. No esperaba que la gente fuera a robar las pertenencias de las otras.

—¿Por qué da por hecho que he sido yo quien lo ha cogido? —dijo Elsa en inglés, supuestamente para que yo lo entendiera—. Llevo aquí semanas y nunca ha faltado nada. ¿Por qué no interroga a las rusas sobre su collar?

La sangre me subió a la cabeza. Había tratado de hacer un esfuerzo por ser amable con Elsa desde que llegamos y no podía creer que estuviera diciendo aquellas cosas. Le traduje a Irina las palabras de Elsa. Aimka no hizo otro tanto con el resto de las chicas, pero la chica húngara, que sabía inglés, sí. Todo el mundo se volvió para mirarnos.

Aimka se encogió de hombros.

—Anyá e Irina, vamos a satisfacer a todo el mundo registrando vuestras pertenencias.

Noté un picor desagradable en la piel del cuello, debido al enojo. No era difícil entender por qué la gente había llegado a odiar a Elsa. Di varias zancadas hasta alcanzar mi cama, quité las sábanas y aparté la almohada. Todas, excepto Romola, Elsa y Aimka, se apartaron, avergonzadas de lo que me estaban obligando a hacer. Abrí la tapa de mi maleta y les invité a que hurgaran todo lo que quisieran, pero me prometí a mí misma que, una vez hubieran terminado, iba a llevarme todos mis

vestidos a la oficina de administración. Inspirada por mi indignación, Irina abrió la tapa de su maleta y sacó las sábanas de su cama. Cogió la almohada y le quitó la funda. Algo tintineó. Irina y yo miramos al suelo para ver lo que era. Ninguna de las dos pudo creerlo cuando descubrimos a nuestros pies una cadena de plata con una cruz de rubíes. Romola sorteó nuestras sábanas y agarró el collar, poniendo cara de alegría. Entonces, nos dedicó una mirada llena de odio, fulminando con los ojos a Irina.

El rostro de Elsa se sonrojó de placer. Sus manos, apoyadas bajo la barbilla, parecían garras.

—Tú has puesto el collar allí —le dije—. ¡Eres una mentirosa!

Abrió los ojos y se echó a reír. Su desagradable risa era la de alguien que cree haberse salido con la suya.

—Dudo que sea yo aquí la mentirosa. ¿No sois famosos los rusos precisamente por eso?

Romola le dijo algo a Aimka, que parecía tan agotada como nosotras. Pero me preocupé al ver que fruncía el ceño.

—Irina —dijo, cogiéndole el collar a Romola—, ¿qué significa esto?

Irina miró a Aimka y luego me miró a mí, enmudecida.

—Ella no cogió el collar —dije—. Fue Elsa.

Aimka me contempló y se irguió. Hubo un cambio en su semblante. Su expresión era una mezcla de decepción y repugnancia. Señaló a Irina con uno de sus dedos de pianista.

—Esto no tiene buena pinta, ¿no es así? —comentó—. Esperaba más de ti. Aquí somos muy estrictos con estas cosas. Haz tus maletas y tráelas contigo.

Irina se echó a temblar de pies a cabeza. Tenía el aspecto aturdido de las personas honradas cuando las acusan de algo que jamás habrían imaginado.

—¿Adónde la llevas? —le pregunté a Aimka.

—Ante el coronel.

Al oír mencionar al coronel, me tranquilicé. Era un hombre razonable que llegaría hasta el fondo del asunto. Me arrodillé para ayudar a Irina con su bolsa. No tardamos mucho tiempo en recogerlo todo, porque no había tenido tiempo de deshacer el equipaje por completo.

Una vez hubimos abrochado los cierres de su maleta, doblé mis sábanas y comencé a empaquetar mi propia maleta.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Aimka.

—Yo también voy —le dije.

—¡No! —me contestó, levantando la palma de la mano—. No si deseas mantener tu trabajo con el coronel. No si quieres tener empleo algún día en Sídney.

—Quédate —me susurró Irina—. No empeores las cosas para ti también.

Observé como Aimka llevaba a Irina hacia la puerta. Elsa me dedicó una mirada centelleante antes de volverse hacia su cama para remeter las sábanas. Sentí tanta

rabia que me imaginé golpeándola con los puños en la espalda. Cogí mi muñeca matrioska del estante y acabé de hacer mi maleta. Romola y su amiga que hablaba inglés no me quitaron los ojos de encima durante todo el tiempo.

—¡Iros al infierno! —les grité. Cogí mi maleta y di un portazo al salir antes de precipitarme a la oscuridad.

El aire de la noche no me hizo sentir mejor. ¿Qué le iba a pasar a Irina? ¡Ojalá no la mandaran a la cárcel! Me la imaginé, con su lastimero rostro, sin comprender nada, enfrentándose a un tribunal. «¡No! ¡Para ya de pensar eso!», me dije para mis adentros. No iban a enviarla a la cárcel por esto. Pero quizás sí la castigarían de alguna otra manera, lo cual no era justo. Lo pondrían en su expediente, y eso dificultaría que consiguiera un trabajo. Escuché risas que provenían de una de las cabañas. Una mujer estaba contando una historia en ruso, y las voces de otras mujeres la animaban a que prosiguiera. «Dios mío —pensé—, ¿por qué no nos habrán puesto a Irina y a mí allí?».

Escuché un portazo que provenía de nuestra cabaña y me volví al ver a las dos chicas húngaras corriendo hacia mí. Pensé que venían a pegarme y levanté mi maleta dispuesta a defenderme. Pero la chica que sabía inglés dijo:

—Sabemos que tu amiga no cogió el collar. Fue Elsa. Es mejor que vayas a ver al coronel y trates de ayudar a tu amiga. Nosotras escribiremos una nota, pero será anónima, ¿de acuerdo? No te fíes de Aimka.

Se lo agradecí y corrí a la oficina de administración. ¿Por qué había dejado que Aimka me retrasara? ¿Acaso me importaba más mi trabajo que Irina?

Cuando llegué a la oficina del coronel, vi que la luz todavía estaba encendida. Irina y Aimka estaban saliendo en ese momento. Irina lloraba. Corrí hacia ella y la estreché entre mis brazos.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

—Tendrá que mudarse a una tienda —respondió Aimka—. Y no volverá a trabajar en la guardería. Ya ha sido avisada una vez, y, si esto vuelve a suceder, recibirá un castigo mucho más grave.

Irina trató de decir algo pero no pudo. Me desconcertó la repentina frialdad de Aimka. Me estaba empezando a dar la sensación de que disfrutaba al ver cómo castigaban a Irina.

—¿Qué pasa contigo? —le dije a Aimka—. Sabes que ella no lo ha cogido. Tú misma dijiste que Elsa era una camorrista. Pensé que eras nuestra amiga.

Aimka resopló.

—¿Eso pensabas? ¿Y por qué? Sólo os conozco desde hace unos pocos días. Tu gente robó muchas cosas cuando vinieron a liberarnos.

No sabía qué decir. La máscara de Aimka estaba cayendo, descubriendo su verdadero yo, pero todavía no era capaz de ver lo que había detrás. ¿Quién era esta mujer, esta pianista que al principio parecía tan inteligente y amable? Apenas unos días antes había criticado a aquellos que traían sus conflictos nacionales con ellos a

Australia. Y ahora parecía que su verdadero problema con nosotras es que éramos rusas.

—Ella me ha dicho que si queremos estar juntas, puedes venir tú también conmigo a la tienda —lloriqueó Irina.

Miré los ojos inyectados en sangre de Irina.

—Pues claro que me iré contigo —le dije—. Así, ninguna de nosotras tendrá que tener de supervisora de bloque a esta zorra.

Nunca había dicho una palabrota así antes y me sorprendí a mí misma, pero, de algún modo, también me sentí orgullosa.

—Ya sabía que erais un par de ordinarias —espetó Aimka.

La puerta de la oficina del coronel se abrió, y él asomó la cabeza.

—¿A qué viene toda esta conmoción? —preguntó, rascándose la oreja—. Es tarde y estoy tratando de trabajar.

El coronel se quedó sorprendido cuando me vio.

—Anya, ¿va todo bien? —preguntó—. ¿Qué sucede?

—No, coronel Brighton —le respondí—, no todo va bien. Mi amiga ha sido acusada injustamente de robo.

El coronel Brighton suspiró.

—Anya, ¿puedes pasar un momento a mi despacho, por favor? Pídele a tu amiga que te espere. Aimka, eso es todo por esta noche.

Aimka lanzó una mirada iracunda cuando escuchó el tono de deferencia con el que se dirigía a mí el coronel. Se irguió antes de encaminarse de vuelta a las cabañas. Le pedí a Irina que me esperara y seguí al coronel al interior de su despacho.

El militar se sentó en su sitio. Tenía círculos oscuros bajo los ojos y parecía molesto, pero no dejé que eso me desanimara. Mi trabajo de plantar árboles y escribir cartas no tenía tanta importancia para mí como Irina.

Chupó el extremo de su bolígrafo, me señaló con él y dijo:

—Si hablas con Rose, ella te dirá que siempre me hago una idea de la gente según la veo, y, una vez que me he formado mi opinión, no la vuelvo a cambiar. La cosa que siempre olvida mencionar es que nunca me he equivocado. De este modo, me hice una idea de ti en el momento en el que te vi. Eres honrada y estás preparada para trabajar duro.

El coronel se puso en pie y rodeó el escritorio, aproximándose peligrosamente hacia el mapa de Australia. Me preguntaba si esto sería el principio de otra charla sobre «poblar o perecer».

—Anya, si tú dices que tu amiga no ha cogido el collar, yo te creo. En todo caso, ya tenía mis propias dudas al respecto y he comprobado su expediente. En él, hay una carta del capitán Connor, igual que la que había en el tuyo. En la misiva, relata la valentía de tu amiga cuando cuidó de un grupo de pacientes psiquiátricos durante un tifón. Si el capitán Connor es como yo, un hombre ocupado, cosa que me imagino que es, no creo que tuviera tiempo de escribir informes sobre todo el mundo. Por eso,

debía de tener una buena razón para elogiaros a vosotras.

Deseé que Irina estuviera en la habitación para escuchar lo que el coronel estaba diciendo, aunque no lo habría podido entender de todos modos.

—Gracias, coronel —le dije—. Le agradezco mucho lo que me está diciendo.

—No la he asignado a una tienda para castigarla —me explicó—, sino para alejarla de Aimka. Pero no voy a hablar más sobre este tema, porque estoy desesperado por tener a gente que sepa idiomas. Le conseguiré a Irina algo mejor en cuanto pueda, pero, por el momento, tendrá que conformarse con la tienda.

Deseé abrazarle, pero no habría sido adecuado. Le di las gracias otra vez y me dirigí hacia la puerta. El coronel abrió un cuaderno y se puso a escribir.

—Ah, Anya —añadió, cuando yo estaba a punto de cerrar la puerta—, no comentes con nadie la conversación que acabamos de tener. No puedo permitirme que parezca que tengo favoritismos.

Las semanas siguientes al incidente del collar fueron muy deprimentes. Aunque el coronel Brighton no había puesto el nombre de Irina en ninguna lista negra, e incluso Romola y su amiga, que se llamaba Tessa, trataron de comunicarse con ella en un ruso rudimentario para decirle que sabían que no tenía la culpa de nada, Irina perdió todo su entusiasmo por Australia. Nuestro nuevo alojamiento no mejoraba la situación. La tienda estaba montada en el borde del campamento, apartada de las otras, que estaban ocupadas por hombres sicilianos que esperaban a que les transportaran a los campos de caña del norte, y mucho más lejos de las instalaciones para mujeres. Si trataba de ponerme en pie, el techo de la tienda me rozaba la cabeza, y el suelo no era más que tierra, lo cual provocaba que todas nuestras posesiones apestaran a polvo. Por lo menos, yo no tenía que pasar demasiado tiempo allí, pero Irina, sin trabajo, pasaba el día entero tumbada en la cama o deambulando alrededor de la oficina de correos a la espera de más noticias de Ruselina.

—Francia está muy lejos —le dije, tratando de tranquilizarla—. Una carta tarda semanas en llegar hasta aquí, y Ruselina no puede mandar telegramas todo el tiempo.

La única cosa por la que Irina demostraba algo de entusiasmo era por las clases de inglés. Al principio, aquello me hizo sentir mejor. Volvía a la tienda y la encontraba practicando las vocales o leyendo la revista *Australian Women's Weekly* con la ayuda de un diccionario. Pensaba que, mientras mantuviera ese interés, las cosas mejorarían. Eso fue hasta que me di cuenta de que practicaba inglés como preparación para marcharse a Estados Unidos.

—Quiero irme a Estados Unidos —me dijo una mañana cuando volví de la ducha y me estaba vistiendo para ir a trabajar—. Tengo que contar con la posibilidad de que dejen entrar a la abuela cuando se encuentre mejor.

—Todo se arreglará —le contesté—. Ahorraremos algo de dinero y pronto conseguiremos trabajo en Sídney.

—Aquí me moriré. ¿No lo entiendes, Anya? —me dijo. Sus ojos estaban inyectados en sangre—. No quiero quedarme en este país horrendo con sus desagradables gentes. Necesito belleza. Necesito música.

Me senté en su cama y le cogí las manos entre las mías. Irina estaba expresando en voz alta mis peores temores. Si ella había abandonado la esperanza de conseguir una buena vida en Australia, ¿cómo se suponía que iba yo a mantenerla?

—No somos inmigrantes —le dije—. Somos refugiadas. ¿Cómo vamos a marcharnos? Por lo menos, primero tenemos que tratar de ganar un poco de dinero.

—¿Y qué pasa con tu amigo? —me dijo, agarrándome la manga—. ¿Ese estadounidense?

No me atreví a decirle que yo ya había pensado en escribirle a Dan Richards muchas veces. Pero habíamos firmado un contrato con el gobierno australiano, y dudaba de que Dan pudiera hacer algo para ayudarnos ahora. Había oído que el castigo por incumplir el contrato era la deportación. ¿Adónde iban a deportarnos a nosotras? ¿A Rusia? Allí nos ejecutarían.

—Te prometo que me lo pensaré si tú aceptas pasar el día con Mariya y Natasha —le dije—. Me han comentado que necesitan ayuda en la cocina y que el trabajo está bien pagado. Irina, trabajaremos duro, ahorraremos un poco de dinero y nos iremos a Sídney.

Al principio, no quería, pero luego lo pensó y decidió que si trabajaba en la cocina, podría empezar a ahorrar para irse a Estados Unidos. No discutí con ella. Siempre y cuando no pasara el día sola, me daba por satisfecha. Esperé a que Irina se vistiera y se arreglara el pelo, y nos encaminamos juntas al comedor.

El estado de ánimo de Irina debió de preocupar también a Mariya y a Natasha, porque, cuando volví a la tienda por la tarde, Lev estaba despejando los altos hierbajos que la rodeaban, mientras Piotr nos construía un suelo de madera.

—A Irina le aterrorizan las serpientes —comentó Piotr—. Esto la tranquilizará.

—¿Dónde está? —les pregunté.

—Mariya y Natasha la han llevado a la sala de cine. Allí hay un piano, y Natasha quiere empezar a tocar de nuevo. Están tratando de convencer a Irina de que cante.

Tenían un pico en la bolsa de herramientas que habían traído. Les pregunté si podía utilizarlo para cavar una parcela en la parte delantera de la tienda.

—La que has hecho alrededor de la entrada y del mástil de la bandera es preciosa —comentó Lev, levantándose y tirando su hoz a un lado—. Tienes talento para la jardinería. ¿Dónde aprendiste?

—Mi padre tenía un jardín de flores primaverales en Harbin. Supongo que aprendí observándole. Él decía que era bueno para el alma meter las manos en la tierra de vez en cuando.

Piotr, Lev y yo pasamos el resto de las horas de luz mejorando la tienda. Cuando terminamos, estaba irreconocible. El interior olía a madera de pino y a limón. En el exterior, yo había plantado un anillo de campanillas y margaritas y había puesto un

poco de grava. El césped recortado representaba una mejora significativa.

—Ahora, todos en el campamento van a sentir envidia de vuestra tienda — comentó Lev, echándose a reír.

El trabajo con Mariya y Natasha mejoró un poco el estado de ánimo de Irina, aunque no demasiado. No quería seguir viviendo en el campamento para siempre, pero todavía no sabíamos cuándo podríamos marcharnos a Sídney. Traté de animarla llevándola al pueblo, al que se llegaba en veinte minutos en el autobús local. Muchos otros habitantes del campamento viajaban al pueblo ese día, pero ninguno de ellos hablaba ruso o inglés, por lo que no pudimos preguntarles nada sobre él. Cuando el autobús alcanzó las afueras, vimos que las calles eran tan anchas como dos manzanas enteras en Shanghái. Estaban bordeadas por chalés de arenisca y casitas bajas rodeadas de vallas de estacas blancas. Los olmos, los sauces y los altos liquidámbaros daban sombra a los caminos con sus extensas ramas.

El autobús efectuaba su última parada en la calle principal, a cuyos lados se levantaban casas con enrejados de hierro fundido y tiendas con marquesinas de hierro ondulado. En una esquina, se situaba una iglesia de estilo georgiano. Había automóviles cubiertos de polvo aparcados frente a los bordillos, codo con codo con caballos atados a abrevaderos. Al otro lado de la calle, vimos un bar que tenía tres plantas y, en uno de sus laterales, había un póster de la cerveza Toohey con un hombre jugando al golf.

Irina y yo nos paseamos frente a pañerías, ferreterías y tiendas de ultramarinos, hasta una heladería con salón en la que se escuchaba a Dizzy Gillespie a través de una radio transistor. El jazz afrocubano parecía tan fuera de lugar en aquel entorno seco y polvoriento que incluso Irina sonrió. Una mujer que llevaba un vestido abotonado al cuello nos sirvió dos cucuruchos de helado de chocolate, que tuvimos que comernos a gran velocidad, porque empezaron a derretirse en el momento en que salimos a la calle.

Me fijé en un hombre con una nariz picada por la viruela que se nos quedó mirando desde una parada de autobús. Su rostro era rubicundo y sus ojos estaban enturbiados por la bebida. Le dije a Irina que cruzáramos de acera.

—¡Marchaos de aquí, refugiadas de mierda! —nos gruñó el hombre—. No os queremos aquí.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Irina.

—Sólo es un borracho —le respondí, tratando de que apretara el paso. No quería que Irina recopilara ejemplos de australianos desagradables.

—¡Marchaos de aquí, malditas putas refugiadas de mierda! —voceó el hombre.

El corazón me latía con fuerza en el pecho. Quería mirar hacia atrás para ver si nos estaba siguiendo, pero no lo hice. Sabía que no era sensato mostrar miedo.

—¡Malditas putas refugiadas de mierda! —gritó el hombre de nuevo.

Alguien dentro del bar abrió una ventana y le gritó:

—¡Cállate, Harry!

Para mi sorpresa, Irina se echó a reír.

—Eso sí que lo he entendido —comentó.

Detrás de la calle principal, encontramos un parque bordeado por pinos, con fuentes ornamentales y parterres llenos a reventar de ranúnculos. Había una familia sentada sobre una manta cerca del quiosco de música, que estaba cubierto por buganvillas. El padre nos saludó, dándonos los buenos días, cuando pasamos a su lado. Irina le devolvió el saludo en inglés, pero nos acobardamos tras el incidente con el borracho y no nos detuvimos a charlar con ellos.

—Este parque es muy bonito —le dije a Irina.

—Sí, por lo menos es una mejora respecto al campamento.

Nos sentamos en los escalones del quiosco de música. Irina recogió algunos tréboles del césped y comenzó a hacer una guirnalda.

—No pensé que pudiera haber algo civilizado a nuestro alrededor —me confesó—. Creí que estábamos en mitad de la nada.

—Tendríamos que haber venido antes —le respondí, animada por ver que Irina estaba comentando algo positivo, para variar.

Terminó su guirnalda y se la puso al cuello.

—Yo me odiaría de ser tú, Anya —me dijo—. Piénsalo por un momento, si no llega a ser por mí y por la abuela, tú estarías en Nueva York.

—Estaría totalmente sola en Nueva York —le dije—. Y prefiero estar contigo.

Irina levantó los ojos para encontrarse con mi mirada. Estaban llenos de lágrimas. Sabía que no podría haber dicho nada más cierto. Independientemente de lo difícil que pareciera la vida en Australia, no había nada que garantizara que la existencia en Estados Unidos hubiera sido mejor. La gente era lo importante, no el país en el que uno se encontrara.

—Lo único que importa ahora —sentenció— es que Ruselina se mejore, para que podamos traerla.

Irina se quitó la guirnalda de tréboles del cuello y me la puso a mí.

—Te quiero —me dijo.

Aparte de la desdicha de Irina, lo que más me desconcertó en relación con el incidente del collar fue el modo en el que Aimka se volvió contra nosotras. No podía entender por qué se había mostrado tan amable al principio si, en el fondo, odiaba a los rusos. Aquel misterio se resolvió semanas después, cuando me encontré a Tessa en la lavandería.

—¡Hola! —la saludé, con las manos metidas en el agua jabonosa.

—¡Hola! —me respondió Tessa—. ¿Cómo está tu amiga?

—Está reponiéndose.

Tessa se rebuscó en el bolsillo y sacó una caja de cerillas. Prendió una, con la que puso en marcha la caldera, y también la utilizó para encenderse un cigarrillo.

—He oído que vuestra tienda es muy bonita, ¿no es así? —comentó, dejando escapar una nube de humo por un extremo de la boca.

Estrujé una blusa y la dejé caer en la tinaja de enjuagado.

—Sí —le respondí—, ahora es casi un palacio.

—Donde estamos nosotras, la situación es bastante triste —me dijo.

Le pregunté si Elsa todavía seguía dando problemas. Se quedó sorprendida y me dijo:

—Elsa, sencillamente, está loca. Es Aimka la que es una auténtica bruja. Hace que todo el mundo sea desgraciado.

Quitó el tapón del fregadero y escurrió el resto de la colada antes de echarla en mi cesta.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Poniendo a Elsa en contra de nosotras. Somos jóvenes y, a veces, nos gustaría que algunos de los hombres vinieran a visitarnos, ¿sabes? Aimka podría alojar a Elsa con algunas de las mujeres mayores o con otras alemanas mojigatas que se limitan a cumplir las normas. Pero no lo hace. Siempre está provocando a todo el mundo.

—No la entiendo —comenté, sacudiendo la cabeza—. Viene de una familia en Budapest que escondía a los judíos durante la guerra. Seguramente, eran gente amable.

Los ojos de Tessa casi se le salieron de sus órbitas.

—¿Quién te ha dicho eso? —Apagó el cigarrillo y se me acercó, mirando a sus espaldas antes de susurrarme—. Es húngara, pero vivía en Polonia. Era una colaboracionista. Ayudó a enviar a mujeres y a niños judíos a la muerte.

Volví del trabajo aquel día con la sensación de que había aspectos completos de la existencia de los que no sabía nada en absoluto. Algo había ocurrido en Europa que, probablemente, nunca se comprendería del todo. Yo creía que Shanghái estaba podrida por los engaños y la corrupción, pero, de repente, me di cuenta de que la existencia que habíamos llevado allí era bastante sencilla: si tenías dinero, disfrutabas de la vida; en caso contrario, no podías hacerlo.

Mientras me aproximaba a la tienda, vi a Irina moviéndose sigilosamente hacia la parte trasera, cruzando la parcela vegetal que habíamos plantado. Entorné los ojos para ver lo que estaba haciendo a través de la luz de la tarde. Estaba a cuatro patas, mirando algo a hurtadillas por un lateral de la tienda. Me preguntaba si, después de todo, habría encontrado una serpiente. Pero cuando me acerqué por detrás, sonrió y se puso un dedo en los labios.

—Ven —susurró, indicándome que mirara por encima de su hombro.

Me puse yo también a cuatro patas junto a ella. Al otro lado de nuestra tienda, había un animal de espalda curvada, patas musculosas y una larga cola, pastando en nuestro césped, como si fuera una vaca. Debió de notar nuestra presencia, porque se volvió para mirarnos. Tenía las orejas como las de un conejo y unos ojos marrones y soñolientos. Sabía lo que era porque había visto uno retratado en la *Australian*

Women's Weekly. Era un canguro.

—¿A que es precioso? —me dijo Irina.

—Pensé que ibas a decir que era otro horrible australiano.

Ambas nos echamos a reír.

—No, qué va. Es muy bonito —replicó.

Una mañana, a principios de febrero, estaba en la oficina de administración clasificando la correspondencia y escuchando a escondidas al coronel y a Ernie, que hablaban sobre los problemas del campamento.

—El pueblo y el campamento forman dos comunidades separadas y necesitamos hacer algo para acercarlas —estaba diciendo el coronel—. ¿Cómo vamos a conseguir que los recién llegados se integren en la sociedad y que los australianos los acepten si no lo logramos en un pequeño pueblo rural dónde la gente es amable?

—Estoy de acuerdo —respondió Ernie, paseándose de un lado a otro, todo lo que la pequeña zona detrás de su escritorio le permitía—. Ha habido protestas contra los inmigrantes no británicos en Sídney, e incluso en el pueblo ha habido incidentes.

—¿Qué tipo de incidentes?

—A algunas de las tiendas les han roto las lunas de sus escaparates. Suponen que ha sido porque sirvieron a gente del campamento.

El coronel sacudió la cabeza y se contempló las puntas de los pies. Dorothy paró de escribir a máquina.

—Es un buen pueblo —comentó—. Son buenas personas. Sólo algunos que son chusma se comportan así. Pero se trata únicamente de un hatajo de muchachos estúpidos. Nadie debería asustarse.

—Ése es el asunto —replicó el coronel—. Estoy seguro de que a los habitantes del pueblo les gustaría la gente del campamento si llegaran a conocerles.

—Algunos de los otros campamentos han hecho conciertos en sus pueblos vecinos —contó Ernie—. Aquí hay mucha gente con talento. Quizás podríamos organizar algo así.

El coronel se pellizcó la barbilla y se pensó la sugerencia.

—¿Sabes qué? —dijo—. Podríamos intentarlo. Algo pequeño para empezar. Le pediré a Rose que lo organice con la CWA^[3]. ¿Conocéis a algún músico?

Ernie se encogió de hombros.

—Depende del tipo de música que quieran: ópera, *cabaret*, *jazz*... Hay mucha gente que podría hacerlo. Encontraré a alguien. Dime sólo qué necesitas y cuándo.

Salté de detrás de mi montón de papeles y les asusté.

—Perdón —les dije—, yo tengo una sugerencia.

El coronel me sonrió.

—Bueno —comentó—, si es tan buena como la de los árboles autóctonos, soy todo oídos.

—¡No puedo creer que me hayas metido en esto! —exclamó Irina.

Su voz resonó en el aseo de señoras del edificio de la iglesia, el lugar de reunión de las veladas sociales de la CWA. El habitáculo, cubierto de azulejos, tenía tres cubículos, y sus paredes lucían el mismo tono que el del chicle endurecido. Toda la estancia apestaba a aguas estancadas.

Se levantó el pelo para que no se le quedara enganchado mientras yo le subía la cremallera de mi *cheongsam* verde. Pude ver que se le formaba un sarpullido rojizo en la parte posterior del cuello.

—No sabía que te ponías tan nerviosa —le dije, notando como se me volvía la voz cada vez más tensa a mí también—. Pensé que te gustaba actuar en público.

Natasha, que se estaba enfundando en un vestido con talle de avispa, resopló. Levantó los dedos uno por uno e hizo crujir los nudillos.

—Nunca había sentido tanta expectación antes de un espectáculo —comentó—. El coronel Brighton se comporta como si el éxito de la política de «poblar o perecer» dependiera de nuestra actuación de esta noche.

La mano de Natasha tembló cuando trató de pintarse los labios. Tuvo que limpiarse la boca con un pañuelo y comenzar de nuevo.

Alisé el *cheongsam* sobre las caderas de Irina. Habíamos tenido que sacarle tela y volver a coserla para conseguir que la prenda se ajustara a su rotunda figura, y que los cortes laterales comenzaran desde las rodillas y no desde los muslos. Irina se ajustó un mantón de Manila a los hombros y se lo anudó al pecho. Habíamos decidido que el traje de sevillanas rojo era demasiado provocativo para su debut australiano, y por eso habíamos buscado una imagen exótica, pero más recatada.

Irina y Natasha se rizaron el pelo en tirabuzones como los de Judy Garland. Yo las ayudé con las horquillas. Independientemente de lo que estuvieran sintiendo por dentro, no se podía negar que estaban preciosas.

Dejé que Irina se maquillara y me acicalé el pelo, mirándome al espejo. Rose había reunido para nosotras un surtido de polvos compactos, pintalabios y lacas. Era asombroso lo que unos pocos cosméticos podían hacer por mejorar nuestra autoestima después de haber pasado meses sobreviviendo sin los productos más básicos.

—Ve a echar un vistazo, Anya —me pidió Irina mientras mantenía el equilibrio contra un lavabo para ponerse las medias—. Cuéntanos qué hay ahí fuera.

Los baños de las artistas estaban bajo un tramo de escaleras que comenzaba en un lateral del escenario. Me levanté la falda y corrí escaleras arriba. Había una rendija entre el telón y la pared, así que me asomé por allí. La sala se estaba llenando rápidamente. La CWA local había invitado a las organizaciones hermanas de los pueblos cercanos, y mujeres de todas las edades iban de aquí para allá, tomando asiento. Muchas de las mujeres venían acompañadas de sus maridos, agricultores de

complexión curtida, que parecían estar almidonados como sus trajes de los domingos. Un joven con el pelo negro y rizado paseaba tranquilamente por la sala con una mujer que debía de ser su madre. Su ropa era de una talla demasiado grande, pero llamó la atención de un grupo de chicas que llevaban vestidos de tafetán. Por el modo en el que las muchachas murmuraban entre sí y se reían nerviosamente, supuse que tenía que ser el donjuán del pueblo.

En el fondo de la sala, una dama de cierta edad se encargaba de una mesa repleta de bizcochos *lamington*, tartas de manzana y rollos de jamón. Junto a ella, otra mujer delante de una mesa similar estaba sirviendo el té. El pastor, que parecía joven, pasó a su lado y ella le ofreció una taza. Él la aceptó, agradeciéndoselo con la cabeza, y se dirigió a un asiento al fondo de la sala. Me pregunté por qué preferiría sentarse allí en lugar de en la primera fila. ¿Pensaba que quizás tendría que salir a hacer algún trabajo urgente en nombre de Dios durante la actuación?

El coronel y Rose estaban haciendo las presentaciones entre la presidenta de la CWA local y algunos inmigrantes, que habían sido escogidos cuidadosamente para representar el campamento. Entre ellos, había un farmacéutico proveniente de Alemania, una cantante de ópera de Viena, un profesor de lingüística húngaro, un profesor de historia yugoslavo y una familia checoslovaca que había sido seleccionada por sus impecables modales. Ernie estaba charlando con Dorothy, que llevaba un vestido amarillo y una flor en el pelo. Ernie estaba gastándole algún tipo de broma, porque movía las manos como si fueran las alas de una mariposa, mientras Dorothy parpadeaba coquetamente.

«Ajá, ya veo —susurré—, ¿cómo he podido no darme cuenta antes?».

Irina y Natasha estaban repasando la música cuando volví a los aseos.

—La sala está llena —les anuncié.

Vi que ambas tragarón saliva, por lo que decidí que era mejor no añadir nada más. Esperaban actuar para un grupo de aproximadamente veinte personas, pero en la sala había ya casi cien.

Alguien llamó a la puerta, y el coronel y Rose asomaron la cabeza.

—Mucha suerte, chicas —deseó Rose—. Estáis guapísimas.

—No olvidéis —comentó el coronel— que dependemos de vosotras...

Rose le arrastró fuera de la habitación antes de que pudiera terminar la frase.

Consulté mi reloj.

—Más vale que vayamos arriba —les dije.

Con un nervioso «Buena suerte», dejé a Irina y a Natasha en el escenario y tomé asiento en uno de los extremos laterales de la primera fila. La sala estaba llena hasta el máximo de su capacidad. El pastor corría de un lado para otro en busca de sillas extras. Esperé que se acordaran de apagar la luz antes de abrir el telón. No tenía claro que fuera bueno para Irina y Natasha ver cuánta gente se había presentado.

La presidenta de la CWA subió las escaleras y se colocó ante el telón. Era una mujer entrada en carnes con el cabello hirsuto recogido en una redecilla. Dio la

bienvenida a todo el mundo y le entregó el micrófono al coronel para que presentara a las artistas. El coronel sacó sus notas y comenzó a contarle al público en qué consistía el funcionamiento del día a día en el campamento y la importancia que tenían los nuevos inmigrantes para el futuro de Australia. Me percaté de que Rose le estaba haciendo gestos para que abreviara.

—Gracias a Dios, no se ha traído sus láminas de cartulina —oí que le susurraba Ernie a Dorothy.

Cuando el coronel mencionó lo de «poblar o perecer» estuve a punto de gemir. Rose se dirigió sigilosamente a lo largo de la primera fila hasta detrás del telón. De repente, éste se abrió ante unas sorprendidas Irina y Natasha. Natasha deslizó los dedos por el teclado del piano y el público comenzó a aplaudir. El coronel agradeció a todo el mundo que hubieran venido y tomó asiento. Miró a su alrededor y cuando me vio, me sonrió. Rose se deslizó inadvertidamente en su asiento junto a él.

Irina empezó una canción que se titulaba *The man I love*, cantada en inglés. Su voz sonaba tensa. Rose y yo la habíamos ayudado a traducir las letras de las canciones que Natasha y ella conocían. Además, Rose había comprado partituras de unas cuantas canciones nuevas. Sin embargo, tan pronto como escuché a Irina cantar, supe que habíamos cometido un error. El inglés no era un idioma con el que Irina pudiera relajarse. Me di cuenta de lo cerrada que tenía la garganta, y de que su mirada estaba apagada. Aquélla no era Irina.

Miré hacia el público. La mayoría de los asistentes escuchaban cortésmente, pero aquí y allá veía a gente frunciendo el ceño. Irina se trabó con parte de la letra y se sonrojó. Una pareja que estaba sentada detrás de mí comenzó a cuchichear. Unos minutos después, se levantaron y se abrieron paso entre las filas hacia la puerta. Yo también quería levantarme y salir huyendo. No podía presenciar el humillante desastre que se estaba desarrollando ante mis ojos.

El mantón se le resbaló a Irina de un hombro y, bajo las luces del escenario, la combinación de rojo y verde no casaba bien, parecía la pantalla de una lámpara. Volví a pasear la mirada entre el público. Todos los vestidos eran de color blanco, rosa o azul claro.

Irina pasó a una canción francesa. Cantó algunas estrofas en inglés y otras en francés, cosa que se me había ocurrido a mí, para que la canción conservara algo de su toque original. Irina cantaba en francés con entusiasmo, pero vacilaba con el inglés. En lugar de sonar exótica, la canción sonaba entrecortada y extraña.

Saqué un pañuelo del bolso y me sequé el sudor de las palmas de las manos. ¿Qué iba a decirle al coronel? Miré con rencor a Dorothy, cuyo rostro estaba inexpresivo. Probablemente, se lo iba a pasar en grande gracias a esto. Me imaginé a mí misma tratando de consolar a Irina después del concierto. «Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido», le diría. Había tardado semanas en animar a Irina tras el incidente del collar. ¿Qué ocurriría después de esto?

Otra pareja se levantó para marcharse. La canción en francés terminó, y Natasha

tocó la primera nota de la siguiente, pero Irina levantó la mano para detenerla. Tenía las mejillas ruborizadas, y pensé que se iba a echar a llorar. En lugar de eso, comenzó a hablar.

—No sé hablar inglés bien —confesó, respirando pesadamente sobre el micrófono—. Pero la música transmite muchas más cosas que las palabras. La próxima canción que les voy a cantar es en ruso. Se la dedico a mi mejor amiga, Anya, que me ha enseñado a amar este bello país suyo.

Irina le hizo un gesto con la cabeza a Natasha. En seguida reconocí la triste melodía.

Me dijeron que jamás volverías, pero no les creí.

Un tren tras otro volvía sin ti, y, al final, era yo la que tenía razón.

Siempre que te vea en mi corazón, estarás conmigo.

Habíamos descartado aquella canción del programa porque pensamos que sería demasiado triste para la ocasión. Levanté la mirada al techo, ya no me importaba lo que pensarán los otros. Lo que decía Irina sobre Australia era cierto. No era un lugar adecuado para ella. Yo trabajaría duro para que pudiéramos, de algún modo, marcharnos a Nueva York, donde sí apreciarían su talento. Quizás si lograba ahorrar algo de dinero, no tendríamos que depender de Dan. Y si dejábamos el país, ¿qué nos haría el gobierno australiano, aparte de prohibirnos regresar?

Volví la mirada lentamente hacia Irina. Su cuerpo se había despertado con la canción, emanaba energía a través de su voz vibrante y el lenguaje de su corazón. La mujer que se sentaba a mi lado abrió el bolso y sacó un pañuelo. Miré a mis espaldas al público. Había sufrido un cambio significativo. Nadie se revolvía en su asiento, no había ni un solo movimiento. En cambio, muchos escuchaban boquiabiertos, con los ojos humedecidos y las lágrimas rodándoles por las mejillas. Irina los había hipnotizado, igual que a la gente de Tubabao.

Irina cerró los ojos, pero yo quería que los abriera y viera lo que estaba sucediendo, lo que su voz estaba consiguiendo en el público. Probablemente, jamás habían escuchado ni una sola palabra de ruso en toda su vida y, aun así, todos parecían saber cuál era el significado de la canción. Quizás no habían vivido la revolución y el exilio, pero conocían la tristeza y la guerra. Sabían lo que era dar a luz a niños que no lograban nacer vivos o tener hijos que jamás regresaban a casa. Volví a pensar en la tienda de Natasha y Mariya en Tubabao. «Nadie se escapa de las dificultades de la vida —me dije para mis adentros—, cada cual trata simplemente de buscar toda la felicidad y la belleza que puede».

La música se detuvo e Irina abrió los ojos. La sala se sumió en el silencio durante un instante, pero, después, el público rompió en un aplauso rotundo. Un hombre se puso de pie y gritó: «¡Bravo!». Otras personas se levantaron para unirse a él. Me volví para mirar al coronel; su rostro demostraba la misma alegría que el de un niño

que está a punto de soplar las velas de su tarta de cumpleaños.

Tuvieron que pasar varios minutos para que el aplauso se redujera en intensidad, lo suficiente como para que Irina pudiera hablar de nuevo.

—Ahora —anunció—, les cantaré una canción alegre. Y tienen esta sala tan grande, con tanto espacio... Bailen si lo desean.

Las manos de Natasha volaron sobre el teclado, e Irina comenzó a cantar una canción de *jazz* que yo había oído por primera vez en el Moscú-Shanghái.

Siempre que te miro
Es como si el sol saliera y el cielo fuera azul.

La gente se miraba de soslayo. El coronel se rascó la cabeza y se removió en su asiento. Pero el público no pudo resistirse a la pegadiza melodía: taconeaban con los pies en el suelo y tamborileaban con los dedos en el regazo, pero nadie se levantó para bailar. Esta vez, Irina y Natasha no se desmoralizaron, balancearon los hombros y pusieron todo su empeño en la canción.

No seas tímido
El tiempo pasa
Y si el tiempo pasa y aún te sientes tímido
Bueno, antes de que nos demos cuenta, nos estaremos despidiendo.

Rose le dio un codazo tan fuerte al coronel que éste pegó un brinco sobre su asiento. Se alisó el uniforme y le ofreció el brazo. Se dirigieron hasta la zona justo delante del escenario y comenzaron a bailar habilidosamente. El público aplaudió. Ernie cogió a Dorothy del brazo y también empezaron a bailar. Un agricultor, que llevaba puesto su mono de trabajo, se levantó y se dirigió hacia la cantante vienesa de ópera. Le hizo una reverencia y le ofreció el brazo con un gesto dramático. El profesor de lingüística y el profesor de historia se levantaron y comenzaron a apilar las sillas contra las paredes para dejar espacio a los bailarines. Muy pronto, todo el mundo en la sala se puso a bailar, incluso el pastor. Al principio, a las mujeres les daba vergüenza bailar con él, pero él se las arreglaba solo, moviendo los pies y chasqueando los dedos, hasta que una de las hijas de la familia checoslovaca se ofreció a unirse a él.

Así que te pido que bailes
Dame una oportunidad
Esta noche es la noche del romance.

Al día siguiente, el periódico local informó de que la velada social de la CWA había

durado hasta las dos de la mañana y únicamente había terminado con la llegada de la policía, que les había pedido a los asistentes que no armaran tanto alboroto. El artículo continuaba diciendo que su presidenta, Ruth Kirkpatrick, había manifestado que la velada había sido «un éxito asombroso».

13

EL CAFÉ DE BETTY

Sídney me pareció diferente la segunda vez que la vi. Los cielos descargaban una lluvia torrencial que repiqueteaba contra los soportales en donde Irina y yo estábamos esperando al tranvía. Enormes charcos de agua ocupaban el suelo alrededor de nuestros pies y nos salpicaban de barro las medias nuevas, que habían sido el regalo de despedida de Rose Brighton. Contemplé las paredes de piedra y los enormes arcos de la estación central y medité sobre lo corto que había resultado nuestro viaje de regreso a Sídney en comparación con el de ida al interior del país.

Me metí el bolso bajo el brazo y pensé en el sobre que había en su interior. En mi mente podía visualizar la dirección escrita en negrita: «Sra. Elizabeth Nelson, Potts Point, Sídney». Sentí la tentación de sacar el sobre, para examinarlo de nuevo, pero ya había memorizado tanto la dirección como las instrucciones que el coronel Brighton me había anotado en él. Lo único que haría la humedad del ambiente sería emborronar la tinta, por lo que dejé el sobre donde estaba.

Unos días después del concierto de Irina, el coronel Brighton me llamó a su despacho. Paseé la mirada desde el retrato del rey hasta el rostro del militar y el sobre que empujaba hacia mí sobre el escritorio. Se levantó de su asiento y se paseó hacia el mapa y de vuelta hacia el escritorio otra vez.

—Rose y yo conocemos a una mujer en Sídney —me dijo— que regenta una cafetería en la ciudad. Está buscando empleados. Le hablé de ti y de Irina. Ha contratado a un joven ruso como cocinero y parece bastante contenta con él.

El coronel volvió a dejarse caer en su asiento, mientras hacía girar un bolígrafo entre los dedos y me contemplaba con una mirada seria.

—Ya sé que servir mesas no es precisamente a lo que estáis acostumbradas —me dijo—. He tratado de conseguirte algún trabajo de secretaria, pero parece que no hay suficientes puestos para los «nuevos australianos». Betty os dará tiempo libre si queréis asistir a clases nocturnas y no os creará problemas con la oficina de empleo si encontráis algo mejor cuando ya estéis allí. Tiene sitio en su casa, por lo que puede ayudaros proporcionándoos alojamiento barato.

—Coronel Brighton, no puede imaginarse cómo se lo agradezco —tartamudeé, casi cayéndome de la silla por la emoción.

Me hizo un gesto con la mano.

—No me lo agradezcas, Anya. Odio la idea de perderte. Ha sido Rose la que ha estado insistiéndome todos los días para que hiciera algo por vosotras.

Agarré el sobre con fuerza e inspiré profundamente. La perspectiva de marcharnos del campamento era emocionante, pero también me asustaba. Por mucho que la odiara, la vida en el campamento representaba un refugio seguro. Me preguntaba a qué tendríamos que enfrentarnos una vez que nos las tuviéramos que arreglar por nosotras mismas.

El coronel tosió, tapándose la boca con el puño, y frunció el ceño.

—Trabaja duro, Anya. Haz algo con tu vida. No te cases con el primero que te lo pida. El hombre equivocado puede hacerte desgraciada.

Estuve a punto de atragantarme. Era demasiado tarde. Ya me había casado con el primer hombre que me lo había pedido. Y ya me había hecho desgraciada.

—Pareces preocupada —comentó Irina, secándose ligeramente el cuello con su pañuelo—. ¿Qué estás pensando con esa cara tan seria?

Repentinamente, volví a ver las paredes de la Estación Central y recordé que estaba en Sídney.

—Me preguntaba cómo será la gente de aquí —le respondí.

—Si la señora Nelson es como los Brighton, podemos dar por seguro que está loca.

—Eso es cierto —le contesté, echándome a reír.

Sonó una campana y levantamos la mirada para ver al tranvía aproximándose.

—Aunque me imagino que también estará triste —comentó Irina, cogiendo su maleta del suelo—. Rose nos contó que el marido de la señora Nelson murió hace un año, y que perdió a sus dos hijos en la guerra.

El conductor apestaba a sudor, y me alegré de alejarme rápidamente de él, para tomar asiento en la parte trasera del tranvía. El suelo estaba resbaladizo debido al calzado embarrado y a los paraguas chorreantes de los pasajeros. Había un anuncio del Departamento de Inmigración entre uno de salsa de tomate Raleigh y otro de la ferretería Nock & Kirby. En el anuncio de Inmigración, un hombre con sombrero estrechaba la mano de otro hombre bajito con un traje pasado de moda. «Bienvenidos a su nuevo hogar», rezaba el eslogan. Alguien había pintarrajeado encima con tinta roja: «¡Basta ya de malditos refugiados de mierda!». Vi que Irina se daba cuenta. Ella ya había oído aquellas palabras suficientes veces como para saber que no se trataba de un mensaje amistoso. Sin embargo, no hizo ningún comentario. Observé al resto de los pasajeros. Hombres y mujeres, todos tenían un aspecto muy similar, enfundados en impermeables grises, con sombreros y guantes de colores sombríos. Siempre y cuando Irina y yo no abriéramos la boca, podríamos pasar por uno de ellos.

Irina frotó la ventanilla empañada con uno de sus guantes.

—No veo nada de nada —se quejó.

Para cuando llegamos a Potts Point, la lluvia había escampado. Las marquesinas de las tiendas goteaban, y ráfagas de vapor de agua se levantaban desde la calle. El maquillaje y el pintalabios que nos habíamos puesto antes de abandonar el tren en la estación se habían evaporado. Notaba las manos hinchadas, y la piel de Irina brillaba. La humedad me recordó un artículo de una revista que hablaba sobre Nueva Orleans. Decía que las relaciones humanas eran más instintivas y sensuales en atmósferas cálidas y húmedas. Eso se cumplía en Shanghái. ¿Sería también cierto en Sídney?

Andamos por una calle que descendía hacia el puerto. Me fascinaba la mezcla de árboles que brotaban de algunas zonas del camino: arces gigantes, jacarandas e incluso una palmera. Algunas de las casas con terraza tenían un aspecto elegante con balcones de hierro forjado, porches con baldosas blancas y negras y macetas de aspidistras en los senderos de entrada. Otras necesitaban urgentemente una mano de pintura. Quizás también habían sido majestuosas en el pasado, pero las celosías de sus ventanas estaban medio podridas y algunos de los vidrios estaban rotos. Pasamos por delante de una casa que tenía la puerta delantera abierta. No pudimos resistirnos a echar una mirada al interior del sórdido pasillo. Apestaba a una mezcla entre opio y moqueta húmeda. Irina me tiró del brazo y seguí con la mirada el caño de desagüe, hasta una ventana abierta en el tercer piso.

Un hombre con la barba manchada de pintura estaba asomado a ella y nos señalaba con un pincel.

—Buenas tardes —le dije.

Puso en blanco sus ojos de demente. Nos saludó y gritó: «*Vive la Revolution!*».

Irina y yo apretamos el paso, casi corriendo calle abajo. Sin embargo, no era fácil moverse rápidamente cargando con una maleta cada una.

Hacia el final de la calle, cerca de un tramo descendente de escaleras de arenisca, había una casa con un vestido de fiesta expuesto en el ventanal que daba a la calle. La prenda era de color amarillo narciso con un ribete blanco de piel de zorro. El fondo del ventanal estaba cubierto por una tela satinada de color rosa con estrellas plateadas bordadas en ella. No había visto nada tan glamuroso desde Shanghái. Me fijé en la placa dorada junto a la puerta en la que ponía: «Judith James, diseñadora».

Irina me llamó desde el otro lado de la calle: «¡Es ésta!».

La casa frente a Irina no era elegante, pero tampoco estaba destartalada. Como la mayoría de las viviendas de la calle, tenía una terraza con adornos de hierro forjado. Los marcos de las ventanas, los balcones y el porche se inclinaban hacia la izquierda y el sendero hasta la puerta de entrada se había agrietado en algunas partes, pero las ventanas relucían y no había ni una sola mala hierba en el pequeño jardín. Una mata de geranios de color rosa florecía cerca del buzón y, junto a la casa, crecía un arce cuyas ramas alcanzaban las ventanas del tercer piso. Pero lo que llamó mi atención fue la planta de gardenias que florecía en una zona de césped frente al porche. Me recordó que finalmente estábamos en la ciudad donde me ayudarían a encontrar a mi

madre. Saqué el sobre del bolso y consulté de nuevo el número. Me lo sabía de memoria, pero temí que aquel hallazgo inesperado fuera un sueño. Una gardenia todavía en flor a finales de verano tenía que ser un buen presagio.

Una de las puertas de la terraza del segundo piso se abrió, y salió una mujer. Mantenía en equilibrio en el borde de los labios la boquilla de su cigarrillo y tenía apoyada una mano en la cintura. Su observadora expresión no cambió cuando Irina y yo la saludamos y apoyamos nuestras maletas junto a la puerta del jardín.

—Tengo entendido que eres cantante —comentó, señalando con la barbilla a Irina, al tiempo que cruzaba los brazos sobre el escote fruncido de su blusa. Con sus pantalones pirata, los zapatos de tacón de aguja y el pelo decolorado y grisáceo, parecía una versión de Ruselina, sólo que más alta, fuerte y vulgar.

—Sí, canto *cabaret* —respondió Irina.

—¿Y para qué sirves tú? —me preguntó la mujer, mirándome de arriba abajo—. Aparte de ser bonita. ¿Sabes hacer algo?

La miré boquiabierta, sorprendida por su grosería y traté de decir algo. ¡Ojalá aquella mujer no fuera la señora Nelson!

—Anya es inteligente —contestó Irina por mí.

—Bueno, será mejor que entréis —respondió la mujer—. Aquí todos somos genios. Por cierto, yo soy Betty.

Se llevó la mano al moño en forma de colmena y bizqueó. Más tarde, aprendería que aquel gesto era la versión de una sonrisa para Betty Nelson.

Betty nos abrió la puerta principal y la seguimos a través de la entrada y escaleras arriba. Alguien estaba tocando *Romance in the dark* en un piano de la habitación principal. La casa parecía estar subdividida en un apartamento por planta. El de Betty se encontraba en el segundo. Tenía un estilo parecido al de un tren, con ventanas tanto en la parte delantera como en la trasera. En la parte posterior de la casa, al final del pasillo, había dos habitaciones idénticas.

—Éste es vuestro cuarto —dijo Betty, abriendo una de las puertas y conduciéndonos a una habitación con paredes de color melocotón y suelo de linóleo. Las dos camas, cubiertas por edredones de felpilla, estaban colocadas contra las paredes opuestas, con una mesilla de noche y una lámpara entre las dos. Irina y yo colocamos las maletas cerca del armario. Me fijé en las toallas y los ramilletes de margaritas que había sobre nuestras almohadas.

—Chicas, ¿tenéis hambre? —preguntó Betty. Era casi más una afirmación que una pregunta, así que la seguimos hasta la cocina. Una colección de ollas abolladas colgaba sobre el horno, y las patas de los muebles se apoyaban sobre trozos de cartón doblado, porque el suelo estaba combado por el centro. Los azulejos sobre el fregadero eran antiguos, pero la lechada estaba limpia. Los trapos de cocina tenían bordes de encaje y el aire olía a pastas de té, a lejía y a gas de la cocina.

—Al otro lado hay un salón —explicó Betty, señalando las puertas dobles de cristal detrás de las cuales había una estancia con suelos encerados y una alfombra de

color vino tinto—. Echad un vistazo, si queréis.

Aquella habitación era la mejor ventilada de la casa, con sus altos techos decorados con espirales parecidas a las de las tartas de boda. Tenía dos grandes estanterías y una zona de estar con dos butacones a juego. En una esquina, había una radio junto a un pedestal sobre el que descansaba un culantrillo. Dos puertas de doble hoja conducían a la terraza delantera.

—¿Podemos ir fuera? —dije en voz alta.

—Sí —respondió Betty desde la cocina—, sólo estoy poniendo a calentar el hervidor de agua.

Desde la terraza, entre dos casas, se podía ver una pequeña parte del puerto y de las praderas de los jardines botánicos. Irina y yo nos sentamos un instante en las sillas de mimbre, rodeadas por macetas de cintas y helechos espada.

—¿Te has fijado en la fotografía? —me preguntó Irina. Murmuraba a pesar de estar hablando en ruso.

Me incliné hacia atrás y miré al salón. En una de las estanterías, había un retrato de boda. Por el color rubio del cabello de la novia y el elegante vestido, ceñido en el pecho y de falda recta, adiviné que eran Betty y su difunto marido. Junto a esa fotografía, había otra de un hombre que llevaba un traje con pechera y sombrero. Era el novio, años después.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Irina.

—No hay fotos de los hijos.

Mientras Irina ayudaba a Betty a hacer el té, busqué el cuarto de baño, un habitáculo del tamaño de un armario que daba a la cocina. La habitación estaba concienzudamente limpia, como el resto de la vivienda. La estera del suelo, adornada por un estampado de rosas, hacía juego con la cortina de ducha y los faldones del lavabo. La bañera era antigua, con una mancha de humedad alrededor del desagüe, pero el calentador de agua era nuevo. Vislumbré mi reflejo en el espejo sobre el lavabo. Mi complexión era buena y estaba ligeramente bronceada. Me acerqué un poco más y estiré la piel de la mejilla entre los dedos, allí donde la lombriz tropical me había corroído la carne. La piel estaba lisa y suave, excepto por una mancha de color marrón claro que había permanecido donde antes tenía la espantosa marca. ¿En qué momento se había curado tan bien?

Regresé a la cocina y encontré a Betty encendiéndose un cigarrillo con la llama de los fogones. Irina se había sentado en una mesa plegable cubierta por un mantel estampado con girasoles. Frente a ella, había una magdalena de vainilla y, al otro lado de la mesa, había otra magdalena similar.

—Éstos son nuestros bizcochos de bienvenida a Sídney —explicó Irina.

Me senté frente a ella y contemplé cómo Betty nos servía el agua hirviendo de una tetera y la tapaba después con un cubre-teteras. El piano de la planta baja comenzó a sonar de nuevo.

«*I've got the Sunday evening blues...*», cantó Betty al ritmo de la música.

—Ése es Johnny —nos explicó, señalando con la barbilla hacia la puerta—. Vive con su madre, Doris. Toca en unos cuantos clubes de Kings Cross. Podemos ir a alguno de los más decentes alguna vez, si os apetece.

—¿Cuánta gente vive en este edificio? —le pregunté.

—Dos en la planta baja y uno arriba. Os presentaré a todo el mundo cuando os hayáis instalado.

—¿Y en el café? —inquirió Irina—. ¿Cuánta gente trabaja allí?

—De momento, sólo un cocinero ruso —contestó Betty, trayendo la tetera a la mesa y sentándose con nosotras—. Vitaly. Es un buen chico. Un trabajador incansable. Os gustará. Pero no os enamoréis ninguna de vosotras de él y huyáis, ¿vale? No como lo que hizo mi última camarera con el último pinche que tuve.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Irina, quitándole el papel de molde a su magdalena.

—Tal cual, me dejaron sola durante un mes. Así que, si a una de vosotras, chicas, se le ocurre enamorarse de Vitaly, ¡os cortaré los meñiques!

Irina y yo nos quedamos inmóviles, con las magdalenas a medio camino entre el plato y la boca. Betty nos dedicó una mirada feroz, se llevó la mano al moño en forma de colmena y bizqueó.

Me desperté en plena noche, sobresaltada. Tardé varios segundos en recordar que no estaba en el campamento. Un rayo de luz proveniente de una ventana en el apartamento del tercer piso se reflejaba en una casa detrás de la nuestra y brillaba a lo largo de mi cama. Respiré el aroma de las sábanas recién lavadas. Hubo un tiempo en el que yo dormía en una cama con dosel, con edredón de cachemira y papel dorado en las paredes a mi alrededor.

Pero había vivido entre lona y polvo tanto tiempo que incluso una cama individual con un colchón blando y sábanas limpias me parecía todo un lujo. Presté atención a los sonidos de la noche, a los que me había acostumbrado en el campamento: la brisa a través de los árboles, los animales corriendo de un lado a otro, el grito de las aves nocturnas... Sin embargo, todo estaba en calma, excepto por el débil silbido de la respiración de Irina y el insomne del piso de arriba, que estaba escuchando la radio. Intenté tragar saliva, pero tenía la boca seca. Me deslicé fuera de la cama y tanteé hasta llegar a la puerta.

El apartamento estaba sumido en el silencio, excepto por el tictac del reloj del pasillo. Recorrí con la mano el marco de la puerta de la cocina en busca del interruptor y lo encendí. Había tres vasos vueltos del revés sobre un trapo de cocina en el escurridor. Cogí uno de ellos y abrí el grifo. Alguien gimió. Miré dentro del salón y vi a Betty dormida en la zona de estar. Estaba tapada hasta el cuello con una colcha, y su cabeza descansaba sobre una almohada. Por el par de zapatillas que reposaban a un lado de la zona de estar y la redecilla del pelo que llevaba puesta, supuse que se había ido a dormir allí intencionadamente. Me preguntaba por qué no

dormía en el otro dormitorio, y luego decidí que probablemente el salón estaba mejor ventilado. Regresé a nuestro cuarto y me tapé con las sábanas. Betty nos había dicho que tendríamos un día y medio libre a la semana. Era domingo y mi medio día libre sería el viernes por la mañana. Ya había mirado la dirección de la Cruz Roja. Tan pronto como pudiera, me dirigiría a Jamison Street.

A la mañana siguiente temprano, Betty nos envió a Irina y a mí al patio trasero a recoger frutas de la pasión de un emparrado que se extendía por la valla.

—¿Qué te parece Betty? —me susurró Irina, abriéndome la bolsa de hilo para que pudiera echar la fruta violácea en ella.

—Al principio, pensé que era extraña —le dije—, pero cuanto más habla, más me gusta. Creo que es agradable.

—Yo también —me dijo.

Le entregamos a Betty dos bolsas llenas de fruta.

—Las uso para preparar la copa de helado tropical —nos explicó.

Después, todas cogimos el tranvía a la ciudad. La cafetería de Betty se encontraba en el extremo de los grandes almacenes Farmers de la George Street, cerca de los cines. El decorado era una mezcla entre una típica cafetería estadounidense y un café francés. Estaba dividida en dos niveles. En el primer nivel, había mesas redondas con sillas de paja. El segundo nivel, al que se llegaba tras subir cuatro escalones, tenía mesas de bancos corridos de color rosa almizcle y un mostrador con banquetas. Cada mesa tenía en la pared el retrato de una estrella de cine de Hollywood: Humphrey Bogart, Fred Astaire, Ginger Rogers, Clark Gable, Rita Hayworth, Gregory Peck y Bette Davis. Contemplé el de Joan Crawford cuando pasamos al lado. Su mirada seria y su boca apretada me recordaron a Amelia.

Seguimos a Betty a través de dos puertas abatibles con ventanas redondas en el medio y bajamos un corto pasillo hasta la cocina. Un joven con piernas delgaduchas y un hoyuelo en la barbilla estaba mezclando harina y leche sobre una encimera.

—Éste es Vitaly —señaló Betty.

El hombre levantó la mirada y sonrió.

—Ah, ya estáis aquí —exclamó—. Justo a tiempo para ayudarme con la mezcla de las tortitas.

—No os pongáis a trabajar todavía —replicó Betty, cogiéndonos las bolsas de hilo y colocándolas en una mesa en el centro de la habitación—. Sentaos y charlad un rato antes de que los clientes comiencen a llegar. Tenéis que conoceros mejor.

La cocina del café estaba tan limpia como la propia casa de Betty, aunque aquí el suelo no estaba combado. Había cuatro armarios, una cocina de gas con seis hornillos, un horno grande y dos fregaderos. Betty sacó un delantal de uno de los armarios y se lo ató alrededor de la cintura. Me percaté de que había dos uniformes rosas colgando de un perchero, uno de los cuales me imaginé que sería para mí. Iba a ayudar a Betty a servir mesas. Irina iba a ser la ayudante de Vitaly en la cocina.

Vitaly trajo unas sillas de una habitación trasera y nos sentamos alrededor de la

mesa.

—¿Qué os parece si todos tomamos huevos? —preguntó Betty—. Chicas, sólo habéis comido una tostada esta mañana y no quiero que mis empleados se mueran de hambre y se pasen en pie todo el día.

—Os conozco a las dos de Tubabao —nos dijo Vitaly.

—Ah, sí, me acuerdo —se echó a reír Irina—. Me pediste un autógrafo después del concierto.

Contemplé las rubicundas mejillas de Vitaly, su pelo pajizo y los ojos saltones, pero no pude recordarle en absoluto. Le hablamos sobre nuestro campamento y él nos dijo que lo habían enviado a un lugar llamado Bonegilla.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Irina.

—Veinticinco, ¿y vosotras?

Betty cascó unos huevos en un cuenco y miró a su espalda.

—No tratéis de hablar inglés porque yo esté delante —dijo—. Podéis hablar ruso entre vosotros. —Se acarició el pelo y bizqueó—. Eso siempre que no estéis intercambiándoos cotilleos jugosos. O, dado el caso, si entra uno de los clientes. No quiero que detengan a mi personal por espías comunistas.

Aplaudimos y nos echamos a reír.

—Gracias —le dijo Irina—. A mí me resulta mucho más fácil.

—Y tú, Anya —me dijo Vitaly, volviéndose hacia mí—. Me resultas familiar de otro sitio, antes de Tubabao. Quería presentarme para decírtelo, pero oí que eras de Shanghái y supuse que entonces no nos conocíamos, después de todo.

—No soy de Shanghái —le dije—. Soy de Harbin.

—¡Harbin! —me dijo, con un brillo en los ojos—. Yo también soy de Harbin. ¿Cuál es tu apellido?

—Kozlova.

Vitaly caviló profundamente durante un momento, frotándose las palmas de las manos, como si estuviera tratando de conjurar al genio de la lámpara.

—¡Kozlova! ¿La hija del coronel Víctor Grigorovich Kozlov?

El nombre de mi padre me cortó la respiración. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo oí.

—Sí —le contesté.

—Entonces, sí te conozco —respondió Vitaly—. Aunque probablemente tú eras demasiado joven como para recordarme. Mi padre era amigo del tuyo. Dejaron Rusia juntos. Pero nos mudamos a Tsingtao en 1938. Sin embargo, me acuerdo de ti. Una niñita de pelo rojizo y ojos azules.

—¿Tú padre está contigo? —le preguntó Irina.

—No —le dijo Vitaly—. Está en Estados Unidos con mi madre y mis ocho hermanos. Yo estoy aquí con mi hermana y su marido. Mi padre no se fía de mi cuñado, por eso me envió a cuidar de Sofía. ¿Están tus padres contigo, Anya?

—Mi padre murió en un accidente de coche antes del final de la guerra —le

expliqué—. A mi madre la deportaron desde Harbin. Fueron los soviéticos. No sabemos dónde la llevaron.

Irina extendió el brazo y me apretó la muñeca.

—Esperamos que la Cruz Roja de Sídney pueda rastrear a la madre de Anya en Rusia —le contó a Vitaly.

Se frotó el hoyuelo de la barbilla y después se apoyó los dedos en la mejilla.

—¿Sabéis? —nos dijo—, mi familia está buscando a mi tío. Se quedó en Harbin y también se fue a la Unión Soviética después de la guerra. Pero no le forzaron. Él y mi padre tenían ideas muy diferentes. Mi tío creía en los principios del comunismo y nunca sirvió en el ejército como mi padre. Tampoco era exactamente lo que se denominaría como un extremista. Pero era partidario del comunismo.

—¿Habéis sabido algo de él? —le preguntó Irina—. Quizás podría decirnos dónde enviaron a la madre de Anya.

Vitaly chasqueó los dedos.

—Tal vez sí, ¿sabes? Es posible que fueran en el mismo tren de Harbin hacia Rusia. Pero mi padre sólo ha recibido noticias de mi tío dos veces desde su regreso, e incluso en esas ocasiones, ha sido a través de conocidos. Sí que recuerdo que el tren se detuvo en un lugar llamado Omsk. Mi tío fue de allí hasta Moscú, pero el resto de los pasajeros fueron conducidos a un campo de trabajo.

—¡Omsk! —exclamé. Había oído el nombre de aquel pueblo anteriormente. La cabeza me daba vueltas, tratando de recordar dónde.

—Le puedo pedir a mi padre que se ponga en contacto con él de nuevo —ofreció Vitaly—. Mi tío teme a mi padre y lo que él le pueda decir. Tenemos que depender de otras personas para enviar los mensajes, así que llevará su tiempo. Y, por supuesto, actualmente todo pasa por un registro y una censura previos.

Me sentía demasiado abrumada como para hablar. En Shanghái, Rusia parecía algo demasiado grande para que yo pudiera hacerle frente. Y de repente, en una cafetería al otro lado del mundo, tenía más información sobre el paradero de mi madre que nunca hasta entonces.

—¡Anya! —exclamó Irina—. ¡Si les dices a los de la Cruz Roja que piensas que tu madre está en Omsk, quizás puedan rastrear su paradero!

—¡Oye, esperad un minuto! —dijo Betty, colocando tres platos de huevos revueltos y una tostada frente a nosotros—. No estáis siendo justos. Os dije que podíais hablar en ruso siempre que no fuera de algo emocionante. ¿Qué sucede?

Los tres empezamos a hablar a la vez, así que Betty no se enteró de nada. Entonces, Irina y Vitaly callaron y me dejaron explicárselo. Betty consultó su reloj.

—¿A qué estás esperando? —me dijo—. He sobrevivido sin ti un mes y podré seguir haciéndolo durante otra mañana. La Cruz Roja abre a las nueve en punto. Si te vas ahora, podrás ponerte la primera de la cola.

Esquivé a secretarías y oficinistas, fijándome apenas en la George Street mientras corría hacia el centro. Consulté el mapa que Betty me había dibujado en una

servilleta. Giré para adentrarme en la Jamison Street y me encontré de pie ante la puerta de la casa de la Cruz Roja diez minutos antes de que abrieran. Había un directorio colgado en una puerta de cristal. Estudié la lista pasando por encima del servicio de transfusiones de sangre, el de hogares de convalecientes, el departamento de hospitales y repatriación, hasta el departamento de búsquedas. Consulté el reloj de nuevo y me paseé arriba y abajo por la acera. «Dios mío —pensé—, por fin estoy aquí». Una mujer pasó a mi lado y me sonrió. Debía de creer que estaba desesperada por donar sangre.

Cerca de la puerta había un escaparate que mostraba los objetos de artesanía de la Cruz Roja. Contemplé las perchas forradas de tela satinada y las colchas de ganchillo, y me dije para mis adentros que cuando saliera, le compraría algo a Betty. Había sido muy amable al darme tiempo libre incluso antes de que hubiera empezado a trabajar.

Cuando un funcionario abrió las puertas, me dirigí directamente a las escaleras, para no tener que esperar el ascensor. Irrumpí en el departamento de búsquedas y sorprendí a la recepcionista, que estaba instalándose en ese momento en su escritorio con una taza de té en la mano. Se abrochó su chapa de voluntaria y me preguntó en qué podía ayudarme. Le dije que estaba tratando de encontrar a mi madre, y ella me entregó unos formularios de registro y un bolígrafo.

—Es difícil actualizar los archivos de búsqueda —me dijo—, así que asegúrese de incluir hoy toda la información que pueda.

Tomé asiento junto al refrigerador de agua y hojeé los formularios. No tenía una fotografía de mi madre y no había anotado el número del tren en el que se la llevaron de Harbin. Sin embargo, los rellené con toda la información que pude, incluyendo su nombre de soltera, el año y lugar de nacimiento, la fecha del día en el que la vi por última vez y una descripción física. Me detuve un instante. La imagen del rostro desesperado de mi madre con el puño en la boca me vino a la mente, y me empezó a temblar la mano. Tragué saliva y traté de concentrarme. Había una nota en la parte inferior del último formulario explicando que, debido al número de investigaciones y al difícil proceso de recopilación de la información, la respuesta de la Cruz Roja podría demorarse desde seis meses hasta varios años. Pero no dejé que esto me desanimara. «¡Gracias!, ¡gracias!», escribí junto al mensaje de renuncia de responsabilidad. Le entregué los formularios a la recepcionista. Los introdujo en una carpeta y me dijo que esperara hasta que un funcionario del departamento me llamara.

Una mujer con un niño en los brazos entró en la sala de espera y le pidió a la recepcionista los formularios. Contemplé la estancia, percatándome por primera vez de que era un museo al dolor. Las paredes estaban cubiertas de fotografías con inscripciones debajo que rezaban: «Lieba. Vista por última vez en Polonia en 1940», «Mi amado esposo, Semion, desapareció en 1941». La fotografía de dos hermanos, un niño y una niña, casi me partió el corazón. «Janek y Mania. Alemania, 1937».

«Omsk», me dije a mí misma, desenrollando la lengua, como si eso fuera a

ayudarme a destapar mis recuerdos. Entonces me acordé de dónde había oído aquel nombre antes. Era el pueblo en el que Dostoievski había sido encarcelado como exiliado político. Traté de acordarme de su novela *Memorias del subsuelo*, pero lo único que recordaba era la oscuridad y la miseria en la que vivía el personaje principal.

—¿Señorita Kozlova? Me llamo Daisy Kent.

Levanté la mirada y vi a una mujer con gafas que llevaba una chaqueta y un vestido azul, y me estaba mirando. La seguí a través del área de administración, inundada de papeles, donde los voluntarios estaban revisando y rellenando formularios, hasta una oficina con una puerta de cristal esmerilado. Daisy me pidió que me sentara y cerró la puerta tras nosotras. El sol entraba abrasador por la ventana, y Daisy bajó las persianas. El ventilador, que rotaba incesantemente sobre uno de los armarios archivadores, no tenía demasiado efecto a la hora de aliviar la falta de oxígeno en la habitación. Me costaba respirar.

Daisy se ajustó las gafas sobre la nariz y estudió mi formulario de registro. Miré por encima de su hombro hacia el póster de una enfermera con una cruz roja en la cofia, que atendía a un soldado herido.

—Su madre fue conducida a un campo de trabajo en la Unión Soviética, ¿es eso correcto? —me preguntó Daisy.

—Sí —afirmé, inclinándome hacia delante.

Las aletas de su nariz temblaron, y cruzó las manos frente a ella.

—Entonces, me temo que la Cruz Roja no puede ayudarla.

Los dedos de las manos y de los pies se me convirtieron repentinamente en hielo. La miré, boquiabierta.

—El gobierno ruso no admite haber tenido campos de trabajo —continuó Daisy—. Por lo tanto, nos es imposible determinar dónde están y cuántos son.

—Pero creo que sé el pueblo, Omsk —me oí a mí misma pronunciar aquellas palabras con voz temblorosa.

—Desgraciadamente, excepto si ésa es una zona de guerra, no podemos proporcionarle más información.

—¿Por qué? —tartamudeé—. En la OIR me dijeron que ustedes podrían ayudarme.

Daisy suspiró y apretó las manos. Contemplé sus limpias uñas lacadas, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—En la Cruz Roja, hacemos todo lo que podemos para apoyar a la gente, pero sólo podemos proporcionar nuestra asistencia a países involucrados en guerras nacionales o internacionales —explicó—. Ése no es el caso de Rusia. No se considera que estén violando ninguna norma humanitaria.

—Usted sabe que eso no es cierto —la interrumpí—. Los campos de trabajo son lo mismo en Rusia que en Alemania.

—Señorita Kozlova —respondió, quitándose las gafas y señalándome con ellas

—, nos ampara la Convención de Ginebra, por lo que tenemos que acatar sus estrictas directrices o no podríamos existir.

Su voz era más clínica que amable. Me dio la impresión de que se había enfrentado a este tipo de preguntas anteriormente y había decidido que era mejor aplastar cualquier atisbo de esperanza desde un principio, en lugar de dejarse arrastrar a una discusión.

—Pero seguramente usted tiene algún tipo de contacto, ¿verdad? —continué con nerviosismo—. ¿Hay alguna organización que, como mínimo, pueda proporcionarle información?

Devolvió mis documentos de nuevo a su carpeta, como si tratara de demostrar la futilidad de mi caso. No me moví. ¿No esperaba que me marchara, así, sin más?

—¿No puede usted hacer nada para ayudarme? —le pregunté.

—Ya le he explicado que no hay nada que pueda hacer.

Daisy cogió otra carpeta de un montón que tenía junto a ella y comenzó a escribir notas en su interior.

Me di cuenta de que no iba a ayudarme. No podía acceder a la fibra sensible que, según creía, todo el mundo tenía, excepto, quizás, la gente propensa a la venganza, como Tang y Amelia. Me levanté.

—Usted no estuvo allí —le dije, mientras una lágrima se me escapaba del ojo y me resbalaba hacia la barbilla—. Usted no estuvo allí cuando la apartaron de mí.

Daisy dejó caer la carpeta de nuevo en el montón y levantó la barbilla.

—Ya sé que resulta angustioso, pero...

No escuché la última parte de la frase. Corrí fuera de su despacho y me choqué con una mesa del área de administración, tirando las carpetas por el suelo. La recepcionista me observó cuando salí corriendo, pero no dijo nada. Las únicas que me mostraron un poco de compasión fueron las fotografías de la pared en la sala de espera con sus ojos tristes y huidizos.

Llegué a la cafetería justo cuando estaba empezando el jaleo de media mañana. Me latía la cabeza y las lágrimas que estaba tratando de retener me producían náuseas. No tenía ni la menor idea de cómo iba a afrontar mi primer día de trabajo. Me puse el uniforme y me recogí el pelo en una cola de caballo, pero tan pronto como entré en la cocina me fallaron las piernas y tuve que sentarme.

—No te dejes desanimar por los de la Cruz Roja —me dijo Betty, mientras llenaba un vaso de agua y lo colocaba en la mesa, frente a mí—. Hay más de mil maneras de desollar un gato. Quizás puedas unirme a la Sociedad Ruso-Australiana. Puede que logres averiguar algo a través de ellos.

—Y también puede que, si te unes a ellos, un buen día el gobierno australiano te investigue como posible espía —añadió Vitaly, mientras cortaba en rebanadas un bloque de pan—. Anya, te prometo que escribiré a mi padre esta misma noche.

Irina recogió las rebanadas de Vitaly y comenzó a untarlas de mantequilla para hacer sándwiches.

—En la Cruz Roja están hasta arriba y tienen que depender del trabajo de los voluntarios —dijo—. Probablemente, el padre de Vitaly pueda hacer más por ayudarte en cualquier caso.

—Eso es cierto —comentó Vitaly—. Le gustará este proyecto. Créeme, llegará hasta el final de este asunto. Si no puede encontrar a mi tío, conseguirá, de alguna manera, otros contactos para obtener tu información.

Sus ánimos me ayudaron a consolarme un poco. Contemplé el menú y traté de hacer lo posible por memorizarlo. Después, seguí de cerca a Betty para fijarme en cómo anotaba los pedidos y, a pesar de tener lágrimas en los ojos, sonreí a cada cliente antes de acompañarles a sus mesas. La cafetería, según me contó Betty, era famosa no sólo por su café al estilo estadounidense, sino por su chocolate, por los batidos de verdaderas semillas de vainilla y el té helado servido en copas altas con pajitas rayadas. Me fijé en que algunos de los clientes jóvenes pedían algo llamado «postre de cola», y por la tarde Betty me lo dio a probar. Era tan empalagosamente dulce que me produjo dolor de estómago.

—A los más jóvenes les encanta —comentó Betty, echándose a reír—. Lo consideran muy chic.

Los comensales de la hora de comer pedían principalmente ensaladas, sándwiches o pasteles, pero a última hora de la tarde, comencé a servir bandejas de tarta de queso al estilo neoyorquino, crema de maicena con mermelada y un plato llamado *croque-monsieur*.

—¿Crock qué? —le pregunté al primer cliente que me lo pidió.

El hombre se rascó la barbilla y lo intentó de nuevo:

—*Croque-monsieur*.

—¿Cuántos quiere? —le pregunté, tratando de aparentar que sabía de qué me estaba hablando.

—¡Sólo uno! —exclamó el hombre. Miró a sus espaldas y señaló a Betty—. Pregúntele a la otra camarera. Ella sabe de qué hablo.

Me sonrojé hasta las raíces del pelo.

—El hombre de la mesa dos desea que le sirva un crock-no-sé-qué —le susurré a Betty.

Bizqueó durante un momento, después cogió el menú y señaló el *croque-monsieur* diciéndome que fuera a la cocina y le pidiera a Vitaly que me enseñara aquel plato. Resultó que era una especie de sándwich de pan tostado cubierto de queso mezclado con cerveza y leche.

—Te prepararé uno cuando cerremos —me ofreció Vitaly, tratando de no echarse a reír.

—No, gracias —le respondí—. No, después de la experiencia con el postre de cola.

El viernes me pasé la mañana en la biblioteca estatal. Bañada por la etérea luz del techo abovedado de cristal de la biblioteca, estudié detenidamente *Memorias del subsuelo* de Dostoievski. Era difícil leer traducida una obra tan compleja. Utilicé un diccionario ruso-inglés de consulta y perseveré hasta que me quedó claro que era una tarea inútil. Era una novela oscura sobre la naturaleza de la humanidad, pero no me dio ninguna pista sobre mi madre, excepto para confirmar lo que ya había descubierto en el atlas: que Omsk estaba en Siberia. Finalmente, tuve que admitir que estaba tratando de agarrarme a un clavo ardiendo.

Volví a Potts Point agotada y frustrada. El sol era cálido, pero una brisa marina estaba empezando a levantarse desde el puerto. Cogí uno de los geranios que crecían cerca de la verja y lo estudié mientras caminaba por el sendero. Un hombre surgió de la puerta principal, calándose el sombrero. Casi nos chocamos. Dio un paso atrás, sorprendido al principio, y luego una amplia sonrisa apareció en su rostro.

—Hola —saludó—. Tú eres una de las chicas de Betty, ¿verdad?

El hombre tenía cerca de treinta años, y su pelo negro azabache y sus ojos verdes me recordaron al retrato de Gregory Peck de la cafetería. Me percaté de que me recorría con la mirada desde el rostro hasta los tobillos y de vuelta hacia arriba.

—Sí, vivo con Betty —confirmé. No iba a decirle mi nombre hasta que él no me dijera el suyo.

—Yo soy Adam. Adam Bradley —me dijo, ofreciéndome la mano para estrechármela—. Vivo en la planta de arriba.

—Anya Kozlova —le respondí.

—¡Ten cuidado con él! ¡Es un problema andante! —oí que decía una voz.

Me volví para ver a una atractiva joven de pelo rubio que me saludaba desde el otro lado de la calle. Llevaba una falda de vestir con una blusa a juego y cargaba con un montón de vestidos bajo el brazo. Abrió la puerta de un Fiat y cubrió el asiento trasero con las prendas.

—¡Ah, Judith! —le gritó Adam—. Me has llamado la atención antes de que pudiera tener la oportunidad de empezar con buen pie con esta hermosa joven.

—Tú nunca empiezas con buen pie —le respondió ella, echándose a reír—. ¿Quién era esa mujer de aspecto cochambroso que te vi colando en casa la otra noche?

La joven se volvió hacia mí.

—Por cierto, me llamo Judith.

—Yo soy Anya. Vi el vestido de tu escaparate. Es precioso.

—Gracias —me contestó, sonriendo con sus enormes y blancos dientes—. Ahora me voy a una feria durante todo el fin de semana, pero pásate a verme en cualquier momento. Eres alta, delgada y tienes un tipo estupendo. Podría usarte como modelo.

Judith se deslizó en el asiento del conductor de su automóvil, dio media vuelta y

se detuvo frente a nosotros.

—¿Quieres que te lleve al periódico, Adam? —preguntó, reclinándose sobre el asiento del copiloto—, ¿o es cierto eso de que los periodistas de verdad no trabajan por las tardes?

—Mmmm —musitó Adam, tocándose el ala del sombrero a modo de saludo hacia mí y abriendo la puerta del coche—. Ha sido un placer conocerte, Anya. Si Judith no puede conseguirte trabajo, quizás yo sí pueda.

—Gracias, pero ya tengo trabajo —les respondí.

Judith tocó la bocina y pisó a fondo el acelerador. Contemplé como el automóvil se marchaba a toda velocidad calle arriba, sorteando por pura casualidad a dos perros y a un hombre en bicicleta.

Subí las escaleras hacia el apartamento. Todavía tenía dos horas libres antes de volver a la cafetería para ayudar con la muchedumbre del viernes por la tarde. Me dirigí a la cocina y decidí prepararme un sándwich. El aire del interior del apartamento olía a rancio, por lo que abrí las puertas dobles para ventilarlo. Había un poco de queso en la fresquera y medio tomate en el armario, así que los partí en rodajas y los metí entre pan. Me serví un vaso de leche y me llevé la comida a la terraza. El mar estaba picado y algunos barcos de vela se movían rápidamente a lo largo del puerto. No me había imaginado que Sídney fuera una ciudad tan bonita. En mi opinión, tenía el ambiente de un lugar de vacaciones, como me imaginaba que eran Río de Janeiro o Buenos Aires. Aunque a veces las apariencias engañan. Vitaly me había contado que donde él vivía no salía nunca solo a la calle si podía evitarlo. Dos amigos suyos habían sido atacados por una banda cuando les oyeron hablar en ruso. Era una faceta de Sídney que aún no había visto. Algunos de los clientes se ponían impacientes, pero normalmente la gente solía ser respetuosa.

Escuché algo dando golpes en la parte trasera del piso. Supuse que era la puerta del dormitorio o que no había cerrado bien la puerta principal. Volví al interior para arreglarlo. La puerta principal estaba cerrada y también la ventana inclinada sobre ella. Miré el siguiente tramo de pasillo y comprobé que la del dormitorio también estaba cerrada. Escuché otro golpe y vi que provenía de la puerta de la habitación junto a la nuestra, que se abría y se cerraba debido a la brisa. Alcancé el tirador, pretendiendo cerrarla, pero la curiosidad me pudo y la abrí para mirar el interior.

La habitación era ligeramente más grande que la que yo compartía con Irina, pero, igual que la nuestra, tenía dos camas individuales colocadas contra las paredes opuestas. Las colchas eran de color granate con borlas negras, y había un baúl con cajones bajo la ventana. El aire era rancio, pero la habitación estaba limpia de polvo y la alfombra había sido sacudida. Sobre una de las camas, en la pared, colgaba un póster de un partido de criquet de 1937, y sobre la otra cama había unas medallas de atletismo. Paseé la mirada desde el aparejo de pescar encima del armario ropero, hasta la raqueta de tenis de detrás de la puerta y la fotografía sobre el pequeño tocador. En ella, dos jóvenes de uniforme posaban a ambos lados de Betty. Se veía un

barco al fondo. Junto a la fotografía, había un álbum con tapas de piel. Abrí la portada y me encontré a mí misma contemplando fotografías de color sepia de dos niñitos rubios sentados en una barca. Cada uno sostenía una felicitación de cumpleaños con el número dos. Mellizos. Me tapé la boca con la mano y me desplomé de rodillas.

—Betty —exclamé, entre sollozos—. Pobre, pobrecita Betty.

La tristeza se apoderó de mí en oleadas. El rostro lloroso de mi madre se me apareció durante un instante. Comprendí lo que representaba aquella habitación. Era un lugar para el recuerdo y el sufrimiento íntimo. Betty guardaba todo el dolor que sentía en su interior en aquella habitación para poder continuar con su vida. Comprendí por qué la conservaba, porque yo también tenía un lugar así. No era una habitación, sino que era mi muñeca raatrioska. Era algo en lo que me refugiaba cuando necesitaba creer que la madre que había perdido había pertenecido a mi vida. Era una manera de recordarme a mí misma que ella había sido más que un sueño.

Me quedé en la habitación, llorando hasta que me dolieron las costillas y los ojos se me quedaron tan secos que no pude derramar ni una sola lágrima más. Después de un momento, me levanté y salí al recibidor, cerrando la puerta firmemente detrás de mí. Nunca le mencioné la habitación a Betty, aunque después de aquella tarde, sentí que existía un vínculo especial entre nosotras.

Después del trabajo, Irina y yo nos fuimos de paseo hasta la avenida de Kings Cross. La Darlinghurst Street era todo un espectáculo a aquella hora de la tarde, con la gente que salía a la calle de los bares y cafeterías, con bebidas en la mano, fumando y riendo. Pasamos por delante de un bar y escuché *Romance in the Dark* al piano. Me preguntaba si el pianista sería Johnny. Me asomé desde la puerta, pero no podía ver nada porque el gentío me lo impedía.

—Yo solía cantar en lugares como ése en Shanghái —me contó Irina.

—Podrías hacerlo aquí —repliqué.

Negó con la cabeza.

—Querrían que cantara canciones en inglés. En todo caso, después de toda la semana trabajando en la cocina, estoy demasiado cansada.

—¿Quieres que nos sentemos en algún sitio? —le pregunté, señalándole una cafetería al otro lado de la calle llamada el Palacio de Con.

—¿Después de todos los batidos que nos hemos bebido esta semana?

Di una sonora palmada.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo se me ha podido ocurrir? —exclamé, echándome a reír.

Pasamos por delante de tiendas que vendían baratijas indias, productos cosméticos y ropa de segunda mano, hasta que, al final, llegamos al cruce con Victoria Street y nos volvimos para regresar a casa.

—¿Tú crees que alguna vez llegaremos a encajar aquí? —preguntó Irina—. Me siento como si estuviera contemplando el interior de algo desde fuera.

Observé a una mujer con un elegante vestido bajándose de un taxi y pasando a toda prisa. «Yo solía ser como ella», pensé.

—No lo sé, Irina. Quizás para mí resulte más fácil porque hablo inglés.

Irina se miró las manos y se restregó una ampolla que le había salido en la palma.

—Creo que estás intentando ser valiente —me dijo—. Antes tenías mucho dinero. Ahora, tienes que ahorrar simplemente para poder ir al cine una vez a la semana.

«Lo único que me preocupa —pensé—, es encontrar a mi madre».

—Voy a salir un momento al banco —nos dijo Betty una tranquila tarde.

Se puso un abrigo ligero sobre el uniforme y se revisó el maquillaje en el reflejo de la cafetera eléctrica.

—¿Te las arreglarás con los clientes, Anya? —me preguntó, dándome un apretón en el brazo—. Vitaly estará en la cocina si te atascas.

—Claro —le contesté.

La observé mientras salía a la calle. Era uno de esos días nublados en los que no hacía calor, ni tampoco frío, pero si no te ponías una chaqueta, pasabas frío, y si te la ponías, pasabas calor.

Limpié el mostrador y las mesas, aunque ya estaban limpias. Una media hora después, oí que la puerta principal se abría y vi a un grupo de chicas entrar tranquilamente en la cafetería y tomar asiento en la mesa junto al póster de Joan Crawford. Llevaban trajes de oficina con faldas de corte recto y zapatos bajos, sombreros y guantes. Aparentaban cerca de veinte años, pero trataban de parecer sofisticadas encendiéndose cigarrillos Du Maurier y haciendo nubes de humo que flotaban hacia el techo.

Me contemplaron con detenimiento cuando me aproximé a su mesa. Una de ellas, una chica con hombros anchos y granos en las mejillas, susurró algo, y las demás se echaron a reír. Pude percibir que iba a haber problemas.

—Buenas tardes —saludé, ignorando su grosería y con la esperanza de que no pidieran muchas cosas—. ¿Qué desean para beber?

Una de las chicas, una morena rechoncha con el pelo demasiado peinado hacia atrás, dijo:

—Bueno, *dejjame fer...* Yo *tomarrrrr* una agua y *quissás beberrr* un café.

Su imitación de mi acento provocó un estallido de risas de las otras chicas. La de los granos golpeó la mesa con la mano y me dijo:

—Y yo quiero café y pastel de ruibarbo. Pero asegúrate de que me traes pastel de ruibarbo, no *passstel* de *rrrruibarrrrbo*. Tengo entendido que hay diferencia.

Me llevé la mano a la garganta. Agarré con fuerza el cuaderno de notas, tratando de mantener la dignidad, pero me sonrojé. No tendría que haberme importado. Parte

de mí sabía que sólo eran niñas ignorantes. Pero era difícil estar allí, vestida de uniforme de camarera, y no sentirme como si fuera una persona de segunda categoría. Era una inmigrante. Una «refugiada de mierda». Alguien a quien los australianos no querían.

—¡¡Habla i-n-g-l-é-s o lárgate allá de donde hayas venido!! —murmuró una de las chicas.

El odio en su tono de voz me sorprendió. El corazón comenzó a palpitarme apresuradamente dentro del pecho. Miré a mis espaldas, pero no podía oír a Vitaly ni a Irina en la cocina. Quizás estaban en el patio trasero, sacando la basura.

—Eso, vete de aquí —exclamó la morena rechoncha—. No te queremos en este país.

—Si tenéis algún problema con su impecable inglés, os podéis ir a tomar el café a King Street.

Todas miramos hacia la puerta, donde estaba Betty. Me preguntaba cuánto tiempo llevaba contemplando la escena. A juzgar por la expresión tensa de su boca, había presenciado lo suficiente como para captar lo que estaba ocurriendo.

—Pagaréis uno o dos chelines más por lo que toméis allí —les dijo—, así que tendréis menos dinero para gastar en píldoras adelgazantes o en crema para los granos.

Algunas de las muchachas bajaron la cabeza avergonzadas. La chica rechoncha manoseó sus guantes y sonrió.

—Oh, sólo estábamos bromeando —comentó, haciéndole un gesto impositivo con la mano a Betty para que se marchara.

Pero Betty se le echó encima en un segundo, pegando el rostro al de la chica y mirándola con los ojos entornados.

—Parece que no lo entiendes, jovencita —le espetó, acechándola de un modo que habría atemorizado a cualquiera—. No te estoy dando alternativa. Soy la propietaria de este establecimiento y te estoy diciendo que te largues de aquí ahora mismo.

El rostro de la chica se tiñó de rojo. Le temblaron los labios y me di cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Esa expresión la hacía parecer aún más fea y, muy a mi pesar, sentí lástima por ella. Se levantó, tirando el servilletero en su huida al salir de la cafetería. Sus amigas se levantaron avergonzadas y se escabulleron tras ella. Ninguna conservaba su anterior aspecto sofisticado.

Betty las observó mientras se marchaban y se volvió hacia mí.

—No vuelvas a dejar que nadie te hable así nunca, Anya. ¿Has entendido? —exclamó—. ¡Jamás! Me imagino por lo que has podido pasar en esta vida y te lo digo así de claro: ¡tú vales más que veinte de ellas juntas!

Aquella noche, después de que Irina se durmiera, me quedé tumbada en la cama pensando en cómo Betty me había defendido, igual que una leona atacando para proteger a sus cachorros. Mi madre hubiera sido la única en reaccionar de un modo tan feroz. Oí el grifo de la cocina y me pregunté si también Betty tendría dificultad

para dormir.

La encontré sentada en el balcón, mirando al cielo, con varios centímetros de ceniza en el cigarrillo, que relucían como una luciérnaga entre sus dedos. La tarima crujió bajo mis pies. El hombro de Betty se movió nerviosamente, pero no se volvió a ver quién estaba detrás de ella.

—Parece que mañana va a llover —murmuró.

—¿Betty?

Me deslicé sobre la silla que estaba a su lado. Ya había interrumpido el hilo de sus pensamientos, así que era demasiado tarde para echarme atrás. Me contempló, pero no me dijo nada. Bajo el brillo de la luz de la cocina, su piel era pálida y sus ojos parecían más pequeños que cuando iba maquillada. El abanico de arrugas de la frente y los surcos alrededor de la boca brillaban por los productos desmaquillantes. Sus facciones se suavizaban, eran menos drásticas, sin la máscara de cosméticos.

—Te agradezco lo que has hecho hoy por mí.

—¡Shhh! —chistó, mientras tiraba la ceniza por un lateral del balcón.

—No sé lo que habría hecho si no hubieras aparecido tú.

Betty biqueó.

—Tú misma las habrías mandado a freír espárragos más tarde o más temprano —me contestó, señalándose la redecilla del pelo—. Las personas aguantan hasta un límite y luego empiezan a defenderse.

Sonreí, aunque dudaba que lo decía fuera cierto. Cuando aquellas chicas habían dicho que yo era una refugiada despreciable, las había creído.

Me recosté en la silla. El aire del océano era fresco, pero no llegaba a ser frío. Lo inspiré y me llené los pulmones. La primera vez que vi a Betty, sus bruscos modales me habían hecho sentir miedo. De repente, mientras estaba allí sentada junto a ella en camión, con el lazo de raso bordeándole el escote, aquel pensamiento me pareció absurdo. Me recordó a Ruselina. Emanaba el mismo tipo de energía y la misma fragilidad. Pero puede que el único motivo por el que sabía que era frágil fuera porque había visto su habitación secreta.

Betty formó una espiral de humo en el aire.

—Las palabras pueden matarte —dijo—. Lo sé por experiencia. Era la sexta en una familia de ocho. La única chica. Mi padre no tenía reparos en decirme continuamente lo inútil que él pensaba que yo era, y que no me merecía la comida que él me ponía en el plato.

Me estremecí. No me podía imaginar qué tipo de padre podría decirle una cosa así a su hija.

—¡Betty! —exclamé.

Sacudió la cabeza.

—Cuando cumplí trece años, supe que tenía que marcharme si no quería permitirle que matara lo poco que me quedaba dentro.

—Fuiste valiente —le dije— al tomar la decisión de marcharte.

Apagó el cigarrillo, y ambas nos quedamos en silencio, escuchando el sonido de un coche que arrancaba en la calle y el repiqueteo lejano de la música nocturna de la avenida.

Después de un rato, Betty dijo:

—Formé mi propia familia porque la que me había tocado por sangre no era buena. Tom y yo no teníamos demasiado al principio, pero ¡madre mía, cómo nos reíamos! Y cuando llegaron los chicos... Sí, éramos felices.

Le tembló la voz y cogió otro cigarrillo del paquete que reposaba en el brazo de la silla. Pensé en la habitación. En cómo había guardado con cariño las cosas que pertenecieron a sus hijos.

—Rose nos dijo que perdiste a tus hijos en la guerra —le dije.

Me sorprendí a mí misma diciendo en alto aquellas palabras. En Tubabao, jamás le habría preguntado a nadie por su pasado. Pero entonces sufría tanto que no habría podido soportar el sufrimiento de nadie más. De repente, sentí el impulso de hacerle entender a Betty que comprendía su angustia porque yo también la sentía.

Betty apretó los puños sobre el regazo.

—Charlie, en Singapur, y Jack, un mes después. Aquello le partió el corazón a Tom, después ya no se reía tanto. Y entonces, él también se fue.

Me oprimió de nuevo el mismo sentimiento de dolor que me había abrumado cuando entré en la habitación de sus hijos. Alargué el brazo y le toqué el hombro a Betty. Para mi sorpresa, me cogió la mano y la sostuvo entre las suyas. Eran manos huesudas, pero cálidas. Sus ojos estaban secos, pero le temblaba la boca.

—Eres joven, Anya, pero ya sabes de lo que estoy hablando —me dijo—. Aquellas chicas de la cafetería de hoy también eran jóvenes, pero no saben absolutamente nada. Yo sacrifiqué a mis hijos para salvar este país.

Me deslicé de la silla al suelo y me arrodillé frente a ella. Yo sí entendía su pesar. Me imaginé que, igual que yo, tenía miedo de cerrar los ojos por las noches y enfrentarse a los sueños, y que, incluso cuando se encontraba entre amigos, se encerraba en su propio mundo. Pero no podía imaginar la magnitud de lo que suponía la pérdida de un hijo, y menos de dos. Betty era fuerte, noté la esencia de su energía latiendo a través de su cuerpo, pero, al mismo tiempo, sabía que si la presionaban demasiado, se derrumbaría.

—Estoy orgullosa —sentenció—. Orgullosa de que, gracias a jóvenes como mis hijos, este país todavía sea libre, y los jóvenes como tú tengáis la posibilidad de venir y empezar una nueva vida aquí. Quiero hacer todo lo posible por ayudaros. No dejaré que os insulten.

Las lágrimas me escocieron en los ojos.

—¡Betty!

—Vitaly, Irina y tú —declaró— ahora sois mis hijos.

ALTA SOCIEDAD

Una noche de julio, mientras Betty trataba de enseñarme el secreto de su receta de cazuela de ternera con piña, Irina irrumpió en la cocina ondeando una carta en la mano.

—¡La abuela está en camino! —exclamó.

Me sequé las manos en el delantal, le cogí la carta y leí las primeras líneas. Los médicos franceses habían certificado la recuperación de Ruselina y, en el consulado, le estaban preparando los documentos necesarios para que pudiera viajar a Australia. Habían sucedido tantas cosas desde que habíamos visto por última vez a Ruselina que casi no pude creerme lo que estaba leyendo sobre que esperaba llegar a Sídney a finales de ese mismo mes. Parecía que el tiempo había pasado volando.

Le traduje las noticias a Betty.

—Espera a ver cuando escuche lo bien que hablas ahora inglés —le dijo a Irina—. No te reconocerá.

—No me va a reconocer porque nos has estado alimentando muy bien —replicó Irina, sonriendo—. He cogido peso.

—¡Yo no he sido! —protestó Betty, mientras cortaba en láminas un poco de beicon y ponía ojos de cordero degollado—. Creo que es Vitaly el que ha estado dándote de comer más de la cuenta. ¡Siempre que los dos estáis en la cocina, lo único que oigo son risitas!

Pensé que la broma de Betty era graciosa, pero Irina se sonrojó.

—Vitaly debería haber arreglado su Austin para cuando llegue Ruselina —comenté—. Podemos llevarla a dar un paseo por las Montañas Azules.

Betty puso los ojos en blanco.

—¡Vitaly ha estado tratando de reparar ese Austin desde que empezó a trabajar conmigo y todavía no lo ha sacado del garaje! Creo que será mejor que no contemos con él y vayamos en tren.

—¿Crees que podremos encontrar un apartamento para la abuela cerca de aquí? —le preguntó Irina a Betty—. No tenemos demasiado tiempo.

Betty metió la cazuela en el horno y puso en marcha el temporizador.

—Se me ocurre otra cosa —contestó—. Tengo una habitación en la planta baja que he estado utilizando como almacén, pero que es grande y agradable. La vaciaré, si queréis.

Alcanzó un tarro de la balda superior del armario de la cocina, sacó una llave y se la dio a Irina.

—Anya y tú podéis ir a echar un vistazo y ver qué os parece. A la cena todavía le falta un rato.

Irina y yo corrimos escaleras abajo hasta el primer piso. Nos encontramos con Johnny, que estaba saliendo por la puerta principal.

—¡Hola a las dos! —nos dijo mientras sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta—. Me voy a la calle, aunque mamá dice que va a llover.

Irina y yo le devolvimos el saludo y le observamos mientras trotaba por el sendero y a través de la puerta del jardín. El domingo anterior, Vitaly nos había llevado al zoo. Cuando llegamos al recinto de los koalas, Irina y yo nos miramos y dijimos al unísono: «¡Johnny!». Nuestro vecino tenía los mismos ojos semicerrados y la misma boca lánguida que aquel animal autóctono.

La habitación de la que Betty nos había hablado estaba al final del recibidor, detrás de las escaleras.

—¿Crees que habrá mucho ruido cuando Johnny practique al piano? —me preguntó Irina, metiendo la llave en la cerradura.

—No, hay dos habitaciones que separan ésta del piano de Johnny. Y, en todo caso, nadie se queja cuando él practica.

Lo que le acababa de decir a Irina era cierto. Siempre que oíamos a Johnny tocar, apagábamos la radio y, en su lugar, le escuchábamos a él. Su versión de *Moon River* siempre lograba hacernos llorar.

—Tienes razón —replicó Irina—. A la abuela le encantará vivir al lado de un músico.

Abrimos la puerta y entramos, encontrándonos de repente en una estancia abarrotada, llena de armarios, maletas y con una cama con dosel. El aire olía a polvo y bolas de alcanfor.

—Esa cama debió de estar antes en nuestro cuarto —dije—. Probablemente era la de Tom y Betty.

Irina abrió una puerta corrediza que había bajo las escaleras y encendió la luz.

—Aquí hay un lavabo y un inodoro —dijo—. Supongo que la abuela podría bañarse arriba.

Abrí las puertas del armario de madera tallada. Estaba lleno hasta los topes de cajas de té Bushell.

—¿Qué te parece? —me preguntó Irina.

—Yo creo que deberías alquilarla —le contesté—. Betty tendrá que vender estas cosas más tarde o más temprano, y si limpiamos a fondo, quedará una bonita

habitación.

El barco de Ruselina surcó las aguas del puerto en una preciosa mañana en Sídney. La humedad del verano me había resultado muy familiar, porque el clima de Shanghái era parecido, pero nunca había conocido días de invierno con una luz solar tan intensa, brillando entre los árboles; el aire era tan frío y vigorizante que casi tenía la sensación de poder morderlo, como una manzana fresca. A diferencia de lo que ocurría en Harbin, no había un interminable descenso de la temperatura hasta llegar al invierno, seguido por largos meses de nevadas, hielo y oscuridad. La versión amable del invierno en Sídney me daba ánimos y teñía de color mis mejillas. Irina y yo decidimos caminar hasta el muelle para recibir a Ruselina. Prácticamente fuimos brincando y no pudimos evitar reírnos a escondidas de los australianos, arrebujaos en sus chaquetas y abrigos, quejándose sin parar del «invierno glacial» y de los «sabañones».

—Debe de hacer trece grados o más —le comenté a Irina.

—La abuela se creerá que estamos en verano —contestó, echándose a reír—. Sólo se alcanzaban estas temperaturas durante las olas de calor cuando ella vivía en Rusia.

Nos alivió comprobar que el barco que traía a Ruselina a Australia no estaba tan lleno como el que habíamos visto nuestro primer día en Sídney, aunque el muelle estaba atestado de gente que esperaba a que los pasajeros desembarcaran. Había una banda del Ejército de Salvación que estaba tocando *Waltzing Matilda*, y algunos periodistas y fotógrafos hacían fotos. Una fila de gente comenzó a descender por la pasarela de manera ordenada. Un grupo de boy-scouts se apresuraron a entregarles manzanas a los pasajeros que iban desembarcando.

—¿De dónde viene este barco? —le pregunté a Irina.

—Zarpó de Inglaterra y fue recogiendo a unos cuantos pasajeros de camino.

No dije nada, pero me dolió que los australianos parecieran más entusiasmados por los inmigrantes británicos que por nosotros.

Irina buscó entre el mar de rostros el de Ruselina.

—¡Allí está! —exclamó Irina, señalando hacia la mitad de la fila.

Parpadeé. La mujer que descendía por la pasarela no era la Ruselina que yo había conocido en Tubabao. Un saludable bronceado había sustituido su pálida complexión, e incluso caminaba sin la ayuda de un bastón. También habían desaparecido las manchas oscuras bajo su piel que tan familiares me resultaban. Nos localizó y gritó:

—¡Irina! ¡Anyá!

Ambas corrimos a recibirla. Cuando la abracé, era como apretar un cojín, en lugar de la rama de un árbol.

—¡Dejad que os vea! —exclamó, dando un paso atrás—. Las dos tenéis muy buen aspecto. ¡La señora Nelson tiene que estar cuidándoos muy bien!

—Sí que nos cuida —contestó Irina, secándose una lágrima—. Pero ¿y usted, abuela?, ¿cómo se encuentra?

—Mejor de lo que nunca hubiera podido imaginar —respondió. Al ver de cerca el brillo de sus ojos y la luminosidad de su piel me podía creer sus palabras.

Le preguntamos sobre su viaje en barco y sobre Francia y, por alguna razón, nos respondió solamente en inglés, aunque nosotras le estábamos hablando en ruso.

Seguimos a los otros pasajeros al extremo sur del muelle, donde estaban descargando el equipaje. Irina y yo le preguntamos a Ruselina sobre el resto de los pasajeros del barco y bajó el tono de voz para contestarnos:

—Irina y Anya, tenemos que hablar solamente en inglés ahora que estamos en Australia.

—¡No, si hablamos entre nosotras! —le dijo Irina, echándose a reír.

—Especialmente cuando hablemos entre nosotras —replicó Ruselina, sacando un folleto del bolso. Era el folleto de presentación de la OIR sobre Australia.

—Leed esto —nos dijo, abriéndolo por una página marcada y pasándomelo.

Leí un párrafo marcado con un asterisco.

Quizás lo más importante es aprender a hablar el idioma de los australianos. Los australianos no están acostumbrados a escuchar idiomas extranjeros. Tienden a mirar fijamente a aquellas personas cuya forma de hablar es diferente. Si usted habla su propio idioma en público, llamará la atención y provocará que los australianos le consideren un extraño... Además, trate de evitar utilizar las manos al hablar, porque si lo hace, llamará la atención.

—Parece muy importante para ellos que nosotros no «llamemos la atención» de ninguna manera —comentó Irina.

—Eso explicaría las miradas tan extrañas que nos han estado dedicando —dije yo.

Ruselina me cogió el folleto de las manos.

—Y aún hay más. Cuando solicité la acogida en Australia me enviaron a un funcionario al hospital para preguntarme si sentía afinidad por el comunismo.

—¿¿En serio?? —exclamó Irina—. Precisamente nosotras, ¡de entre toda la gente! ¡Después de lo que hemos perdido! ¡Como si pudiéramos ser rojas!

—Eso fue lo que le dije —replicó Ruselina—. «Jovencito, ¿de verdad piensa que yo podría apoyar el régimen que puso a mis padres ante un pelotón de fusilamiento?».

—Es por culpa de las tensiones en Corea —observé yo—. Se creen que todos los rusos son espías del enemigo.

—Y es peor aún si eres asiático —añadió Irina—. Vitaly dice que ni siquiera dejan entrar a gente con la piel oscura en el país.

Una grúa rugió sobre nuestras cabezas, y levantamos la vista para ver un montón de equipaje dentro de una red que estaba descendiendo sobre el muelle.

—Allí está mi maleta —dijo Ruselina, señalando una bolsa azul con un ribete blanco.

Cuando el funcionario nos dijo que podíamos pasar a cogerla, nos pusimos a la cola junto con los otros pasajeros.

—Anya, aquel maletón negro también es mío —me indicó Ruselina—. ¿Puedes cogerlo? Pesa mucho. Irina puede coger la otra maleta.

—¿Qué es? —le pregunté, aunque lo supe tan pronto como noté el peso y percibí el olor de aceite de engrasar.

—Es una máquina de coser que he comprado en Francia —respondió Ruselina—. Voy a dedicarme a la costura para ayudaros un poco.

Irina y yo nos miramos.

—No es necesario, abuela —le dijo Irina—. Tenemos una habitación para usted. El alquiler es bajo y podremos pagarlo hasta que se rescindan nuestros contratos.

—Seguro que no os lo podéis permitir —replicó Ruselina.

—Sí, sí que podemos —le dije.

Lo que no le conté fue que había vendido las joyas que había traído desde Shanghái y que había abierto una cuenta bancada. No conseguí tanto dinero como esperaba por las gemas porque, según me explicó el joyero, había un exceso de inmigrantes vendiendo sus alhajas en Australia. Pero sí que conseguí suficiente como para pagar la habitación de Ruselina hasta la rescisión de nuestros contratos con el gobierno.

—Bobadas —protestó Ruselina—. Tenéis que ahorrar todo el dinero que podáis.

—Abuela —le dijo Irina, frotándose con la mano el costado—, ha estado usted muy enferma. Anya y yo queremos que se lo tome con calma.

—¡Bah! ¡Ya me lo he tomado con suficiente calma! —rezongó Ruselina—. Y ahora quiero ayudaros.

Insistimos en tomar un taxi hasta casa, aunque Ruselina quería llevar la máquina de coser en el tranvía para ahorrarnos dinero. Sólo pudimos convencerla diciéndole que podría ver más cosas desde el taxi y, tras un par de intentos, conseguimos que uno bajara la bandera.

El entusiasmo de Ruselina por su nueva ciudad provocó que Irina y yo nos avergonzáramos de nosotras mismas. Abrió la ventanilla y señaló los monumentos históricos como si hubiera vivido en la ciudad toda la vida. Incluso el taxista estaba impresionado.

—Ésa es la torre AWA —dijo, indicando un edificio marrón con algo que parecía una minitorre Eiffel en el tejado—. Es el edificio más alto de la ciudad. Supera la altura permitida, pero, como lo clasificaron como torre de telecomunicaciones en lugar de edificio, se libró de una multa.

—¿Cómo es que sabe usted tanto sobre Sídney? —le preguntó Irina.

—No he tenido nada que hacer durante meses salvo leer todo lo que podía sobre la ciudad. Las enfermeras eran muy amables y me traían material. Incluso encontraron a un soldado australiano que vino a visitarme. Desgraciadamente, era de Melbourne. Aun así, me explicó muchas cosas sobre la cultura australiana.

De vuelta a Potts Point, encontramos a Betty y a Vitaly discutiendo en la cocina. El apartamento olía a ternera al horno y a patatas asadas, y, aunque era invierno, las ventanas y las puertas estaban abiertas para disipar el calor.

—Quiere cocinar no sé qué plato raro extranjero —nos dijo Betty, encogiéndose de hombros. Se secó en el delantal y estiró el brazo para estrecharle la mano a Ruselina.

—Pero yo no quiero nada más que lo mejor para nuestra invitada.

—Encantada de conocerla, señora Nelson —dijo Ruselina, dándole la mano a Betty—. Quiero agradecerle que haya cuidado de Irina y Anya.

—Llámame Betty —le dijo la otra mujer, acariciándose el moño—, y ha sido un placer. Siento como si fueran mis hijas.

—¿Qué plato extranjero querías cocinar? —le preguntó Irina a Vitaly, golpeándole en broma el brazo.

Él puso los ojos en blanco y contestó:

—Espagueti a la boloñesa.

Los mediodías de invierno todavía eran lo bastante cálidos como para comer fuera, por lo que sacamos la mesa plegable a la terraza y trajimos más sillas. A Vitaly se le asignó la tarea de trincar la carne, e Irina sirvió las verduras. Ruselina se sentó cerca de Betty, y no pude evitar contemplarlas juntas. Formaban una extraña yuxtaposición. Al margen de que se pudiera afirmar que eran mujeres muy distintas, una al lado de otra tenían un aspecto extrañamente parecido. A primera vista, no compartían nada: una era una aristócrata del viejo mundo venida a menos por las circunstancias de guerras y revoluciones; la otra era una mujer de una familia de clase trabajadora que, a base de ahorrar y economizar, había llegado a poseer su propia cafetería y una casa en Potts Point. Pero, desde las primeras palabras que se cruzaron, Ruselina y Betty descubrieron que había entre ellas una buena compenetración, como entre mujeres que hubieran sido amigas desde hacía años.

—Estabas muy enferma, cariño —le dijo Betty, tendiéndole el plato de Ruselina a Vitaly para que le sirviera más carne.

—Pensé que me iba a morir —confirmó Ruselina—. Pero ahora puedo decir de todo corazón que nunca me he sentido mejor en toda mi vida.

—Es por los médicos franceses —bromeó Betty, bizqueando—. Creo que podrían arreglarte cualquier cosa.

Ruselina se echó a reír por la insinuación de Betty. Me sorprendió que lo hubiera entendido tan fácilmente.

—Por supuesto que lo hubieran hecho, si tan sólo hubiera tenido veinte años de nuevo...

De postre, tomamos parfait, servido en copas altas. Al mirar las capas de helado y mermelada, con frutas y nueces por encima, me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo me iba a caber todo aquello después de la pantagruélica comida. Me recliné en mi asiento, reposando las manos sobre el vientre. Betty le estaba hablando a Ruselina

sobre la playa de Bondi y le decía que le encantaría mudarse allí cuando se jubilara. Mientras tanto, Irina escuchaba, con más entusiasmo del que yo habría podido esperar, el pormenorizado relato de Vitaly sobre los largos que había nadado aquella mañana en las marismas.

—Está claro que a ti no te afecta el frío —le comentó Irina. Contemplé las caras sonrientes de todo el mundo y sentí un hormigueo de alegría en mi interior. A pesar de la nostalgia que sentía por mi madre, me di cuenta de que, en ese momento, era más feliz que en los meses anteriores. Había estado preocupada por tantas cosas, pero todo parecía estar saliendo bien. Ruselina había llegado con buena salud y muy animada. Irina parecía disfrutar trabajando en la cafetería y yendo a las clases de inglés en una escuela técnica. Por mi parte, me encantaba el pequeño piso de Betty. Me sentía más cómoda allí que en la mansión en Shanghái. Había querido mucho a Serguéi, pero su casa se había convertido en un antro de angustia y engaños. Aquí, en Potts Point, todo era tan tranquilo y acogedor como en Harbin, incluso aunque ambas ciudades, al igual que los gustos de mi padre y los de Betty, no podrían haber sido más diferentes.

—Anyá, estás llorando —dijo Ruselina.

Todo el mundo se quedó silencioso y se volvieron para mirarme. Irina me entregó su pañuelo y me cogió las manos.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—¿Algo te ha disgustado, cariño? —preguntó Betty.

—No —les respondí, negando con la cabeza y sonriendo, a pesar de las lágrimas—. Soy feliz. Eso es todo.

Los esfuerzos de Ruselina por dedicarse a la costura empezaron a surtir efecto muy lentamente. Muchas mujeres inmigrantes que nunca habían trabajado antes se dedicaban a la costura para complementar los salarios de sus maridos y, aunque las puntadas de Ruselina eran casi perfectas, las mujeres más jóvenes que ella trabajaban más deprisa. El único tipo de encargo de costura que le ofrecieron a Ruselina fue trabajo externo para fábricas. Sin decírnoslo, aceptó hacer diez vestidos de cóctel por semana para una fábrica en Surry Hills. Pero los bordados de los vestidos requerían tanto trabajo que se veía obligada a coser desde las seis de la mañana hasta tarde por la noche para cumplir los plazos y, en menos de quince días, volvió a tener un aspecto pálido y débil. Irina le prohibió que aceptara más trabajo de la fábrica, pero Ruselina podía ser muy testaruda cuando quería.

—No quiero que me mantengas cuando me las puedo arreglar por mi cuenta —discutió—. Quiero que ahorres tu dinero para que puedas retomar la carrera de cantante.

Fue Betty la que tomó las riendas de la situación.

—Sólo llevas en el país unas semanas, cariño —le dijo a Ruselina—. Se tarda un

tiempo en conocer gente. Te saldrá más trabajo de costura con el tiempo. Anya y yo necesitaremos uniformes nuevos muy pronto, así que ¿por qué no los haces tú? Y luego, creo que a este piso le vendrían muy bien unas bonitas cortinas.

Más tarde, cuando estaba leyendo el periódico en la cocina, oí por casualidad que Betty le decía a Ruselina:

—No tienes que preocuparte tanto por ellas. Son jóvenes. Se las arreglarán. La cafetería está funcionando mejor que nunca, y todas vosotras tenéis un techo bajo el que guareceros. Estoy contenta de que estéis aquí.

La semana siguiente, Betty me dio una tarde libre, en lugar de una mañana, y la pasé en la terraza, leyendo una novela titulada *Siete mendigos de Sídney*, de una escritora australiana, Christina Stead. La encargada de la librería en el Cross me la había recomendado.

—Es intensa e impactante —me explicó—. De hecho, es una de mis favoritas.

Había sido una buena elección. El trabajo en la cafetería era tan agotador que, durante un temporada, me faltaba la energía hasta para leer. Pero aquella historia me devolvió uno de mis placeres predilectos. Aquella tarde, pretendía leer durante una hora y luego darme un paseo por los jardines botánicos, pero, después del primer párrafo, el libro me enganchó. El lenguaje era lírico, pero no demasiado difícil. Me dejé arrastrar por el fluir de la escritura. Pasaron cuatro horas y casi no me di ni cuenta. Entonces, por alguna razón, levanté la mirada y me llamó la atención el ventanal del estudio de Judith. Tenía expuesto otro vestido. Era un traje de fiesta de seda de color verde salvia, cubierto por una capa de tul.

«¿Por qué no se me ha ocurrido antes?», me dije a mí misma, dejando el libro a un lado y poniéndome en pie.

El rostro de Judith dibujó una sonrisa cuando abrió la puerta y me encontró en el escalón de entrada.

—¡Hola, Anya! —me dijo—. Me preguntaba si vendrías alguna vez a visitarme.

—Siento no haberlo hecho antes —le respondí—, pero una amiga ha venido a vivir con nosotras y hemos estado ayudándola a instalarse.

Seguí a Judith a través de la entrada embaldosada hasta la habitación principal, donde había dos sillones dorados a cada lado de un espejo bañado en oro.

—Sí, Adam me lo ha contado. Una refinada señora mayor, según dijo.

—He venido a ver si podrías darle trabajo. Viene de una época en la que la costura era una noble forma de arte.

—Ah, eso suena bien —comentó Judith—. De momento, tengo bastantes cortadores y costureras, pero es bueno saber que hay alguien que me puede ayudar en los períodos más atareados. Dile que venga a verme en cuanto tenga una oportunidad.

Le di las gracias a Judith y contemplé los jarrones de cristal llenos de rosas sobre la repisa de la chimenea.

—Esta habitación es preciosa —señalé.

—El probador está por aquí. —Judith abrió unas puertas abatibles y me enseñó

una estancia con una alfombra blanca y lámparas de araña colgando del techo.

Había dos sillas estilo Luis XV cubiertas de cretona rosa. Separó las cortinas de lamé dorado y entramos en una zona del estudio con una atmósfera diferente. No había cortinas en las ventanas, por lo que la luz de la tarde recaía directamente sobre los bancos de trabajo cubiertos de acericos y tijeras. Había un grupo de maniqués de costura apoyados contra la pared trasera de la habitación, que daban la impresión de estar celebrando una reunión. Ya eran más de las cinco, por lo que el personal de Judith ya había acabado su jornada laboral y se había ido a casa. La estancia tenía un ambiente parecido al de una iglesia vacía.

—¿Qué te parece si tomamos un té? —preguntó Judith, dirigiéndose hacia una cocinilla que había en la esquina—. No, tomemos un poco de champán.

La contemplé mientras colocaba dos copas sobre un banco de trabajo y abría el corcho de la botella de champán.

—En esta habitación me relajo mejor que en ninguna otra —comentó, echándose a reír—. La sala principal es más llamativa. Esta estancia me resulta más íntima.

Me tendió una copa, y el primer sorbo se me subió directamente a la cabeza. No había vuelto a beber champán desde el Moscú-Shanghái. Allí, en el estudio de Judith, aquellos días parecían haberse alejado una eternidad.

—¿Ésos son tus últimos diseños? —le pregunté, señalando un perchero de vestidos con fundas de organdí.

—Sí. —Dejó a un lado la copa, cruzó la estancia y arrastró el perchero hacia mí. Bajó la cremallera de una de las fundas para enseñarme un vestido de encaje con mangas casquillo y un escote en forma de pico que se abría ampliamente para dejar al descubierto los hombros. El vestido tenía un forro de seda color bronce, lo cual lo hacía parecer tan caro como la parte exterior.

—La gente lleva enaguas rígidas —me explicó—, pero a mí me gusta que la tela caiga sobre el cuerpo, para que envuelva la figura como si fuera una cascada. Por eso necesito modelos con buenas piernas.

—Los bordados son bellísimos. —Recorrí con la punta de los dedos las cuentas plateadas del corpiño. Mi mirada recayó sobre la etiqueta del precio. Algunos australianos habrían considerado aquella cantidad como un depósito para una parcela de terreno. Recordé que, en Shanghái, yo compraba vestidos como aquél y ni siquiera me paraba a pensar en el precio. Pero, después de todo lo que había pasado, mis prioridades habían cambiado. Aun así, no podía evitar sentirme fascinada por aquella extraordinaria prenda.

—Tengo a una italiana que me ensarta las cuentas y a otras dos que confeccionan los bordados. —Judith volvió a colocar el vestido dentro de su funda y cogió otro para enseñármelo. Era un traje de noche con un cuello vuelto, el pecho era de color lavanda, el corpiño, color turquesa y la falda era negra con escarapelas a lo largo del dobladillo. Le dio la vuelta para enseñarme el suave polisón de la parte trasera.

—Éste es para una obra que se estrenará en el Teatro Real —me explicó,

colocándose el vestido contra su propio cuerpo—. Me llega mucho trabajo de las compañías teatrales y también un poco de la gente que acude a las carreras de caballos. Ambos son mundos fascinantes.

—Parece que tienes una clientela interesante —observé.

Judith asintió.

—Pero me encantaría conseguir que las damas de la alta sociedad se pusieran mis vestidos, porque salen en las revistas todo el tiempo. Y también, porque suelen tener prejuicios contra los diseñadores australianos. Todavía piensan que es más prestigioso comprarse los vestidos en Londres o en París. Pero lo que tiene buena acogida en Europa no tiene necesariamente por qué traducirse en éxito aquí. A pesar de todo, los círculos tradicionales de alta sociedad son muy cerrados. Es difícil abrirse camino.

Me tendió el vestido.

—¿Te gustaría probártelo?

—A mí me sientan mejor los diseños más sencillos —repliqué, dejando a un lado mi copa.

—Entonces, tengo un modelito perfecto para ti. —Abrió la cremallera de otra funda y sacó un vestido con un corpiño ceñido de color negro y una falda recta de color blanco, con un ribete negro en el dobladillo—. Pruébate éste —me dijo, conduciéndome al probador—. Tiene guantes y una boina a juego. Es parte de mi colección de primavera.

Judith me ayudó a desabrocharme la falda, y colgué mi suéter de un perchero almohadillado. Muchos modistos tenían por costumbre ayudar a sus clientes a cambiarse, y me alegré de llevar la ropa interior nueva que había comprado en Mark Foys unos días antes. Me habría dado mucha vergüenza si me hubiera visto con la ropa interior raída que había estado utilizando desde Tubabao.

Judith me subió la cremallera del vestido y me colocó la boina en ángulo sobre la cabeza, y después dio varias vueltas a mi alrededor.

—Serías una buena modelo para la colección —comentó—. Justamente tienes el aspecto aristocrático necesario.

La última persona que había hecho ese comentario sobre mí había sido Dimitri. Pero Judith lo dijo de un modo que parecía más una cualidad personal que una mera ventaja.

—Tener acento en Australia es un inconveniente —repliqué.

—Eso depende de en qué círculo te muevas y de cómo te presentes a ti misma —me dijo Judith, guiñándome el ojo—. Los propietarios de los restaurantes más importantes de esta ciudad son todos extranjeros. Una de mis competidoras es una mujer rusa en Bondi que asegura ser sobrina del zar. Por supuesto, es mentira, es demasiado joven. Pero todo el mundo está encantado con ella. Les dice a sus clientas lo que tienen que ponerse o dejar de ponerse con tal autoridad que incluso algunas matronas de la alta sociedad se acobardan en su presencia.

Judith cogió el dobladillo del vestido y lo alisó entre sus dedos, mientras

meditaba.

—Si logro que te vean en los lugares adecuados llevando mis vestidos, quizás eso pueda proporcionarme el empuje que necesito. ¿Me ayudarás?

Fijé la mirada en los ojos azules de Judith. Lo que me estaba pidiendo no podía ser tan difícil. A fin de cuentas, en su momento había sido la anfitriona del club nocturno más grandioso de Shanghái. Y después de haber llevado ropa descolorida y usada durante tanto tiempo, resultaba agradable volver a ponerse vestidos bonitos.

—Pues claro —le respondí—. Suena divertido.

Mi imagen reflejada en el espejo de Judith me cortó la respiración. Después de cinco pruebas, dos de ellas probablemente innecesarias, el modelo creado para mi «debut» en la sociedad australiana estaba listo. Rocé con los dedos la gasa púrpura, y le sonreí a Judith. Tenía un corpiño fruncido, emballenado para darle consistencia y con tirantes. La falda suelta me llegaba justo por encima de los tobillos. Judith me envolvió el chal a juego alrededor de los hombros y parpadeó con ojos húmedos. Podría haber sido una madre vistiendo a su hija para el día de su boda.

—Es un vestido increíble —comenté, mirando a Judith en el reflejo del espejo. Era verdad. De todos los que me había puesto en Shanghái, ninguno era tan femenino, ni ninguno tenía un corte tan elegante como el que Judith había diseñado para mí.

—La verdad es que ha sido todo un proceso de producción —dijo, echándose a reír, mientras servía dos copas de champán—. Por el éxito del vestido. —Vacío su copa en tres sorbos y, cuando vio la sorpresa pintada en mi rostro, añadió—: Mejor empina el codo ahora. No está bien visto que las chicas de nuestra edad beban en público.

Solté una carcajada. Betty me había contado que en Australia las «chicas bien» nunca bebían o fumaban en público. Cuando le pregunté a ella por qué fumaba, bizqueó y me dijo:

—Yo era jovencita en los años veinte, Anya. Ahora soy una vieja momia y puedo hacer lo que quiera.

—Pensé que querías que pareciera una aristócrata rusa expatriada —me burlé de Judith—. ¿No me habías dicho que la de Bondi bebe como un cosaco?

Oímos el ruido de un motor de automóvil que se detenía fuera, en la calle. Judith echó un vistazo por la ventana y saludó a un joven trajeado. Abrió la puerta y le invitó a entrar, presentándomelo como Charles Maitland, su cita de aquella noche. Charles le había traído un ramillete con una orquídea, que ella se ató a la muñeca. Por el modo en que contemplaba a Judith y apenas nos prestaba atención a mí o al modelo que llevaba, y al que Judith no paraba de hacer referencia, me percaté de que estaba totalmente prendado de ella. Sin embargo, yo ya sabía que aquel sentimiento no era mutuo. Judith me había dicho que había elegido a Charles porque venía de una

«buena» familia y podría conseguirnos una mesa en el Chequers. Normalmente, el club nocturno más popular de Sídney solía ser democrático, y cualquiera con el atuendo adecuado podía entrar; pero aquella noche era el estreno de una estrella de la canción estadounidense, Louise Tricker, y sólo se podía entrar con invitación. Judith me dijo que lo más granado de la sociedad australiana iba a estar allí, incluidos los asistentes habituales a las carreras de caballos, estrellas de teatro y de la radio, e incluso algunos integrantes de la élite social. Judith no me había podido encontrar un caballero lo suficientemente sofisticado para estar a la altura de mi indumentaria, por lo que yo iba con ellos en calidad de acompañante.

Charles me abrió la puerta de su Oldsmobile, mientras Judith me sujetaba el borde del vestido. De camino a la ciudad, Charles, cuyo padre era cirujano en Macquarie Street, nos habló del Baile en Blanco y Negro en el Trocadero. Su madre pertenecía al comité organizador. Judith ya me había explicado de qué se trataba. Era el mayor evento de la alta sociedad y representaba una oportunidad para que las mujeres casadas recientemente pudieran mostrar sus vestidos de novia por segunda vez. Había premios para los mejores vestidos en blanco y negro, y me dijo que la mayoría de las mujeres ya habrían elegido qué se iban a poner para la ocasión. Si la madre de Charles estaba en el comité organizador, estaba claro que Judith recibiría una invitación, es decir, la madre de Charles aprobaba que se relacionara con su hijo. Judith me había contado que sus padres poseían el edificio en el que ella tenía su estudio. Ella residía en el apartamento de la siguiente planta y alquilaba el de la tercera. El padre de Judith era un rico abogado, pero su abuelo había sido sastre, por lo que la familia carecía de eso a lo que Judith llamaba misteriosamente «contactos».

Era embarazoso saber que Judith estaba utilizando a Charles. Parecía un buen hombre. Pero, entonces, me sentí incómoda con la idea de que su madre pudiera no «aprobar» a una chica tan encantadora como Judith. En Shanghái, con tal de que tuvieras dinero y estuvieras dispuesto a gastarlo alegremente, eras bienvenido en todas partes. Solamente el cerrado círculo británico se preocupaba por las historias familiares y los títulos. De nuevo podía ver claramente que la sociedad australiana era bastante diferente en ese sentido, y empecé a cuestionarme si habría sido buena idea meterse en aquello.

El club nocturno Chequers se situaba en Goulburn Street y, a diferencia del Moscú-Shanghái con su escalinata ascendente, estaba a nivel del sótano. En el momento en que puse el pie en la escalera, Judith se volvió y me sonrió, y supe que había empezado el espectáculo. Aunque varias mujeres se volvieron para admirar mi vestido, ningún fotógrafo de prensa me hizo una foto. Sin embargo, sí oí que los reporteros comentaban: «Oye, ¿ésa no es aquella nueva actriz recién descubierta en Estados Unidos?».

—No te preocupes por los fotógrafos —me dijo Judith, enlazando su brazo con el mío—. Si no te conocen, no te harán fotos. ¿Has visto a todas esas mujeres admirando tu vestido? Eres la belleza del baile.

El club estaba lleno hasta los topes. Allá donde mirara, veía bordados de seda, gasa, tafetán y pieles de visón y de zorro. No había visto nada parecido desde la época del Moscú-Shanghái. Sin embargo, había algo diferente en los asistentes al Chequers. Con su animada charla y su aspecto impoluto, carecían de la faceta oscura y oculta que se percibía entre los habitantes de Shanghái. No parecían gente que viviera al filo de la fortuna o la ruina. O, por lo menos, eso creía yo.

Nos condujeron a una mesa situada una fila por detrás de la pista de baile y no demasiado lejos del escenario. A juzgar por aquella ubicación, según me diría más tarde Judith, uno se percataba de que la madre de Charles tenía buenas influencias.

—Deberíamos ver a Adam —comentó Judith, escudriñando la muchedumbre—. Creo que le ha echado el ojo a la hija de un entrenador hípico.

—¿Cómo ha podido entrar? —le pregunté.

Sonrió.

—Oh, sé que viene como reportero de hípica, pero es muy hábil con la gente. Ha logrado conseguir buenos contactos.

De nuevo aparecía aquella palabra.

Hubo un redoble de tambores, y un foco de luz se movió por toda la estancia hasta el maestro de ceremonias, un comediante australiano llamado Sam Mills que llevaba un traje de terciopelo rojo y un clavel blanco en el ojal de la solapa. Pidió que todo el mundo tomara asiento y comenzó diciendo: «Distinguido público, damas y caballeros, nuestra artista de esta noche tiene más capacidad pulmonar que *Carbine* y *Phar Lap* juntos...». El público se echó a reír. Charles se inclinó hacia mí y me susurró que aquéllos eran los nombres de dos de los mejores caballos de carreras australianos. Agradecí que me lo dijera, porque, de otro modo, no habría entendido el chiste.

Sam anunció que Louise Tricker había llegado a Australia después de una triunfante temporada en Las Vegas, y que todos debíamos «chocar una mano contra la otra para recibirla». Las luces disminuyeron de intensidad, y el foco se movió hacia Louise, que caminó lentamente por el escenario hasta tomar asiento frente al piano. Varias personas entre el público se quedaron boquiabiertas. Con un nombre como Louise, todo el mundo había pensado que se trataba de una mujer. Pero la corpulenta persona que estaba sentada ante el piano, con el pelo al cero y un traje a rayas, tenía que ser un hombre.

Louise presionó las teclas del piano y comenzó a cantar, sumiendo de nuevo al público en la confusión. Su voz era totalmente femenina. Antes de que hubiera terminado los primeros compases de su número de *jazz*, ya se había metido al público en el bolsillo. «*Going my way, going only my way, not your way, my way*», cantó mientras forzaba al máximo el piano y dejaba atrás al bajista y al percusionista. Tenía un estilo muy enérgico y, aunque yo había escuchado a músicos mejores en el Moscú-Shanghái, nunca había visto un artista con tanta presencia. Excepto, quizás, a Irina.

—¿Qué tal están ustedes? —preguntó Louise después de su primer número. La

mitad del público no dijo nada y la otra mitad gritó:

—¡Estamos bien, Louise! ¿Y tú?

Judith se rió cerca de mi oreja:

—La gente de buena familia frente a los del teatro y a los aficionados a las carreras.

—¿Qué tipo de artistas suelen actuar aquí? —le pregunté.

—Normalmente hay buenos espectáculos de *cabaret* y de variedades.

Louise comenzó un nuevo número, una pieza de ritmos caribeños. Me recliné en mi asiento y pensé en Irina. Si Chequers tenía espectáculos de *cabaret*, quizás ella podría presentarse a alguna audición. Era tan buena como algunas de las mejores estrellas de *cabaret* en Estados Unidos y Europa que habían actuado en el Moscú-Shanghái. Si a los australianos de un pueblo rural les había gustado, sin duda en Sídney la adorarían.

Después del último número, que combinaba una letra improvisada con música *swing*, Louise se levantó de un salto y saludó a un público que se había puesto en pie para ovacionarla. Independientemente de lo que pensarán sobre su aspecto, nadie podía negar que su actuación había sido excepcional.

A medianoche, una banda se instaló en el escenario y la gente se apresuró a saltar sobre la pista de baile, o bien porque les aliviaba que se hubiera terminado la actuación de Louise Tricker de aquella noche, o bien porque tenían un exceso de adrenalina corriéndoles por las venas y necesitaban desfogarse.

Contemplé a las parejas dando vueltas en la pista de baile, entre las que había algunos bailarines muy buenos. Me fijé en un hombre cuyos pies se deslizaban tan suavemente que el resto del cuerpo no se movía en absoluto y en una mujer tan liviana que su manera de moverse me recordaba a una pluma mecida por la brisa. La música romántica me devolvió el recuerdo del Moscú-Shanghái. Evoqué cómo Dimitri y yo habíamos bailado durante los últimos días, después de que le hubiera perdonado por su infidelidad con Amelia. Qué cercanos parecía que estábamos. Mucho más que cuando éramos más jóvenes o justo después de la boda. Me preguntaba si mi vida como refugiada hubiera sido más fácil de haberle tenido a mi lado. Me sobresalté. ¿No era ésa la razón por la que la gente se casaba? Para apoyarse mutuamente. Empezaba a pensar que todos y cada uno de los aspectos de nuestra relación habían sido un espejismo. ¿Cómo, si no, me había dejado con tanta facilidad?

—Hola —oí que saludaba una voz familiar. Levanté la mirada para ver a Adam Bradley sonriéndonos.

—¿Te ha gustado el espectáculo? —le preguntó Charles.

—Sí —respondió—, pero no me sentiría demasiado seguro al lado de una mujer que pudiera ganarme en un combate de boxeo.

—¡Oh, venga ya! —le dijo, entre risas, Judith—. ¿Qué ha pasado con la hija del jinete?

—Bueno —comentó Adam, mientras contemplaba mi vestido—. Esperaba que Anya bailara conmigo para ponerla celosa.

—Si su padre lo descubre, vas a conseguir que te rompa la nariz, Adam —le advirtió Judith—. Y solamente voy a dejar que Anya baile contigo porque es una buena oportunidad de exhibir el modelo que lleva.

Adam me condujo a la atestada pista de baile. Me deshice de mis tristes pensamientos sobre Dimitri. No tenía sentido arruinar la velada lamentándome por algo que no podría cambiar, además mi vestido, que atraía las miradas apreciativas de algunos de los otros bailarines, no me sentaría tan bien si ponía cara de pocos amigos. El color era atrevido en comparación con el resto de los vestidos blancos, negros o de colores pasteles, y la gasa brillaba como una perla bajo las luces de la pista de baile.

—De hecho —comentó Adam, mirando a su alrededor—, podría hacerle mucho bien a mi carrera que me vean contigo. Todo el mundo nos está mirando.

—Espero que no sea porque se me ha bajado la cremallera —bromeé.

—Espera un segundo, voy a comprobarlo —replicó, deslizando la mano por mi espalda.

—¡Adam! —Alcancé su mano y me la volví a colocar en un lugar más decente—. Eso no era una invitación.

—Lo sé. —Sonrió abiertamente—. No quiero que Judith y Betty se me echen encima.

La banda empezó a tocar un número más lento, y Adam estaba a punto de comenzar a llevarme cuando escuché una voz detrás de nosotros que decía:

—¿Me permite el siguiente baile?

Levanté la vista para ver a un hombre mayor de cejas cortas y una mandíbula cuadrangular que me estaba mirando. Su protuberante labio inferior le hacía parecer un simpático bulldog. Los ojos de Adam casi se le salieron de sus órbitas.

—Ah, sí, sí, claro —respondió. Sin embargo, por el modo en el que se aferraba a mí, me di cuenta de que no le agradaba que le hubieran interrumpido.

—Me llamo Harry Gray —me dijo el hombre, llevándome con elegancia—. Mi esposa me envía con estrictas instrucciones de salvarla a usted de las garras de Adam Bradley y para averiguar quién ha confeccionado su vestido.

Señaló con la barbilla en una dirección detrás de nosotros. Miré a mi espalda para ver a una mujer sentada en una mesa cerca de la pista de baile. Llevaba un vestido color champaña con un corpiño bordado y su cabello gris recogido en un moño bajo.

—Gracias —le contesté—. Me encantaría conocer a su esposa.

Cuando el baile terminó, Harry me condujo hasta la mesa en la que estaba esperando la mujer. Se presentó como Diana Gray, directora del *Sydney Herald*. Noté algo que brillaba por el rabillo del ojo y miré de soslayo para ver a Judith observándome por encima de la carta del menú y haciéndome un gesto de aprobación con el dedo pulgar hacia arriba.

—¿Qué tal está, señora Gray? —le dije—. Me llamo Anya Kozlova. Gracias por

enviarme a su marido.

—Cualquier cosa por salvar a una joven atractiva de los brazos de Adam Bradley. Siéntese, por favor, Anya.

Me resultaba difícil apartar la mirada de Diana. Era una mujer muy hermosa. No llevaba maquillaje, exceptuando un toque de pintalabios rojo oscuro, y hablaba con un acento muy claro, que supuse que era británico. Me impresionó que pudiera pronunciar mi nombre correctamente.

—¿Vive usted en Potts Point? —me preguntó Harry, sentándose a mi lado y dando la espalda a la pista de baile—. Si vive cerca del Cross, debe de saberlo todo sobre la bohemia. La actuación de esta noche no ha debido de parecerle demasiado escandalosa.

Había visto cosas mucho peores en el Moscú-Shanghái, pero no iba a decírselo.

—Bueno, lo único que puedo asegurar —dijo Diana, riéndose— es que habrá montones de gente corriendo a refugiarse en la seguridad del Prince's o del Romano's después de haber visto a Louise Tricker.

—Es bueno escandalizarse de vez en cuando —comentó Harry, entrelazando los dedos y apoyando las manos sobre la mesa—. Este país necesita una buena patada en el trasero. Es maravilloso que el director del club haya corrido un riesgo como éste.

—Mi marido es un verdadero patriota y un rebelde bohemio en secreto —explicó Diana, sonriendo—. Es banquero.

—¡Ja! —rió Harry—. Y ahora, háblele a mi esposa sobre su vestido, Anya. Eso es el tipo de cosas que le interesan.

—Es de la diseñadora Judith James —indiqué, mirando de reojo a Harry—. Es australiana.

—¿De verdad? —dijo Diana, poniéndose en pie y saludando a alguien que se encontraba al otro lado de la pista de baile—. No he oído hablar de ella, pero creo que podríamos conseguir una buena foto de este vestido para el periódico.

Una chica de pelo negro y corto que llevaba un vestido con aspecto de ser caro se abrió paso hasta la mesa, con un fotógrafo pisándole los talones. Mi corazón se paró durante un instante. Una fotografía de su creación en el periódico era mucho más de lo que Judith hubiera podido desear.

—Estamos esperando para hacerles una fotografía a *sir* Morley y a su esposa antes de que se marchen —le dijo la chica a Diana—. Si nos lo perdemos, seremos el único periódico sin su foto.

—Muy bien, Caroline —replicó Diana—, pero antes hazle una foto a Anya y a su precioso vestido.

—¿Anya qué? —preguntó la chica, sin ni siquiera dignarse a mirarme.

—Kozlova —contestó Diana—. Vamos, date prisa, Caroline.

Caroline hizo una mueca de niño obstinado.

—Sólo nos quedan dos placas. No podemos permitirnos malgastar ninguna. El color no aparecerá en la fotografía y es lo mejor del vestido.

—Lo mejor del vestido es la chica que lo lleva —puntualizó Diana, empujándome hacia la pista de baile y colocándome en una pose junto a Harry—. Así, de esta manera, podrás captar todo el vestido —le indicó al fotógrafo.

Hice lo que pude para no malgastar la placa cuando el fotógrafo disparó. Miré hacia donde estaban sentados Judith y Charles. Judith tenía los brazos en el aire y estaba medio levantada de su silla. Más tarde, de vuelta en el estudio, vació una última copa de coñac, mientras yo me cambiaba el vestido y me ponía uno de algodón.

—Cenicienta después del baile —comenté.

—Has estado maravillosa, Anya. Gracias. Y el vestido es para ti, de regalo. Sólo necesito guardarlo durante una semana, por si acaso alguien quiere verlo.

—No me puedo creer que hayamos conseguido sacarlo en el periódico —le dije. Judith se removió en su asiento y dejó la copa a un lado.

—No cuento con que llegue tan lejos. No cuando su alteza real, Caroline la bruja, la editora de eventos sociales, está al mando.

Me senté a su lado y me puse los zapatos.

—¿Qué quieres decir?

—Caroline Kitson no incluye a nadie en las páginas de sociedad que no pueda ayudarla a satisfacer sus propias ambiciones. De lo que sí me alegro es de que le hayas gustado a Diana Gray. Hablará sobre ti y el vestido, y eso es bueno, tanto para ti como para mí.

Le di un beso de buenas noches a Judith y crucé la calle de vuelta a casa. Me dolían las piernas de bailar y casi no podía mantener los ojos abiertos. Sin embargo, cuando me deslicé en la oscuridad del dormitorio, Irina se incorporó y encendió la luz.

—Estaba tratando de no despertarte —le dije, disculpándome.

—No lo has hecho —replicó con una sonrisa—. No podía dormir, así que decidí esperarte despierta. ¿Qué tal ha ido?

Me senté en la cama. Estaba agotada y quería irme a dormir, pero durante las últimas semanas había estado pasando mucho tiempo con Judith y muy poco con Irina, y me sentía culpable. Además, había echado de menos su compañía. Le hablé sobre el espectáculo y sobre Diana Gray.

—El club parecía un buen local —le dije—. Deberías presentarte a alguna audición de *cabaret*.

—¿Tú crees? —preguntó Irina—. Betty me ha pedido que cante en la cafetería los sábados por la tarde. En el local de King Street han colocado una máquina de discos, y Betty quiere hacer la competencia a lugares de más categoría. Incluso va a comprar un piano para que la abuela pueda tocar.

La idea sonaba estupenda, pero, dada la pasión inicial de Irina por Nueva York, me extrañé de que no mostrara más interés por lo que le había contado sobre Chequers. Podía entender que quisiera ayudar a Betty, pero no comprendía por qué no

quería intentar continuar también su carrera profesional como cantante de *cabaret*. Era lo bastante buena como para hacer su propio espectáculo. Era más que una cantante; tenía madera de estrella. Y, por supuesto, era más femenina y *sexy* que Louise Tricker.

—Anya —me dijo—, tengo algo que contarte.

El modo en que vaciló me puso nerviosa. Por alguna razón, pensé que iba a empezar de nuevo a hablar de irse a Estados Unidos, aunque ahora parecía feliz en Australia.

—No quiero que Betty se entere, ¿vale? No de momento, por lo menos.

—Vale —accedí, notando como se me tensaba la garganta.

—Vitaly y yo estamos enamorados.

Su confesión me cogió totalmente por sorpresa. Lo único que pude hacer fue quedarme mirándola. Sabía que ella y Vitaly se llevaban muy bien, pero no había percibido más que amistad entre ellos.

—Lo sé. No te impresiona —me dijo—. Es desgarbado y no es guapo. Pero es encantador y le quiero.

A juzgar por el brillo especial de sus ojos, no me cupo la menor duda de que era cierto. Le apreté la mano.

—No digas eso —objeté—, me gusta mucho Vitaly. Me has cogido por sorpresa, eso es todo. Nunca me habías dicho que te gustaba de esa manera.

—Te lo estoy diciendo ahora —replicó, sonriendo abiertamente.

Cuando Irina se quedó dormida, cerré los ojos y traté de hacer lo mismo, pero no podía evitar que mi cabeza pensara a toda velocidad. Si Irina estaba enamorada de Vitaly, lo único que me quedaba era desearle que fuera feliz. Era natural que se enamorara y quisiera casarse algún día. Sin embargo, ¿en qué situación me dejaba eso a mí? Había estado tan ocupada tratando de enfrentarme al día a día y añorando mi pasado que había olvidado que tenía un futuro ante mí. El rostro de Dimitri se me volvió a aparecer. ¿Por qué había pensado en él tanto durante aquella noche? ¿Era posible que aún le amara? Me había traicionado por una vida fácil en Estados Unidos, pero, cuando trataba de imaginarme a mí misma enamorándome de otro hombre, el mero pensamiento era suficiente como para hacerme rechinar los dientes de dolor. ¿Qué haría yo cuando Irina se marchara? Me quedaría totalmente sola.

Judith tenía razón sobre la editora de eventos sociales y la fotografía. Al día siguiente, hojeé las ediciones de la mañana y de la tarde del *Sydney Herald*, pero mi foto no aparecía en ninguna de las dos. Me extrañó que Diana no hubiera insistido más con alguien que estaba por debajo de ella. Después del trabajo, me pasé por la librería del Cross en busca de algo nuevo para leer. Decidí que iba a dedicarme a la lectura ahora que Irina estaría ocupada con Vitaly. Elegí un libro de poemas australianos y compré también un diccionario, y, antes de regresar a casa, me

entretuve paseando por la avenida, mientras contemplaba a las parejas que charlaban en las cafeterías y los bares.

Cuando entré en el apartamento, me sorprendió encontrar a Adam sentado en el salón, charlando con Betty.

—Vaya, mira quién está aquí —exclamó Betty, levantándose para rodearme con el brazo—. Parece que ayer por la noche causaste mucha impresión en alguien.

Contemplé a Adam, preguntándome si se habría disgustado por la interrupción de nuestro baile, pero estaba sonriendo.

—Anya —me dijo—, Diana Gray está interesada en averiguar si querrías trabajar para ella. Tienen un nuevo puesto de oficinista en la sección femenina.

Había recibido tantas sorpresas en las últimas veinticuatro horas que apenas pude reaccionar, pero lo primero en lo que pensé fue en Betty y en la cafetería. Un trabajo de oficina sería mejor que ser camarera, y trabajar para un periódico parecía interesante. Pero Betty había sido buena conmigo y no podía dejarla así sin más. Me volví hacia ella y se lo dije.

—No seas tonta —replicó Betty—. Es una oportunidad maravillosa. ¿Cómo podría atreverme a retenerte? El coronel Brighton me advirtió de que alguien reconocería lo inteligente que eres y no te dejaría escapar.

—Al principio, no te pagarán tanto como lo que has estado ganando con Betty —puntualizó Adam—, pero es un buen punto de partida.

—¿Y qué harás con la cafetería? —le pregunté a Betty.

—El inglés de Irina ya es lo bastante bueno —afirmó—. Ya va siendo hora de que salga de la cocina.

—Ya ves, Anya —comentó Adam—. Le estás haciendo un favor a Irina.

—Oh —exclamé, tratando de parecer ingenua. Estaba segura de que aquél era el último favor que Irina desearía que le hiciera.

Judith se emocionó cuando le conté las noticias y me regaló un vestido blanco y negro para que me lo pusiera en la entrevista con Diana.

—Es para ti —me dijo—. Y también te confeccionaré un traje de chaqueta.

—Te pagaré —repliqué.

—¡No, ni hablar! —se negó, riéndose—. Seguramente será la última ropa que pueda regalarte. Estoy segura de que el *Sydney Herald* tiene alguna norma relativa a no aceptar regalos. Pero no te olvides de mí cuando llegues a lo más alto, ¿vale?

Le prometí que no lo haría.

A la mañana siguiente, me encontré con Adam en las escaleras del apartamento para que me acompañara a las oficinas del periódico en Castlereagh Street.

—Dios mío —exclamó, mirando mi vestido—, pareces una rica heredera a punto de embarcarte en un crucero. Vas a hacer que las otras chicas te tengan envidia. Y, a pesar de todo, Diana apreciará tu buen gusto.

Pensé que íbamos a coger el tranvía, pero Adam silbó para detener un taxi.

—No quiero que tu vestido se arrugue. Además, quedaría mal si obligara a una

señorita a ir en tranvía.

Un taxi se acercó a la acera y nos acomodamos en el asiento trasero. Adam se quitó el sombrero y se lo puso en el regazo.

—Hay bastante politiquero en la sección femenina. Muy pronto lo descubrirás por ti misma —me dijo—, pero quiero hacerte un resumen para que puedas empezar con buen pie.

—De acuerdo.

—En primer lugar, ya es un buen comienzo que te hayas ganado a Diana. Una vez que le gustas, ya está todo hecho. Tendrías que hacer algo realmente terrible para hacer que cambie de opinión. Además, es una mujer honrada que ha logrado por sí misma que la respeten porque es buena en su trabajo. En segundo lugar, apártate del camino de Caroline Kitson, la editora de eventos sociales, y de Ann White, la editora de moda. Ambas son un par de brujas.

Miré por la ventana mientras pasábamos por William Street, luego me volví de nuevo hacia Adam.

—Judith me dijo eso mismo sobre Caroline. Me di cuenta de que no mostraba demasiado respeto por Diana, teniendo en cuenta que es su jefa.

Adam se rascó la oreja.

—Diana tiene muchas cualidades. Empezando por ser británica, cosa que, como ya sabrás, proporciona muchos puntos positivos en este país. Es una buena periodista y tiene estilo y buen gusto. Reconoce el crepé de China de la seda natural y la porcelana de Wedgwood de la de Royal Doulton. De lo que carece por completo es de prestigio social. Es una trabajadora incansable proveniente de una familia de académicos, pero eso no significa demasiado para la llamada alta sociedad.

El taxi se detuvo en un atasco cerca de Hyde Park.

—Y entonces, ¿cómo encajan en todo eso Caroline y Ann? —le pregunté.

Estaba empezando a dudar si me convenía trabajar con colegas tan desagradables. Ya había tenido suficiente para toda una vida con las groserías de Amelia.

—Ambas proceden de buenas familias. La de Caroline amasó su fortuna gracias a la lana, y su madre está en todos los comités importantes desde aquí hasta Bellevue Hill. Caroline no trabaja porque necesite dinero, lo hace para imponerse sobre otras chicas de la alta sociedad. Gracias a su puesto, todo el mundo tiene que hacerle la pelota.

—¿Y Ann?

—No es tan mala, pero casi.

Pasamos por delante de la tienda de David Jones en Elizabeth Street, cada vez más cerca de nuestro destino. Abrí mi estuche de polvos compactos y me retoqué el maquillaje. Había decidido seguir el ejemplo de Diana y ponerme el mínimo maquillaje posible.

—¿Por qué teme Diana a Caroline? —pregunté, dándome cuenta de que tenía que haber una razón por la que Caroline había tenido el suficiente descaro como para no

incluir mi fotografía en el periódico después de que Diana se lo hubiera pedido.

—No la teme, sino que es cautelosa. Diana ha trabajado muy duro para poner de su parte a la gente de la alta sociedad. Pero si Caroline comienza a divulgar rumores desagradables sobre ella, podría ser el final de Diana.

El taxi se aproximó a un edificio *art decó* con la inscripción *The Sydney Herald* en bronce adornando el lateral. Adam pagó al taxista.

—¿Hay algo más que debería saber sobre este trabajo antes de aceptarlo? —le susurré a Adam.

—Por norma, el *Sydney Herald* retira a sus empleadas si deciden casarse —me explicó—. Diana es la excepción porque es demasiado difícil de sustituir.

—No tengo planeado casarme —le dije, preguntándome qué ocurriría si descubriesen la historia de Dimitri. ¿Cuál era el escalafón en el *Sydney Herald* para las mujeres abandonadas por sus maridos?

Adam sonrió.

—Muy bien, entonces tienes muchas posibilidades de ascender, porque creo que todas las chicas por encima de ti están buscando marido.

—Ya veo —comenté.

Nos unimos a un grupo de personas que estaban esperando el ascensor.

—Aún hay una cosa más —añadió Adam.

—¿De qué se trata? —pregunté, sin estar segura de si quería escucharlo.

—Tú serás la primera «nueva australiana» contratada por la sección femenina.

Sentí que un escalofrío me recorría la columna vertebral y las piernas hasta los zapatos de color blanco y negro. Me volvió a la mente la imagen de aquellas oficinistas riéndose de mi acento en la cafetería de Betty.

—Eso es malo, ¿no?

—No —me contestó, echándose a reír y dándome una palmadita en el hombro—. Lo que estoy intentando decirte es «¡enhorabuena!».

LA LLAVE

Acepté la oferta de Diana Gray para el puesto de oficinista en la sección femenina del *Sydney Herald* y comencé a trabajar al día siguiente. Además de Caroline y Ann, una chica pálida que llevaba el pelo recogido en una alta cola de caballo, estaban Joyce, la secretaria de Diana, y tres reporteras, Suzanne, Peggy y Rebecca. Diana tenía su propio despacho, pero solía dejar la puerta abierta. En cambio, Caroline y Ann se encerraban en los suyos, por lo que tenía que decidir si podía interrumpirlas o no mirando a través de los paneles de cristal. Ann pasaba casi todo su tiempo contemplando fotografías, y Caroline dedicaba la mayoría del suyo a cotillear por teléfono, lo cual representaba gran parte de su trabajo.

Yo me dedicaba a anotar en una pizarra los acontecimientos de la semana y a quién se los había asignado Diana. Entre ellos, se incluía cualquier evento: desde bodas de sociedad, pasando por cenas de gala, bailes, llegadas y salidas de transatlánticos, hasta partidos de polo y de tenis. La mayoría los cubrían las reporteras de menor antigüedad, exceptuando los más destacados o glamurosos, de los que se encargaban Diana o Caroline.

Además de mis turcas diarias, que consistían en distribuir copias a los subeditores, archivar el correo y hacer té para todo el personal, también me encargaba de enviar los modelos que aparecían en la sección y de seleccionar las recetas enviadas por las lectoras para la columna «¿Qué cocinamos hoy?».

Adam había sido muy preciso con su descripción del funcionamiento de la oficina, y, un mes después, comencé a descubrir dónde encajaba yo cuando salimos a almorzar todas juntas para celebrar el cumpleaños de Diana.

El restaurante favorito de Diana era el Romano's. Era un lugar ostentoso regentado por un italiano pelirrojo llamado Azzalin Romano, y tenía una pista de baile elevada y un sistema de aire acondicionado. El interior estaba cubierto de espejos y jarrones con orquídeas. Cuando llegamos, el camarero jefe colmó de atenciones a Diana, que era una cliente habitual. Cuando nos sentó, observó el vestido blanco y negro que Judith me había regalado y me sentó junto a Diana, frente

a Caroline y con Ann a mi lado. A Joyce y a las reporteras las fue sentando por orden de edad. Las mesas eran redondas, por lo que nuestro lugar en la mesa no tenía mucho que ver con quién podíamos entablar conversación, pero Caroline le dedicó al camarero una mirada de incredulidad. Estaba a punto de ofrecermelo a cambiarme de asiento cuando Diana me sujetó con fuerza por la muñeca.

—Te va a encantar la comida de este restaurante —me dijo—. Romano's es famoso por sus salsas. Pide lo que quieras. Hoy invito yo.

Para mi sorpresa, Ann no pareció alterarse por la distribución de los asientos. Su posición le brindaba una ubicación ventajosa para ver quién estaba comiendo allí aquel día.

—Las señoritas Catherine Moore y Sarah Denison están comiendo juntas. Quizás la señorita Moore está consolando a su amiga porque ha roto su compromiso con el hijo mayor de *sir* Morley.

Después del plato principal, Ann incluso comenzó a charlar conmigo.

—¿Qué te parece el artículo especial de moda de esta primavera? —me preguntó.

—Fabuloso —respondí—. Es imposible equivocarse con Dior.

Por el modo en el que bajaba la mirada, me percaté de que le había agradado mi respuesta.

—Voy a acudir a la llegada del *Himilaya* cuando fondee en el puerto mañana para entrevistar a las señoritas Joan Potter y Edwina Page. Vuelven después de seis meses de París y Londres, y estoy segura de que habrán comprado muchos vestidos hermosos.

La única razón por la que me estaba hablando era porque yo era nueva y podía impresionarme con su historia, pero la escuché con atención de todas maneras. Por lo menos, estaba haciendo el esfuerzo de dirigirme la palabra. Caroline nunca me hablaba. Normalmente, miraba a un punto fijo por encima de mi cabeza cuando me entregaba las copias de sus artículos o cuando le llevaba una taza de té.

—¿Has visto el trabajo de una diseñadora llamada Judith James? —le pregunté a Ann—. Su ropa es tan hermosa como la de Dior, y además, es única.

—Sí, sí la he visto —comentó Ann, mirando con enfado el tiramisú que el camarero le había puesto delante y tomándose sólo un bocado antes de rechazarlo—. Pero es australiana, ¿verdad? Eso no les sirve a las lectoras de nuestra sección.

—¿Por qué no? —inquirí, tratando de parecer lo más imparcial que pude.

—Nuestras lectoras consideran que lo australiano es... ya sabes... inferior. No es que la calidad no sea buena, es que simplemente no evoca imágenes de nada «clásico», o «exótico»; no sé si comprendes lo que quiero decir.

Me sorprendí al oír a una australiana de segunda generación despreciando su propio país, pero recordé que ella y Caroline siempre se referían a Inglaterra como su «hogar».

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Caroline, engulléndose el pudín que tenía de postre.

—De Judith James —le contestó Ann—, la diseñadora.

—Oh, la amiga de Anya —replicó Caroline—, la que hace esa ropa chillona neohollywoodiense.

Noté que me sonrojaba. Caroline se dio cuenta, y en su rostro apareció una sonrisa burlona. Diana estaba hablando con Joyce sobre el catálogo de David Jones, pero se interrumpió en mitad de una frase, y me pregunté si estaría escuchando nuestra conversación. Ann me ignoró durante el resto de la comida, dando por hecho que si era amable conmigo, estaría desprestigiándose a los ojos de Caroline. De vez en cuando, miraba el perfil de Caroline. Tenía veinticinco años, pero su ancha barbilla la hacía parecer mayor. Su cabello era de un color apagado y lo llevaba cortado en una aburrida media melena. No era especialmente atractiva o inteligente, y aunque su ropa siempre era cara, no la lucía con estilo. Ni siquiera era agradable estar con ella. Y, aun así, estaba convencida de ser superior a todos los que la rodeaban. La seguridad que tenía en sí misma me asombraba, pero también me parecía detestable.

Antes de que me fuera a casa aquella tarde, Diana me llamó a su despacho. Aquélla fue una de las pocas veces en las que cerró la puerta.

—Querida, quiero decirte que estoy encantada de que estés aquí —me dijo—. Eres muy valiosa para esta oficina. Siento que Caroline haya sido tan grosera contigo. Es una arrogante. Ignórala.

El almuerzo me había puesto de mal humor durante la tarde, pero el cumplido de Diana y su confianza me levantaron el ánimo.

—Muchas gracias —le dije.

—Creo que la palabra correcta para definir los vestidos de Judith es «exquisitos» —continuó—. La llamaré y le preguntaré qué piensa que ocurrirá con los dobladillos durante esta temporada. Después, la citaré en mi columna. Un comentario mío fomentará su negocio. Todavía es la parte más leída de la sección. No todo el mundo está interesado en el cotilleo.

—¡Diana, muchísimas gracias! —Me cuidé de no levantar la voz, para que las otras no pudieran oírme.

—Será un placer —me respondió—. Y ahora, vuelve a tu trabajo y pon una cara alegre para mí.

De camino a casa, me dejé caer por la cafetería. Todas las mesas estaban servidas, así que me pasé por la cocina. Irina estaba junto al mostrador, vigilando a los clientes, y Vitaly estaba fregando una sartén.

—¿Se sabe algo de Betty y Ruselina? —les pregunté.

Vitaly e Irina se volvieron.

—Todavía no —dijo Vitaly, echándose a reír—, pero espero que recibamos pronto una postal.

Betty había descubierto el secreto de Vitaly e Irina mucho antes de que estuvieran preparados para confesarlo. Pero, en lugar de enfadarse, estaba encantada de que se hubieran enamorado.

—Ésta es mi oportunidad para ir jubilándome —había dicho—. Tom y yo siempre nos propusimos concedernos unas vacaciones, pero nunca tuvimos la oportunidad de hacerlo. Ahora, os voy a formar a los dos para que regentéis la cafetería y me voy a tomar más descansos. Es un negocio muy asentado y será un buen comienzo para vosotros.

Como primeras vacaciones, Betty y Ruselina cogieron el tren para ir a la costa sur.

—¿Qué crees que estarán haciendo allí? —le pregunté a Vitaly.

—Según he oído, están pescando —dijo Irina.

—Sí, claro, pescando jubilados —añadió Vitaly, con una sonrisa burlona. Todos nos echamos a reír.

—¿Qué tal ha ido hoy el negocio? —les pregunté.

—No hemos podido tomarnos ni un respiro —contestó Irina, cogiendo un trapo para limpiar la barra—. Pero ahora se ha calmado. Cuando Betty vuelva, es probable que contratemos a otra camarera.

—¿Quieres algo de comer? —me preguntó Vitaly.

Negué con la cabeza.

—Hoy he asistido a una comilona.

—Ah, esta chica ya sólo se mueve en círculos de la alta sociedad —dijo Irina, riéndose.

—Espero que no —le respondí.

—¿Así, tal cual? —preguntó Irina, arqueando las cejas.

—Así, tal cual.

Entró una pareja en la cafetería, e Irina se apresuró a atenderles. Me senté a la mesa de la cocina y miré cómo Vitaly troceaba un pollo.

—No debes dejar que esas chicas te impidan disfrutar de tu trabajo —me dijo, mirando a sus espaldas mientras trabajaba—. Tú eres más fuerte que ellas. Irina y yo estábamos hablando precisamente de eso esta tarde.

Irina se inclinó sobre el mostrador y le pasó el nuevo pedido a Vitaly.

—Le estaba diciendo a Anya que no se preocupe por esas chicas de la oficina —le dijo. Leyó el pedido y cogió una botella de leche de la nevera—. Ella es fuerte. Es más australiana que todas ellas.

Me eché a reír. Irina se volvió y asintió con la cabeza.

—Es verdad, Anya. Cuando te conocí en Tubabao eras tan silenciosa y retraída... Has cambiado.

Vitaly hizo dos batidos de chocolate y se los pasó a Irina.

—Le encantan las plantas australianas, lee libros australianos, lleva ropa australiana, va a clubes nocturnos australianos... Es una de ellas —dijo Irina.

—No, no lo soy —repliqué—, pero me gusta su país más que a ellas. Están todas locas por Gran Bretaña.

Había otra mujer que pertenecía a la alta sociedad y que trabajaba en el periódico,

pero que no tenía nada que ver con Caroline y Ann. Se llamaba Bertha Osborne y editaba la columna de cocina. Bertha era una mujer rechoncha y pelirroja, con el pelo muy rizado y corto. Escribía los artículos de cocina sencillamente porque le encantaba cocinar y venía a la oficina una o dos veces a la semana para mirar las recetas y componer la columna. Bertha siempre tenía una sonrisa y una palabra amable para todo el mundo, desde el ascensorista y el camarero en el salón de té hasta el propio dueño del *Sydney Herald*, sir Henry Thomas.

—Any, le voy a decir a Diana que debería ascenderte. Eres la más inteligente de esta oficina —me susurraba Bertha cada vez que le entregaba las recetas que había estado clasificando durante la semana. Las únicas personas por las que no se preocupaba eran Caroline y Ann.

—Es como comunicarse con un muro de ladrillo —oí que le decía una vez a Diana.

Diana me contó que Bertha no sólo trabajaba para varias asociaciones de caridad, sino que también componía cestas de comida todas las semanas para familias pobres de los barrios desfavorecidos. Siempre que venía a la oficina, era como si alguien hubiera abierto una ventana para que entrara aire fresco.

Una tarde, cuando yo llevaba trabajando en el periódico aproximadamente un año, Bertha me pidió que me quedara un poco más y la ayudara a seleccionar recetas para hacer un especial de la edición del domingo. Acepté encantada. Estaba deseando aprender todo lo que pudiera sobre diseño y edición, y, además, Bertha proporcionaba buena compañía.

Caroline se marchó temprano para recoger un vestido que iba a ponerse esa misma noche en un gran acontecimiento que se celebraba en el Prince's. Joyce estaba de vacaciones con su marido y sus hijos. Ann y las otras reporteras se habían ido a casa.

Rebecca, Suzanne y Peggy vivían todas lejos de la ciudad, por lo que les venía muy bien irse a su hora siempre que podían. Diana estaba esperando que Harry viniera a recogerla. Llevaba un vestido de cóctel porque era su aniversario de boda, y Harry había prometido llevarla a algún sitio especial.

Bertha hojeaba el fichero de recetas y seleccionó la ensalada de áspic de salmón y galletitas de queso picantes como entrantes, pero no acababa de decidirse sobre qué elegir para los otros platos. Estaba a punto de sugerirle el merengue de limón para el postre cuando Diana contestó el teléfono y, un instante después, dejó escapar un chillido agudo.

—¡Un accidente de tranvía! ¡Oh, Dios mío!

Levanté la mirada para ver a Diana desplomándose en su silla. El corazón me latió con fuerza. Me imaginé a Harry tendido a un lado de la calle en algún lugar entre Rose Bay y Castlereagh Street, cuando escuché que Diana decía:

—Caroline.

Bertha y yo nos miramos boquiabiertas. Diana colgó el teléfono y se aproximó

hacia nosotras. Estaba pálida como una sábana.

—¡Caroline ha sido atropellada por un tranvía en Elizabeth Street!

Contuve un grito. No tenía ni idea de qué decir. No me gustaba Caroline, pero morir aplastada por un tranvía era algo que no le deseaba a nadie.

—Lo siento —dijo Diana, agarrándose la cabeza—. No quería asustaros. No ha fallecido. El tranvía la golpeó de lado. Pero la han llevado al hospital con un brazo y varias costillas rotas.

Bertha se levantó de un salto de su silla y cogió a Diana del brazo.

—Vamos —le dijo—, estás muy afectada. Deja que te prepare un té.

—Ya lo hago yo —le dije—. Sé dónde está todo.

Mientras echaba las hojas de té en la tetera, Diana estaba haciendo esfuerzos por volver a recuperar su faceta profesional.

—Oh, Dios —exclamó—. Esta noche es la fiesta de los Denison. Lo mejor es que llame a Ann para ver si lo puede cubrir ella.

—Me encargo yo de llamar a Ann —le dijo Bertha, dándole palmaditas en el brazo—. ¿Dónde está el número?

Diana señaló al tarjetero sobre su escritorio.

—Allí.

Le llevé a Diana el té, mientras Bertha marcaba el teléfono de Ann.

—No contesta —nos dijo Bertha desde el despacho—. ¿Intento llamar a alguna de las otras chicas?

Diana consultó el reloj.

—No les va a dar tiempo. Viven demasiado lejos. —Se mordió el labio y se mordisqueó una uña, costumbre poco habitual en ella—. Si cancelo nuestros planes de aniversario por la fiesta del vigésimo primer cumpleaños de una niña de la alta sociedad, Harry me pedirá el divorcio. He sido yo la que he estado insistiéndole sobre la celebración del aniversario durante semanas —se lamentó.

Bertha colgó el auricular del teléfono y salió del despacho.

—Envía a Anya. Es una chica encantadora y con muy buena presencia. Podrá hacerlo.

Diana me sonrió y se encogió de hombros.

—No puedo. Si fuera cualquier otra cosa, por supuesto que enviaría a Anya. Pero se trata de un gran acontecimiento. Va a estar incluso *sir* Henry. No podemos permitirnos que nada vaya mal.

—Llama a Stan, del departamento de fotografía —le dijo Bertha—. Dile que necesitas a alguien muy bueno que sepa desenvolverse bien en ese ambiente. El fotógrafo ayudará a Anya. Ella sólo tendrá que anotar los nombres de los asistentes. Eso sí podrá hacerlo.

Diana miró de nuevo el reloj y luego a mí.

—Anya, ¿te ves capaz? Será mejor que vayas a coger algo del armario. No te dejarán entrar si llegas tarde.

El armario al que Diana se refería era el guardarropa común de la sección femenina. Diana, Caroline y Ann podían permitirse sus propios vestidos, pero las otras reporteras eran chicas normales de familias de clase media que no podían comprarse vestidos de noche formales para más de una ocasión. Para ayudarlas, Diana recopilaba vestidos de pasés de moda, muestras y desfiles. Rebusqué entre los percheros. Yo era más alta que las otras chicas, pero también estaba más delgada. Saqué un vestido sin tirantes y me lo probé, pero la cremallera estaba rota. Garabateé una nota en la que escribí «Necesita arreglo» y la prendí con un alfiler al vestido. Deseé que la persona que se había puesto el vestido por última vez hubiera tenido el mismo tipo de cortesía. No había tiempo de volver a casa para ponerme el vestido que Judith me había regalado, así que tuve que conformarme con un vestido de tafetán rosa con lazos en los hombros. Había una ligera mancha de óxido cerca del cinturón, pero esperé que nadie se diera cuenta en la oscuridad. Los otros vestidos eran demasiado pequeños o demasiado grandes. Había llevado durante todo el día el pelo recogido, y aunque algunos pequeños mechones habían empezado a salirse del moño, no había tiempo de hacer nada con ello. No me apetecía nada enfrentarme a una estancia llena de Carolines y Anns sin mi mejor aspecto, pero tampoco quería decepcionar a Diana.

El fotógrafo me estaba esperando abajo, en el vestíbulo. Casi me eché a llorar cuando le vi. Llevaba un chaleco de tela reflectante y pantalones con ribetes. Podía verle los calcetines blancos en el espacio entre el dobladillo y los zapatos. Llevaba grandes patillas y el pelo negro engominado. Parecía un roquero del Cross.

—Hola, soy Jack —me dijo, estrechándome la mano. Apestaba a humo de cigarrillo.

—Yo, Anya —le contesté, haciendo todo lo posible por sonreír.

El Prince's estaba a unas pocas manzanas, así que decidimos ir andando. Jack me explicó que la fiesta que íbamos a cubrir era una gran ceremonia, aunque no necesitaba que me lo repitiera. Sentía suficientes náuseas sin recordatorio alguno. El evento era un baile con cena celebrado por Philip Denison en honor del vigésimo primer cumpleaños de su hija. Los Denison eran dueños de la cadena de grandes almacenes más grande de Australia, así que eran importantes para el periódico por motivos de publicidad. Por eso, el dueño de nuestro periódico, *sir* Henry Thomas, iba a acudir también.

—Nunca he hecho nada parecido, Jack —le dije—. Así que confío en ti para que me digas a quién debemos fotografiar.

Jack sacó un cigarrillo de un bulto en forma de caja que tenía en el bolsillo de la chaqueta. Lo olfateó y se lo colocó detrás de la oreja.

—Seguro que todas las personas más importantes de Sídney van a estar allí —dijo—. Pero ¿sabes lo que sí va a ser noticia sobre este acontecimiento?

Negué con la cabeza.

—Será la primera vez que Henry Thomas y Roland Stephens se encuentren en la

misma habitación desde hace más de veinte años.

El significado de aquello se escapaba a mi comprensión. Miré inexpresivamente a Jack.

—Ah —me dijo, sonriendo—, olvidaba que eres nueva en el país. Roland Stephens es el mayorista más importante de Australia de tela y lana. Probablemente sea uno de los hombres más ricos del país, pero depende del apoyo de Denison tanto como *sir* Henry.

Me encogí de hombros.

—Sigo sin enterarme —le contesté—. ¿Por qué es tan importante que se vayan a encontrar en la misma habitación? No es como si se hicieran la competencia.

Jack me dedicó una sonrisa maliciosa.

—Esos dos no están enfrentados por los negocios precisamente. Se trata de una desavenencia por una mujer. Una hermosa mujer llamada Marianne Scott. Era la prometida de *sir* Thomas... antes de que Roland Stephens se la robara.

—¿Ella va a estar aquí también? —le pregunté, pensando que aquel acontecimiento empezaba a parecerse más a una noche en el Moscú-Shanghái que a una fiesta de la alta sociedad de Sídney.

—No —dijo Jack—. Hace tiempo que se marchó. Ahora ambos están casados con otras mujeres.

Sacudí la cabeza.

—¿Quién puede entender a los ricos?

Jack y yo llegamos al Prince's y nos dijeron que esperaríamos con el resto de la prensa. Nos dejarían entrar después de que todos los invitados importantes hubieran llegado. Contemplé un Rolls Royce detrás de otro acercándose a la alfombra roja. Las mujeres llevaban vestidos de Dior o Balenciaga, y los hombres, esmóquines, lo cual me hizo sentir aún más avergonzada de mi desgastado vestido. Vi a *sir* Henry Thomas salir de un automóvil en compañía de su esposa. Había visto su fotografía en el periódico muchas veces, pero nunca me lo había encontrado en persona. Yo ocupaba un cargo demasiado bajo como para que me lo presentaran.

Los botones abrían las puertas a los invitados según llegaban, y, aunque había más de cien personas entrando en el restaurante, todos les daban propinas. En particular, me fijé en un hombre que se estaba aproximando a las puertas. Era alto y ancho de hombros, con una cabeza como un bloque de granito. Se rebuscó en el bolsillo y echó unas monedas al aire, provocando que los botones se tiraran al suelo a por ellas.

Me di la vuelta, indignada.

Una vez que los invitados más importantes hubieron entrado, le permitieron el acceso a la prensa. Bertha me había llevado a comer unas cuantas veces al Prince's. La decoración estaba compuesta por paredes y manteles blancos con espejos por todas partes. Igual que Romano's, tenía una pista de baile, pero la moqueta que la rodeaba era de color rosa. «Para resaltar la belleza de los rostros femeninos», me

había explicado Bertha.

Algunos de los invitados ya habían tomado asiento en las mesas ovaladas que rodeaban la pista de baile y contemplaban cómo la banda se estaba instalando. Pero la mayoría de la gente estaba todavía socializando, y Jack comentó que debíamos trabajar deprisa, antes de que las conversaciones evolucionaran hacia temas más privados y la gente se molestara porque intentáramos hacerles fotografías.

—*Sydney Herald*. ¿Puedo hacerles una fotografía? —les preguntaba Jack a grupos de gente, aunque para cuando le respondían, ya había disparado su cámara.

Después de que él sacara la foto, yo me apresuraba a disculparme y les pedía que me dijeran su nombre a las personas que aparecían en la imagen. Después, anotaba la información en mi cuaderno y corría detrás de Jack, que ya estaba ocupado con el siguiente grupo. La mayoría de los invitados eran educados, especialmente las esposas de los hombres de negocios, que querían promocionarse a sí mismas y a sus maridos apareciendo en la prensa. A pesar de todo, un joven que estaba charlando con un grupo de amigos se volvió y nos contempló con una mirada despectiva.

—Bueno, si no queda más remedio... —nos dijo, haciendo un gesto con la mano—. Detestaría que perdierais vuestros trabajos por no hacerme una foto.

Fotografiamos a toda la familia Denison, incluyendo a Sarah, a la que su novio acababa de dejar, y a los amigos más atractivos de la cumpleañera Ruth Denison. Jack miró a su alrededor para ver si se nos había pasado a alguien.

Clavó su mirada en una persona, como un halcón eligiendo a su presa.

—Esto no saldrá en el periódico, pero, para ser correctos, será mejor que hagamos esta foto —comentó, arrastrándome a través de la muchedumbre. Vi que nos estábamos dirigiendo hacia el hombre que había visto antes, el que había lanzado las monedas a los botones. Estaba de pie, en compañía de una pareja mayor. Hubiera querido que Jack me dijera quién era, pero él ya le había preguntado si podía hacerle una fotografía. Los otros dos invitados se apartaron a un lado mientras el hombre elevaba la barbilla para entrar en el encuadre. El *flash* de la máquina de Jack relampagueó.

—Perdone, señor —le dije, adelantándome—. ¿Sería usted tan amable de darme su nombre?

En aquel preciso instante, pareció como si toda la estancia se quedara en silencio. El hombre abrió mucho los ojos y movió la boca, pero no dijo nada. Miré de reojo a la pareja que estaba junto a él. Me estaban mirando, avergonzados.

Jack tosió y tiró del cinturón de mi vestido para apartarme.

—Anya —me dijo—, ése es Roland Stephens.

Primero noté calor y luego frío. Jack me arrastró hacia la puerta. Sentí como si todo el mundo me estuviera taladrando con la mirada. Nos cruzamos con una de las reporteras de sociedad de otro periódico. Su rostro estaba iluminado por el regocijo. Me imaginaba a mí misma apareciendo en su columna a la mañana siguiente: «El *Sydney Herald* consideró apropiado enviar a una ignorante novata ataviada con un

vestido desgastado a uno de los acontecimientos más importantes de la temporada... ¿Pueden creérselo? ¡No sabía quién era Roland Stephens! ¡Qué vergüenza!».

—Lo siento muchísimo, Jack —le dije, una vez que hubimos salido.

—No es culpa tuya —me respondió—, es culpa de Diana. Si Caroline no podía venir, tendría que haber venido ella.

Me recorrió un sentimiento de pavor.

—¿Va a tener problemas?

—Bueno —me contestó, encogiéndose de hombros—, imagínate. *Sir Henry* estaba allí. Esto le da a Roland Stephens una cosa más por la que regodearse. Da la sensación de que *sir Henry* contrata a gente que no sabe lo que hace.

Durante toda la noche, di vueltas y más vueltas en la cama. Me tuve que levantar una vez para vomitar, aunque no había comido nada desde la hora del almuerzo. Una cosa era que hubiera conseguido que me despidieran, pero arrastrar a Diana conmigo me parecía impensable. Apreté los dientes con rabia, odiando Sídney, o, más específicamente, su alta sociedad. ¿Por qué no me había quedado en la cafetería, dónde lo más difícil a lo que me tenía que enfrentar era a clientes que pedían batidos sin helado?

A la mañana siguiente, en el que pensé que sería mi último día de trabajo en el *Sydney Herald*, me puse mi vestido blanco y negro con el aspecto de alguien que va a asistir a un funeral. Si me iban a reprender y a despedir por no saber quién era aquel hombre arrogante, entonces pretendía que me reprendieran y me despidieran con estilo. Lo único por lo que sentía remordimientos era por Diana.

Cuando llegué a la sección femenina, me di cuenta de que la historia ya había circulado por la compasión pintada en las miradas de las otras chicas. Ann estaba atareada en su oficina moviendo cosas de un lado a otro. Ya llevaba trabajando con ella el tiempo suficiente como para saber que aquello significaba que estaba emocionada. Me preguntaba si pensaría que iba a conseguir el puesto de Diana. Decidí ser valiente y dirigirme al despacho de Diana directamente para contarle la verdad. Traté de prepararme para lo que se avecinaba, pero, cuando entré, ella levantó la mirada y me sonrió.

—¡Vaya noche maravillosa! —me dijo, sonriendo—. Harry me llevó a una cena a bordo de un transatlántico en el puerto. Nadie de la alta sociedad. Qué alivio.

«No se ha enterado», pensé. Estaba a punto de preguntar si podía sentarme para explicarle lo que había sucedido la noche anterior, pero, antes de que consiguiera pronunciar una sola palabra, Diana exclamó:

—Me alegro de que hoy te hayas puesto ese vestido tan bonito, porque *sir Henry* nos ha pedido que nos reunamos con él en su despacho a las diez.

Traté de tartamudear para decirle que necesitaba hablar con ella, pero sonó el teléfono, y, cuando empezó a hablar sobre el diseño de un ajuar, supe que la llamada iba a durar un buen rato. Corrí desde el despacho de Diana hasta el aseo de mujeres, convencida de que iba a vomitar. Pero el frío de los baldosines de la pared me calmó.

Después de comprobar que todos los cubículos estaban vacíos, me enfrenté a mi imagen reflejada en el espejo.

—Aclara este asunto y asume la responsabilidad —le dije a mi reflejo—. Actúa de manera profesional por el bien de Diana.

Justo antes de las diez en punto, Diana y yo bajamos a la planta de dirección. La secretaria de *sir* Henry nos acompañó a su despacho. Estaba hablando por teléfono con alguien sobre los costes del papel y nos hizo un gesto para indicarnos que tomáramos asiento. Yo me desplomé en el sillón de cuero junto a su escritorio. Estaba tan baja que casi no alcanzaba a verle por encima del nivel de mis rodillas.

Miré a mi alrededor para ver los diferentes retratos de los miembros de la familia Thomas que habían dirigido la empresa antes del actual. Había varios cuadros originales colgando de las paredes, pero el único que pude reconocer fue una pintura con unas ninfas flotando en el aire. El artista tenía que ser Norman Lindsay.

—Siento haberos tenido esperando —dijo *sir* Henry, colgando el auricular. Nunca antes le había visto de tan cerca. Tenía rostro de actor, teatral, con las facciones muy marcadas y nobles.

No se molestó en presentarse. ¿Por qué debería hacerlo? En breves instantes, iba a salir de su vida para siempre.

—Mejor que os acomodéis en la mesa. Quiero mostraros algo —dijo, levantándose y conduciéndonos a una mesa de aspecto medieval, rodeada por sillas con respaldo alto.

Miré de soslayo a Diana. Me preguntaba en qué estaría pensando.

Nos sentamos y *sir* Henry sacó una carpeta de un estante junto a la mesa. Para mi sorpresa, se dirigió hacia mí.

—Como probablemente sabrás, Anya, los periódicos se financian gracias a la publicidad. Los beneficios publicitarios lo son todo. Y ahora más que nunca.

«Oh, Dios mío —pensé—, esto va para largo».

Sir Henry se rascó la cabeza.

—Nuestros publicistas de cosméticos nos han reprochado que no tenemos una columna de belleza en este periódico, como en las publicaciones estadounidenses y europeas.

Asentí y volví a mirar de soslayo a Diana. Estaba sonriendo abiertamente. Empecé a pensar que sabía algo que yo ignoraba.

Sir Henry empujó hacia mí un anuncio de Helena Rubinstein.

—Diana y yo lo hemos hablado y estamos de acuerdo en ponerte a ti a cargo de la columna. Me ha contado que has estado ayudando mucho a Bertha y que tú misma has escrito algún artículo.

Me sequé el sudor de las manos en la parte inferior de la mesa. Su oferta no era lo que yo estaba esperando, pero, de algún modo, conseguí asentir con la cabeza.

—Diana piensa que tienes talento de sobra para hacerlo. Yo creo que eres inteligente e ingeniosa. Además, incluso aunque la competencia comience a

comprender la importancia de una columna de esas características, dudo que tenga a nadie en plantilla tan hermoso como tú. Y eso es importante para una editora de belleza —añadió *sir* Henry, guiñándome el ojo.

Estaba segura de estar teniendo alucinaciones por falta de sueño. ¿Cuándo se le ocurrió a *sir* Henry la idea de que yo era inteligente e ingeniosa? De la noche anterior, estaba claro que no.

—¿Qué contenidos se van a tratar en la columna? —dije, sorprendiéndome a mí misma de que hubiera logrado formular una pregunta inteligente.

—Estará compuesta de dos partes —explicó Diana, volviéndose hacia mí—. La primera estará relacionada con las novedades, y allí podrás explicar las características de los productos que aparezcan en el mercado. La segunda incluirá consejos de belleza. No es nada difícil y yo te supervisaré.

—Podemos discutir los detalles más adelante —dijo *sir* Henry, levantándose para atender al teléfono—. Sólo quería conocerte, Anya, y saber qué pensabas sobre el tema.

Diana y yo salimos de su despacho. En las escaleras, de vuelta a la sección femenina, Diana me agarró del brazo y susurró:

—Llevo meses hablándole de mi idea sobre la columna de belleza y sobre que quería que tú fueras la editora. Pero esta mañana, cuando llegué, de repente, lo único que me dijo fue: «¡Vamos!, ¡vamos!, ¡vamos!».

Se abrió la puerta del rellano de la escalera, y escuché a *sir* Henry llamándome para que volviera.

—Ve —me dijo Diana—, nos veremos arriba.

Sir Henry me estaba esperando en su despacho. Cerró la puerta detrás de mí, pero permaneció de pie.

—Hay una cosa más —me dijo, mientras una sonrisa juvenil le iluminaba su arrugado rostro—. Creo que lo que hiciste ayer por la noche fue muy inteligente. Ya sabes, al aparentar que no sabías quién era Roland Stephens. Tu pequeño truco fue el tema de conversación durante el resto de la velada. Algunos incluso decían que yo mismo te había aleccionado para que lo hicieras. Una chica australiana no habría salido impune, pero tú lo hiciste parecer real. Ese hombre es tan arrogante que merecía que alguien minara su ego.

Aunque me habían concedido el cargo de editora de belleza, no era nada más que una periodista del grado más bajo. Era mejor que ser una oficinista sin rango y, gracias a ello, ganaba un poco más. Lo mejor del cargo era que ya no me desairaban en los eventos sociales. De hecho, aquellas mujeres me consideraban una amenaza. Pensaban que las miraba en busca de algún defecto en la piel o en el peinado, y, en más de una ocasión, me vi acorralada por la esposa de algún político importante o de algún conocido hombre de negocios rogándome que la aconsejara sobre sus primeras canas o arrugas.

—Aquí está la gurú de belleza —decía Bertha, echándose a reír, cada vez que me

veía en la oficina. El título que me había concedido era adecuado. Cada semana, en la columna, les decía a las mujeres cómo podían realzar su atractivo. Les enseñaba a meter los codos en limones cortados por la mitad para mantenerlos tersos y blancos, o a aplicarse vaselina en las cutículas para fortalecer sus uñas. Yo no me hacía ninguna de aquellas cosas, excepto lavarme la cara cuidadosamente antes de irme a la cama. Pero mis lectoras no eran tan sensatas. Trabajar, salir a bailar con Judith y Adam, escuchar a Irina cantar en la cafetería... Todas aquellas cosas hicieron que mi segundo año en Australia pasara rápidamente. En Navidad, Irina y Vitaly anunciaron su compromiso y fijaron la boda para noviembre del año siguiente. Aparte de que aún seguía añorando a mi madre, mi vida en Australia era feliz, y estaba segura de que 1952 iba a ser mi mejor año. Pero me equivocaba. Algo iba a suceder que cambiaría mi vida por completo, una vez más.

Regresé al piso de Potts Point una noche y lo encontré desierto. Sabía que Irina y Vitaly estaban en el cine. Había una nota de Betty sobre la mesa de café que decía que había ido a darse un chapuzón a los baños Domain. Había dibujado un mapa por si quería unirme a ella. Era un día bochornoso, estábamos en mitad de una verdadera ola de calor típica de Sídney. Eran las siete y media, pero el sol aún brillaba con fuerza. Me saqué los zapatos y abrí las puertas y las ventanas. Encontré a Ruselina sentada en una tumbona en el balcón, llevaba un sombrero de paja chino y gafas de sol, y trataba de disfrutar las primeras ráfagas de brisa de la tarde. Abajo, en la calle, podía escuchar los gritos alegres de unos niños que estaban jugando con una manguera.

—Esto es lo que los australianos llaman «calor espantoso», ¿verdad? —comentó Ruselina.

Le pregunté si quería un poco de limonada.

—Gracias. Hoy ha llegado un telegrama para ti, Anya —me dijo—. Lo he puesto en la mesa de la cocina.

Corrí a la cocina, preguntándome quién podría haberme enviado un telegrama. Mi corazón dio un brinco por la emoción cuando abrí el sobre y vi que era de Dan Richards, mi amigo estadounidense. El telegrama decía que vendría a Sídney la semana siguiente y me pedía que me encontrara con él en el consulado a las once en punto.

—¡Mira! —exclamé, dirigiéndome hacia donde estaba Ruselina—. Es de Dan, mi viejo amigo. El que trató de ayudarnos a entrar en Estados Unidos. Vendrá a Sídney la semana que viene y quiere verme.

No podía imaginarme una sorpresa más grata que encontrarme de nuevo con Dan. Habíamos mantenido correspondencia durante aquellos años, sobre todo felicitaciones navideñas, pero también alguna que otra carta. Por entonces, ya era padre de dos niños.

—¡Un visitante extranjero! ¡Debes de estar emocionada! —dijo Ruselina, inclinando su sombrero para poder verme mejor—. ¿Trae a su mujer y a sus hijos?

—No lo sé —le dije—. Supongo que sí, aunque el más pequeño apenas tiene cinco meses. Debe de venir de vacaciones, o bien por negocios.

Leí el mensaje de nuevo. Me sorprendía que Dan me hubiera enviado un telegrama en lugar de escribirme una carta para darme más información. Deseé que trajera a Polly y a los niños. No conocía a su esposa, pero siempre había sentido curiosidad por ella. Dan la describía como una mujer animada y decidida. Sabía que tenía que ser alguien especial para haber inspirado tanta lealtad en un hombre.

La mañana en la que iba a reunirme con Dan, me desperté a las cinco de la madrugada. Había dormido bien, pero no podía seguir tumbada por la expectación de verle de nuevo. Ya había preparado mi mejor vestido de verano. Estaba planchado y colgaba de la puerta del armario: era un vestido corto de color rojo cereza con un sombrero a juego, una de las últimas creaciones de Judith. El sombrero estaba decorado con un adorno de gardenias. El vestido era sencillo y favorecedor, y el sombrero le proporcionaba equilibrio y personalidad. Me deslicé fuera de la cama sin molestar a Irina y fui a la cocina. Me preparé un té y una tostada con mermelada y fui de puntillas hasta la terraza, teniendo cuidado para no despertar a Betty al pasar por la zona de estar. Sin embargo, había pocas posibilidades de que eso ocurriera. Betty acostumbraba a dormir profundamente. Tan pronto como se ponía el pijama y se acomodaba el pelo en la redecilla, se quedaba inmóvil hasta que sonaba la alarma de su despertador por la mañana.

La calle resplandecía con una tonalidad verde veraniega, y el puerto brillaba con los primeros rayos de sol. Apenas podía creer que, al cabo de unas horas, volvería a encontrarme con Dan Richards. Cerré los ojos y me lo imaginé durante aquellas sesiones culturales y lingüísticas en Shanghái. Tan cortés y elegante, tratando de pronunciar las palabras en ruso que yo le escribía. Me eché a reír pensando en su cabello pelirrojo y su frente pecosa. Y su sonrisa encantadora y juvenil. Hubo un tiempo en el que pensé que podría enamorarme de él. Aquello también me hizo sonreír y me alegré de que nunca hubiera ocurrido. Era un buen hombre, un hombre amable, pero no habríamos sido adecuados el uno para el otro. Además de que él estaba felizmente casado, yo era demasiado complicada para él. Pero también me alegré de que hubiéramos seguido siendo buenos amigos. Me había sido leal y había demostrado mucha generosidad para conmigo. Había sido afortunada por haber podido contar con su ayuda cuando la había necesitado.

Un dolor me retorció el estómago. Otro recuerdo me vino flotando a la mente como cuando los restos de un naufragio surgen de las profundidades del mar. No cuadraba con la brisa veraniega ni la alegría que había sentido apenas un segundo antes. Un día en el pasado, otra ciudad, otro consulado... «Estoy buscando a mi marido». El tiroteo en la distancia. El terror en los ojos de la gente que se agolpaba en el vestíbulo. «Por favor, no te preocupes. Aquí todo ha sido caótico. Averiguaré lo que ha ocurrido». Antigüedades chinas y libros, casi todos empaquetados en cajas. «Anya, ¿éste es tu marido? ¿Dimitri Lubenski?». Un barco que esperaba en el puerto.

Su chimenea expulsaba nubes de vapor. «¡Dios santo, Anya!». Dan moviéndose con dificultad a causa de mi equipaje, agarrándome el codo con su brazo para evitar que me tropezara. Mis manos llenas de papeles. Mis piernas débiles por la conmoción. «Confía en mí. Llegará un día en el que te alegrarás de que el apellido de ese hombre no te pertenezca».

—Anya.

El río de aguas turbias se convirtió de nuevo en el puerto azul.

—Anya.

Era Irina, de pie, junto a la puerta, con un plato de beicon y huevos.

—¿Qué hora es? —le pregunté, volviéndome para mirarla. Su sonrisa desapareció.

—Anya —preguntó Irina, mientras su mirada se oscurecía—, ¿por qué estás llorando?

Por suerte para mí, el consulado estadounidense en Sídney no guardaba parecido con el de Shanghái, excepto por las banderas del área de recepción. La decoración estaba compuesta por cuero funcional y madera. Era más formal que chic, y sus guardias uniformados tenían un aspecto decidido y serio. No tenía nada de la opulenta atmósfera de su homólogo en Shanghái. Dan Richards me estaba esperando. Estaba sentado en una butaca de respaldo ancho con una pierna cruzada sobre la rodilla y leyendo el *Daily Telegraph*. El periódico extendido le tapaba el rostro, pero supe que era él por la pelambreira pelirroja que asomaba por la parte superior del diario y por sus largas y delgadas piernas.

Me deslicé sigilosamente hacia él y le agarré el periódico.

—Deberías estar leyendo el mío —le espeté—, no el de la competencia.

Dan lo arrojó a un lado y levantó la mirada hacia mí, mientras en el rostro se le dibujaba una sonrisa.

—¡Anya! —exclamó, saltando del asiento. Me cogió por los hombros y me besó en la mejilla. No había cambiado ni lo más mínimo. Era el mismo Dan con aspecto de muchacho, a pesar de haber sido padre ya dos veces—. ¡Anya! —gritó de nuevo—. ¡Estás preciosa!

Los guardias y la recepcionista le miraron de reojo, sin impresionarse por la conmoción que estaba provocando. Dan les ignoró y no bajó el tono de voz.

—¡Vamos! —me dijo, cogiéndome el brazo y entrelazándolo con el suyo—. Hay un sitio a un par de manzanas donde podemos tomar café y algo de comer.

El restaurante al que Dan me llevó se llamaba Hounds. Era exactamente el tipo de lugar en el que uno esperaría almorzar con diplomáticos. Era elegante y cómodo, con un techo decorado con volutas, sólidos asientos y mesas de madera oscura. Lo impregnaba un olor añejo como el del cuero y los libros. Había una chimenea abierta en la zona restaurante que, por supuesto, no estaba en uso en aquella época del año.

Las ventanas estaban abiertas de par en par, y a Dan y a mí nos sentaron junto a una de ellas, con vistas a un patio de tiestos de arcilla con limoneros enanos y macetas llenas de hierbas que habían crecido demasiado.

El camarero me separó la silla para que pudiera sentarme y nos entregó la carta con una rígida sonrisa.

Dan lo observó mientras se alejaba y me sonrió.

—Anya, lo has dejado aturdido. Estás totalmente maravillosa. Me sienta bien que me vean contigo, y eso que llevo muchísimo tiempo casado.

Estaba a punto de preguntarle dónde estaban Polly y los niños cuando el camarero volvió demasiado rápido con la cafetera y perdí la oportunidad.

—Dios, me entra apetito sólo de ver todo lo que hay —comentó Dan, mirándome por encima del borde de su carta—. ¿Te apetece que almorcemos temprano? He oído que el pollo asado está muy bueno.

Era la primera vez que lo miraba directamente. Era el mismo Dan alegre de siempre, pero había algo en su expresión; un brillo en sus ojos que lo hacía parecer intranquilo.

El camarero vino con su libreta y se marchó con el pedido de Dan de pollo y el mío, de sopa de champiñones. De nuevo, volví a percibir aquello. La expresión agitada en el rostro de Dan.

Una opresión nerviosa en su garganta. Por primera vez aquel día, tuve un presentimiento. Temí que algo hubiera sucedido, que algún desastre les hubiera ocurrido a Polly y a los niños. Pero, seguramente, Dan me habría escrito una cosa así antes de venir. Quizás era solamente el cansancio. El viaje entre Nueva York y Sídney era muy largo.

Cogió uno de los bollos de la cesta del pan y comenzó a untarlo con mantequilla, levantando la mirada de vez en cuando y sonriéndome.

—No puedo acostumbrarme al buen aspecto que tienes, Anya. Ya entiendo por qué el negocio de la belleza te pega tanto. Dime, ¿qué sueles hacer en un típico día de trabajo en el periódico?

Sí, había algo raro en todo aquello. Ése era Dan, pero no un Dan despreocupado. Decidí que, fuera lo que fuese lo que le preocupara, tendría que esperar hasta que la comida llegara. Tenía que decirme algo importante, pero yo no quería que el camarero nos interrumpiera. Así que dejé que la charla cordial me tranquilizara, y hablé con él sobre mis costumbres rutinarias. Sobre Sídney y los australianos, sobre Diana, sobre el café de Betty, el apartamento de Potts Point y mi pasión por la moda australiana.

Me dio la sensación de que tardaban siglos en traer la comida. Cuando por fin llegó, Dan la atacó inmediatamente y pareció que no me iba a contar lo que tenía en mente.

—Bueno, ¿cómo está la sopa? —me preguntó—. Aquí estamos, en este caluroso país, comiendo comida caliente. No parece correcto, ¿verdad? ¿Quieres probar el

pollo?

—Dan. —Levantó la mirada hacia mí, con la sonrisa todavía en los labios—. ¿Dónde está Polly?

—En Estados Unidos. Con los niños. Están todos bien —me dijo mientras cortaba un trozo de pollo y me lo ponía en un borde del plato—. Elizabeth ya tiene tres años, ¿te lo puedes creer?

—¿Entonces estás aquí por negocios? —le pregunté. Me falló la voz.

Dan me observó fijamente. Me dirigió una mirada honrada y compasiva. Su expresión era la de un hombre que no deseaba decepcionar a una amiga. Dejó a un lado el tenedor. Sus ojos se nublaron. El cambio de humor entre nosotros fue tan repentino que me sorprendí. Noté que mi cara empalidecía y la sangre empezaba a zumbarme en los oídos. Fuera lo que fuera lo que tenía que contarme, estaba allí, oculto, interponiéndose entre nosotros, como un cadáver en el depósito, esperando a que alguien lo identificara. Dan tomó aliento. Yo me preparé.

—Anya —comenzó—. No he venido por negocios. He venido porque tengo algo importante que decirte.

No había modo de detener lo que vendría a continuación. Yo misma lo había desencadenado. Quizás no habría habido necesidad de que surgiera si yo no hubiera preguntado. Eran malas noticias. Lo sabía por el extraño tono de voz de Dan. Era un tono que nunca le había escuchado antes. Íbamos a hablar de algo angustioso, algo tabú. Sin embargo, ¿qué demonios podía ser?

—Anya, no he podido dormir durante toda la semana pasada —me dijo—. Me he atormentado pensando en qué debo hacer contigo. Por las cartas que me has enviado y, ahora, al verte aquí, sé que eres feliz con tu nueva vida y con tu país de adopción. He tratado de escribirte como mínimo diez cartas y, al final, las he acabado destruyendo todas. Lo que tengo que comunicarte no puede escribirse en una carta. Por eso he venido en persona, creyendo en tu fortaleza y con el consuelo de que aquí estás rodeada de amigos de verdad.

Su discurso era tan incomprensible que casi me eché a reír por los nervios.

—¿Qué sucede? —Mi voz era tranquila, pero en mi interior, estaba gritando de pánico.

Dan extendió el brazo por la mesa y me cogió la mano.

—Tengo noticias de tu marido, Dimitri Lubenski.

Unos puntos blancos comenzaron a bailarme frente a los ojos. Me eché hacia atrás en mi asiento. Me envolvió una brisa cálida proveniente del patio. Olía a salvia y a menta. Dimitri. Mi marido. Dimitri Lubenski. Repetí aquel nombre para mis adentros. Tenía conexión con mi pasado, pero no podía asociarlo a nada de mi presente. Su nombre evocaba el aroma del coñac y el sonido de los trombones y la percusión de la banda de instrumentos de metal en el Moscú-Shanghái. También lo asociaba a los esmóquines, los vestidos de terciopelo y las alfombras orientales. No formaba parte del restaurante en Sídney donde me encontraba, sentada frente a Dan.

No tenía nada que ver con la calidez o el color azul del cielo australiano. Las imágenes se me aparecieron en la mente en fragmentos inconexos: un plato de sopa de aleta de tiburón, la rumba en una atestada pista de baile, una estancia llena de rosas nupciales... Bebí un sorbo de agua, casi incapaz de sostener la copa firmemente con mi temblorosa mano.

—¿Dimitri? —fue lo único que logré pronunciar.

Dan se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó ligeramente la frente.

—No tengo ni la menor idea de cómo decirte esto...

Dan me estaba hablando a través de una bruma. Apenas podía escucharle. La mención de Dimitri había sido como un golpe. No estaba preparada para aquello. «Íbamos a tomar café y tarta. Dan había venido por negocios. Íbamos a pasar la mañana riéndonos y charlando sobre nuestras vidas». Todo parecía dar vueltas. Dan y yo no éramos las mismas personas que hacía diez minutos. Notaba algo parecido al sabor del metal en el fondo de la garganta.

—Anya, hace poco menos de una semana, mientras estaba sentado a la mesa tomando el desayuno, Polly trajo la correspondencia y el periódico. Iba a ser un día normal como cualquier otro, excepto porque llegaba tarde y tendría que leer el periódico en la oficina. Después de vestirme, lo cogí de la mesa para meterlo en el maletín. Me detuve cuando vi la fotografía de la portada. Reconocí el rostro de aquel hombre al instante. El artículo decía que la policía estaba tratando de identificarle. Le habían disparado en una especie de atraco que había salido mal, y estaba inconsciente en el hospital.

Se me humedecieron las manos por el sudor, empapando el mantel con manchas en forma de mariposas. Dimitri. Atraco. Herido. Disparado. Traté de imaginármelo, pero no pude.

—Cuando vi la fotografía, en quien primero pensé fue en ti —continuó Dan—. ¿Debía contártelo? En mi interior sentí que no debía. Que tú tenías una nueva y feliz vida, y el modo en el que te había tratado aquel hombre era poco menos que abominable. ¡Abandonar a su joven esposa! ¿Cómo pudo estar seguro de que ibas a coger el siguiente barco? Si hubieras esperado unas cuantas horas más, te habrías quedado atrás y habrías sido ejecutada por los comunistas.

Dan se reclinó en su asiento, con el ceño fruncido. Recogió su servilleta, la volvió a doblar y, de nuevo, se la puso en el regazo. Se me ocurrió que aquella era la primera vez que lo veía enfadándose.

—Pero sabía que tenía un deber moral para con la policía y el gobierno y que debía acudir, por lo menos, a identificar a Dimitri —me explicó—. Así que llamé al sargento de policía que se mencionaba en el artículo. Me tomó declaración y me dijo que el sacerdote del hospital estaba interesado en hablar con cualquier persona que conociera a aquel hombre. No sabía a qué venía todo aquello, pero me sentí obligado a llamar, de todos modos. Telefoneé al hospital y el sacerdote me dijo que Dimitri se encontraba en muy malas condiciones, que estaba consciente, pero la mayor parte del

tiempo deliraba. Le habían disparado cuando trataba de defender a una chica de diecisiete años. Cuando escuché aquello, me quedé petrificado. «¿Y quién es Anya? —me preguntó el sacerdote—, no para de llamar a Anya». Le dije que acudiría en el siguiente vuelo.

Hacía tanto calor en el restaurante. El calor parecía aproximarse a mí en grandes olas. «¿Por qué no encienden un ventilador? —pensé—, que hagan algo para que circule el aire». Me manoseé torpemente el sombrero. Me lo quité y lo dejé en una silla a mi lado. Me pareció un objeto tan tonto y frívolo. Qué estúpida era por haberme sentido tan encantada por aquel sombrero. Todo estaba cambiando. Sentí como si mi silla se estuviera elevando. Me dio la sensación de que el techo se me acercaba. Era como si estuviera en equilibrio sobre la cresta de una ola y en cualquier momento pudiera ser arrastrada a las profundidades submarinas.

—Anya, esto es una gran conmoción para ti —dijo Dan—. ¿Quieres que pida un coñac?

Dan parecía estar mejor. Lo que había estado temiendo ya había pasado. De repente, volvía a ser él de nuevo, mi buen amigo, ayudándome en otra crisis.

—No —le respondí, mientras toda la estancia del restaurante se balanceaba ante mis ojos—. Sólo quiero un poco más de agua.

Le hizo un gesto al camarero para que llenara mi copa. El camarero mantuvo la mirada apartada, tratando de ser discreto. Pero había algo morboso en él. Sus pálidas manos sirviéndome el agua apenas parecían humanas. Su ropa olía como a iglesia antigua. Tenía más aspecto de director de funeraria que de camarero.

—Por favor, continúa —le pedí a Dan—. ¿Qué pasó cuando viste a Dimitri? ¿Está bien?

Dan se revolvió en su asiento. No contestó a mi pregunta. Me poseyó la sensación de que todo estaba a punto de cambiar. De que todo lo que había sentido desde Shanghái iba a invertirse en un instante. No había sabido entender a Dimitri. El hombre sobre el que Dan me estaba hablando no era el que yo había imaginado durante tanto tiempo. ¿Dónde se había quedado su vida fácil? ¿Y su club nocturno? ¿Dónde estaba Amelia?

—Llegué a Los Ángeles el día después de ver el artículo en el periódico —relató Dan—. Me encaminé directamente al hospital. El sacerdote me estaba esperando allí. Desde que le proporcioné el nombre de Dimitri a la policía, habían hecho una investigación de antecedentes. Parece ser que trabajaba para un gánster llamado Ciatti, le ayudaba a regentar un garito de apuestas ilegales en el centro de Los Angeles.

»La noche que le dispararon, estaba en la casa de algún pez gordo en las colinas. El tipo no se fiaba de los bancos, por lo que se rumoreaba que tenía montones de dinero y joyas por toda la casa. Ciatti se enteró de algún modo y se imaginó que podría hacer un trabajito en un visto y no visto. Dinero fácil cuando su negocio de apuestas estaba de capa caída. Utilizó a un par de sus matones para allanar el lugar.

Dimitri se limitaba a conducir. Lo dejaron en el coche. Pero algo salió mal cuando la nieta de diecisiete años del pez gordo apareció en la puerta. Aquello no estaba previsto en el plan. Dimitri la vio subir corriendo las escaleras de la casa, sabiendo que se dirigía directamente a una trampa mortal. De hecho, Ciatti ya la había golpeado con la cachapa de la pistola cuando Dimitri irrumpió en la casa. Hubo una discusión. Dimitri forcejeó con Ciatti, recibiendo un disparo en el pulmón y otro que le atravesó la parte superior de la cabeza. Los gritos y los disparos llamaron la atención de los vecinos y Ciatti y sus hombres huyeron de la casa.

—¿Salvó a alguien? —le pregunté—. ¿Dimitri salvó a una chica que no conocía? Dan asintió.

—Anya, cuando le vi en el hospital, profería incoherencias la mayor parte del tiempo. Cuando le pregunté qué había sucedido aquella noche, parecía convencido de que la chica a la que había salvado eras tú.

Sentí un desgarramiento en mi interior, como si algo que hubiera estado enterrado durante años se estuviera volviendo a despertar. Me froté la cara con las manos, pero no pude notar el tacto de los dedos contra las mejillas.

Dan me observó. No tenía ni idea de lo que significaba la tensa expresión de su rostro. Ya no tenía idea de qué significaba nada.

—Pero Dimitri también pasaba por momentos de lucidez —me dijo—. Y entonces, me habló sobre una chica a la que una vez había amado. Una joven que había bailado boleros con él. Era casi como si entendiera quién era yo, como si supiera que yo había acudido a representarte. «Se lo dirá usted, ¿verdad? —me rogó—, ¿le dirá que siempre he estado pensando en ella? Huí porque fui un cobarde, no porque no la amara».

»«¿Cómo lo sabrá ella? —le pregunté—. ¿Cómo convenceré a Anya de eso cuando tú la dejaste allí para que muriera?». Dimitri no me contestó durante un largo rato. Se hundió en su almohada y se le pusieron los ojos en blanco. Pensé que estaba cayendo de nuevo en coma, pero de pronto me miró y me dijo: “Tan pronto como llegué a Estados Unidos, me di cuenta de que había sido un estúpido. ¿Aquella mujer? ¿Cree que ella me amaba? Me dejó en quince días. Cuando le pregunté el porqué, me dijo que lo había hecho para vencer a Anya. Nunca podré explicarle el poder que ejercía sobre mí. Cómo podía invocar lo peor de la vida en mí. No como la dulce Anya, que me aportaba lo mejor. Pero, entre las dos cosas, debía de haber más oscuridad en mi interior, porque ¿cómo, si no, ganó Amelia?”.

»La enfermera vino a examinarle —relató Dan, pasándose los dedos por el pelo—. Le tomó el pulso y comprobó el nivel de suero, luego dijo que yo ya le había hecho suficientes preguntas y que debía irme y dejarlo descansar. Me volví una vez más antes de abandonar la habitación y contemplé a Dimitri, pero ya estaba dormido.

»El sacerdote me estaba esperando fuera. “Dimitri acudió a la oficina de la OIR el día que llegó a Los Angeles —me contó—, el nombre de Anya Lubenskaia no constaba en ningún archivo. Así que les pidió que comprobaran si había alguien que

se llamara Anya Kozlova. Cuando descubrió que Anya había vuelto a adoptar su nombre de soltera, dijo que tenía la certeza de que ella estaría bien. Que ella sabía cómo sobrevivir”. Le pregunté al sacerdote cuándo le había contado Dimitri todo aquello, y me dijo que había sucedido aquella mañana. Durante su confesión.

»Fui a ver a Dimitri al día siguiente. Su estado había vuelto a empeorar. Estaba muy débil. Yo no había dormido nada durante la noche anterior, por lo mucho que había estado pensando en él. “Pero no trataste de volver con ella, ¿no es cierto? —le pregunté—. ¿No trataste de ayudarla más que eso?”. Dimitri me miró con una tristeza infinita en su rostro. “La amaba lo bastante como para no querer volver a hacerle daño”, me respondió.

Las lágrimas me escocían en los ojos. Durante todo el tiempo en el que Dan había estado relatándome todo aquello, mi mente trabajaba a toda velocidad. Acudiría a Dimitri. Le ayudaría. Con su hazaña, me había demostrado que no era un monstruo. Había salvado a una chica de diecisiete años. Y la había salvado porque le recordaba a mí.

—¿Cuánto tardaremos en volver a Estados Unidos? —le pregunté a Dan—. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que pueda volver a verle?

Las lágrimas brotaron de los ojos de Dan. De repente, me pareció que había envejecido. Aquél era un momento de agonía. Nos miramos sin decirnos nada. Alargó el brazo para alcanzar su chaqueta, sacó un paquete marrón y me lo entregó. Con dedos temblorosos, manejé torpemente el envoltorio. Algo cayó del paquete y tintineó sobre la mesa. Lo recogí. Una llave de hierro forjado con un arco parisino. Aunque no la había visto en años, la reconocí inmediatamente. La llave de nuestro apartamento en Shanghái.

«Para toda la eternidad».

—Se ha ido, ¿verdad? —le pregunté, mientras las lágrimas me caían por las mejillas. Apenas era capaz de pronunciar una palabra.

Dan extendió los brazos sobre la mesa y me cogió las manos, apretándolas fuerte como si tuviera miedo de que me pudiera caer.

El restaurante se estaba llenando de gente, de la concurrencia que acudía a almorzar. A nuestro alrededor, sólo veía rostros felices. Los clientes habituales charlaban por encima de sus cartas de menú, sirviéndose vino, brindando, besándose las mejillas. El camarero pareció animarse repentinamente, corriendo de un lado para otro con los pedidos. Dan y yo nos aferramos mutuamente. Dimitri estaba muerto. Sentí como la revelación de su muerte se expandía por mi pecho y se introducía en mi corazón. La ironía de todo el asunto era demasiada. Dimitri había huido en busca de riquezas y lo que en realidad había encontrado había sido dolor y muerte. Yo me había convertido en refugiada y ni una sola vez tuve que pasar hambre. Durante todos aquellos años, había tratado de odiar a Dimitri, cuando él nunca había dejado de pensar en mí.

Agarré con fuerza la llave en la palma de mi mano.

«Para toda la eternidad».

Más tarde, mucho más tarde, cuando me mudé a mi apartamento en Bondi y encontré las fuerzas para sacar la llave de la caja donde la había escondido el día que Dan me la entregó, me hice una cerradura para poder utilizarla. Fue la única manera que se me ocurrió para compartir mi vida y mi dicha con Dimitri.

«Para toda la eternidad».

TERCERA PARTE



16

BONDI

Unos días después de la Nochevieja de 1956, estaba sentada en mi piso de Campbell Parade, mientras miraba la playa y contemplaba a la multitud que se desperdigaba por la arena como prendas de ropa desaparejadas en un cesto de un mercadillo benéfico. El primer día de enero, el mar había crecido con olas por encima de los cuatro metros y medio. Los socorristas corrían frenéticamente de un lado para otro, sacando del agua a surfistas y rescatando a dos chicos que la marea había arrastrado hasta las rocas. Pero, aquel día, el mar estaba en calma, y varias bandadas de gaviotas se balanceaban perezosamente en la superficie del agua. Hacía calor, y yo tenía todas las ventanas abiertas. Podía oír las voces de los niños jugando en la arena y el silbido de advertencia de los socorristas para que la gente nadara entre las boyas. El océano podía parecer tranquilo, pero, bajo la superficie, estaba plagado de corrientes traicioneras.

Estaba trabajando en un artículo para la sección femenina, donde me habían nombrado editora de moda un año antes. Ann White, después de agotarse completamente trabajando sobre vestidos de gala de coronación y sobre el guardarropa de la reina durante su visita oficial a Australia, se había casado con un miembro de la familia Denison. La dinastía de los grandes almacenes consideraba su don para la moda como una cualidad más valiosa que cualquier dote, así que la nombraron directora del departamento de compras de moda para los grandes almacenes de Sídney. Nos veíamos en acontecimientos sociales y habíamos ido a comer juntas dos o tres veces. Era irónico que, después de que nuestra relación comenzara de un modo tan convulso, hubiéramos acabado necesitando mutuamente el apoyo de la otra.

Para el artículo que estaba escribiendo, había pedido a tres diseñadores australianos que me propusieran ideas sobre cómo vestirían a Grace Kelly el día de su boda con el príncipe Rainiero de Mónaco. Judith desarrolló la propuesta más hermosa: un vestido con recubrimiento de organdí de color marfil, con el pecho de tafetán y el escote de cuello de cisne; aun así, las propuestas de los otros dos

diseñadores también eran dignas de ser consideradas alta costura. Uno era un vestido de corte de sirena con puntadas curvas y dobladillo de cola de pez, y el otro estaba hecho de brocado con adornos de piel de marta y seda irisada. Ese último vestido me lo había enviado una rusa que había venido a Sídney vía París. Se llamaba Alina, y cuando escribí su nombre en el dorso de las fotografías que acompañarían el artículo, comencé a pensar en mi madre.

Stalin murió en 1953, pero eso no había impedido que Occidente y la Unión Soviética se enzarzaran en una guerra fría que hacía imposible cualquier tipo de intercambio de información. El padre de Vitaly no volvió a oír hablar de su hermano, y yo había escrito a todas las organizaciones que pude: la Sociedad ruso-australiana, las Naciones Unidas, la OIR y muchas otras organizaciones humanitarias de menor tamaño. Pero ninguna había sido capaz de ayudarme. Parecía que Rusia era impenetrable.

Australia estaba muy lejos de cualquier cosa que mi madre y yo hubiéramos tenido en común. No podía reconocerla en los árboles australianos o asociarla con el mar. Todavía albergaba el terror de llegar a olvidar los detalles que recordaba sobre ella: la forma de sus manos, el color exacto de sus ojos, su aroma. Y, aun así, no conseguía borrarla de mi memoria. Incluso después de todos aquellos años, ella era la primera persona en la que pensaba cuando me levantaba por las mañanas y la última que me venía a la mente cuando apagaba las luces antes de irme a dormir. Habíamos estado separadas durante casi once años, pero, pese a todo, en algún lugar de mi corazón todavía creía que ella y yo nos encontraríamos de nuevo.

Metí el artículo y las fotografías en un sobre y preparé la ropa para la oficina. Unas semanas antes, había preparado un artículo a doble página titulado «Demasiado calor para la playa», en el que mostraba los nuevos modelos de biquinis que se estaban abriendo camino en Australia provenientes de Europa y Estados Unidos. Ya que los bañadores son ropa íntima, le pregunté a la modelo si quería quedarse con los biquinis con los que había posado, pero replicó que ya tenía varios cajones llenos de bañadores y biquinis de otras sesiones de fotos. Por eso, me los traje a casa para lavarlos, con la intención de dárselos a las reporteras de menor antigüedad. Abrí el guardarropa y rebusqué en la bolsa de paja en la que creía que los había puesto después de que se secaran en la cuerda de la ropa. Pero no estaban allí. Contemplé el interior vacío de la bolsa, sorprendida. Comencé a dudar de si, con lo ocupada que había estado con los plazos de entrega, no me habría llevado ya los bañadores a la oficina y, sencillamente, se me habría olvidado. En ese momento, la señora Gilchrist, la supervisora del edificio, llamó a la puerta.

—¡Anyá! ¡Al teléfono! —gritó.

Me puse las sandalias y corrí al teléfono compartido en el recibidor.

—Hola —susurró Betty, cuando cogí el auricular—, ¿puedes venir a recogernos, cariño?

—¿Dónde estáis?

—En la comisaría de policía. La policía no nos deja irnos, a menos que venga alguien a recogernos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada.

Escuché a Ruselina hablando con alguien en el fondo, y el sonido de una risa masculina.

—Betty, si no ha ocurrido nada, ¿qué estáis haciendo vosotras dos en la comisaría de policía?

Hubo un instante de silencio antes de que contestara:

—Nos han detenido.

Estaba demasiado sorprendida como para hacer cualquier comentario. Ruselina dijo algo en alto, pero no lo entendí.

—Oh —comentó Betty—, Ruselina pregunta si podrías traernos algo de ropa.

Corrí a la comisaría de policía, con la cabeza dándome vueltas, intentando imaginarme qué podrían haber hecho Betty y Ruselina para que las detuvieran. Betty se había jubilado y, después de vender la casa en Potts Point, había comprado un apartamento de tres dormitorios para ella y Ruselina con un estudio en la planta de arriba para mí. Vitaly e Irina vivían en una casa en Tamarama, a un barrio de distancia. Desde que se mudaron, Betty y Ruselina habían empezado a exhibir un extraño comportamiento. Una vez, se dedicaron a saltar entre las rocas del cabo con cuchillos entre los dientes, alegando que «iban a cazar tiburones en honor de Bea Miles», que había sido la vieja chiflada de Bondi durante muchos años. Había marea baja, y el mar estaba claro y en calma, por lo que no corrieron demasiado peligro de ahogarse, pero el mero hecho de ver a nuestras queridas abuelas flotando en un área sin vigilancia era suficiente como para aterrorizarnos a Irina y a mí. Hicimos que Vitaly las persiguiera para obligarlas a volver a la orilla.

—No os preocupéis demasiado por ellas —nos dijo Vitaly después—. Ambas han sufrido tragedias en sus vidas, pero han tenido que ser fuertes y seguir adelante a pesar de todo. Ahora es un momento en el que quieren dejarse llevar y ser irresponsables. Son afortunadas por haberse encontrado, igual que vosotras dos.

No telefoneé a Vitaly e Irina antes de marcharme hacia la comisaría de policía. Irina estaba embarazada de cuatro meses y no quería disgustarla. Sin embargo, durante todo el camino hacia la comisaría, no pude evitar preocuparme. ¿Por qué no podían Betty y Ruselina dedicarse a la pintura o al bingo como otras ancianas de su edad? El tranvía de Bondi traqueteó y levanté la mirada. Por el rabillo del ojo, vi a una anciana solitaria sentada en un banco del parque. Les echaba trocitos de pan a las gaviotas. Me dio la sensación de que la imagen de su silueta solitaria se quedaba grabada en mi interior, y comencé a preguntarme si yo sería como aquella anciana dentro de cincuenta años.

Cuando llegué a la comisaría de policía, Betty y Ruselina estaban sentadas en la sala de espera, envueltas en sus albornoces de felpa. Betty estaba lanzando anillos de

humo al aire. Ruselina sonrió ampliamente cuando me vio. Había un anciano sentado junto a ella, que llevaba una camiseta de tirantes blanca y unos pantalones cortos. Tenía la piel tan morena como el cuero y estaba inclinado con los codos apoyados en las rodillas, muy pensativo. En la esquina opuesta de la habitación, un hombre con aspecto fornido que llevaba un traje de buceo y pantalones cortos se estaba poniendo una bolsa de hielo en la mandíbula. En la tira de su sombrero de paja se leía la palabra «inspector».

El sargento al mando se levantó de su escritorio.

—¿Señorita Kozlova?

Miré a Betty y a Ruselina, pero ellas se mantuvieron impasibles, sin revelar nada.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté al sargento, sentándome en la silla frente a su escritorio.

—No se preocupe —me susurró—, no es nada grave. Solamente se trata de que el inspector de la playa es muy estricto en cuanto al «decoro».

—¿Decoro? —exclamé. Ruselina y Betty soltaron una risita.

El sargento abrió el cajón de su escritorio y sacó un diagrama que mostraba a un hombre y a una mujer de pie en la playa. Lo empujó hacia mí. Había líneas y medidas dibujadas sobre las siluetas. La cabeza me daba vueltas. ¿Decoro? ¿Qué demonios habrían hecho Betty y Ruselina?

El sargento me señaló varias partes del dibujo con el bolígrafo.

—Las perneras de los bañadores, según el inspector, deben tener una longitud mínima de siete centímetros y medio, y los bañadores de las mujeres tienen que llevar tirantes o algún otro tipo de sujeción.

Negué con la cabeza, sin entender nada. Ruselina y Betty tenían elegantes bañadores de cuerpo entero. Yo misma se los había comprado en David Jones por Navidades.

—Los bañadores de sus abuelas —me susurró el sargento— son demasiado escasos.

De nuevo, Betty y Ruselina se echaron a reír. De repente, caí en la cuenta de lo que había sucedido.

—¡Oh, Dios mío! ¡No!

Me levanté bruscamente y di varias zancadas hasta donde estaban Betty y Ruselina.

—Vamos —le dije—, ¡enseñádmelos!

Ruselina y Betty se abrieron los albornoces y comenzaron a pasearse por la sala de espera, pavoneándose e imitando a las modelos de pasarela. Betty llevaba unos pantaloncitos tipo pareo de cintura alta y la parte de arriba de un biquini sin tirantes. El bañador de Ruselina imitaba el aspecto de un esmoquin, con el escote en forma de uve. Ambos eran biquinis de la sesión fotográfica. Aunque las dos mujeres estaban en buena forma para su edad, estaba claro que no eran las jóvenes para las que aquellos bañadores habían sido diseñados. Las huesudas caderas de Betty eran demasiado

flacas para aquellos pantaloncitos y Ruselina tenía el pecho demasiado caído como para llevar aquel escote, pero ambas posaban con elegancia y desenvoltura.

Las contemplé, estupefacta, durante unos segundos y después me eché a reír.

—No me importa que os pongáis estos bañadores —les dije a Betty y Ruselina más tarde, mientras estábamos sentadas en la cafetería local, bebiendo batidos de fresa—. Pero ¿por qué lo habéis hecho en la playa que tiene el inspector más estricto?

—¡Que ese viejo imbécil nos persiguiera era parte de la diversión! —cacareó Betty. Ruselina se echó a reír también. El dueño de la cafetería nos miró de soslayo.

—¿Quién era el otro tipo que estaba en la comisaría? —pregunté—. El de los pantalones cortos.

—Oh, él —dijo Ruselina, con un brillo en los ojos—. Es Bob. Es un verdadero caballero. Cuando el inspector quiso escoltarnos fuera de la playa, Bob se interpuso y le dijo que no «maltratará» a las señoras.

—Y después, le golpeó al inspector en la barbilla —dijo Betty, sorbiendo ruidosamente su batido.

Contemplé las burbujas rosas de mi propio batido y se me ocurrió pensar que aquellas dos abuelas que me habían cuidado durante tanto tiempo se estaban convirtiendo en mis niñas.

—¿Qué vas hacer esta tarde, Anya? —me preguntó Betty—. Es sábado. ¿Quieres venir al cine con nosotras? Están poniendo *Al este del Edén*.

—No puedo —le contesté, encogiéndome de hombros—. Tengo que terminar un artículo sobre vestidos de novia para el periódico de mañana.

—¿Y qué pasa con tu propia boda, Anya? —me preguntó Ruselina, sorbiendo hasta la última gota de batido a través de su pajita—. Nunca encontrarás marido si te dedicas a trabajar tan duro.

Betty me dio unas palmaditas en la rodilla por debajo de la mesa.

—Ruselina, eso suena a comentario de campesina rusa —le dijo—. Anya todavía es joven. No hay ninguna prisa. Mira qué maravillosa carrera tiene. Cuando esté lista, elegirá a alguien en alguna de esas glamurosas fiestas a las que siempre está yendo.

—Con veintitrés años no es tan joven para casarse —contestó Ruselina—. Sólo es joven en comparación con nosotras. Yo me casé con diecinueve y, en mi época, eso ya se consideraba tarde.

Después de despedirme de Betty y Ruselina, me dirigí escaleras arriba a mi propio apartamento y me tumbé en la cama. Mi estudio era pequeño: prácticamente lo llenaba por completo la cama, y una de las paredes estaba casi totalmente ocupada por la ventana. Pero tenía vistas al mar, una esquina con macetas, un mullido sillón y un escritorio, en el que podía escribir y pensar. Era mi refugio y me sentía cómoda allí. Lejos de la gente.

«Nunca encontrarás marido si te dedicas a trabajar tan duro», había dicho Ruselina.

Había otras dos personas trabajando en el periódico aquella tarde: Diana, puesto

que el sábado era el día en el que Harry jugaba al golf, y Caroline Kitson. Las reporteras de menor antigüedad se repartían los sábados para cubrir bodas y bailes. A pesar de sus ambiciones, Caroline no había sido capaz de cazar a uno de los jóvenes de su clase social. Quizás había ofendido a demasiadas de sus madres en la columna de sociedad. Fuera por la razón que fuese, Caroline, con veintitrés años, ya se consideraba una solterona. Había empezado a ponerse ropa desaliñada y gruesas gafas, y tenía un aspecto que casaba más con el de una viuda que con el de una joven saludable. Había una guapa morena entre las reporteras más jóvenes que tenía puesto el ojo en el cargo de editora de eventos sociales y, por esa razón, Caroline era mucho más amable ahora con Diana y conmigo. A pesar de todo, Caroline había adoptado una costumbre que me molestaba mucho más que los desaires que me dedicaba unos años antes. «Hola, soltera número dos —me decía siempre, cuando yo llegaba a la oficina—, ¿te sientes igual que yo?».

Cada vez que me lo decía, me deprimía al instante.

Me volví y miré las muñecas matrioskas alineadas en mi tocador. En total, había cinco, dos después de mí. Una hija y una nieta. Ésa era la visión de mi madre sobre nuestras vidas. Probablemente, en algún momento, pensó que todos viviríamos hasta el fin de nuestros días tranquilamente en Harbin, añadiendo una nueva extensión a la casa cada vez que llegara un nuevo miembro a la familia.

Me tumbé boca arriba sobre las almohadas y me sequé las lágrimas de los ojos. Para tener una familia, necesitaría un marido. Pero me había acostumbrado tanto a vivir sin el amor de un hombre que no sabía ni siquiera por dónde empezar. Habían pasado cuatro años desde que me enteré de la muerte de Dimitri, siete desde que me dejó. ¿Cuánto años más me costaría superar el luto?

Diana ya estaba en la oficina cuando llegué al periódico. Me pasé por su despacho para decirle hola.

—¿Qué planes tienes para el próximo viernes por la noche, Anya? —me preguntó, tocándose el cuello de su vestido estilo Givenchy.

—Nada especial —le respondí.

—Estupendo, hay alguien a quien quiero que conozcas. ¿Por qué no vienes a cenar a eso de las siete? Le diré a Harry que vaya a recogerte.

—De acuerdo, pero ¿a quién quieres que conozca?

En el rostro de Diana se dibujó una sonrisa con la que enseñó sus dientes nacarados.

—¿Eso es un sí o un no?

—Es un sí, pero aun así, me gustaría saber a quién voy a conocer.

—¿No te fías de mí? —me preguntó—. Un atractivo joven, si tanto insistes. Se muere de ganas por conocerte desde que te vio en el baile de la Melbourne Cup. Me dijo que te siguió durante toda la noche, pero tú no le hiciste ningún caso. Cosa que, si me lo permites, parece típica de ti, Anya. Es el hombre más guapo de este periódico, tiene un maravilloso sentido del humor y no consiguió que le dijeras ni

pío.

Me sonrojé. Mi apuro pareció divertir aún más a Diana. Me preguntaba si habría adivinado de algún modo mi estado de ánimo de aquella tarde y habría ideado algo rápidamente para solucionarlo.

—Ponte ese bellissimo vestido de noche de crepé que te compraste en rebajas. Te queda tan bien...

—Lo haré —le dije, nerviosa por aquella extraña coincidencia. Era como si Diana fuera mi hada madrina y me estuviera concediendo un deseo.

—Por cierto, Anya —me llamó, cuando ya me había dado la vuelta para marcharme.

—¿Sí?

—Trata de no parecer tan aterrorizada, querida. Estoy segura de que no muerde.

No les dije ni una palabra a Ruselina y a Betty sobre la cena de Diana. Estaba orgullosa de mí misma por, al menos, haber accedido a conocer a un joven, aunque el pensamiento aún me aterrorizaba. Si no les contaba nada, no tendría que buscarme una excusa si, al final, decidía no ir.

A medida que se aproximaba el viernes, me sentía mareada y estuve pensándomelo bien sobre si acudir o no. Pero no podía ofender a Diana de esa manera. Me puse el vestido que había sugerido. Tenía un corpiño entallado, tirantes anchos y una falda tableada. En los pies, me puse unos zapatos de seda con punta y me peiné el cabello a un lado con una horquilla adornada de lentejuelas.

Justo después de las seis y media, Harry pasó a recogerme en su Chevrolet color azul marino. Me abrió la puerta del automóvil y entornó los ojos hacia el sol tardío que brillaba sobre la playa.

—Parece tan tranquila después de las terribles tormentas que ha habido —comentó.

—He leído en el periódico que los socorristas sacaron del agua a ciento cincuenta personas el día de Año Nuevo —le expliqué.

Harry se colocó en el asiento del conductor y arrancó el motor.

—Sí, tu playa fue una de las que más impacto sufrieron. Dijeron que la tormenta revolvió tanto las algas que uno de los socorristas se enganchó en ellas. Le arrastraron bajo el agua y comenzó a ahogarse. El barco de rescate no podía atravesar las olas para llegar hasta él.

—Dios mío —exclamé—, no había oído nada.

—Uno de sus compañeros lo sacó —añadió Harry, doblando la esquina de Bondi Road—. Un tipo grandote que acaba de llegar de Victoria. Dicen que se abrió camino por el agua como un torpedo. Es ruso, como tú. A lo mejor, le conoces.

Negué con la cabeza.

—Probablemente no. Parece que sólo llego a la playa estos días cuando ya se ha ido todo el mundo.

Harry se echó a reír.

—Diana me cuenta que te dedicas a trabajar duro —comentó.

Diana y Harry vivían en una casa estilo tudor que tenía vistas al mar en Rose Bay. Cuando nos aproximamos al camino de entrada de la casa, Diana, estupenda, con un vestido de seda roja, corrió a saludarnos.

—¡¡Ven conmigo, Anya!! —me dijo, llevándome hacia la casa como un bailarín de tango—. Ven a conocer a Keith.

El interior de la casa era espacioso con un moderno techo blanco y paredes del mismo color. Unos estantes empotrados se alineaban en el recibidor, y sobre ellos se mostraban diferentes fotografías de Diana junto con famosos y cachivaches variados que había ido recopilando de todas partes del mundo. Me paré a contemplar una colección de cerditos de porcelana que había traído de Londres y me eché a reír. Por muy glamurosa que fuera, Diana no se tomaba a sí misma demasiado en serio.

Diana tiró de mí hacia el salón y casi me envió volando hasta el regazo de un joven que estaba sentado en el tresillo. En cuanto nos vio entrar, se levantó, con una amplia sonrisa en un rostro cuidadosamente afeitado.

—Hola —saludó, extendiendo la mano para estrechármela—, soy Keith.

—Muy bien —dijo Diana, dándome unas palmaditas en la espalda—. Voy a ver qué tal va la cena, mientras, vosotros aprovecháis para charlar un rato.

Con estas palabras, Diana se apresuró a salir de la habitación. En ese momento, Harry estaba entrando en el salón con una botella de vino en la mano. Diana le agarró y tiró de él hacia el recibidor, como si fuera un mal actor al que estuvieran retirando a toda prisa de escena.

Keith se volvió hacia mí. Era guapo, con ojos azul cobalto, pelo rubio, una nariz bonita y labios carnosos.

—Diana me ha estado diciendo lo maravillosa que eres —comentó—. Y, por lo visto, tienes una anécdota sobre arroz que tengo que oír durante la cena.

Me sonrojé. Diana no me había contado nada sobre Keith. Pero tampoco es que yo hubiera preguntado.

—Keith trabaja para la sección de deportes —explicó Harry, entrando en la habitación con una tabla de quesos y ahorrándome el bochorno de ponerme en ridículo. Me di cuenta entonces de que debía de haber estado escuchando detrás de la puerta.

—¿De verdad? ¡Qué interesante! —dije, pareciéndome más a Diana que a mí misma.

Harry me guiñó el ojo sin que Keith lo viera. Diana apareció con una bandeja de galletitas saladas que llevaban encima aceitunas cortadas por la mitad. También debía de haber estado esperando detrás de la puerta.

—Sí —comentó—, Keith ganó un premio por su cobertura de la Melbourne Cup.

—¡Es genial! —dije, volviéndome hacia Keith—. Yo no gané. Obviamente, debieron de pensar que mi reportaje sobre los sombreros de los asistentes al acontecimiento no era lo suficientemente impresionante.

Keith abrió los ojos de par en par, hasta que Harry y Diana se echaron a reír y entonces consideró que él podía también unirse a sus risas.

—Una chica con sentido del humor —comentó—. Eso me gusta.

Harry instaló una mesa grande en la terraza cubierta. Diana puso un mantel de color crema y un servicio de mesa azul marino. Dobló ramitas de fucsias alrededor de la base de las velas. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una elegancia tan distendida. Era un efecto que mi padre lograba crear con facilidad. Froté entre mis dedos el borde del mantel de lino y sopesé la vajilla de plata. Como centro de mesa, Diana había colocado un cuenco con rosas centifolias. Aspiré su dulce fragancia. La vela parpadeó y me dio la sensación de ver a Serguéi de pie, entre las sombras, con los brazos cargados de flores nupciales. Dimitri flotó desde la oscuridad hacia mí y cogió mis manos entre las suyas. «Déjame marchar, Dimitri, por favor», dije para mis adentros. Sin embargo, un instante después, descubrí que estaba dentro de una bañera llena de pétalos. Dimitri estaba bebiéndose el agua de entre las palmas de sus manos. Pero cuanta más agua bebía, más ligero se volvía. Hasta que, finalmente, comenzó a desvanecerse.

—Anya, ¿te encuentras bien? Estás terriblemente pálida —exclamó Diana, dándome unos golpecitos en el brazo. La miré con ojos entornados, desorientada.

—Es el calor —dijo Harry, levantándose de la mesa para abrir más las ventanas.

Keith cogió mi copa.

—Te serviré un poco de agua.

Me froté la frente.

—Lo siento. Todo es tan precioso que se me ha olvidado dónde estaba.

Keith puso un vaso frente a mí. Una gota de agua se resbaló por el lateral y se cayó sobre el mantel. Parecía una lágrima.

La cena consistía en escalopes escalfados con salsa mornay y champiñones a la crema. La conversación era superficial y Diana cambiaba continuamente de tema con habilidad. «Keith, tienes que hablarle a Anya sobre la granja de tus padres. Le he oído decir a Ted que es preciosa» o «Anya, el otro día vi el samovar antiguo más maravilloso que he visto nunca en casa de *Lady Bryant*, pero ninguna de las dos teníamos ni idea de cómo funcionaba. ¿Podrías explicárnoslo, querida?». Era consciente de que la mirada de Keith estaba fija en mí y trataba de prestarle cortésmente atención cuando hablaba, para no desanimarle, como Diana me había acusado de hacer en otras situaciones similares. No me había enamorado perdidamente como con Dimitri. Me sentía como una flor a la espera de una abeja.

Después de recoger los platos de la mesa, pasamos a la sala de estar para tomar el postre: pastel de mousse de albaricoque y helado de vainilla.

—Y ahora —dijo Diana, moviendo su cuchara en el aire—, sólo falta que le cuentes tu historia sobre arroz a Keith.

—Sí —dijo Keith, echándose a reír y acercándose a mí—, tengo que oírla.

—Ésa no la he oído yo tampoco —comentó Harry—. Cada vez que Diana intenta

contármela, comienza a reírse tanto... que nunca llego a enterarme del final.

La comida y el vino me habían relajado, y me sentí menos tímida. Estaba contenta de que Keith se hubiera sentado más cerca de mí. Me caía simpático. Me alegraba que no le preocupara demostrar que yo a él también le gustaba. Mi regreso al mundo del romance no estaba siendo tan desastroso como yo me temía.

—Muy bien —comencé—, un día fui a visitar a mi mejor amiga y a su marido, y empezamos a hablar sobre la comida que echábamos de menos de China. Por supuesto, el arroz probablemente sea el ingrediente más difícil de encontrar en este país, y casi todos los platos de nuestra niñez contenían arroz. Así que decidimos ir al barrio chino un día y llevarnos a casa suficiente arroz como para que nos durara al menos tres meses.

»Eso fue en 1954, cuando Vladimir Petrov y su esposa recibieron asilo en Australia a cambio de haber delatado a espías rusos, por lo que denunciar a espías se convirtió en una actividad de vital importancia para mucha gente, incluida la anciana vecina de mis amigos. Nos vio arrastrando sacos de arroz para introducirlos en la casa y hablando en ruso, y llamó a la policía.

Keith se echó a reír y se frotó la barbilla. Harry se rió entre dientes.

—Continúa —me dijo.

—Así que dos jóvenes policías vinieron y nos preguntaron si éramos espías comunistas. Pero Vitaly, de algún modo, los convenció de que se quedaran a cenar. Cocinamos risotto Volgii, que está hecho de salteado de bulgur, brécol y acelgas aliñado con cebolla y ajo y servido con acompañamiento de berenjenas y yogur. Además, negarse a beber cuando uno come con rusos es realmente complicado, y negarse a hacerlo en compañía de un hombre ruso es abiertamente insultante. Así que Vitaly consiguió convencer a los policías de que la única manera de desarrollar una verdadera «amistad internacional» y pagarle por la «mejor comida» que habían probado en toda su vida era vaciar unos cuantos vasos de vodka. Cuando los policías se pusieron tan borrachos que sus rostros comenzaron a retorcerse en muecas extrañísimas, los metimos en un taxi y los enviamos de vuelta a la comisaría, donde, como os podréis imaginar, su sargento no se puso demasiado contento de verles. Y, aunque la señora Dolen del número doce aún llama para delatarnos de vez en cuando, no hemos vuelto a recibir ninguna visita de la policía desde entonces.

—¡Dios mío! —rugió Harry, guiñándole un ojo a Keith—. ¡Anya es una granuja! ¡Ten cuidado con ella!

—Lo haré —dijo Keith, sonriéndome abiertamente, como si no hubiera nadie más en la habitación—. Créeme que lo haré.

Después, cuando Harry estaba sacando el coche del garaje para llevarme a casa, Keith me acompañó hasta la puerta. Diana pasó a nuestro lado corriendo, buscando a un gato invisible.

—Anya —me dijo Keith—, la semana que viene es el cumpleaños de mi amigo Ted. Me gustaría llevarte a la fiesta. ¿Vendrás conmigo?

—Sí, me encantaría. —Aquellas palabras salieron de mi boca antes de que tuviera tiempo de pensarlas. Pero me sentía cómoda con Keith. No parecía tener ningún secreto. No como yo. Yo estaba llena de secretos.

Después de que Harry me dejara en casa, abrí las ventanas y me tumbé en la cama, escuchando el sonido del mar. Cerré los ojos y traté de acordarme de la sonrisa de Keith. Pero ya había empezado a olvidarme de cómo era. Me preguntaba en serio si me interesaba, o si sólo me estaba obligando a mí misma a que me gustara porque pensaba que debía hacerlo. Después de un rato, en el único en el que podía pensar era en Dimitri. Era como si, justo cuando me estaba preparando para desprenderme de su influencia para siempre, mis recuerdos sobre él regresaran más nítidos que nunca. Me revolví y di varias vueltas en la cama, con la escena de nuestra noche de bodas reproduciéndose en mi cabeza una y otra vez. Aquél fue el único momento feliz de nuestro matrimonio. Antes de la muerte de Serguéi. Antes de Amelia. Mi cuerpo húmedo y suave cubierto de pétalos, apretado contra la dureza de la piel ardiente de Dimitri.

La fiesta a la que Keith me llevó el fin de semana siguiente fue mi primera fiesta verdaderamente australiana. Nunca había ido a una con gente de mi edad y de mi nivel económico, y resultó ser muy revelador para mí.

Mi experiencia en Australia había sido diferente a la del resto de los rusos de Shanghái. Mariya y Natasha consiguieron trabajo en la lavandería de un hospital y sus maridos, aunque ambos eran hombres cultos, trabajaban en la construcción. Pero mi estilo de vida tampoco era típico para las chicas australianas de mi edad. Debido a mi cargo en el periódico, me invitaban a algunos de los eventos más elegantes de la ciudad. Conocía a políticos, a artistas y a actrices famosas, e incluso me habían pedido que formara parte del jurado de *Miss Australia*. Pero no tenía una auténtica vida social propia.

Ted era el fotógrafo de Keith de la sección de deportes y vivía en Steinway Street en Coogee. Cuando llegamos, la gente se había echado a la calle por las puertas y ventanas de la casa de fibrocemento. *Only you* sonaba en el tocadiscos, y un grupo de chicos y chicas con pañuelos en el cuello y las solapas de las camisas subidas canturreaban al ritmo de la música. Un chico rubio con patillas y un paquete de cigarrillos metido en la manga de su camiseta se nos acercó apresuradamente. Chocó las manos con Keith y se volvió hacia mí.

—Hola, preciosa. ¿Tú eres la chica de la que Keith me ha estado hablando? ¿La reina de la moda rusa?

—Dale un respiro, Ted —le dijo Keith, echándose a reír. Volviéndose hacia mí, añadió—: Hace falta un poco de tiempo para acostumbrarse a su humor. No te preocupes.

—Así que es tu cumpleaños, Ted —le dije yo, tendiéndole el regalo que Keith y

yo le habíamos traído: un disco de Chuck Berry envuelto en un papel de regalo estampado y atado con un lazo.

—Chicos, no teníais que haberos molestado... pero ponedlo en la mesa —dijo Ted sonriendo—. Lucy quiere que los abra más tarde todos a la vez.

—Te va a convertir en toda una nena —bromeó Keith.

El salón estaba hecho un invernadero, húmedo y caluroso por el sofoco de los cuerpos apiñados y el bochorno de la noche de verano. La gente se había repantingado por la alfombra y el sofá, fumando y bebiendo refrescos o cerveza directamente de la botella. Algunas de las chicas se volvieron a mirarme. Me había puesto un vestido ajustado al torso y sin mangas, con cuello de barco. Las otras chicas llevaban pantalones pirata y camisetas ajustadas. Tenían el pelo corto, con el estilo que se llevaba mucho entre las mujeres australianas por aquella época: cepillado hacia delante, como duendecillos. Yo lo tenía largo y con las puntas en forma de bucle. Sus miradas me hicieron sentir incómoda. No parecían amistosas.

Seguí a Keith a la cocina, estrujándome al pasar contra la gente, que olía a gomina Brylcreem y a caramelo. La encimera estaba llena de un desorden de botellas pegajosas de cola y vasos de plástico.

—Toma, prueba esto —me dijo Keith, tendiéndome una botella.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Pruébalo y verás —me dijo, mientras abría una botella de cerveza para él. Tomé un sorbo de la bebida. El líquido era dulzón y potente. Hizo que se me revolviera el estómago. Leí la etiqueta de la botella: ponía «Cherry pop».

—Oye, Keith —llamó una chica. Se abrió paso entre la gente a empujones y lo agarró dándole un gran abrazo. Keith puso los ojos en blanco. La chica lo soltó y siguió la dirección de su mirada. Frunció el entrecejo y preguntó:

—¿Quién es ésta?

—Rowena, quiero presentarte a Anya.

La chica me dirigió un breve saludo con la cabeza. Tenía la piel pálida y pecosa. Sus labios eran grandes y encarnados, y sus cejas eran como espesas arañas sobre unos bonitos ojos.

—Encantada de conocerte —le dije, extendiendo la mano hacia ella. Pero Rowena no la cogió. Se quedó mirándome los dedos.

—¿Eres extranjera? —me preguntó—. Tienes acento.

—Sí, soy rusa —le contesté—, nacida en China.

—Así que no tú no te conformas con las chicas australianas, ¿no? —le bufó a Keith, alejándose de él y volviendo a introducirse entre la multitud que salía al jardín.

Keith hizo un gesto avergonzado.

—Me temo que te estoy mostrando lo ignorantes que son algunos de los amigos de Ted —comentó, mientras se sentaba en la encimera. Apartó las botellas y los platos sucios, limpiándola para hacerme hueco.

—Creo que no voy vestida para la ocasión —le dije.

—¿Tú? —replicó, riéndose—. Me he sentido celoso porque los hombres te han estado lanzando miradas toda la noche. Estás preciosa.

Escuchamos unas risotadas provenientes del salón y nos apiñamos con los demás para ver qué pasaba. Un grupo de hombres y mujeres estaban sentados en círculo en el suelo, con una botella tumbada en el centro. Cada participante tenía una cerveza a su lado, y cuando la botella giraba y se paraba delante de una persona del otro sexo, el que le había dado la vuelta tenía la posibilidad de besar a esa persona o beber un trago de cerveza. Si optaban por beber, la persona a la que no habían querido besar tenía que beberse dos tragos de cerveza. Localicé a Rowena en el grupo. Levantó los ojos, dedicándome una mirada desagradable. ¿O iba dirigida a Keith?

—Otra excusa más de los australianos para beber —comentó Keith.

—Los rusos son iguales. Bueno, por lo menos, los hombres son así.

—¿De verdad? Apuesto a que los rusos preferirían besar a las chicas antes que beberse la cerveza, si les dan a elegir.

Keith me estaba observando de aquella manera tan directa otra vez, pero no pude mantener su mirada. Me miré a los pies.

Keith me llevó a casa en su Holden. Sentí la tentación de preguntarle quién era aquella Rowena, pero no lo hice. Me di cuenta de que no importaba. Él era joven y atractivo, por supuesto que estaría saliendo con otras mujeres. La rara era yo. La que se había pasado la mayor parte de su juventud sola. Siempre que Keith no miraba, le observaba disimuladamente. Estudiaba la textura de su piel, percatándome por primera vez de que tenía una peca en la punta de la nariz y una ligera mata de vello alrededor de una de las muñecas. Era guapo, pero no era Dimitri.

Cuando llegamos al bloque de mi apartamento, aproximó el coche al bordillo y apagó el motor. Me retorcí las manos y recé para que no tratara de besarme. No estaba preparada para algo así. Pero debió de notar mi incomodidad, porque no lo hizo. En su lugar, hablamos sobre los partidos de tenis que él estaba cubriendo y sobre lo fáciles que eran de entrevistar Ken Rosewell y Lew Hoad. Después de un rato, me estrechó la mano y me dijo que me acompañaría hasta la puerta.

—La próxima vez, te llevaré a algún sitio con un poco más de clase —me dijo. Estaba sonriendo, pero noté la decepción en sus palabras. Tartamudeé, sin saber qué decirle. Me había confundido con una esnob. Quería dejarle claro lo mucho que me gustaba, pero, cuando dije «buenas noches, Keith», me salió tirante e inoportuno.

En vez de irme a la cama feliz, no pude dormir. Me tumbé despierta, aterrorizada porque quizás había arruinado una relación antes de saber si quería continuar con ella.

Al día siguiente, Irina y Vitaly vinieron a verme para hacer un *picnic* en la playa que habíamos planeado con antelación. Irina llevaba un blusón, aunque apenas se le notaba la barriga. Me imaginé que estaba demasiado emocionada como para esperar a

ponerse más gruesa. Unas semanas antes, me había enseñado patrones para ropa de bebé y bocetos de cómo iba a decorar el cuarto de los niños. No pude evitar compartir su alegría. Sabía que iba a ser una madre maravillosa. Me sorprendía ver que Vitaly había cogido peso desde que Irina descubrió que estaba embarazada, pero me contuve de hacer bromas sobre que él estuviera «comiendo por dos». El peso extra le sentaba bien. Su delgadez huesuda había desaparecido, y su rostro había ganado en atractivo gracias a la redondez.

—¿Quién era el chico que estaba contigo ayer por la noche? —me preguntó antes de entrar por la puerta. Irina le dio un codazo en las costillas.

—Les hemos prometido a Betty y a Ruselina que lo averiguaríamos —se quejó Vitaly, haciendo una mueca y frotándose el costado.

—¿Betty y Ruselina? ¿Cómo saben que estuve con alguien?

Irina apoyó la cesta del *picnic* en la mesa y empaquetó el pan de molde y los platos que yo había preparado.

—Te estaban espiando, como siempre —replicó—. Apagaron las luces de su piso y pegaron las caras contra la ventana cuando él te dejó en casa.

Vitaly cogió una esquina del pan y le dio un mordisco.

—Trataron de escuchar lo que decíais, pero el estómago de Betty no paraba de hacer ruido y no oyeron ni una palabra.

Le cogí la cesta llena a Irina. No pesaba demasiado, pero no quería que ella cargara peso.

—Me complican la vida cuando hacen eso —dije—. Esta situación de por sí ya me cohibe bastante.

Irina me dio unas palmaditas en el brazo.

—El secreto está en casarse y mudarse un barrio más allá. No está demasiado lejos, pero tampoco demasiado cerca.

—Si siguen así, no podré casarme —le contesté—. Espantarán a todos los hombres.

—¡Chst! —chistó Vitaly—. ¿Quién es tu pretendiente, Anya? ¿Por qué no le has invitado a que viniera hoy?

—Le he conocido a través de Diana. Y no le he invitado hoy porque hacía una eternidad que no nos veíamos, y quería pasar el día con vosotros.

—Ya veo, es demasiado pronto como para presentarle a la familia —observó Vitaly, negando con el dedo en mi dirección—. Pero tengo que advertirte de que tu vestido de novia ya es tema de conversación una planta más abajo.

Irina puso los ojos en blanco.

—No me lo puedo creer —exclamó, empujándonos a Vitaly y a mí hacia la puerta.

Todos los domingos, la playa de Bondi se llenaba de gente. Irina, Vitaly y yo tuvimos que andar hasta el cabo Ben Buckler para encontrar un sitio donde sentarnos. La luz del sol era deslumbrante. Se reflejaba en la arena y en la multitud de

sombrillas de un modo muy similar a como lo hacía la nieve en los tejados y en los árboles del hemisferio norte. Vitaly extendió las toallas y plantó la sombrilla mientras Irina y yo nos poníamos las gafas de sol y los sombreros. Los socorristas estaban entrenándose haciendo surf, con sus músculos bronceados brillando por los restos de agua y sudor.

—Vi a algunos de ellos entrenando en la piscina el fin de semana pasado —nos contó Vitaly—. Estaban nadando con bidones de queroseno llenos de agua atados a sus correas.

—Supongo que tienen que ser fuertes para vencer al mar —comenté yo.

Un vendedor de dulces pasó a nuestro lado, la crema de cinc que llevaba puesta en la cara se le estaba derritiendo como un helado al sol. Le llamé y compré tres tarrinas de vainilla, les di una a Irina y otra a Vitaly y abrí la mía.

—Los socorristas son guapos, ¿eh? —dijo Irina, soltando una risita—. Quizás Anya y yo deberíamos apuntarnos al club.

—Vas a estar nadando con algo peor que un bidón de queroseno cargado a tu cintura en unos pocos meses, Irina —apuntó Vitaly.

Contemplé a los socorristas haciendo sus ejercicios con la correa. Uno de ellos destacaba entre los otros. Era más alto que los demás hombres, de constitución fornida y de barbilla cuadrada. Sujetó firmemente, sin dejarle caer, a su compañero socorrista, que hacía de víctima a punto de ahogarse. Realizaba todas las tareas con vigor y decisión. Movié rápidamente la correa alrededor de su cintura y se lanzó al océano sin vacilación, arrastrando al falso surfista medio ahogado sin cansarse, y haciéndole un simulacro de reanimación al llegar a la playa como si la vida le fuera en ello.

—Ese de ahí es impresionante —señaló Vitaly.

Asentí. Una y otra vez, sin esfuerzo aparente, el socorrista se lanzaba a las olas, en busca de la siguiente persona en apuros. Corría como un gamo en el bosque, rápido y despreocupado.

—Debe de ser el socorrista del que Harry me habló la otra noche —me detuve en mitad de la frase. Un hormiguelo me recorrió la piel.

Me puse en pie de un salto, colocándome la mano de visera para protegerme los ojos del sol.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —preguntó Irina, situándose junto a mí.

Su pregunta obtuvo respuesta cuando saludé al socorrista moviendo los brazos y le grité:

—¡Iván! ¡Iván!

Betty y Ruselina estaban escuchando la radio y jugando a las cartas en la mesa junto a la ventana cuando irrumpimos en el piso, uno detrás de otro, seguidos de Iván. Betty levantó la mirada de sus cartas y bizqueó. Ruselina se volvió. Se llevó la mano a la boca y de sus ojos manaron las lágrimas.

—¡Iván! —gritó, poniéndose en pie. Corrió por la alfombra hacia él. Iván la interceptó a medio camino, abrazándola con tanta emoción que la elevó en el aire.

Cuando Iván depositó a Ruselina en el suelo, ella cogió su rostro entre las manos.

—Pensamos que no volveríamos a verte de nuevo —le dijo.

—No estáis ni la mitad de sorprendidos que yo —le respondió Iván—. Creí que estaríais todos en Estados Unidos.

—A causa de la enfermedad de la abuela, tuvimos que venir aquí —le contó Irina. Acto seguido, me miró de soslayo, lo cual me hizo sentir culpable, aunque no había sido su intención. Se suponía que era yo la que tenía que haberle escrito a Iván para informarle sobre nuestro cambio de planes.

Iván se percató de la presencia de Betty, que estaba saludando desde el sofá. Se dirigió a ella en ruso.

—Ésta es mi amiga Betty Nelson —le explicó Ruselina—. Es australiana.

—Oh, australiana —dijo Iván, acercándose hacia Betty para estrecharle la mano—. Entonces será mejor que hablemos en inglés. Me llamo Iván Najimovski. Soy un viejo amigo de Ruselina y de las chicas.

—Encantada de conocerle, señor Naj... señor Naj... —intentó responderle Betty, pero no logró pronunciar su apellido.

—Iván, por favor —le contestó él, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estaba a punto de empezar a preparar la cena —le dijo Betty—. No puedo ofrecerte un asado tradicional porque todos hemos estado divirtiéndonos este fin de semana, y nadie ha hecho la compra. Pero espero que unas salchichas con verdura te parezcan bien.

—Dejadme ir a casa primero a cambiarme y a ponerme algo más presentable —

respondió Iván, mirándose la camiseta y los pantalones cortos salpicados de agua. Tenía granos de arena pegados al vello de las piernas.

—No —le respondió Vitaly, echándose a reír—. Así estás perfecto. Anya es la única que aún se engalana para comer salchichas con puré de patatas. La ropa informal es el único aspecto de la vida australiana que no ha adoptado.

Iván se volvió y me sonrió. Me encogí de hombros. Apenas había cambiado desde Tubabao. Su rostro permanecía joven y con la misma sonrisa traviesa. La cicatriz se le había desdibujado un poco gracias al bronceado. Aún se movía con aquel modo de andar suyo tan parecido al de un oso. Cuando lo reconocí en la playa, corrí hacia él por un impulso. Sólo cuando levantó la mirada, tomé consciencia de mí misma y recordé la tensión de nuestros últimos días juntos, y me entró miedo. Pero, entonces, percibí un brillo cálido en sus ojos y comprendí que, en algún lugar entre Tubabao y Sídney, me había perdonado.

—Siéntate, Iván —le dije, llevándole hacia el sofá—. Todos queremos escuchar tus noticias. Pensé que estabas en Melbourne. ¿Qué haces en Sídney?

Iván se sentó, con Ruselina a un lado y yo al otro. Vitaly e Irina se sentaron en los sillones. Hablamos en inglés porque, mientras cortaba y hervía las verduras, Betty iba y venía, y escuchaba la conversación a trozos.

—Llevo aquí un par de meses —nos contó—. He estado montando una nueva fábrica.

—¿Una nueva fábrica? —repitió Ruselina—. ¿Qué fabricáis en ella?

—Bueno —contestó Iván, apoyando las manos en la rodilla—. Sigo siendo una especie de panadero. Sólo que ahora trabajo preparando comidas congeladas. Mi empresa empaqueta pasteles y tartas para los supermercados.

—¡Tu empresa! —exclamó Irina, abriendo mucho los ojos—. ¡Parece que has tenido éxito!

Iván negó con la cabeza.

—Somos una empresa pequeña, pero hemos ido creciendo bastante, y éste parece que va a ser nuestro mejor año.

Le instamos a que nos contara cómo había empezado su negocio. Sospeché que estaba siendo modesto cuando decía que la empresa era pequeña. Muchos inmigrantes habían establecido sus propias actividades después de haber rescindido su contrato con el gobierno, pero nunca había oído de nadie que poseyera fábricas en las dos ciudades más importantes de Australia.

—Cuando llegué a Australia, me pusieron a trabajar en una panadería —continuó Iván—. Había otro nuevo australiano trabajando allí también, un yugoslavo llamado Nikola Milosavljevic. Nos llevamos bien y nos pusimos de acuerdo para montar juntos un negocio cuando se rescindieran nuestros contratos. Y eso es lo que hicimos.

»Alquilamos un local en Carlton y comenzamos a vender tartas, pasteles y pan. Pero lo que mejor se vendía eran las tartas y los pasteles, así que nos concentramos en ellos. Muy pronto, la gente de las afueras de la ciudad comenzó a acudir a nuestra

panadería. Así que se nos ocurrió la idea de que, si abríamos más establecimientos, podríamos aumentar las ventas. Sin embargo, aunque el negocio iba bien, no podíamos permitirnos tener otro local. Así que compramos un viejo Austin y le quitamos el asiento trasero. Mientras yo atendía la panadería, Nikola iba de un lado a otro repartiendo nuestros pasteles a las pequeñas tiendas de ultramarinos y a las cafeterías.

—¿Sólo estabais vosotros dos? —le preguntó Vitaly—. Está claro que era mucho trabajo.

—Sí que lo era —respondió Iván—. Aquel año fue una locura, pero Nikola y yo estábamos tan seguros de que íbamos a triunfar que trabajábamos todos los días de la semana y no dormíamos nunca más de cuatro horas diarias. Es sorprendente cómo puedes seguir adelante cuando algo te apasiona.

Betty colocó un plato de guisantes con mantequilla en la mesa y se secó las manos en el delantal.

—Te pareces a Anya. Ella es la única persona que trabaja tan duro.

—¡No tanto como lo que él cuenta! —protesté, riéndome.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó Iván.

—Es la editora de moda del *Sydney Herald* —le contó Irina.

—¿De verdad? —dijo Iván—. Estoy impresionado, Anya. Recuerdo el artículo que escribiste para la *Gaceta de Tubabao* sobre los trajes de *Un día en Nueva York*.

Me sonrojé. Había olvidado el artículo, los dibujos que había hecho para la *Gaceta* y todo el entusiasmo que sentía por Nueva York.

—Iván, nadie quiere escuchar historias sobre mí. Cuéntanos más sobre ti —le dije.

—Bueno, mi trabajo no suena ni la mitad de interesante que el tuyo, pero seguiré contándoos —replicó—. Después de que trabajáramos duramente para expandir nuestro negocio durante un año, abrió un supermercado nuevo en un barrio cercano, así que nos reunimos con el responsable y le propusimos venderle nuestros pasteles. Nos contó lo que estaba ocurriendo en Estados Unidos con los supermercados y la comida congelada.

»Nikola y yo pensamos que aquel plan parecía factible. Así que empezamos a experimentar congelando nuestros pasteles. Los primeros intentos fracasaron, especialmente con las tartas que contenían fruta. Es probable que fueran igual de buenos que los productos que ofrecían otras empresas de congelados, pero esto no era suficiente para nosotros. Queríamos que nuestros productos congelados supieran igual de deliciosos que cuando estaban recién hechos. Tardamos un tiempo, pero cuando conseguimos el equilibrio de ingredientes y la técnica correcta, pudimos contratar cocineros y abrir nuestra primera fábrica. Y, si las cosas funcionan bien en Sídney, Nikola se encargará de la fábrica de Melbourne, y yo me quedaré aquí.

—Entonces, nos aseguraremos de comprar muchos de vuestros pasteles —replicó Ruselina, apretándole la mano a Iván—. Sería muy importante para nosotras que te

quedaras aquí.

Betty nos llamó a la mesa e insistió en que Iván, como invitado de honor, la presidiera. Me colocó en el otro extremo, frente a él.

—Es la colocación adecuada —comentó Vitaly, echándose a reír—. El rey y la reina de Australia. Ambos son extranjeros, pero Iván pasa su tiempo libre salvando a australianos a punto de ahogarse, y ella apoya a sus diseñadores de moda y vende felicitaciones navideñas para salvar la fauna y la flora locales.

Iván me dedicó una mirada encendida.

—Quizás es porque ambos sentimos que le debemos mucho a este país, ¿verdad, Anya?

Ruselina le dio unas palmaditas a Iván en el brazo.

—Es cierto que trabajas demasiado —sentenció—. Todas esas horas en la fábrica y luego el resto del tiempo en la playa. Incluso durante tus horas libres estás bajo presión.

—Por no mencionar el peligro de ahogarse o de que se lo coma un tiburón —añadió Irina, partiendo por la mitad una salchicha con un mordisco.

Me estremecí, a pesar de que estaba bromeando. Levanté la mirada hacia Iván y me asaltó un presentimiento de que algo demasiado horrible de imaginar podría sucederle. No soportaba la idea de que aquel hombre apasionado y amable pudiera dejar de existir, justo cuando estaba en la cima de su carrera. Me tranquilicé bebiendo agua lentamente y respirando con la servilleta puesta sobre la nariz, con la esperanza de que nadie notara mi ataque de pánico. Así fue. Todos estaban entretenidos charlando sobre las tormentas que habían agitado las playas el día de Año Nuevo y le preguntaban a Iván por las técnicas de salvamento. Volví a recuperar un ritmo normal de respiración, y se me despejó la cabeza de nuevo. «Qué pensamiento más estúpido», me dije para mis adentros. Ya le había sucedido algo demasiado horrible de imaginar. ¿Qué daño puede hacerte el mar que un ser humano no pueda hacerte?

A las once, Iván se disculpó y dijo que tenía que estar en la fábrica temprano al día siguiente.

—¿Dónde vives? —le preguntó Vitaly.

—He alquilado una casa en la colina —respondió Iván.

—Entonces, te acompañamos —le contestó Vitaly, dándole una palmada en la espalda. Me alegraba que los dos hombres se llevaran bien. Debían de estar contentos por haberse encontrado con otro hombre con habilidades culinarias.

Ruselina, Betty y yo les saludamos desde la acera, mientras los demás se apiñaban en el automóvil de Vitaly. Iván bajó su ventanilla.

—¿Os gustaría hacer una visita a la fábrica? —nos preguntó—. Os la puedo enseñar el fin de semana que viene.

—¡Sí! —exclamamos al unísono.

—Allí donde haya pasteles, te seguiremos —sentenció Betty, tocándose el pelo.

No supe nada de Keith el lunes en el trabajo. Cada vez que llegaba un mensajero o sonaba el teléfono, me sobresaltaba, esperando que fuera él. Pero no recibí nada. Lo mismo sucedió el martes. El miércoles, me crucé con Ted, que subía al ascensor en el vestíbulo.

—¡Hola, Anya! Una fiesta genial. Me alegro de que vinieras.

Fue todo lo que pudo decirme antes de que se cerraran las puertas. Me fui a casa decepcionada. Lo había estropeado todo con Keith.

Hasta el jueves, no volví a verle. El alcalde, Patrick Darcy Hills, celebraba una comida en el ayuntamiento para algunos de los atletas que se estaban preparando para las olimpiadas. Estaban invitados varios personajes famosos del mundo del deporte, incluyendo a Betty Cuthbert, la corredora conocida como «la chica de oro», Dawn Fraser y algunos miembros del equipo de críquet australiano. Diana estaba en Melbourne y no podía asistir, así que me enviaron en su lugar con un fotógrafo del departamento, Eddie. Guardaba un extraordinario parecido con Dan Richards, pero era más tranquilo y me seguía a todas partes como un fiel perro labrador.

—¿Quién está en tu lista para hoy? —me preguntó cuando el conductor nos dejó en George Street.

—El primer ministro acudirá con su esposa —le respondí—. Pero supongo que Caroline y su fotógrafo se centrarán en ellos. Deberíamos ir tras los famosos para ver qué llevan puesto. Y también asistirá una actriz de cine estadounidense, Hades Sweet.

—Es la que está rodando una película en el norte, ¿verdad? —preguntó Eddie—. La de los extraterrestres y Ayers Rock.

—Me alegro de que sepas tanto sobre el tema —le respondí—. Yo no logré encontrar nada sobre ella en los archivos.

Eddie y yo nos colocamos las acreditaciones de prensa, y un guardia nos indicó por gestos que pasáramos la línea para esperar a entrar en el vestíbulo a través de la puerta lateral. Me sorprendí al encontrarme a Keith y a Ted en el interior, de pie junto a la mesa de bufé y comiendo bollos rellenos de crema de praliné; entonces me acordé de que aquél era un acontecimiento deportivo. Vacilé sobre si acercarme y decir hola o si aquello se consideraría demasiado atrevido en Australia. Después de todo, era él quien no se había puesto en contacto conmigo después de nuestra cita. En cualquier caso, perdí mi oportunidad cuando Eddie me tocó el hombro.

—Ahí está, nuestra estrella de cine —me susurró.

Me volví para ver a una mujer rubia que entraba en la habitación. Estaba rodeada por un séquito de gente que llevaba sombreros y vestidos de diseño. Hades no era tan alta como yo esperaba. Tenía un rostro redondeado y flacas piernas y brazos. Pero su pecho era generoso y sobresalía abundantemente de su vestido, bamboleándose con suavidad al ritmo de sus tacones altos. Me sentí como una gigante cuando me acerqué discretamente a ella. Me presenté y le hice las preguntas que a nuestras lectoras les interesaban sobre las estrellas de cine extranjeras.

—¿Le gusta Australia, señorita Sweet?

Mientras masticaba su chicle, reflexionó sobre la pregunta más de lo que yo hubiera esperado si su experto en relaciones públicas la hubiera aleccionado correctamente.

—Sí —dijo finalmente, con un meloso acento sureño.

Esperé a que se explicara, pero cuando vi que eso no iba a suceder, le pregunté por su atuendo. Llevaba un vestido de estilo años veinte, con el escote en forma de copa, en lugar de plano.

—Lo confeccionó la diseñadora del estudio, Alice Dorves —contestó Hades, con una voz forzada como si estuviera leyendo un guión por primera vez—. Diseña los vestidos más fabulosos del mundo.

Eddie levantó la cámara.

—¿Le importa que le hagamos una fotografía? —le pregunté.

Hades no me contestó, pero su rostro se transformó por completo. Abrió los ojos de par en par y formó con los labios una sonrisa encantadora. Levantó los brazos en el aire, como si fuera a abrazar la cámara. Por un momento, pensé que iba a elevarse hacia el techo, pero, cuando se disparó el *flash*, ella se encogió de hombros y retomó su aspecto mediocre.

Connie Robertson, la editora de la sección femenina del periódico de Fairfax, la rondaba, haciendo círculos como un tiburón, vestida de Dior. Se había ganado el respeto de la industria y era buena en conseguir lo que quería, aunque no le gustaba que se opusieran a sus deseos. Me saludó con la cabeza y agarró a Hades por el codo, guiándola en dirección al fotógrafo de su periódico. Noté un apretón en el hombro y me volví para ver a Keith.

—¡Oye! —me dijo—. Ted quiere que le presentes a tu amiga.

—¿A quién? —le pregunté.

Keith señaló con la cabeza a Hades Sweet. Connie la había arrinconado y la estaba bombardeando a preguntas sobre el verdadero significado de Hollywood y sobre qué pensaba de las mujeres trabajadoras.

Me volví hacia Keith. Estaba sonriendo y no parecía en absoluto triste o dolido.

—¿Practica algún deporte? —me preguntó—. Tendremos que inventarnos alguna excusa para que Ted pueda hacerle una foto.

—No necesita ayuda —le dije, echándome a reír—. ¡Mira!

Ted se había puesto de un salto en la cola de fotógrafos que estaban esperando para sacar una foto de Hades. Cuando llegó su turno, le tomó dos fotos en pose lateral, dos más de plano medio y otras dos de cuerpo entero. Estaba a punto de llevarla al balcón para hacerle una foto en exteriores cuando lo detuvo una airada reportera del *Women's Weekly*, que le gritó:

—¡Date prisa! ¡Esto no es un pase de modelos en bañador!, ¿sabes?

—Escucha —me dijo Keith, volviéndose hacia mí—, si todavía quieres salir conmigo después de lo del cumpleaños de Ted, me gustaría llevarte al cine el sábado por la noche. Están poniendo *La tentación vive arriba* y me han dicho que es bastante

divertida.

Sonreí.

—Suenan bien.

Se abrió una puerta y entró el alcalde en la estancia, seguido por los atletas invitados.

—Será mejor que me vaya —dijo Keith, haciéndole un gesto a Ted—. Ya te llamo yo.

El sábado siguiente, Vitaly e Irina vinieron a recogerlos en su coche para ir a la fábrica de Iván en Dee Why. Hacía un día caluroso, por lo que abrimos las ventanillas para que entrara la brisa. Aquel barrio de playas del norte parecía una ciudad en sí mismo, con filas de chalés al estilo californiano y Holdens aparcados en los caminos de entrada, todos ellos con tablas de surf atadas a la baca. En la mayoría de los jardines crecía, como mínimo, una palmera. En muchos de ellos, el buzón había sido adornado con conchas marinas o el número de la casa estaba atornillado a la puerta de entrada con enormes letras en cursiva.

—Iván ha sido muy inteligente al establecer su fábrica aquí —comentó Vitaly—. Si todo marcha bien, podrá mudarse a Dee Why y tendrá clubes de surf para aburrir. El Curl Curl, el Collaroy, el Avalon...

—Por lo visto, una de sus empleadas predilectas se ahogó —nos contó Irina—. Era una mujer mayor proveniente de Italia que no se dio cuenta de lo impredecible que puede ser el mar aquí en el sur. Por eso, él empezó a interesarse por los clubes de surf.

—¿Está Iván casado? —preguntó Betty.

Nos quedamos en silencio, preguntándonos quién contestaría a aquella pregunta. Los neumáticos del coche traqueteaban sobre los baches de la carretera de cemento a un ritmo constante.

—Lo estaba —contestó Irina al final—. Ella murió durante la guerra.

Iván nos esperaba en el exterior de la verja de la fábrica. Llevaba un traje de color azul marino que, claramente, había sido confeccionado para él. Era la primera vez que lo veía tan elegante. Se notaba que la fábrica era más nueva que las que había a ambos lados, porque los ladrillos y el cemento no tenían ni una mancha. Una chimenea de piedra se erguía sobre el tejado y en ella lucía un cartel que rezaba «Pasteles Cruz del Sur». Había una docena de camiones en el patio de carga con el mismo cartel a ambos lados.

—Tienes muy buen aspecto —le dije cuando salimos del coche.

Se echó a reír.

—Que eso me lo diga una editora de moda se me va a subir a la cabeza.

—Es cierto —le dijo Ruselina, cogiéndolo del brazo—. Sin embargo, espero que no te lo hayas puesto por nosotros. Hoy debe de hacer fácilmente más de treinta

grados.

—No siento el calor ni el frío —le contestó Iván—. Al ser un cocinero que trabaja con comida congelada, ya no noto los extremos de temperatura.

Cerca del área de recepción, había un vestuario donde a Betty, Ruselina, Irina y a mí nos dieron unas batas, gorros y zapatillas antideslizantes. Cuando salimos, nos encontramos que Iván y Vitaly también llevaban el mismo atuendo que nosotras.

—No nos había dicho que hoy nos iba a poner a trabajar —comentó Vitaly, sonriendo—. ¡Esto es mano de obra gratis!

El área principal de la fábrica parecía un hangar gigante con muros de hierro galvanizado y ventanas que recorrían toda la pared. La maquinaria era de acero inoxidable y zumbaba y runruneaba en lugar de rechinar y atronar como yo me imaginaba que hacían las máquinas de las fábricas. Por todas partes, había rejillas y turbinas de ventilación y ventiladores. Era como si el lema de la empresa fuera: «Sigan respirando».

El personal del sábado de Iván ascendía a treinta personas aproximadamente. Los que estaban junto a las cintas transportadoras eran, en su mayoría, mujeres que llevaban uniformes y zapatos blancos. Unos hombres con batas blancas empujaban carritos llenos de bandejas. Por su aspecto, parecían inmigrantes, y me pareció un detalle simpático que, aparte del nombre de la empresa impreso en el bolsillo de sus batas, todos llevaran también su nombre bordado en el gorro.

Iván comenzó la visita por el área de envíos, donde vimos a hombres amontonando sacos de harina y azúcar, mientras otros transportaban bandejas de huevos y fruta a enormes refrigeradores.

—Es como una cocina normal, sólo que un millón de veces más grande —comentó Betty.

Pude entender por qué Iván se había vuelto inmune al calor cuando entramos en el área de cocinas. Me sobrecogió el tamaño de los hornos rotatorios y, a pesar de las docenas de ventiladores que giraban dentro de jaulas metálicas, la estancia era muy calurosa y en el aire flotaba el olor de una multitud de especias.

Iván nos condujo más allá de las cintas transportadoras, donde las trabajadoras empaquetaban los pasteles en cajas enceradas y, después, a la cocina de pruebas, donde el chef nos había preparado una muestra de pasteles para que los degustáramos.

—Al final de la visita, acabaréis hartos de pasteles —nos dijo Iván, indicándonos que tomáramos asiento—. De primero, tenemos pasteles de patata y carne, de pollo y champiñones, de cordero y puré de patatas o de verduras. Y de postre, hay pastel de merengue de limón, tarta de fresa con crema pastelera o tarta de queso.

—Estos pasteles se preparan, cocinan y sirven en sus correspondientes recipientes de aluminio —nos dijo el chef mientras cortaba los pasteles a nuestra elección y los servía en platos de porcelana que llevaban grabado el logotipo de Pasteles Cruz del Sur—. Disfrútenlos.

Vitaly probó un bocado del pastel de cordero y puré de patatas.

—Está tan bueno como si estuviera recién hecho, Iván.

—Estoy entusiasmada —comentó Betty—. Cualquiera día de éstos voy a dejar de cocinar y, a partir de entonces, comeré de tus pasteles todos los días.

Después de aquel almuerzo, casi no pudimos andar el camino de vuelta hasta el coche.

—Así aprenderemos a no ser tan glotones —comentó Ruselina, echándose a reír.

Iván nos había regalado a cada uno grandes cantidades de los pasteles que más nos habían gustado para que nos los lleváramos a casa. Vitaly abrió el maletero y nos pusimos en fila para ir colocando nuestras provisiones en el interior.

—Los pasteles estaban deliciosos —le dije a Iván.

—Me alegro de que hayas podido venir —respondió—. Espero que no sea verdad que trabajas todos los fines de semana.

—Trato de no hacerlo —le mentí.

—¿Por qué no le enseñas a Iván dónde trabajas tú? —sugirió Betty.

—Me encantaría —dijo él, cogiéndome los pasteles de los brazos y colocándolos en el maletero junto con los otros.

—Iván, el sitio donde yo trabajo es muy aburrido de visitar —le contesté—. Tan sólo es un despacho con una máquina de escribir y fotos de vestidos y de modelos por todas partes. Pero te llevaré a visitar a mi amiga Judith, si quieres. Es diseñadora y una verdadera artista.

—De acuerdo —me dijo, sonriendo.

Le dimos a Iván besos de despedida y esperamos a que Vitaly abriera las puertas del coche para que saliera el aire caliente.

—¿Por qué no vienes a cenar esta noche? —le preguntó Betty a Iván—. Podemos escuchar discos y compraré una botella de vodka si os apetece. Para ti y para Vitaly. Acabará su jornada en la cafetería alrededor de las ocho de la tarde.

—Yo no bebo, Betty. Pero estoy seguro de que Anya podrá beberse mi parte —comentó Iván, volviéndose hacia mí con una sonrisa burlona en los labios.

—Oh, no cuentes con ella —replicó Vitaly—. No cenará con nosotros. Tiene una cita con su novio.

Una sombra pasó por el rostro de Iván, pero continuó sonriendo.

—¿Su novio? Ya veo —comentó.

Noté como me ponía pálida. «Está pensando en cuando me pidió que me casara con él y yo le rechacé», pensé. Era natural que, si se hablaba de Keith, nos sintiéramos incómodos, pero esperaba que fuera algo temporal. No quería que hubiera malos sentimientos entre nosotros.

De repente, miré a Betty de soslayo. Nos estaba observando a Iván y a mí con una expresión perpleja en el rostro.

Mi segunda cita con Keith fue más relajada que la primera. Me llevó a la cafetería Bates en Bondi, donde conseguimos una mesa con bancos para nosotros solos y nos tomamos unos batidos de chocolate. No me preguntó sobre mi familia, sino que habló de su propia niñez en la Victoria rural. Me preguntaba si Diana le habría informado sobre los detalles que yo le había contado a ella de mi pasado o si, simplemente, era una costumbre australiana no preguntar por la vida personal de alguien hasta que la persona en cuestión no sacara por sí misma el tema. Era dulce y ligero estar en compañía de Keith, igual que el pastel de merengue de limón de Iván. Sin embargo, ¿cuándo llegaría el momento de empezar a hablar en serio? No deseaba deteriorar nuestras divertidas citas con las historias de mi deprimente pasado. Su padre y sus tíos no habían ido a la guerra, no entendería cómo era. Parecía tener una cantidad inacabable de tíos y primos. ¿Sería capaz de comprenderme? ¿Y cómo reaccionaría cuando le contara que ya había estado casada?

Más tarde, después de la película, cuando salimos del cine Six Ways, comprobamos que la temperatura había cambiado radicalmente, había pasado de un calor bochornoso a una calidez agradable con una brisa oceánica que soplaba desde el Pacífico. Nos maravillamos por el tamaño de la luna.

—Qué noche tan perfecta para dar un paseo —dijo Keith—. Pero tu piso está demasiado cerca.

—Podemos ir hasta allí y volver varias veces —bromeé.

—Pero todavía tendríamos otro problema —comentó él.

—¿Cuál?

Se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente.

—No hay ninguna rejilla de ventilación en todo el camino para levantarte la falda.

Pensé en la secuencia de *La tentación vive arriba* en la que Marilyn Monroe se colocaba sobre una rejilla de ventilación del metro, y su falda se le levantaba hasta las caderas delante de un acalorado Tom Ewell, y me eché a reír.

—Ésa era una escena hecha para los espectadores masculinos —le dije.

Keith me rodeó con el brazo y me llevó hacia la calle.

—Espero no haberte parecido demasiado indecente —me confesó.

Me preguntaba con qué tipo de chicas saldría normalmente Keith como para que se preocupara por algo así. A buen seguro, Rowena no era precisamente una mojigata. Aquella imagen resultaba muy poco agresiva en comparación con lo que se veía en el Moscú-Shanghái.

—No, Marilyn es muy guapa —le contesté.

—No tan guapa como tú, Anya.

—Yo creo que no —repliqué, echándome a reír.

—¿Crees que no? Pues entonces, te equivocas —me dijo.

Después de que Keith me dejara en casa, me senté junto a la ventana,

contemplando la espuma danzando en la oscuridad del océano nocturno. Las olas parecían romperse y volver atrás al ritmo de mi respiración. Me había divertido con Keith. Me había besado en la mejilla cuando llegamos al umbral, pero su tacto era ligero y cálido y no había expectativas más allá de aquel beso, aunque sí me había pedido que saliéramos el sábado siguiente.

—Es mejor que te lo reserves para mí con antelación, antes de que se me adelante algún otro —me había dicho.

Keith era adorable, pero cuando me metí en la cama, en el único en el que pensaba era en Iván.

El jueves resultó ser un día muy corto en el trabajo porque había acabado mi sección de moda con dos semanas de antelación. Estaba deseando irme de la oficina a tiempo y hacer unas compras de última hora antes de marcharme a casa. Todavía tenía uno de los pasteles de Iván en el congelador y me imaginé a mí misma calentándolo y metiéndome en la cama con un libro. Bajé las escaleras hasta el vestíbulo y me quedé clavada en el sitio cuando me encontré al propio Iván esperando allí. Llevaba puesto su traje elegante, pero tenía el pelo revuelto y el semblante pálido.

—¡Iván! —exclamé, conduciéndole a la sala de espera—. ¿Qué sucede?

No dije nada, por lo que comencé a preocuparme. Me preguntaba si aquel presentimiento que había tenido se estaba haciendo realidad. Finalmente, se volvió hacia mí y se echó las manos a la cabeza.

—Tenía que verte. Quería esperar hasta que llegaras a casa, pero no pude.

—Iván, no me hagas esto —le rogué—. Dime, ¿qué ha sucedido?

Se presionó las manos contra las rodillas y me miró a los ojos.

—Ese hombre con el que te estás viendo... ¿es una relación seria?

Mi mente se puso en blanco. No sabía cómo responderle, así que le dije lo único que se me ocurrió.

—Quizás.

Mi respuesta pareció calmarle.

—¿Así que no estás segura? —preguntó.

Sentí que cualquier cosa que dijera parecería tener más importancia de lo que debería, por lo que permanecí en silencio y decidí que era mejor escuchar primero lo que él tenía que decirme.

—Anya —dijo, mesándose el pelo—, ¿es totalmente imposible que llegues a amarme?

Su tono sonaba enfadado, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Me presentaron a Keith antes de verte de nuevo. Estoy empezando a conocerle.

—Supe lo que sentía por ti en el momento en que te vi en Tubabao y después, de nuevo, cuando te vi en la playa. Pensé que ahora que nos hemos vuelto a encontrar, ya habrías aclarado tus sentimientos.

La cabeza comenzó a darme vueltas. No tenía ni la menor idea de qué sentía por Iván. Sí que le quería de cierta manera, eso sí lo sabía, si no, no me habrían preocupado sus sentimientos. Pero quizás no le amaba como él deseaba. Era demasiado intenso y me asustaba. Era más fácil estar con Keith.

—No sé lo que siento...

—No eres demasiado clara —me interrumpió Iván—. Pareces estar viviendo tu vida en una especie de confusión emocional.

Entonces, me tocó el turno de enfadarme, pero la sala se estaba llenando de trabajadores del *Sydney Herald* que se estaban marchando a casa, por lo que hablé en voz baja:

—Quizás, si no me asaltaras repentinamente con tus sentimientos, tendría tiempo de comprender los míos. No tienes paciencia, Iván. Eres muy inoportuno.

No me contestó, y ambos permanecimos en silencio durante unos minutos. Entonces, me preguntó:

—¿Qué puede ofrecerte ese hombre? ¿Es australiano?

Reflexioné sobre sus palabras y rebatí:

—A veces, es más fácil estar con alguien que te hace olvidar.

Iván se puso en pie y me dedicó una mirada feroz, como si le hubiera abofeteado. Miré a mis espaldas, con la esperanza de que nadie de la sección femenina —o peor aún, Keith— pudiera vernos.

—Hay algo mucho más importante que olvidar, Anya —sentenció Iván—. Lo que cuenta de verdad es lograr comprender.

Se volvió y se apresuró a abandonar el vestíbulo, mezclándose con la multitud que salía a la calle. Contemplé la riada de trajes y vestidos, tratando de entender qué acababa de ocurrir. Me preguntaba si Caroline habría sentido la misma sorpresa e incredulidad que yo el día que la atropelló el tranvía.

No regresé a casa para pasar la relajante velada que había planeado. Me senté en la playa con el traje del trabajo, las medias y los zapatos puestos y mi bolso al lado. Busqué la quietud del océano. Quizás estaba destinada a quedarme sola, o puede que fuera incapaz de amar a nadie. Me cogí la cara entre las manos, tratando de ordenar mis confusos sentimientos. Keith no trataba de hacerme decidir nada, y ni siquiera el arrebató emocional de Iván era lo que me estaba haciendo sentir presión. Era otra cosa en mi interior. Desde que me había enterado de la muerte de Dimitri, me había sentido cansada y harta. Una parte de mí no veía ningún futuro, independientemente de la decisión que tomara.

Contemplé la puesta de sol y esperé hasta que hizo demasiado frío para permanecer al aire libre. Me demoré paseando, y me quedé de pie a las puertas del edificio de mi apartamento durante mucho rato, mirando hacia arriba. Todas las ventanas tenían luz salvo la mía. Metí la llave en la puerta de entrada y me sobresalté cuando ésta se abrió antes de que yo la empujara. Vitaly estaba en el descansillo.

—¡Anya! ¡Llevamos toda la tarde esperándote! —me dijo, con el rostro

inusitadamente tenso—. Rápido, ¡entra ya!

Le seguí hasta el apartamento de Betty y Ruselina. Las dos ancianas estaban sentadas en la sala de estar. Irina también se encontraba allí, apoyada en el borde del brazo del sillón. Se levantó de un salto cuando me vio y me estrechó entre sus brazos.

—¡El padre de Vitaly ha recibido una carta de su hermano, después de todos estos años! —me gritó—. ¡Trae noticias sobre tu madre!

—¿Mi madre? —tartamudeé, sacudiendo la cabeza.

Vitaly dio un paso adelante.

—Junto a la carta de mi padre había una especial para ti. Mi padre la ha reenviado desde Estados Unidos por correo certificado.

Miré fijamente a Vitaly, con incredulidad. Aquel momento no parecía real. Había esperado tanto a que sucediera que no sabía cómo reaccionar ahora.

—¿En cuánto tiempo estará aquí? —pregunté. Mi voz no parecía mía. Sonaba a una Anya Kozlova de trece años. Pequeña, asustada y perdida.

—Tardará entre siete y diez días —respondió Vitaly.

Apenas oí lo que me decía. No sabía qué hacer. Realmente no era capaz de hacer nada. Me paseé por la habitación en círculos, agarrándome a los muebles para calmarme. Después de lo que había ocurrido aquel día, parecía que el mundo había perdido consistencia. El suelo tembló bajo mis pies como cuando el barco que me había sacado de Shanghái surcaba las olas. Tendría que esperar entre siete y diez días para unas noticias que habían tardado casi la mitad de mi vida en llegarme.

LA CARTA

Me resultaba imposible comportarme con normalidad mientras estaba esperando la carta proveniente de Estados Unidos. Incluso cuando me sentía tranquila, un momento después comenzaba a darle vueltas a la cabeza de nuevo. En el periódico, podía leer un artículo hasta tres veces sin prestarle ninguna atención. Cuando iba a comprar, apilaba latas y paquetes de productos en la cesta, y al llegar a casa, me percataba de que no había traído nada de utilidad. Tenía la piel cubierta de magulladuras porque me chocaba contra las sillas y las mesas. Me bajaba de la acera en calles concurridas sin mirar, hasta que los bocinazos y los gritos de los conductores furiosos me devolvían a la realidad. Me puse las medias al revés para acudir a un pase de modelos y, si no me paraba a pensarlo, llamaba «Betty» a Ruselina, «Ruselina» a Betty e «Iván» a Vitaly. Tenía el estómago revuelto como si hubiera bebido demasiado café. Me despertaba por las noches bañada en sudor. Me sentía completamente sola. Nadie podía ayudarme. Nadie podía consolarme. Era más que probable que la carta trajera malas noticias, porque, si no, no hubiera estado lacrada y dirigida a mí personalmente. Quizás los padres de Vitaly la habían leído y habían preferido reenviármela sin más, en lugar de transmitirme ellos mismos su triste contenido.

Sin embargo, a pesar de haber intentado racionalizar el asunto y haber tratado de prepararme para lo peor, anhelaba contra toda esperanza que mi madre estuviera viva y que la carta fuera suya. No obstante, no lograba ni imaginarme lo que podría leer en una carta así.

Después del séptimo día, mi tiempo giraba en torno a las visitas diarias a la oficina de correos en compañía de Irina, donde nos poníamos a la cola para enfrentarnos a las miradas hostiles de los empleados.

—No, su carta no ha llegado. Le enviaremos una notificación a su domicilio cuando llegue.

—Pero es que es una carta muy importante —les decía Irina, tratando de ganarse un poco de comprensión—. Por favor, comprendan nuestra inquietud.

Sin embargo, lo único que hacían los empleados era mirarnos con suficiencia, descartando nuestro drama personal con un gesto de la mano, como si fueran reyes y reinas en lugar de simples funcionarios. E, incluso cuando la carta no llegó en diez días y yo sentía que las costillas se me iban a quebrar, aplastándome los pulmones y cortándome la respiración, no se dignaron a mostrar un mínimo de amabilidad para llamar a otras oficinas de la zona y preguntarles si mi carta les había llegado por error. Se comportaban como si tuvieran toda la prisa del mundo, incluso cuando no había nadie más a quien atender, excepto a Irina y a mí.

Vitaly envió un telegrama a sus padres, pero lo único que pudieron hacer fue verificar la dirección.

Para tratar de quitarme de la cabeza la carta, fui con Keith una tarde a Royal Randwick. Keith estaba ocupado con la temporada de deportes de verano, además de con los acontecimientos habituales, pero trataba de salir conmigo cuando podía. Diana me había dado el día libre, y Keith iba a entrevistar a un entrenador hípico llamado Gates y a elaborar un reportaje sobre las carreras de la tarde. Ya había estado muchas veces en las pistas para realizar reportajes de la sección femenina, aunque en ninguna ocasión había permanecido allí más que lo que se tardaba en hacer las fotografías del atuendo de los asistentes. Nunca me había interesado lo suficiente como para quedarme a ver las carreras, pero era mejor que pasarme el día sola.

Miraba desde la terraza del bar del hipódromo mientras Keith entrevistaba a Gates en la zona de ensillado. Su caballo, *Stormy Sahara*, era un alazán purasangre con una veta de pelaje blanco y unas patas tan largas como el cuerpo entero de su jinete. Su entrenador era un hombre curtido, con un anzuelo en el gorro y un cigarrillo medio consumido colgado del borde de los labios. Diana a menudo repetía que se podía decir cómo de bueno era un reportero por el modo en el que la gente contestaba a sus preguntas en las entrevistas. Aunque Gates debía de tener muchas cosas en la cabeza, le estaba prestando a Keith toda su atención.

Una mujer estadounidense y su hija, vestidas con trajes y sombreros de Chanel, se aproximaron a la línea amarilla que delimitaba la zona de apuestas y la zona privada del bar, y echaron un vistazo desde allí, como si estuvieran tratando de localizar un pez en un estanque.

—¿Es cierto que las mujeres tienen prohibido traspasar esta línea? —me preguntó la madre.

Asentí con la cabeza. En realidad, aquel borde no era una línea de prohibición para las mujeres, era una línea para marcar la zona exclusiva de los socios. Sin embargo, estaba claro que las mujeres no podían ser socias.

—¡Es totalmente increíble! —comentó ella—. ¡No había visto una cosa así desde que estuve en Marruecos! Y dígame, ¿qué hago si deseo apostar?

—Bueno —le respondí—, su acompañante masculino puede hacer la apuesta por usted o puede usted salir al exterior y hacer su apuesta desde el lado que no está reservado para socios. Pero, aun así, no estaría bien visto.

La mujer y su hija se echaron a reír.

—Eso es mucha molestia. ¡Qué país más machista es éste!

Me encogí de hombros. Nunca me había parado a pensarlo antes. A fin de cuentas, lo que a mí me interesaba siempre había estado en la zona de mujeres.

Mi primera parada solía ser el tocador. Allí, las mujeres se afanaban en dar los toques finales a su maquillaje, aplicarse el lápiz de ojos, colocarse bien el sombrero o el vestido y estirarse las costuras de las medias. Era un buen lugar para ponerse al día de los cotilleos y enterarse de quién llevaba vestidos de Dior verdaderos y quién imitaciones. Allí solía encontrarme con una mujer italiana llamada Maria Logi. Tenía un tipo parecido al de Sofía Loren, de piel dorada y una silueta voluptuosa. Su acaudalada familia lo había perdido todo durante la guerra y, al llegar a Australia, había intentado introducirse de nuevo en los círculos adecuados. Sin embargo, no había sido capaz de casarse con ningún miembro de la alta sociedad y, en cambio, se había convertido en la esposa de un famoso jinete. Había una regla no escrita en la sección femenina que consistía en que, aunque era aceptable retratar en los artículos a las mujeres e hijas de los entrenadores y los dueños de caballos, no lo era fotografiar a las esposas de los yoqueis, independientemente de lo ricos que fueran o de los triunfos que obtuvieran.

Maria trató de sobornarme una vez para que publicara su fotografía. No acepté, pero le dije que, si se compraba un vestido de un buen diseñador australiano, saldría en mi especial sobre la moda en las carreras. Apareció con un vestido de lana color crema confeccionado por Beril Jents. El color le sentaba muy bien, en contraste con su bronceada piel, y lo llevaba con un pañuelo amarillo al cuello y con mucho *glamour* italiano. ¿Cómo podía negarme a convertirla en el centro de atención de mi cámara?

—Me has hecho un favor, así que tengo que devolvértelo —me dijo después, cuando me la encontré en el tocador—. Mi marido tiene muchos amigos. Te encontraré un guapo jinete para que te cases con él. Son buenos maridos. No son agarrados cuando toca gastar en sus mujeres.

Me eché a reír y le dije:

—Mira qué alta soy, María. Ningún jinete se interesaría por mí.

Maria negó con el dedo y me contestó:

—Te equivocas. Les encantan las mujeres esculturales. Mira, si no, sus caballos.

Me volví hacia la mujer estadounidense y su hija.

—El césped no siempre es más verde al otro lado —les dije—. Las mujeres aficionadas a las carreras son conocidas por su belleza, encanto e ingenio. Sin embargo, rara vez he oído comentar algo así sobre sus maridos.

—¿Qué pasaría si cruzáramos la línea? —preguntó la hija. Pisoteó la línea y puso un pie del lado de los socios. Su madre la imitó. Se quedaron allí, con las manos en las caderas, pero la carrera de la tarde estaba a punto de comenzar y, excepto por una mirada obscena que les dedicó un anciano, nadie más les prestó demasiada atención.

Keith corrió hacia mí, ondeando en el aire su cartilla de apuestas.

—He apostado por mis favoritos para ti. —Me colgó sus prismáticos al cuello y me guiñó un ojo—. Volveré a buscarte cuando haya terminado de trabajar.

Abrí la cartilla de apuestas y vi que había apostado tres monedas de cinco chelines para mí en apuestas combinadas, lo cual se consideraba adecuado para una dama. Valoraba su esfuerzo, pero no me interesaban demasiado las carreras. Incluso cuando uno de los caballos que había elegido para mí, *Chaplin*, que se había pasado la mayor parte de la carrera en mitad del pelotón, repentinamente se adelantó en la recta, se puso en cabeza y ganó la carrera, no pude unirme al entusiasmo general.

Después de que Keith llamara al periódico para transmitir su historia y los resultados, me encontré con él en el bar para tomar una copa. Pidió para mí una cerveza con gaseosa, que traté de beberme educadamente, mientras él me explicaba en qué consistía la vida en el mundo de las carreras: los desconocidos y los favoritos, los pesos y los sorteos de los puestos, las tácticas de los jinetes y las apuestas de los corredores. Por primera vez, aquella tarde, me di cuenta de que me llamaba Anne, en lugar de Anya. Me preguntaba si estaba anglicanizando mi nombre a propósito, o si simplemente no era capaz de percibir la diferencia. Cuando le hablé sobre la carta y mi madre, me pasó el brazo por los hombros y me dijo: «Es mejor que no pensemos en cosas tristes».

A pesar de todo, echaba de menos su compañía. Anhelaba que me cogiera de la mano, que me sacara del remolino que me estaba engullendo. Quería decirle: «Keith, mírame. Mira cómo me estoy ahogando. Ayúdame». Pero él no se daba cuenta. Me acompañó hasta la parada del tranvía, me dio un beso en la mejilla y me envió de vuelta a mi absurda soledad mientras él seguía bebiendo en el bar del hipódromo y buscando historias para sus reportajes.

Abrí la puerta de mi piso. El silencio en el interior era cómodo y opresivo al mismo tiempo. Encendí la luz y vi que Ruselina y Betty habían hecho la limpieza. Habían sacado brillo a mis zapatos y los habían colocado en fila junto a la puerta. Mi camisón estaba doblado a los pies de la cama junto a un par de chinelas de tela. Sobre mi almohada, habían colocado una pastilla de jabón de lavanda y una toalla de manos. La toalla estaba bordada con flores y pajarillos. La desdoblé y vi que también tenía bordadas las palabras: «Para nuestra niña preciosa». Se me llenaron los ojos de lágrimas. Quizás las cosas acabarían mejorando. Incluso aunque algo en mi interior me decía que la llegada de la carta empeoraría la situación, seguía manteniendo viva la esperanza de que no fuera así.

Betty había cocinado una tanda de galletas de jengibre y me las había dejado en un tarro sobre el escritorio. Cogí una y casi me rompí los dientes tratando de morderla. Puse el hervidor a calentar y preparé un poco de té para ablandar las galletas antes de comérmelas. Me tumbé en la cama con la intención de descansar sólo un instante, pero me quedé profundamente dormida.

Me desperté una hora después porque estaban llamando a la puerta. Meforcé

por incorporarme, pues tenía las extremidades adormecidas por el sueño y la tristeza. Vi a Iván por la mirilla. Abrí la puerta y él entró de una zancada en el piso, cargado de pasteles congelados. Se dirigió directamente a la cocinilla y abrió la puerta de la minivera. La única cosa que había en su interior era un bote de mostaza en la balda superior.

—Mi pobre Anya —me dijo, mientras colocaba los paquetes en la nevera—. Irina me habló sobre tu terrible espera. Mañana mismo voy a ir a la oficina de correos y me quedaré allí delante hasta que rastreen el paradero de esa carta. —Iván cerró la nevera y me rodeó con sus brazos, apretándome como un enorme oso ruso. Cuando nos separamos, me miró la cintura—. Te estás quedando muy delgada —señaló.

Me senté en la cama y él se sentó ante mi escritorio, frotándose la barbilla y mirando fijamente el océano.

—Eres muy amable —le dije.

—Me he portado fatal contigo —replicó, sin mirarme—. He tratado de obligarte a sentir cosas que tú no sentías.

Nos sumimos en el silencio. Ya que él no me miraba a mí, yo le contemplé a él. Sus grandes manos, con los dedos apoyados en la mesa, la espalda ancha y familiar, el pelo ondulado. Deseé poder amarle como él quería, porque era un buen hombre y me conocía bien. Me di cuenta de que la carencia de sentimientos por Iván estaba en mí misma, no tenía nada que ver con él.

—Iván, tú siempre me importarás.

Se puso en pie, como si le hubiera dado razones para marcharse, aunque en realidad, yo quería que se quedara. Quería que se tumbara junto a mí, para que yo pudiera acurrucarme a su lado y dormirme apoyada en su hombro.

—Me vuelvo a Melbourne en dos semanas —me dijo—. He contratado a alguien para que se haga cargo de la fábrica en Sídney.

—Oh —exclamé. Era como si me hubiera apuñalado.

Después de que Iván se marchara, me tumbé de nuevo en la cama, sintiendo como el vacío dentro de mí se ensanchaba y se agrandaba, como si me estuviera muriendo desangrada.

Al día siguiente de la visita de Iván, estaba en mi despacho en el periódico, trabajando en un artículo sobre una variedad de algodón que no necesitaba planchado. Nuestra oficina daba al oeste. El sol estival entraba a raudales por los cristales de las ventanas y convertía la sección femenina en una especie de invernadero. Los ventiladores de pared zumbaban patéticamente tratando de mitigar el opresivo calor. Caroline trabajaba en un artículo sobre lo que le gustaba comer a la familia real cuando estaba en Balmoral. Cada vez que la miraba, notaba que se estaba cayendo lentamente hacia delante, como una flor marchitándose. Incluso Diana parecía desvaída, y minúsculos mechones de su cabello se le adherían a la frente, que le

brillaba por el sudor. Pero yo no conseguía entrar en calor. Mis huesos eran de hielo y me congelaban desde dentro. Diana les dijo a las reporteras de menor antigüedad que podían arremangarse si lo necesitaban, mientras que yo me puse un jersey.

Mi teléfono sonó y me dio un vuelco el corazón cuando escuché la voz de Irina: «Anyá, ven a casa —me dijo—. La carta está aquí».

En el tranvía de vuelta a casa, apenas podía respirar. El terror se estaba volviendo cada vez más real. Una o dos veces, pensé que me iba a desmayar. Esperaba que Irina hubiera llamado a Keith, tal y como le había pedido. Quería que él e Irina estuvieran allí cuando leyera la carta. El murmullo del tráfico me hizo recordar el ronroneo del coche de mi padre cuando nos llevaba de paseo a mi madre y a mí los domingos. De repente, la imagen de ella frente a mí surgió mucho más clara que durante todos aquellos años. Me desconcertó la viveza de su pelo oscuro, sus ojos color ámbar y los pendientes en los lóbulos de sus orejas.

Irina estaba esperándome fuera del apartamento. Me quedé mirando el sobre que tenía en la mano y di un traspié. Estaba sucio y era muy fino.

—¿Quieres estar sola? —me preguntó.

Le cogí la carta de la mano. La sopesé entre los dedos: era liviana. Quizás no dijera nada en absoluto. Puede que simplemente fuera un panfleto del tío de Vitaly sobre la probidad del partido comunista. Quería despertar de aquella pesadilla y encontrarme en cualquier otro lugar.

—¿Y Keith? —pregunté.

—Dijo que tenía que terminar un artículo urgente, pero que trataría de acabar lo antes posible.

—Gracias por llamarle.

—Estoy segura de que son buenas noticias —me dijo Irina, mordiéndose el labio.

Al otro lado de la calle, junto a la playa, había una zona de césped bajo un pino. Señalé con la cabeza hacia allí.

—Te necesito —le confesé—. Más que nunca.

Irina y yo nos sentamos a la sombra del árbol. Mis manos parecían de gelatina y tenía la boca seca. Rasgué el sobre y contemplé la caligrafía rusa, sin poder leer una frase después de otra, sino mirando todas las palabras a la vez, sin entender nada. «Estimada Anna Victorovna» fue lo único que pude leer antes de que se me nublara la vista y la cabeza comenzara a darme vueltas.

—No puedo —dije, pasándole la carta a Irina—. Por favor, léemela.

Irina me cogió el papel de las manos. Tenía una expresión seria en el rostro y le temblaban los labios. Comenzó a leer.

Estimada Anna Victorovna:

Mi hermano me ha informado de que busca noticias sobre su madre, Alina Pavlovna Kozlova, después de que se la llevaran de Harbin para su traslado a la

Unión Soviética. Cuando a su madre la deportaron aquel día de agosto, yo volvía a Rusia de manera voluntaria, así que iba en el último vagón de pasajeros junto con los oficiales rusos que supervisaban la deportación.

Aproximadamente a medianoche, cuando el tren se dirigía hacia la frontera, se detuvo de manera repentina. Recuerdo la cara de sorpresa en el rostro del oficial que se sentaba a mi lado, por lo que me imaginé que aquella parada no estaba planeada. En la penumbra en la que estaba sumido el exterior, sólo pude vislumbrar un automóvil militar aparcado cerca de la locomotora y la silueta de los cuatro chinos que estaban situados delante de los faros del automóvil. Aquella escena me pareció escalofriante: los cuatro hombres y el coche en medio de la nada. Tras una breve discusión con el maquinista del tren, la puerta de nuestro vagón se abrió de par en par y los hombres entraron. Por sus uniformes, supe que eran comunistas. Los oficiales del vagón se levantaron para saludarles. Tres de los hombres eran chinos normales y corrientes, pero el cuarto nunca jamás se me borrará de la memoria. Tenía un semblante serio, solemne, y una mirada inteligente, pero sus manos... sus manos eran muñones cubiertos por guantes almohadillados, y juro que pude percibir el olor de la carne descomponiéndose. Supe inmediatamente quién era, aunque nunca antes me había encontrado con él. Un hombre llamado Tang, el más conocido de los líderes de la resistencia comunista en Harbin. Había sido internado en un campo japonés, fue enviado allí por un espía que simulaba ser uno de sus camaradas comunistas.

No parecía tener tiempo para saludos porque inmediatamente preguntó por su madre y en qué vagón estaba. Parecía nervioso por algo y miraba continuamente por las ventanillas. Declaró que tenía órdenes de sacarla del tren. Yo también conocía la historia de su madre. Había oído hablar sobre una mujer rusa que había alojado a un general japonés. Sabía que había perdido a su marido, pero entonces no estaba al tanto de que aquella mujer tenía una hija.

Uno de los oficiales se opuso. Declaró que todos los prisioneros estaban detenidos y que debían ser transportados a la Unión Soviética. Pero Tang se mostró inflexible. Se le habían encendido los ojos por la furia y comenzó a preocuparme que pudiéramos presenciar alguna escena violenta. Al final, el oficial accedió, suponiendo, me imagino, que discutir con los chinos no haría más que demorar el tren. Se puso el abrigo y les hizo a Tang y a los otros chinos una señal con la cabeza para que le siguieran.

Poco tiempo después, vimos a los hombres abandonar el tren. La mujer que supongo que era su madre los acompañaba. El oficial soviético volvió a nuestro vagón y nos ordenó que cerráramos los postigos de las ventanillas. Así lo hicimos, pero la última tablilla de la mía estaba rota, por lo que pude ver algo de lo que estaba ocurriendo en el exterior. Los hombres condujeron a la mujer hacia el coche. Se escuchó una especie de pelea, y entonces las luces del tren se

apagaron y sonó una serie de disparos que atravesó el aire de la noche. El ruido fue ensordecedor, pero el silencio posterior resultó incluso más espeluznante. Algunos de los prisioneros comenzaron a gritar, querían saber qué estaba sucediendo. Pero, unos minutos más tarde, el tren arrancó de nuevo. Me incliné hacia la ventana y miré al exterior a través de la tablilla rota. Lo único que pude distinguir fue el cuerpo de alguien, según creo, el de su madre, tendido en el suelo.

Anna Victorovna, permítame asegurarle que la muerte de su madre fue rápida y sin torturas. Si le sirve de consuelo, piense que el destino que le esperaba en la Unión Soviética hubiera sido mucho peor...

El sol se escondió detrás del horizonte como una gran bola de fuego, y el cielo se oscureció. Irina paró de leer y, aunque sus labios seguían moviéndose, no profería ningún sonido. Betty y Ruselina nos estaban observando desde las escaleras, pero, cuando miré hacia ellas, comprendieron mi expresión y se desmoronaron. Betty se aferró a la barandilla y se miró los pies. Ruselina se desplomó sobre los escalones, cogiéndose la cabeza entre las manos. ¿Qué habíamos esperado? ¿Qué esperaba yo? Mi madre estaba muerta y lo había estado durante años. ¿Por qué había mantenido la esperanza? ¿De verdad había creído que volvería a verla viva de nuevo?

Durante unos instantes, no sentí nada. Estaba esperando que alguien llegara y dijera que la carta estaba equivocada, o que era otra mujer a la que habían sacado de aquel tren. Se llevarían la carta y borrarían todo lo que decía, y yo podría seguir viviendo como antes. Entonces, repentinamente, como una casa que sufre una explosión, me derrumbé por dentro. El dolor me sobrecogió con tanta fuerza que supe que me iba a partir por la mitad. Me caí contra el árbol. Irina se aproximó hacia mí. Cogí la carta y la rompí en pedazos, lanzándolos al aire. Contemplé cómo flotaban, como copos de nieve, en el cielo estival.

—¡Maldito seas! —grité, amenazando con el puño al hombre sin manos que probablemente ya llevaba mucho tiempo muerto, pero que, aun así, había logrado hacerme daño—. ¡Maldito seas!

Las piernas me cedieron bajo mi propio peso. Me golpeé un hombro contra el suelo, pero no sentí nada. Vi el cielo sobre mí, y las primeras estrellas. Ya me había caído así dos veces antes. Una en la nieve, cuando estaba siguiendo al general el día que me encontré con Tang por primera vez. La otra fue cuando Dimitri me confesó que amaba a Amelia.

Betty y Ruselina se inclinaron sobre mí.

—¡Llama al médico! —le gritó Ruselina a Irina—. ¡Está sangrando por la boca!

Apareció ante mí la imagen de mi madre en la solitaria planicie de China, tendida boca abajo en la tierra. Su cuerpo estaba lleno de heridas producidas por los disparos, como un precioso abrigo de pieles arruinado por las polillas, y sangraba por la boca.

Hay gente que dice que es mejor saber que ignorar. Pero para mí, no fue así. Después de la carta, no tenía esperanzas de ningún tipo. No atesoraba recuerdos a los que pudiera recurrir, ni felices fantasías para el futuro. Todo lo que había dejado atrás o lo que me deparaba el porvenir se detuvo con el silbido de las balas resonando en la noche.

Los días transcurrían envueltos en el implacable calor veraniego sin respiro.

—Anya, tienes que levantarte —me regañaba Irina diariamente. Pero yo no quería moverme. Bajé las persianas y me hice un ovillo en la cama. El olor del algodón húmedo y la oscuridad eran mis únicos consuelos. Ruselina y Betty me traían comida, pero no conseguía alimentarme. Además de no tener apetito, me había mordido la lengua al caerme al suelo y la tenía dolorosamente hinchada. Incluso cuando me cortaban el melón en cachitos, me hacía daño. Keith no vino a verme la noche que recibí la carta. Acudió un día más tarde y se quedó en la puerta, mirando a medias hacia mí y a medias hacia el vestíbulo, con un ramo de flores marchitas en la mano. «Abrazame», le pedí, y lo hizo durante unos minutos, aunque ambos sabíamos que no había nada sólido entre nosotros.

«No importa, no importa», me dije a mí misma cuando se marchó, y supe que todo había terminado entre nosotros. Él estaría mucho mejor con una alegre muchacha australiana.

Traté de comprender la secuencia de las cosas, cómo todo había podido llegar hasta aquella decepción final. Solamente unas semanas antes había estado en el ayuntamiento, hablando con Hades. Parecía que Keith y yo nos estábamos enamorando y, aunque mi búsqueda estaba en un punto muerto, todavía existía la posibilidad de que pudiera encontrar a mi madre. Me atormentaba, rememorando todas las veces que había pensado que me estaba aproximando de algún modo a ella. Recordaba a la gitana de Shanghái que me robó el collar, y, después, en Tubabao, cuando había tenido la certeza de que podía sentir la presencia de mi madre. Sacudí la cabeza por la ironía de lo enfadada que me había sentido con la Cruz Roja y con Daisy Kent porque me había asegurado que no podían ayudarme. Y resultaba que mi madre jamás había abandonado China: había sido ejecutada apenas unas horas después de que yo la viera por última vez. Luego recordé el rostro entristecido de Serguéi y la advertencia de Dimitri sobre mis esperanzas. Me preguntaba si ellos conocían la noticia de la muerte de mi madre, pero habían optado por no decírmelo.

Había creído, durante tanto tiempo, que el inmenso vacío provocado en mí por la ausencia de mi madre acabaría por cerrarse un buen día que, ahora, me resultaba imposible admitir de repente que aquel vacío nunca se cicatrizaría.

Una semana más tarde, Irina se presentó ante mi puerta con una toalla y una pabela en la mano.

—Anya, no puedes seguir tumbada en la cama eternamente. Tu madre no habría

querido que lo hicieras. Vamos a la playa. Iván va a competir durante el festival. Es la última vez que lo hará antes de regresar a Melbourne.

Me senté, incluso ahora me pregunto por qué lo hice. La propia Irina pareció sorprendida cuando me moví. Quizás, después de una semana acostada, me daba cuenta de que la única cosa que detendría aquel dolor era ponerse en pie. Sentía la cabeza nebulosa y las piernas débiles, como las de alguien que ha guardado cama durante mucho tiempo por una larga enfermedad. Irina interpretó mi movimiento como una autorización para levantar las persianas. La luz del sol y los sonidos del océano me causaron un gran impacto debido al estado espectral en el que me encontraba, y levanté la mano para protegerme la vista. Aunque íbamos a nadar, Irina insistió en que me duchara y me lavara el pelo.

—Eres demasiado bonita como para salir a ningún sitio con este aspecto —me dijo, mientras señalaba con un dedo mi melena enredada y me empujaba hacia la puerta del baño.

—Deberías haber sido enfermera —murmuré, y entonces recordé lo malas enfermeras que habíamos sido la noche de la tormenta. Tan pronto como entré en la ducha y encendí los grifos, el agotamiento volvió a vencerme. Me dejé caer en el borde de la bañera, enterré la cara entre las manos y me eché a llorar.

«Todo es por mi culpa —pensé—, Tang fue tras ella porque yo me escapé».

Irina me apartó el pelo de la cara, pero no prestó atención a las lágrimas. Me empujó bajo el agua y comenzó a enjabonarme firmemente el cabello. El champú olía a caramelo y era del color de la yema de huevo.

El festival supuso para mí un brusco regreso al mundo de los vivos. La playa estaba llena de personas tomando el sol con la piel totalmente untada de aceites, mujeres con sombreros de paja, niños con flotadores a la cintura, hombres con crema de cinc en la nariz, ancianos sentados en mantas y los socorristas de todos los clubes de Sídney. Me había sucedido algo en los oídos durante la última semana. Mis conductos auditivos estaban bloqueados. Los sonidos me parecían insoportablemente altos y, un segundo después, se desvanecían en el silencio. El malestar que me causó el llanto de un bebé hizo que tuviera que taparme los oídos, pero cuando dejé caer las manos, no podía oír nada en absoluto.

Irina me cogió de la mano para que no nos perdiéramos mientras nos abríamos paso para llegar al frente de la muchedumbre. El sol que se reflejaba aquella mañana en el agua era engañoso, porque el océano estaba plagado de turbulencias y las olas eran altas y peligrosas. Ya habían rescatado del agua a tres personas, incluso aunque estaban nadando en la zona delimitada por las boyas. Se había hablado de cerrar la playa y cancelar el festival, pero el barco guardacostas había considerado que las condiciones eran lo bastante seguras.

Los socorristas marcharon con sus banderas detrás, tan orgullosos como militares. Manly, Mona Vale, Bronte, Queensliff. Los socorristas del Club de Salvamento y Surf de Bondi Norte llevaban mono de baño con los colores del club: marrón, rojo y

blanco. Iván era el encargado de la correa. Llevaba la cabeza bien alta y su cicatriz era invisible a la brillante luz del sol. Me sentí como si fuera la primera vez que estuviera viendo su rostro de verdad, con la mandíbula fija en una expresión decidida como la de un héroe clásico. Dispersos entre la multitud, grupos de mujeres gritaban palabras de ánimo a los hombres. Al principio, Iván se encogió avergonzado por sus atenciones, suponiendo que no iban dirigidas a él, pero, animado por los otros vigilantes, aceptó un abrazo de una mujer rubia y los besos que sus amigas le lanzaban en el aire. Verle disfrutar tan tímidamente fue lo único que me produjo felicidad en toda la semana.

Si hubiera sido más inteligente, más sana de corazón, podría haberme casado con Iván cuando me lo pidió, pensé. Quizás podríamos habernos dado algo de felicidad y consuelo mutuos. Pero era demasiado tarde para eso. Era demasiado tarde para todo, salvo para el arrepentimiento.

Iván y su equipo aproximaron su barco al borde del agua. La multitud de la playa los vitoreó, silbando y gritando: «¡Bondi, Bondi!». Irina llamó a Iván, él se volvió hacia nosotras y nuestras miradas se encontraron. Me sonrió, y sentí la calidez de su sonrisa recorriéndome hasta alcanzarme el corazón. Sin embargo, un instante después, él se volvió, y yo sentí frío de nuevo.

Sonó el silbato y los equipos se lanzaron al agua. Chocaron contra las altas olas que rompían contra las proas de los barcos. Un barco viró de lado contra la ola y volcó. La mayoría de los socorristas saltaron a tiempo, pero uno de ellos se quedó atrapado debajo, y tuvieron que rescatarlo. El juez de la carrera se aproximó a la orilla corriendo, pero era demasiado tarde para ordenar a los demás que regresaran, porque ya habían sobrepasado el rompeolas. La multitud enmudeció, porque todo el mundo comprendió que la emoción había terminado, que la carrera podía tener un final fatídico en aquellas condiciones. Durante diez minutos, no pudimos ver a los cuatro barcos restantes porque estaban más allá de las olas. Se me hizo un nudo en el pecho. ¿Qué ocurriría si perdía también a Iván? Entonces, oteé los remos de los barcos que volvían, elevados sobre la espuma. El barco de Iván iba a la cabeza, pero a todo el mundo había dejado de importarle la carrera. Luché por deshacerme del sentimiento de pánico que me atenazaba. Escuché el gemido de la madera y me di cuenta de que el barco estaba empezando a resquebrajarse, como las briznas de paja que se sueltan de un sombrero. Los socorristas tenían los rostros petrificados por el miedo, pero la expresión de Iván era tranquila. Les gritaba órdenes a los miembros de su equipo y, gracias a algún tipo de milagro, consiguieron mantener el barco unido con sus propias manos mientras Iván sostenía firmemente el timón, hasta que, al final, logró dirigirlos de vuelta a la playa. Los simpatizantes del equipo de Bondi Norte enloquecieron. Pero Iván y sus compañeros no se preocuparon por haber ganado. Saltaron fuera del barco y de nuevo al mar, para ayudar a los otros participantes a regresar sin incidentes a la playa. Cuando todo el mundo estaba de nuevo sobre la arena, la multitud comenzó a aclamarles. «¡Queremos ver al hombre! —coreaban—. ¡Queremos ver al

hombre!»». Los vigilantes que estaban alrededor de Iván lo auparon en el aire, como si fuera tan ligero como una bailarina. Lo llevaron a hombros entre la muchedumbre y lo lanzaron sobre un grupo de chicas que saltaron sobre él, regocijándose y retorciéndose.

Irina se volvió hacia mí, riéndose. Pero no podía oírla. Había perdido totalmente el sentido del oído. Su piel bronceada brillaba bajo la luz del sol y en su cabello salado por la brisa marina se habían formado unos atractivos rizos de sirena. Corrí hacia Iván y comenzó a jugar a arrebatarle el gorro. La multitud avanzó y me fue empujando hasta que me encontré de pie fuera del gentío, totalmente sola.

El miedo volvió a mí como un puño contra el estómago, incluso con más fuerza e intensidad que antes. Me agarré el vientre y caí de rodillas. Sentí náuseas, pero no conseguí expulsar nada. Era culpa mía que mi madre estuviera muerta. Tang la había fusilado por mi causa. Me había escapado y, como no podía dañarme a mí, partió en su busca. Y a Olga también. Los había matado a todos ellos. Incluso a Dimitri. Habría venido a buscarme si no me hubiera cambiado el nombre.

—¡Anyá!

Me puse en pie y corrí al borde del agua, sintiendo alivio por notar la arena mojada bajo mis abrasados pies.

—¡Anyá!

Ella estaba gritando mi nombre.

—¿Mamá? —grité, andando silenciosamente sobre la arena húmeda. Cuando llegué al arrecife de coral, me senté. El sol del mediodía estaba alto en el cielo. Hacía que el agua estuviera tan clara como un espejo, y podía ver bancos de peces bajo las olas y la sombra oscura de las rocas y las algas pegadas a ellas. Miré atrás, a la playa. La muchedumbre del festival se había dispersado, y la mayoría de los socorristas estaban tomándose un descanso, bebiendo refrescos y charlando con las chicas. Todos excepto Iván, que se había quitado el gorro y corría por la playa. No podía ver a Irina.

Oí la voz, llamándome otra vez, y me volví hacia el océano. Mi madre estaba de pie sobre las rocas y me miraba. Sus ojos eran tan transparentes como el agua. Llevaba la melena suelta a la altura de los hombros, y su cabello ondeaba con la brisa como un velo negro. Me puse en pie y cogí aire profundamente, comprendiendo al fin lo que tenía que hacer. Una vez que permití que el primer pensamiento tomara forma en mi cabeza, todos los demás me vinieron rápidamente. Me sentí eufórica porque me di cuenta de lo fácil que sería, y comprendí cuál era la solución a todos mis problemas. El dolor se detendría, y yo vencería a Tang. Y mi madre y yo volveríamos a estar juntas de nuevo.

Sentí ligera y suave la arena húmeda bajo mis pies, como si fuera nieve. El torrente de agua gélida que me recorrió la piel me resultó estimulante. Al principio, tuve que luchar contra el océano, lo cual me fatigó mucho. Pero entonces pensé en los barcos oponiéndose a las olas y usé todas mis fuerzas para abrirme camino hacia aguas más profundas. Una ola se cernió sobre mí como una sombra y rompió,

enviándome en un remolino hacia las profundidades arenosas. Me golpeé la espalda contra el fondo del océano. El golpe me dejó sin aliento, y sentí como el agua se me filtraba desde la garganta hasta los pulmones. Al principio, me dolió, pero luego miré hacia arriba, vi a mi madre sobre las rocas y noté que me estaba trasladando a otro mundo. Cerré los ojos, escuchando el murmullo y el burbujeo marinos a mi alrededor. Me sentía como si estuviera en el vientre de mi madre otra vez. Durante un momento, me entristecí, pensando en cómo me extrañaría Irina. Pensé en todos ellos, en Betty, en Ruselina, en Iván, en Diana. Todos dirían que tenía muchas cosas por las que seguir viviendo, que era joven, guapa e inteligente. Me sentí culpable al pensar que todas aquellas cosas no habían significado tanto para mí como deberían. Nunca acabaron con mi soledad. Y, a partir de entonces, dejaría de estar sola para siempre.

De repente, algo tiró de mí y me propulsó hacia la superficie, elevándome por encima de la cresta de la ola, como un niño mecido entre los brazos de su madre. Por unos instantes, volví a recuperar el oído y pude escuchar los gritos y la risa de la gente, y las olas rompiéndose en la playa. Pero, al momento siguiente, me hundí de nuevo. Esta vez, el agua se me introdujo por las aletas de la nariz y por la garganta más deprisa, como si yo fuera un barco naufragando.

—Mamá, ya voy —grité—. ¡Ayúdame!, ¡ayúdame!

El agua me pesaba en los pulmones, y dejaron de salirme burbujas por la boca y la nariz. Podía sentirlo, el frío trepándose por las venas, el agotamiento. Cerré los ojos contra el dolor y dejé que la corriente me meciera de un lado a otro.

Percibí un movimiento a mi lado. Un destello de luz solar sobre la piel. Me pregunté qué sería: ¿quizás algún tiburón o algún delfín que había venido a presenciar mis últimos momentos? Pero entonces, unos brazos humanos se deslizaron bajo mis axilas y me arrastraron hacia la superficie.

La luz del sol me quemó los ojos llenos de agua salada.

A través de la distancia, oí a una mujer gritando:

—¡No! ¡Oh, Dios mío! ¡No!

Era Irina.

Una ola me pasó sobre la cabeza. El agua del océano me recorrió el rostro y el cabello. Pero aquellos brazos me elevaron más y más alto, y alguien me cargó sobre sus hombros. Sabía quién era mi salvador. Otra ola se estrelló sobre nosotros, y, aun así, él me mantuvo firmemente agarrada, clavándose los dedos en los muslos. Tosí y balbuceé. «Déjame morir», quise decirle, pero no me salió más que agua por la boca.

Sin embargo, Iván no me oyó. Me dejó en la arena y apoyó la cabeza contra mi pecho. Su pelo húmedo me rozó la piel, pero no debió de oír nada. Me puso boca abajo y me presionó con las manos contra la parte de atrás de las costillas, después me frotó las extremidades vigorosamente. La arena pegada a las palmas de sus manos me arañó la piel, y sentí los granos en los labios. Sus dedos temblaban, y la pierna que había colocado sobre la mía se estremeció.

—¡Por favor, no! —me gritó, con las lágrimas ahogándole la voz—. ¡Por favor,

no lo hagas, Anya!

Aunque tenía una mejilla apoyada en el suelo, pude ver a Irina de pie en la orilla, sollozando. Una mujer le había puesto una toalla sobre los hombros y estaba tratando de consolarla. Sentí dolor en el corazón. No quería hacerles daño a mis amigos. Pero mi madre me estaba esperando en las rocas. Yo no era la persona fuerte que todos pensaban, y ella era la única que lo sabía.

—Déjala ir, compañero. Déjala ir —escuché que decía otro socorrista, mientras se arrodillaba para examinarme—. Mira el color de su rostro. La espuma de su boca. Ya se ha ido.

El otro me tocó el hombro, pero Iván lo apartó de un empujón. Él no me dejaría marchar. Me resistí cuando me apretó contra su cuerpo, luché contra todo lo que estaba haciendo para salvarme. Pero su voluntad era más sólida que la mía. Me golpeó con los puños cerrados hasta que algo parecido a un viento feroz entró como un soplo en mis pulmones. Sentí un espasmo agudo y el agua del océano dio paso a una ráfaga de aire. Alguien me recogió. Vi una aglomeración de gente y una ambulancia. Irina e Iván estaban sobre mí, sosteniéndose mutuamente y llorando. Volví la cabeza hacia las rocas. Mi madre se había marchado.

Todas las noches de la semana siguiente, Iván vino a visitarme al Hospital de San Vicente, el cabello le olía a jabón Palmolive y traía una gardenia en la mano. Su rostro estaba quemado por el sol, y caminaba lenta y rígidamente, agotado por el traumático fin de semana. Cuando Iván llegaba, Betty y Ruselina, que pasaban los días leyéndome o escuchando la radio mientras yo dormía, se levantaban para marcharse. Siempre se comportaban como si Iván y yo tuviéramos cosas importantes de las que hablar, y corrían la cortina verde a nuestro alrededor para proporcionarnos privacidad antes de escabullirse a la cafetería. Pero Iván y yo nos dijimos muy poco. Compartíamos una comunicación que iba más allá de las palabras. El amor, como pude comprobar, era más que un sentimiento. También estaba en los actos que uno llevaba a cabo. Iván me había salvado y había insuflado vida en mí con tanta decisión como una mujer dando a luz. Había introducido vida en mi interior a golpe de puños y no me iba a dejar morir.

Durante mi última noche de hospitalización, cuando los médicos opinaron que mis pulmones estaban de nuevo limpios y fuertes, Iván extendió la mano y tocó la mía. Me miró como si yo fuera un tesoro de valor incalculable que había sacado del mar y no una joven suicida. Recordé lo que me había dicho sobre que comprender era más importante que olvidar.

—Gracias —le dije, entrelazando mis dedos con los suyos. Entonces supe que, fuera lo que fuese lo que antes me impedía amarle, había desaparecido. Cuando me tocó, quise volver a vivir. Él tenía la suficiente fuerza como para sostenernos a ambos.

MILAGROS

Nosotros, los rusos, somos pesimistas. Nuestras almas son oscuras. Creemos que la vida es un sufrimiento aliviado únicamente por breves momentos de felicidad, que pasan tan rápido como las nubes en un día de viento, y a los que les sigue la muerte. Por su parte, los australianos son pesimistas de una variedad más rara. Ellos también creen que la vida es dura, y que las cosas tienden a empeorar con mucha más frecuencia que a mejorar. Sin embargo, incluso cuando la tierra de la que crece su sustento se seca como una roca y todo su ganado muere, siguen levantando la mirada al cielo y esperan un milagro. El año que cumplí treinta y seis, cuando la esperanza comenzaba a abandonarme, experimenté dos milagros consecutivos.

El año anterior, Iván y yo nos habíamos mudado a nuestro nuevo hogar en Narrabeen. La construcción de aquella casa había sido un proyecto que había durado dos años y que había comenzado con la inspección de un terreno sobre una colina en una esquina de Woorarra Avenue. Estaba cubierto de eucaliptos, angophoras y helechos arborescentes, y tenía vistas a una laguna. Iván y yo nos enamoramos a primera vista de aquel lugar. Él recorrió el borde de la parcela, apartando la hojarasca de helechos espada y saltando sobre las rocas, mientras yo tocaba la gravilla y las fucsias autóctonas y comenzaba a imaginarme un jardín vivo y exótico, habitado por frondosas plantas de mi segunda tierra natal. Dos años más tarde, una casa de dos pisos se erigía en medio del terreno, con paredes pintadas de color manzana y naranja, y moqueta en todo el piso. El baño estaba decorado con un mosaico de azulejos y revestido de madera. La cocina de estilo escandinavo tenía vistas a la piscina, y los ventanales triples de la sala de estar daban a un balcón desde el que también se veía el agua.

Tenía cuatro habitaciones: la nuestra, que era el dormitorio principal con baño, una en el primer piso, que yo utilizaba como oficina, la habitación de invitados con dos camas individuales, y una soleada habitación al lado de la nuestra que no tenía ningún tipo de mobiliario. Aquel cuarto representaba nuestra desdicha, la única tristeza que habíamos conocido desde que estábamos felizmente casados. A pesar de

todos nuestros esfuerzos, Iván y yo no habíamos sido capaces de concebir un hijo, y empezaba a parecer improbable que lo consiguiéramos. Él ya tenía cuarenta y cuatro años y, en aquella época, se consideraba que yo, con treinta y seis, ya había sobrepasado hacía tiempo la edad fértil femenina. Sin embargo, sin haberlo expresado con palabras, habíamos dejado vacía aquella habitación para nuestro bebé, como si esperáramos que, reservándole un bonito lugar, acabaría por aparecer. Eso es a lo que me refería cuando hablaba de levantar la mirada al cielo y esperar un milagro.

Me la había imaginado con frecuencia, aquella niña que no se haría realidad. Era la misma con la que soñé en Shanghái, cuando anhelaba un bebé al que poder querer. No había llegado, pensaba, porque Dimitri no era el hombre adecuado para ser padre. Pero Iván era un buen hombre, un hombre capaz de proporcionar mucho amor y de hacer grandes sacrificios. Me escuchaba y recordaba lo que le decía. Cuando hacíamos el amor, me cogía el rostro entre las palmas de sus manos y me miraba tiernamente a los ojos. Y aun así, mi niña no había venido. La llamaba mi niñita corredora, porque, siempre que me la imaginaba, era eso lo que estaba haciendo. A veces, en el supermercado, la veía mirándome a hurtadillas tras las conservas, con el oscuro cabello alborotado cayéndole sobre los ojos ambarinos. Me sonreía con unos brillantes labios color rosa, con una sonrisa enojada por dientecillos en miniatura. Y entonces, tan pronto como había aparecido, salía corriendo. Acudía al jardín de nuestra nueva casa, al que yo le dedicaba muchas horas, trabajando como una loca, para compensar la incapacidad de no haberla podido traer al mundo. Escuchaba su risa alegre entre los calistemos carmesíes y, cuando me volvía, sólo alcanzaba a ver brevemente sus regordetas piernas de bebé escapándose de mí. Corría y corría tan deprisa que nunca lograba cogerla. Mi niñita corredora.

Sin embargo, Irina y Vitaly habían sido más que fértiles. Habían tenido dos niñas, Oksana y Sofía, y dos niños, Fiódor y Yuri, y estaban planteándose la posibilidad de tener otro más. Irina se aproximaba a los cuarenta con mucha naturalidad. Se enorgullecía de sus anchas caderas, de su espesa piel color oliva y de los mechones grisáceos que adornaban su cabello. En cambio, yo todavía parecía una adolescente en el cuerpo de una mujer, delgada y nerviosa. La única concesión que le hacía a mi edad era que ahora llevaba el pelo recogido en un moño, igual que hacía mi madre.

Irina y Vitaly le habían comprado la cafetería a Betty y habían abierto otra más en el norte de Sídney. Se mudaron a una casa en Bondi con un pulcro jardín delantero y un cobertizo para el coche. Se dedicaban a aterrorizar a la población de la zona saltando al océano en mitad del invierno con media docena de amigos del Club ruso. En una ocasión, le pregunté a Irina si lamentaba no haber retomado su carrera de cantante. Se echó a reír y señaló a sus alegres niños, que estaban comiendo en la mesa de la cocina.

—¡No! Esta vida es muchísimo mejor.

Tuve que dejar mi trabajo en el *Sydney Herald* cuando me casé con Iván, pero, después de varios años de aburrimiento por la falta de hijos, había aceptado la oferta

de Diana para escribir una columna para la sección de estilo de vida. La Australia de los años sesenta era un país diferente del que yo había conocido en los cincuenta. Las mujeres jóvenes se habían hecho con las páginas de la sección femenina y con otras áreas del periodismo. El «poblar o perecer» había cambiado por completo la cara de la nación, que había pasado de ser un clon británico a un país cosmopolita, con nuevos alimentos, nuevas ideas y nuevas pasiones, que se combinaban con el legado de la tradición británica. La columna me mantenía en contacto con el mundo un par de días a la semana y me ayudaba a no pensar demasiado en lo que me faltaba en la vida.

También experimentamos una triste pérdida. Un día que fui a visitar a Ruselina y a Betty a su piso, me sorprendí al encontrar que la vibrante y enérgica Betty había envejecido repentinamente. Estaba encorvada, y su piel le colgaba como un vestido demasiado grande.

—Lleva así de desganada desde hace un par de semanas —me susurró Ruselina.

Insistí en que Betty tenía que ir al médico para que le hiciera un reconocimiento. El médico la envió a un especialista, y a la semana siguiente, ella volvió a recoger los resultados. Mientras Betty hablaba con el médico, me senté fuera, en la sala de espera, hojeando las revistas, convencida de que, de un momento a otro, la puerta de la consulta se abriría y el médico saldría a decirme que Betty necesitaba vitaminas o un cambio de dieta. No estaba preparada para la grave expresión de su semblante cuando me llamó. Le seguí dentro de su consulta. Betty estaba sentada en una silla, agarrándose a su bolso. Volví a mirar al médico y me dio un vuelco el corazón cuando me comunicó el diagnóstico: cáncer inoperable.

Cuidamos a Betty en su piso de Bondi todo lo que pudimos. A Irina y a mí nos preocupaba cómo se tomaría Ruselina la enfermedad de su amiga, pero ella era más fuerte que todos nosotros. Mientras Irina y yo llorábamos por turnos, Ruselina jugaba a las cartas con Betty y le cocinaba sus platos favoritos. Daban paseos nocturnos por la playa, y, cuando Betty ya no pudo ponerse de pie sin la ayuda de un bastón, se sentaban fuera y charlaban durante horas. Una noche, cuando estaba en la cocina, oí que Betty le decía a Ruselina:

—Trataré de volver y me reencarnaré en uno de los niños de Irina, si decide tener más. Sabréis que soy yo. Será el más travieso de tus nietos.

Cuando Betty se puso demasiado enferma como para continuar en casa, su estado se deterioró rápidamente. La contemplaba en la cama del hospital y pensaba en lo mucho que había menguado. Decidí poner a prueba mi teoría midiendo la distancia entre sus pies y el final de la cama con la mano, y descubrí que, desde que la habían ingresado, había encogido siete centímetros y medio. Cuando retiré la mano, Betty se volvió y me dijo:

—Cuando me encuentre con tu madre, le contaré lo guapa que te has puesto.

Una noche de septiembre, mientras Ruselina la estaba velando, nos llamaron para que acudiéramos al hospital. Betty había empeorado. Sus mejillas estaban hundidas y

su rostro había empalidecido tanto que parecía iluminado por la luna. A medida que llegaba la mañana, la propia Ruselina comenzó a palidecer. La enfermera vino a ver cómo estábamos.

—Probablemente, estará entre nosotros hasta el mediodía, pero no mucho más —dijo, dándole palmaditas a Ruselina en el hombro—. Deberían comer algo y echarse un rato.

Irina se levantó, comprendiendo que, si Ruselina no se tomaba un descanso, no tendría fuerza suficiente para enfrentarse a lo que estaba por llegar. Vitaly e Iván se fueron con las dos, mientras yo me quedaba para seguir velando a Betty. Tenía la boca abierta, y su respiración irregular y el zumbido del aire acondicionado eran los únicos sonidos que se escuchaban en la habitación. Parpadeaba de vez en cuando, como si estuviera soñando. Alargué la mano, le toqué la mejilla y recordé el primer día que la vi, de pie en el balcón de Potts Point, con su moño en forma de colmena y la boquilla de su cigarrillo. Era difícil creer que aquella mujer era la misma anciana consumida que ahora yacía frente a mí. Se me ocurrió que, si no me hubieran arrebatado prematuramente a mi madre, habríamos tenido que enfrentarnos a una separación similar a aquélla algún día. Entonces, comprendí que cualquier momento que compartamos con un ser querido es precioso, un tiempo muypreciado que no debemos desperdiciar.

Me incliné sobre ella y susurré:

—Te quiero, Betty. Gracias por haber cuidado de mí.

Se le contrajeron los dedos y parpadeó. Me gusta pensar que, si hubiera tenido fuerzas, se habría tocado el pelo y habría bizqueado una vez más.

El día que Betty murió, Irina y yo fuimos a recoger la ropa de Ruselina del piso. Estaba demasiado afectada como para volver allí ella sola y permaneció en casa de Vitaly e Irina. Irina y yo nos quedamos de pie, juntas, en la tercera habitación, en la que Betty había recreado el dormitorio de sus hijos en Potts Point. Todo estaba limpio y en su lugar, y sospeché que Ruselina había estado limpiando el polvo mientras Betty se encontraba enferma.

—¿Qué hacemos con esta habitación? —le pregunté a Irina.

Irina se sentó en una de las camas, muy pensativa. Después de un rato, dijo:

—Creo que deberíamos quedarnos con las fotografías porque son de la familia. Pero el resto, podemos darlo en beneficencia. Betty y sus chicos ya no necesitarán estas cosas.

En el funeral, contra toda tradición rusa y australiana, Ruselina se puso un vestido blanco con un ramillete de hibiscos rojos prendido a la solapa. Y, después del velatorio, cogió un racimo de globos de colores y los soltó al cielo.

—Por ti, Betty —gritó—. Por todo el caos que debes de estar creando allá arriba.

No sé si creo en la reencarnación o no, pero siempre he pensado que, de poder nacer de nuevo, Betty hubiera encajado perfectamente en la generación del *flower power*.

Un año después de que nos mudáramos a nuestro nuevo hogar, ocurrió el primer milagro. Me quedé embarazada. La noticia rejuveneció a Iván, que se quitó veinte años de encima. Iba de aquí para allá dando brincos, le sonreía a todo y a nada, y me acariciaba el vientre antes de quedarse dormido por las noches.

—Este niño nos curará a los dos —decía.

Lilliana Ekaterina nació el veintiuno de agosto de ese año. Entre contracción y contracción, las enfermeras y yo escuchábamos la retransmisión radiofónica de la invasión soviética de Checoslovaquia, y recordé a mi madre más de lo que acostumbraba desde que me enteré de la noticia de su muerte. Pensé en las madres e hijas en Praga. ¿Qué les sucedería? Las enfermeras me cogían de la mano cuando las contracciones eran más intensas y bromeaban conmigo cuando remitían. Y cuando Lily se deslizó al exterior después de dieciséis horas de parto, me recordó poderosamente a mi madre, con su mata de pelo negro y sus extraordinarios ojos ambarinos.

La llegada de Lily fue un milagro porque, efectivamente, me curó. Creo sinceramente que el lazo que nos une a nuestra madre es lo más importante que hay. La muerte de la persona que nos trajo al mundo es uno de los puntos de inflexión de nuestras vidas. Pero la mayoría de la gente tiene, al menos, tiempo para prepararse. Cuando me separaron de mi madre a los trece años, me quedó la sensación de que estaba sola en el mundo, como una hoja mecida por el viento. Pero, cuando yo misma me convertí en madre, volví a anudar el vínculo. Sostener el cálido cuerpecillo de Lily entre los brazos, con su rostro rozándome el pecho, me recordaba todo lo que era bueno y por lo que valía la pena vivir. Y también curó a Iván. Durante su pasado, había perdido lo que era más preciado para él y ahora, en la madurez, en un país bañado por el sol y lejos de los malos recuerdos, podía reconstruir de nuevo sus ilusiones.

Iván fabricó un buzón de madera de pino, el doble de grande que cualquier otro buzón de la calle, para celebrar la llegada a casa de Lily. En la parte frontal, pegó la silueta de madera de un hombre con su esposa y su bebé. Cuando me sentí con fuerzas de retomar mis labores de jardinería, planté una mata de dampieras violetas alrededor del buzón. Una araña australiana se hizo su nido dentro del habitáculo del buzón y salía huyendo a toda prisa cada vez que yo abría la tapa para recoger el correo de la tarde. Unas semanas después, un buen día, la araña decidió trasladar su residencia a alguna otra parte y fue entonces cuando recibí la carta. Aquella carta que me traería el segundo milagro y lo cambiaría todo.

Estaba mezclada con el resto de la correspondencia y las facturas, pero, cuando la rocé, sentí un escalofrío en la punta de los dedos. El sello era australiano, pero el sobre estaba tan desgastado que parecía que hubiera pasado por cientos de manos antes de llegar a mí. Me senté junto a la piscina en un banco rodeado por macetas de gardenias, las únicas plantas no autóctonas de todo el jardín, y la abrí. Cuando leí el

mensaje escrito en ella, fue como si me hubiera alcanzado un relámpago.

Si es usted Anna Victorovna Kozlova, la hija de Alina y Víctor Kozlov de Harbin, por favor, reúname conmigo el lunes a mediodía en el comedor del Hotel Belvedere. Puedo conseguirle una visita con su madre.

La carta se me cayó de las manos y revoloteó sobre el césped. La contemplé mientras flotaba, como un barquito de papel. Traté de pensar quién podría ser su autor, quién se pondría en contacto conmigo, después de todos aquellos años, con noticias sobre mi madre. Cuando Iván llegó a casa, le enseñé la carta. Él se sentó en el sofá y se quedó inmóvil durante un largo rato.

—No me fío de la persona que ha escrito esto —me dijo—. ¿Por qué no pone su nombre? ¿Por qué no te pide que primero le llames por teléfono?

—¿Por qué querría alguien mentir sobre mi madre? —le pregunté.

Iván se encogió de hombros.

—Podría ser un espía ruso. Alguien que quiere llevarte de vuelta a la Unión Soviética. Puede que ahora tengas la nacionalidad australiana, pero ¿quién sabe lo que te harían si acabaras allí? ¿O podría ser Tang?

Era cierto que podría ser Tang tratando de darme caza, pero, en el fondo de mi corazón, no lo creía así. Seguramente, ya estaría muerto o demasiado viejo como para andar buscándome. Era alguna otra persona. Contemplé de nuevo aquellas palabras escritas a mano, tratando de descifrar el misterio que encerraban.

—No quiero que acudas a la cita —me dijo Iván, mirándome con lágrimas en los ojos.

—Tengo que hacerlo —le repliqué.

—¿Crees que tu madre todavía vive?

Lo medité, pero no podía separar lo que anhelaba creer de lo que parecía más probable.

Iván se frotó la cara, cubriéndose los ojos con las palmas de las manos.

—Si tú vas, iré contigo.

Durante el fin de semana, Iván y yo ocultamos nuestra ansiedad haciendo jardinería. Limpiamos el jardín de malas hierbas, cambiamos algunas plantas de sitio y colocamos una hilera de rocas a los lados del sendero. Lily descansaba en su cochecito en la terraza, mecida por la brisa primaveral. Pero, a pesar de nuestro agotamiento físico, Iván y yo no pudimos dormir el domingo por la noche. Nos revolvíamos, dimos vueltas en la cama y hablamos en sueños. Al final, tuvimos que bebemos sendos vasos de leche caliente y resignarnos a descansar apenas unas horas. El lunes, fuimos hasta la casa de Irina y Vitaly y dejamos a Lily con Irina. Cuando

nos sentamos de nuevo en el coche, me volví para ver a mi hija arrebujaada entre los brazos de Irina. Empecé a respirar con dificultad cuando se me ocurrió que podría ser la última vez que la viera. Me volví para mirar a Iván y me di cuenta, por la firme expresión de su mandíbula, de que estaba pensando lo mismo que yo.

El Hotel Belvedere había vivido su época de esplendor hacía mucho tiempo, en los años cuarenta. Iván y yo nos bajamos del coche y contemplamos el símbolo de neón sobre la puerta de entrada, la mugre incrustada en las paredes y las plantas en macetas desperdigadas ante la entrada. Miramos a través de las polvorientas ventanas, pero lo único que pudimos ver fue nuestro propio reflejo preocupado contemplándonos en el cristal. Iván me cogió firmemente de la mano y nos internamos en el sombrío hotel.

Por suerte para nosotros, la recepción era más acogedora que el exterior. El aire estaba viciado por la humedad y el persistente olor a tabaco, pero las desgastadas sillas estaban limpias, las mesas, relucientes y la deshilachada alfombra, sin polvo.

En el comedor, la camarera salió de detrás del mostrador y empujó hacia nosotros la carta. Le dije que habíamos venido a reunirnos con alguien. Se encogió de hombros como si encontrarse con alguien en un lugar como el Hotel Belvedere sólo pudiera ser una tapadera de algún asunto turbio, y su actitud me puso de nuevo nerviosa. Una mujer joven que estaba sentada junto a la ventana parpadeó mirándonos y luego volvió a centrar la atención en su libro, más interesada en la última novela de asesinatos que en una pareja de rusos abrazados en mitad de la habitación. Dos mesas más allá de la suya había un hombre obeso escuchando una radio, con un auricular colgándole de la oreja y un periódico en el regazo. Llevaba el pelo muy corto, como si se lo hubiera afeitado, de modo que su cabeza parecía muy pequeña en comparación con el resto del cuerpo. Me giré hacia él, pero me devolvió la mirada sin hacer ningún gesto de reconocermelo. Las mesas de bancos para la cena estaban situadas al final de un pasillo en la parte trasera. Caminé delante de Iván, comprobando cada uno de los asientos de terciopelo desgastado. Me detuve como si me hubiera golpeado contra una pared invisible. Noté su presencia incluso antes de verle. Levanté la mirada hacia la última mesa en una esquina. Estaba envejecido y había encogido de tamaño, y sostenía fijamente mi mirada. Percibí una sensación de frío en la mejilla y recordé el primer día en el que vino a nuestra casa y cómo me había escondido bajo un sillón de la entrada. Sus ojos saltones y separados, tan poco habituales entre los japoneses, eran inconfundibles.

El general se puso en pie cuando me vio; los labios le temblaban. Ahora era más bajo que yo, y ya no iba vestido de uniforme, sino que llevaba una camisa a cuadros de franela y una chaqueta de béisbol. Sin embargo, todavía tenía un aire marcial y digno, y le centelleaban los ojos.

—Ven —me dijo, haciéndome señas—. Ven.

Iván se deslizó en el asiento a mi lado, callado y respetuoso, comprendiendo que aquel hombre debía de ser alguien que yo conocía. El general también se sentó, con

las manos colocadas ante él sobre la mesa. Durante largo rato, ninguno de los dos pudo pronunciar ninguna palabra.

El general inspiró profundamente.

—Te has hecho toda una mujer —dijo—. Muy hermosa, pero muy cambiada. Sólo sé que eres tú por el cabello y los ojos.

—¿Cómo me ha encontrado? —le pregunté, con una voz casi inaudible.

—Tu madre y yo te hemos estado buscando durante mucho tiempo. Pero la guerra y los comunistas no nos han permitido localizarte hasta ahora.

—¿Mi madre?

Iván me rodeó con el brazo, con un gesto protector. El general lo observó como si fuera entonces cuando hubiera percibido su presencia por primera vez.

—Tu madre no ha podido abandonar Rusia y desplazarse hasta aquí tan fácilmente como yo. Por eso he venido a verte.

Todo el cuerpo comenzó a temblarme. No podía sentir los dedos de los pies o de las manos.

—Mi madre está muerta —grité, poniéndome prácticamente en pie—. Tang la sacó del tren y la fusiló. Ha estado muerta todos estos años.

—Debe usted contarnos su historia con más claridad —le dijo Iván—. Mi esposa ha sufrido mucho. Nos dijeron que su madre había muerto. Que se la llevaron en un tren de mercancías desde Harbin y después la ejecutaron.

El general abrió los ojos como platos mientras Iván hablaba e, igual que en su primer día en Harbin, su rostro me recordó al de un sapo.

—Anyá, efectivamente, a tu madre la sacaron del tren antes de llegar a la Unión Soviética. Pero no fue Tang. Fui yo.

Me volví a sentar y me eché a llorar.

El general me cogió las manos entre las suyas en un gesto más ruso que japonés.

—Olvidas —añadió— que yo era actor. Me hice pasar por Tang. Saqué a tu madre del tren y fingí la ejecución.

Contemplé con la mirada borrosa a aquel hombre venido de mi niñez que me estaba hablando. Le escuché asombrada cuando me contó que se llamaba Seiichi Mizutani y que había nacido en Nagasaki. Su padre dirigía una compañía teatral y, cuando tenía diez años, su familia se trasladó a Shanghái, donde aprendió a hablar mandarín perfectamente. La familia del general se mudaba de una ciudad a otra con mucha frecuencia, entreteniéndolo a los japoneses que estaban emigrando a China, cada vez en mayor cantidad. Incluso hicieron un viaje a Mongolia y a Rusia. Pero cuando los japoneses invadieron de modo oficial China en 1937, la esposa y la hija del general fueron enviadas de vuelta a Nagasaki, y al general le obligaron a convertirse en espía. El año antes de que se llevaran a mi madre, logró su captura más importante, la del líder más conocido de la resistencia china: Tang.

—Trabé amistad con él —nos contó el general con los ojos fijos en nuestras manos entrelazadas—. Él confiaba en mí. Me contó lo que soñaba que China llegara

a ser algún día. Era apasionado, brillante y desinteresado. Siempre venía a verme con cualquier cosa que encontraba de comer. «Para ti, amigo mío —me decía—, he robado esto a los japoneses para ti». Y cuando no podía traerme comida, me traía un abanico, una poesía o un libro. Pasaron dos años antes de que lo entregara a los japoneses. Hasta entonces, lo utilicé para desenmascarar a otros.

El general tomó un sorbo de agua. En su mirada pude ver la pesadumbre y el dolor.

—Soy el responsable de haberle convertido en un monstruo —confesó—. Mi traición lo deformó.

Cerré los ojos. Nunca podría perdonar a Tang por lo que había hecho, pero, por lo menos, ahora podía entender por qué su odio era tan implacable.

Después de un momento, el general retomó la historia.

—El día que dejé vuestra casa, no nos habían informado de nada, salvo de que Japón se había rendido y de que Hiroshima y Nagasaki habían sido destruidas. Sólo años después llegué a hacerme una idea de la magnitud de lo que había sucedido en mi ciudad natal: cientos de miles de personas muertas y heridas, y miles que enfermaron posteriormente y murieron lentamente, falleciendo entre grandes dolores. Cuando me estaba alejando de Harbin, me encontré con mi ayudante. Me contó que habían interrogado a tu madre y que la iban a deportar a la Unión Soviética. Lo sentí, pero decidí que lo único que podía hacer era salvarme a mí mismo, y que debía regresar a Japón para enterarme de qué les había sucedido a mi esposa y a mi hija. Sin embargo, de camino, tuve una fatídica visión. Vi a mi mujer, Yasuko, de pie sobre una colina en el horizonte, esperándome. Me aproximé a ella y me percaté de que tenía la piel agrietada y seca como una jarra de arcilla. Había una pequeña sombra de pie, sujeta a su codo, que estaba llorando. Era Hanako, mi hija. La sombra se me acercó corriendo, pero desapareció tan pronto como me tocó, ardiendo junto a mí. Me levanté la camisa y noté que la piel se me estaba despegando del cuerpo, como una cascara de plátano. Entonces comprendí que estaban muertas y que la causa de que las hubieran matado era que yo os había descuidado a ti y a tu madre. Quizás el espíritu de tu padre se había vengado de mí.

»A partir de entonces, tuve que moverme deprisa. Sabía que el tren se aproximaría a la frontera cuando cayera la noche. Estaba asustado y no sabía bien qué hacer. Todas las ideas que se me ocurrían me parecían condenadas al fracaso. Entonces, recordé que Tang había trabajado para los soviéticos. Robé unos trapos de una granja y los utilicé para vendarme las manos. Llené los vendajes de ratones muertos para imitar el olor a carne putrefacta que Tang siempre desprendía después de haber escapado del campo de internamiento. Haciéndome pasar por él, fui capaz de conseguir un avión que me llevó a la frontera, donde convencí a tres guardias comunistas para que me acompañaran a interceptar el tren y a ejecutar a tu madre.

El general detuvo su narración durante un momento, frunciendo los labios. Había dejado de ser el impresionante personaje de mi niñez. Era un hombre frágil y

tembloroso, sobrecargado por el peso de sus recuerdos. Levantó la mirada hacia mí como si me hubiera leído el pensamiento.

—Probablemente, aquél fue el plan más estrafalario que puse en práctica en toda mi vida —continuó—. Y no tenía ni la menor idea de si iba a funcionar o de si lo único que conseguiría sería hacer que nos mataran a tu madre y a mí. Cuando tomé al asalto el tren-prisión, tu madre abrió los ojos como platos, y supe que me había reconocido. Hice que uno de los guardias la arrastrara por el pelo hasta la puerta, y ella se revolvió y gritó como una verdadera actriz. Hasta el último momento, los guardias pensaron que la íbamos a fusilar. En vez de eso, la tiré cuerpo a tierra, forcejeé con los guardias por hacerme con su pistola, disparé a los faros del coche y les disparé a ellos.

—¿Adónde fueron ustedes después? —le preguntó Iván. Apreté su brazo firmemente con los dedos para sostenerme en él. Él era la única cosa sólida a mi alrededor. Las paredes del comedor parecían estar moviéndose, cerrándose sobre mí. Sentía la cabeza liviana. Todo era irreal. Mi madre. Mi madre. Mi madre. Estaba volviendo a mi vida ante mis propios ojos después de tantos años en los que había tratado de aceptar que estaba muerta.

—Tu madre y yo nos apresuramos a volver a Harbin lo más rápido que pudimos —nos contó el general—. El viaje fue azaroso, y tardamos tres días en llegar allí. Tu madre destacaba más por su aspecto que yo, lo cual nos puso en peligro. Para cuando llegamos a la ciudad, los Pomerantsev se habían ido y tú también. Tu madre se derrumbó cuando descubrimos las cenizas de los cimientos de vuestra casa. Pero un vecino nos dijo que a ti te habían rescatado los Pomerantsev y que te habían enviado a Shanghái.

»Tu madre y yo decidimos que iríamos a Shanghái en tu busca. Pero no podíamos ir por Dairen, porque los soviéticos estaban deteniendo a los rusos que trataban de escapar por mar. En cambio, viajamos hacia el sur por ríos y canales, o por tierra. En Pekín, nos detuvimos en una casa cercana a la estación de ferrocarril, con la intención de viajar a Shanghái en tren a la mañana siguiente. Pero fue entonces cuando nos dimos cuenta de que nos estaban siguiendo. Al principio, pensé que me lo estaba imaginando, hasta que vi una sombra deslizándose tras tu madre cuando fue a comprar los billetes. La sombra de un hombre sin manos. “Si vamos a Shanghái, le conduciremos directamente hasta ella”, le dije a tu madre, porque sabía que Tang ya no sólo estaba interesado en mí.

Le estrujé el brazo a Iván aún más fuerte cuando comprendí lo cerca que había estado mi madre de llegar hasta mí. Pekín sólo estaba a un día de Shanghái en tren.

—Los japoneses siempre habían estado interesados en Mongolia —prosiguió el general, con un tono de voz apremiante, como si estuviera recordando el terror que había experimentado aquellos días—. Parte de mi formación como espía había consistido en memorizar las rutas que los arqueólogos europeos habían utilizado para abrirse camino por el desierto de Gobi. Y, por supuesto, conocía la ruta de la seda.

»Le dije a tu madre que debíamos encaminarnos hacia el norte, hasta la frontera, donde lograríamos que Tang nos perdiera la pista en aquel terreno accidentado. Porque, allá donde nos dirigíamos, un hombre sin manos perecería, aunque fuera un hombre tan decidido como él. Mi objetivo era llevar a tu madre a Kazakstán y, después, hacer yo solo el viaje de vuelta a Shanghái. Al principio, tu madre se resistió, pero le dije: “Tu hija está segura en Shanghái. ¿De qué le servirás si te matan?”.

»Podría parecer que llevar a tu madre a Kazajistán significaba ponerla en manos de los soviéticos. Pero el arte del espionaje consiste en fundirse en el ambiente, y Kazajistán era un caos después de la guerra. Cientos de rusos habían huido hasta allí para escapar de los alemanes, y había muchísima gente sin documentos identificativos.

»Unos jinetes con experiencia podrían haber hecho el viaje en tres meses, pero nosotros tardamos en llegar a Kazajistán dos años. Compramos caballos a una tribu de pastores, pero tuvimos que tener mucho cuidado en no extenuarlos por encima del límite de sus fuerzas, por lo que sólo pudimos viajar durante los siete meses de los veranos. Además de la presencia soviética en la frontera y de las guerrillas comunistas, tuvimos que enfrentarnos a tormentas de arena y a cientos de kilómetros de desierto pedregoso, e, incluso, uno de nuestros guías murió por la mordedura de una víbora. Si no llega a ser por las pocas palabras que yo sabía en mongol y por la hospitalidad de las tribus locales, tu madre y yo habríamos muerto. No sé qué fue de Tang. No volví a verle desde entonces y, obviamente, nunca te encontró. Me gustaría pensar que murió persiguiéndonos a través de las montañas. Hubiera sido la única muerte apropiada para su torturada alma. Aunque nos hubiera matado, no habría conseguido el alivio que necesitaba.

»Tu madre y yo llegamos a Kazajistán agotados por el viaje. Conseguimos unas habitaciones en casa de una mujer kazaja. Cuando recuperé fuerzas, le dije a tu madre que regresaría a China en tu busca. “Te separaron de tu hija por mi culpa —le dije—. Hice cosas durante la guerra para proteger a mi familia, pero, al final, no pude hacer nada por salvar a mi mujer y a mi hija. Tengo que enmendar vuestra situación, o ellas nunca podrán descansar en paz”.

»“No es culpa tuya que haya perdido a mi hija —me respondió tu madre—. Los soviéticos nos habrían deportado a las dos a un campo de trabajo tras la guerra. Al menos, sé que está a salvo. Quizás ahora yo tenga también una nueva oportunidad gracias a ti”.

»Las palabras de tu madre me conmovieron profundamente. Me arrodillé y me incliné frente a ella. Me di cuenta de que existía un vínculo entre nosotros. Quizás se formó durante nuestro viaje, cuando dependíamos el uno del otro para sobrevivir. O puede que fuera algo que viniera de otra vida. Estaba unido del mismo modo con mi esposa, por eso supe que había muerto en Nagasaki.

»Aunque yo solo podía moverme fácilmente por China, me retrasaron las batallas

entre el ejército comunista y el nacionalista. Las guerrillas que seguían siendo leales a los caudillos militares deambulaban por el país, y cada paso que daba era peligroso. Los trenes eran objetivos fáciles, por lo que viajaba por agua o a pie. Durante todo el tiempo, iba reflexionando sobre el asunto de cómo recorrería de vuelta toda aquella distancia con una chica rusa blanca. Pero resultó que no fui capaz de dar contigo en aquel engendro de ciudad conocido como Shanghái. Busqué a Anya Kozlova en los cabarés, en las tiendas y en los restaurantes rusos. No tenía una foto tuya. Sólo podía ofrecer la descripción de una niña pelirroja. O, quizás, tu gente recelaba de mí y querían proteger a una de las tuyas. Finalmente, alguien me dijo que había llevado a una chica rusa pelirroja a un club nocturno llamado Moscú-Shanghái. Me dirigí a toda velocidad hacia allí, emocionado por la expectativa. Pero la dueña, una mujer estadounidense, me dijo que estaba equivocado. La chica pelirroja era una prima suya que hacía tiempo que había regresado a los Estados Unidos.

Me subió una arcada desde el estómago. La cabeza me daba vueltas, repasando las fechas una y otra vez. El general debió de llegar a Shanghái a finales de 1948, cuando yo estaba enferma de gripe y Dimitri me estaba engañando con Amelia. La historia del general había logrado humanizar a Tang: era un hombre distorsionado por la crueldad que había tenido que sufrir en sus propias carnes. Pero Amelia era un ser abominable. Si el general me hubiera encontrado en la época en la que Serguéi estaba vivo, ella habría estado encantada de deshacerse de mí. Pero la única motivación de sus acciones después de la muerte de Serguéi fue el rencor.

—Los comunistas estaban cercando la ciudad —continuó el general—. Así que, si no salía de allí pronto, me quedaría atrapado. Me debatía entre seguir buscándote y volver con tu madre. Además, había tenido otra visión: tu madre tendida en una cama en llamas. Estaba en peligro.

»Por supuesto, cuando regresé a Kazajistán, la anciana me contó que tu madre había estado gravemente enferma de difteria, pero que había mejorado gracias a la carne de caballo hervida y a los tónicos lácteos que ella le había estado preparando. No me atreví a presentarme ante tu madre hasta que se recuperó. Cuando, finalmente, entré en la habitación en la que reposaba, ella se incorporó y me traspasó con la mirada. Cuando comprendió que le había fallado, que no te había traído de vuelta, se sumió en una depresión tan profunda que pensé que trataría de suicidarse.

»“No desesperes —le dije—. Creo que Anya sigue viva y está a salvo. Cuando te encuentres mejor, nos dirigiremos al oeste hacia el mar Caspio”. La presencia soviética había aumentado, y la frontera con China estaba mucho más vigilada. Pensé que si tu madre y yo podíamos huir hacia Occidente, lograríamos salir de Kazajistán en barco. Tu madre cerró los ojos y dijo: “No sé por qué, pero confío en ti. Creo que me ayudarás a encontrar a mi hija”.

El general me miró a los ojos y me dijo:

—Fue entonces cuando me di cuenta de que la amaba y de que no podría esperar o merecer que me correspondiera con su amor hasta que te encontrara.

Su revelación me hizo enmudecer momentáneamente. Y, aun así, percibía otro sentimiento que me cosquilleaba bajo la piel. En dos ocasiones, tras la muerte de mi padre, había oído su voz prometiéndome que enviaría a alguien. Había tenido suerte durante toda mi vida, puesto que mucha gente me había ayudado, pero de repente comprendí a quién se refería mi padre.

—¿Cómo me encontró? —le pregunté.

—Cuando alcanzamos el mar, descubrimos que los soviéticos también estaban patrullando la línea costera. Parecía que no había escapatoria, pero la situación se desarrolló a favor nuestro. Conseguimos trabajo en un hotel donde los privilegiados del partido pasaban las vacaciones. Mientras estaba trabajando allí, trabé amistad con un hombre llamado Yuri Vishnevski. A través de él, nos enteramos de que los rusos de Shanghái habían sido evacuados a Estados Unidos. Después de un tiempo, tu madre recurrió a Vishnevski para que nos ayudara a trasladarnos a Moscú. Le dijo que Moscú era la ciudad natal de su familia y que siempre había deseado conocerla. Pero yo sabía cuál era su verdadero motivo. En Kazajistán, estábamos aislados del resto del mundo, pero en Moscú la situación sería diferente. Allí había turistas y hombres de negocios, funcionarios del gobierno y profesores extranjeros. Gente con autorización para cruzar la frontera. Gente a la que se podía sobornar o a la que se le podía suplicar.

»Hace tres años, nos mudamos a Moscú, donde, aparte de nuestros trabajos en una fábrica y una tienda, dedicamos nuestras vidas a buscarte. Pasábamos el tiempo cerca del Palacio del Kremlin, la Plaza Roja y el Museo Pushkin, fingiendo que deseábamos practicar inglés, aunque, en realidad, abordábamos a los turistas y a los diplomáticos extranjeros para preguntarles por ti. Algunos de ellos accedieron a ayudarnos, pero muchos se negaban. No tuvimos noticias de nadie durante mucho tiempo, hasta que una estadounidense se puso en contacto con la Sociedad Rusa de San Francisco en nuestro nombre. Ellos se comunicaron con la OIR, y descubrimos que habían enviado a una Anya Kozlova a Australia.

El general se detuvo. Las lágrimas brotaban de sus ojos y se le resbalaban por las mejillas. No trató de secárselas y parpadeó para mirarme con los ojos húmedos.

—¿Puedes imaginar la alegría que sentimos cuando recibimos aquellas noticias? La mujer estadounidense fue muy amable y se puso en contacto con la Cruz Roja en Australia para ver si podían ayudarnos un poco más. Una de sus voluntarias jubiladas recordaba a una joven que había ido a verla en 1950. La chica era muy guapa y su historia le causó mucha impresión. A la voluntaria se le había partido el corazón porque no había podido ayudar a la chica a encontrar a su madre, y había mantenido sus datos en el archivo, aunque iba contra las normas.

—Daisy Kent —le dije a Iván—. ¡Siempre pensé que no tenía ninguna intención de ayudarme! Quizás su empatía me pareció mera reticencia.

—Estábamos tan cerca de encontrarte —comentó el general—. Tu madre ha cambiado en todos estos años que no te ha tenido a su lado. No ha gozado de una

salud demasiado fuerte y ha sufrido enfermedades de manera crónica. Pero, en cuanto oyó que estabas en Australia, fue como si rejuveneciera y recuperara valentía. Estaba decidida a encontrarte, costara lo que costara.

»Nos pusimos en contacto con Vishnevski, que, para entonces, era un buen amigo en el que podíamos confiar. Accedió a conseguirme documentación, pero dijo que tu madre debía quedarse atrás para garantizar que yo volviera. Llegué a Australia hace dos semanas, y la Cruz Roja me reservó una habitación en un hotel. Me las arreglé para seguirte el rastro desde el campo de inmigrantes hasta Sídney, pero, después, nada. El encargado del registro civil no me diría si te habías casado. Eso era información confidencial, incluso en una situación como la mía. Pero estaba decidido a no fracasar, como me había ocurrido en Shanghái. Un día, estaba sentado en la habitación de mi hotel, totalmente desesperado, cuando me metieron un periódico por debajo de la puerta. Sin pensar, lo cogí y lo hojeé. De repente, me encontré con una columna firmada por “Anya”. Llamé al periódico, pero la telefonista me dijo que el nombre de la columnista no era “Anya Kozlova”, sino “Anya Najimovski”. “¿Está casada?”, le pregunté. La mujer me dijo que creía que sí, que la autora estaba casada. Miré tu dirección en la guía telefónica. Algo me decía que había encontrado a la Anya que estaba buscando, pero no podía revelar quién era o lo que estaba haciendo a todos los rusos de Sídney. Por eso te escribí aquella carta anónima. Entonces, el general suspiró, exhausto, y dijo: —Anya, tu madre y yo te hemos estado buscando todos estos años. Tu recuerdo ha pervivido en nuestros corazones todos los días de nuestras vidas. Y ahora, por fin, te hemos encontrado.

MADRE

El coro del Ejército Rojo entonaba *Los remeros del Volga* con tal estruendo que parecía el sonido de un trueno. Desde los altavoces de la cabina, el ritmo de la música se hacía monótono, pero la melodía me inundó la cabeza. El cántico se mezclaba con el zumbido del avión, convirtiéndose en un himno. El esfuerzo y el valor que se destilaban de las voces de los cantantes me recordaron a los hombres que cavaron la tumba de mi padre en Harbin. Aquel espíritu parecía corresponderles mucho más a aquellos hombres que al Ejército Rojo. «Madre —susurré a las nubes que el avión surcó como una alfombra de nieve iluminada por el sol—, madre». Las lágrimas me escocieron en los ojos. Me apreté los dedos sobre el regazo hasta que se me amorataron. Las nubes eran los testigos celestiales del acontecimiento más importante de mi vida. Veintitrés años antes, a mi madre y a mí nos habían separado y, en menos de un día, volveríamos a encontrarnos.

Me volví hacia Iván, que estaba meciendo a Lily en el hueco de su brazo mientras trataba de evitar que el té de la taza de plástico que le había servido la azafata se le derramara encima. No era una tarea fácil para un hombre tan grande como él en un espacio tan pequeño. Apenas había probado la bandeja del almuerzo, que consistía en salchichas de ajo, *pirogi* y pescado seco. De haber estado en Australia, le habría tomado el pelo, preguntándole qué clase de ruso pensaba que era si no podía soportar un menú tan típicamente eslavo. Pero las bromas de ese estilo eran adecuadas en un país como Australia y no debían hacerse en la Unión Soviética. Estudié los rostros de nuestros compañeros de viaje: eran hombres de aspecto hosco con trajes mal cortados y unas cuantas mujeres con caras totalmente inexpresivas. No sabíamos quiénes eran, pero debíamos andarnos con cuidado.

—¿Quieres que coja yo a Lily? —le pregunté a Iván. Asintió, levantándola por encima del hueco entre la bandeja y su pierna, sin soltarla hasta que se aseguró de que yo la había cogido firmemente entre mis brazos. Lily me miró con sus ojos como joyas brillantes e hizo un gesto con la boquita, como si me estuviera lanzando un beso. Le acaricié la mejilla. Era algo que solía hacer cuando necesitaba recuperar mi

fe en los milagros.

Pensé en la cesta de la colada en una esquina de la sala de estar, que se había quedado llena de vestidos de verano de Lily, baberos, toallas y fundas de almohada. Era lo único desordenado que habíamos dejado atrás, y me parecía reconfortante pensar que no habíamos arreglado la casa hasta dejarla totalmente pulcra. Era como si así fuera más nuestro hogar, porque habían quedado cosas sin hacer que resolveríamos a la vuelta. Porque comprendí muy bien la mirada que compartimos Iván y yo cuando cerramos con llave la puerta principal antes de marcharnos al aeropuerto: existía el riesgo de que no pudiéramos regresar.

Cuando el general me confirmó que mi madre estaba viva, las noticias me produjeron una alegría sólo comparable a la emoción que sentí cuando nació Lily. Pero habían pasado cuatro meses desde nuestro último encuentro, y no habíamos recibido nuevas noticias. Nos había advertido de que aquello podría ocurrir.

«No tratéis de poneros en contacto conmigo. Simplemente, aseguraos de estar en Moscú el dos de febrero». Había sido imposible hablar con mi madre antes de irnos: no había teléfono en su edificio, y existía el problema de la vigilancia. No estábamos seguros de qué sucedería con la embajada soviética, así que el largo proceso de solicitud de visados había sido una agonía, como tratar de introducirnos por un estrecho túnel. Incluso cuando nos expidieron los visados sin hacernos preguntas y me encontré en el aeropuerto de Heathrow embarcando en un avión con destino a Moscú, no estaba segura de que mis nervios pudieran soportar de una sola pieza tanta tensión.

La azafata se secó las manos en su arrugado uniforme y me sirvió otra taza de té tibio. La mayoría de las auxiliares de vuelo eran mujeres mayores, pero ésta, en particular, ni siquiera hacía ningún esfuerzo por peinarse los mechones de cabello grisáceo que sobresalían por debajo de su poco favorecedor gorro. No sonrió cuando le di las gracias. Simplemente, se dio media vuelta.

Recordé que no podían permitirse el lujo de ser amables con los extranjeros. Si charlaba demasiado conmigo, podía suponerle hasta que la enviaran a prisión. Me volví para contemplar las nubes y pensé en el general. Durante los tres días que había pasado con nosotros, había tenido la esperanza de que comenzaríamos a verle más como un hombre corriente y menos como un enigma. Después de todo, comía, bebía y dormía como el más común de los mortales. Me contestó con franqueza a las preguntas sobre mi madre (sobre su salud, las condiciones en las que vivía, su día a día...). Me horroricé al escuchar que no tenían agua caliente en el apartamento, ni siquiera en invierno, y que mi madre sufría dolores en las piernas. Sin embargo, me sentí alborozada cuando el general me contó que mi madre tenía unas cuantas buenas amigas en Moscú que la llevaban al *banya* para que tomara baños de vapor cuando necesitaba aliviar el dolor. Aquello me recordó que yo había tenido a Irina, Ruselina y Betty para apoyarme en los peores momentos de mi vida. Sin embargo, me dio demasiado miedo preguntarle al general por su relación con ella, y no llegó a

responderme la pregunta que le hice en el aeropuerto de Sídney:

—Cuando saquemos a mi madre de Rusia, ¿vendrá usted también con nosotros?

Nos besó a Iván y a mí, nos estrechó la mano y nos dejó con las siguientes palabras:

—Nos volveremos a encontrar una vez más.

Observé cómo desaparecía por las puertas de embarque: era un anciano, marchito por el tiempo, pero andaba a ritmo de un orgulloso paso de marcha, y me di cuenta de que seguía siendo para mí igual de misterioso que siempre.

Lily balbuceó. Tenía la frente arrugada, como si estuviera tratando de leer mis pensamientos. La mecí para tranquilizarla. Los peores momentos anteriores al viaje habían sido cuando la metía en la cama y besaba su suave mejilla, sabiendo que pronto la sacaría de la seguridad de Australia para ponerla en peligro. Hubiera dado mi vida por Lily en cualquier momento sin dudarlo, y, aun así, no tenía fuerza de voluntad para hacer aquel viaje sin ella.

—Quiero que Lily venga con nosotros —le dije a Iván una noche, mientras nos metíamos en la cama.

Recé para que se enfadara conmigo y me dijera que estaba loca. Esperé que insistiera en que Lily se quedara con Irina y Vitaly. En cambio, se inclinó para encender de nuevo la luz y estudió mi semblante con una mirada intensa. Asintió solemnemente y declaró:

—A esta familia nunca la separará nadie.

Sonó un chasquido que interrumpió al coro del Ejército Rojo en medio de una estrofa. La voz del piloto resonó por toda la cabina.

—*Tavarishski*. Camaradas, en breve iniciaremos el descenso para aterrizar en Moscú. Por favor, prepárense abrochándose los cinturones y poniendo los respaldos de sus asientos en posición vertical.

Contuve la respiración y observé como el avión se sumergía en la masa de nubes. La luz cambió de cobre a gris y el cielo desapareció, como si nos hubiéramos zambullido en el océano. La cabina se balanceó de un lado a otro, mientras los copos de nieve azotaban las ventanillas. No podía ver nada. Tenía en el estómago la sensación de estar hundiéndome y, durante unos minutos de ingravidez, me dio la sensación de que los motores se habían detenido, y el avión estaba descendiendo en caída libre. Lily, que se había portado bien durante todo el viaje desde Londres, comenzó a llorar por el cambio de presión.

La mujer que estaba sentada en el asiento del otro lado del pasillo se inclinó y le dijo con una voz alegre:

—¿Por qué lloras, bebida guapa? Todo va bien.

Lily se tranquilizó y sonrió. Aquella mujer me intrigaba. Su perfume francés era más penetrante que el humo de los cigarros búlgaros que los hombres habían estado fumando, y llevaba su piel eslava maquillada con mucho esmero. Pero no debía de ser una mujer soviética corriente si podía abandonar el país. ¿Era una funcionaria del

gobierno? ¿Una agente de la KGB? ¿O la amante de alguien importante? Odiaba la sensación de no poder confiar en nadie y de que, debido a la guerra fría, la amabilidad de cualquiera siempre parecía tener segundas intenciones.

Aparecieron algunos huecos entre las nubes y, a través de ellos, vi campos cubiertos de nieve y abedules. La sensación de caída dio paso a otra, mucho más intensa, de que estábamos siendo atraídos por un imán. Los dedos de los pies se me deslizaron hacia delante, como si una fuerza más grande de lo que pudiera imaginar me estuviera arrastrando hacia la tierra. Sabía de dónde procedía aquella fuerza: era Rusia. Me volvieron a la mente las palabras de Gógol que hacía tanto tiempo había leído en el jardín en Shanghái:

¿Qué hay en ella, en esa canción? ¿Qué es eso que llama y solloza,
y nos atenaza el corazón?... ¡Rusia! ¿Qué quieres de mí?
¿Qué es ese lazo invisible y misterioso que nos une?

Moscú era una ciudad fortificada, y entonces comprendí qué adecuada era aquella denominación. Era el último muro que se erguía entre mi madre y yo. Esperaba que, junto a mi marido y a mi hija, y armada como iba con la determinación de años de sufrimiento, tuviera el valor suficiente para enfrentarme a aquello.

Las nubes desaparecieron como si alguien hubiera descorrido una cortina, y contemplé las planicies nevadas y el cielo oscuro. El aeropuerto estaba justo bajo nosotros, pero no lograba ver la terminal, sólo filas de quitanieves y hombres vestidos con gruesas chaquetas y orejeras de piel de pie frente a las máquinas. La pista de aterrizaje era negra como la pizarra. A pesar de la reputación de la Aeroflot y de la temperatura glacial, el piloto logró que el avión aterrizara con la elegancia de un cisne posándose sobre un lago.

Cuando el avión se detuvo, la azafata nos indicó que nos dirigiéramos a la salida. La gente se aglomeró para bajar, por lo que Iván cogió a Lily de mis brazos para poderla elevar sobre la muchedumbre de viajeros que se empujaban unos a otros en dirección a la puerta del avión. Una ráfaga de viento helador recorrió la cabina. Cuando me aproximé a la salida y vi el edificio de la terminal con sus ventanas llenas de hollín y el alambre de púas que recubría los muros exteriores, comprendí que el sol y la calidez de mi país de adopción estaban lejos de allí. El aire era tan frío que casi estaba teñido de azul. Me escoció el rostro, y la nariz comenzó a gotearme. Iván tapó a Lily, escondiéndola aún más bajo su abrigo para protegerla del viento glacial. Bajé la cabeza y mantuve la mirada fija en la escalerilla. El forro de mis botas era de piel, pero, tan pronto como pisé el asfalto de la pista y me dirigí hacia el autobús que nos llevaría a la terminal, comenzaron a congelárseme los pies. Además, experimenté otra sensación más profunda. Cuando pisé el suelo ruso, supe que estaba a punto de completar un viaje que había iniciado hacía muchísimo tiempo. Había regresado a la

tierra de mi padre.

En el interior de la lúgubre área de llegadas iluminada por tubos fluorescentes del aeropuerto de Sheremetievo, comencé a caer en la cuenta de la realidad de lo que Iván y yo estábamos a punto de hacer con un sentimiento de pánico anticipado. Recordé que el general me había susurrado al oído:

—No os podéis permitir ningún fallo. Todo aquél con el que mantengáis cualquier contacto será interrogado sobre vuestro comportamiento. Las camareras del hotel, los taxistas, la mujer a la que le paguéis unos cuantos rublos por unas postales baratas... Tened en cuenta que lo más normal será que en vuestra habitación haya micrófonos ocultos.

Ingenuamente, yo había protestado:

—No somos espías. Sólo somos una familia tratando de volver a reunirse.

—Si venís de Occidente, sois espías o, como mínimo, una mala influencia en lo que respecta a la KGB. Y lo que estáis planeando se considerará alta traición —me advirtió el general.

Llevaba meses practicando para poner un gesto lo más inexpresivo posible y para contestar a las preguntas sin vacilación y de un modo sucinto, pero, en cuanto vi a los soldados cerca de la puerta de salida con las metralletas a la espalda y al agente de aduanas paseándose con su pastor alemán de un lado a otro, me empezaron a temblar las piernas, y me latía con tanta fuerza el corazón dentro del pecho que me aterroricé pensando que pudiera delatarnos. Cuando partimos de Sídney en el Día de Australia, el bronceado agente de aduanas nos había entregado una bandera en miniatura a cada uno y nos había deseado «felices vacaciones».

Iván me pasó a Lily y se puso a la cola detrás de unos cuantos extranjeros que venían en el mismo vuelo que nosotros. Se metió la mano en el bolsillo del abrigo en busca de nuestros pasaportes y los abrió por las páginas en las que aparecía nuestro nuevo apellido, Nickham. «No neguéis vuestra ascendencia rusa si os preguntan —nos recomendó el general—, pero tampoco llaméis la atención sobre el tema».

—Sí, Nickham es mucho más fácil de pronunciar que Na-ji-mov-ski —comentó el encargado de cara redonda del Registro Civil australiano, echándose a reír cuando le entregamos el formulario de petición de cambio de nombre—. Muchos de ustedes, los nuevos australianos, se están cambiando el nombre. Nos hace la vida más fácil. Lilliana Nickham. Estoy seguro de que, cuando sea mayor, será actriz, o algo por el estilo.

No le dijimos al encargado que queríamos anglicanizar nuestro apellido para conseguir los visados de la embajada rusa sin problemas. «Anya, los días de las purgas de Stalin contra los descendientes de la nobleza han terminado, e Iván y tú sois ciudadanos australianos —explicó el general—, pero, si llamáis la atención, podríais poner a tu madre en peligro. Incluso bajo Brézhnev, si admitimos tener parientes en el extranjero, podríamos terminar nuestros días en un asilo psiquiátrico, para purificarnos de las ideas capitalistas que hayamos podido absorber».

«*Nyet! Nyet!*». El hombre alemán delante de nosotros estaba teniendo una especie de discusión con la agente de aduanas que estaba tras la ventanilla de cristal. Ella le señalaba la carta de invitación que el hombre le había entregado, pero, cada vez que se la devolvía, él la empujaba de nuevo por la ranura de la ventanilla. Tras unos minutos de aquel intercambio que no llegaba a ninguna parte, la agente hizo un gesto de impaciencia con la mano y le dejó pasar. Entonces, nos tocó a nosotros.

La agente de aduanas leyó nuestra documentación y examinó todas las páginas de nuestros pasaportes. Frunció el ceño mientras contemplaba nuestras fotografías y observó con detenimiento la cicatriz en el rostro de Iván. Apreté a Lily contra el pecho para confortarla y transmitirle calor. Traté de no bajar la mirada (el general nos dijo que aquello se consideraba señal de traición) y fingí que estaba estudiando la fila de banderas que ocupaba toda una pared. Recé por que el general llevara la razón, y no tuviéramos que tratar de hacernos pasar por soviéticos: incluso con la ayuda interna de Vishnevski, el general nos dijo que no podría conseguirnos los papeles para la residencia, e, incluso de haberlos conseguido, si nos interrogaban, quedaría claro que Moscú no era nuestra ciudad natal.

La agente de aduanas mantuvo en alto el pasaporte a Iván y paseó la mirada entre el documento y el propio Iván, como si estuviera intentando ponerle nervioso. Apenas podíamos negar que nuestros ojos fueran claramente eslavos, y nuestros pómulos rusos, pero algunos de los correspondientes extranjeros británicos y estadounidenses eran hijos de inmigrantes rusos. ¿Qué teníamos nosotros de raro? La agente frunció el ceño y llamó a su colega, un joven con facciones muy definidas que estaba clasificando unos documentos detrás de ella en la garita. Se me nubló la vista, con manchas blancas danzándome ante los ojos. ¿Cómo podía ser posible que no fuéramos a pasar ni el primer obstáculo? El compañero de la funcionaría le preguntó a Iván si Nickham era su verdadero nombre y cuál era su dirección en Moscú. Pero le preguntó todo aquello en ruso. Era una artimaña, pero Iván no cayó en la trampa.

—Por supuesto —respondió en ruso, y le proporcionó la dirección de nuestro hotel. Me di cuenta de que el general estaba en lo cierto. En comparación con la voz áspera que ladraba la información sobre los vuelos por los altavoces del aeropuerto, el ruso de Iván era un lenguaje elegante y presoviético que no se había oído en Rusia desde hacía cincuenta años. Sonaba a inglés hablando con el lenguaje de la época de Shakespeare, o a un extranjero que hubiera aprendido ruso de libros de texto de segunda mano.

El agente de aduanas gruñó y agarró el tampón de tinta de su compañera. Con una rápida sucesión de estruendosos golpes, selló nuestros papeles y se los entregó a Iván, que los reunió todos en su cartera de viaje y les dio las gracias a los funcionarios. Pero la agente tenía un comentario final que hacerme cuando yo pasé a su lado:

—Si vienen de un clima cálido, ¿por qué trae a un bebé tan pequeño a este país en invierno?, ¿qué pretende?, ¿que se muera de frío?

La ventanilla del taxi tenía una grieta, así que tapé con el brazo el agujero para

evitar que la siseante corriente de aire enfriara a Lily. No había visto un coche en peores condiciones desde que Vitaly compró su primer Austin. Los asientos estaban tan duros como planchas de madera, y el salpicadero era un amasijo de cables y tintineantes tornillos pegados con cinta adhesiva. Cuando tenía que poner el intermitente, el conductor abría la ventanilla y hacía gestos con la mano en el aire glacial. Pero, la mayoría de las veces, ni siquiera se molestaba.

En la salida del aeropuerto, había un atasco. Iván le tapó a Lily la nariz y la boca con su chal para que no respirara el humo de la contaminación. El conductor se palpó el bolsillo y salió de un salto del coche. Vi que estaba colocando en su lugar los limpiaparabrisas. Volvió a su asiento de otro salto y cerró la puerta del coche.

—Se me había olvidado que los había quitado —comentó. Miré a Iván, que se encogió de hombros. Sólo se me ocurría que el taxista hubiera quitado los limpiaparabrisas por miedo a que se los robaran.

Un soldado dio unos golpecitos en la ventanilla y le ordenó al conductor que colocara el coche a un lado de la carretera. Me di cuenta de que el resto de los taxis y automóviles estaban haciendo otro tanto. Una limusina negra con las cortinillas corridas se deslizó por la carretera como un siniestro coche fúnebre. Los demás coches arrancaron el motor y siguieron a la limusina. Una palabra flotaba en el aire, pero ninguno de nosotros la pronunció en alto. Nomenklatura. Los privilegiados del partido.

A través de la ventanilla salpicada de gotas de lluvia, veía la carretera bordeada por abedules. Contemplé sus finos troncos blanquecinos y la nieve manteniéndose en equilibrio sobre sus ramas desnudas. Aquellos árboles eran como criaturas sacadas de un cuento de hadas, seres mitológicos de alguna de las historias que mi padre me contaba antes de dormir cuando era pequeña. Aunque era poco después del mediodía, el sol se estaba ocultando y estaba cayendo la oscuridad. Tras unos cuantos kilómetros, los árboles empezaron a dar paso a bloques de apartamentos. Los edificios eran grises, con pequeñas ventanas y sin adornos. Algunos de ellos estaban sin acabar, y las grúas aún se cernían sobre sus tejados. De vez en cuando, pasábamos por delante de algún parque infantil o de algún patio cubierto por la nieve, pero lo más normal era que los edificios estuvieran apretados unos contra otros, con la nieve sucia y endurecida alrededor. Aquellos edificios se erguían durante kilómetros y kilómetros, exhibiendo su aspecto lúgubre y uniforme, y de repente me di cuenta de que, en algún lugar de aquella ciudad de cemento, mi madre me estaba aguardando.

Moscú estaba hecha por capas, su estructura en crecimiento era como la de los anillos del tronco de un árbol. Cada kilómetro nos internaba un poco más en el pasado. En una plaza abierta, vimos una imponente estatua de Lenin, y la gente esperando en una cola en el exterior de un comercio, donde los empleados sumaban los importes de las compras con ábacos. Un tendero estaba sentado junto a sus mercancías, que mantenía bajo una funda de plástico, para que las patatas no se le congelaran por el frío glacial. Una persona, imposible de saber si era hombre o mujer,

arrebujada en un abrigo almohadillado y con botas de fieltro, vendía helados. Una anciana con una *babushka* en la cabeza estaba atascando el tráfico, mientras cruzaba la calle cojeando, cargada de pan y repollos. Un poco más adelante, una madre y su niño, envuelto como una mercancía valiosa en un sombrero y en unos mitones de lana, esperaban para cruzar la calle. Un trolebús pasó haciendo un ruido atronador, con los laterales cubiertos de barro. Contemplé a sus ocupantes, que apenas eran visibles bajo las capas de bufandas y pieles.

«Ésta es mi gente», pensé, y traté de determinar cuánta verdad había en aquella afirmación. Amaba Australia y el sentimiento era mutuo, pero, de algún modo, me sentía atraída por aquellas personas, como si a todos nos hubieran tallado de la misma piedra.

Iván me tocó el brazo y señaló la luna delantera del taxi. Moscú se estaba transformando ante nuestros ojos en una ciudad de avenidas adoquinadas y edificios majestuosos con muros de color pastel, edificios de apartamentos de estilo gótico y farolas *art decó*. Cubierta por la capa blanca de la nieve, era romance en estado puro. Independientemente de lo que dijeran los soviéticos sobre los zares, los edificios erigidos por la monarquía seguían siendo muy bellos, a pesar del clima y la dejadez, mientras que las construcciones soviéticas que se cernían a su alrededor ya tenían las paredes desconchadas y la mampostería se les estaba astillando.

Traté de borrar el disgusto de mi cara cuando me di cuenta de que el bloque de cristal y cemento al que el taxista había aproximado el coche era nuestro hotel. El monstruoso edificio hacía que todo lo que había a su alrededor pareciera enano y resultaba incongruente con el telón de fondo de las cúpulas doradas de las catedrales del Kremlin. Era como si hubieran tratado de construir deliberadamente algo horroroso. Hubiera preferido pernoctar en el Hotel Metropol, imponente en todo su esplendor imperialista. El agente de viajes había tratado de que cambiáramos de opinión con respecto al hotel que el general nos había dicho que reserváramos, enseñándonos fotografías de los lujosos muebles del Metropol y de su famoso techo de cristal de colores. Sin embargo, también era la guarida favorita de la KGB para espiar a los extranjeros ricos, y nosotros no íbamos a Moscú de vacaciones.

El recibidor del hotel era de imitación de mármol, y el suelo estaba cubierto por una alfombra roja. Apestaba a tabaco barato y a polvo. Habíamos seguido las instrucciones del general al pie de la letra y, aunque llegábamos con un día de antelación, le busqué con la mirada entre todos los rostros de las personas que había en la recepción. Me dije para mis adentros que no debía decepcionarme cuando no lo vi entre los huraños hombres que leían el periódico o merodeaban alrededor del puesto de prensa. Una mujer de aspecto severo levantó los ojos desde el estrecho espacio que ocupaba detrás del mostrador de la recepción. Tenía unas asombrosas cejas repasadas con lápiz y un lunar en mitad de la frente tan grande como una moneda.

—El señor y la señora Nickham. Y nuestra hija, Lily —le dijo Iván.

La mujer hizo una mueca, que no era precisamente una sonrisa, mostrando una boca llena de dientes de oro, y nos pidió los pasaportes. Mientras Iván rellenaba el formulario de registro, le pregunté a la mujer del modo más indiferente que pude si había algún mensaje para nosotros. Comprobó el casillero de nuestra habitación y volvió con un sobre en la mano. Comencé a abrirlo, pero me di cuenta de que la mujer me estaba observando. Sin embargo, no podía dejar el sobre medio abierto, porque hubiera resultado extraño. Así que aupé a Lily sobre mi pecho, como si me estuviera resultando muy pesada y me dirigí a una silla. El corazón me latía con fuerza por la anticipación, pero cuando abrí por completo el sobre, lo único que encontré en su interior fue un folleto de un itinerario turístico de Intourist. Me sentí como un niño que desea una bicicleta por Navidad y, en su lugar, le regalan una mochila para el colegio. No tenía ni la menor idea de lo que significaba aquel itinerario. Por el rabillo del ojo, vi que la recepcionista me estaba observando, así que me metí el sobre en el bolso y levanté a Lily en el aire.

—¿Cómo está mi niña guapa? —le dije, arrullándola—. ¿Cómo está mi niña guapa con su naricita respingona?

Cuando Iván acabó de rellenar el formulario, la recepcionista le entregó la llave y llamó al botones, un anciano de piernas encorvadas. Empujó el carrito con nuestro equipaje de un modo tan errático que comencé a sospechar que estaba bebido, hasta que me percaté de que al carrito le faltaba una rueda. Apretó el botón del ascensor y se inclinó contra la pared, agotado. Había otro hombre, aproximadamente de la misma edad, con bolsas bajo los ojos y las mangas de la chaqueta agujereadas a la altura de los codos, sentado ante una mesa sobre la que exponían polvorientas baratijas y muñecas matrioskas. Olía de un modo extraño, como a ajo mezclado con algún tipo de antiséptico. Nos examinó al milímetro, y también nuestro equipaje, como si tratara de grabar nuestra imagen en su memoria. En cualquier otro país, habría dado por hecho que era un anciano intentando ganar un poco más de dinero para complementar su pensión, pero, después de las historias que el general nos había contado sobre la KGB, la curiosidad de aquel hombre hirsuto me produjo un escalofrío.

Nuestra habitación era pequeña para la costumbre occidental, y hacía un calor abrasador. La pantalla de la lámpara en forma de borla que colgaba del techo producía un resplandor anaranjado sobre la desgastada moqueta. Inspeccioné el aparato de la calefacción y me di cuenta de que era de los que no se podían ajustar. Una voz masculina y metálica estaba elogiando la Constitución soviética. Iván rodeó la cama para apagar la radio, pero descubrió que no había botón para desconectarla. Lo único que podía hacer era poner el volumen al mínimo.

—Mira esto —le dije, descorriendo las cortinas de encaje. Nuestra habitación daba al Kremlin. Los muros de ladrillo rosáceo y las iglesias bizantinas brillaban bajo la tenue luz del crepúsculo. El Kremlin era el lugar en el que los zares habían celebrado sus bodas y coronaciones. Recordé la limusina negra que habíamos visto

antes en el aeropuerto y pensé en que unos nuevos zares residían allí ahora.

Mientras Iván organizaba el equipaje, tumbé a Lily en la cama para quitarle todas las capas de ropa y la cambié, poniéndole un mono de algodón. Saqué nuestras bufandas y gorros de su moisés y lo coloqué entre las almohadas de la cama antes de meterla dentro de él. Parpadeó con ojos soñolientos. Le acaricié la barriguita hasta que se quedó dormida y después me recosté y la contemplé. El estampado de la colcha me llamó la atención: ramas entrelazadas, como enredaderas, con parejas de palomas posadas sobre ellas. Recordé la tumba de Marina en Shanghái, con las dos palomas grabadas en la lápida, una de ellas agonizante y la otra guardando luto lealmente junto a su compañera fallecida. Entonces, volví a pensar en el itinerario turístico. Se me revolvió el estómago. Mi madre había estado a un día de mí en Pekín antes de que Tang desbaratara sus planes. El general había venido a la puerta misma del Moscú-Shanghái antes de que Amelia lo despachara. ¿Qué pasaría si, justo ahora que estaba a punto de volver a ver a mi madre, la KGB se enterara de nuestros planes y la enviara a un campo de trabajo? Y esta vez de verdad...

Miré a Iván.

—Algo ha ido mal. No van a venir —musité.

Negó con la cabeza y se acercó a la cama, subiendo el volumen de la radio una muesca. Saqué el itinerario del bolso y se lo entregué. Lo leyó una vez, y otra vez más, con una mirada de sorpresa en su semblante, como si estuviera tratando de encontrar alguna pista oculta en él. Le hice un gesto para que me siguiera al baño y, una vez que hubimos encendido el grifo, me preguntó quién me lo había dado. No habíamos reservado un guía de Intourist, aunque eran obligatorios para los extranjeros. Le dije que tenía miedo de que aquel itinerario tuviera algo que ver con la KGB.

Iván me frotó los hombros.

—Anya —me dijo—, estás cansada y te estás calentando la cabeza de tanto darle vueltas al asunto. El general dijo que debíamos estar aquí el día dos. Todavía estamos a uno.

Tenía unas marcadas ojeras y entonces recordé que aquella situación también era extremadamente tensa para él. Había pasado días y noches enteros poniendo sus negocios en orden para facilitarle las cosas a su socio mientras estaba fuera y en caso de que no pudiera volver. Iván estaba dispuesto a sacrificarlo todo por mi felicidad.

Sentí como si los meses de espera se me hubieran echado encima. A pocas horas de la fecha de nuestra cita, no era cuestión de perder la esperanza. Y, aun así, cuanto más se aproximaba el momento, más dudas tenía.

—No te merezco —le dije a Iván, con un temblor en la voz—. Ni a Lily tampoco. No soy una buena madre. Lily podría coger una gripe y morirse.

Iván me miró detenidamente. De repente, se le iluminó el rostro con una sonrisa.

—Las mujeres rusas siempre pensáis eso. Eres una madre maravillosa, y Lily es un bebé bien alimentado y sano. Recuerda cuando nació, y Ruselina y tú os fuisteis

corriendo al médico porque «no lloraba demasiado y dormía toda la noche de un tirón» y el médico la examinó y dijo: «¡Pues mira qué suerte!».

Sonreí y apoyé la cabeza en su hombro. «Sé fuerte», me dije a mí misma, y repasé de nuevo el plan del general en mi cabeza. Nos dijo que iba a sacarnos a través de Alemania Oriental. La primera vez que lo mencionó, me imaginé a los guardias en sus garitas, a perros sabuesos, túneles y disparos mientras tratábamos de saltar el Muro de Berlín, pero el general negó con la cabeza. «Vishnevski os conseguirá un permiso para cruzar la frontera, pero, aun así, tendréis que tener mucho cuidado con la KGB. Incluso vigilan a la Nomenklatura». Me preguntaba quién sería el tal Vishnevski, y qué habrían hecho mi madre y el general para trabar amistad con aquel oficial de alto rango. ¿O acaso era posible que todavía existiera algo de compasión a este lado del Telón de Acero?

—Gracias a Dios que me he casado contigo —le dije a Iván.

Apoyó el papel del itinerario sobre la repisa del lavabo y chasqueó los dedos, ensanchando su sonrisa.

—Ese itinerario es un plan —susurró—. ¿No fuiste tú la que me dijiste que estábamos bajo el cuidado de un maestro de los espías? Ten fe, Anya. Ten fe. Es un plan. Y tiene que ser uno muy bueno, conociendo al general.

A la mañana siguiente, mientras estábamos en el restaurante del hotel tomando el desayuno, mi estado de ánimo vacilaba entre la esperanza y la angustia que nos depararía el día. Por su parte, Iván parecía tranquilo mientras reunía con el dedo los restos de cereales que había sobre la mesa. La camarera nos había traído automáticamente huevos revueltos y dos tostadas, aunque el desayuno ruso compuesto por pan negro, pescado seco y queso tenía mejor aspecto. Lily mascaba el cuello de su traje de juego mientras esperábamos a que la camarera le calentara el biberón en un cazo. Cuando volvió, me eché unas gotas en la muñeca. Estaba a la temperatura perfecta y le di las gracias a la camarera. La chica no tuvo miedo de sonreírme y me dijo:

—Los rusos adoramos a los bebés.

Aproximadamente a las nueve, bajamos a la recepción y apilamos nuestros abrigos, guantes y gorros en un asiento. Las razones para aceptar al guía de Intourist eran precarias, pero parecía nuestra mejor posibilidad por el momento. Iván creía que el general había organizado una visita para despistar a la KGB, para hacernos parecer turistas normales y que nos encontraríamos con mi madre en algún lugar a lo largo de la ruta. En cambio, yo no podía evitar preocuparme porque todo aquello fuera una trampa de la KGB para obtener información sobre nosotros.

—¿El señor y la señora Nickham?

Nos volvimos para ver a una mujer que llevaba un vestido gris y un abrigo de pieles colgado del brazo, y que nos estaba sonriendo.

—Soy Vera Otova, su guía de Intourist —dijo. Tenía el porte erguido de alguien que ha recibido instrucción militar. Era de la edad adecuada como para haber luchado en la última guerra, quizás cuarenta y siete o cuarenta y ocho años. Iván y yo nos levantamos para estrecharle la mano. Me sentí como si la estuviéramos engañando. La mujer olía a perfume de manzana, y sus uñas presentaban una arreglada manicura. Parecía bastante amable, pero no podía estar segura de si se trataba de una amiga o una enemiga. El general nos había dicho que, si nos interrogaban, negáramos toda relación con el plan. «Todas las personas que os envíe sabrán quiénes sois. No es necesario que vosotros digáis nada. Tened cuidado. Podrían tratarse de agentes de la KGB».

Tendría que ser cosa de Vera Otova si quería hacernos saber de qué lado estaba. Iván se aclaró la garganta.

—Siento que hayamos pasado por alto la reserva de un guía cuando compramos nuestros pasajes en Sídney —le dijo, quitándole a Vera el abrigo de las manos y ayudándola a ponérselo—. Nuestro agente de viajes debe de haberlo reservado por nosotros.

Una mirada siniestra ensombreció por un instante el rostro de Vera, pero se disipó rápidamente cuando volvió a dedicarnos su sonrisa, a la que le faltaban unos cuantos dientes.

—Sí, deben ustedes tener un guía para visitar Moscú —respondió, encasquetándose una boina de lana—. Les facilitará mucho la vida.

Sabía que aquello era mentira. Los extranjeros necesitaban guías para que no fueran a lugares a los que no debían ir y que el gobierno no quería que vieran. El general nos lo explicó. Las visitas guiadas se organizaban a museos, acontecimientos culturales y monumentos conmemorativos bélicos. Nunca llegaríamos a ver las verdaderas víctimas del corrupto comunismo ruso: alcohólicos crónicos muriéndose en la nieve, ancianas mendigando en el exterior de las estaciones de ferrocarril, familias enteras viviendo en la calle y niños que tendrían que estar en la escuela cavando zanjas en las carreteras. Pero aquella mentira no me desanimó para descartar inmediatamente que Vera fuese nuestro contacto. ¿Qué otra cosa podría habernos dicho en la recepción de un hotel atestado de gente?

Iván me ayudó a ponerme el abrigo y se inclinó hacia el asiento, levantando a Lily, que estaba escondida entre los pliegues de su chaqueta.

—¿Un bebé? —Vera se volvió hacia mí, con la sonrisa congelada en el rostro—. Nadie me había informado de que ustedes traerían a un bebé.

—Es un bebé que se porta bien —puntualizó Iván, haciendo rebotar a Lily entre sus brazos. Lily, que se despertó completamente, se echó a reír y se llevó el sombrero de su padre a la boca para poder mascararlo.

Vera los observó con los ojos entornados. No me imaginaba qué podía estar pensando cuando tocó la mejilla de Lily.

—Un bebé precioso. Qué ojos tan hermosos. Son del color de mi broche —

comentó, señalándose el broche de color ámbar con forma de mariposa que llevaba en la solapa—. Pero puede que tengamos que hacer algunas... modificaciones a nuestro programa.

—No deseamos ir a ninguna parte a la que no podamos llevar a Lily —le dije, mientras me ponía los guantes.

Mi respuesta pareció desconcertar a Vera; abrió los ojos como platos y se sonrojó. Pero se recompuso rápidamente.

—Por supuesto —me dijo—. Lo comprendo perfectamente. Estaba pensando en el ballet. No dejan entrar a niños menores de cinco años en el auditorio.

—Quizás yo pueda quedarme con Lily —sugirió Iván—. Y usted puede llevar a Anya. A ella le encantaría ver el ballet.

Vera se mordió el labio. Me di cuenta de que estaba intentando improvisar sobre la marcha.

—No, eso no sería justo —replicó—. No pueden ustedes visitar Moscú y no ver el Ballet Bolshoi. —Jugueteó con su alianza de boda entre los dedos—. Si no les importa, mientras estemos en el Kremlin, les asignaré a un grupo de visita y veré si puedo arreglarlo.

—Hágamelo saber siempre que necesite arreglar las cosas —le respondió Iván, mientras seguíamos a Vera hacia las puertas del hotel.

Vera taconeó sobre las baldosas del suelo a un ritmo sincopado.

—Su agente de viajes me dijo que hablan ustedes un ruso excelente, pero no me importa hablar en inglés —comentó, mientras hacía desaparecer su barbilla, tapándose alrededor del cuello con varias vueltas de su larga bufanda—. Díganme qué idioma prefieren. Pueden practicar ruso, si lo desean.

Iván le tocó el brazo a Vera.

—Yo creo que allá donde fueres, haz lo que vieres.

Vera sonrió. Pero no sabía si era porque estaba encantada con Iván o porque creía haber conseguido una especie de triunfo.

—Esperen aquí —nos dijo—. Pararé un taxi en la puerta.

Contemplé a Vera mientras salía corriendo al exterior y le decía algo al portero. Unos instantes después, un taxi se aproximó a la acera. El conductor se apeó y abrió las puertas de los pasajeros. Vera nos hizo una señal para que saliéramos y nos metiéramos en el coche.

—¿De qué iba todo eso? —le pregunté a Iván cuando salíamos por la puerta giratoria—. Toda esa historia de «hágamelo saber siempre que necesite arreglar las cosas».

Iván entrelazó su brazo con el mío y susurró:

—De rublos. Creo que la señora Otova estaba hablando de sobornos.

La entrada de la Galería Tretyakov estaba tan silenciosa como un monasterio. Vera le

entregó un cupón a la mujer de la taquilla y nos dio nuestras entradas.

—Vamos a dejar nuestras pertenencias en el guardarropa —nos dijo, indicándonos con la mano que la siguiéramos por un tramo descendente de escaleras.

Las encargadas del guardarropa llevaban desgastados chaquetones azules sobre la ropa y pañuelos que les cubrían la cabeza. Andaban atareadas entre las filas de percheros, cargadas con voluminosos abrigos y gorros. Me sorprendió ver lo mayores que eran: no estaba acostumbrada a ver a mujeres rondando los ochenta todavía trabajando. Se volvieron para mirarnos, y asintieron cuando vieron a Vera. Les entregamos nuestros abrigos y gorros. Una de las mujeres vio la carita de Lily entre los pliegues del chal y, en broma, me ofreció una de las fichas con un número para ella.

—Déjela aquí —me dijo—. Yo cuidaré de ella.

Examiné el rostro de la mujer. Aunque su boca se torcía en una mueca con las comisuras hacia abajo, como la de las otras encargadas del guardarropa, la alegría brillaba en sus ojos.

—No puedo. Es un «objeto delicado» —le respondí, sonriendo.

La mujer asintió y alargó la mano para hacerle cosquillas a Lily en la mejilla.

Vera se sacó unas gafas del bolso, se las puso y estudió el programa de exposiciones. Nos señaló la entrada de la galería, e Iván y yo nos íbamos a dirigir hacia allí, cuando una de las encargadas del guardarropa nos llamó.

—*Tapochki, tapochki!* —Negaba enérgicamente con la cabeza, mientras señalaba hacia nuestros pies. Miré hacia abajo y comprobé que la nieve de nuestras botas se había fundido, formando charcos en el suelo. La mujer nos dio a cada uno un par de *tapochki*, unos chanclos de fieltro. Me los coloqué sobre las botas, sintiéndome como un niño pillado en falta. Dirigí la mirada hacia el calzado de Vera. Sus secos zapatos de cuero parecían casi recién estrenados.

En el vestíbulo principal, un grupo de escolares guardaba fila frente a una placa, leyéndola mientras su maestro los contemplaba con el tipo de reverencia que un sacerdote manifiesta cuando se está ataviando con su toga ceremonial. Una familia rusa esperaba detrás de los niños, mostrando curiosidad por saber qué ponía en la placa; después de ellos, había una pareja joven. Vera nos preguntó si queríamos leer la placa también, y le dijimos que sí. Cuando nos tocó el turno, nos aproximamos y vimos que era una inscripción en homenaje al museo. Además de agradecer a su fundador, Pavel Tretyakov, la placa rezaba:

Una vez terminada la sombría época de los zares y después de la Gran Revolución, el museo ha podido ampliar enormemente su colección y poner muchas obras de arte a disposición del pueblo.

Noté que se me erizaba el pelo en el cuero cabelludo. Lo que querían decir aquellas palabras era que, después de que los bolcheviques les cortaran las cabezas a las

familias nobles y de clase media o las enviaran a morir en campos de trabajo, robaron los cuadros que les pertenecían. Aquella hipocresía me hizo hervir la sangre. Esas familias habían pagado a los artistas por sus pinturas. ¿Podían decir lo mismo los soviéticos? En la placa, no se mencionaba por ninguna parte que Tretyakov era un acaudalado comerciante, cuyo sueño de toda la vida había sido precisamente hacer que el arte estuviera al alcance del pueblo. Me preguntaba si, en algún momento del futuro, las autoridades tratarían de reescribir los antecedentes de Tretyakov y de convertirle en un revolucionario de clase trabajadora. Los bolcheviques habían masacrado a los padres y a las hermanas de mi padre, y la persona que acompañaba a Tang cuando me separaron de mi madre era un oficial soviético. Ese tipo de cosas no eran fáciles de olvidar.

Miré de soslayo a la familia rusa y los rostros de la pareja joven. Eran inexpresivos. Me preguntaba si estarían pensando lo mismo que yo, pero, igual que Iván y yo, tenían que guardar silencio para protegerse. Había pensado que volvería a la Rusia de mi padre, pero ahora comprendía que no era el caso. La Rusia de mi padre era sólo una reliquia. El vestigio de una era perdida.

Vera nos hizo pasar a una sala llena de iconos.

—*La Virgen de Vladimir* es la más antigua de la colección —nos informó, acompañándonos hacia una representación de la Virgen con el niño en los brazos—. Llegó a Kiev desde Constantinopla en el siglo XII.

Leí en la placa informativa que el icono había sido pintado varias veces, pero que siempre había mantenido su gesto de desesperación original. Lily estaba muy tranquila entre mis brazos, fascinada por los colores que la rodeaban, pero me resultaba muy difícil fingir interés por las obras de arte. Ojeé los grupos de mujeres mayores con el uniforme de guía del museo sentadas junto a las paredes. Mantenía los ojos bien abiertos y vigilantes, en busca de mi madre. Tenía cincuenta y seis años. No sabía cuánto habría cambiado desde la última vez que la vi.

Iván le preguntaba a Vera sobre los orígenes y la temática de los iconos y, entre medias, le introducía preguntas sobre su vida personal. ¿Había vivido siempre en Moscú? ¿Tenía hijos?

«¿Qué estará tramando?», me pregunté. Me detuve frente a un icono de Rubliov de unos ángeles alados para escuchar sus respuestas.

—Sólo llevo trabajando de guía de Intourist desde que mis hijos se fueron a la universidad —le contó Vera—. Hasta entonces, era ama de casa.

Me percaté de que Vera era sucinta cuando contestaba sobre su vida privada y no le preguntaba a Iván nada sobre nosotros o Australia. ¿Se debía a que no era inteligente mantener ese tipo de conversaciones con occidentales? ¿O era porque ya sabía todo lo importante acerca de nosotros?

Avancé con impaciencia y me di cuenta de que, a través de una de las arcadas, la guía de unas cuantas salas más allá estaba mirando hacia mí. Tenía el cabello oscuro y largo y las manos estrechas, como las que suelen tener las mujeres altas. Sus ojos

brillaban como el cristal bajo la luz del techo. Se me encogió la garganta. Me acerqué lentamente hacia ella, pero, a medida que me aproximaba, vi que el cabello oscuro era un pañuelo sobre la cabeza y que uno de sus ojos estaba nublado por una catarata. El otro era de color azul claro. No podía ser mi madre. La guía frunció el ceño al notar que la estaba mirando fijamente, por lo que rápidamente me interesé por el retrato de Alexandra Struiskaia, cuya amable expresión me parecía demasiado realista como para tranquilizarme.

Nerviosa por la equivocación, avancé tropezando por la galería, deteniéndome a examinar los retratos de Pushkin, Tolstói y Dostoievski. Todos ellos parecían observarme con una especie de presentimiento ansioso. Me volví hacia los cuadros de hombres y mujeres de la nobleza en busca de consuelo. Posaban con dignidad, elegancia y un aspecto ensoñador. Los colores flotaban a su alrededor como nubes mágicas.

«¿Qué os ocurrió después de que completaran vuestros retratos? ¿Sabíais qué destino correrían vuestros hijos e hijas?», les pregunté en mi imaginación.

Esperé junto a la *Niña con melocotones* de Valentín Serov a que Iván y Vera me alcanzaran. Había visto una fotografía en un libro, pero me maravillé de la sinceridad que proyectaba aquel cuadro cuando tuve ante mí el original.

—Mira, Lily —le dije, sosteniéndola para que viera el cuadro—. Tú serás tan guapa como esa niña cuando crezcas.

La imagen de la radiante juventud de la niña, sus ojos despreocupados y la luminosidad de la habitación en la que se encontraba me evocaron los recuerdos de la casa de Harbin, que volvieron flotando a mi mente. Cerré los ojos, por miedo a echarme a llorar. ¿Dónde estaría mi madre?

—Ya veo que a la señora Nickham le gusta el arte antiguo —oí que Vera le decía a Iván—. Pero creo que sabrá apreciar que el mejor arte de este museo corresponde a la era soviética.

Abrí los ojos y la miré. ¿Me estaba sonriendo o haciéndome una mueca? Nos condujo a la sala de la pintura soviética y la seguí obedientemente, volviéndome para mirar la *Niña con melocotones* una vez más. Después de toda la fealdad que había visto durante nuestro primer día en Moscú, podría haberme pasado horas delante de aquel cuadro.

Hice lo que pude para no poner ningún gesto desagradable mientras Vera hablaba con entusiasmo sobre el insípido e inerte arte de la sección soviética. Pensé que si volvía a utilizar los términos «mensaje social», «simplicidad poética» o «el pueblo del movimiento revolucionario», me iban a dar ganas de irme del museo. Pero, por supuesto, no podía hacerlo. Había demasiado en juego que dependía de mi buen comportamiento. A pesar de todo, descubrí que, cuanto más paseaba por las salas, más cuadros encontraba que me hacían dejar de lado mis prejuicios y reconocer los que, en mi opinión, eran buenos. Había una pintura titulada *Estudiantes*, de Konstantin Istomin, que me llamó la atención. Dos finas mujeres jóvenes, envueltas

en el atardecer de un día de invierno, miraban a la luz crepuscular desde la ventana de su apartamento.

Vera se colocó detrás de mí. ¿Era yo la que me confundía o acababa de cuadrarse?

—Le gustan las obras que muestran femineidad. Y parece tener preferencia por las mujeres de pelo oscuro —comentó—. Venga por aquí, señora Nickham, creo que hay algo en la siguiente sala que le gustará.

La seguí, con los ojos bajos en el suelo, preguntándome si me habría delatado. Esperaba ser capaz de expresar un interés más adecuado la próxima vez que me enseñara otra obra de propaganda soviética.

—Ya hemos llegado —dijo Vera, colocándome frente a un lienzo. Levanté la mirada y me quedé boquiabierta. Me encontré cara a cara con el retrato en primer plano de una madre sosteniendo a su hijo. Lo primero que me llamó la atención fueron sus tonos cálidos y dorados. La delicada frente de la mujer retratada, la manera en la que llevaba arreglado el cabello en un moño bajo y sus facciones cinceladas eran las de mi madre. Tenía un aspecto amable, pero también fuerte y valiente. El bebé en sus brazos tenía el pelo rojizo y estaba haciendo un puchero. Era yo, de pequeña.

Me volví para mirar a Vera a los ojos, con preguntas demasiado obvias para ser pronunciadas. ¿Cuál es el significado de todo esto? ¿Qué estás tratando de decirme?

Si Vera estaba tratando de plantearnos una especie de rompecabezas, las piezas no se estaban colocando en su lugar lo suficientemente deprisa. Me tumbé en la cama del hotel con la espalda ovillada y contemplé el reloj de pared. Las cinco en punto. El dos de febrero casi había terminado, y aún no teníamos ninguna noticia de mi madre o del general. Observé como la luz perdía intensidad hasta convertirse en oscuridad a través de la mugrienta ventana. «Si no veo a mi madre en el ballet esta noche, todo habrá terminado —pensé—, mi última esperanza habrá desaparecido».

Sentí un hormigueo en la garganta. Alcancé la jarra que estaba en la mesilla de noche y me serví un vaso de agua con sabor metálico. Lily estaba enroscada a mi lado, con los puñitos cerrados a un lado de la cabeza como si se estuviera aferrando a algo invisible. Cuando Vera nos dejó en el hotel después de la visita a la galería, me preguntó si tenía algo para «mantener tranquila a Lily» durante el espectáculo de aquella noche. Le dije que llevaría su chupete y que le daría una dosis de Panadol infantil para ayudarla a dormir, aunque no tenía intención de hacer ninguna de las dos cosas. Le daría de comer, eso era lo único que haría. Si Lily se echaba a llorar, me sentaría en el vestíbulo con ella. El modo en el que Vera insistía sobre la representación de ballet de aquella noche me incomodaba mucho.

Iván estaba sentado junto a la ventana, garabateando en su cuaderno de notas. Abrí el cajón de la mesilla de noche y saqué la carpeta de huéspedes. Un folleto descolorido de un balneario cerca del mar Caspio me cayó sobre el regazo, junto con

un arrugado sobre con el logotipo del hotel. Cogí el lápiz unido a la carpeta por un cordel y escribí en el sobre: «Vera ha esperado demasiado para darme noticias sobre mi madre. No tiene corazón si no puede entender por lo que estoy pasando. No creo que esté de nuestro lado».

Me aparté el pelo de la cara, me levanté sobre mis temblorosas piernas y le entregué la nota a Iván. La cogió y, mientras la estaba leyendo, miré de soslayo lo que había estado escribiendo en su cuaderno de notas. «Pensaba que era ruso, pero, en este país, no sé lo que soy. Si hace un día me hubieran preguntado cuáles eran las características típicas de los rusos, habría respondido que su pasión y su buen corazón. Pero no hay sociabilidad ni camaradería en este lugar. Sólo hay gente acobardada y encogida con los ojos llenos de miedo. ¿Quiénes son esos fantasmas que me rodean...?».

Iván escribió bajo mis palabras en el sobre: «Llevo todo el día tratando de comprenderla. Creo que aquel cuadro fue su manera de tratar de decírtelo. Probablemente no puede hablar porque estamos vigilados. Pero no creo que esté colaborando con la KGB».

—¿Por qué? —musité.

Se señaló el corazón.

—Sí, ya lo sé —respondí—. Sé que tienes una gran capacidad para juzgar el carácter de la gente.

—Me he casado contigo —añadió sonriendo.

Arrancó del cuaderno de notas la página que había estado escribiendo y, junto con el sobre, la rompió en trocitos minúsculos que echó por el inodoro. Luego tiró de la cadena.

—Ésta no es manera de vivir —comentó, en parte hacia mí y en parte hacia la cisterna siseante—. No es de extrañar que parezcan tan infelices.

Vera nos estaba esperando en el vestíbulo del hotel. Se puso en pie cuando nos vio salir del ascensor. Tenía el abrigo a un lado, pero se había dejado la bufanda de color rosa sobre la cabeza. Su aroma a manzana había dado paso a una fragancia más fuerte, de lirio del valle, y me percaté de que se había aplicado un toque de pintalabios que le brillaba cuando sonreía. Traté de devolverle la sonrisa, pero sólo conseguí hacerle una mueca molesta. No podía seguir manteniendo aquella farsa. «Esto es ridículo —me dije a mí misma—, si no veo a mi madre en el Bolshoi, me enfrentaré a ella».

Vera debió de notar que yo estaba irritable porque dejó de mirarme y se dirigió a Iván.

—Creo que usted y la señora Nickham van a disfrutar mucho del espectáculo de esta noche —le dijo—. Es *El lago de los cisnes*, dirigido por Yuri Grigorovich. Ekaterina Maximova es la primera bailarina. La gente está deseando ver esta

actuación, por eso es por lo que tuve que asegurarme de que no se la perdieran. Su agente de viajes estuvo muy acertado al reservarles las entradas con tres meses de antelación.

Una alarma sonó dentro de mi cabeza. Iván y yo no nos miramos, pero hubiera jurado que ambos estábamos pensando lo mismo. «No fuimos a ver al agente de viajes hasta después de recibir los visados. Nos reunimos *con él* apenas un mes antes de venir y sólo le pedimos que reservara los billetes de avión. El resto, lo organizamos por nuestra cuenta». ¿El agente de viajes al que Vera se estaba refiriendo era el general? ¿O todo el asunto de la visita ciliada había sido una estratagema para mantenernos alejados de él? Miré a mi alrededor en el vestíbulo en su busca, pero no estaba por ninguna parte entre la gente que charlaba cerca del mostrador de recepción o que esperaba en la zona de asientos. Cuando nos dirigimos al exterior, hacia el taxi que Vera había detenido, sólo tenía un pensamiento en mente: o bien esa noche terminaría cuando yo me encontrara con mi madre, o bien acabaríamos todos entre los muros de la Lubyanka, el cuartel general de la KGB.

Nuestro taxi se detuvo en una plaza frente al Teatro Bolshoi. Cuando salimos del vehículo, me sorprendí al percibir que el aire era fresco en lugar de gélido, una versión suave del invierno ruso. Una nevada ligera, con copos tan frágiles como pétalos, revoloteaba contra mis mejillas. Miré hacia el teatro y contuve la respiración, porque, al tenerlo ante mí, conseguí olvidar toda la fealdad de la arquitectura moscovita que habíamos visto el día anterior. Recorrí con la mirada las gigantescas columnas hasta el Apolo en su cuadriga envuelto en nieve sobre el frontispicio. Bajo la columnata, había grupos dispersos de hombres y mujeres envueltos en abrigos y gorros de piel, charlando y fumando. Algunas mujeres llevaban manguitos de piel. Era como si hubiéramos vuelto atrás en el tiempo, y, cuando Iván me cogió de la mano y nos encaminamos hacia la escalinata, me sentí como si yo fuera mi padre de joven, acompañado por sus elegantes hermanas, corriendo escaleras arriba para llegar a tiempo al ballet. ¿Qué habrían visto entonces? ¿*Giselle* o *Salambó*? ¿O incluso, quizás, *El lago de los cisnes* coreografiado por el tristemente célebre Gorki? Sabía que mi padre había visto bailar a Sofía Fedorova II antes de que se volviera loca, y a Anna Pavlova actuar por última vez antes de que dejara Rusia para siempre, y esta última le había impresionado tanto que me había puesto su nombre. Tenía la sensación de estar elevándome en el aire y se me ocurrió que, quizás durante un momento, podría vislumbrar los tiempos pasados a través de los ojos de mi padre, como un niño que contemplara extasiado el escaparate suntuosamente decorado de una tienda.

Al entrar por las puertas del teatro, las acomodadoras, vestidas con uniformes rojos, instaban a la gente a que se dirigiera a sus asientos, porque, si había algo en Moscú que comenzara con una puntualidad absoluta, ese algo era el Ballet Bolshoi. Seguimos a Vera escaleras arriba hacia el guardarropa y nos encontramos que había más de un centenar de personas agolpándose contra el mostrador, todas ellas

abriéndose paso para dejar sus abrigos. El ruido era más ensordecedor que en un estadio de fútbol, y me quedé boquiabierta al ver a un hombre empujando a una mujer mayor para pasar antes que ella. La respuesta de la mujer fue golpearle con los puños en la espalda al hombre.

—Coge tú a Lily —me dijo Iván—. Yo dejaré vuestros abrigos. Las damas no debéis entrar en ese tumulto.

—Si te metes ahí, vas a salir con un ojo morado —le advertí—. Llévémonoslo todo con nosotros a la sala.

—¿Cómo? ¿Y quedar como paletos? —me dijo, sonriendo abiertamente y señalando a Lily—. Recuerda que ya vamos a meter a escondidas más de lo que deberíamos.

Iván desapareció entre la masa abarrotada de codos y brazos. Saqué el programa de mi bolso y leí la introducción.

Después de la Revolución de Octubre, la música clásica y la danza han pasado a ser accesibles para millones de trabajadores, y, en este escenario, se han forjado los mejores personajes revolucionarios basados en héroes de nuestra historia.

Más propaganda. Iván regresó veinte minutos después, con el pelo revuelto y la corbata ladeada.

—Tienes el mismo aspecto que en Tubabao —le dije, peinándole el cabello con la mano y poniéndole recta la chaqueta.

Me colocó unos prismáticos de ópera en la palma de la mano.

—No los necesitarán —comentó Vera—. Tienen unos asientos excelentes. En el lado derecho, cerca del escenario.

—Simplemente, los quería por la novedad —le respondí, mintiéndole. Lo que pretendía era mirar mejor al público, no al escenario.

Vera me pasó el brazo por los hombros, pero no era una muestra de cariño, sólo estaba tratando de esconder a Lily mientras me guiaba hacia la zona en donde estaban nuestros asientos. La acomodadora que andaba desgarradamente por nuestro palco parecía estar esperándonos. Vera deslizó algo en el hueco de su mano, y ella abrió la puerta, dejando escapar hacia el pasillo el alboroto de los violines afinando y el murmullo de la charla del público antes de la función.

—¡Rápido! ¡Deprisa! ¡Entren ahora! —siseó la acomodadora—. ¡Que no les vea nadie!

Corrimos hacia los asientos cerca de la parte delantera del palco, y yo tumbé a Lily en mi regazo. Iván y Vera se colocaron en las butacas a ambos lados de la mía.

La acomodadora me señaló con el dedo y me advirtió:

—En el momento en el que lllore, tendrá que marcharse.

El exterior del teatro me había parecido precioso, pero el interior me dejó sin aliento. Me incliné por la barandilla, tratando de ver todas las tonalidades de oro y

rojo de una sola vez. Había cinco pisos de galerías, todas ellas adornadas de dorado, hasta llegar a una lámpara de araña de cristal que colgaba del techo, decorado con frescos bizantinos. Se respiraba en el ambiente una fragancia a madera antigua y a terciopelo. El enorme telón que cubría por completo el escenario estaba formado por una resplandeciente mezcla de hoces y martillos, pergaminos de partituras, estrellas y borlas.

—La acústica de este teatro es la mejor del mundo —nos dijo Vera, alisándose el vestido y sonriendo con tal orgullo que cualquiera nos había perdonado si hubiéramos pensado que ella también había participado en la construcción del teatro.

Desde donde estábamos sentados, teníamos una buena vista del público en la parte delantera del auditorio, pero no de los palcos que estaban sobre el nuestro o de los que se encontraban en la parte posterior de la sala. Aun así, busqué a mi madre y al general entre la gente que estaba abriéndose paso hacia sus asientos, pero no vi a nadie parecido a ellos en ninguna parte. Por el rabillo del ojo, vi que Vera miraba fijamente algo al otro lado de la sala. Traté de ser sutil y dirigí lentamente la mirada hacia el punto que ella estaba observando en el palco frente al nuestro. En el momento en que las luces comenzaron a atenuarse, alcancé a ver brevemente a un hombre mayor sentado en la primera fila. No era el general, pero, por alguna razón, me resultaba familiar. Resonaron unas toses y unos susurros apresurados antes de que la orquesta entonara la primera nota.

Vera me tocó el brazo.

—¿Sabe usted cómo va a terminar, señora Nickham? —me susurró—. ¿O va a intentar adivinarlo?

Contuve el aliento. Sus ojos parecían de color rosáceo por el resplandor procedente del escenario, como los de un zorro sorprendido bajo un foco de luz.

—¿Qué ha dicho?

—¿Cómo acabará? ¿Bien o mal?

Se me nubló la mente y, un instante después, volví a centrarme. Estaba hablando sobre el ballet. *El lago de los cisnes* podía tener dos finales. Uno en el que el príncipe era capaz de romper el hechizo que el malvado mago había conjurado y de salvar a la princesa cisne, y el otro en el que no lo conseguía, de manera que los dos amantes sólo podían volverse a encontrar después de la muerte. Apreté el puño con tal fuerza que partí los prismáticos de ópera.

Se abrió el telón para mostrar a seis cornetas con capas rojas. Las bailarinas ataviadas con trajes de fiesta, acompañadas por cazadores, se deslizaron por el escenario, con el príncipe Sigfrido saltando delante de todos ellos. No había visto un ballet en directo desde Harbin, y, por un breve instante, olvidé lo que estaba haciendo en aquel teatro y me quedé extasiada contemplando a los bailarines y las gráciles siluetas que formaban con sus cuerpos y pies. «Esto es Rusia», me dije a mí misma. Lo que llevaba tanto tiempo deseando conocer.

Miré a Lily. Sus ojos brillaban bajo la luz centelleante. Dejé de recibir clases de

ballet en cuanto los japoneses llegaron a Harbin. Pero ¿y Lily? Ella era una niña en un país en paz y podía hacer todo lo que quisiera. Nunca se vería forzada a huir de su hogar. Cuando seas mayor, Lily, le dije con los ojos, podrás hacer ballet, piano, canto o cualquier otra cosa que te haga feliz. Quería que tuviera todo lo que a mí me había faltado. Y, más que cualquiera de aquellas cosas, quería que Lily tuviera una abuela.

Oí las primeras notas del tema de los cisnes y volví a prestar atención al escenario. El decorado había cambiado, y ahora se veía una escarpada montaña y un lago azul. El príncipe Sigfrido estaba bailando, y el mago malvado, disfrazado de búho, imitaba los pasos del príncipe tras él. El búho era una sombra aterradora, siempre cerca, merodeando con perversas intenciones, tirando del príncipe cuando él pensaba que estaba avanzando. Miré hacia el hombre al que Vera había estado observando en el palco opuesto. Bajo la luz azulada parecía un ser sobrenatural. La sangre se me heló en las venas y apreté los dientes, convencida por un instante de que estaba contemplando a Tang. Pero el teatro se iluminó de repente, y me di cuenta de que no era posible. Aquel hombre era blanco.

Incluso cuando terminó el segundo acto y volvieron las luces para el intermedio, no pude recuperar los sentidos. Le entregué Lily a Ivan.

—Tengo que ir al lavabo —le dije.

—Iré con usted —dijo Vera, levantándose de su asiento. Asentí, aunque no era mi intención vaciar la vejiga. Quería ir en busca de mi madre.

Nos abrimos paso por el abarrotado pasillo hacia los aseos. Eran tan caóticos como el guardarropa. No había cola para esperar a entrar en los cubículos. Las mujeres se apiñaban hacia la puerta en grupo y se empujaban para adelantarse cuando un cubículo se quedaba libre. Vera me puso un pañuelo tan rígido como una cartulina en la mano.

—Gracias —le dije, recordando que no había ni rastro de papel en ninguno de los aseos públicos de Moscú. Los inodoros de la Galería Tretyakov ni siquiera tenían asiento.

Una mujer salió de un cubículo frente a nosotras y Vera me empujó hacia delante.

—Después de usted —me dijo—. La esperaré fuera.

Cerré el pestillo de la puerta detrás de mí. El servicioapestaba a orina y a lejía. Miré a través de una rendija de la puerta para ver a Vera entrar en otro cubículo y, tan pronto como lo hizo, tiré de la cadena del inodoro y me apresuré a salir de los aseos al pasillo.

Corrí a toda prisa entre los grupos de gente que charlaba en las escaleras y descendí al primer piso. Había menos aglomeración allí, y examiné el rostro de todas las mujeres en busca de alguien que pudiera parecerse a mi madre. Tendría el pelo canoso, me dije a mí misma, y arrugas. Pero, entre la confusión de rostros, no logré encontrar el que estaba deseando ver. Empujé las pesadas puertas de la entrada y corrí al exterior bajo la columnata, pensando que, por alguna razón, ella me estaría esperando allí fuera. La temperatura había descendido, y el aire me congeló la piel,

atravesándome la blusa. Dos soldados estaban de pie en la escalinata, respirando nubes de vaho hacia la negrura de la noche. Había una fila de taxis en el exterior, pero no había nadie más a la vista en la plaza.

Los soldados se volvieron. Uno de ellos arqueó las cejas hacia mí.

—Va usted a coger un resfriado aquí fuera —me dijo.

Su piel era blanca como la leche, y sus ojos, como dos ópalos azules. Volví a retroceder hacia el interior del teatro, sintiendo como el calor de la calefacción central se elevaba en torno a mí. La imagen del soldado se me quedó grabada en la mente como una mancha solar, y rememoré la estación de Harbin el día en el que se llevaron a mi madre. Me recordaba al joven soldado soviético que me había dejado escapar.

Para cuando traté de apiñarme con la multitud para volver a subir las concurridas escaleras, el auditorio se había quedado vacío y el vestíbulo estaba atestado de gente. Logré avanzar palmo a palmo casi hasta arriba del todo y, de repente, localicé a Vera inclinándose sobre la balaustrada. Se volvió y vi que estaba hablando con alguien. No podía ver a la otra persona, porque me bloqueaba la vista un macetero con una planta. No era Iván, porque podía verle en el otro extremo del vestíbulo con Lily arrebujada entre sus brazos, mirando por la ventana hacia la plaza. Estiré el cuello para ver al otro lado del macetero y alcancé a atisbar por un instante a un hombre de pelo blanco con una chaqueta de color granate. La ropa del hombre estaba limpia y planchada, pero la parte de atrás del cuello de su camisa estaba deshilachada y sus pantalones tenían un aspecto desgastado. Estaba de pie, con los brazos cruzados a la altura del pecho y, de vez en cuando, gesticulaba con la barbilla hacia la ventana junto a la que estaba Iván. No podía oír lo que él y Vera estaban discutiendo por encima del alboroto de la muchedumbre. Entonces, el hombre giró sobre sí mismo mostrándome su perfil. Alcancé a ver las bolsas que tenía bajo los ojos. Sabía que había visto antes aquella cara. Era el vendedor de recuerdos del hotel. Me apreté contra la balaustrada y aguce el oído para tratar de escuchar lo que estaban diciendo. Durante un instante, hubo una pausa en las conversaciones circundantes y oí que el hombre decía: «No son simples turistas, camarada Otova. Su ruso es demasiado perfecto. El bebé es una tapadera. Puede que ni siquiera sea suyo. Por eso creo que deberían ser interrogados».

Se me ahogó la respiración en la garganta. Había adivinado que aquel anciano era un espía, pero no se me había ocurrido que pudiera haber sospechado de nosotros. Di un paso atrás para apartarme de la balaustrada, con las piernas temblando. Sólo había creído a medias que Vera trabajaba para la KGB, pero estaba en lo cierto. Nos estaba tendiendo una trampa.

Corrí escaleras arriba, apartando a la gente para abrirme paso y llegar hasta Iván. Pero el gentío parecía estar atascado hombro con hombro. Me rodeó una multitud de trajes confeccionados con tejidos baratos y vestidos que debían de tener veinte años. Todo el mundo parecía apestar a alcanfor o a madreselva, el perfume más común de aquel año.

—*Izvinite. Izvinite.* Disculpen. Disculpen —decía, tratando de que me dejaran

pasar.

Iván se había sentado discretamente junto a la ventana y estaba meciendo a Lily en su regazo, mientras jugaba con sus deditos. Traté de atraer su mirada, pero Lily y él estaban muy absortos en el juego. «Ve a la embajada australiana —me dije a mí misma—, llévate a Iván y a Lily hasta allí».

Miré a mis espaldas. En ese mismo momento, Vera giró sobre sus talones y sus ojos se encontraron con los míos. Frunció el ceño y miró hacia las escaleras. Pude ver que su mente trabajaba a toda velocidad. Se volvió hacia el hombre y le dijo algo antes de abrirse paso entre la multitud hacia mí.

Empecé a sentir un latido dentro de la cabeza. Todo parecía ir a cámara lenta. Ya me había sentido así en otra ocasión, ¿cuándo fue? Recordé de nuevo el día en la estación de Harbin. Tang avanzando lentamente hacia mí a través de la multitud. Aparté a la gente que tenía cerca y me abrí camino entre ellos. Una campana repicó para indicar que iba a comenzar el siguiente acto y, de repente, la muchedumbre comenzó a aflojarse y a apartarse, como manzanas cayéndose de un saco lleno a reventar. Iván se volvió y me vio. Su rostro empalideció.

—¡Anya! —gritó.

Mi blusa estaba empapada. Me toqué el rostro, tenía las manos resbaladizas por el sudor.

—Tenemos que salir de aquí —le dije, resollando.

Sentía una sensación de opresión en el pecho tan violenta que pensé que iba a sufrir un ataque al corazón.

—¿¿Qué dices??

—Tenemos que... —Pero no pude pronunciar las siguientes palabras lo suficientemente deprisa. El temor me había cerrado la garganta.

—Dios mío, Anya —dijo Iván, agarrándome—, ¿qué ha sucedido?

—Señora Nickham —los dedos de Vera se enroscaron alrededor de mi codo como víboras—, debemos llevarla de vuelta al hotel en seguida. Parece que su gripe ha empeorado. Mírese la cara. Tiene usted fiebre.

Cuando me tocó, me sentí enferma. Apenas podía mantenerme erguida. Era todo demasiado surrealista. Estaban a punto de llevarme para ser interrogada por la KGB. Contemplé a la gente que se apresuraba a entrar por las puertas hacia el auditorio y tuve que resistir el impulso de ponerme a gritar. No creía que nadie fuera a acudir a ayudarnos. Estábamos atrapados. Lo mejor que podíamos hacer era cooperar, pero darme cuenta de aquello no me hizo sentir más tranquila. Apreté los dedos de los pies, tratando de prepararme para lo que vendría a continuación.

—¿Tu gripe? —exclamó Iván. Tocó mi blusa húmeda y se volvió hacia Vera—. Iré a buscar nuestros abrigos. ¿Podrán llamar a un médico desde el hotel?

«De modo que es así como lo hacen —pensé—, así es como hacen las detenciones en público y te secuestran en mitad de todo el mundo».

—Deme la niña a mí —le dijo Vera a Iván. Su rostro estaba imperturbable. No la

conocía bastante bien como para saber lo que era capaz de hacer.

—¡No! —grité.

—Debería usted pensar en lo que es mejor para la cría —replicó Vera de forma brusca, con un tono de voz que no le había oído hasta ese momento—. La gripe puede ser muy contagiosa.

Iván le pasó Lily a Vera. En el momento en el que vi sus brazos cerrándose en torno a Lily, noté un chasquido en mi interior. Se me ocurrió por un instante, mientras las miraba, que tratando de encontrar a mi madre podría perder a mi hija. «Que pase lo que tenga que pasar —recé—, pero que Lily permanezca sana y salva».

Contemplé al hombre de pelo blanco. Me estaba mirando fijamente, con las manos al pecho, como si estuviera presenciando algo desagradable.

—Éste es el camarada Gorin —me dijo Vera—. ¿Le reconoce usted de su hotel?

—La gripe puede llegar a ser muy grave en Moscú en invierno —me dijo, desplazando los pies de un lado a otro—. Debe usted quedarse en cama y descansar hasta que se encuentre mejor.

Mantenia las extremidades firmes contra su cuerpo, y la manera en la que desplazaba su peso hacia uno de sus pies, más atrasado que el otro, me hubiera parecido cómica en otras circunstancias. Era casi como si yo le asustara. Supuse que debía de ser su odio hacia los extranjeros lo que le hacía adoptar aquella postura.

Iván regresó con nuestros abrigos y me ayudó a ponerme el mío. Vera colocó su bufanda suelta sobre la boca de Lily, como si fuera una máscara. Gorin la contempló, abriendo aún más los ojos. Dio otro paso atrás, alejándose de nosotros y dijo:

—Debo volver a mi asiento o me perderé el siguiente acto.

«Como una araña escondiéndose en su agujero —pensé—, le deja todo el trabajo sucio a Vera».

—Coge a Lily —le susurré a Iván—. Coge a Lily, por favor.

Iván me miró de reojo, pero hizo lo que le pedía. Cuando vi que levantaba a Lily de los brazos de Vera, y que mi hija volvía a los de su padre, logré pensar con más claridad. Vera simulaba ayudarme a bajar las escaleras, pero, en su lugar, me estaba apretando contra la balastrada para que no pudiera escabullirme. Procuré seguir hacia delante, mirándome los pies a cada paso. «No se enterarán de nada que yo no les cuente», pensé. Entonces, recordé todas aquellas historias que había oído de que la KGB ponía a niños dentro de tinajas de agua hirviendo para hacer confesar a sus madres, y se me aflojaron las piernas de nuevo.

Los soldados que estaban en el exterior del teatro se habían marchado. Sólo seguía allí la fila de taxis. Iván caminaba delante de nosotras con la cabeza metida hacia el pecho y los brazos envolviendo a Lily. Uno de los taxistas arrojó el cigarrillo que estaba fumando al suelo y lo pisó para apagarlo cuando vio que nos estábamos dirigiendo hacia él. Estaba a punto de subir al interior de su vehículo cuando Vera negó con la cabeza y me empujó hacia un Lada negro que estaba esperando cerca del bordillo. El conductor estaba sentado demasiado bajo en su asiento, con el cuello del

abrigo levantado alrededor del rostro. Proferí un grito y clavé las botas en la nieve.

—Esto no es un taxi —traté de decirle a Iván, pero mis palabras brotaron de mi boca como si estuviera borracha.

—Es un taxi privado —murmuró Vera en voz baja.

—Somos australianos —le dije, aferrándome a su hombro—. Puedo llamar a la embajada, ya lo sabe. No puede tocarnos.

—Usted es tan australiana como yo paquistaní —replicó Vera, abriendo la portezuela del coche y dándome un empujón para introducirme en el asiento trasero del automóvil, detrás del conductor. Iván se subió por el otro lado con Lily. Le dediqué a Vera una mirada desafiante, y ella se agachó tan deprisa que me acobardé, pensando que me iba a abofetear. En cambio, me metió el pliegue de mi propio abrigo entre las piernas para que no se quedara atrapado en la puerta. Aquel gesto fue tan maternal que me quedé estupefacta por el asombro. Me abrazó, dejando escapar una risa que parecía una mezcla de júbilo y sufrida paciencia.

—Anna Victorovna Kozlova, nunca te olvidaré —me dijo—. Te pareces a tu madre por los cuatro costados, y os voy a echar de menos a las dos. Es bueno que ese informador de la KGB les tenga un terror mortal a los gérmenes o habría sido difícil que no cayerais en sus garras.

Volvió a echarse a reír y cerró la portezuela de un golpe. El Lada aceleró a toda máquina internándose en la oscuridad de la noche. Me giré para mirar por la ventanilla trasera. Vera se dirigía al teatro con su rígida manera de andar. Me agarré la cabeza con las manos. ¿Qué demonios estaba sucediendo?

Iván se inclinó hacia delante y le dio al conductor el nombre y la dirección de nuestro hotel. El conductor no contestó, y nos dirigimos en dirección contraria a la Prospekt Marksa y hacia la Lubyanka. Iván también debió de darse cuenta de que estábamos yendo por un camino equivocado, porque se pasó los dedos por el pelo y le repitió el nombre del hotel al conductor.

—Mi esposa está enferma —le rogó—. Tenemos que buscar un médico.

—Me encuentro bien, Iván —le dije. Estaba tan asustada que no lograba reconocer mi propia voz.

Iván me miró fijamente.

—Anyá, ¿qué era todo eso que ha sucedido con Vera? ¿Qué está pasando?

La cabeza me daba vueltas. Sentí un cosquilleo donde Vera me había abrazado, pero no había interiorizado aquel gesto porque me había sorprendido demasiado.

—Nos llevan a interrogarnos, pero no lo pueden hacer hasta que nos hayamos puesto en contacto con la embajada.

—Pensé que te estaba llevando a que vieras a tu madre.

Aquella voz proveniente de la oscuridad me produjo un hormigueo por todo el cuerpo. No necesité inclinarme hacia delante para saber quién era el conductor.

—¡General! —exclamó Iván—. ¡Nos preguntábamos cuándo aparecería usted!

—Probablemente hubiera tardado todavía un día más —contestó—. Pero hemos

tenido que cambiar de planes.

—Lily —farfulló Iván—. Lo siento. No pensamos que...

—No —replicó el general, tratando de no echarse a reír—. Fue por Anya. Vera dijo que su comportamiento estaba siendo muy difícil, y que llamaba demasiado la atención.

Me sentí abochornada. Hubiera tenido que avergonzarme de mi estúpida paranoia, pero lo único que pude hacer fue reír y atragantarme con mis propias lágrimas al mismo tiempo.

—¿Quién es Vera? —preguntó Iván, sacudiendo la cabeza mientras me miraba.

—Vera es la mejor amiga de la madre de Anya —respondió el general—. Haría cualquier cosa para ayudarla. Perdió dos hermanos durante el régimen estalinista.

Me apreté las manos contra los ojos. El mundo estaba dando vueltas a mi alrededor. Yo estaba cambiando, transformándome en otra persona diferente a la que había sido toda mi vida. Un hueco se estaba abriendo en mi interior. Aquel vacío, enterrado por todas las cosas con las que había estado intentando llenarlo, emergió a la superficie. Pero, en lugar de causarme dolor, me estaba desbordando de alegría.

—Esperaba que hubierais podido ver todo el ballet —comentó el general—. Pero no importa.

Las lágrimas me resbalaban por las mejillas.

—Era la versión con el final feliz, ¿verdad? —le dije.

A unos quince minutos de distancia del Teatro Bolshoi, el general aparca el coche fuera de un edificio de apartamentos de cinco pisos. Se me forma un nudo en la garganta, sólido como una piedra. ¿Qué voy a decirle? Después de veintitrés años, ¿cuáles serán nuestras primeras palabras?

—Bajad aquí en media hora —nos dice el general—. Vishnevski ha preparado una escolta y tenéis que iros esta misma noche.

Cerramos las portezuelas del automóvil y vemos como desaparece el Lada por el final de la calle. Me doy cuenta de qué tonto fue por mi parte pensar que el general era un hombre normal y corriente. En realidad, es un ángel de la guarda.

Iván y yo nos dirigimos hacia la arcada, el terreno bajo nuestros pies está empapado por la nieve y nos encontramos en un patio débilmente iluminado.

—Dijo que era el último piso, ¿verdad? —me pregunta Iván, mientras abre una puerta de metal que se cierra con un ruido estridente detrás de nosotros.

Alguien ha clavado una manta alrededor de la jamba de la puerta, en un intento por aislarla. En el vestíbulo hace casi tanto frío como en el exterior y también está igual de oscuro. Hay dos palas apoyadas contra la pared, y el hielo derretido forma dos charcos alrededor de sus extremos. Subimos andando los cinco tramos de escaleras hasta el piso superior porque el ascensor está roto. Los escalones están cubiertos de polvo y el hueco de la escalera huele a arcilla. Nuestros pesados ropajes

nos hacen sudar y jadear. Recuerdo que el general me ha dicho que mi madre tiene problemas en las piernas y me estremezco al pensar que no puede abandonar el apartamento sin ayuda. Entrecierro los ojos bajo la pálida luz y veo que las paredes están pintadas de gris, pero que las molduras ornamentadas de los techos y los marcos de las puertas muestran descoloridos relieves de pájaros y flores. Esa decoración sugiere que el edificio era anteriormente una gran mansión. Todos los rellanos de las escaleras tienen una ventana de vidriera en la esquina, pero, en la mayoría de los casos, los vidrios han sido sustituidos por barato cristal esmerilado o pedazos de madera.

Llegamos al rellano del último piso, y la puerta cruje al abrirse. Una mujer que lleva un vestido negro cruza el umbral. Mantiene el equilibrio gracias a un bastón y entorna la mirada hacia nosotros. Al principio, no la reconozco. Su cabello es del color del peltre y lo lleva recogido bajo un pañuelo. Sus recias piernas, torcidas y varicosas, están cubiertas por unas medias ortopédicas de color carne. Pero, entonces, yergue la espalda, y nuestras miradas se encuentran. La veo como era cuando estaba en Harbin, con su elegante vestido de muselina, de pie junto a la verja, esperándome cuando yo volvía de la escuela.

—¡Anyá! —exclama. Su voz me rompe el corazón. Es la de una mujer anciana, no la de mi madre. Levanta una mano temblorosa hacia mí y luego se la aprieta contra el pecho, como si estuviera teniendo visiones. Tiene manchas de edad en el dorso de las manos y profundos surcos alrededor de la boca. Aparenta más edad de la que en realidad tiene. Eso es una señal de la vida tan dura que ha pasado, mientras que yo parezco más joven de lo que soy. Pero sus ojos son tan bellos como siempre lo han sido. Brillan como diamantes.

—¡Anyá! ¡Anyá! ¡Mi niña querida! ¡Mi niña preciosa! —me dice, con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

Me adelanto hacia ella, pero me echo a temblar. Se me agota la valentía y rompo a llorar. Iván me pone la mano en el hombro. Su afectuosa voz en mi oído es el único vínculo que tengo con la realidad.

—Enséñale a Lily —me susurra, empujándome hacia delante—. Enséñale a su nieta.

Me coge los brazos y me coloca a Lily sobre ellos. Al apartarle la manta de la carita, Lily abre los ojos y me mira asombrada. Tiene los mismos ojos que la mujer que está extendiendo sus brazos hacia mí. Ambarinos y preciosos. Sabios y amables. Balbucea y patalea y, de repente, se vuelve hacia esa mujer y se inclina con todas sus fuerzas hacia ella, apartándose de mí.

Estoy en China de nuevo y vuelvo a tener doce años. Me he caído y me he hecho daño, y mi madre quiere curarme. Cada paso hacia ella es difícil, pero me recibe con los brazos abiertos de par en par. Cuando llego hasta ella, me aprieta contra el pecho. Su calidez me recorre como el vapor de un baño de agua caliente.

—¡Mi hija querida! ¡Mi niña pequeña! —murmura, mirándome con tal ternura

que creo que voy a estallar.

Acunamos a Lily entre las dos mirándonos a los ojos, recordando lo que hemos pasado durante todos estos años. Lo que habíamos perdido ya lo hemos encontrado. Lo que terminó comienza de nuevo. Mi madre y yo volvemos a casa.

NOTA DE LA AUTORA

Los rusos tienen un tipo de tratamiento formal mediante los nombres patronímicos. Por ejemplo, en *La gardenia blanca de Shanghái*, el nombre completo de Anya es «Anna Victorovna Kozlova». «Victorovna» viene del nombre de pila de su padre, «Víctor», y «Kozlova» es la versión femenina del apellido de él, «Kozlov». Cuando se dirigen a ella formalmente, deberían llamarla «Anna Victorovna», pero, entre familia y amigos, simplemente la llamarán «Anya». Si alguna vez ha leído una novela rusa traducida, podrá entender lo confuso que puede llegar a ser este sistema para un lector occidental. ¿Por qué un personaje al que se ha estado llamando «Alexander Ivanovich» durante media novela, de repente, se convierte en «Sasha»?

Para evitar este tipo de confusiones, he decidido utilizar los nombres patronímicos de los personajes solamente en situaciones que requerían cierta formalidad, como cartas, el testamento de Serguéi, presentaciones formales y demás casos similares, para darle un toque de tradición rusa. Durante la mayor parte del libro, he utilizado los nombres informales de los personajes. También hice que Anya continuara utilizando su apellido, «Kozlova», cuando llegó a Australia, aunque podría haber optado por quitar la terminación femenina de su nombre, para que pasara a apellidarse simplemente «Kozlov».

Uno de los aspectos más amenos de escribir *La gardenia blanca de Shanghái* fue crear una historia sobre el vínculo entre madre e hija en una extensa ambientación histórica. He tratado por todos los medios de ser precisa y fiel al detalle, sin embargo, hubo un par de momentos en los que tuve que jugar a ser Dios y me vi obligada a condensar la historia para que cuadrara con el desarrollo del argumento. El primer caso fue cuando Anya llega a Shanghái poco después del anuncio del final de la Segunda Guerra Mundial. Cronológicamente, si bien es cierto que ya había algunos estadounidenses en Shanghái, Anya llega un par de semanas antes de que la mayor parte de la marina estadounidense llegara a instalar pantallas para los noticieros y pusiera en marcha de nuevo la ciudad. No obstante, puesto que el objetivo principal de la escena era mostrar el júbilo producido por el final de la guerra y lo rápido que Shanghái se recuperó, me sentí cómoda al comprimir los acontecimientos ligeramente en el tiempo. El otro momento en el que condensé el trasfondo histórico fue en Tubabao. Los refugiados de la isla soportaron más de un tifón durante su estancia, pero si me hubiera visto obligada a describir detalladamente todas y cada una de las tormentas, la atención se habría desviado de la supervivencia emocional de Anya en aquellos momentos y de la evolución de su apego por Ruselina e Irina.

George Burns dijo una vez: «Lo más importante de la interpretación es la honradez. ¡Si puedes fingirla, lo tienes todo hecho!». En algunos momentos de *La gardenia blanca de Shanghái*, una ambientación novelesca era más adecuada que una

real. El primer ejemplo es el del Moscú-Shanghái. Aunque este club nocturno es producto de mi imaginación, inspirado en la arquitectura de algunos de los palacios del zar, sin embargo, es fiel al espíritu decadente del Shanghái de aquella época. De modo similar, el campo de inmigrantes al que envían a Anya y a Irina al llegar a Australia no pretende representar un campo de inmigrantes en particular del centro oeste de Nueva Gales del Sur, aunque la mayor parte de mi investigación giró en torno a los campos de Bathurst y Cowra. El razonamiento que seguí aquí fue que deseaba que Anya interactuara en el ámbito de lo personal con el director del campamento, y no creía que fuera justo implicar a ninguno de los verdaderos directores de campamentos de una manera tan íntima. Por la misma razón, creé un periódico metropolitano imaginario para que Anya trabajara en él, el *Sydney Herald*, en lugar de utilizar un periódico real de la época, porque necesitaba que Anya trabara una relación muy cercana con la directora, Diana. Las familias de la alta sociedad también son inventadas y no representan a ninguna de las personalidades famosas de la época, aunque el Prince's, el Romano's y el club nocturno Chequers eran los lugares en los que se dejaba ver la sociedad de los años cincuenta. Podría describir mi enfoque con estas creaciones novelescas con una frase que me dijo una amiga mía, que siempre va a la última moda: «Si el peinado y los zapatos son los correctos, todo lo demás encajará en su lugar correspondiente». Con esto, quiero decir que siempre que el contexto histórico fuera preciso y los detalles cotidianos de lo que la gente comía, vestía y leía fueran verdaderos, me he permitido algunas libertades con todo lo demás.

Con respecto a esto, también me gustaría añadir que, si bien es verdad que me he inspirado para la novela en el diario que mi madre y mi abuela redactaron desde China hasta Australia, todos los personajes y situaciones aquí descritos son producto de mi imaginación. El libro no es una historia familiar contada en forma novelada, y ninguno de los personajes principales pretende representar a personas reales, vivas o fallecidas.

Ha sido un verdadero placer para mí investigar y escribir *La gardenia blanca de Shanghái*. Espero que usted también haya disfrutado leyéndola.

AGRADECIMIENTOS

Se suele decir que la vida de un escritor es solitaria, pero tengo la impresión de que en el momento en el que tomé papel y bolígrafo (bueno, mejor dicho, en el momento en el que puse los dedos sobre el teclado) para escribir *La gardenia blanca de Shanghái*, dispuse de una increíble variedad de personas que deseaban darme inspiración, información y apoyarme para que sacara adelante el proyecto.

Para empezar, me gustaría expresar mi gratitud a las dos mujeres que, en primer lugar, me inspiraron para escribir una novela sobre rusos: mi madre, Deanna, y mi madrina, Valentina. Los relatos de sus vidas en Harbin, Tsingtao, Shanghái y Tubabao me cautivaron de niña y me embelesaron de nuevo de adulta. Pero lo que más me inspiraron, aparte de los escenarios exóticos para ambientar la novela, fue su ejemplo de amistad verdadera y amor por la vida. A pesar de todas las cosas terribles que han pasado, de los seres queridos que han perdido y de las privaciones que han soportado, nunca han perdido su capacidad de amar, y de amar con todo su corazón. Su generosidad y sentido de la compasión es lo que las hace verdaderamente fascinantes. También me gustaría transmitir el cariño que siento por mi padre, Stan, y por mi hermano, Paul, que han creído que podría culminar la tarea de investigación y escritura de una novela con ambientación histórica, ¡incluso antes de que empezara!

No estoy segura de poder encontrar las palabras adecuadas para dar las gracias a Selwa Anthony, que es una agente literaria tan entusiasta, intuitiva y con tanto talento que, algunos días, pienso que debe de ser producto de mi imaginación. Su confianza en mí ha sido uno de los regalos más apreciados que he recibido en toda mi vida, y, durante el desarrollo de la novela, me enorgullece decir que Selwa no sólo ha sido una agente fantástica, sino también una mentora y una amiga maravillosa.

A continuación, en mi lista de agradecimientos, tengo que añadir a la directora editorial, Linda Funnell, y a mi editora Julia Stiles. ¿Qué escritor novel no se sentiría emocionado al encontrarse con estas inteligentes mujeres del mundo editorial? Me obsequiaron con su sensibilidad, inteligencia, dedicación y sentido del humor de manera inestimable durante el largo y, a veces, exigente proceso de reescritura y edición. También me gustaría agradecer a Nicola O'Shea, editora sénior de HarperCollins, cuya capacidad de organización, diligencia y pasión por su labor hacen que trabajar con ella sea un placer. De hecho, cada vez que pienso en el entusiasmo, profesionalidad y talento colectivo del equipo de HarperCollins, no puedo sino maravillarme. En particular, me gustaría mencionar a Brian Murray, Shona Martyn, Sylvia Marson, Karen-Maree Griffiths y Vanessa Hobbs.

También querría dar las gracias a Fiona y Adam Workman. Si, como dice Marilyn, los diamantes son los mejores amigos de las chicas, entonces Fiona y Adam son los amigos de claridad más deslumbrante, corte y profundidad ideales y peso por

quilate perfecto. No sólo me dieron inestimables consejos cada vez que me atascaba, logrando sacar a la superficie de nuevo mi creatividad gracias a su exquisita cocina y a su alegría de vivir, sino que me enviaron un cofre del tesoro que contenía fuentes de información fundamentales. Entre ellas, destacan los maravillosos Kay Campbell y Theo Barker, que investigaron para mí sobre el campo de inmigrantes Bathurst y sobre los campos de inmigrantes en general, mientras yo residía en Nueva York, y Joan Leyda y Peter Workman, que se tomaron la molestia de compartir conmigo sus animados y entretenidos recuerdos sobre el Sídney de los años cincuenta. Sobre este tema, me gustaría dar las gracias a la legendaria diseñadora australiana, Beril Jents, al periodista y autor, Kevin Perkins; a Gary A. Shiels y Aran Maree, del Club de Salvamento y Surf de Bondi Norte, y John Ryan, del Club Australiano de Jinetes por la información de valor incalculable que todos ellos compartieron conmigo.

Agradezco también al resto de mis fuentes de información su entusiasmo y el tiempo que se tomaron en contestar a mis preguntas: a Levon y Janna Olobikyan por sus relatos de primera mano sobre el Moscú de los años sesenta; a Andrea Lammel por los términos sobre baile y las frases en alemán; a la doctora Ludmila Stern, de la Universidad de NSW, y a Svetlana Aristidi por revisar todos los términos en ruso y los nombres patronímicos; a Jan Wigsten, de Nomadic Journeys, y a Graham Taylor, de Karakorum Expeditions, por explicarme los detalles prácticos a la hora de cruzar el desierto del Gobi; y a Vicky Robinson por su comprensión del polaco.

También hay una multitud de gente a la que quiero agradecer que haya suavizado los momentos duros del viaje de la que suscribe y haya endulzado mis alegrías. Desgraciadamente, por restricciones de espacio, no puedo enumerarlos a todos, pero me gustaría especialmente mencionar a Jody Lee, Kim Swivel, Maggie Hamilton, el profesor Stephen Muecke, Bruce Fields, Jennifer Strong, Alain Mentha, Andrea Au, Brian Dennis, Shilene Noé, Jeffrey Arsenault, Kevin Lindenmuth, Tom Nondorf, Craig Smith, Phyllis Curott, Arabella Edge, Christopher Mack, Martin Klohs, Kai Schweisfurth, Virginia Lonsdale, Olivia Rhee y los miembros de *Women in Publishing*, Nueva York. También me gustaría dar las gracias a mi compañera de cuarto de Nueva York, Heather Drucker, no sólo por prestarme generosamente todo su equipo de comunicaciones y procesamiento de textos sin restricciones, sino también por compartir conmigo la compañía de sus dos maravillosos gatos. Sentada en la cama con mi portátil, con *Sabine* y *Chaplin* acurrucados y ronroneado uno a cada lado y con la nieve amontonándose en el exterior de la ventana, disfruté de la atmósfera perfecta para escribir *La gardenia blanca de Shanghái*. ¡Gracias a todos!



BELINDA ALEXANDRA. Ha sido publicada con enorme éxito en Australia, Nueva Zelanda, Francia, Reino Unido, Alemania, Rusia, Holanda, Polonia, Noruega y Grecia. Hija de madre rusa y padre australiano, ha viajado por todo el mundo desde muy joven. Su amor por otras culturas y lenguas es solo comparable con la pasión que siente por su país, Australia. Es integrante voluntaria del equipo de rescate de la asociación NSW Wildlife Information and Rescue Service (WIRES).

Notas

[1] Cohecito ligero de dos ruedas arrastrado por una persona. (*N. de la T.*) <<

[2] General Post Office. Oficina central de correos de Sídney. (*N. de la T.*) <<

[3] Country Women's Association. Asociación de Mujeres Rurales de Australia. (*N. de la T.*) <<